# ESCRITOS POLÍTICOS (1917-1933)

ANTONIO GRAMSCI

INTRODUCCION DE LEONARDO PAGGI

2a edición MODIFICADA

54
CUADERNOS DE PASADO Y PRESENTE

PyP

ganz1912

traducción de
raúl crisafio
revisión de
maría caldelari

escritos políticos
(1917-1933)
antonio gramsci

la teoría general del
marxismo en gramsci
leonardo paggi

54
CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

primera edición, 1977
segunda edición modificada, 1981

publicado y distribuido por siglo xxi editores, s.a.
cerro del agua 248 - méxico 20, d.f

ISBN 968-23-1030-X


impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

# ÍNDICE

ADVERTENCIA A LA SEGUNDA EDICIÓN 9

LA TEORÍA GENERAL DEL MARXISMO EN GRAMSCI, *por* LEONARDO PAGGI 13

1. El humanismo y el historicismo absolutos, 17; 2. La ciencia de la historia y de la política, 30; 3. La dialéctica, 39; 4. La introducción del elemento ético-político, 49; 5. La historicidad del marxismo como concepción del mundo, 54; 6. Conclusión, 58

ANTONIO GRAMSCI: ESCRITOS POLÍTICOS [1917-1933]

I. [1917-1921] 85

Los maximalistas rusos 85
La organización económica y el socialismo 87
Democracia obrera 88
La conquista del estado 92
Sindicatos y consejos (I) 97
El partido y la revolución 101
El poder en Italia 105
El consejo de fábrica 108
Sindicatos y consejos (II) 113
El movimiento de los consejos de fábrica de Turín 116
El programa de *L'Ordine Nuovo* 126
El pueblo de los simios 133
Los partidos y la masa 136

II. [1922-1926] 141

El Partido Comunista y los sindicatos 141
¿Qué hacer? 167
Nuestra orientación sindical 170
A Palmiro Togliatti 174
A Mauro Scoccimarro 178
A Umberto Terracini 182
A Palmiro Togliatti 186
A Palmiro Togliatti 188
Carta a Togliatti, Tasca, Terracini y otros 193

Al CE del PCI 205
Contra el pesimismo 206
El programa de *L'Ordine Nuovo* 210
La conquista fascista del estado 215
Intervención en la comisión política preparatoria del III Congreso del Partido Comunista de Italia 218
La situación italiana y las tareas del PCI (tesis de Lyon) 224
Informe de Gramsci sobre el III Congreso del Partido Comunista de Italia (celebrado en Lyon) 259
Un examen de la situación italiana 278
Correspondencia entre Gramsci y Togliatti 288
Algunos temas sobre la cuestión meridional 304

III. [DE "CUADERNOS DE LA CÁRCEL"] 327

Espontaneidad y dirección consciente 327
Paso de la guerra de movimiento (y del ataque frontal) a la guerra de posición también en el campo político 330
Estructura y superestructura 331
Lucha política y guerra militar 333
Guerra de posición y guerra de maniobra o frontal 339
Internacionalismo y política nacional 340
Análisis de las situaciones. Relaciones de fuerzas 342
Algunos aspectos teóricos y prácticos del "economismo" 351
Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios metódicos 359
Observaciones sobre algunos aspectos de la estructura de los partidos políticos en los períodos de crisis orgánica 361
El cesarismo 369
Cuestión de "hombre colectivo" o del "conformismo social" 373
Maquiavelo, sociología y ciencia política 374

IV. APÉNDICE 378

Discusión política con Gramsci, en la cárcel, por Athos Lisa 378

## ADVERTENCIA A LA SEGUNDA EDICIÓN

A diferencia de la primera, esta segunda edición de los escritos políticos de Antonio Gramsci no incluye la extensa introducción que Juan Carlos Portantiero redactó especialmente para nuestro Cuaderno. Dicha exclusión tiene como único motivo el deseo de nuestro amigo y compañero de trabajo en Pasado y Presente de reunir y publicar en volumen aparte algunos de sus trabajos sobre Gramsci y la teoría política elaborados en los últimos años. Creyó que representaba una innecesaria duplicación de esfuerzos publicar nuevamente en los Cuadernos su introducción cuando el lector podría disponer en adelante de un nuevo volumen en el que el conjunto de sus reflexiones sobre el tema encontrarían un marco más extenso, autónomo y adecuado de explicitación. Compartimos su criterio y otorgamos la autorización respectiva para que la nueva editorial Folios, con la que sostenemos lazos estrechos y de afinidad de propósitos y a la que auguramos el mayor de los éxitos, iniciara su colección "El tiempo de la política" con la recopilación de los ensayos "gramscianos" de Portantiero. Casi en forma simultánea con la nuestra, Folios anuncia a su vez la publicación de *Los usos de Gramsci*, título bajo el cual aparece el nuevo volumen.

En sustitución del trabajo de Portantiero, incorporamos a esta segunda edición el ensayo de Leonardo Paggi, *La teoría general del marxismo en Gramsci*, que ofrece un análisis extremadamente sugerente y novedoso de la relación entre el proyecto teórico de Gramsci con las hipótesis fundamentales de Marx.

Se han corregido también las diversas erratas tipográficas observadas.

PASADO Y PRESENTE

El éxito de la sociología guarda relación con la decadencia del concepto de ciencia política y de arte político que se produce en el siglo XIX, con más exactitud, en su segunda mitad, con el éxito de las doctrinas positivistas y evolucionistas. Lo que hay de realmente importante en la sociología no es otra cosa que ciencia política. "Política" se convirtió en sinónimo de política parlamentaria o de camarillas personales. Existía la convicción de que con las constituciones y los parlamentos se había iniciado una época de "Evolución natural" y que la sociedad había encontrado sus fundamentos definitivos porque eran racionales. La sociedad podía estudiarse, al fin, con el método de las ciencias naturales. Este modo de ver provocó el empobrecimiento del concepto de estado. Si la ciencia política significa ciencia del estado y el estado es todo el complejo de actividades prácticas y teóricas con que la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio sino que consigue obtener el consenso activo de los gobernados, es evidente que todas las cuestiones esenciales de la sociología no son nada más que las cuestiones de la ciencia política.

ANTONIO GRAMSCI, *Quaderni del carcere*, III, p. 1765.

LEONARDO PAGGI

# LA TEORÍA GENERAL DEL MARXISMO EN GRAMSCI

Según una cierta apreciación de la carga innovadora y antidogmática de la obra de Gramsci, hablar de una "teoría general" del marxismo que le pertenezca puede parecer inconveniente, e incluso equivocado. ¿Acaso toda la reflexión gramsciana no se ha desarrollado en una polémica constante contra toda tentación sistemática, siempre recurrente en la historia del marxismo y del movimiento obrero? ¿Y las razones de su peculiaridad no deben buscarse sobre todo en la intolerancia, y frecuentemente en el rechazo, de cualquier esquema interpretativo tendiente a convertir al marxismo en una doctrina autosuficiente y encerrada en sí misma, carente de una comunicación real con los desarrollos y las modificaciones de la cultura europea?

Sobre estas justas consideraciones, que han determinado notoriamente la atmósfera de lectura de la obra de Gramsci, ha gravitado siempre un gran peligro: el de ver en los elementos de innovación conceptual (y lingüística) la autorización más o menos explícita a subestimar el papel esencial que cumple en la comprensión del bosquejo interpretativo del marxismo formulado por Gramsci la confrontación y la discusión con los pasajes más importantes de la precedente organización de la doctrina. El hecho de que toda su formación juvenil se haya cumplido en un ambiente sustancialmente extraño a la "vulgata" de la II Internacional, no significa que Gramsci no haya desarrollado más tarde una precisa confrontación a partir de 1924-1925, en el clima de la "bolchevización" de los partidos comunistas promovida por la Comintern. Por ciertos aspectos, de una "teoría general" del marxismo en Gramsci se puede y, más aun, se debe hablar en la medida en la que se individualiza en sus escritos claramente el esfuerzo por delinear una precisa alternativa teórica.

En 1958 Togliatti habló del pensamiento de Gramsci como de "un nuevo capítulo del leninismo".[1] Se trataba de una definición muy fuerte, aún hoy significativa, siempre que no se la interprete como la indicación de un desarrollo lineal —que tenga en Lenin su único punto de partida—, sino que se comprenda cómo el elemento de "novedad" nace de la búsqueda de una confrontación con todo el campo de la precedente interpretación del marxismo, que utiliza los elementos principales de la ruptura política leniniana pero al mismo tiempo va mucho más allá de los mismos.

[1] Palmiro Togliatti, *Il leninismo nel pensiero e nell'azione di Gramsci*, en *Studi gramsciani*, Roma, 1958, p. 35.

El *Manual* de Bujarin ofreció a Gramsci, como a otros pensadores comunistas europeos, el material para la determinación de una serie de divergencias respecto a una interpretación del marxismo teórico muy difundida en el grupo bolchevique, y destinada a asumir más tarde rasgos cada vez más notorios con el perfilamiento del "marxismo-leninismo". Pero sería un error no advertir cómo detrás de Bujarin se perfila siempre la figura de Plejánov, que con sus *Problemas fundamentales del marxismo* de 1908 había dado la tentativa más completa de manualización filosófica del marxismo, después del *Anti-Dühring*, y al mismo tiempo la prueba más significativa de "la pedantería seudocientífica del grupo intelectual alemán que tuvo tanta influencia en Rusia".[2]

La individualización de las partes constitutivas de la doctrina y de su nexo recíproco que este "clásico" de la II Internacional contenía le debía ofrecer a Gramsci el hilo conductor del trastrocamiento teórico perseguido en los escritos de la cárcel. Desde aquí es necesario partir si se quiere intentar un ordenamiento plausible en la multiplicidad de las definiciones del marxismo contenidas en la obra de Gramsci.

En las primeras páginas del estudio de Plejánov[3] están las proposiciones principales, a cuyo desarrollo se dedica el tratado sucesivo, en las cuales está contenida, podríamos decir *al negativo*, la problemática en la que se ejerce toda la reflexión de Gramsci. Esquematizando es posible resumirla en los siguientes tres puntos: 1] el marxismo es una concepción del mundo, es decir el materialismo moderno tal como llega a Feuerbach, cuya filosofía no puede considerarse un humanismo, como parece pensar Lange en su *Historia del materialismo*. Pero, más precisamente, la filosofía de Marx y de Engels es el materialismo dialéctico, vale decir el materialismo integrado por la lógica de la contradicción, en cuanto lógica del movimiento; 2] hay que rechazar netamente la tendencia a convertir el materialismo histórico y el análisis económico en algo independiente y autónomo respecto del materialismo filosófico. Materialismo dialéctico y materialismo histórico son indivisibles entre sí. No se puede comprender justamente al segundo sin hacer siempre referencia al primero; 3] sólo cuando se ve el nexo indisoluble que une la ciencia a su propia filosofía puede accederse a la hipótesis del *completamiento* del marxismo con esta o aquella filosofía, con el pretexto de que Marx y Engels no elaboraron de manera suficientemente clara sus tesis al respecto.

Mientras que la identificación con el materialismo del núcleo

[2] Antonio Gramsci, *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Turín, 1955, p. 79 (en adelante MS).

[3] Jorge Plejánov, *Las cuestiones fundamentales del marxismo*, México, Ediciones Roca, 1974, p. 13 y *ss*.

filosófico del marxismo está presente desde los primeros escritos de Plejánov, las proposiciones sucesivas se fueron definiendo en el curso de la lucha ideológica que él desarrolló contra algunos representantes de la *Bernstein-Debatte* (desde Bernstein hasta Schmidt), luego contra todo intento de una lectura diversa de la filosofía marxista, como se había manifestado más completamente en el curso de la primera década del siglo en los escritos de Max Adler. Las soluciones teóricas que se perfilan en el interior de la línea de defensa expresada por los "ortodoxos" son duramente criticadas y rechazadas en los *Cuadernos*. Pero la reflexión de Gramsci se desarrolla justamente en el intento de ofrecer una solución diferente, si no incluso opuesta, a la instancia central de Plejánov: la de colocar un límite a la lógica del completamiento del marxismo, a través de la explicitación del nexo que vincula la filosofía de Marx al conocimiento científico de la historia del cual él mismo ha sentado las bases.

Toda la reflexión teórica de Gramsci demuestra, desde sus comienzos, que su finalidad principal es la de abrir el camino a un uso "revolucionario", es decir político, del materialismo histórico. Ya en los primeros grandes artículos sobre la Revolución de octubre el esfuerzo por identificar el núcleo filosófico del marxismo —tal como se expresa en el rechazo de toda concepción que convierta a la historia en un "organismo natural"— está directamente orientado a la obtención de una valoración crítica de los grandes fenómenos sociales contemporáneos. La aceptación y la completa reformulación de la instancia plejanoviana de un nexo inseparable entre materialismo dialéctico y materialismo histórico se expresa en la más madura reflexión gramsciana a través de la estricta complementariedad que él establece entre la crítica del materialismo en filosofía y la del economicismo (o del determinismo, o de la sociología) en la lectura del materialismo histórico.

Al hecho de que no siempre se haya visto con claridad este nexo, que es el más simple pero también, por ciertos aspectos, el más importante, se debe adjudicar la causa de muchos malentendidos en la lectura de los escritos filosóficos de Gramsci y de una serie de dificultades en la identificación de los fundamentos de sus análisis históricos y políticos. Veamos qué forma asume positivamente en los escritos de Gramsci la reformulación de los conceptos de materialismo histórico y materialismo dialéctico, vistos en su nexo recíproco. Es en este plano donde debe localizarse su contribución a la "teoría general" del marxismo.

## 1. EL HUMANISMO Y EL HISTORICISMO ABSOLUTOS

En septiembre de 1925 *L'Unità* publicaba algunos apuntes de lec-

ciones sobre el leninismo dadas por Gramsci en una escuela de partido, que se abrían con una definición general que resulta útil para nuestro discurso: "El leninismo es la ciencia política del proletariado que enseña cómo se pueden movilizar todas las fuerzas necesarias para el derrocamiento de la dictadura burguesa y la instauración de la dictadura del proletariado. Para algunos no existe el leninismo como algo distinto del marxismo. Esto no es cierto. En el leninismo hay una concepción propia del mundo sin la cual hoy sería imposible entender a Marx."[4] Dejando por ahora el examen de la interpretación gramsciana de la relación entre Marx y Lenin, entonces en discusión en todo el movimiento comunista, es necesario subrayar que —aún en el ámbito de un discurso específico sobre el leninismo— nos enfrentamos a una primera definición de las partes constitutivas de la doctrina, que es la misma que actúa en el fondo de todos los escritos de la cárcel.

La ciencia política o, como sucesivamente Gramsci dirá más frecuentemente, la ciencia de la historia y de la política, no puede asumirse como un puro método de análisis. La misma obra, práctica y teórica, de Lenin no puede configurarse en los términos de una pura y simple restauración de la capacidad analítica de algunos instrumentos cognoscitivos dados. Para alcanzar el resultado al que Lenin llegó (incluso, Gramsci lo especifica muchas veces, en el terreno de la práctica política) es indispensable abrir nuevamente el problema de la relación entre el marxismo y la cultura filosófica moderna y buscar en este terreno un nuevo planteo del problema de la teoría general. El marxismo, en este sentido, es también para Gramsci profundamente monístico: no se cambia una parte sin trastornar automáticamente, quiérase o no, todo el precedente sistema de coherencias. La ciencia política leniniana remite por lo tanto a una revolución en el terreno de la filosofía, que ha colocado al marxismo en una diversa y más congruente comunicación no sólo con los problemas objetivos, sino también con las formas de conciencia de la época contemporánea. A través de esta interpretación del leninismo, Gramsci expresaba en realidad su concepción general del marxismo y le daba una determinada forma expresiva a lo que había sido su camino filosófico y su principal punto de llegada. En este sentido, en las afirmaciones más arriba citadas se encuentra también una útil indicación de búsqueda y de estudio por la cual el materialismo histórico de la tradición marxista de la II Internacional se ha convertido con Gramsci en ciencia política, es decir en primer lugar en instrumento interpretativo del proceso de desarrollo de la revolución proletaria; es necesario precisar antes que nada el significado que asume este término concepción

4 "Leninismo", en *L'Unità*, 10 de septiembre de 1925.

del mundo. Retomando la cuestión, se verá cómo detrás de esta continuidad terminológica con el planteo de Plejánov se encuentra, por el contrario, la más consistente ruptura.

Si se quiere comprender qué quiere decir Gramsci cuando habla del marxismo como de una filosofía que es también concepción del mundo, es necesario en primer lugar remitirse a la afirmación recurrente de que el marxismo señala una ruptura irreversible con toda la precedente concepción de la filosofía, es decir que el marxismo no representa una nueva filosofía junto a, o contrapuesta a las otras, sino que es la indicación más perentoria de la necesidad de una restructuración de todo el modo de ser del saber filosófico. La ruptura no se determina en el interior de la historia de la filosofía, porque la característica del marxismo es la de indicar la expulsión y la crítica de las categorías que habían constituido su fundamento.

El primer error implícito en la adhesión al viejo materialismo consiste en identificar el núcleo filosófico del marxismo sobre el patrón de categorías que pertenecen a la historia pasada de la filosofía y en sustraerse, por lo tanto, a la tarea de pensar en nuevos términos el contenido original: "la nueva filosofía no puede coincidir con ningún sistema del pasado, de cualquier modo en que éste se llame. Identidad de términos no significa identidad de conceptos".[5] Aun más: "Teóricamente la filosofía de la praxis no se reduce a ninguna filosofía: ésta es no sólo original porque supera las filosofías precedentes, sino especialmente porque abre un camino completamente nuevo, es decir renueva de arriba abajo la manera de concebir la filosofía."[6]

La ortodoxia materialista de Plejánov no sólo se apoya en una interpretación extremadamente simplista de las fuentes del pensamiento de Marx, sino que no logra escapar, a su pesar, a la lógica del completamiento del marxismo que intenta atacar. Desde esta perspectiva, la elección del materialismo constituye cuanto más una oposición completamente intercambiable con la neokantiana de sus adversarios. Hablando de la tentativa crociana de reabsorber e incorporar el marxismo como "sirvienta de la cultura tradicional", Gramsci afirma aún más explícitamente que los ortodoxos "caen en la trampa" cuando colocan el marxismo "subordinado a una teoría general materialista (vulgar) como otros a la idealista".[7]

Es oportuno en este punto llamar la atención sobre la apreciación de Gramsci de la figura de Labriola, señalado en el ámbito del marxismo de la II Internacional como el portador de una propuesta teórica que habría que exhumar del estado de olvido

[5] MS, p. 151.
[6] MS, p. 155.
[7] MS, p. 157.

en la que se la ha dejado caer. Su característica está individualizada en la afirmación de que "la filosofía de la praxis es una filosofía original e independientte que tiene en sí misma los elementos de un ulterior desarrollo para convertirse desde interpretación de la historia en filosofía general".[8] La falta de cualquier estructuración clara de la relación Gramsci-Labriola se debe en gran parte a la ausencia de un análisis suficientemente orgánico del pensamiento de Labriola, estudiado más desde el punto de vista de "la llegada" al marxismo, que desde la valoración intrínseca de la consistencia de su contribución teórica. Con todas las dificultades que el caso presenta, es indispensable tratar de individualizar, aun sumariamente, cuáles elementos de la posición de Labriola autorizaban la afirmación ya señalada de Gramsci.

Antes que nada es necesario observar que el acercamiento de Labriola al problema de la filosofía del marxismo está íntimamente impulsado por una tácita pero profunda insatisfacción por la tesis engelsiana acerca de la muerte de la filosofía y su completa resolución en el desarrollo de las ciencias positivas. Si es verdad que también para Labriola ciencia y filosofía están inmersas en un proceso de desarrollo y de transformación que lleva inevitablemente a su recíproca recomposición, ésta no puede ciertamente considerarse como ya cumplida por dos órdenes de razones. En primer lugar porque —en una perspectiva de juicio muy cercana a la de las tendencias neocríticas europeas— incluso para Labriola el desarrollo y la proliferación de las ciencias particulares impone un plano de reflexión epistemológica que fundamente y enlace lógicamente las metodologías respectivas. En segundo lugar porque las mismas revoluciones que se cumplen en el terreno de la investigación científica pueden enredarse, si no están adecuadamente pensadas y fundadas, en una serie de resistencias y no liberar toda su carga renovadora en el terreno más general de la cultura y de la concepción del mundo. Por otra parte, fundar la autonomía filosófica de una ciencia significa para Labriola garantizar su correcto funcionamiento en cuanto ciencia.

Vale la pena recordar una de las ejemplificaciones más importantes a la que frecuentemente recurría Labriola, el descubrimiento científico de Darwin, que aun conteniendo *in nuce* una revolución de todas las precedentes concepciones de la naturaleza, corre el riesgo de unirse con ideologías filosóficas retrasadas de tipo groseramente positivista y evolucionista. "En el mismo Darwin —dice Labriola— no existió la conciencia completa del alcance de sus descubrimientos: él no fue el filósofo de su ciencia. El darwinismo como nueva visión de la vida, y por lo tanto de la naturaleza, está más acá de la persona y de las tentativas del mis-

[8] MS, p. 82.

mo Darwin."[9] La analogía con el marxismo, es decir con un descubrimiento científico igualmente significativo en el terreno de la historia, Labriola la expone explícitamente.

Las páginas iniciales del *Discurriendo* presentan con mucha claridad el enlace existente entre la focalización de sus términos esenciales y el desarrollo de la filosofía del marxismo y su capacidad y posibilidad de difundirse y desarrollarse en contextos culturales diferentes, a veces hostiles. La conquista de una visión científica de la historia no puede manifestar toda su carga de innovación de la estructura del saber que le es implícita, sin que se precise la filosofía de esta ciencia. El terreno filosófico se convierte de ese modo no en aquél donde se retorna a construir siempre nuevos sistemas, sino en el campo de batalla de opuestas tendencias culturales y en última instancia políticas. La preocupación de la que parte explícitamente Labriola es la de que "el materialismo histórico pueda parecer carente de fundamento sólido mientras no se consiga desarrollar la filosofía que le es propia en cuanto filosofía intrínseca e inmanente a sus supuestos y sus premisas".[10] Elaborar esta filosofía no significa, entonces, proceder hacia una especulativización del marxismo, sino más bien encontrar los medios más idóneos para plantear y resolver en toda su amplitud el problema de la defensa y del desarrollo del contenido de cientificidad propio del marxismo. "Algunos vulgarizadores —dice Labriola— han despojado a esta doctrina de la filosofía que le es inmanente para reducirla a un simple *aperçu* de la variación de las condiciones históricas por la variación de las condiciones económicas."[11] La recuperación y la elaboración de la filosofía marxista es por lo tanto una premisa indispensable para evitar toda reducción mecánica y economicista del materialismo histórico. Buscar el contenido filosófico del marxismo, partiendo justamente del centro de la ciencia de la historia, significa por lo tanto asignar a la filosofía una tarea absolutamente diversa de aquella individualizada por Plejánov. El problema no es el de definir de una vez para siempre el perímetro externo de la doctrina, como defensa para cualquier asalto posible, sino el de concebir el desarrollo del marxismo en términos de una verdadera y propia "revolución intelectual" que interesará campos cada vez más amplios y numerosos del saber, en la medida en que será capaz de sostener victoriosamente una serie de confrontaciones y batallas que giren alrededor de la hegemonía de una cultura, de una concepción del mundo.

9 Antonio Labriola, *Saggi sul materialismo storico*, al cuidado de Valentino Gerratana y Augusto Guerra, Roma, 1964, p. 218.

10 *Ibid.*, pp. 208-209.

11 *Ibid.*, p. 218.

Es notorio cómo Labriola identifica el núcleo filosófico presente en el materialismo histórico con el término filosófico de praxis. Recientemente se ha llamado la atención sobre singulares asonancias entre algunos pasajes de la exposición labriolana del materialismo histórico y la discusión que el joven Lenin hace del concepto de formación económica social;[12] pero si se quiere comprender el origen de ciertas analogías y al mismo tiempo ir más allá de la simple aproximación de textos, creo que es importante remitirse justamente a este concepto de trabajo, o de praxis, al que Labriola —sobre la guía de una lectura precisa de las Tesis sobre Feuerbach— parece confiar la fundación de la socialidad, esta característica constitutiva del mundo histórico-humano y, por lo tanto, imprescindible elemento para superar toda tentación dicotómica, como puede reproducirse en el interior de la misma interpretación del materialismo histórico.

"El materialismo histórico se extenderá, se difundirá, se especificará, tendrá también una historia. Quizá de país a país tendrá modalidades y colorido diferentes. Y eso no será un gran mal; siempre que permanezca en el fondo el núcleo, lo que es toda su *filosofía.* Por ejemplo postulados como éstos: —en el proceso de la *praxis* está la naturaleza, es decir la evolución histórica del hombre: —y diciendo *praxis,* con este aspecto de totalidad, se intenta eliminar la vulgar oposición entre práctica y teoría: —porque, en otros términos, la historia es la historia del trabajo, y como, por una parte, en el trabajo entendido así integralmente está implícito el desarrollo respectivamente proporcionado y proporcional de las actitudes mentales y actitudes operativas, así, por otra parte, en el concepto de la historia del trabajo está implícita la forma siempre social del trabajo mismo, y la variación de esa forma: —el hombre histórico es siempre el hombre social, y el presunto hombre pre-social, o supersocial, es un parto de la fantasía: —y así sucesivamente."[13]

Este concepto de trabajo, al mismo tiempo que funda la noción marxista de historia, indica también el límite infranqueable de todo discurso sobre la naturaleza del hombre, sobre el devenir, sobre el progreso, etcétera.

"Los medios de la convivencia social que son, por una parte, las condiciones y los instrumentos, y por otra, los productos de la colaboración variamente especificada, constituyen, más allá de lo que nos ofrece la naturaleza propiamente dicha, la materia y los incentivos de nuestra formación interior. De aquí nacen los hábitos secundarios, derivados y complejos, por los cuales, más allá de los

[12] Cf. Emilio Sereni, "Da Marx a Lenin: la categoria di 'formazione economico-sociale' ", en "Lenin teorico e dirigente rivoluzionario", *Quaderni di Critica marxista,* núm. 4, pp. 50-57.

[13] A. Labriola, *Saggi,* cit., p. 196.

términos de nuestra configuración corpórea, sentimos nuestro propio *yo* como la parte de un *nosotros,* lo que quiere decir concretamente, de un modo de vivir, de una costumbre, de una institución, de un estado, de una iglesia, de una patria, de una tradición histórica, etc. En estas correlaciones de asociación práctica, que van de individuo a individuo, tienen sus raíces y su fundamento objetivo y prosaico todas aquellas diversas representaciones ideológicas de espíritu público, de psiquis social, de conciencia étnica, etc., alrededor de las cuales, como gente que toma por *entes y sustancias las correspondencias y las relaciones,* especulan, como metafísicos de pésima escuela, los psicologistas y sociologistas, que llamaría simbolistas y simbolizantes. En estas mismas relaciones prácticas nacen las corrientes comunes, por las cuales el pensamiento individual, y la ciencia que de éste deriva, son verdaderas *funciones sociales.*

"De esta forma estamos nuevamente en la *filosofía de la praxis,* que es la médula del materialismo histórico. Ésta es la filosofía inmanente a las cosas sobre las que filosofa. De la vida al pensamiento, y no del pensamiento a la vida. Del trabajo, que es un conocer actuando, al conocer como abstracta teoría: y no de éste a aquél."[14]

Las "relaciones prácticas" son por tanto las relaciones sociales de producción; la praxis es la fundación marxista de la socialidad del mundo humano. Es indispensable explorar en esta dirección para defender y replantear la cientificidad del marxismo frente a otras formas ideológicas de acercamiento a la historia, como las que se van constituyendo con el desarrollo y la proliferación de las ciencias sociales. Por otra parte es claro también el sentido de la insistencia de Labriola sobre el carácter inmanente de la filosofía marxista respecto de las cosas sobre las cuales filosofa: intenta significar el rasgo diferencial respecto de cualquier tipo de filosofía precedente.

Engels había ya afirmado, a propósito de Hegel y de sus pretensiones sistemáticas y manualescas, que "la tarea asignada de esta manera a la filosofía sólo quiere decir que cada filósofo debe realizar lo que puede ser realizado solamente por todo el género humano en su desarrollo progresivo".[15] Y Labriola retoma aquí el tema del fin del filósofo tradicional individualizando justamente en este concepto de praxis el modo en el que el "pensamiento individual" se reconoce y se identifica como "función social". Cuando el yo se reconoce como parte de un nosotros que le predetermina la naturaleza y los objetivos posibles, la filosofía abandona el camino de la metafísica conjuntamente con toda pretensión de sistematicidad.

14 A. Labriola, *Saggi*, cit., p. 207.

15 F. Engels, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana,* Moscú, 1968, p. 24.

Dejando de lado las muchas precisiones que exigiría un argumento de esta naturaleza, de este breve excursus sobre Labriola hemos recavado sin embargo alguna indicación útil acerca de la posición gramsciana sobre el problema de la filosofía del marxismo. Al menos en la primera instancia es justamente en la dirección indicada por Labriola que es necesario dirigirse para pensar adecuadamente la ruptura en la historia de la filosofía que el marxismo representa, sobre la que Gramsci retorna e insiste tan frecuentemente. Pero a estas alturas estamos ya delante del primer gran problema: el de dar una precisa connotación semántica a la definición del marxismo como "humanismo absoluto" e "historicismo absoluto".

Es a través de estas dos definiciones que ha pasado la reabsorción filosófica de todo el pensamiento de Gramsci, su plena reubicación en la historia y en las crónicas de la filosofía italiana. Y sin embargo, justamente a estas expresiones es que Gramsci entendía entregar, a nuestro parecer, no la crítica de determinadas filosofías desde un nuevo "punto de vista" filosófico, sino la individualización de las razones que a su entender hacían del marxismo el punto de llegada irreversible de todo el modo precedente de entender la posición y el mismo papel de la filosofía. Pero, partiendo de la primera de las dos definiciones, ¿puede afirmarse que en Gramsci existe una filosofía del hombre, o, mejor aun, que toda su revaloración del papel de la subjetividad pasa a través de una concepción filosófica que tiende a convertir al hombre, como tal, en protagonista, en sujeto de la historia?

En realidad, la misma pregunta "¿qué cosa es el hombre?", parece contener en Gramsci un planteo del problema que hay que rechazar de antemano. Más aun, la misma existencia de esta pregunta, como punto de referencia constante en el desarrollo del pensamiento filosófico, es una prueba significativa por sí misma de su ininterrumpido vicio metafísico. Para encontrar la justa respuesta a esta interrogación, es necesario comenzar por reformularla en forma distinta. La indicación está contenida en la VI Tesis sobre Feuerbach:

"Que la 'naturaleza humana' sea 'el conjunto de las relaciones sociales' es la respuesta más satisfactoria, porque incluye la idea del devenir: el hombre deviene, muta continuamente con la mutación de las relaciones sociales y porque niega al 'hombre en general': efectivamente las relaciones sociales son expresadas por diferentes grupos de hombres que se presuponen, cuya unidad es dialéctica, no formal. El hombre es aristocrático en cuanto es siervo de la gleba."[16]

La ventaja y la peculiaridad implícitas en la nueva reproducción del problema contenidos en la VI Tesis no es por lo tanto

[16] MS, p. 31.

el exigir una genérica historización del problema, sino el de transformar la interrogación sobre la esencia de la naturaleza humana, introduciendo el nuevo concepto de relaciones sociales de producción. La historicidad del hombre se confía a la de las relaciones sociales, las que mutan con la mutación de la posición recíproca de las distintas clases. No es posible ningún discurso sobre el hombre que prescinda de la división de la sociedad en clases. La historia del hombre es la de esta división. Los verdaderos sujetos de la historia son los grupos sociales, las clases que se enfrentan, definiendo en esta confrontación antagónica su respectiva fisonomía. La lucha es la única forma posible de unidad de una sociedad dividida en clases. El carácter ideológico de la pregunta "qué cosa es el hombre" consiste precisamente en la anulación de este dato, terminando por postular, con el mismo concepto de hombre, una unidad social no antagónica, o de todos modos una esfera en la que ese antagonismo se convierta en insignificante. En el marxismo, dice Gramsci, "el hombre en general, de cualquier forma en que se presente, es negado y todos los conceptos dogmáticamente 'unitarios' se escarnecen y se destruyen como expresión del concepto de 'hombre en general' o de 'naturaleza humana' inmanente en todo hombre".[17]

Gramsci precisa ulteriormente que al vicio ideológico o metafísico no escapan tampoco aquellas filosofías que afirman la identidad entre la historia y la naturaleza del hombre. En este caso el problema se convierte en qué cosa debe entenderse por "historia". La laicización y mundanización del gran interrogante metafísico sobre la naturaleza del hombre, que perseguía la filosofía crociana, se convierte en real con una condición: "si se da a la historia el significado de 'devenir' en una 'concordia discors' que no parte de la unidad sino que tiene en sí misma las razones de una unidad posible".[18] Siempre que se afirme, entonces, que los sujetos de la historia son los hombres y no las clases, toda insistencia sobre la historicidad de la naturaleza humana no garantiza de ningún modo el alejamiento de un discurso metafísico y en definitiva apologético respecto del orden social existente. "En cada individuo —dice claramente Gramsci— se encuentran aspectos puestos de relieve por la contradicción con aquellos de los otros."[19] El mismo concepto de hombre, en general, adquirirá un sentido sólo cuando la sociedad haya encontrado una forma de unidad no antagónica.

El verdadero humanismo, el humanismo absoluto, se alcanza solamente renunciando a toda filosofía del hombre, como a toda forma de historicismo que no proceda de la doble identificación

[17] MS, p. 94.
[18] MS, p. 31.
[19] MS, p. 31.

del concepto de "historia" con el de relaciones sociales de producción y del "devenir" con el desarrollo antagónico de esas mismas relaciones. Habiendo llegado a este punto, podemos precisar mejor también el significado de la otra definición gramsciana del marxismo, la de historicismo absoluto. En efecto, con mayor razón en este segundo caso se hace decisivo para la lectura de los escritos filosóficos de Gramsci salir de la indeterminación de un concepto de historia no precisado. Trataremos de indicar, paso a paso, cómo todos los momentos constitutivos de la estructura analítica gramsciana convergen en la desmistificación de la conquista del mundo histórico proclamada por las filosofías idealistas italianas; pero es posible fijar una primera y esencial determinación partiendo justamente del término que ha sido en mayor grado fuente de equívocos. Puede afirmarse en una primera aproximación que el término historicismo se ha usado siempre para indicar el modo en el que el marxismo determina una renovación radical en las posibilidades y en las formas de existencia de la filosofía. Es también posible decir que se trata de una reformulación y de una representación del tema de la muerte de la filosofía, en conformidad, al menos en una primera instancia, con la indicación de Labriola, según la cual el núcleo filosófico del marxismo debe buscarse en el interior del materialismo histórico y que, más aun, éste se identifica, en definitiva, con el concepto de historia que está contenida en el mismo. En este punto, puede resultar de utilidad salir por un momento del lenguaje "comprometido" de los *Cuadernos* y ver cómo Gramsci expresaba en una intervención de 1926 las líneas de fondo de la crítica de la filosofía que constituye más tarde uno de los motivos recurrentes de los escritos de la cárcel. La ocasión la da un congreso de filósofos que tiene la intención, en la jerga de la filosofía tradicional italiana, de proclamar su separación del fascismo. La tesis de Gramsci es la de la imposibilidad e inutilidad de ese propósito.

"¿Qué es un filósofo? Es necesario distinguir *filósofo* de profesor de *filosofía*. Así como todo hombre es un artista, de la misma forma todo hombre es un filósofo, en cuanto es capaz de pensar y de expresar una actividad intelectiva. Frecuentemente hay que buscar el filósofo más bien fuera del profesor de filosofía que dentro de él. La reunión de Milán, salvo excepciones, era más un congreso de profesores de filosofía que de filósofos. De todas formas, ¿qué realizaciones prácticas podían salir de un congreso de profesores de filosofía? No había deliberaciones ni órdenes del día para votar. La única realización práctica podía consistir en la exposición de los distintos relatores, los cuales, como filósofos, tenían la pretensión de colocarse por encima de las clases y de las relaciones sociales, proclamando la independencia de la filosofía como ciencia del espíritu, como si el espíritu pudiera existir fuera de la realidad histórica, que es realidad de luchas de clases. La

filosofía es burguesa o proletaria, así como es burguesa o proletaria la sociedad en la que el hombre piensa y actúa. Una filosofía independiente no existe, de la misma forma en la que no existe un hombre independiente de las relaciones sociales en las que vive. Ciertamente el pensamiento es generador de pensamiento, pero no viene de la nada ni se nutre de la nada."[20]

El tema engelsiano del fin del filósofo individual, en cuanto elaborador de sistemas que se ocupan de los problemas resolubles sólo por el desarrollo del género humano, retorna con una gran fuerza aquí y en los sucesivos escritos de Gramsci, pero también con una acepción muy diferente respecto de su lugar de origen. No se trata de esperar la solución de los problemas que tradicionalmente constituyeron el objeto de la filosofía en el desarrollo de las ciencias positivas. Por el contrario, es el descubrimiento del concepto de relaciones sociales de producción lo que le da a la reflexión filosófica una nueva conciencia de los límites que le son intrínsecos. Asumir y desarrollar coherentemente la propia dependencia de las relaciones sociales significa para la filosofía conceptualizar que existen límites del pensamiento como límites del mundo existente; comenzar, entonces, la propia transformación en el sentido de una teoría de las contradicciones, la superación de las cuales puede solamente darse por la transformación de la objetividad de las relaciones sociales existentes. La afirmación brutal de Gramsci de que la filosofía es burguesa o proletaria no indica obviamente la existencia de dos filosofías, según el punto de vista de clase, sino la de dos concepciones del filosofar, de dos prácticas de la filosofía, una conservadora y una revolucionaria, que tienen como elemento discriminatorio la aceptación o el rechazo de la irresolubilidad filosófica de los conflictos sociales existentes. Colocar en distintos modos la independencia de la filosofía de las relaciones sociales existentes, es decir utilizar conceptos independientemente de su significado social objetivo, significa justamente hacer una filosofía que es burguesa, en la medida en la que se niega a ubicarse en el nuevo terreno que ha sido indicado por el marxismo, para iniciar aquí su transformación.

En un texto juvenil, ya muy célebre, Marx había afirmado que la historia de la filosofía muestra cómo en los momentos de crisis y de disolución de los grandes esfuerzos sistemáticos, cuando la reflexión es impulsada a dirigir nuevamente la mirada hacia el mundo real, surgen siempre tímidos intentos de conciliación entre las viejas costumbres y las nuevas necesidades que urgen en el presente:

"Las pequeñas almas aparecen, en tiempos similares, como todo lo contrario de los caudillos íntegros. Creen que podrán reparar el

[20] "Della sospensione di un congresso di filosofi", en *L'Unità*, 1 de abril de 1926.

daño disminuyendo sus propias fuerzas combativas, recortándolas, concluyendo un tratado de paz con las necesidades reales, mientras que Temístocles, cuando Atenas fue amenazada con la destrucción, persuadió a los atenienses a abandonarla completamente, fundando en el mar, en otro elemento, una nueva Atenas."[21]

En la medida en la cual es lícito servirse de esta imagen —que parece incluso prefigurar casi plásticamente el significado de la sucesiva "ruptura" de Marx con la filosofía— puede afirmarse que la definición del marxismo como historicismo, en vez de significar la voluntad de Gramsci de proceder hacia una nueva y diversa identificación positiva del contenido filosófico del marxismo, constituye, por el contrario, la indicación perentoria de la necesidad de proceder a la fundación de una nueva Atenas, en un nuevo elemento. El concepto de historicismo absoluto indica, entonces, contra todas las tentaciones provenientes de distintas partes, del exterior y del interior del mismo marxismo, de hacer un compromiso con el pasado, el nuevo elemento en el cual es necesario experimentar una práctica completamente nueva de la filosofía. Su función no es, ni quiere ser, la de prefigurar la nueva Atenas, sino la de indicar la dirección de avance en la que es necesario encaminarse.

Con la noción de historicismo Gramsci persigue dos objetivos. En primer lugar desbrozar el camino en relación con cualquier peligro de reabsorción filosófica del marxismo, así como se ha revelado concretamente con la rehabilitación del viejo materialismo. En este caso, la tentación de proceder burocráticamente a una elaboración positiva del marxismo ha llevado a una interpretación de la crítica burguesa como una contraposición de sistema a sistema, en la ilusión de poder lograr una victoria justamente sobre el terreno que se trataba de abandonar. Esto ha significado sustraerse a la tarea específica de una filosofía marxista: la de indicar los modos y las formas en que el concepto de relaciones sociales de producción puede ser pensado. En segundo lugar expresar la crítica y el rechazo del concepto invertebrado de historia propio del historicismo crociano, a través del cual se consuma el intento más completo y "moderno" de exorcizar del discurso filosófico el elemento de clase, como fundante del desarrollo histórico. La historización de la filosofía y del propio marxismo parece, entonces, configurarse en términos mucho más lejanos de aquel aniquilamiento de la teoría en una forma de "saber histórico" que frecuentemente se ha querido ver en la misma.

"Para Croce —afirma Gramsci— 'historia' es todavía un concepto especulativo." Una de las argumentaciones más recurrentes en los *Cuadernos* acerca de la ambigüedad del historicismo idealista consiste en la crítica de la identificación crociana de filosofía e

21 K. Marx, *Scritti politici giovanili*, Turín, 1959, p. 505.

historia. Si bien por este camino se produce la liberación de la vieja concepción de la filosofía como sistema y se coloca en primer plano la existencia de problemas que surgen poco a poco del desarrollo de la vida real, la abolición de las formas más arcaicas del saber filosófico no significa su superación real. Aquello que dirime entre un historicismo especulativo y un historicismo realista, lo que decide sobre la cualidad de la resolución de la filosofía en la historia es justamente el concepto de historia, es decir, según Gramsci, la posibilidad de alcanzar una sucesiva identificación de historia y política.

"La crítica del concepto de historia en Croce es esencial: ¿acaso su origen no es puramente libresco y erudito? Sólo la identificación de historia y política suprime a la historia este carácter."[22] El significado de esta conocida afirmación gramsciana está completamente asignado al modo en que se descifra este concepto de política. En este sentido Gramsci hace dos especificaciones que convergen mutuamente. Una de carácter más ocasional, según la cual debe entenderse por política "la que se realiza y no sólo los diversos y repetidos intentos de realización, algunos de los cuales fracasan tomados en sí mismos". La otra, de carácter más orgánico, según la cual la identificación de historia y política y por lo tanto de filosofía y política está contenida en las tesis sobre Feuerbach. El hecho de remitirse a este texto elimina cualquier posibilidad de interpretación partidista o activista de esta expresión. Desde 1920 Gramsci sostiene que todo elemento que interese al desarrollo de las fuerzas productivas debe desnudarse de toda apariencia técnica y debe valorarse en su significado político, justamente en cuanto forma parte de una más amplia unidad orgánica dada por el conjunto de las relaciones sociales.[23] Yo diría que el procedimiento conceptual a través del cual se llega a afirmar la "politicidad" de la filosofía, y más en general de toda actividad intelectiva y creativa, es en el fondo absolutamente análogo a aquel con el cual *L'Ordine nuovo* sostuvo la "politicidad" del mundo de la producción. El problema es el de reconocer una determinada forma de actividad humana como función de una totalidad social. Y en el punto de partida de la reflexión gramsciana es justamente el re-descubrimiento de la economía "no sólo como producción de bienes sino también de relaciones sociales".[24] La actividad del filósofo individual, de profesión, puede ser vista por Gramsci como "función de dirección política" sólo en cuanto "función de la unidad social",[25] o incluso como "relación social

[22] MS, p. 217.

[23] "Produzione e politica", en *L'Ordine nuovo*, 24-31 de enero de 1920, año I, núm. 35.

[24] Cf. Franco De Felice, *Serrati, Bordiga, Gramsci*, Bari, 1971, p. 303.

[25] MS, p. 233.

activa de modificación del ambiente cultural".[26] Así, una vez confinadas en el mundo de las simples metáforas las dos expresiones a través de las cuales se ha transmitido el gran descubrimiento científico del marxismo —aquella por la cual hay que buscar la anatomía de la sociedad en la "economía" y la otra según la cual las superestructuras son "apariencias"— Gramsci repropone un concepto de immanencia que designa "el conjunto de las relaciones sociales en las que los hombres reales se mueven y actúan", como el único capaz de refundar el concepto idealista de subjetividad que de ese modo se entiende como "subjetividad de un grupo social".[27]

## 2. LA CIENCIA DE LA HISTORIA Y DE LA POLÍTICA

Las dos definiciones del marxismo como historicismo absoluto y como filosofía de la praxis, idénticas por contenido, ejercen, entonces, dos funciones diferentes. Con la primera se quiere designar la ambigüedad y la insuficiencia de cualquier discurso filosófico que después de la revolución científica actuada por el marxismo continúe amparándose en la "historia" sin precisar qué se debe entender específicamente con ese término. La segunda tiende a evidenciar, con referencia a un específico texto de Marx, cómo sólo el concepto de relaciones sociales de producción puede ofrecer la fundación de la misma noción de política, esta última entendida como subjetividad de un grupo social. En ambos casos la intención de Gramsci no es la de encaminar la elaboración positiva de una filosofía marxista, sino —mucho más simplemente— la de recuperar su concepto fundamental a través de la crítica de las *aporias* ínsitas tanto en algunas de las filosofías posmarxistas como en algunos desarrollos interpretativos del propio marxismo. Si por una parte la definición de historicismo absoluto lleva esencialmente a la sustancia de las mistificaciones de la filosofía crociana, por otra parte la de filosofía de la praxis tiene la tarea de restablecer las connotaciones esenciales de la "real conquista del mundo histórico"[28] que se verificó con Marx. El ámbito de su eficacia es la interpretación del materialismo histórico; lo que está en juego con la identificación del núcleo filosófico del marxismo es la posibilidad o no de comprender el alcance real del nuevo concepto de historia.

Ya en 1921, polemizando no casualmente con el bergsonismo

[26] MS, p. 233.
[27] MS, p. 191.

[28] MS, p. 89.

como forma de valorización de la subjetividad ajena al marxismo, Gramsci había afirmado: "Para encontrar la vía maestra es necesario remontarse a Carlos Marx y Federico Engels, que de un pensamiento filosófico extrajeron una precisa doctrina de interpretación histórica y política."[29] Por lo tanto, si se desea hacer un ulterior paso real en la comprensión de la filosofía de la praxis es necesario aferrar con mayor precisión los pasajes a través de los cuales la noción tradicional de materialismo histórico se transforma en Gramsci en la de ciencia de la historia y de la política: la mutación es mucho más que simplemente terminológica.

Aquí se interrumpe también cualquier posible afinidad con la posición de Labriola y se determina, al contrario, esa unión entre la obra política de Lenin y las tesis sobre Feuerbach que constituye el eje alrededor del cual giran la aceptación y la reinterpretación gramsciana del mismo concepto de marxismo-leninismo. La contribución de Lenin se ve de esta manera no sólo como una restauración y una nueva aplicación a nuevos temas históricos de la doctrina, sino como su completa reactualización, que justamente puede tener en la ciencia política su punto de fuerza en cuanto implica de hecho un redescubrimiento de su verdadero núcleo filosófico. De acuerdo con la relación instituida por Gramsci entre la filosofía y la ciencia del marxismo, el leninismo puede ser definido por Gramsci como "un sistema unitario de pensamiento y de acción práctica, en el cual todo se sostiene y se demuestra recíprocamente, desde la concepción general del mundo hasta los mínimos problemas de organización".[30]

En 1924, después de la clausura del V Congreso de la Internacional comunista, que colocó en el centro de las tesis sobre la propaganda ideológica el nuevo concepto de "marxismo-leninismo", *L'Ordine nuovo* publica con la firma de Longobardi un amplio ensayo en el cual, en realidad, no es difícil entrever la trama de toda la sucesiva interpretación que Gramsci dará del pensamiento de Lenin como de la interpretación de Marx históricamente más avanzada, capaz de ofrecer el apoyo de una completa reconsideración teórica de la doctrina, después de la experiencia interpretativa de la II Internacional.

Dejando de lado la parte dedicada a defender el principio de la dictadura del proletariado y el modo de su realización en la Rusia revolucionaria de 1917, es útil llamar la atención sobre el hecho de que, en la parte más específicamente filosófica, el papel de Lenin se identifique en una interpretación del materialismo histórico que reactualiza el concepto de praxis de la filosofía marxista. La tesis de la "doble revisión" del marxismo, que

[29] Antonio Gramsci, *Socialismo e fascismo*, Turín, 1966, p. 13.
[30] Antonio Gramsci, *La costruzione del partito comunista 1923-1926*, Turín, 1971, p. 272 (en adelante CPC).

aparece en los *Cuadernos* a propósito de la identificación del núcleo filosófico de la doctrina, está aquí anticipada por aquella de una "doble deformación" sufrida por el materialismo histórico por obra de los revisionistas, que confundieron una coyuntura de desarrollo pacífico del capitalismo con una tendencia estructural, y de los ortodoxos, que aquí son definidos como "los teólogos de una teoría cristalizada en dogmas":

"Éstos simplemente se olvidaban de que el marxismo es una doctrina de acción y presupone la acción. Y acción revolucionaria de masas. Así, mientras el pensamiento de Marx penetraba y encaminaba la dirección de los estudios históricos y económicos, aun en el campo ortodoxo, en las últimas décadas del siglo, se convertía en un instrumento de estudio, un recatado método de indagación, una doctrina de escritorio. Se le eliminaba simplemente el alma [...]."[31]

La revisión del marxismo contra la que lucha esencialmente Gramsci es aquella realizada por los "ortodoxos". Si en el campo filosófico ésta ha identificado al marxismo con el viejo materialismo, en el terreno de la *comprensión* de los fenómenos sociales ha convertido al materialismo histórico en un canon de investigación, en la medida en la que se ha demostrado incapaz de utilizarlo como un instrumento de análisis de los procesos políticos en acto.

Gramsci había llegado a esta conclusión en los escritos juveniles. Puede ser útil remitirse a su posición de entonces porque contiene el planteo analítico del problema al que se aplicará toda su reflexión sucesiva. El aspecto central lo constituye en 1917-1918 la valoración del significado de la revolución rusa, la cual, con el desequilibrio entre el nivel de maduración económica y el de maduración política que la caracteriza, puede ser rechazada, como de hecho sucede en una parte del movimiento obrero, justamente recurriendo a los principios de una cierta interpretación del materialismo histórico. "Las constituciones políticas son necesariamente dependientes de la estructura económica, de las formas de producción y de intercambio. Con la simple enunciación de esta fórmula muchos creen haber resuelto todo problema político e histórico [...]: Lenin es un utopista, los infelices proletarios rusos viven en plena ilusión utopista, un despertar terrible los espera implacablemente."[32] Asumir una determinada posición política implica entonces la resolución de un importante problema teórico: cómo es posible, con la guía de la interpretación histórica que da el marxismo, hacer una interpretación de los procesos políticos en acto. "Los cánones del materialismo histórico —dice siempre el

[31] E. C. Longobardi, "Marxismo. labourismo e bolcevismo", en *L'Ordine nuovo*, III serie, 15 de noviembre de 1924. año I, núm. 7.

[32] Antonio Gramsci, *Scritti giovanili*, Turín, 1957, p. 280.

joven Gramsci— valen sólo *post-festum*, para estudiar y comprender los sucesos del pasado, y no deben convertirse en hipotecas sobre el presente y sobre el futuro."[33] Todo el problema sucesivo será el de lograr una interpretación del materialismo histórico capaz de plantear el análisis de las fuerzas en lucha en el presente.

Pero justamente a partir de aquí es que se comprende la doble identificación que Gramsci coloca en primer lugar entre la interpretación corriente del materialismo histórico y el economicismo, en segundo lugar entre el economicismo y la reducción del materialismo histórico a canon de interpretación. En efecto, éste es el punto principal; para Gramsci es economicista toda lectura del materialismo histórico que lo confine en el ámbito de la reconstrucción histórica, cortándole el camino en la valoración de los procesos históricos y políticos en curso. El gran error de los ortodoxos ha sido el de haber dado una interpretación del marxismo sustancialmente no muy diferente a la circulante en la cultura europea a fines del siglo pasado. La definición de Croce como revisionista se comprende mejor justamente si se tiene en cuenta que con su definición del marxismo ha formalizado una situación que de alguna manera ya existía de hecho en la interpretación ortodoxa. En una carta de mayo de 1932 Gramsci afirma: "como revisionista él contribuyó a suscitar la corriente de la historia económico-jurídica".[34]

La solución de la *impasse* se encuentra en el restablecimiento del concepto de relaciones sociales antagónicas de producción, desarrolladas por sustitución de una clase a la otra en la dirección de la sociedad y en la atribución de un valor filosófico a este concepto, capaz de fundar una teoría general de la historia, en la que se resuelven y se reformulan todos los problemas de la filosofía pasada. La posibilidad de transferir el materialismo histórico del pasado al presente está dada por el descubrimiento de la subjetividad de los grupos sociales contrapuestos, de la "acción revolucionaria de masas", que da del presente la imagen de un campo de fuerzas contrastantes. El marxismo "es teoría de la acción, la teorización del hacer humano, la praxis" se lee en el ya recordado artículo de 1924. Pero este "hacer humano" no es más que el encuentro de las fuerzas antagónicas actuantes en una situación dada, que según sea su cohesión, su grado de conciencia, convierte en actual un resultado que al comienzo es sólo objetivamente posible. La reabsorción del materialismo histórico en los límites de un canon se hace imposible para Gramsci a partir del momento en el que se demuestra cómo, para usar las palabras de Croce, de las proposiciones científicas se pueden deducir los programas políticos, haciendo de las voluntades colectivas las expre-

[33] Antonio Gramsci *Scritti giovanili, cit.*, pp. 154-155.
[34] Antonio Gramsci, *Lettere dal carcere*, Turín, 1965, p. 615.

siones de una objetividad de la contradicción indagable científicamente.

Estos conceptos se encuentran expresados muy claramente en el neto rechazo de la tesis engelsiana de que la contribución científica de Marx pueda individualizarse en el materialismo histórico y en la teoría del plusvalor. El punto fundamental, rebate en 1926 Gramsci a Arturo Labriola, que se ha vuelto el intérprete de este lugar común de toda la preexistente tradición marxista, es la "demostración de la necesidad histórica de la dictadura del proletariado". No debe engañar la utilización de la fórmula política que significa justamente la voluntad de romper con la consideración del marxismo como teoría abstractamente objetiva. "Ya en las glosas sobre Feuerbach del 1845 Marx afirma que la tarea actual no es la de explicar el mundo, sino la de transformarlo. Mostrar del marxismo sólo la parte que explica el mundo y esconder las partes mucho más importantes, según el mismo Marx, que intentan organizar las fuerzas sociales revolucionarias, el proletariado, que necesariamente deben transformar el mundo significa reducir el marxismo al papel de cualquier teología."[35]

Si no se logra ver en el marxismo "una dirección política de la clase obrera tendiente a la instauración de la dictadura proletaria", ésta se reduce —replica Gramsci a Arturo Labriola— a "un hecho puramente especulativo".[36] Debe notarse que estos términos de teología y de especulación con los que se caracteriza en estos textos políticos una interpretación del marxismo que lo separa de su propio efecto político, son los mismos que Gramsci utiliza asiduamente en la cárcel para caracterizar aquellas concepciones de la historia que no quieren arreglar las cuentas con la revolución científica actuada por el marxismo. "La filosofía de la praxis es la concepción historicista de la realidad que se ha liberado de todo residuo de trascendencia y de teología incluso en su última encarnación especulativa; el historicismo idealista crociano permanece todavía en la fase teológico-especulativa."[37] El marxismo ha demostrado cómo la noción de subjetividad que es propia de toda la tradición idealista debe entenderse como la "forma de un contenido concreto social y el modo de conducir el conjunto de la sociedad a forjarse una unidad moral".[38] Si del marxismo se desagrega esta subjetividad social y la consideración del resultado al que ésta naturalmente tiende, entonces es inevitable recaer en el ámbito tradicional de la teoría, variadamente manipulable con operaciones puramente conceptuales.

El materialismo histórico puede convertirse entonces en una

35 CPC, p. 432.
36 CPC, p. 439.
37 MS, p. 191.
38 MS, p. 191.

ciencia de la política en la medida que se libera de aquella concepción caricaturezca de la historia, que del mismo se ha querido deducir, según la cual "ésta era una especie de libro maestro, con una partida de 'haber' a la que le correspondía matemáticamente una partida de 'debe'. Cinco centavos de capitalismo o de intereses económicos en la partida 'haber', determinaban exactamente cinco centavos de política y de socialismo en la partida 'debe'". Con estas premisas no hay posibilidad de plantear un análisis del proceso revolucionario. Si se quiere llegar a éste, es necesario partir de la premisa de que el marxismo "estudiando la relación de las cosas materiales, quiere explicar las relaciones entre los hombres y no quiere para nada subordinar los hombres a las cosas materiales". Y aun más: "nosotros nos referimos a las relaciones sociales entre los hombres; si bien existen sobre la base y dependencia de las relaciones entre las cosas, no están ligadas a éstas con la fórmula contable del 'debe' y del 'haber'".[39] El problema de Gramsci se convierte entonces en el de elaborar una "concepción del método político marxista".[40] El método empleado por Lenin, "que consiste justamente en saber hacer la 'historia natural' es decir el análisis minucioso de los factores de una situación para poder determinar con relación a la misma nuestra táctica" es el nuevo punto de llegada, contrapuesto por Gramsci a la repetición de un esquema de derivación de la superestructura que lleva a dispersar puntualmente "la concreción de los contrastes políticos y sociales".[41]

Por otra parte, lo metodológicamente inadecuado de la interpretación tradicional del materialismo histórico es igualmente evidente en un campo más estrictamente historiográfico, donde incluso sus efectos han sido más difusos y considerables. Vale la pena recordar por extenso como Gramsci caracterizaba la distinción entre "filosofía de la praxis" y "economicismo histórico": "Sin embargo debe plantearse el problema: ¿qué importancia debe atribuirse al 'economicismo' en el desarrollo de los métodos de investigación historiográfica, admitiendo que el economicismo no puede ser confundido con la filosofía de la praxis? Que un grupo de financieros que tienen interés en un determinado país puedan guiar la política de este país, atraer la guerra o alejarla del mismo, es indudable: pero la verificación de este hecho no es 'filosofía de la praxis', es 'economicismo histórico', es decir la afirmación de que 'inmediatamente', como 'ocasión', los hechos han sido influidos por determinados intereses de grupo, etc. Que el 'olor del petróleo' pueda atraer serios problemas sobre un país es también cierto, etc., etc. Pero estas afirmaciones, controladas, demostradas etc., tampoco son todavía filosofía de la praxis, más aun,

[39] CPC, pp. 336-337.
[40] CPC, p. 308.
[41] CPC, p. 309.

pueden ser aceptadas y hechas por quien rechaza *in toto* la filosofía de la praxis. Puede decirse que el factor económico (entendido en el sentido inmediato y judaico del economicismo histórico) no es más que uno de los tantos modos con que se presenta el más profundo proceso que la filosofía de la praxis quiere explicar y justamente por esto es una filosofía, una 'antropología', y no un simple canon de investigación histórica."[42]

La dignidad filosófica del marxismo, su naturaleza de concepción plenamente autónoma y concluida en sí misma, es para Gramsci susceptible de verificación sólo en la medida en que consigue dar razón de la totalidad del proceso histórico; por esto la filosofía marxista puede también definirse como una "metodología de la historia".

Esta misma relación entre filosofía y ciencia de la historia con la cual se caracterizan los límites del economicismo constituye también la base de la crítica de la sociología de Bujarin. También en este caso nos encontramos frente a la tentativa de fijar los criterios del análisis social marxista olvidando que la innovación fundamental introducida por el marxismo —el concepto de relaciones sociales de producción— lleva a la concepción de la filosofía como teoría de la historia. Una búsqueda de la cientificidad del marxismo que utiliza un concepto de ley propio de las ciencias de la naturaleza sólo puede nacer en el interior de aquella escisión entre materialismo dialéctico y materialismo histórico, que ha llevado a la doctrina a la subordinación a formas de pensamiento que le son extrañas.

Gramsci había comenzado la discusión con Bujarin antes de la cárcel. De la misma existen algunas huellas muy parciales, pero no por esto menos significativas, que anticipan toda la posición desplegada sucesivamente en los *Cuadernos*. En el V Congreso de la Internacional comunista Bujarin, en una intervención sobre los problemas de la unificación ideológica del movimiento, había denunciado la existencia en el partido italiano de formas de "idealismo voluntarista", como aspecto peculiar de un tendencial renacimiento del "viejo hegelismo".[43] La acusación de Bujarin se soldaba con aquella tradicional de la izquierda bordiguiana y planteaba de todas formas problemas de orden político en el clima más rígido de la bolchevización de los partidos comunistas que comienza en 1925. Es seguramente en este ámbito donde debe ubicarse la decisión de Gramsci de publicar en dos fascículos para una escuela de partido la introducción y el primer capítulo del *Ensayo* de Bujarin, como exposición didascálica de algunos aspectos principales de la doctrina marxista. Pero si comparamos

[42] Antonio Gramsci, *Passato e Presente*, Turín, 1954, pp. 183-184.
[43] *Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale, Protokoll*, Hamburgo, 1924, p. 513.

la traducción publicada en el fascículo con el texto original llama la atención una interpolación en la parte conclusiva, que no parece absolutamente casual, o teóricamente neutra.

"Algunos compañeros piensan —afirmaba Bujarin— que la teoría del materialismo histórico no puede de ninguna manera ser considerada como sociología marxista y que no puede ser expuesta sistemáticamente. Estos compañeros piensan que la misma es sólo un *método* viviente de conocimiento histórico y que sus verdades son demostrables sólo hablando de acontecimientos concretos e históricos."[44] Este pasaje y la sucesiva definición del materialismo histórico como "doctrina general de la sociedad y de las leyes de su desarrollo, es decir sociología", en la que se resumía todo el sentido de esta introducción, se cancelaba en la traducción hecha por Gramsci y se sustituía por otro que, si se observa detenidamente, contiene en forma sintética aquella que será la respuesta por él dada en la cárcel a la interpretación del marxismo como sociología.

"La doctrina y la táctica del comunismo serían incomprensibles sin la teoría del materialismo histórico. Existen varias corrientes burguesas, algunas de las cuales han conseguido tener resonancia también en el campo proletario, que aunque afirman algunos méritos del materialismo histórico tratan de limitar su alcance y de eliminarle su significado esencial, su significado revolucionario. Así, por ejemplo, el filósofo Benedetto Croce escribe que el materialismo histórico debe reducirse a puro canon de ciencia histórica, cuyas verdades no pueden ser desarrolladas sitemáticamente en una concepción general de la vida, sino que son demostrables sólo concretamente en cuanto se escriben libros de historia [...]. Es suficiente observar que el materialismo histórico además de haber sido un canon para la investigación histórica y haberse revelado concretamente en una serie de obras maestras literarias, se ha revelado concretamente también en la revolución rusa, en un fenómeno vivido y viviente no sólo en los libros; se revela en todo el movimiento obrero mundial que se desarrolla continuamente según las previsiones de los marxistas no obstante que, según los filósofos burgueses, esas previsiones no son sino fábulas, porque el materialismo histórico sirve sólo para escribir libros de historia y no para vivir y actuar activamente en la historia."[45]

Gramsci ha efectuado una doble operación. En primer lugar se ejemplifica la crítica de Bujarin con la posición de Croce; lo que significa hacer una neta distinción entre la interpretación del marxismo como metodología histórica y su reducción a canon. En segundo lugar la respuesta a Croce se busca no en el terreno de la

[44] Nikolái Bujarin, *Teoría del materialismo histórico*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 31, México, 1979, p. 36.

[45] El texto del apunte se encuentra en el archivo del PCI.

exposición sistemática de la doctrina (y éste es el camino elegido por Bujarin), sino sosteniendo en un lenguaje que es directamente político, la validez del marxismo como filosofía, subrayando su capacidad concretamente demostrada de funcionar como ciencia política del proletariado.

Volviendo sobre este punto en los *Cuadernos,* Gramsci afirma: "En el párrafo final de la introducción el autor no sabe responder a la objeción de algunos críticos que sostienen que la filosofía de la praxis puede vivir sólo en concretas obras de historia. Él no consigue elaborar el concepto de filosofía de la praxis como 'metodología histórica' y ésta como 'filosofía', como la única filosofía concreta, es decir no consigue plantearse y resolver, desde el punto de vista de la dialéctica real, el problema que Croce se planteó y trató de resolver desde el punto de vista especulativo."[46]

Una vez más el problema es el de identificar filosofía e historia, para después, sobre la guía del concepto de relaciones sociales de producción, alcanzar la identificación de historia y política. Por otra parte, precisa aún Gramsci, aceptar la tesis de que el marxismo "se realiza en el estudio concreto de la historia pasada y en la actividad actual de creación de nueva historia" no significa pulverizar el núcleo teórico del marxismo en una casuística puramente empírica "porque si los datos son siempre singulares y mutables en el flujo del movimiento histórico, los conceptos pueden ser teorizados".[47] A una generalización de una casuística puramente empírica se llega inevitablemente cuando se quiere sustituir la exposición del método con la descripción de algunas posibles uniformidades, en las que ubicar preventivamente la variedad material del proceso histórico concreto. La crítica del concepto de ley de Bujarin no significa de ninguna manera una vanificación de la objetividad del proceso histórico sino que insiste sobre la imposibilidad de confundir la teoría con el método de las *generalizaciones* sucesivas.

El problema en este punto deviene el de la lógica que preside el conocimiento histórico:

"La ley de causalidad, la búsqueda de la regularidad, normalidad, uniformidad se sustituyen a la dialéctica histórica. ¿Pero cómo de este modo de concebir puede deducirse la superación, la 'inversión' de la praxis? El efecto mecánicamente no puede jamás superar la causa o el sistema de causa, en consecuencia no puede haber otro desarrollo más que aquel plano y vulgar del evolucionismo."[48]

En efecto, si queremos profundizar ulteriormente el modo en el que concretamente se realiza la hipótesis de una ciencia polí-

[46] MS, p. 134.
[47] MS, p. 126.
[48] MS, p. 134.

tica marxista es indispensable ver desde más cerca qué entiende Gramsci con el término dialéctica. Respecto a esto es útil reexaminar, por última vez, la cuestión de sus relaciones con Labriola.

## 3. LA DIALÉCTICA

En 1945 Togliatti daba, en un artículo anónimo de *Rinascita*, una caracterización de las relaciones entre Gramsci y Labriola que resulta útil recordar:

"Los estudiosos del marxismo reconocen en Labriola una tendencia a cierta interpretación unilateral, limitada y en el fondo fatalista de las doctrinas del socialismo científico. Es esta tendencia la que condujo a Antonio Labriola a equivocarse profundamente, por ejemplo, en el juicio sobre el colonialismo italiano y, más generalmente, hizo poco fecunda su acción de teórico del socialismo en Italia. Antonio Gramsci, que fue un estudioso atento y discípulo en el verdadero significado de esta palabra de Labriola, corrigió esta tendencia equivocada. El marxista no reduce y no puede reducir el análisis de los hechos históricos y políticos a la focalización de una simple relación de causa y efecto entre una situación económica y una situación político-social. Así entendieron el marxismo, entre nosotros, los que se manejan de oído, ignorantes de que para un marxista la misma relación de causalidad es algo mucho más complejo e implica acción y reacción, interdependencia y contraste, por lo cual (y lo dijo Lenin) el proceso histórico es en su conjunto *causa sui* y contiene siempre en sí, según la trama de un desarrollo dialéctico de fuerzas reales, no solamente la propia justificación, sino el elemento positivo y el negativo, la contradicción y la lucha."[49]

Sobre la cuestión del "fatalismo" de Labriola, Togliatti insistirá en los años sucesivos, pero nunca indicando específicamente y desde el interior las razones de una crítica, que resume en líneas generales la sustancia de la innovación metodológica introducida por Gramsci en la concepción del materialismo histórico. El rol de la dialéctica coincide en efecto, esencialmente, con el problema de la causalidad en el análisis concreto de los procesos históricos y políticos. La superación de la reducción del materialismo histórico a canon comienza a ser realizado por Gramsci en la medida en la que se es capaz de dar no sólo una justificación, siempre necesariamente aposteriori, de un suceso o de un conjunto de sucesos, sino sobre todo una representación crítica que los ubique como resultado de una lucha entre fuerzas sociales contrapuestas,

[49] "Lezione di marxismo", en *Rinascita*, marzo de 1945, año II, núm. 3.

en la cual la victoria de una parte no significa jamás la superación definitiva del antagonismo social preexistente: éste continúa operando, más allá de su determinada y siempre provisional forma de composición política, constituyendo su contradicción permanente. La dialéctica no es, entonces, el instrumento que debe introducir un debilitamiento de la determinación en última instancia, o dar una representación más complicada. No obstante las frecuentes remisiones a las cartas de Engels sobre el materialismo histórico (que sin embargo, si se observa bien, ejerce un papel polémico contra las representaciones más simplistas), en las que se trata de ofrecer un mayor espacio a la consideración del papel desempeñado por la multiplicidad de los factores, la perspectiva teórica de Gramsci es sustancialmente diversa. La dialéctica es el instrumento a través del cual la consideración de la multiplicidad de los factores se remite nuevamente y se subordina al modo de ser específico de las fuerzas fundamentales en lucha e indica, primordialmente, el modo en el que, a través de la exclusión de otras alternativas objetivamente posibles, se logra un resultado determinado. Desde esta perspectiva —es justo señalarlo desde ahora— el análisis histórico no es algo cualitativamente diferente al análisis político (cuya especificidad consiste en todo caso en la necesidad de mantener abierto el juicio sobre un número mucho mayor de variables) con mayor razón si éste se dirige al examen de un proceso histórico cuyos elementos constitutivos no han cesado de actuar todavía, como cuando de la forma en la que se ha realizado la revolución burguesa se trata de deducir las formas de la revolución proletaria. Pero es por esto que hay una relación muy estrecha entre la metodología histórica de Labriola y su dificultad en dar indicaciones concretamente políticas al desarrollo del movimiento socialista. Su interpretación del marxismo está destinada a permanecer como un dato cultural que no llega nunca a interferir directamente con los temas planteados por la batalla política del movimiento. Y por esta vía la interpretación y el uso labriolano del materialismo histórico corre el riesgo de suministrar una convalidación indirecta a la tesis crociana acerca de la imposibilidad de deducir programas políticos de proposiciones de ciencia. También desde este nuevo perfil de la causalidad se repropone la identidad sustancial de la crítica gramsciana del economicismo con la revisión crociana (y ortodoxa) del materialismo histórico.

Pero veamos cuáles son los momentos de reflexión específicos que Gramsci dedica a este problema en su obra. En primer lugar hay un rechazo de la misma fórmula de "dialéctica materialista" y la evidenciación del significado específico de la definición marxiana de dialéctica "racional".[50] El contexto es idéntico al del rechazo del

[50] MS, p. 152.

materialismo como contenido de la filosofía marxista y de la dicotomía implícita en el mismo entre filosofía y ciencia de la historia. Dadas estas premisas, en efecto, la dialéctica no puede concebirse "como un capítulo de la lógica formal sino como una lógica ella misma, es decir como una teoría del conocimiento".[51] Rechazando la presentación de la dialéctica contenida en los *Problemas fundamentales del marxismo,* como "lógica del movimiento en confrontación a la lógica del estancamiento", Gramsci propone una definición de la dialéctica como "sustancia medular de la historiografía y de la ciencia política"[52] en la que se destaca su doble naturaleza de elemento constitutivo de la "teoría general" o de la "filosofía" —su irreductibilidad a un formulario de casos preconstituidos— y al mismo tiempo de instrumento constitutivo de la posibilidad misma de un conocimiento científico concreto, aplicado, de los procesos históricos.

En esta concepción de la dialéctica como forma expresiva de la específica causalidad histórica marxista, Gramsci individualiza dos puntos de referencia que constituyen al mismo tiempo dos momentos de un mismo planteo lógico al que se asigna, en el plano del método, toda la riqueza de sus análisis concretos. En primer lugar una visión de la dialéctica como concepto fundante de la visión marxista del desarrollo social que tiene como referencia contextual la polémica antiutopista que Marx realizó en la *Miseria de la filosofía.* En esta acepción el término dialéctica es intercambiable con *antagonismo.* Contra la dialéctica de los distintos —por otra parte considerada por Gramsci en otros casos como una propuesta dotada de una específica funcionalidad cognoscitiva— Gramsci procede a la misma revaloración de la dialéctica hegeliana realizada por Marx respecto de Proudhon. "Encontrar la verdad completa, la idea en toda su plenitud, la fórmula sintética que anule la antinomia: ése es el problema del genio social." Y aun más: "La escuela filantrópica es la escuela humanitaria perfeccionada. Niega la necesidad del antagonismo, quiere convertir a todos los hombres en burgueses; quiere realizar la teoría por el hecho de que la misma se distingue de la práctica y no encierra antagonismos. Es superfluo decir que en la teoría es fácil hacer abstracción de las contradicciones que se encuentran a cada instante en la realidad."[53]

Hasta este momento se designa con el término dialéctica la existencia de un antagonismo entre fuerzas sociales contrapuestas, cuya determinación constituye la premisa indispensable para cualquier análisis científico sucesivo. Quien intente silenciar esta situación de hecho existente, más que cometer un error teórico, asume una

[51] MS, p. 151.
[52] MS, p. 132.
[53] Marx, *Miseria de la filosofía,* México, Siglo XXI, 1973, pp. 95, 101.

posición que es de naturaleza directamente ideológico-política. Y en este caso el problema es esencialmente el de restablecer, en la crítica de posiciones apologéticas, los elementos de la realidad suprimidos. Pero con el término dialéctica Gramsci, además de la forma objetivamente dada del desarrollo social, designa simultáneamente también el *método* de conocimiento a través del cual se puede alcanzar una representación concreta y realista de la unidad antagónica de lo social. La dialéctica es el instrumento con el que se realiza el conocimiento de la *unidad*, de la *especificidad*, del carácter *concreto* del fenómeno social, colocando en relación orgánica de recíproca implicación sus singulares partes constitutivas, de otra forma destinadas a permanecer separadas o yuxtapuestas. En este sentido ella es la principal forma de reproposición, y al mismo tiempo de verificación empírica, del concepto estructurado de historia que es propio del marxismo.

En la "ciencia de la dialéctica, o gnoseología", dice Gramsci, "los conceptos generales de historia, de política, de economía se enlazan en una unidad orgánica". Una vez más la peculiaridad del marxismo está vista en su capacidad de dar una teoría de la historia de la cual "no pueden separarse la política y la economía".[54] Y es también por esta razón que el mismo discurso sobre las tres partes constitutivas del marxismo no puede entenderse de otro modo que como presentación de la génesis histórica de la doctrina, más allá de la cual permanece la tarea de pensar la "unidad sintética" de sus ingredientes originarios. En la profundización y en la utilización concreta de esta segunda acepción del concepto de dialéctica, Gramsci tiene como principal punto de referencia el patrimonio teórico acumulado por el desarrollo de la elaboración política leniniana, con la que establece, aun bajo este específico aspecto, una relación determinada a partir de 1925-1926.

En marzo de 1925, en ocasión del V Ejecutivo ampliado de la Internacional comunista en el que Gramsci participa como jefe de la delegación del partido italiano, se publicaba el primer número de la revista teórica *Unter dem Banner des Marxismus* que contiene el imporante pasaje *Sobre el problema de la dialéctica* extraído de los *Cuadernos filosóficos* aún inéditos.[55] El clima, destinado a acentuarse siempre más en los años sucesivos, en las mismas páginas de la revista, es el de una plena restauración del materialismo dialéctico de inspiración plejanoviana, de alguna manera interrumpido y desplazado por el nuevo descubrimiento de Hegel que se efectuó en el periodo sucesivo al fin de la primera guerra mundial, en las principales obras del "marxismo occiden-

[54] MS, p. 123.

[55] Cf. Lenin, *Quaderni filosofici*, con una introducción sobre *Il marxismo e Hegel*, de Lucio Colletti, Milán, 1959, pp. 343-347. [Citamos por *Cuadernos filosóficos*, *Obras*, t. 42.]

tal". La relación que Gramsci instituye con la elaboración leniniana de la dialéctica no sólo prescinde totalmente de la presentación que hacía ya entonces el marxismo-leninismo, sino que se define en un espacio temático sustancialmente diferente incluso de aquel individualizado por los filósofos de la izquierda del Partido comunista alemán. Para referirnos a datos concretos, es importante recordar en primer lugar que, en enero de 1926, *l'Unità*, dando en una rúbrica especial una antología de los textos leninianos sobre los principales problemas de la doctrina, ejemplificaba la posición de Lenin sobre la cuestión de la dialéctica publicando el siguiente pasaje, en el que se daba, en el contexto de una intervención política, una explicación "en forma popular" de la diferencia existente entre dialéctica y eclecticismo:

"Un vaso es, ciertamente, tanto un cilindro de cristal como una vasija para beber. Pero no son estas sus únicas propiedades, cualidades o aspectos; los tiene en cantidad infinita, tiene una cantidad infinita de interrelaciones o 'intermediaciones' con el resto del mundo. Un vaso es también un objeto pesado que puede usarse como proyectil. Puede servir de pisapapeles, de receptáculo para una mariposa cautiva, o ser un objeto de valor por la talla o los dibujos artísticos, y nada de esto tiene que ver con el hecho de que puede o no ser utilizado para beber, si es de cristal, si es o no cilíndrico, etcétera, etcétera.

"Por otra parte, si necesitara un vaso ahora mismo para beber, no tendría la menor importancia que fuera perfectamente cilíndrico y que fuera realmente de cristal; lo que importaría, sin embargo, sería que no estuviera agujereado en la base, o que no tuviera nada que me lastimara los labios al beber, etc. Pero si yo no necesitara un vaso para beber, sino para un fin para el que podría utilizar cualquier cilindro de vidrio, lo mismo me daría un vaso agujereado en la base o no, etcétera.

"La lógica formal, que es hasta donde llegan las escuelas (y deben llegar, con adecuados compendios para los cursos inferiores), trata de definiciones formales, aborda lo que es más corriente o evidente, y allí se detiene. Cuando se toma y combina al azar dos o más definiciones diferentes (cilindro de cristal y una vasija para beber), obtenemos una definición ecléctica, que denota los diferentes aspectos del objeto y nada más.

"La lógica dialéctica exige que vayamos más adelante. Primero, para conocer realmente un objeto, debemos considerar y examinar todos sus aspectos, sus conexiones e 'intermediaciones'. Esto es algo que no podemos pretender lograrlo nunca completamente, pero el principio de la comprensión es la salvaguardia contra los errores y la inflexibilidad. Segundo, la lógica dialéctica exige que el objeto sea tomado en su desarrollo, en su cambio, en su 'automovimiento' (como Hegel lo expresa a veces). Esto no se evidencia de inmediato tratándose de un objeto como un vaso, pero tampoco

éste permanece inmutable, y esto es especialmente cierto en lo que se refiere a su utilidad, uso y *conexión* con el mundo que lo circunda. Tercero, la 'definición' completa de un objeto debe incluir toda la experiencia humana como criterio de la verdad y como indicador práctico de su conexión con las necesidades del hombre. Cuarto, la lógica dialéctica sostiene que 'la verdad siempre es concreta, nunca abstracta', como gustaba decir el desaparecido Plejánov siguiendo a Hegel."[56]

La elección de este pasaje es extremadamente significativa. De todas las ilustraciones diferentes del concepto de dialéctica que se encuentran diseminadas en los escritos políticos de Lenin a partir de 1915 —y más precisamente a partir de los análisis de la guerra imperialista—, ésta es ciertamente la más importante, tanto por la calidad intrínseca de la exposición como por la significatividad del contexto del cual es parte integrante: la dilucidación del modo en el que se debe tomar y estudiar la relación entre la economía y la política en el momento en el que el estado dirigido por la clase obrera abandona el comunismo de guerra por una nueva política económica. En estas rápidas consideraciones Lenin resumía y ejemplificaba en un análisis político determinado lo que a su parecer constituía el aporte para nada insignificante de la lógica hegeliana.

En abril de 1924 Gramsci había ya publicado en *L'Ordine nuovo* su escrito sobre el "materialismo militante",[57] en el cual se reproponía como instrumento insustituible de la batalla cultural del movimiento el "estudio sistemático de la dialéctica de Hegel" desde un punto de vista materialista, ya realizada por él entre 1914 y 1915. Se debían publicar extractos de las obras de Hegel y "comentarlos con los modelos de esta dialéctica en el campo de las relaciones económicas y políticas, modelos que la historia ofrece abundantemente, en especial después de la reciente guerra imperialista y la revolución". Aquí no es posible abrir el discurso sobre lo que representa, en el cuadro del desarrollo del pensamiento político de Lenin, este redescubrimiento de Hegel. Diremos solamente que, según nuestra opinión, no constituye absolutamente una regresión teórica con relación a los primeros escritos sobre *El capital* y el desarrollo del capitalismo en Rusia,[58] sino que más bien constituye un desarrrollo y una profundización vuelta necesaria por la extensión del análisis al conjunto de las relaciones internacionales, a los distintos componentes de la es-

[56] Cf. Lenin, *Una vez más acerca de los sindicatos*, en *Obras completas*, t. 36, pp. 373-375.

[57] Lenin, "Il materialismo militante", en *L'Ordine nuovo*, III serie, 15 de marzo de 1924, año I, núm. 2.

[58] Es ésta la opinión expresada por Lucio Colletti en la introducción a la edición de los *Quaderni filosofici*, cit.

tructura capitalista mundial, y a la complicación vertiginosa en su interior de las formas de la contradicción fundamental, ya no más comprensibles con la guía del modelo del capitalismo que con varios matices ha dominado la cultura de la II Internacional. La guerra imperialista no ha determinado sólo la crisis política de la organización, también ha demostrado la insuficiencia de un tipo de análisis que por más de una década se planteó el problema de la comprensión del imperialismo y de sus efectos sobre la iniciativa del movimiento obrero. "No existen y no pueden existir fenómenos 'puros' ni en la naturaleza ni en la sociedad. Es esto precisamente lo que enseña la dialéctica de Marx mostrándonos que el mismo concepto de la pureza es una cierta limitación y unilateralidad del intelecto humano, incapaz de abrazar completamente un objeto en toda su complejidad."[59] Con estas palabras Lenin resumía en 1915 la sustancia de su crítica teórica de la metodología política de Kautsky. Y un año más tarde, dirigido a Rosa Luxemburg: "La dialéctica marxista exige el análisis concreto de toda situación histórica particular."[60] En 1921, dirigido a Bujarin: "La dialéctica incluye la historicidad."[61]

¿Pero en qué consistía precisamente para Lenin esta historicidad, como esencia del conocimiento dialéctico? ¿Y cuál era el método que podía garantizar la posesión? Un rápido *excursus* sobre los apuntes extraídos de la lectura de la *Lógica* de Hegel puede suministrar alguna aclaración a propósito. Aquí Lenin destaca fuertemente el significado de la crítica hegeliana al concepto de causa, afirmando que su insuficiencia cognoscitiva se encuentra en su intrínseca imposibilidad de abrazar toda la complejidad de los elementos que caracterizan la fisonomía, la verdad, de un determinado fenómeno social. "La universalidad y el carácter omnicomprensivo de la interconexión del mundo, que la causalidad sólo expresa en forma unilateral, fragmentaria e incompleta."[62] Pero ésta es sólo la conciencia crítica a través de la cual es necesario pasar para comprender el rol y la importancia del conocimiento garantizado por la lógica dialéctica, la única capaz de garantizar la comprensión de la objetividad de los procesos sociales. Para Lenin, en efecto, la *objetividad* del conocimiento es posible sólo reconstituyendo la *totalidad* de los momentos constitutivos del fenómeno social. Y, a su vez, sólo la totalidad garantiza el conocimiento de la *especificidad* del objeto del análisis político. Reconfirmando explícitamente su rechazo de los esquemas triádi-

[59] Lenin, *La guerra imperialista*, Roma, 1950, p. 87.
[60] *Ibid.*, p. 138.
[61] Cf. V. I. Lenin, *Anotaciones al libro de Bujarin "Teoría económica del periodo de transición"*, en Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 29, México, 1979, p. 178.
[62] Lenin, *Cuadernos filosóficos*, cit., p. 154.

cos,[63] tendientes a convertir el marxismo en una genérica filosofía de la historia, Lenin encuentra en la dialéctica la posibilidad de individualizar, en un nuevo nivel de desarrollo de la lucha política, las mismas características de su visión del rol del marxismo definidas ya en los escritos juveniles con el término "sociología".

La objetividad del conocimiento dialéctico se une perfectamente con su capacidad de aferrar "el conjunto de todos los aspectos del fenómeno, de la realidad y sus (recíprocas) relaciones", de "reflejar la omnilateralidad del proceso material".[64] La verdad se alcanza en la medida en que se aferra "el nexo efectivo de todos los aspectos, fuerzas, tendencias, etc., del campo dado de fenómenos". Pero justamente en virtud del procedimiento a través del cual es necesario pasar para alcanzarla, ésta es por definición siempre *concreta*. Un concreto, sin embargo, que no es un punto de partida, sino el punto, tendencial, de llegada de una marcha ininterrumpida de acercamiento que constituye la misma esencia del conocimiento científico. La verdad, repite muchas veces textualmente Lenin, es un proceso. "El hombre no puede captar-reflejar-replectar la naturaleza *como un todo,* en su integridad, su 'totalidad inmediata'; sólo puede acercarse *eternamente* a ello, creando abstracciones, conceptos, leyes, una imagen científica del mundo."[65] Por esto el conocimiento humano puede parangonarse a una espiral, cada segmento de la cual "puede ser transformado (unilateralmente transformado) en una línea recta en sí". La unilateral extrapolación de uno o de más datos del conjunto en el que están concatenados por una multiplicidad de relaciones, o de mediaciones, implica la reducción de la dialéctica en sofística o eclecticismo. Con estos dos términos Lenin caracteriza siempre la matriz teórica de los errores políticos contra los que lucha en cada momento. No importa cuál sea el contenido determinado, *todos tienen una matriz común:* la parcialidad y por lo tanto la subjetividad del análisis.

El discurso podría ciertamente profundizarse y ampliarse más, pero su núcleo central lo encontramos ya presente justamente en el amplio pasaje publicado por Gramsci en 1926. Si bien es cierto que el conocimiento de los *Cuadernos filosóficos* habría podido constituir un punto de referencia muy importante en el desarrollo de su elaboración, Gramsci parece de todos modos haber aferrado, sobre la base de los escritos políticos, la inmensa divergencia que separa la concepción leniniana de la dialéctica del modo en que la misma había sido presentada sobre la base del materialismo filosófico. Lenin sin duda tenía conciencia de cuánto el descubrimiento de esta metodología transformaba íntimamente toda la

[63] Lenin, *Cuadernos filosóficos*, cit., p. 224.
[64] *Ibid.*, p. 186.
[65] *Ibid.*, p. 174.

concepción y la práctica del materialismo histórico: los *Cuadernos filosóficos* están llenos de observaciones críticas a Plejánov; pero es también cierto que en los escritos destinados a la publicación él confirmará siempre, hasta el último periodo de su vida, la importancia de la contribución teórica dada por Plejánov, su función de insustituible punto de referencia. La tarea que Gramsci se ha prefijado parece por lo contrario, también en este caso, la de hacer plenamente explícita la ruptura abierta por el análisis político leniniano con la tradición teórica de la II Internacional. Esta concepción de la dialéctica constituye para él el instrumento de ataque más completo y maduro no sólo contra el materialismo filosófico, sino también de toda práctica economicista del materialismo histórico.

En el contexto de una cierta propuesta de lectura del papel ejercido por Ricardo en la formación de Marx —que aquí no nos interesa seguir— afirma que a través de los conceptos de mercado determinado y de ley tendencial "la ley de causalidad de las ciencias naturales ha sido depurada de su mecanicismo y se ha sintéticamente identificado con el razonamiento dialéctico del hegelismo".[66] Asumida la dialéctica como lógica de las vinculaciones y de las mediaciones, el problema de Gramsci es el de liberarse de una relación de derivación lineal de los múltiples aspectos de un proceso histórico y político de una determinada base económica. En las conversaciones que mantuvo con los compañeros de prisión "[. . .] para romper con aquellos que acusaban al marxismo de mecanicismo, de fatalismo, de determinismo económico, de economicismo, invitaba a no hablar más de 'estructura' y 'superestructura' económica, sino sólo de proceso histórico, en el cual todos los factores toman parte; solamente la prevalencia de ese proceso era económica".[67]

Sólo forzando los límites de la reducción del materialismo a canon de interpretación es posible aferrar la especificidad y la historicidad del fenómeno social examinado. Y también para Gramsci la propiedad principal del conocimiento dialéctico es el de colocarse en igual medida fuera de la filosofía "como método de erudición en la verificación de los hechos particulares", y de la sociología como "compilación empírica de observaciones prácticas que amplíen la esfera de la filología como es entendida tradicionalmente".[68] Convertir a la dialéctica en el instrumento cognoscitivo a través del cual el marxismo se coloca como "metodología general de la historia" no significa reducir su ámbito de

[66] A. Gramsci, *Lettere dal carcere*, cit., p. 629.

[67] Mario Garuglieri, "Ricordo di Gramsci", en *Società*, julio-diciembre de 1946, núm. 7-8, p. 697.

[68] *MS*, p. 126.

eficacia en los límites de la historia narrada. Su objetivo es más bien depurar el materialismo histórico de algunos esquemas repetitivos y abstractos, de igual manera que de la precipitación historiográfica en la que había sido confinado con relación a otras tradiciones culturales.

Es un hecho extremadamente significativo de toda la sucesiva elaboración gramsciana que ya en 1925 el concepto de dialéctica marxista se emplee en la polémica con Bordiga para defender una concepción del partido político de la clase obrera que sepa recoger la doble y simultánea naturaleza de asociación voluntaria y de elemento objetivo de sociedad civil. Algunas intervenciones del joven Togliatti, que por el nuevo grupo dirigente gramsciano conduce en particular esta polémica, ofrecen la documentación más significativa. Criticando el doble error de separar el partido de la clase obrera y la acción del partido de la situación objetiva en la que se constituye y actúa (y éste es el tema alrededor del cual se ha centrado toda la batalla de Gramsci por un cambio en las direcciones teóricas y tácticas del partido) escribía: "Una de las características de la concepción dialéctica de la realidad es en efecto la de no aislar jamás ninguno de los elementos de una situación de los otros elementos de la misma y de la situación considerada en su conjunto y en su desarrollo, y retener que sólo en esta mutua, completa y continua correlación e interdependencia de elementos en desarrollo, se puede aferrar el sentido de la realidad".[69] Y poco más tarde: "la dialéctica marxista hace de las diferentes partes constitutivas del mundo real un todo coherente, sólido e indisoluble".[70] El mismo Gramsci, además, comentando los resultados del congreso de Lyon, definía así la posición de Bordiga con relación a las cuestiones tácticas surgidas en el verano de 1924 con el delito Matteotti:

"Ha sido característico de la falsa posición de la extrema izquierda el hecho de que nunca sus observaciones y sus críticas se hayan basado en un examen profundo y ni siquiera superficial de las relaciones de fuerza y de las condiciones generales existentes en la sociedad italiana. De esa forma resultó claro que el método de la extrema izquierda, del que la extrema izquierda dice que es dialéctico, no es el método de la dialéctica materialista propio de Marx sino el viejo método de la dialéctica conceptual propia de la filosofía premarxista o incluso prehegeliana."[71]

Se trata, como se ve, de verdaderas paráfrasis de expresiones recurrentes en los escritos políticos de Lenin. El hecho de que éstas retornen con particular frecuencia justamente con relación a la

69 Palmiro Togliatti, *Opere*, al cuidado de Ernesto Ragionieri, vol. I, *1917-1926*, Roma, 1967, p. 652.

70 P. Togliati, *Opere*, cit., vol. II, *1926-1929*, Roma, 1972, p. 21.

71 CPC, p. 102.

cuestión del partido, no deriva sólo de determinadas urgencias políticas sino de la individualización de un filón de análisis que lleva a la elaboración del concepto de "bloque histórico": "el conjunto complejo, contradictorio y discorde de las superestructuras es el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción". En la reciprocidad de estructura y superestructura, dice Gramsci, está "el proceso dialéctico real".[72]

## 4. LA INTRODUCCIÓN DEL ELEMENTO ÉTICO-POLÍTICO

Sin embargo, para seguir el desarrollo concreto de los análisis de Gramsci, a través de los cuales se concreta operativamente la hipótesis de un materialismo histórico entendido como ciencia política, es indispensable colocar una ulterior cuestión de carácter general: la que podríamos definir como la introducción del elemento ético-político. En una breve nota de los *Cuadernos* se lee: "Elementos de historia ético-política en la filosofía de la praxis: concepto de hegemonía, revaloración del frente filosófico, estudio sistemático de la función de los intelectuales en la vida estatal e histórica, doctrina del partido político como vanguardia de todo movimiento histórico progresivo."[73] Se trata, observando bien, de una especie de sumario conceptual de toda la concreta investigación gramsciana. En efecto, cada una de las etapas singulares en las que se articula la confrontación crítica de Gramsci con la precedente tradición marxista (desde la restauración del concepto de relaciones sociales de producción como eje filosófico de la doctrina, a la crítica del materialismo histórico como canon historiográfico, a la individualización de la dialéctica como el instrumento esencial para aferrar la unidad específica del fenómeno social) encuentra en la introducción del elemento ético-político su punto de llegada y el modo en el que expresarse concretamente. En efecto, toda la investigación de Gramsci, tanto en los aspectos más propiamente teóricos como en aquellos relativos al cumplimiento de análisis específicos, gira alrededor de una interrogación que puede resumirse en una sola frase con sus mismas palabras: "¿cómo nace el movimiento histórico sobre la base de la estructura?".[74]

Una vez abandonado el principio de la causalidad lineal es necesario indicar concretamente la vía de la superación de la dicotomía entre estructura y superestructura, que estuvo en la raíz de toda superstición economicista y de la consiguiente reabsorción de la originalidad teórica del marxismo en el marco de la cultura

72 MS, pp. 39-40.
73 MS, p. 203.
74 MS, p. 129.

tradicional. La elaboración del elemento ético-político es justamente el modo en el que las fuerzas históricas cesan de aparecer como fantasmas, sombras de un "dios escondido", para convertirse en partes integrantes no separables de un único proceso social. La "fijación del momento catártico",[75] es decir la individualización del modo en el que se realiza, en situaciones y formas diversas, el mismo problema del pasaje de la economía a la política, deviene así para Gramsci "el punto de partida de toda la filosofía de la praxis",[76] o "el punto crucial de todas las cuestiones que han nacido alrededor de la filosofía de la praxis".[77] Por esto la construcción de una teoría de la hegemonía es el camino obligado a través del cual es necesario pasar para mantener y actuar las promesas que están implícitas en la concepción marxista de la historia. Pero por esta misma razón el comienzo de una concreta experiencia estatal, encaminada por la revolución de octubre, tiene ella misma un gran significado teórico, un alcance "gnoseológico".

A la solución de este problema responde esencialmente la teoría de los intelectuales y del partido político. "Cada grupo social naciendo sobre el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica se crea al mismo tiempo, orgánicamente, una o más clases de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función no sólo en el campo *económico, sino en el social y político.*" El partido político moderno, forma de organización de clase específica de una fase avanzada del desarrollo del modo de producción capitalista, cumple una función sin la cual no es más posible el desarrollo social. En este sentido su función es absolutamente análoga a la que cumple el estado para la totalidad de la sociedad civil. No es un objetivo de estas observaciones entrar en el mérito del análisis histórico-político gramsciano. Un último elemento debe sin embargo destacarse para completar el cuadro del planteo teórico que lo sostiene.

Nos referimos al criterio de lectura adoptado por Gramsci en la valoración de la clásica exposición del materialismo histórico contenida en el *Prefacio* de 1859. Sobre la misma ha girado toda la exposición tradicional del materialismo histórico y la reducción en "apariencias" de las formas políticas del desarrollo. Es indispensable, entonces, dar de ésta una interpretación diversa. En el interior de este texto Gramsci actúa una neta división entre la primera y la segunda parte, atribuyendo a cada una funciones netamente distintas en la construcción teórica del marxismo. Al conjunto de afirmaciones que versan sobre el concepto de que los hombres toman conciencia de las contradicciones de la estructura en el terreno de las ideologías, Gramsci sustrae toda

[75] MS, p. 40.
[76] MS, p. 40.
[77] MS, p. 129.

posibilidad cognoscitiva de las formas concretas del desarrollo, para atribuirles un significado meramente filosófico, de teoría del conocimiento. Con estas afirmaciones Marx quiere sobrentender no sólo el significado "psicológico y moral" de las ideologías, en cuanto trámite del proceso de organización de las masas, sino también un nuevo camino para plantear y resolver el problema de la "objetividad del conocimiento".[78]

Por lo contrario, se asume constantemente como proposición que funda la posibilidad misma de un análisis histórico-político la parte sucesiva del *Prefacio*, centrada sobre la doble y concomitante afirmación de que una formación social no caduca antes de haber desarrollado todas las fuerzas productivas para las cuales es todavía suficiente, y que la humanidad llega a darse aquellas tareas para las cuales existen las condiciones objetivas. Comentando el significado de este pasaje Gramsci afirma: "Sólo en este terreno puede eliminarse todo mecanicismo y toda huella de 'milagro' supersticioso, debe plantearse el problema de la formación de los grupos políticos activos y, en última instancia, también el problema de la función de las grandes personalidades en la historia."[79]

En efecto, asumir esta base de partida significa realizar una verdadera ruptura conceptual con el tradicional esquema interpretativo que ha colocado una sustancial relación de identidad entre desarrollo capitalista de las fuerzas productivas y crecimiento no sólo numérico sino también organizativo y político de la clase obrera. La experiencia italiana, antes que cualquier otra, ha demostrado cómo son posibles no sólo "retiradas" de posiciones estratégicas precedentemente conquistadas (y ésta es la enseñanza de Lenin) sino verdaderas regresiones que pueden hacer necesaria una reconstitución *ab imis* del movimiento. Se abandona entonces la problemática de la ley no ya en el sentido de una subvaloración de una atenuación del papel de la objetividad económico-social del proceso en acto (y respecto a esto Gramsci vuelve siempre a repetir que esta objetividad puede ser siempre estudiada con la precisión de las ciencias naturales), sino como un instrumento válido para dar razón del "momento catártico", del proceso de organización política de las fuerzas económicas, el único dato sobre el que puede medirse la existencia y la consistencia de una transición y de una ruptura no sólo potencial, sino en acto. "La política es acción permanente y produce organizaciones permanentes —dice Gramsci contra la teoría crociana de la política como pasión— en cuanto se identifica con la economía."[80] Pero el cono-

[78] MS, p. 44.

[79] MS, p. 47.

[80] Antonio Gramsci, *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo stato moderno*, Turín, 1953, p. 13 (en adelante M).

cimiento de esta identidad es un punto de partida necesario que, sin embargo, por sí mismo no puede dar razón de los posibles resultados políticos del antagonismo social en acto. Volviendo a discutir una vez más sobre el concepto de necesidad y de regularidad, Gramsci dice: "No se trata de descubrir una ley metafísica de 'determinismo' y tampoco de establecer una ley general de causalidad. Se trata de evidenciar cómo en el desarrollo histórico se constituyen fuerzas relativamente permanentes que actúan con una cierta regularidad y un cierto automatismo."[81] El segundo pasaje del *Prefacio* de 1859 indica, entonces, para Gramsci que sobre la base de una determinada estructura se construye un campo de posibilidades que las fuerzas relativamente permanentes, y contrapuestas, utilizan, en la medida de su capacidad política, en sentido opuesto.

La primera y la segunda de las afirmaciones de Marx, que indican respectivamente las razones históricas de las dos fuerzas fundamentales en lucha, signan los confines externos de este campo de posibilidades, en el interior del cual son múltiples los resultados históricamente documentados. La burguesía de los municipios italianos no logró elevarse más allá del estadio económico-corporativo. Pero en la epoca del capitalismo desarrollado grandes movimientos de masas pueden perecer, sin que por esto se interrumpan las razones objetivas de la existencia de los mismos, bajo los golpes del adversario. El mismo desarrollo de la clase obrera en clase dominante que, a través de la gestión del estado, demuestra su capacidad de dar a la sociedad civil una fisonomía diferente en su conjunto, no es un proceso espontáneo o automático. Sólo la vía que lleva a la introducción del elemento ético-político permite restituir al conocimiento científico la naturaleza real del antagonismo social en acto. El materialismo histórico se depura de todo economicismo sólo cuando logra "alcanzar un análisis justo de las fuerzas que operan en la historia de un determinado periodo y determinar sus relaciones".[82] Tres son los grados a través de los cuales se articula el análisis de las relaciones de fuerza: 1] "una relación de fuerzas sociales estrechamente ligadas a la estructura, objetivo independiente de la voluntad de los hombres"; 2] "la relación de las fuerzas políticas, es decir la valoración del grado de homogeneidad, de autoconciencia y de organización alcanzado por los varios grupos sociales"; 3] "la relación entre las fuerzas militares", o "político-militares",[83] lo que se determina en los momentos culminantes o decisivos de una crisis, cuando la fusión de economía y política se traduce en fuerza, directamente operante. La teoría del materialismo histórico, así reformulada,

81 MS, p. 100.
82 M, p. 41. Machiavello
83 M, pp. 45-47.

encuentra su momento culminante en la teoría del partido político, no sólo como forma históricamente determinada que ejemplifica una relación no dicotómica entre estructura y superestructura más rápidamente que otras, sino como parte constitutiva y fundante del análisis mismo de las relaciones de fuerza.

Con la introducción de lo ético-político la crítica de la interpretación ortodoxa del materialismo histórico encuentra entonces un punto de llegada positivo, se traduce en un conjunto de hipótesis de trabajo alternativas. Pero a propósito del mismo concepto de ciencia política es ya posible hacer dos precisiones. En primer lugar, no se trata absolutamente, y en modo alguno, de una especie de sociología. La utilización de este término (que en la cultura italiana del siglo xx —es útil recordarlo— es propia del filón positivista) no debe hacer olvidar, obviamente, cuál es la "innovación fundamental" del marxismo en este sentido, recuerda continuamente Gramsci; es decir el concepto de que "la naturaleza humana es el conjunto de las relaciones sociales históricamente determinadas". En consecuencia, no sólo la nueva ciencia política marxista "debe concebirse en su contenido concreto (y también en su formulación lógica) como un organismo en desarrollo",[84] sino que todas las formas políticas que la misma analiza no pueden concebirse de otro modo que como modos de ser de un desarrollo determinado en su devenir por el antagonismo de clase. Hablando de la posibilidad de escribir un libro "que extraiga de las doctrinas marxistas un sistema ordenado de política actual del tipo *Príncipe*", Gramsci inmediatamente después especifica: "El argumento sería el partido político, en sus relaciones con las clases y con el estado",[85] vale decir el partido como expresión de un proceso que no puede ser considerado independientemente de la finalidad objetiva que le es inmanente. El otro punto que merece explicitarse es que este concepto gramsciano de ciencia política no individualiza una zona "separada" de la teoría marxista: el mismo se origina, y más aun se hace posible a partir de un amplio de horizonte que se mide con todo el conjunto de los problemas filosóficos de la doctrina y puede sólo valorarse recorriendo todas las etapas principales de la reflexión filosófica de Gramsci. El hecho de que a la elaboración de una ciencia política marxista él haya dado la mejor y más significativa parte de su trabajo está de alguna manera implícito en aquella noción de historicidad del marxismo (o del marxismo como concepción del mundo) que es la última cuestión que merece una precisión.

[84] M, p. 9.

[85] Cf. *Marx e Machiavelli*, fragmento inédito de los *Quaderni*, publicado por Valentino Gerratana en *Rinascita*, 14 de abril de 1967.

## 5. LA HISTORICIDAD DEL MARXISMO COMO CONCEPCIÓN DEL MUNDO

En el escrito publicado en la Unión Soviética en 1923, y que tuvo sobre Gramsci una notable influencia, Trotski había afirmado: "El proletariado ha encontrado en el marxismo su propio método, pero no inmediatamente y hasta hoy en un modo incompleto. Este método sirve ahora sobre todo, más aun casi exclusivamente, para fines *políticos*. La amplia aplicación cognoscitiva y el desarrollo metodológico del materialismo dialéctico pertenecen todavía al futuro. Solamente en la sociedad socialista el marxismo se transformará de instrumento unilateral de la lucha política en un método de creación científica, en elemento fundamental de la cultura espiritual."[86]

La afirmación se enlazaba a toda su polémica contra la cultura y el arte "proletaria", en el curso de la cual él afirmaba todavía: "La noción de cultura no puede ser cambiada en moneda pequeña de uso individual, ni los resultados de la cultura de la clase pueden determinarse en base al pasaporte proletario de cada uno de los inventores o poetas. La cultura es el conjunto orgánico del saber teórico y práctico que caracteriza a la entera sociedad o, por lo menos, a su clase dirigente. Ésta abraza y penetra todos los campos de la creación humana, llevando a los mismos una unidad sistemática."[87]

Es útil remitirse a estos textos porque, mejor que cualquier otra consideración, introducen, desde el ángulo visual de la "política cultural", aquella problemática del periodo de transición, prescindiendo de la cual es absolutamente imposible valorar una parte consistente de la reflexión gramsciana sobre el marxismo. Cuando en la cárcel afirmaba que: "en la fase de la lucha por la hegemonía se desarrolla la ciencia política; en la fase estatal todas las superestructuras deben desarrollarse, so pena de la disolución del estado",[88] Gramsci reproponía una visión del desarrollo del marxismo en primer lugar fuertemente anclada en un conjunto de hipótesis sobre el funcionamiento y el crecimiento del estado obrero, que se habían ido paso a paso extinguiendo. La misma afirmación de la "historicidad" del marxismo está estrechamente ligada a la distinción entre el periodo que precede y el que sigue a la conquista del poder y a la convicción de que la experiencia de la dirección política debe significar no ya una modificación o una alteración cualquiera del núcleo teórico de la doctrina (según una óptica que identifica el concepto de *historicidad* con el de *revisión* del marxismo), sino más bien la premisa de su más amplio desplegamiento material.

[86] Lev Trockij, *Letteratura e rivoluzione,* Turín, 1973, p. 176.
[87] *Ibid.*, p. 178.
[88] MS, p. 93.

"Sólo después de la creación del estado, el problema cultural se impone en toda su complejidad y tiende a una solución coherente. En todo caso la actitud precedente a la formación estatal no puede ser más que crítica-polémica, y jamás dogmática; debe ser una actitud romántica, pero de un romanticismo que aspira conscientemente a su ordenada clasicidad."[89] La contraposición entre la actitud crítica y aquella dogmática se alimenta de las mismas motivaciones que impulsaron a Gramsci a rechazar una visión sistemática del marxismo, como filosofía que se contrapone, en cuanto filosofía, a las otras que surgieron en la historia del pensamiento. La necesidad de no perder el terreno de la crítica es el modo en el que se expresa la conciencia de que el concepto de relaciones sociales de producción coloca un límite objetivo, no superable especulativamente, al mismo marxismo. También el filósofo marxista, dice explícitamente Gramsci, "no puede evadir del actual terreno de las contradicciones, no puede afirmar, más que genéricamente, un mundo sin contradicciones, sin crear inmediatamente una utopía".[90] La precedencia que asume en toda una fase de lucha la elaboración de la ciencia política deriva de la imposibilidad de pasar a una fase positiva nueva hasta que el ordenamiento social existente no haya sido prácticamente, efectivamente, modificado. Pero esto significa para Gramsci que el conjunto de verdades científicas que están contenidas en el marxismo da lugar, no ya a una ideología, a una genérica visión del mundo, sino a una nueva cultura, a una nueva concepción del mundo que, en radical contraste con la acepción plejanoviana y segundointernacionalista del término, no es el producto de la elaboración de los intelectuales marxistas, de los ideólogos del movimiento, de los detentadores de una ortodoxia, sino parte integrante y resultado del desarrollo de las relaciones sociales de producción. La transformación de la ciencia marxista en cultura, de la filosofía marxista en concepción del mundo, es un proceso que va al paso con la modificación de las contradicciones actuantes vez por vez. En esta perspectiva histórica de la transición, la afirmación teórica inicial de que en el concepto de relaciones sociales de producción el marxismo efectúa una diferente elección de campo respecto de aquél sobre el cual se ha construido toda la historia de la filosofía se traduce en la hipótesis de "una nueva cultura en incubación que se desarrollará con el desarrollarse de las relaciones sociales".[91]

Desarrollando las articulaciones concretas de lo ético-político Gramsci es capaz de identificar no los contenidos y la fisonomía de esta nueva cultura, sino algunas características del proceso

[89] MS, p. 89.
[90] MS, p. 94.
[91] MS, p. 89.

social y político que hará de sostén, y al mismo tiempo de forma de realización. Utilizando como eje su teoría del partido Gramsci postula las líneas de un desarrollo histórico en el que "la formación de una voluntad colectiva nacional-popular" se une con una "reforma intelectual y moral".[92] El nacimiento, la consolidación, el avance del partido político hasta la conquista del poder, son etapas que marcan igual cantidad de modificaciones del modo de ser no sólo económico y político, sino también ideológico y cultural del "bloque histórico" dominante. "El moderno príncipe desarrollándose, trastorna todo el sistema de relaciones intelectuales y morales en cuanto su desarrollo significa justamente que cada acto se concibe como útil o dañoso, como virtuoso o malvado sólo en cuanto tiene como punto de referencia el mismo moderno príncipe y sirve a incrementar su poder o a contrastarlo." Sólo en la concreta vida histórica del moderno príncipe el programa de "reforma económica" se funde indisolublemente con el de "reforma intelectual". A medida que crecen y se evidencian los elementos constitutivos de una alternativa histórica, lo que la crítica marxista ha individualizado en el plano conceptual comienza a encontrar existencia histórica. La crítica teórica del filósofo individual, como expresión de una concepción ya superada del filosofar, da lugar, a través del examen del modo concreto en el que se expresa en el nivel político el antagonismo social existente, a la previsión histórica del "pensador colectivo".[93] El desarrollo del marxismo, su transformación de teoría crítica en concepción del mundo, Gramsci lo plantea sobre la guía del examen de las relaciones entre intelectuales y masas.

Todo el conjunto de afirmaciones acerca de la transformación de la filosofía en religión, sobre su posible vinculación con el sentido común, etc., con que abre *El materialismo histórico*, lejos de querer identificar (como por mucho tiempo, y no sin grandes malentendidos de diferente naturaleza, se ha pensado) el estatuto teórico de la filosofía marxista, tiene por el contrario la función de identificar las características históricas de una transición que abarca todo el arco posible de experiencias de la clase obrera, en su pasaje de clase subalterna a clase dirigente. Se trata de un aspecto importante de la teoría del partido, con el que se ejemplifica en el terreno de la reforma moral ese papel de objetiva reunificación de las escisiones y de las separaciones sobre las cuales se ha construido la clase burguesa, y en el que consiste su esencia revolucionaria. En este mismo terreno debe colocarse el sentido de la afirmación de que "el desarrollo político del concepto de hegemonía representa un gran progreso filosófico, además de político-práctico".

92 M, p. 8.
93 MS, p. 18.

Para aclarar el sentido en el que el materialismo histórico, convertido en instrumento de análisis de las relaciones de fuerza de un partido de la clase obrera, puede ser simultáneamente el punto de partida de una reforma que abarque progresivamente toda la concepción del mundo de una época —en sus distintas partes constitutivas— Gramsci se remite al "alcance filosófico" ínsito en la afirmación de Maquiavelo sobre la autonomía de la ciencia y de la actividad política, a su implícita carga innovadora en la concepción de la moral y de la religión. La absorción del descubrimiento científico de Maquiavelo en clave de maquiavelismo "sirve para indicar la separación existente entre gobernantes y gobernados, y para indicar que existen dos culturas: la de los gobernantes y la de los gobernados".[94] La ciencia política marxista, en cuanto expresión de un partido político que es expresión y forma organizada de la contradicción social fundamental, puede encaminar un proceso de recomposición de la fractura entre los intelectuales y los "simples", en un modo tal de hacer posible "un progreso intelectual de masa".[95]

La relación entre teoría y práctica, entre filosofía y religión puede expresarse, en este contexto, en una nueva dialéctica entre intelectuales y masas que invierte el signo político de la que hasta ahora ha existido históricamente. La definición de la filosofía como concepción del mundo significa, entonces, en esta perspectiva de desarrollo histórico, que "la actividad filosófica deja de concebirse sólo como elaboración 'individual' de conceptos sistemáticamente coherentes, sino además y especialmente como lucha cultural para transformar la 'mentalidad popular' y difundir las innovaciones filosóficas que se demostrarán 'históricamente verdaderas' en la medida en que se convertirán concretamente, es decir históricamente, en socialmente universales."[96]

A un pensamiento universal se puede llegar sólo sobre la base de una sociedad que haya superado la división en clases. En el caso que se haya alcanzado esta unidad no antagónica de lo social, todos los esfuerzos de universalidad producidos por la tradición filosófica podrán también encontrar una forma de hacerse verdaderos.

La historicidad del marxismo está, por lo tanto, absolutamente ligada con la perspectiva de una sociedad de transición y, más aun, destaca todos los elementos de transformación de las relaciones entre el estado y la sociedad civil que se producirán necesariamente respecto de la fase inicial de la dictadura del proletariado. La identificación de filosofía e historia que forma parte de la base de toda la reflexión gramsciana sobre el marxismo, y

94 M, p. 9.
95 MS, p. 11.
96 MS, p. 25.

con la cual se repropone el rol del concepto de relaciones sociales de producción, en el interno del análisis ético-político, el modo en el que se puede alcanzar una superior "unidad cultural-social".

## 6. CONCLUSIÓN

Hemos hecho una exposición muy sumaria de aquellos que nos parecen los principales pasajes de interpretación gramsciana del marxismo teórico. Examinemos una vez más las observaciones que hemos desarrollado sobre cada uno de los puntos tratando de evidenciar mejor las conexiones recíprocas.

Con la noción de historicismo absoluto, Gramsci intenta una operación que podría incluso definirse de tipo "kantiano". Su objetivo es: 1] explorar nuevamente y redefinir, en el interior del mismo marxismo, los fines de la filosofía y los límites que son intrínsecos a estos objetivos; 2] destacar las consecuencias de aquella tendencia siempre recurrente a superar estos límites, de lo que la misma filosofía marxista hizo la experiencia, cada vez que no supo tener en cuenta el vínculo que le imponía el concepto de relaciones sociales de producción. El objetivo que Gramsci persigue con esta operación "kantiana" es el de dar nuevamente al marxismo la plena conciencia de su identidad, de restablecer su "espíritu de escisión", de expulsar las quintas columnas que anidaron en su interior, de depurarlo de los viejos modos de pensar que, si bien ya superados, han terminado por reproducirse sobre su mismo cuerpo.

A esta nueva forma de plantear el problema de la originalidad y de la integridad de la teoría general se debe vincular la singular dilatación que el concepto de revisionismo sufre en Gramsci, respecto de la preexistente acepción del término. En vez de indicar las formas de rediscusión de los fundamentos teóricos de la doctrina que se manifiestan en el *interior* del movimiento obrero, con el término revisionismo Gramsci designa todo fenómeno de penetración de la ideología burguesa "que se inserta a veces del modo más peligroso en las enseñanzas de Engels e incluso de Marx".[97] Ya en la Tesis de Lyon se afirma:

"Después de la victoria del marxismo, las tendencias de carácter nacional de las cuales el mismo había triunfado, tratan de manifestarse por otros caminos, resurgiendo en el mismo seno del marxismo como forma de revisionismo [. . .] El proceso de degeneración de la II Internacional asumió así la forma de una lucha contra el marxismo que se desarrollaba en el interior del propio marxismo."[98]

[97] CPC, p. 476.
[98] CPC, p. 489.

En los escritos de la cárcel vemos completamente desarrollada la tesis según la cual los elementos de revisión de la doctrina pueden aferrarse sólo analizando la relación entre "la filosofía de la praxis y la cultura moderna". Individualizando la noción de "ortodoxia" en el concepto fundamental de que la filosofía de la praxis "se basta a sí misma", contiene en sí "todos los elementos fundamentales para constituir una concepción del mundo total e integral",[99] Gramsci deja definitivamente atrás ese concepto de revisionismo que ha sido transmitido de los debates internos de la socialdemocracia alemana. Los revisionistas más peligrosos, hemos ya visto, son los ortodoxos, justamente porque la esencia teórica del revisionismo no consiste en poner en práctica una distinción entre lo que está vivo y lo que está muerto en Marx, sino más bien en la utilización y en "hacer funcionar" la estructura analítica de Marx según criterios que le son ajenos.

Delinear nuevamente los límites de la filosofía significa delinear de nuevo los límites del mundo y dar por lo tanto una conciencia teórica más completa de las contradicciones que actúan en el mismo. Ni siquiera el marxismo puede tener la pretensión de forzar los límites del modo de producción. Por este camino se recae en el utopismo (y utópica es toda visión "sistemática" del marxismo), pero con esta diferencia: mientras el viejo utopismo era de todos modos la expresión ideal de una nueva clase social en lucha contra el orden existente, el nuevo utopismo indica la amenaza de reabsorción del marxismo en el interior de la vieja filosofía. Preocupación principal de la filosofía marxista será la de cuidarse de la tentación de bosquejar, o incluso sólo prefigurar, soluciones puramente lógicas de las reales contradicciones existentes: su única función es la de hacerlas lo más evidentes posible; no puede agregar ni quitar nada. De otro modo, es fatal tomar aquel camino que ya llevó al movimiento obrero a convertirse en subalterno justamente en el momento en el que pretendía ofrecer completas soluciones alternativas. Ya en 1921 Gramsci afirmaba: "Para los socialistas ya existe una intelectualidad 'proletaria' y está constituida por la pequeña burguesía trabajadora, existe ya una *civilización* que es propia del mundo del trabajo y está caracterizada por la ideología, por los sentimientos, por las aspiraciones, por los sueños gelatinosos del *travett*".[100] La crítica del filósofo individual es por lo tanto la misma que se ejerce respecto de la hipótesis de una nueva cultura construida por los intelectuales del movimiento socialista. La confrontación con la más completa sistematización del marxismo perseguida en los ambientes científicos de la socialdemocracia alemana y europea, y al mismo tiempo la nítida percepción del peligro de que ese planteo pudiera

[99] MS, p. 157.
[100] A. Gramsci, *Socialismo e fascismo*, cit., pp. 137-138.

transvasarse en la construcción del primer estado dirigido por la clase obrera, le permitirá a Gramsci profundizar y delinear mejor su posición.

Aun en esta confrontación es necesario ver el origen de esa singular extensión del concepto de "crítica" que se encuentra en el subtítulo de *El capital*: "La economía clásica dio lugar a una 'crítica de la economía política', pero no parece que hasta ahora sea posible una nueva ciencia o un nuevo planteo del problema científico".[101] El marxismo puede, en cuanto crítica, fijar la historicidad del modo de producción (o, como Gramsci dice en este contexto, del "mercado determinado"), no puede dar lugar a una nueva ciencia de los hechos económicos para la cual sería indispensable la existencia efectiva de un conjunto de hechos nuevos. Pero la extensión de este concepto de crítica al comportamiento del marxismo frente a toda manifestación ideal, cultural y política deriva del hecho de que restablecer los límites de la pensabilidad significa, para Gramsci, confirmar la carga de ruptura propia del marxismo respecto de la tradición cultural existente y preservarlo de la amenaza de una nueva especulativización suya (lo que significa atenuación de la conciencia de la entidad de las contradicciones). La forma en que el adversario de clase restablece su dominio y su hegemonía es delineada por Gramsci como operando a través de la individualización de los siempre nuevos niveles de recomposición "unitaria" de lo social, los que, independientemente de su atendibilidad, continuarán actuando hasta que se los desenmascare teórica y prácticamente. La estrategia teórica se identifica plenamente con la estrategia política. Se trata, a través del ejercicio ininterrumpido de la crítica, de reducir progresivamente el espacio de maniobra del adversario, de cercarlo siempre desde más cerca, de conquistarse progresivamente la posibilidad de darle el golpe final. La primacía, para toda una fase histórica, de la ciencia política, el rol de "crítica" por excelencia que Gramsci le atribuye a la misma, no deriva, como se ha pensado e incluso temido frecuentemente en los últimos años, de algún tipo de subestimación del marxismo teórico, sino de la simple comprobación de que la crítica del contenido apologético, digamos de la interpretación crociana de la historia de Italia, no puede considerarse resolutiva hasta que no se haya procedido a un nuevo nivel de organización política de los campesinos meridionales.

Por otra parte, en el ámbito estrictamente teórico, en este uso gramsciano del concepto de "crítica" hay implícita una distinción clarísima entre el contenido de cientificidad reivindicado por el marxismo y el concepto naturalista y positivista de ciencia. El marxismo en cuanto teoría (o en cuanto ciencia) tiene la "única" función de indicar todo lo que es posible antes e independiente-

101 MS, p. 99.

mente de cada hecho o conjunto de hechos, independientemente de toda verificación. La crítica de la economía política, aferrando la historicidad del modo de producción, presenta también el "heredero", el que, agrega inmediatamente Gramsci, "será presunto hasta que haya dado prueba manifiesta de vitalidad".[102] Tarea de la ciencia es la de establecer leyes sobre la base de un conjunto de hechos ya existentes. Tarea de la teoría marxista, en cuanto teoría de las contradicciones, es la de establecer sólo las posibilidades. La ciencia, según el modelo naturalista, es ciencia de los hechos. La filosofía, la crítica, hace transparente los hechos y hace entrever detrás, más allá de los mismos, la posibilidad, pero sólo la posibilidad, de un nuevo conjunto de hechos. La verificación de las posibilidades está absolutamente fuera de su campo. En este sentido, dice Gramsci, se puede prever sólo en la medida en la que se actúa. Y, puede agregarse, se actúa sólo en la medida en que se modifica el conjunto de los hechos existentes; los mismos que hacen posible con su "relativa permanencia" el establecimiento de leyes de causa y efecto y el hacer previsiones. Redescubrir los límites de la filosofía como límite del mundo significa entonces redescubrir todo el espacio que debe dejarse al "querer", a la "praxis", en cuanto actuación de la posibilidad objetiva de modificar no cada uno de los hechos del mundo, sino el mismo límite del mundo. La filosofía de la praxis descubre completamente el rol de la subjetividad en cuanto ha comprendido profundamente la distinción entre lo que es decible y lo que sólo puede ser mostrado, prácticamente exhibido. Si bien es cierto que de lo que no puede hablarse se debe callar, es también cierto que el límite de lo decible es prácticamente diferible con la transformación del mundo. La cientificidad del marxismo consiste entonces en individualizar como posible aquello de lo que la ciencia de los hechos no sospecha siquiera la existencia. Pero para esto, la misma remite inmediata y perentoriamente a lo que es diferente de sí. El historicismo absoluto se introduce directamente en la ciencia política. Pero esta última puede surgir sólo cuando el terreno ha sido previamente despejado, en el plano conceptual, de todo posible automatismo o catastrofismo.

Retornemos una vez más a la idea gramsciana de que la revolución de octubre necesita, para ser justificada y comprendida, el rechazo radical de toda la interpretación del materialismo histórico dada por los partidos de la II Internacional. En el artículo ya recordado de *L'Ordine nuovo*, firmado por Longobardi, se encuentran respecto de esto observaciones útiles:

"Si Marx escribe que la sociedad capitalista, abandonada a sí misma, tendería a una centralización extremada de la riqueza, él no determina nunca en qué momento ese proceso será lo suficien-

102 MS, p. 99.

temente avanzado para hacer posible la expropiación de los monopolizadores. Y cuando escribe que el orden capitalista será destruido solamente después de haber desarrollado todas las fuerzas de producción a las que es capaz de dar vida, deja igualmente indeterminado el punto en el que ese proceso deberá considerarse concluido. El carácter distintivo del capital, anota el mismo Marx, es el de desarrollarse indefinidamente. La hora de la muerte del capitalismo como de las sociedades que lo precedieron, y con mayor razón, no puede en consecuencia ser determinada por una suspensión absoluta en la acumulación de la riqueza social, sino por las dificultades crecientes con que ese proceso se cumple, por las reacciones siempre más fuertes a las que da lugar, por la presión cada vez mayor del proletariado. La verdad es que las posibilidades de éxito de una revolución socialista no tienen otra medida que el propio éxito."[103]

La socialdemocracia europea atribuye al bolchevismo la culpa de haber querido cumplir una revolución socialista en un país inmaduro para esa transformación. La respuesta de Gramsci no se limita a evidenciar las particularidades históricas de la sociedad rusa que han podido dar lugar a una revolución que es al mismo tiempo "un Ochentaynueve en retardo y una revolución de vanguardia". El problema es de orden teórico y afecta la naturaleza de las "previsiones" de Marx. Gramsci excluye, en primer lugar, toda interpretación catastrófica de la crisis, excluyendo la hipótesis de una suspensión, en cuanto tal, del proceso de acumulación capitalista. Nos remitimos también aquí a la segunda parte del *Prefacio* de 1859 que hemos ya visto cumplir el rol de fundación teórica de la posibilidad de un análisis político. Niega, en segundo lugar, que pueda hablarse de la crisis o de la suspensión del proceso de reproducción de una sociedad capitalista, limitándose a las dificultades que se manifiestan en el terreno de la producción material. Sobre la base del *Prefacio* de 1859 es entonces posible: 1] sustituir el concepto de previsión con el de la constitución de una posibilidad objetiva, la cual 2] para convertirse en realidad debe manifestarse y ser recogida en el terreno de la política. Las contradicciones de una sociedad, por profundas que sean, no pueden jamás garantizar el pasaje a un nuevo orden si no están organizadas. En este sentido el criterio de que "las posibilidades de éxito de una revolución socialista no tienen otra medida que el éxito mismo" es universal; vale en Oriente como en Occidente, no nace del análisis de una situación determinada, sino de una reinterpretación del papel de la historia. Restablecer la naturaleza y los límites de la "previsión" teórica significa, lo hemos repetido muchas veces, no sólo descubrir nuevamente el papel decisivo de la voluntad (es decir del ser en la historia),

103 E. C. Longobardi, *Marxismo, labourismo e bolcevismo*, cit.

sino en el plano del análisis, colmar ese vacío dejado por una interpretación economicista del materialismo histórico, que partía de una interpretación cientificista de la previsión de Marx. Estamos en la introducción de lo ético-político que, no casualmente, tiene como su punto de referencia el mismo *Prefacio* de 1859 que excluye teóricamente toda posibilidad de formular hipótesis de tipo catastrófico:

"La proposición de que 'la sociedad no se plantea problemas para cuya solución no existen ya las premisas materiales'. Es el problema de la formación de una voluntad colectiva que depende inmediatamente de esta proposición. Analizar críticamente qué significa la proposición implica investigar cómo se forman las voluntades colectivas permanentes, y cómo tales voluntades se proponen fines inmediatos y mediatos concretos, es decir una línea de acción colectiva."[104]

Si la primera parte del pasaje del *Prefacio* de 1859 subraya, en la interpretación de Gramsci, la posibilidad de supervivencia y de duración de una sociedad capitalista, la segunda parte —aquella contenida en el pasaje ahora citado— explica el carácter históricamente necesario, orgánico, y por lo tanto irreversible, del nacimiento y del desarrollo de las organizaciones políticas y sindicales de la clase obrera. A estas dos proposiciones (o "cánones", como los define también Gramsci) está vinculada la posibilidad de elaborar no sólo la teoría del partido político, sino las dos principales categorías interpretativas de las formas de desarrollo del proceso revolucionario en una sociedad capitalista: el concepto de "relación de fuerza" y el de "revolución pasiva".

Acerca del primero de éstos agregaremos que la tarea que se le asigna en la interpretación gramsciana de la ciencia política marxista es ciertamente mucho más compleja que la de establecer el peso que se arroja en los dos platillos de la balanza, de medir cuantitativamente la fuerza de los ejércitos en el campo. Se trata, más bien, de aferrar el modo total en que se estructura desde lo económico a lo político una sociedad construida sobre el antagonismo de clase, y de representar su marcha como una sucesión de distintos resultados de la confrontación de las fuerzas opuestas en lucha. "Resulta evidente —afirma Gramsci en un pasaje que trata de establecer la metodología usada en su interpretación del contraste entre moderados y Partido de acción— que no pueden faltar nunca las llamadas condiciones subjetivas cuando existen las condiciones objetivas, en cuanto se trata de una simple distinción de carácter didascálico; por lo tanto la discusión versa sobre la medida de las fuerzas subjetivas y de su intensidad, y en consecuencia sobre la relación dialéctica entre las fuerzas subjetivas en contraste."[105]

104 M, p. 82.
105 M, p. 74.

Con la reelaboración del materialismo histórico en ciencia política Gramsci sobrepasaba los términos de la disputa que había dividido a los revisionistas y a los ortodoxos, en el mismo momento en el que trataba de dar, sin embargo, una diversa solución a las instancias planteadas por los revisionistas. Se ha afirmado justamente que en la *polémica contra lo ético-político* de Croce tiene siempre presente a Bernstein;[106] y en efecto la parte más significativa y estimulante de su contribución crítica consiste en llamar la atención sobre el papel creciente que en el desarrollo histórico están destinadas a ejercer por un lado las fuerzas ideales, por el otro las fuerzas organizadas: con el crecimiento de todas las formas de reglamentación y de intervención guiada en la sociedad civil la previsión marxista (identificada con la teoría del derrumbe de Kautsky) acerca de una estrecha relación de interdependencia entre desarrollo de las fuerzas productivas y avance de la revolución socialista se revela inconsistente. El desarrollo de los hechos exige una revisión de la teoría. El proyecto de Gramsci es el de asumir las instancias planteadas por los revisionistas, demostrando —a través del rechazo radical de la posición ortodoxa— cómo éstas son totalmente compatibles con la teoría marxista de la historia, diversamente de lo que pensaba Bernstein, y con él Croce, que ha intentado la liquidación definitiva del marxismo a través de la elaboración de lo ético-político.

Pero la importancia del análisis de las relaciones de fuerza en la interpretación gramsciana del materialismo histórico es más fácilmente comprensible si se la vincula al otro concepto de la teoría política que se origina en el *Prefacio* de 1859, el de "revolución pasiva". Del concepto de revolución pasiva se tiene en los escritos de la cárcel una vasta gama de matices interpretativos, a partir de las distintas tentativas de experimentar su concreta y diferenciada utilización histórico-política. Pero permaneciendo en el ámbito de su más general aceptación teórica vemos que, con el mismo, Gramsci intenta plantear no tanto el problema de las formas que puede asumir el desarrollo de la lucha política después de una retirada o de una derrota de la clase obrera, como el de ofrecer una representación teórica adecuada del proceso histórico total a través del cual puede cumplirse la superación definitiva de todo un modo de producción. Su alcance puede definirse epocal; sus referencias políticas son por una parte la teoría de la catástrofe, por la otra parte la tendencia, de inspiración jacobina, a reducir todo el significado social de un proceso revolucionario al momento, aunque necesario, de la ruptura violenta.

En esta perspectiva el aspecto asumido por la revolución socia-

106 Nicola Badaloni, "Gramsci et le probleme de la révolution", en *Dialectiques*, I, núm. 3-4, p. 124.

lista, con la violación del orden existente en un territorio determinado, la interrupción del movimiento operante en otros países, el comienzo tanto en "Oriente" como en "Occidente" de un nuevo tipo de lucha, no puede comprenderse en los límites de un juicio inmediatamente político que comprueba el enlentecimiento de los tiempos de desarrollo del proceso revolucionario. Es necesario alcanzar una mutación de perspectiva teórica en la que, más allá de la marcha del ciclo político, sea posible leer, de todas maneras, las formas contradictorias en las que se manifiesta la tendencia, todavía en acto, a la superación del modo de producción. Ya en los escritos políticos Gramsci comienza a proponer un acercamiento entre la época de la revolución burguesa y la época de la revolución proletaria que es útil recordar. "Como en los comienzos del siglo XIX todas las esperanzas de los pueblos se dirigían a la revolución francesa, y en vano se enfurecían la reacción y la Santa Alianza, así hoy se mira, desde Asia y desde Europa, a la revolución rusa."[107] En ambos casos hubo una fase inicial de guerra de movimiento, un experimento jacobino, que condujo al éxito en una situación determinada. Le siguió después un desarrollo mucho más lento y fatigoso, lleno de "restauraciones" que en realidad —precisa varias veces Gramsci— nunca son el restablecimiento de la situación preexistente, sino distintas formas de gestión política de un contenido social inmutado, que continúa de todas formas expandiéndose y profundizándose. Si bien se hace cada vez más complejo políticamente el avance en aquella parte del territorio que no conoció la experiencia jacobina, también en los centros de irradiación del proceso revolucionario, la guerra de movimiento no se revela absolutamente resolutiva y debe ceder el paso a una guerra de posición. La revolución francesa no se cierra con el 1789, ni con el 1793, ni con las guerras napoleónicas. Pero es igualmente cierto que la revolución de octubre no se ha concluido ni con el asalto al palacio de Invierno, ni con la guerra civil y el comunismo de guerra, ni con la introducción de la Nep.

"Estudios dirigidos a reunir las analogías entre el periodo sucesivo a la caída de Napoleón y el sucesivo a la guerra del 1914-1918. Las analogías se observan desde dos puntos de vista: la división territorial y aquélla, más vistosa y superficial, del intento de dar una organización jurídica estable a las relaciones internacionales (Santa alianza y Sociedad de las naciones). Parece sin embargo que el rasgo más importante para estudiar sea el llamado 'revolución pasiva', problema que no aparece vistosamente porque falta un paralelismo exterior en la Francia de 1789-1815. Y sin embargo, todos reconocen que la guerra del 1914-1918 representa una fractura histórica, en el sentido de que toda una

107 CPC, p. 323.

serie de cuestiones que se acumulaban molecularmente antes de 1914 han formado precisamente un 'montón', modificando la estructura general del proceso precedente [. . .]."[108]

Hemos remitido a esta ejemplificación histórica para explicar mejor cómo con el concepto de revolución pasiva se intente establecer el nexo que existe "entre el desarrollo orgánico del movimiento y aquél del movimiento de coyuntura de la estructura". El concepto de revolución pasiva, fundado sobre los dos principios metodológicos contenidos en el *Prefacio* de 1859, garantiza el dominio teórico sobre un proceso histórico multiforme, que puede hacer perder la distinción, esencial para la comprensión de su sentido, entre lo que es orgánico y lo que es coyuntural. Perdiendo de vista esta distinción "se consigue exponer como inmediatamente actuantes causas que en realidad actúan mediatamente o a afirmar que las causas inmediatas son las únicas causas eficientes; en un caso hay un exceso de 'economicismo' o de doctrinarismo pedantesco, en otro, el exceso de 'ideologismo'; en un caso se sobrevaloran las causas mecánicas, en el otro se exalta el elemento voluntarista e individual".[109]

El reconocimiento de la variedad histórica es por lo tanto imposible para Gramsci en el caso que no se posea el instrumento teórico adecuado. Por esta razón resulta reductiva (aunque no carente, en los años pasados, de un positivo rol cultural) aquella definición de Gramsci como teórico de la revolución en occidente, postulada en base al redescubrimiento de la importancia de los escritos políticos.

En efecto, si bien es cierto que en el terreno inmediatamente político la posición de Gramsci se caracteriza a partir de 1924 por la fuerte insistencia sobre la especificidad de la situación de Europa occidental respecto de la Rusia zarista, es también cierto que no es posible reducir su contribución al reconocimiento de los elementos que constituyen, en el plano histórico, esta especificidad. Más aun, cuanto más se profundiza la conciencia de los elementos de irrepetibilidad contenidos en la revolución de octubre, tanto más se hace necesario —si se quiere rechazar la posición socialdemócrata— encontrar a nivel teórico un elemento de unificación entre Oriente y Occidente, demostrar cómo esta irrepetibilidad no invalida la perspectiva que con el octubre ruso se ha abierto para todo el mundo.

"Las condiciones más favorables para la revolución proletaria no se dan siempre necesariamente en los países donde el capitalismo y el industrialismo han alcanzado el más alto grado de su desarrollo, sino que se pueden dar, al contrario, allí donde el tejido del sistema capitalista ofrece menos resistencia, por sus debi-

108 Antonio Gramsci, *Il Risorgimento*, Turín, 1955, p. 107.
109 M, pp. 42-43.

lidades de estructura, a un ataque de la clase obrera y de sus aliados."[110] Afirmar, y de alguna manera teorizar, esta posibilidad significaba no tanto afirmar la existencia de condiciones favorables a un desarrollo revolucionario *también* en países que aún no habían llegado a la madurez capitalista, sino más bien haber realizado una completa mutación interna en los instrumentos del análisis. Significaba en primer lugar haberse liberado definitivamente del esquema "cinco centavos de capitalismo = cinco centavos de socialismo" (es decir de la interpretación tradicional del materialismo histórico), que se había demostrado inadecuado e inepto no sólo en Oriente sino también en Occidente, que no sólo no había logrado expresar una forma de comprensión de la revolución de octubre, sino que no había logrado plantear una acción política adecuada incluso en aquella parte del área capitalista donde parecían existir todas las condiciones de su realizabilidad. Justamente en Occidente no se había logrado explicar el hecho de que el desarrollo de las fuerzas productivas, que una sociedad capitalista puede garantizar incluso después del comienzo de su crisis histórica, no sólo constituía un incentivo suplementario para el desarrollo de la revolución socialista, sino que, por el contrario, podía resultar un arma potente para diferir el suceso. Tanto en Oriente como en Occidente el análisis político debía liberarse del esquema interpretativo fundado sobre la relación de causa y efecto entre estructura y superestructura, debía reconquistar el concepto de relaciones sociales de producción para hacer del mismo un uso de ciencia política, a través del camino que Gramsci había indicado con el análisis de las relaciones de fuerza.

Por otra parte, justamente la existencia de una multiplicidad de situaciones históricas es sentida como el estímulo principal para encontrar en el plano de la teoría la unicidad de los métodos de análisis. Es la cuestión de la universalidad del leninismo lo que constituye la forma principal en la que Gramsci, a partir del terreno de la dirección política, se plantea el problema de la relación entre teoría e historia. Desde este ángulo específico conviene agregar alguna observación a aquella definición de la dialéctica como "metodología general de la historia" sobre la que ya nos habíamos detenido.

El problema de la universalidad del leninismo, o sea de "si una verdad histórica descubierta en correspondencia con una determinada práctica puede ser generalizada y considerada universal en una época histórica", se encuentra planteado específicamente en una nota de los *Cuadernos* que retoma las discusiones sobre las tesis de Roma, el documento bordiguiano aprobado en

[110] CPC, p. 492.

1922 por el II congreso del partido.[111] Pero al lenguaje alusivo y un poco fuera de foco de los escritos de la cárcel es mejor preferir, al menos en este caso, el texto en el que más completamente Gramsci expresa su posición en los años de la lucha política, y del cual las observaciones de la cárcel son ya un eco más lejano y mediato. Se trata del amplio informe presentado por la delegación italiana en el V Ejecutivo ampliado —y leído por Scoccimarro—, en el curso del cual a través de la polémica con Bordiga se hacía una defensa del leninismo que aún llama la atención, si se relee el protocolo oficial de los trabajos de esa reunión internacional, por la concepción sobre la cual se apoya. La tesis expuesta por Gramsci en la cárcel es que la mejor prueba de la "concreta universalidad" de una teoría reside en su capacidad de "incorporarse" a la realidad, y "no meramente en su coherencia lógica y formal".[112] Toda la posición sostenida por la delegación italiana en el V Ejecutivo ampliado gira alrededor de la afirmación de que "en realidad, el bolchevismo nos ha dado un método táctico de valor universal".[113] La posición de Bordiga respecto del bolchevismo, se especificaba, "muestra una cierta analogía con las posiciones sostenidas en el pasado por el compañero Trotski, cuando él contraponía al bolchevismo su método táctico definido como 'marxismo europeo' ".[114] El problema es todavía el de las relaciones entre Oriente y Occidente y de la posible recomposición de estas diferencias en la unicidad de un método de análisis, identificado en la concepción leniniana de la dialéctica. El problema político es el de individualizar cómo la innovación y la experimentación táctica, necesarias por la variedad de las situaciones, pueda ser compatible con la fidelidad a los principios. La propuesta de Bordiga, ya contenida en la tesis de Roma, es la de establecer preventivamente algunas normas inderogables de comportamiento. Se perfila diversamente el peligro del eclecticismo, ya para Bordiga actuante en la dirección política de la Internacional comunista. La acusación de Bordiga es rechazada en primer lugar reproponiendo la definición leniniana del término:

"El eclecticismo consiste en establecer la táctica únicamente sobre la base de una conexión casual de dos o más factores de la situación objetiva, en vez de examinar esta situación objetiva sobre la base de todos sus factores, en su totalidad, y considerarlos en su constante desarrollo, por cada parte y en sus relaciones recíprocas."[115]

111 A. Gramsci, *Passato e presente*, cit., p. 63.
112 *Ibid.*, loc. cit.
113 *Protokoll der Erweiterten Exekutive der Kommunistischen Internationale, Moskau, 21, März-6, April 1925*, Hamburgo, 1925, p. 291.
114 *Protokoll*, cit., p. 291.
115 *Ibid.*, p. 103.

Un correcto planteo táctico se asigna únicamente a la posibilidad de un exhaustivo conocimiento de lo concreto histórico. Sobre este objetivo se debe medir la concepción marxista de la historia. En la contraposición entre lógica formal y lógica dialéctica se representa, entonces, la crítica de la visión del papel de la historia que no intenta explicar el mundo, sino sobreponerse al mismo. La crítica dirigida a Bordiga es, desde el punto de vista del método, análoga a la dirigida a la sociología de Bujarin y a la concepción de la dialéctica de Plejánov. Se trata en primer lugar de restablecer los confines respectivos de la indagación teórica y del análisis histórico y, en segundo lugar, de ver las formas de una posible conexión.

"Sólo las líneas generales que garantizan la fidelidad a los principios generales y signan los confines en el interior de los cuales debe moverse la táctica del partido pueden ser establecidos apriori. Ir más allá no es posible porque no pueden conocerse apriori las particularidades de cada uno de los momentos de desarrollo."[116]

Y aún:

"Los medios tácticos que la Internacional está autorizada a emplear encuentran su límite única y exclusivamente en los fundamentos de la teoría comunista y del programa comunista. Dentro de estos límites es inadmisible limitar apriori los medios tácticos. La variedad de los mismos está determinada por la variedad de las situaciones dadas y por las experiencias de la lucha revolucionaria."[117]

Si los fundamentos de la teoría comunista contienen la crítica de los modos de producción y fijan los rasgos generales de su superación, no por esto son capaces de describir el proceso histórico a través del cual esa superación se va cumpliendo. Pero la política es el modo en el cual los conceptos de la crítica encuentran una forma de existencia teórica. Garantizar un método de análisis político significa encontrar el puente de pasaje de la teoría a la historia. La dialéctica, entendida como método, es el instrumento a través del cual el marxismo se realiza como "teoría de la historia y de la política". El marxismo, se afirma ya en este importante texto de 1925, "es un método de análisis histórico y de orientación política". Pero justamente por esto es significativo que "Lenin se dirija al pasado siempre con un solo objetivo: para aprender de los errores cometidos, y siempre sólo para un fin utiliza formas fijas: para confirmar el valor de los principios fundamentales del comunismo".[118] Para concluir, se puede comprender el papel de la dialéctica, como puente de pasaje de la

116 *Protokoll*, cit., p. 102.
116 *Ibid.*, p. 103.
118 *Ibid.*, p. 104.

teoría a la historia, cuando se haya comprendido la distinción fundamental que separa a los dos términos. Pero una vez que se es poseedor de este instrumento de análisis, éste puede funcionar y reconfirmar su validez universal cuanto más grande es la multiplicidad de los fenómenos históricos sobre los que se ejerce.

La afirmación de que el leninismo suministra los instrumentos esenciales para la transformación del marxismo en teoría política no agota sin embargo el juicio de Gramsci acerca de su papel y de su significado histórico; en particular deja todavía de lado la interpretación de la relación entre Lenin y Marx. Examinar la manera en la que Gramsci plantea y resuelve el análisis de esta relación significa recapitular todo el sentido de su interpretación del marxismo. Es útil, para explicar mejor el sentido de esta afirmación, llamar brevemente la atención sobre el modo en el que, en concomitancia con la bolchevización de los partidos comunistas, se afronta en la Comintern la dilucidación del concepto de marxismo-leninismo. Dejando de lado el examen de su posibilidad de sustitución política, tratemos de evidenciar al contrario la estructura formal. En la definición del leninismo como "el marxismo de la época del imperialismo" se persigue el doble objetivo de presentar a Lenin como el verdadero intérprete de Marx, que ha sabido evitar las "falsificaciones" de la II Internacional y, al mismo tiempo, como aquel que supo dar un desarrollo del marxismo con referencia a los problemas de una nueva época. La valoración de la obra de Lenin se efectúa de todas maneras en una perspectiva que podría definirse de historia del marxismo; por esto puede convertirse en el punto de apoyo para reconstituir una ortodoxia con efectos retroactivos. En las tesis votadas en el V Ejecutivo ampliado se afirma explícitamente que la bolchevización implica en cada país la recuperación de las "tradiciones revolucionarias". "Bolchevizar el partido significa convertirlo, a partir del leninismo, en el continuador consciente de todo lo que existió de verdaderamente revolucionario y de verdaderamente marxista en la I y en la II Internacional".[119] Los nombres con los que se indica en cada uno de los países aquellas "pasadas generaciones de revolucionarios" de cuya herencia debe hacerse cargo el marxismo-leninismo son particularmente significativos. Guesde y Lafargue para Francia, Plejánov para Rusia, Liebknecht y Bebel para Alemania. Se podría argumentar que si no se incluye el nombre del "primer" Kautsky, con una distinción análoga a la usada para Plejánov (cuando todavía era marxista), es porque, todavía vivo, constituye el punto de referencia de una corriente política contra la que se

[119] *Erweiterte Exekutive (März-April 1925). Thesis und Resolutionen*, Hamburgo, 1925, p. 18.

combate vivamente. Sustancialmente se tiende a recuperar en bloque la interpretación filosófica y doctrinaria del marxismo, con la que se había definido en sus exordios la II Internacional.

Es bastante significativo que ya en las tesis sobre la propaganda, votadas en el V congreso mundial en el verano de 1924, se hable de "una desviación filosófica de algunos centros intelectuales de los partidos de Europa central, tendiente a vaciar al materialismo dialéctico de su esencia materialista".[120] Ya en 1919 Lukács había rechazado la ortodoxia en cuanto "guardián de la tradición"[121] afirmando que "por lo que concierne al marxismo, la ortodoxia se refiere exclusivamente al *método*".[122] En esta relación estrecha entre la reconstitución de un concepto de ortodoxia asignado a la recuperación de una tradición y el renacimiento del materialismo filosófico, la definición del leninismo (siempre dejando de lado el papel que la misma cumple en la fijación de la estrategia del desarrollo del estado y de la sociedad soviética) parece coincidir cada vez más con una rehabilitación de la concepción "sistemática" del marxismo, que Gramsci individualiza como el antagonista principal del "historicismo absoluto". Hemos ya visto todos los peligros que él ve expresarse en la eventualidad de que una interpretación del marxismo, tendiente a salvaguardar en un modo subalterno la autonomía ideal y política de la clase obrera, se reconstituya más allá de la profunda separación que marca el pasaje del movimiento al estado. Su interpretación del leninismo refleja y profundiza este planteo.

Es necesario destacar en primer lugar que el camino tomado por Gramsci no lleva al establecimiento de una relación entre Lenin y la precedente tradición marxista, sino entre Lenin y Marx en cuanto tal. Cuando él afirma en la comisión política del congreso de Lyon que "hay entre el trabajo de bolchevización que se está cumpliendo y la acción ejercida por Carlos Marx dentro del movimiento obrero, una analogía fundamental"[123] expresa puntualmente una interpretación de la recuperación de la I Internacional, propuesta y promovida por la Comintern, que no se configura como discernimiento en el interior de una experiencia histórica, sino como refundación de una interpretación teórica total del marxismo.

Ya el artículo, muchas veces citado, de 1924 permite comprender una línea interpretativa general. La autenticidad teórica del bolchevismo se sostiene con base en un preciso referente prác-

[120] Citamos de la traducción publicada por *L'Ordine nuovo*, III serie, núm. 6, 1 de noviembre de 1924.

[121] Georg Lukács, *Historia y consciencia de clase*, México, Grijalbo, 1969, p. 27.

[122] *Ibid.*, p. 2.

[123] CPC, p. 482.

tico, la revolución de octubre. Su fidelidad a Marx no se busca en la continuidad formal de algunas proposiciones, sino que se prescinde, casi exclusivamente, de una discusión de doctrina. En segundo lugar la confirmación de la relación de continuidad entre Lenin y Marx está mediada por una crítica del marxismo de la II Internacional que no se limita al terreno de su desembocadura política, sino que tiende, al contrario, a afectar los fundamentos constitutivos. En esta perspectiva toda distinción de fases en su interior se hace imposible. La característica fundamental de la elaboración de Lenin es la de haber dado nuevamente al marxismo su naturaleza de teoría de la revolución y de haber descubierto con esto mismo, su núcleo filosófico. Actúa en la individualización del significado del leninismo, la misma relación de dependencia recíproca que Gramsci coloca entre el uso del materialismo histórico y la identificación del núcleo filosófico del marxismo (si se quiere, entre materialismo histórico y materialismo dialéctico).

Lenin es definido en este texto de 1924 como el "gran realizador" que ha guiado al pueblo ruso a la victoria: "Cuando los grandes advenimientos contemporáneos sean un poco más lejanos, y visibles en su justa perspectiva, el leninismo será reconocido como la práctica realizadora del marxismo". Y aun: "el leninismo es el marxismo hecho norma de vida, transformado victoriosamente en realidad de la historia". En los escritos de la cárcel encontramos el significado principal de estas definiciones, cuando Gramsci retomando el problema de la "posición de Ilich", afirma que "la explicación está en el mismo marxismo-ciencia y acción".[124] La noción de marxismo-leninismo entonces, según Gramsci, debe encontrar una fundación teórica en los conceptos fundamentales de la doctrina, independientemente de los sucesos históricos que designa. La relación entre los dos se debe plantear y pensar no de acuerdo con una tradición, sino con los conceptos que son propios del marxismo. En efecto, afirmar que la relación de Lenin con el marxismo se debe valorar a partir de la revolución de octubre significa para Gramsci que la importancia de Lenin consiste en haber dado, para un "territorio determinado", existencia histórica a la tesis teórica de Marx acerca de la modificabilidad de las relaciones sociales de producción.

Después de octubre de 1917 el marxismo no es más sólo una teoría. El pasaje de la ciencia a la acción significa el pasaje de la posibilidad, individualizada por la teoría, a la efectualidad de la historia. No es casual que Gramsci afirme inmediatamente, como aclaración indispensable de esta relación ciencia-acción, que la contribución científica de Marx no consiste en ningún descubrimien-

124 MS, p. 75.

to determinado, en virtud del cual puede ubicarse su figura en una galería de retratos de grandes científicos, sino en la formulación de un desarrollo general de la humanidad que, sin embargo, es sólo objetivamente posible hasta que comienza a realizarse. En este contexto Gramsci reconfirma su interpretación del concepto marxista de ciencia, especificando que ningún científico, antes de Marx, "produjo una original e integral concepción del mundo".[125] Es decir, ningún otro intuyó la posibilidad de una nueva fase de desarrollo histórico, como base necesaria y necesariamente coexistente, para una transformación del modo de pensar, y por lo tanto para la superación de todas las aporías que el pensamiento humano arrastra consigo desde sus orígenes.

Lenin es el verdadero heredero de las *Tesis sobre Feuerbach* no debido a una lectura particularmente importante de este texto marxiano, sino porque modificando históricamente las relaciones sociales de producción, consiente por primera vez al marxismo salir de la fase de la crítica y comenzar la creación positiva de una nueva "civilización". Gramsci puede atribuir a Marx la creación de una nueva concepción del mundo, en cuanto identifica estrechamente la creación de una nueva concepción del mundo con la creación de nuevas relaciones sociales de producción. Con la eliminación de las relaciones de producción capitalistas es posible comenzar a ver, incluso de la otra parte, ese límite del mundo que ha sido también el límite de la filosofía. Con Lenin se pasa entonces de la ciencia a la acción, en cuanto se pasa de la teoría a la historia, de la posibilidad a la efectualidad. Por esta razón "hacer un paralelo entre Marx e Ilich para lograr una jerarquía es necio y ocioso: expresan dos fases diversas, ciencia-acción, *que son homogéneas y heterogéneas al mismo tiempo*".[126] La unidad de teoría y praxis postulada por el historicismo absoluto nace de la plena reconquista de la conciencia de los límites de la teoría, en consecuencia también de su insuperable (si no metafísicamente) distinción. Una jerarquía puede instituirse entre elementos mensurables sobre una misma escala de valores. Pero el concepto de relaciones sociales de producción, en el mismo momento en el que establece la necesaria correspondencia entre las formas de la conciencia teórica y las formas de la existencia social, entre la teoría y la praxis, establece también su distinción. Marx ha podido afirmar que la solución de las oposiciones teóricas "no es absolutamente sólo una tarea del conocimiento, sino también una tarea *real* de la vida, que la *filosofía* no podía cumplir, justamente porque la misma entendía esta tarea *sólo* como una tarea teórica".[127] Pero no ha podido

[125] MS, p. 75.

[126] MS, p. 76 (subrayado por mí).

[127] Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, en Marx-Engels, *Obras*, Barcelona, Grijalbo, 1978 vol. 5, p. 386.

ir más allá. Su afirmación ha permanecido en el ámbito de la teoría, como solamente teórica, es decir crítica, ha sido su ruptura con las relaciones sociales de producción existentes.

La relación entre Lenin y Marx es, entonces, para Gramsci una relación *objetiva* que se instituye antes de cualquier análisis de las formas de conciencia históricamente determinadas del individuo Lenin. Ésta se plantea y se resuelve sobre la base de la concepción del marxismo como historicismo absoluto, cuya utilización respecto de la tradición ortodoxa fundada por Plejánov se encuentra puntualmente en acción incluso respecto del marxismo-leninismo. Si por otra parte examinamos el significado que Gramsci atribuye a la afirmación engelsiana acerca de la herencia por parte de la clase obrera de la filosofía clásica alemana (es decir de la proposición teórica de la cual, junto a las *Tesis* sobre Feuerbach, la revolución de octubre constituye una realización) encontramos reconfirmado el mismo concepto. De esta afirmación hay en los escritos de la cárcel sólo en un caso una consideración teórica, allí donde se formula la hipótesis de que la operación crítica actuada por Marx respecto de la filosofía clásica alemana no puede considerarse concluida de una vez por todas, sino que debe renovarse respecto de los desarrollos de la cultura burguesa. Estamos ya en un ámbito interpretativo muy lejano de aquél más habitual en la historia del marxismo, que siempre ha tendido a ver en esta afirmación engelsiana la propuesta de una tradición cultural del movimiento obrero no separable de los puntos más altos de la producción teórica de la burguesía revolucionaria. Hemos ya visto cómo toda la hipótesis gramsciana de desarrollo del marxismo está conscientemente contrapuesta a aquella que tiende a identificarlo con una tradición, en cualquier modo desvinculada a los desarrollos de la lucha política, a los avances prácticos de la clase obrera. Esta misma hipótesis se confirma en la otra, y más recurrente, afirmación según la cual la herencia de la filosofía clásica alemana por parte de la clase obrera no quiere significar más que el hecho de que el marxismo es la "teoría de una clase que se convertiría en estado". Desde el momento en el que se introdujeron modificaciones en las relaciones sociales de producción, el marxismo se ha planteado ya no sólo como crítica teórica de las aporías de la filosofía, sino como su "dialéctica real". El proletariado se ha convertido en heredero de la filosofía en el momento en el que, creando un nuevo tipo de estado, ha colocado la primera, pero esencial, premisa de un desarrollo histórico que llevará a una nueva cultura, en el que la filosofía será, en los hechos, concepción del mundo, en la que la crítica del filósofo individual se realizará, históricamente, en una nueva relación entre intelectuales y masas. Éste es el fundamento historicista de la interpreta-

ción gramsciana del marxismo-leninismo, el que hace reproponer la relación entre el estado y la filosofía.

Pero para realizar prácticamente las posibilidades exhibidas por los análisis de Marx, Lenin no podía dejar de poseer también una interpretación de la teoría profundamente diversa de aquella existente en la II Internacional. Hay, por lo tanto, que considerar un segundo aspecto de la obra de Lenin, aquel que lo convierte en el posible eje de la restauración teórica del marxismo. Pero, bajo este aspecto, él debe ser interpretado; es necesario ir más allá de las formas de su conciencia filosófica.

"Si el leninismo se distingue en un detalle de la común doctrina de la escuela marxista, es en el haber insistido sobre las conexiones entre el materialismo filosófico, en sus manifestaciones del siglo XVIII y XIX. Incluso en esto el comunismo ruso demostraba su fineza política, porque *grosso modo* en el pensamiento filosófico de nuestros días, las tendencias materialistas se pueden hacer coincidir con las corrientes revolucionarias en política, las agnósticas o positivistas con el liberalismo de izquierda y con la democracia, y las idealistas con los partidos conservadores y reaccionarios."[128]

La fuerte presencia del materialismo filosófico en la tradición bolchevique y leninista es sentida por Gramsci como un impedimento; es necesario suprimirla de la valoración teórica, dando a la misma una valoración puramente histórica. El mismo juicio se encuentra puntualmente en los *Cuadernos*, cuando analizando las deformaciones teóricas que el marxismo ha sufrido en toda la fase inicial de su historia, en cuanto "concepción de un grupo social subalterno", se afirma: "En la historia de la cultura, que es mucho más larga que la historia de la filosofía, cada vez que la cultura popular ha surgido porque se atravesaba una fase de transformación, y de la ganga popular se seleccionaba el metal de una nueva clase, se ha producido un resurgimiento del materialismo: inversamente, en el mismo momento las clases tradicionales se aferraban al espiritualismo." E inmediatamente después: "Políticamente la concepción materialista está cercana al pueblo, al sentido común."[129] La particular insistencia sobre el valor del materialismo filosófico hay que considerarla entonces, para Gramsci, como un costo pagado por el bolchevismo al atraso del ambiente en el que se ha formado y en el que ha actuado; esto no compromete sin embargo la sustancia de su valor teórico: "un hombre político escribe de filosofía: puede suceder que su 'verdadera' filosofía haya que buscarla en los escritos de política".[130]

Hay por lo tanto en Lenin una contradicción entre lo que él

128 E. C. Longobardi, *Marxismo, labourismo e bolcevismo,* cit.
129 MS, p. 87.
130 MS, p. 92.

afirma en su teoría política y las posiciones que asume en la batalla filosófica. En efecto, para Gramsci si hay un hilo conductor en el desarrollo de la elaboración leniniana, desde los escritos juveniles a sus últimas más o menos explícitas divergencias con el "trotskismo" —la nueva categoría polémica forjada en el curso de la lucha interna del grupo dirigente del estado soviético y de la Internacional comunista— éste no puede individualizarse más que en la lucha contra el economicismo. La doctrina de la hegemonía, que constituye la única respuesta válida a la tardía reproposición de la revolución permanente, no es más que el punto de llegada de una batalla teórica que tiene su comienzo en la teoría del partido. Las distintas posiciones "contrarrevolucionarias" combatidas por Lenin se reúnen todas en la "teoría economicista o sindicalista, reformista y de la espontaneidad". La teoría de la espontaneidad, que niega o subestima el papel del partido y de la teoría, ateniéndose a la hipótesis de que "los hombres se moverían espontáneamente, automáticamente, bajo la sola presión de los sucesos", no es más que una consecuencia de la "teoría economicista" que, en su doble versión, sindicalista y reformista, abarca todo el marxismo político de la II Internacional. La hipótesis general es que las luchas económicas "eran capaces de llevar automáticamente al apocalipsis capitalista del cual habría surgido la nueva sociedad".[131]

Pero si el elemento que caracteriza unitariamente cada una de las fases y cada uno de los aspectos de la elaboración leniniana hay que buscarlo en la lucha contra el economicismo y la teoría de la catástrofe, entonces se plantea el problema de vincular nuevamente esta interpretación de la ciencia marxista de la historia con la filosofía que le es afín. El rechazo del economicismo en la interpretación del materialismo histórico no puede considerarse definitivamente adquirido y registrado hasta que no haya encontrado su más connatural prolongación filosófica. Gramsci parece intuir claramente que a través de esta contradicción interna al pensamiento de Lenin puede pasar una reabsorción de sus más importantes elementos de innovación teórica, y ciertamente en muchas de las formulaciones que ya constituyen el marxismo-leninismo, inmediatamente después de la muerte del jefe de la revolución rusa, hoy no resulta difícil entrever algunas estructuras importantes de lo que será definido como el "marxismo soviético". Desde aquí es necesario partir para comprender la particular línea de conducta adoptada por Gramsci para defender y reinterpretar aquella propuesta del marxismo-leninismo que encuentra fuertes resistencias en varios sectores de la Internacional comunista.

En el partido italiano es Bordiga quien a la tesis gramsciana

131 Cf. *Leninismo*, cit.

según la cual "el leninismo es una completa *concepción del mundo* y no sólo del proceso de la revolución proletaria",[132] hace la objeción de que el movimiento obrero tiene ya su completa concepción del mundo, el marxismo, respecto de la cual Lenin no se ubica como revisionista (lo que justificaría la utilización de la expresión "leninismo") sino más bien como restaurador. La posición de Bordiga nacía, en el plano cultural, de su sustancial afinidad con la totalidad de la precedente estructura interpretativa del marxismo. Pero una desconfianza, o por lo menos una gran cautela en aceptar la nueva noción de marxismo-leninismo, se encuentra también en las principales personalidades teóricas de la izquierda alemana, aunque estén caracterizadas por una fuerte carga de ruptura con el marxismo de la II Internacional. La posición de Gramsci, así como aparece caracterizada por la plena aceptación del leninismo, justamente en cuanto sistema de pensamiento autónomo y concluido en sí mismo ("el leninismo es un sistema orgánico e indivisible. Dividir el leninismo en distintas partes significa destruirlo"), y del intento de suministrar contemporáneamente una reinterpretación general, parece nacer de la más radical actitud de rechazo respecto de todo el marxismo de la II Internacional y de la convicción de que un "retorno a Marx" no pueda cumplirse sino desarrollando los elementos de innovación y de ruptura teórica que surgieron, aunque en modo parcial y formalmente incompleto, de la primera grande experiencia revolucionaria de la clase obrera. No es posible "retornar" con la filología o con la exégesis de los textos. Por esto, lo hemos ya recordado, en los escritos de 1925-1926 la bolchevización es presentada como un retorno a Marx; por esto, la batalla por la difusión del leninismo se configura como una batalla integral contra toda forma de revisión sufrida por la doctrina.

Éste es el contexto en el que se produce la revaloración de Labriola, hecha por Gramsci teórico y dirigente político. Cuando el marxismo-leninismo tiende a reformular algunos aspectos de la interpretación segundointernacionalista de la doctrina, cuando el leninismo parece convertirse en el punto de unión de una "tradición revolucionaria", en la que se corre el peligro de que confluyan partes no digeridas del pasado, Gramsci lanza nuevamente a Labriola contra Plejánov. Su "planteo del problema filosófico" parece convertirse en el punto de partida más favorable para desarrollar plenamente esa concepción del mundo a la que se le demanda la tarea de preservar los caracteres originales del leninismo político. La presencia de Labriola está documentada en el periodo juvenil, pero con una inflexión y un esfuerzo que hace ya entrever la superación de su interpretación del materia-

[132] Amadeo Bordiga, "Il pericolo opportunista dell'Internacionale", en *L'Unita*, 30 de septiembre de 1924.

lismo histórico.[133] Este retorno de 1925 tiene por lo tanto el sabor de un verdadero redescubrimiento, que se determina ya no desde el ensayo sobre la concepción materialista de la historia, sino desde *Discurriendo*; que tiende a evidenciar no ya los elementos antideterministas presentes en la interpretación labrioliana del materialismo histórico (ya desarrollados y resueltos por Gramsci de manera más refinada y compleja), sino su actitud frente al problema de la filosofía del marxismo. Si en el periodo juvenil Gramsci trata de atraer a Labriola a la esfera de su polémica antipositivista, ahora él visualiza todo el significado justamente en el ámbito de la experiencia teórica de la II Internacional, que las directivas de la Comintern inducen a repensar. Es extremadamente significativo que el nombre de Labriola aparezca justamente en la relación al CC que abre oficialmente en el partido italiano, después de la conclusión de los trabajos del V Ejecutivo ampliado, la campaña para la bolchevización.[134] En la posdata de un mensaje a Togliatti que acompaña, en octubre de 1926, su intervención sobre las cuestiones debatidas en el partido ruso, se lee: "Espero el texto corregido y cotejado de las cartas de Antonio Labriola, con el prefacio de Riazánov. Sirve para el primer número de *L'Ordine nuovo*. Hay que apurarse absolutamente".[135] La decisión de publicar las cartas a Engels (que verán la luz luego, en *Lo Stato operaio*, inmediatamente después de su arresto) forma parte de una batalla que es teórica y política al mismo tiempo.

Incluso en los escritos de la cárcel Gramsci no desarrolla de manera completa las categorías de esta nueva filosofía-concepción del mundo. Se limita a bosquejar un proyecto, cuya realización él asigna a los desarrollos teóricos de la hegemonía política realizada por la clase obrera en un territorio determinado. Pero en este punto podemos retomar y especificar mejor, en conclusión, aquella definición de la obra de Gramsci como "un nuevo capítulo del leninismo" de la cual hemos partido, y preguntarnos si ésta está en contradicción con la afirmación de que se puede hablar de una teoría general del marxismo en Gramsci. Creo que la respuesta a esta pregunta debe ser negativa si se considera que el leninismo es, en realidad, visto por Gramsci como un trampolín (es decir como una condición necesaria pero no suficiente) para un nuevo capítulo del marxismo. Lenin indica una línea de tendencia positiva para toda la teoría marxista, y no simplemente para alguna parte de la misma. La realización de esta tendencia implica sin embargo para Gramsci la necesidad de pensar en una "nueva síntesis", a la altura del desarrollo cultural y polí-

133 Leonardo Paggi, *Gramsci e il moderno principe*, Roma, 1970, pp. 18-23.
134 CPC, p. 54.
135 CPC, p. 125.

tico conseguido, de los elementos constitutivos del marxismo. La obra de Lenin, tanto por la contribución que da en el terreno de la ciencia política, como por el modo en el que se ha unido con el comienzo de una nueva época en la historia de la clase obrera, contiene indicaciones imprescindibles acerca de la naturaleza de esta nueva síntesis; sin embargo no se identifica con ésta, ni la agota.

Como teórico del concepto de hegemonía y como su máximo "realizador", Lenin ha impuesto una "revaloración del frente filosófico"; no ha suministrado, de todas formas, de manera directa y explícita las armas necesarias para esta revalorización, la cual no podrá evitar de pasar también a través de un repensamiento crítico de todo el mundo en el que, en el pasado, se ha entrelazado la relación entre marxismo, movimiento obrero y cultura moderna. En el *¿Qué hacer?* de Gramsci el partido puede ser el portador de una teoría revolucionaria en la medida en la que el marxismo establece una forma de relación crítica con todas las formas de conciencia existentes, desde aquellas más elementales, vinculadas al sentido común de las masas populares, a aquellas más refinadas de los mayores representantes de la cultura europea. Cuando Gramsci afirma, sin ningún matiz de juicio, que el marxismo, así como ha actuado en toda la precedente historia del movimiento, ha sido vencido en la confrontación con el adversario, que no ha logrado cumplir la tarea para la cual había nacido, es decir "para superar la más alta manifestación cultural de la época, la filosofía clásica alemana, y para suscitar un grupo de intelectuales propios del nuevo grupo social, del que era la concepción del mundo",[136] se ubica en una perspectiva que no es sólo de crítica de la II Internacional, sino también muy distante, tanto desde el punto de vista histórico como del teórico, del horizonte de Lenin.

Es cierto que la clase obrera rusa, realizando una forma suya de estado, ha logrado de todas formas colocarse como heredera de la filosofía clásica alemana; pero una de las condiciones esenciales para que se consiga alcanzar el rompimiento de otros eslabones de la cadena es que el marxismo sepa encontrar, recorriendo todo el arco de problemas sobre los cuales se extiende, la plena conciencia de su identidad: "Considerar que la filosofía de la praxis no es una estructura de pensamiento completamente autónoma e independiente, en antagonismo con todas las filosofías y las leyes tradicionales, significa en realidad *no haber cortado los vínculos con el viejo mundo, sino incluso haber capitulado*".[137] La operación "kantiana" que Gramsci persigue, probando y reprobando su concepto de historicismo absoluto, es la premisa

136 MS, p. 84.
137 MS, p. 157 (subrayado por mí).

indispensable para recrear esa nueva síntesis entre materialismo e idealismo que se ha perdido en las interpretaciones de Marx; sin embargo, la misma no constituye la nueva síntesis. Ni Gramsci tuvo nunca la pretensión de darla. Una vez que ha llevado a término la crítica del filósofo individual, en las varias formas en las que ha continuado a reproducirse dentro y fuera del marxismo, sólo el movimiento en su conjunto podrá realizar esta nueva fase de desarrollo de la teoría: "La función que en los comienzos del movimiento cumplieron intelectuales individuales (como Marx y Engels) y también obreros que tenían una capacidad científica (como el obrero alemán Dietzgen) hoy es realizada por los partidos comunistas y por la Internacional en su conjunto".[138]

Hoy podemos decir que la hipótesis de un nuevo desarrollo del marxismo idóneo al intelectual colectivo no se ha realizado, por ahora. El proyecto gramsciano ha permanecido como tal. Los avances prácticos de la clase obrera se han realizado, como destacaba Togliatti, "en la acción"; no han producido profundizaciones y desarrollos de relieve de la ciencia política. Consideraciones análogas se podrían hacer respecto de la otra hipótesis gramsciana de un desarrollo del marxismo como integral concepción del mundo en la construcción de una sociedad diversa. Pero está siempre el hecho, como demostración paradójica de la solidez del proyecto teórico gramsciano y de su conformidad al objetivo teórico por éste mismo elegido, que ningún intelectual ha logrado, en definitiva, dominarlo y hacerlo funcionar por cuenta propia en su globalidad. Ciertamente, se ha podido hacer del marxismo de Gramsci un "marxismo en fragmentos". Su interpretación del materialismo histórico como ciencia de la historia y de la política ha logrado suministrar útiles argumentos temáticos a una historiografía que ha permanecido sustancialmente impermeable a la estructura de análisis de la cual esos argumentos eran parte inseparable. El historicismo absoluto se ha convertido, en una primera fase, en una no muy bien precisada tradición historicista del movimiento obrero italiano, pero que en realidad no era más que la formación cultural, en su mayoría, de los intelectuales tradicionales, que se han relacionado con el mismo de diferentes maneras. Luego ha suscitado, en un segundo momento —cuando se retomaban, parcialmente, los estudios sobre la teoría marxista— desconfianza y empacho, injustificados cuando se originaban en la convicción de que la obra de Gramsci implicaba la negación del rol de la teoría, quizás más justificados cuando nacían de la conciencia, más o menos diferenciada, de que con Gramsci se cerraba también en el movimiento obrero la posibilidad de una función innovadora y promotora del filósofo individual, en cuanto tal, que el historicismo absoluto y la ciencia de la historia y de

138 CPC, p. 251.

la política indicaban realmente la necesidad de un diverso modo de producción de la teoría.

Sostener por lo tanto que en la obra de Gramsci están contenidos los elementos de una teoría general significa no sólo rechazar el "Gramsci en fragmentos" —es decir la operación a través de la cual ha pasado siempre la disminución y la reabsorción de un pensamiento en el interior de esos hábitos que éste ha intentado avivar— sino también afirmar que la interpretación gramsciana del marxismo se construye en una confrontación sistemática con todos los puntos centrales de la doctrina y que cada una de las respuestas elaboradas mantienen entre sí una relación de necesaria implicación recíproca; es decir que se trata de un "sistema orgánico e indivisible", del cual no pueden extraerse las partes individuales constitutivas. El objetivo de esta teoría es el de filtrar el marxismo a través de una crítica que lo purifique de las escorias que se han depositado sobre el mismo en una entera fase de su historia, de darle una renovada conciencia de las razones de su identidad y de establecer los motivos que inducen a vincular nuevamente la posibilidad de un desarrollo ulterior suyo a la maduración teórica y política de las fuerzas históricas que se han reconocido en el mismo.

El movimiento no ha logrado por ahora funcionar a la altura de este proyecto. El proyecto teórico de Gramsci ha sido, de alguna manera, también víctima de las dificultades y de los tiempos de la revolución pasiva. Pero la revolución pasiva está todavía en curso. Quizá de sus desarrollos se hará necesario, en definitiva, esperar la respuesta a la pregunta que mantiene todavía la figura de Gramsci suspendida y oscilante entre dos hipótesis opuestas; es decir si en su obra está contenida una utopía generosa compuesta de útiles nociones culturales, o si inversamente la misma no constituye un intento de fijar el comportamiento activo teórico-político de la clase obrera en la fase declinante del modo de producción, cuando se hace cada vez mayor, más aún predominante, el peligro de que lo muerto devore lo vivo; si su criticismo es una inteligente intolerancia hacia todo esquema preconstituido, o sólo tenga por lo contrario la finalidad de preservar a lo vivo de los continuos y repetidos ataques de lo muerto. La divergencia tiene en última instancia un contenido práctico. Hablando del concepto de revolución pasiva Gramsci afirmó una vez que el mismo "presupone, más aun, postula como necesaria, una antítesis vigorosa que muestra intransigentemente en los hechos todas sus posibilidades de explicación".[139] Y es con estas palabras que resumía el sentido de toda la investigación histórica.

139 A. Gramsci, *Passato e presente*, cit., p.53.

ANTONIO GRAMSCI

# ESCRITOS POLÍTICOS

# I. [1917-1921]

## LOS MAXIMALISTAS RUSOS

Los maximalistas rusos son la misma revolución rusa.

Kerenski, Tseretelli, Chernov son el estancamiento de la revolución, son los realizadores de un primer equilibrio social, la resultante de fuerzas en las que los moderados tienen mucha importancia todavía. Los maximalistas son la continuidad de la revolución, son el ritmo de la revolución: por eso son la revolución misma.

Ellos encarnan la idea límite del socialismo: quieren *todo* el socialismo. Y tienen esta tarea: impedir que se llegue a un compromiso definitivo entre el pasado milenario y la idea, es decir seguir siendo el símbolo viviente de la meta última a la que se debe tender; impedir que el problema inmediato del qué hacer hoy se dilate hasta ocupar toda la conciencia y se convierta en la única preocupación, en frenesí espasmódico que levanta rejas insuperables para ulteriores posibilidades de realización.

Este es el mayor peligro de todas las revoluciones: el formarse una convicción de que un momento determinado de la vida nueva sea definitivo y que hay que detenerse para mirar hacia atrás, para consolidar lo hecho, para gozar finalmente del éxito propio. Para descansar. Una crisis revolucionaria agota rápidamente a los hombres. Cansa rápidamente. Y se comprende un estado de ánimo semejante. Rusia sin embargo, tuvo esta suerte: ha ignorado el jacobinismo. Por tanto, fue posible la propaganda fulminante de todas las ideas, y a través de esta propaganda se formaron numerosos grupos políticos, cada uno de los cuales es más audaz y no quiere detenerse, cada uno de los cuales cree que el momento definitivo que hay que alcanzar está más allá, está todavía lejano. Los maximalistas, los extremistas, son el último anillo lógico de este devenir revolucionario. Por ello se continúa en la lucha, se va adelante porque siempre hay cuando menos un grupo que quiere ir adelante, que trabaja en la masa, que suscita siempre nuevas energías proletarias y que organiza nuevas fuerzas sociales que amenazan a los cansados, que los controlan, y que se demuestran capaces de sustituirlos, de eliminarlos si no se renuevan, si no se enderezan para seguir adelante. Así la revolución no se detiene, no cierra su ciclo. Devora a sus hombres, sustituye a un grupo con otro más audaz y por esta inestabilidad, por esta perfección jamás alcanzada es verdadera y solamente revolución.

Los maximalistas son los enemigos de los flojos en Rusia. Son el aguijón de los perezosos: han derrumbado hasta ahora todos los intentos de contenimiento del torrente revolucionario, han impedido la formación de pantanos estancadores, de muertes por desgaste. Por eso son odiados por las burguesías occidentales, por eso los periódicos de Italia, Francia y de Inglaterra los difaman, intentan desacreditarlos, sofocarlos bajo un alud de calumnias. Las burguesías occidentales esperaban que al enorme esfuerzo de pensamiento y de acción que costó el nacimiento de la nueva vida siguiese una crisis de pereza mental, un repliegue de la dinámica actividad de los revolucionarios que fuese el principio de un asentamiento definitivo del nuevo estado de cosas.

Pero en Rusia no hay jacobinos. El grupo de los socialistas moderados, que tuvo el poder en sus manos, no destruyó, no intentó sofocar en sangre a los vanguardistas. Lenin en la revolución socialista, no ha tenido el destino de Babeuf. Ha podido convertir su pensamiento en fuerza operante en la historia. Ha suscitado energías que ya no morirán. Él y sus compañeros bolcheviques están persuadidos que es posible realizar el socialismo en cualquier momento. Están nutridos de pensamiento marxista. Son revolucionarios, no evolucionistas. Y el pensamiento revolucionario niega que el tiempo sea factor de progreso. Niega que todas las experiencias intermedias entre la concepción del socialismo y su realización deban tener una comprobación absoluta e integral en el tiempo y en el espacio. Basta que estas experiencias se den en el pensamiento para que sean superadas y se pueda proseguir adelante. En cambio es necesario sacudir las conciencias, conquistarlas. Y Lenin con sus compañeros ha sacudido las conciencias y las ha conquistado. Su persuasión no se quedó sólo en audacia del pensamiento: se encarnó en individuos, en muchos individuos, resultó fructuosa en obras. Creó ese grupo que era necesario para oponerse a los compromisos definitivos, a todo lo que pudiese convertirse en definitivo. Y la revolución continúa. Toda la vida se ha hecho verdaderamente revolucionaria; es una actividad siempre actual, es un continuo cambio, una excavación continua en el bloque amorfo del pueblo. Nuevas energías son suscitadas, nuevas ideas-fuerzas propagadas. De esta manera, los hombres, todos los hombres son finalmente los artífices de su destino. Es imposible que se formen minorías despóticas. El control es siempre vivo y eficaz. Ahora ya hay un fermento que descompone y recompone los agregados sociales sin reposo, y que impide que la vida se adapte al éxito momentáneo.

Lenin y sus compañeros más conocidos pueden ser arrollados en el desencadenamiento de los huracanes que ellos mismos suscitaron, pero no desaparecerán todos sus seguidores, ya son demasiado numerosos. El incendio revolucionario se propaga, quema corazones y cerebros nuevos, hace brasas ardientes de luz nueva, de nuevas llamas, devoradoras de perezas y de cansancios. La

revolución prosigue, hasta su completa realización. Todavía está lejano el tiempo en que será posible un reposo relativo. Y la vida es siempre revolución.

(*Il Grido del Popolo*, 28 de julio de 1917.)

## LA ORGANIZACIÓN ECONÓMICA Y EL SOCIALISMO

Publicamos este trabajo de un joven compañero porque él nos asegura que aquí se refleja el pensamiento de una importante fracción del movimiento socialista turinés. De antemano renunciamos a toda búsqueda de historia de las ideas o de historia de expresión de las ideas. Examinamos el trabajo en sí y por sí justamente como manifestación de convicciones que pueden ser colectivas y que pueden determinar actitudes especiales.

En general, estamos de acuerdo con muchísimas de las afirmaciones del compañero R. F., pero consideramos que algunos juicios y algunas consecuencias de dichos juicios son erróneos. La crítica sindicalista sostiene la escisión entre política y economía, entre organismo y ambiente social. Para nosotros, esa escisión constituye sólo una abstracción teórica de la necesidad empírica de seccionar provisionalmente la unidad actividad social a fin de estudiarla y de comprenderla mejor. Se trata de una necesidad absolutamente práctica. Por razones de estudio, al analizar un fenómeno nos vemos obligados a reducirlo a los llamados elementos que constituyen ese fenómeno. Dichos elementos, cada uno de ellos, no son sino el fenómeno mismo visto en un momento más que en otro, con la preocupación de un fin particular determinado y no de otro. Pero la sociedad, al igual que el hombre es, siempre y solamente, una unidad histórica e ideal que se desarrolla negándose y superándose continuamente. Política y economía, ambiente y organismo social siempre forman una sola cosa, y uno de los más grandes méritos del marxismo consiste en la afirmación de esa unidad dialéctica. Los sindicalistas y los reformistas, en virtud de un idéntico error de pensamiento, se han especializado en distintas ramas del lenguaje empírico socialista. Los unos desterraron arbitrariamente de la unidad actividad social el término economía; los otros, el término política. Los primeros se cristalizan en la organización profesional, y en razón de la desviación inicial contenida en su pensamiento hacen mala política y pésima economía. En cambio, los reformistas se cristalizan en la exterioridad parlamentaria, legislacionista y, por la misma razón, hacen también mala política y pésima economía. La necesidad del socialismo revolucionario nace justamente de estas desviaciones. El socialismo revolucionario devuelve su uni-

dad a la actividad social y se esfuerza por hacer política y economía sin adjetivos. Es decir, ayuda al desarrollo y a la toma de conciencia que de sí mismas deben lograr las energías proletarias y capitalistas espontáneas, libres, históricamente necesarias. Su finalidad es que, del antagonismo de esas energías, surjan síntesis provisionales cada vez más acabadas y perfectas; dichas síntesis deberán culminar en el acto y en el hecho último capaz de contenerlas a todas ellas, sin residuos de privilegios y de explotaciones. La actividad histórica contrastante no desembocará ni en un estado profesional, como el que sueñan los sindicalistas, ni en un estado monopolizador de la producción y la distribución, tal como lo anhelan los reformistas. Desembocará en una *organización* de la libertad de todos y para todos, sin ningún carácter estable y definido; será, en cambio, una búsqueda continua de formas nuevas, que se adecuarán cada vez más a las necesidades de los hombres y de los grupos, de modo que todas las iniciativas sean respetadas, en cuanto útiles, y todas las libertades sean protegidas, cuando no impliquen privilegio. Estas consideraciones encuentran un experimento vivo y palpitante en la revolución rusa que, hasta ahora, ha sido un titánico esfuerzo para que ninguna de las concepciones estáticas del socialismo se afirmara definitivamente. Porque, en caso de producirse alguna de estas afirmaciones, la revolución quedaría clausurada y fatalmente sería devuelta a la condición de un régimen burgués. Y ese régimen burgués daría mayores garantías de historicidad de un régimen profesional o de un régimen centralizador y exaltador del estado.

Entonces, la afirmación de que la actividad política socialista es tal simplemente en cuanto proviene de hombres autodenominados socialistas no es exacta. Lo mismo podría decirse de cualquier otra actividad, cuando se afirma que ella es como es sólo porque los hombres que la desempeñan se atribuyen el mismo adjetivo.

Haríamos las cosas mucho mejor si a la mala política la llamásemos por su verdadero nombre de pandilla, y si no nos dejáramos seducir por los pandilleros al extremo de renunciar a una actividad que integra necesariamente nuestro movimiento. Además, Kautsky, con agudeza, ha observado que la fobia política y parlamentaria es una debilidad pequeñoburguesa, de gente perezosa, que no quiere cumplir el esfuerzo necesario para controlar a sus propios representantes, a fin de ser un todo con ellos, o de conseguir que ellos sean un todo consigo mismos.

(*Il Grido del Popolo,* 9 de febrero de 1918.)

## DEMOCRACIA OBRERA

Un problema se impone hoy con insistencia a todo socialista que

tenga un sentido vivo de la responsabilidad histórica que recae sobre la clase trabajadora y sobre el partido que representa la conciencia crítica y activa de esa clase.

¿Cómo dominar las inmensas fuerzas sociales desencadenadas por la guerra? ¿Cómo disciplinarlas y darles una forma política que contenga en sí la virtud de desarrollarse normalmente, de integrarse continuamente hasta convertirse en armazón del estado socialista en el cual se encarnará la dictadura del proletariado? ¿Cómo soldar el presente con el porvenir, satisfaciendo las urgentes necesidades del presente y trabajando de manera útil para crear y "anticipar" el porvenir?

Esta nota quiere ser un estímulo para pensar y obrar; quiere ser una invitación a los obreros mejores y más conscientes para que reflexionen y, cada uno en la esfera de la propia competencia y de la propia acción, colaboren a la solución del problema, haciendo convergir sobre los términos de éste la atención de los compañeros y de las asociaciones. Sólo mediante una labor común y solidaria de esclarecimiento, de persuasión y educación recíproca nacerá la acción concreta de construcción.

El estado socialista existe ya potencialmente en las instituciones de vida social característica de la clase trabajadora explotada. Unir entre sí estas instituciones, coordinarlas y subordinarlas en una jerarquía de competencias y de poderes, centralizarlas fuertemente, pero respetando las autonomías necesarias y sus articulaciones, significa crear desde ahora una verdadera democracia obrera, en contraposición eficiente y activa con el estado burgués, preparada ya desde ahora para sustituir al estado burgués en todas sus funciones esenciales de gestión y de dominio del patrimonio nacional.

El movimiento obrero está dirigido hoy por el Partido Socialista y por la Confederación del Trabajo; pero el ejercicio del poder social del partido y de la confederación se lleva a cabo, para la gran masa trabajadora, indirectamente, por la fuerza del prestigio y del entusiasmo, por presión autoritaria y hasta por inercia. La esfera de prestigio del partido se amplía diariamente, llega a estratos populares todavía inexplorados, suscita aceptación y deseo de trabajar provechosamente para la llegada del comunismo en grupos e individuos hasta ahora ausentes de la lucha política. Es necesario dar forma y disciplina permanente a estas energías desordenadas y caóticas, absorberlas, componerlas y potenciarlas, hacer de la clase proletaria y semiproletaria una sociedad organizada que se eduque, que haga una experiencia, que conquiste una conciencia responsable de los deberes que corresponden a las clases que llegan al poder del estado.

El Partido Socialista y los sindicatos profesionales no pueden absorber toda la clase trabajadora más que a través de una labor de años y de decenas de años. Tampoco se identificarán directa-

mente con el estado proletario; en las repúblicas comunistas continúan subsistiendo independientemente del estado, como instituciones de propulsión (el partido) o de control y de realización parcial (los sindicatos). El partido debe continuar siendo el órgano de educación del comunismo, el foco de la fe, el depositario de la doctrina, el poder supremo que armoniza y conduce a la meta las fuerzas organizadas y disciplinadas de la clase obrera y campesina. Para poder desarrollar linealmente este criterio, el partido no puede abrir de par en par las puertas a la invasión de nuevos adherentes, no habituados al ejercicio de la responsabilidad y de la disciplina.

Pero la vida social de la clase trabajadora es rica en instituciones, se articula en múltiples actividades. Hay que desarrollar estas instituciones y estas actividades, organizarlas en conjunto, reunirlas en un sistema vasto y ágilmente articulado que absorba y discipline a toda la clase trabajadora.

La fábrica con sus comisiones internas, los círculos socialistas, las comunidades campesinas, son los centros de vida proletaria en los que hay que trabajar directamente.

Las comisiones internas son órganos de democracia obrera que hay que liberar de las limitaciones impuestas por los patrones, y a los que hay que infundir vida nueva y energía. Hoy las comisiones internas limitan el poder del capitalista en la fábrica y desarrollan funciones de arbitraje y disciplina. Desarrolladas y enriquecidas deberán ser mañana los órganos del poder proletario que sustituya al capitalista en todas sus funciones útiles de dirección y administración.

Desde ahora los obreros deberían proceder a la elección de vastas asambleas de delegados, seleccionados entre los compañeros mejores y más conscientes, bajo la consigna: "Todo el poder de la fábrica a los comités de fábrica", coordinada con esta otra: "Todo el poder del estado a los consejos obreros y campesinos".

Un vasto campo de propaganda concreta revolucionaria se abriría para los comunistas organizados en el partido y en los círculos de barrio. Los círculos, de acuerdo con las secciones urbanas, deberían hacer un censo de las fuerzas obreras de la zona, y convertirse en sede del consejo de barrio de los delegados de fábrica, en el ganglio que anuda y centraliza todas las energías proletarias del barrio. Los sistemas electorales podrían variar según la importancia de las fábricas; pero habría que procurar elegir un delegado por cada quince obreros divididos por categorías (como se hace en las fábricas inglesas), llegando, por elecciones graduales, a un comité de delegados de fábrica que comprenda representantes de todo el complejo del trabajo (obreros, empleados, técnicos). En el comité de barrio debería tenderse a incorporar también delegados de las otras categorías de trabajadores que habitan en la zona: mozos, cocheros, tranviarios, fe-

rroviarios, barrenderos, empleados, dependientes de comercio, etcétera.

El comité de barrio debería surgir de *toda la clase trabajadora* habitante de barrio, como un órgano legítimo y autorizado capaz de hacer respetar una disciplina, investido con el poder, espontáneamente delegado, de ordenar el cese de inmediato e integral de todo trabajo en la zona.

Los comités barriales se ampliarían en comisariados urbanos, controlados y disciplinados por el Partido Socialista y por los sindicatos de oficios.

Este sistema de democracia obrera (integrado por organizaciones equivalentes de campesinos) daría forma y disciplina permanentes a las masas, sería una magnífica escuela de experiencia política y administrativa, encuadraría a las masas hasta el último hombre, habituándolas a la tenacidad y a la perseverancia, habituándolas a considerarse como un ejército en el campo de batalla que necesita una firme cohesión si no quiere ser destruido y reducido a esclavitud.

Cada fábrica constituiría uno o más regimientos de este ejército, con sus jefes, con sus servicios de coordinación, con su oficialidad, con su estado mayor, poderes delegados por libre elección, no impuestos autoritariamente. Por medio de asambleas celebradas dentro de la fábrica, por la constante obra de propaganda y de persuasión desarrollada por los elementos más conscientes, se obtendría una transformación radical de la psicología obrera, se prepararía y capacitaría mejor a la masa para el ejercicio del poder, se difundiría una conciencia de los deberes y derechos del compañero y del trabajador, concreta y eficaz porque habría nacido espontáneamente de la experiencia viva e histórica.

Ya dijimos que estos rápidos apuntes sólo se proponen estimular el pensamiento y la acción. Cada aspecto del problema merecería un vasto y profundo estudio, dilucidaciones, complementos subsidiarios y coordinados. Pero la solución concreta e integral de los problemas de vida socialista sólo puede ser lograda por medio de la práctica comunista: la discusión en común, que modifica simpáticamente las conciencias unificándolas y colmándolas de activo entusiasmo. Decir la verdad, llegar juntos a la verdad, es cumplir acción comunista y revolucionaria. La fórmula "dictadura del proletariado" debe dejar de ser una mera fórmula, una ocasión para ostentar fraseología revolucionaria. El que quiera el fin, debe querer también los medios. La dictadura del proletariado es la instauración de un nuevo estado, típicamente proletario, en el que confluyen las experiencias institucionales de la clase oprimida, en el que la vida social de la clase obrera y campesina se convierte en sistema general y fuertemente organizado. Este estado no se improvisa: los comunistas bolcheviques rusos traba-

jaron durante ocho meses para difundir y concretar la consigna: "Todo el poder a los soviets", y los soviets eran ya conocidos por los obreros rusos desde 1905. Los comunistas italianos deben aprovechar la experiencia rusa y economizar tiempo y trabajo: la obra de reconstrucción demandará de por sí tanto tiempo y trabajo que habrá que destinarle cada día y cada acto.

(*L'Ordine Nuovo*. Sin firma, escrito en colaboración por Antonio Gramsci y Palmiro Togliatti, 21 de junio de 1919.)

## LA CONQUISTA DEL ESTADO

La concentración capitalista, determinada por el modo de producción, origina una correspondiente concentración de masas humanas trabajadoras. En este hecho hay que buscar el origen de todas las tesis revolucionarias del marxismo, hay que buscar las condiciones de la nueva modalidad proletaria, del nuevo orden comunista destinado a sustituir la modalidad burguesa, el desorden capitalista generado en la libre competencia y en la lucha de clases.

En la esfera de la actividad general capitalista, también el trabajador actúa en el plano de la libre competencia, es un individuo-ciudadano. Pero los puntos de partida de la lucha no son iguales para todos; la existencia de la propiedad privada pone a una minoría social en condiciones de privilegio, vuelve despareja la lucha. El trabajador está expuesto continuamente a riesgos mortales; su misma vida elemental, su cultura, la vida y el porvenir de su familia están expuestos a los vaivenes bruscos de las variaciones del mercado de trabajo. El trabajador trata entonces de salir de la esfera de la competencia y del individualismo. El principio de asociación y solidaridad se vuelve esencial para la clase trabajadora, cambia la psicología y la actitud de los obreros y campesinos. Surgen instituciones y organismos en los que dicho principio se encarna; sobre la base de éstos se inicia el proceso de desarrollo histórico que conduce al comunismo de los medios de producción y de intercambio.

El asociacionismo puede y debe ser reconocido como el hecho esencial de la revolución proletaria. Dependientes de esta tendencia histórica surgieron en el período precedente al actual (que podemos llamar período de la I y II Internacional o período de reclutamiento) y se desarrollaron los partidos socialistas y los sindicatos profesionales.

El desarrollo de estas instituciones proletarias y de todo el movimiento proletario en general no fue autónomo sin embargo, no obedecía a leyes propias inmanentes a la vida y a la experiencia

histórica de la clase trabajadora explotada. Las leyes de la historia estaban dictadas por la clase propietaria organizada en el estado. El estado fue siempre el protagonista de la historia, porque en sus organismos se concentra la potencia de la clase propietaria; en el estado la clase propietaria se disciplina y se unifica, por sobre las disidencias y los choques de la competencia, para mantener intacta la condición de privilegio en la faz suprema de la competencia misma: la lucha de clases por el poder, por la preeminencia en la dirección y ordenamiento de la sociedad.

En este período el movimiento proletario fue sólo una función de la libre competencia capitalista. Las instituciones proletarias tuvieron que asumir una forma, no por ley interna, sino por ley externa, bajo la enorme presión de acontecimientos y de constricciones dependientes de la competencia capitalista. Aquí tuvieron origen los conflictos íntimos, las desviaciones, vacilaciones y compromisos que caracterizan todo el período de vida del movimiento proletario anterior al actual, y que culminaron en el fracaso de la II Internacional.

Algunas corrientes del movimiento socialista y proletario propusieron explícitamente como hecho esencial de la revolución la organización obrera o por oficios, y sobre esta base fundaban su propaganda y su acción. El movimiento sindicalista* pareció, por un momento, ser el verdadero intérprete del marxismo, el real intérprete de la verdad.

El error del sindicalismo consiste en asumir como hecho permanente, como forma perenne del asociacionismo, el sindicato profesional con la forma y las funciones actuales, que son impuestas y no propuestas, y en consecuencia no pueden tener una línea constante y previsible de desarrollo. El sindicalismo, que se presentó como iniciador de una tradición libertaria "esponteneísta", fue en realidad uno de los tantos disfraces del espíritu jacobino y abstracto.

Estos son los errores de la corriente sindicalista, que no logró sustituir al Partido Socialista en el deber de educar para la revolución a la clase obrera. Obreros y campesinos sentían que, mientras la clase propietaria y el estado democrático-parlamentario dictasen las leyes de la historia, toda tentativa de evasión de estas leyes sería vana y ridícula. Es cierto que en la configuración general asumida por la sociedad con la producción industrial, cada hombre puede participar activamente en la vida y modificar el ambiente sólo en cuanto obre como individuo-ciudadano, miembro del estado democrático-parlamentario. La experiencia liberal no es inútil y no puede ser superada sino después de haberla realizado. El apoliticismo de los apolíticos fue sólo una degeneración de la política: negar y combatir al estado es un hecho político tanto como intervenir en la actividad histórica general

* Gramsci se refiere aquí al anarco-sindicalismo. [E.]

que se unifica en el parlamento y en las comunas, instituciones populares del estado. Varía la calidad del hecho político: los sindicalistas trabajaban fuera de la realidad, y por consiguiente, su política era fundamentalmente equivocada; los socialistas parlamentaristas trabajaban en el interior de las cosas, podían errar (cometieron frecuentes y graves errores), pero no se equivocaron en el sentido de su acción y por eso triunfaron en la "competencia"; las grandes masas, que con su intervención modifican objetivamente las relaciones sociales, se organizaron alrededor del Partido Socialista. A pesar de todos los errores e imperfecciones, el partido logró, en última instancia, su misión: convertir en alguien al proletario que no era nada, darle una conciencia, darle al movimiento de liberación un sentido recto y vital que correspondía, en líneas generales, al proceso de desarrollo histórico de la sociedad humana.

El error más grave del movimiento socialista fue de naturaleza similar al de los sindicalistas. Participando en la actividad general de la sociedad humana en el estado, los socialistas olvidaron que su posición debía mantenerse esencialmente como crítica, como antítesis. Se dejaron absorber por la realidad, no la dominaron.

Los comunistas marxistas deben caracterizarse por una psicología que podríamos llamar "mayéutica". Su acción no es de abandono al curso de los acontecimientos determinados por la ley de la competencia burguesa, sino de expectación crítica. La historia es un continuo hacerse, por consiguiente es esencialmente imprevisible. Pero esto no significa que "todo" sea imprevisible en el hacerse de la historia, que la historia sea el campo del arbitrio y del capricho irresponsable. La historia es al mismo tiempo libertad y necesidad. Las instituciones, en cuyo desarrollo y actividad se encarna la historia, nacieron y perduran porque tienen un deber y una misión para realizar. Surgieron y se desarrollaron determinadas condiciones objetivas de producción de los bienes materiales y de conciencia espiritual de los hombres. Si estas condiciones objetivas, que por su naturaleza mecánica son posibles de medir casi matemáticamente, cambian, cambia también la suma de relaciones que regulan y conforman la sociedad humana, cambia el grado de conciencia de los hombres; la configuración social se trasforma, las instituciones tradicionales se empobrecen, resultan inadecuadas para su deber, se vuelven obstruyentes y nocivas. Si en el hacerse de la historia la inteligencia fuese incapaz de adoptar un ritmo, de estabilizar un proceso, la vida de la civilización sería imposible: el genio político se reconoce en esta capacidad de apoderarse del mayor número posible de términos concretos, necesarios y suficientes para fijar un proceso de desarrollo; y en la capacidad de anticipar el futuro próximo y remoto y sobre la línea de esta intuición iniciar la actividad de un estado, jugar la suerte de un pueblo. En este sentido, Karl Marx

fue sin duda el más grande de los genios políticos contemporáneos.

Los socialistas aceptaron muy a menudo la realidad histórica, producto de la iniciativa capitalista; cayeron en el error psicológico de los economistas liberales: creer en la perpetuidad de las instituciones del estado democrático, en su fundamental perfección. Según ellos la forma de las instituciones democráticas puede ser corregida, modificada aquí y allá, pero puede ser fundamentalmente respetada. Un ejemplo de esta psicología estrechamente vanidosa está dado por el juicio despreciativo de Filippo Turati, según el cual el parlamento es al soviet lo que la ciudad es a la horda bárbara.

De esta errónea concepción del devenir histórico, de la vieja práctica del compromiso y del "cretinismo parlamentario", nace la fórmula actual sobre la "conquista del estado".

Estamos persuadidos, después de las experiencias revolucionarias de Rusia, Hungría y Alemania, que el estado socialista no puede encarnarse en las instituciones del estado capitalista, sino que es una creación fundamentalmente nueva con respecto a éstas y con respecto a la historia del proletariado. Las instituciones del estado capitalista están organizadas para los fines de la libre competencia: no basta cambiar el personal para orientar en otro sentido su actividad. El estado socialista no es todavía el comunismo, es decir, la implantación de una práctica y de una modalidad económica solidaria, sino el estado de transición que tiene el deber de suprimir la competencia con la supresión de la propiedad privada, de las clases, de las economías nacionales: este deber no puede ser cumplido por la democracia parlamentaria. La fórmula "conquista del estado" debe ser entendida en este sentido: creación de un nuevo tipo de estado, originado en la experiencia asociativa de la clase proletaria, y sustitución por éste del estado democrático-parlamentario.

Aquí volvemos al punto de partida. Dijimos que las instituciones del movimiento socialista y proletario del período precedente al actual, no se desarrollaron con autonomía, sino como resultantes de la configuración general de la sociedad humana dominada por las leyes soberanas del capitalismo. La guerra invirtió la situación estratégica de la lucha de clases. Los capitalistas perdieron la preeminencia; su libertad fue limitada; su poder, anulado. La concentración capitalista llegó al máximo desarrollo posible, realizando el monopolio mundial de la producción y de cambios. La correspondiente concentración de las masas trabajadoras dio una potencia inaudita a la clase proletaria revolucionaria.

Las instituciones tradicionales del movimiento se volvieron incapaces de contener tanta irrupción de vida revolucionaria. Su misma forma es inadecuada para la disciplina de las fuerzas concurrentes en el proceso histórico consciente. Estas no están muertas. Nacidas como funciones de la libre competencia, deben con-

tinuar subsistiendo hasta la supresión de todo residuo de competencia, hasta la completa supresión de las clases y de los partidos, hasta la fusión de las dictaduras proletarias nacionales en la Internacional Comunista. Pero junto a éstas deben surgir y desarrollarse instituciones de tipo nuevo, de tipo estatal, que reemplazarán las instituciones privadas y públicas del estado democrático-parlamentario. Instituciones que sustituyan a la persona del capitalista en las funciones administrativas y en el poder industrial, y realicen la autonomía del productor en la fábrica; instituciones capaces de asumir el poder directivo de todas las funciones inherentes al complejo sistema de relaciones de producción y cambio que ligan las secciones de una fábrica entre sí, constituyendo la unidad económica elemental, que ligan las variadas actividades de la industria agrícola, que por planos horizontales y verticales deben constituir el armonioso edificio de la economía nacional e internacional, librado de la tiranía obstruyente y parasitaria de los propietarios privados.

Nunca el impulso y el entusiasmo revolucionario fueron más fervientes en el proletariado de Europa occidental. Pero parece que en el momento actual a la conciencia lúcida y exacta del fin no la acompaña una conciencia también lúcida y exacta de los medios adecuados para el logro de tal fin. Está muy arraigada en las masas la convicción de que el estado proletario debe estar encarnado en un sistema de consejos de obreros, campesinos y soldados. No se formó todavía una concepción táctica que asegure objetivamente la creación de este estado. Por eso es necesario crear desde ahora una red de instituciones proletarias, radicadas en la conciencia de las grandes masas, seguras de la disciplina y de la fidelidad permanente de las grandes masas, en las que la clase de los obreros y de los campesinos, en su totalidad, asuma una forma rica en dinamismo y en posibilidades de desarrollo. Es cierto que si hoy, en las condiciones actuales de organización proletaria, se verificase un movimiento de masas con carácter revolucionario, los resultados se consolidarían en una pura corrección formal del estado democrático, se resolverían en un aumento de poder de la cámara de diputados (a través de una asamblea constituyente) y en el ascenso al poder de los socialistas, charlatanes y anticomunistas. La experiencia alemana y austriaca debe servir de ejemplo. Las fuerzas del estado democrático y de la clase capitalista son todavía muy grandes: es necesario no ocultarse que el capitalismo se rige especialmente por la obra de sus sicofantes y de sus lacayos, y la simiente de tal progenie no ha desaparecido.

La creación del estado proletario no es, en resumen, un acto taumatúrgico: es también un hacerse, un proceso de desarrollo. Presupone un trabajo preparatorio de sistematización y propaganda. Necesita dar mayor desarrollo y mayores poderes a las instituciones de fábricas, ya existentes, hacer surgir otras similares en los pueblos, conseguir que los hombres que las compongan sean

comunistas conscientes de la misión revolucionaria que la institución debe llevar a cabo. De otra manera todo nuestro entusiasmo, toda la fe de las masas trabajadoras no logrará impedir que la revolución se convierta miserablemente en un nuevo Parlamento de embrollones, de fatuos e irresponsables, y que sean necesarios nuevos y más espantosos sacrificios para el advenimiento del estado de los proletarios.

(*L'Ordine Nuovo,* 12 de julio de 1919.)

## SINDICATOS Y CONSEJOS (I)

La organización proletaria que se resume como expresión total de la masa obrera y campesina en las oficinas centrales de la Confederación del Trabajo, atraviesa una crisis constitucional similar por naturaleza a la crisis en la que vanamente se debate el estado democrático-parlamentario. La crisis es de poder y de soberanía. La solución de una será la solución de la otra, ya que, resolviendo el problema de la voluntad de poder en el ámbito de su organización de clase, los trabajadores llegarán a crear la estructura orgánica de su estado y victoriosamente la contrapondrán al estado parlamentario.

Los obreros sienten que el complejo de "su" organización se ha convertido en un aparato tan enorme que ha terminado por obedecer a leyes propias, implícitas en su estructura y en su complicado funcionamiento pero extrañas a la masa que conquistó conciencia de su misión histórica de clase revolucionaria. Sienten que su voluntad de poder no logra expresarse, en un sentido neto y preciso, a través de las actuales jerarquías institucionales. Sienten que también en su casa, en la casa que construyeron tenazmente, con esfuerzos pacientes, cimentándola con sangre y lágrimas, la máquina oprime al hombre, la burocracia esteriliza el espíritu creador y el diletantismo banal y verbalista trata en vano de ocultar la ausencia de conceptos precisos sobre la necesidad de la producción industrial y la total incomprensión de la psicología de las masas proletarias. Los obreros se irritan por estas condiciones de hecho, pero son individualmente impotentes para modificarlas; las palabras y la voluntad de cada hombre son muy poca cosa frente a las leyes férreas inherentes a la estructura funcional del aparato sindical.

Los líderes de la organización no se hacen cargo de esta crisis profunda y difundida. Cuanto más claramente se evidencia que la clase obrera no está integrada en forma coherente a su real estructura histórica, cuanto más claro resulta que la clase obrera no está

encuadrada en una configuración que incesantemente se adapte a las leyes que gobiernan el íntimo proceso de desarrollo real de la propia clase, tanto más estos líderes se obstinan en la ceguera y se esfuerzan por solucionar "jurídicamente" las disidencias y los conflictos. Espíritus eminentemente burocráticos, ellos creen que una condición objetiva, radicada en la psicología que se desarrolla en las experiencias vivas de la fábrica, puede ser superada con un discurso que mueva los sentimientos, y con un orden del día aprobado por unanimidad en una asamblea embotada por el estruendo y por la verborragia oratoria. Hoy ellos se esfuerzan por ponerse "a la altura de los tiempos" y, tanto por demostrar que son también capaces de "meditar con dureza", sacan a flote las viejas y deterioradas ideologías sindicalistas, insistiendo penosamente en establecer relaciones de identidad entre el soviet y el sindicato, insistiendo con constancia en afirmar que el sistema actual de organización sindical constituye ya la estructura de la sociedad comunista, representa el sistema de fuerzas en el que debe encarnarse la dictadura proletaria.

El sindicato, en la forma que existe actualmente en los países de Europa occidental, es un tipo de organización no sólo esencialmente distinto del soviet, sino muy distinto también del sindicato tal como viene desarrollándose en la República comunista rusa.

Los sindicatos de oficios, las cámaras del trabajo, las federaciones industriales, la Confederación General del Trabajo, constituyen el tipo de organización proletaria específica del período de historia dominado por el capital. En cierto sentido se puede sostener que son parte integrante de la sociedad capitalista, y tienen una función que es inherente al régimen de propiedad privada. En este período, en el que los individuos valen en cuanto son propietarios de mercancía y comercian con su propiedad, también los obreros han debido obedecer a las leyes férreas de la necesidad general y se convirtieron en comerciantes de su única propiedad: la fuerza de trabajo y la inteligencia profesional. Más expuestos a los riesgos de la competencia, los obreros acumularon su propiedad en "empresas" cada vez más vastas y organizadas, crearon un enorme aparato de concentración de carne de fatiga, impusieron precios y horarios y disciplinaron el mercado. Tomaron de fuera o seleccionaron de su propio seno un personal administrativo de confianza, experto en este género de especulaciones, capacitado para dominar las condiciones del mercado, capaz de estipular contratos, de evaluar los riesgos comerciales, de iniciar operaciones económicamente útiles. La naturaleza esencial del sindicato es competitiva, no comunista. El sindicato no puede ser instrumento de renovación radical de la sociedad: puede ofrecer al proletariado expertos burócratas, técnicos capaces en cuestiones industriales de índole general, pero no puede ser la base del poder proletario. El sindicato no ofrece ninguna posibilidad de

selección de individualidades proletarias capaces y dignas de dirigir la sociedad, no se puede lograr de él los cuadros en que se encarnen el impulso vital, el ritmo de progreso de la sociedad comunista.

La dictadura proletaria puede encarnarse en un tipo de organización que sea específica de la actividad propia de los productores y no de los asalariados, esclavos del capital. El consejo de fábrica es la primera célula de esta organización. Puesto que en el consejo todos los sectores del trabajo están representados proporcionalmente a la contribución que cada oficio y cada sector de trabajo da a la elaboración del objeto que la fábrica produce para la colectividad, la institución es de clase, es social. Su razón de ser está en el trabajo, está en la producción industrial, en un hecho permanente y no ya en el salario, en la división de clases, es decir, en un hecho transitorio y que precisamente se quiere superar.

Por eso el consejo realiza la unidad de la clase trabajadora, da a las masas una cohesión y una forma que tienen la misma naturaleza de la cohesión y de la forma que la masa asume en la organización general de la sociedad.

El consejo de fábrica es el modelo del estado proletario. Todos los problemas que son inherentes a la organización del estado proletario, son inherentes a la organización del consejo. Tanto en uno como en otro el concepto de ciudadano decae y es sustituido por el concepto de compañero: la colaboración para producir bien y con utilidad desarrolla la solidaridad, multiplica los lazos de afecto y fraternidad. Cada uno es indispensable, cada uno está en su puesto, y cada uno tiene una función y un puesto. Aun el más ignorante y retrasado de los obreros, el más vanidoso y el más "civil" de los ingenieros termina por convencerse de esta verdad en las experiencias de organización de fábrica: todos terminan por adquirir una conciencia comunista, por comprender el gran paso hacia adelante que la economía comunista representa sobre la economía capitalista. El consejo es el más adecuado órgano de educación recíproca y de desarrollo del nuevo espíritu social que el proletariado ha logrado extraer de la experiencia viva y fecunda de la comunidad de trabajo. La solidaridad obrera que en el sindicato se desarrollaba en la lucha contra el capitalismo, en el sufrimiento y en el sacrificio, en el consejo es positiva, permanente, está encarnada aun en el momento más descuidado de la producción industrial, está contenida en la conciencia gozosa de ser un todo orgánico, un sistema homogéneo y compacto que trabajando con fines útiles, produciendo desinteresadamente la riqueza social, afirma su soberanía, realiza su poder y su libertad creadora de historia.

La existencia de una organización en la que la clase trabajadora

esté encuadrada con su homogeneidad de clase productora y que haga posible un espontáneo y libre florecimiento de jerarquías e individualidades dignas y capaces, tendrá reflejos importantes y fundamentales en la constitución y en el espíritu que anima la actividad de los sindicatos.

También el consejo de fábrica se basa sobre el oficio. En cada sección los obreros se dividen en equipos y cada equipo es una unidad de trabajo (de oficio): el consejo está constituido precisamente por delegados que los obreros eligen por oficio (equipo) de sección. Mientras el sindicato se basa en el individuo, el consejo se basa en la unidad orgánica y concreta del oficio que se realiza en el disciplinamiento del proceso industrial. El equipo (el oficio) siente que es distinto en el cuerpo homogéneo de la clase, pero al mismo tiempo se siente como engranaje del sistema de disciplina y de orden que hace posible, con su funcionamiento exacto y preciso, el desarrollo de la producción. Como interés económico y político el oficio es parte inseparable y perfectamente integrada con el cuerpo de la clase; se diferencia como interés técnico y como desarrollo del instrumento particular que usa en el trabajo. Del mismo modo todas las industrias son homogéneas y solidarias en el fin de realizar una perfecta producción, distribución y acumulación social de la riqueza; pero cada industria tiene intereses distintos por cuanto mira hacia la organización técnica de su actividad específica.

La existencia del consejo otorga a los obreros la responsabilidad directa de la producción, los lleva a mejorar su trabajo, instituye una disciplina consciente y voluntaria, crea la psicología del productor, del creador de historia. Los obreros aportan al sindicato esta nueva conciencia y de la simple actividad de lucha de clase el sindicato pasa a dedicarse a la labor fundamental de imprimir a la vida económica y a la técnica del trabajo una nueva configuración, se dedica a elaborar la forma de vida económica y de técnica profesional que es propia de la civilización comunista. En este sentido los sindicatos, que están constituidos por los obreros mejores y más conscientes, logran el momento supremo de la lucha de clase y de la dictadura del proletariado: crean las condiciones objetivas para que las clases no puedan ya existir ni renacer.

Esto hacen en Rusia los sindicatos de industria. Fueron convertidos en organismos dentro de los que todas las empresas de determinada industria se amalgaman, se conectan, se articulan, formando una gran unidad industrial. El derroche de la competencia es eliminado, los grandes servicios administrativos, de abastecimiento, de distribución y de almacenamiento, son unificados en grandes centrales. Los sistemas de trabajo, los secretos de fabricación, las nuevas aplicaciones se vuelven inmediatamente comunes a toda la industria. La mutiplicidad de funciones burocráticas y disciplinarias inherentes a las relaciones entre propie-

dad privada y empresa individual, se reduce a las puras necesidades industriales. La aplicación de principios sindicales a la industria textil permitió en Rusia una reducción de burocracia de 100 000 empleados a 3 500. La organización por fábrica ordena la clase (toda la clase) en una unidad homogénea y coherente que se adhiere plásticamente al proceso industrial de producción y lo domina para adueñarse en forma definitiva. En la organización por fábrica se encarna entonces la dictadura proletaria, el estado comunista que destruye el dominio de clase en las superestructuras políticas y en sus engranajes generales.

Los sindicatos de oficio y de industria son las sólidas vértebras del gran cuerpo proletario. Elaboran las experiencias individuales y locales, y las acumulan, logrando el equilibrio nacional de las condiciones de trabajo y de producción sobre el que se basa concretamente la igualdad comunista.

Pero para que sea posible imprimir a los sindicatos esta dirección positivamente clasista y comunista es necesario que los obreros dirijan toda su voluntad y su fe hacia la consolidación y la difusión de los consejos, hacia la unificación orgánica de la clase trabajadora. Sobre este fundamento homogéneo y sólido florecerán y se desarrollarán todas las superiores estructuras de la dictadura y de la economía comunista.

(*L'Ordine Nuovo*, 11 de octubre de 1919.)

## EL PARTIDO Y LA REVOLUCIÓN

El Partido Socialista, con su red de secciones (que en los grandes centros industriales son, a su vez, el eje de un compacto y potente sistema de círculos de barrio), con sus federaciones provinciales, unificadas sólidamente por las corrientes de ideas y de actividad que irradian las secciones urbanas, con sus congresos anuales, que aplican la soberanía más alta del partido, ejercida por la masa de los inscritos a través de delegaciones bien definidas y limitadas de poder, congresos convocados siempre para discutir y resolver problemas inmediatos y concretos, con su dirección, que emana directamente del congreso y constituye el comité permanente ejecutivo y de control, el Partido Socialista constituye un aparato de democracia proletaria que, en la fantasía política puede fácilmente ser visto como "ejemplar".

El Partido Socialista es un modelo de sociedad "libertaria", disciplinada voluntariamente, por medio de un acto explícito de conciencia; imaginar toda la sociedad humana como un colosal Partido Socialista, con sus solicitudes de admisión, no puede dejar de suscitar el prejuicio contractual de muchos espíritus sub-

versivos, educados más en Juan Jacobo Rousseau y en los folletos anarquistas, que en las doctrinas históricas y económicas del marxismo. La constitución de la república rusa de los soviets se funda sobre principios idénticos a aquellos sobre los que se funda el Partido Socialista; el gobierno de la soberanía popular rusa funciona en formas sugestivamente idénticas a las formas de gobierno del Partido Socialista. No es para nada extraño que de estos motivos de analogías y de aspiraciones instintivas haya nacido el mito revolucionario, por medio del cual se concibe la instauración del poder proletario como una dictadura del sistema de secciones del Partido Socialista.

Esta concepción es por lo menos tan utópica, como aquella que reconoce en los sindicatos y en las cámaras de trabajo, las formas del proceso de desarrollo revolucionario. La sociedad comunista puede ser concebida sólo como una formación "natural" adherente al instrumento de producción y de intercambio; y la revolución puede ser concebida como el acto de reconocimiento histórico de la "naturaleza" de esta formación. El proceso revolucionario se identifica por tanto, solamente con un movimiento espontáneo de las masas trabajadoras, determinado por el choque de las contradicciones inherentes a la convivencia humana bajo un régimen de propiedad capitalista. Aprisionadas en la tenaza de los conflictos capitalistas, amenazadas de una condena sin apelación a la pérdida de los derechos civiles y espirituales, las masas se alejan de las formas de la democracia burguesa, salen de la legalidad de la constitución burguesa. Sin una reacción de la conciencia histórica de las masas populares que encuentran un nuevo marco, que aplican un nuevo orden en el proceso de producción y de distribución de la riqueza, la sociedad iría a su disolución, toda producción de riqueza útil se detendría y los hombres se precipitarían en un oscuro abismo de miseria, de barbarie y de muerte. Los organismos de lucha del proletariado son los "agentes" de este colosal movimiento de masas; el Partido Socialista es indudablemente el máximo "agente" de este proceso de derrumbamiento y de nueva formación, pero no es y no puede ser concebido como la forma de este proceso, forma maleable y plasmable al arbitrio de los dirigentes. La socialdemocracia alemana (entendida en su conjunto de movimiento sindical y político) ha aplicado la paradoja de constreñir violentamente el proceso de la revolución a las formas de su organización y creyó dominar la historia. Creó sus consejos de autoridad, con la mayoría segura de sus hombres; trabó la revolución, la domesticó. Hoy ha perdido todo contacto con la realidad histórica, a no ser el contacto del puño de Noske * con la nuca del obrero,

* Gustav Noske (1868-1946), socialista ya comprometido en 1914 con el intervencionismo alemán, fue ministro de guerra durante la república de Ebert. Su "puño de hierro" contra los comunistas llevó en 1919, entre otras cosas al asesinato de Rosa Luxemburg y de Liebknecht. [E.]

y el proceso revolucionario sigue su curso incontrolado, aun misterioso, que aflorará en desconocidos estallidos de violencia y de dolor.

El Partido Socialista, con su acción intransigente en el dominio político provoca los mismos resultados que los sindicatos en el campo económico: pone fin a la libre competencia. El Partido Socialista, con su programa revolucionario, sustrae al aparato del estado burgués la base democrática del consenso de los gobernados. Influye cada vez más a profundas masas populares y les asegura que el estado de disgusto en que se debaten no es una frivolidad, no es un malestar sin salida, sino que corresponde a una necesidad objetiva, es el momento ineluctable de un proceso dialéctico que debe desembocar en una laceración violenta, en una regeneración de la sociedad. He aquí que el partido se viene identificando así con la conciencia histórica de las masas populares y gobierna el movimiento espontáneo, irresistible: este gobierno es incorpóreo, funciona a través de millones y millones de ligas espirituales, es una irradiación de prestigio, que sólo en momentos culminantes puede convertirse en un gobierno efectivo: para un llamamiento a la calle, para el alineamiento corpóreo de fuerzas militantes, dispuestas a la lucha para alejar un peligro, para disolver una nube de violencia reaccionaria.

Una vez obtenido el resultado de paralizar el funcionamiento del gobierno legal de las masas populares, se inicia para el partido la fase de actividad más difícil y más delicada: la fase de actividad positiva. Las concepciones difundidas por el partido actúan autónomamente en las conciencias individuales y determinan configuraciones sociales nuevas, adherentes a estas concepciones, determinan organismos que funcionan por ley íntima, determinan aparatos embrionales de poder, en los que la masa actúa en su gobierno, en los que la masa adquiere conciencia de su responsabilidad histórica y de su misión precisa de crear las condiciones del comunismo regenerador. El partido, como formación compacta del militante de una idea da su influencia a este íntimo trabajar de nuevas estructuras, a esta laboriosidad de millones y millones de difusores sociales que preparan los rojos bancos coralíferos que un día no lejano, al salir a la superficie romperán los ímpetus de la borrasca oceánica, tranquilizarán otra vez las olas, fijarán nuevamente un equilibrio en las corrientes y en los climas; pero este influjo es orgánico, está en el circuito de las ideas, está en mantener intacto el aparato de gobierno espiritual, está en el hecho de que millones y millones de trabajadores, fundando las nuevas jerarquías, instituyendo los nuevos órdenes, saben que la conciencia histórica que los mueve tiene una encarnación viviente en el Partido Socialista, está justificada por una doctrina, la doctrina del Partido Socialista, tiene un potente baluarte, la fuerza política del Partido Socialista.

El partido sigue siendo la jerarquía superior de este movimien-

to irresistible de masas, el partido ejerce la más eficaz de las dictaduras, esa que nace del prestigio, que es la aceptación consciente y espontánea de una autoridad que se reconoce como indispensable para el logro de la obra emprendida. Habrá grandes líos si debido a una concepción sectaria del papel del partido en la revolución se pretende fijar en formas mecánicas de poder inmediato el aparato de gobierno de las masas en movimiento, se pretende constreñir el proceso revolucionario dentro de las formas del partido; se logrará desviar una parte de los hombres, se logrará "dominar" la historia; pero el proceso revolucionario real escapará al control y a la influencia del partido, convertido inconscientemente en organismo de conservación.

La propaganda del Partido Socialista insiste hoy en estas tesis irrefutables:

Las relaciones tradicionales de apropiación capitalista del producto del trabajo humano han cambiado radicalmente. Antes de la guerra, el trabajo italiano permitía, sin graves choques repentinos, la apropiación del 60 por ciento de la riqueza producida por el trabajo por parte de la exigua minoría capitalista y por parte del estado, mientras que las decenas de millones de la población trabajadora debían contentarse con un escaso 40 por ciento para satisfacer las exigencias de la vida elemental y de la vida superior cultural. Hoy, después de la guerra, se verifica este fenómeno: la sociedad italiana produjo sólo la mitad de la riqueza que consume; el estado adeuda sumas colosales al trabajo futuro; es decir, hace al trabajo italiano cada vez más esclavo de la plutocracia internacional. A los dos recaudadores de dividendos sobre la producción (los capitalistas y el estado) se ha agregado un tercero, puramente parasitario: la pequeña burguesía de la casta militar-burocrática que se formó durante la guerra. Ella toma precisamente esa mitad de riqueza no producida que viene cargada a la cuenta del trabajo futuro; la toma directamente como sueldos y pensiones, la toma indirectamente por su función parasitaria; presupone la existencia de todo un aparato parasitario. Si la sociedad italiana produce sólo 15 000 millones de riqueza mientras consume 30 000, y estos 15 000 millones son producidos por ocho horas diarias de trabajo de las decenas de millones de trabajadores que reciben 6 ó 7 mil millones de salario, el presupuesto capitalista sólo puede ser equilibrado de una manera: obligando a la población trabajadora, a dar, por la misma cantidad de salario, una, dos, tres, cuatro, cinco horas de trabajo de más, de trabajo no pagado, de trabajo que va a enriquecer el capital, para que reconquiste su función de acumulación, que va al estado para que pague sus deudas, para que consolide la situación económica de la pequeña burguesía pensionada y la premie por los servicios prestados con las armas, al estado y al capital, para que obligue a la población trabajadora a reventar encima de las máquinas y en los surcos de la tierra.

En esta situación general de las relaciones capitalistas, la lucha de clases no puede ser dirigida a otro objetivo que a la conquista del poder del estado por parte de la clase obrera, para dirigir este inmenso poder contra los parásitos y obligarlos a regresar al orden del trabajo y abolir de un golpe la monstruosa porción de la riqueza que se llevan hoy. En esta tarea debe cooperar toda la clase trabajadora y toda la clase trabajadora debe asumir forma consciente según el orden que ella asume en el proceso de producción y de intercambio: de esta manera cada obrero, cada campesino es llamado al consejo a colaborar en el esfuerzo de regeneración, es llamado para constituir el aparato del gobierno industrial y de la dictadura: en el consejo se encarna la forma actual de la lucha de clases tendiente al poder. Y se perfila así la red de instituciones dentro de las cuales se desarrolla el proceso revolucionario: el consejo, el sindicato, el Partido Socialista. El consejo, formación histórica de la sociedad, determinado por la necesidad de dominar el aparato de producción, formación nacida por la conciencia de sí conquistada por una parte de los productores. El sindicato y el partido, asociaciones voluntarias, instrumentos de propulsión del proceso revolucionario, "agentes" y "gerentes" de la revolución; el sindicato que coordina las fuerzas productivas e imprime al aparato industrial la forma comunista; el Partido Socialista, modelo viviente y dinámico de una convivencia social que une la disciplina a la libertad y hace rendir al espíritu humano toda la energía y el entusiasmo de que es capaz.

(*L'Ordine Nuovo*, 27 de diciembre de 1919.)

## EL PODER EN ITALIA

Los cambios son un desastre, la autoridad del estado (burgués) se rompe en pedazos, los apetitos perversos y las pasiones facciosas no saben ya de límites: es necesario salvar al pueblo, que es notablemente superior a las categorías, a los sectores, a los partidos, a las clases.

La *Stampa* toca angustiosamente sus campanas. El redactor de sus editoriales, habitualmente melancólico y con matices de sublime ternura, se ha vuelto perdidamente lúgubre. Olvida la sabia advertencia que Bergeret, desde las mismas columnas de la *Stampa*, impartiera a la grosera indiscreción de los periodistas antibolcheviques: "¡Por favor, no asusten a los niños y a los tenderos!" El redactor toca las campanas para impresionar a la clase obrera para asustar a los proletarios. Está convencido de que los obreros no son espiritualmente superiores al nivel de los tenderos

y de los niños, y cree poder convencerlos de que se arrodillen humildemente a los pies del salvador: Giovanni Giolitti, tormento de los nuevos ricos, de la masonería y del fascio.

Cuando un pequeñoburgués, agente intelectual del capitalismo, de *melancólico* se vuelve lúgubre, es porque su billetera ya no está segura ni siquiera entre los colchones. Entonces el pequeñoburgués se encarniza como una lechuza sobre el vano de la puerta de casa, chilla sin consuelo, y hasta parece gemir: Ciudadanos, es inútil que desfonden la puerta porque sobre la cama se está corrompiendo sólo un montoncito de podredumbre cadavérica.

¿Pero qué billetera defiende la *Stampa*?

El estado italiano había sido dominado hasta ahora por el capital invertido en la gran industria: el gobierno italiano estuvo siempre en manos de los capitalistas influyentes *más sólidos* que han sacrificado todos los demás intereses de la nación a sus intereses de casta superprivilegiada. Los partidos históricos de la burguesía italiana han quedado destruidos por esta hegemonía sofocante y destructora que, políticamente, toma el nombre de Giovanni Giolitti y que fue ejercida con la violencia más extrema, con la corrupción más desvergonzada. La guerra y sus consecuencias revelaron y desarrollaron fuerzas nuevas, reorientadas hacia un nuevo ordenamiento de las bases económicas y políticas del estado italiano. Toda la íntima estructura del estado italiano sufrió y sigue sufriendo un intenso proceso de trasformación orgánica, cuyos resultados normales no pueden preverse todavía con exactitud. Pero hay una excepción: es seguro que cambiarán las camarillas dirigentes, y cambiará el personal administrativo, y el poder del estado caerá totalmente en manos distintas de las tradicionales, de las... giolittianas.

En los otros países capitalistas, el capital industrial ha logrado crear lentamente un sistema de equilibrio con el capital terrateniente ordenando el estado democrático constitucional: lo ha logrado en Inglaterra, por ejemplo, a través de las masas obreras, interesadas en la abolición de los impuestos sobre los cereales y en la introducción del librecambio. En Italia, el capital industrial ha creado el estado como tal enseñoreándose de la situación sin competidores. El poder del estado sólo se ha preocupado por el desarrollo, a menudo morboso, del capital industrial: protecciones, premios, favores de todo tipo y de toda medida. El campo fue saqueado, la fertilidad del suelo, agotada; las poblaciones campesinas debieron emigrar. El poder del estado defiende con salvajismo las cajas fuertes: en la historia contemporánea de Italia resulta imposible contar las matanzas de obreros explotados en las fábricas o las de los campesinos pobres, acogotados por la legislación aduanera que secaba los suelos, hacía derribar los bosques, desbordaba los ríos. El estado, a causa del desarrollo del aparato industrial, absorbió a la pequeña burguesía del cam-

po y a los intelectuales en sus organismos administrativos, en los diarios, en las escuelas, en la magistratura: así, el campo no tuvo nunca un partido político propio, nunca ejerció un peso en las cuestiones públicas. El poder del estado llegó hasta absorber la función de banca de los industriales: las emisiones de bonos al 4 y 1/2 por ciento sirvieron, como es sabido, para atrapar los ahorros de los campesinos y de los emigrados. Fueron centenares de millones: millones que Giolitti daba a la Terni, a Ansaldo, etc., para suministros y armamentos destinados a la guerra de Libia.

La guerra trajo a escena un gran partido de campesinos, el Partido Popular. El campo nunca había tenido una representación propia, expresión específica de sus propios intereses y aspiraciones políticas. Lo demuestra la composición misma del Partido Popular, aristocrático y demagógico, apoyado al mismo tiempo sobre los grandes y medios propietarios y sobre los campesinos pobres y los pequeños propietarios. El Partido Popular aspira al gobierno, aspira al poder del estado, aspira a constituir un estado *suyo,* y tiene los medios para ello. La guerra ha determinado la organización del aparato industrial bajo el control de los bancos: en Italia, los clericales son en la actualidad los mayores y más eficaces agentes para la apropiación del ahorro. Ellos dominan ya muchos bancos. A corto plazo, si se volvieran dueños del poder del estado, lograrían dominarlos a todos. A corto plazo, todas las clientelas y camarillas tradicionales serían eliminadas y sustituidas: ¡el Partido Popular (700 000 afiliados) tiene muchos apetitos y muchas ambiciones que satisfacer!

¡La patria está en peligro, es necesario salvar al pueblo y a la colectividad! Lo que está en peligro es sólo la billetera de las clientelas giolittianas, el poder de los industriales politiqueros e insaciables, la carrera política de los agentes pequeñoburgueses del mercantilismo capitalista.

El estado burgués, por cierto, no resistirá la crisis. En las condiciones a que ha sido reducido actualmente, la crisis lo hará pedazos. Pero la clase obrera no se preocupa por el hecho de que el estado burgués salte hecho pedazos, más aún, contribuye al hecho con todas sus fuerzas. La clase se preocupa por el fenómeno, en cuanto comprende que está por llegar su hora histórica, grávida de responsabilidades. La clase de los industriales se muestra impotente para evitar que el partido político de los campesinos se apodere del estado y de la industria y sujete a ambos a la avidez de los grandes y medios propietarios de tierras. La clase de los industriales es impotente para evitar que la industria sea destruida, que el estado de los campesinos ricos sacrifique la producción industrial para liberarse de las deudas con el exterior, que el Partido Popular reduzca a Italia a la condición de una esfera de influencias del capitalismo extranjero, a la condición de un país de campesinos que se proveen direc-

tamente desde afuera de los productos industriales y manufacturados. Pero los obreros se preocupan por el problema a causa de sus intereses vitales de clase, no por los intereses económicos y políticos de los industriales, porque su clase sería destruida y su función histórica de progreso civil aniquilada junto con la aniquilación de la industria.

El objetivo histórico de la clase obrera se delinea claramente para Italia, como se ha delineado ya para Rusia. Las íntimas contradicciones del sistema capitalista han destrozado toda la red de relaciones internas de la clase propietaria y, también, la de relaciones entre esa clase propietaria y la clase trabajadora. Los capitalistas se muestran impotentes para contener la acción corrosiva de los venenos que se han desarrollado en el cuerpo social; las destrucciones se suceden, las ruinas se acumulan sobre las ruinas, los valores de la civilización amenazan ser comprometídos de modo irremediable. Sólo la clase obrera, tomando en sus manos el poder del estado, puede realizar la renovación. Ella, continuando intransigentemente su camino, no colaborando con la burguesía, determinará la escisión explícita de las clases en el campo, alejará a campesinos pobre y pequeños propietarios de los ricos, de los explotadores y, así, hará de esos campesinos auxiliares para la creación del estado obrero, para el acceso "al poder". Si la clase obrera colaborara con la burguesía retrasaría el proceso revolucionario en curso en la sociedad italiana, que está destinado a culminar en la división del Partido Popular, en la irrupción violenta de la lucha de clases en el campo: por un tiempo, todavía, los campesinos pobres se solidarizarían con las posiciones de los propietarios, para no ser triturados por la ciudad, por la industria filibustera. La clase obrera aborrece la fraseología patriótica, aborrece la fraseología de los salvadores de la industria y la producción: de hecho, es la única que tiende realmente a "salvar a la patria" y a evitar la catástrofe industrial. Pero, para cumplir esta misión, exige "todo" el poder, y no se siente afectada por los lúgubres gemidos de los agentes de la burguesía, de los salvadores del pueblo y de la colectividad italiana, "superior" [según dicen] a las categorías y a las clases.

(*Avanti!*, edición piamontesa, 11 de febrero de 1920, XXIV, nº 36.)

## EL CONSEJO DE FÁBRICA

La revolución proletaria no es el acto arbitrario de una organización que se dice revolucionaria o de un sistema de organizaciones que se dicen revolucionarias. La revolución proletaria es un larguísimo proceso histórico que se verifica en el surgimiento y

desarrollo de determinadas fuerzas productivas (que resumimos en la expresión: *proletariado*), en determinado ambiente histórico (que resumimos en las expresiones: *forma de propiedad individual, forma de producción capitalista, sistema de fábrica, forma de organización de la sociedad en el estado democrático parlamentario*). En una determinada etapa de este proceso, las nuevas fuerzas productivas no pueden ya desarrollarse y sistematizarse de manera autónoma dentro de los esquemas oficiales en los que se desarrolla la convivencia humana; en esta etapa determinada se produce el acto revolucionario, que consiste en un esfuerzo dirigido a romper violentamente estos esquemas, dirigido a destruir todo el aparato de poder económico y político, por medio de los cuales las fuerzas productivas revolucionarias estaban contenidas opresivamente, que consiste en un esfuerzo dirigido a vulnerar la máquina del estado burgués y a constituir un tipo de estado en cuyos esquemas las fuerzas productivas liberadas encuentren la forma adecuada para su desarrollo ulterior, para su expansión, en cuya organización éstas encuentren la ayuda y las armas necesarias y suficientes para suprimir a sus adversarios.

El proceso real de la revolución proletaria no puede ser identificado con el desarrollo y la acción de las organizaciones revolucionarias de tipo voluntario y contractual como son el partido político y los sindicatos profesionales: organizaciones nacidas en el campo de la democracia burguesa, nacidas en el campo de la libertad política, como afirmación y como desarrollo de la libertad política. Estas organizaciones, en cuanto encarnan una doctrina que interpreta el proceso revolucionario y prevé (dentro de ciertos límites de probabilidades históricas) el desarrollo, en cuanto son reconocidas por las grandes masas como un reflejo de sí mismas y un embrionario aparato de gobierno que les pertenece, son actualmente y serán cada vez más los agentes directos y responsables de los sucesivos actos de liberación que toda la clase trabajadora intentará en el curso del proceso revolucionario. Pero aún estas organizaciones no encarnan este proceso, no superan al estado burgués, no abarcan y no pueden abarcar el múltiple pulular de fuerzas revolucionarias que el capitalismo desencadena en su proceder implacable de máquina de explotación y de opresión.

En el período de predominio económico y político de la clase burguesa el desarrollo real del proceso revolucionario se produce en forma subterránea, en la oscuridad de la fábrica y en la oscuridad de la conciencia de las multitudes enormes que el capitalismo ata a sus leyes: este proceso no es controlable ni documentable, lo será más adelante cuando los elementos que lo constituyen (los sentimientos, las pretensiones, las costumbres, los gérmenes de iniciativa y de hábitos) se hayan desarrollado y purificado con el desarrollo de la sociedad, con el desarrollo de la situación que la clase obrera viene a ocupar dentro del campo de la produc-

ción. Las organizaciones revolucionarias (el partido político y el sindicato profesional) nacen en el campo de la libertad política, en el campo de la democracia burguesa, como afirmación y desarrollo de la libertad y de la democracia en general, en un campo en el que subsisten las relaciones de ciudadano a ciudadano: el proceso revolucionario se desarrolla en el campo de la producción, en la fábrica, donde las relaciones son de opresor a oprimido, de explotador a explotado, donde no existe libertad para el obrero, donde no existe democracia; el proceso revolucionario se realiza donde el obrero es nada y quiere convertirse en todo, donde el poder del proletario es ilimitado, es poder de vida y muerte sobre el obrero, sobre la mujer del obrero, sobre sus hijos.

¿Cuándo decimos que el proceso histórico de la revolución obrera, que es inmanente a la convivencia humana en el régimen capitalista, que lleva sus leyes en sí mismo y se desarrolla necesariamente por la confluencia de una multiplicidad de acciones incontrolables porque están creadas por una situación no elegida por el obrero y que no es previsible para él, cuándo decimos que el proceso histórico de la revolución obrera ha salido a la luz, se ha vuelto incontrolable y documentable?

Decimos esto cuando toda la clase obrera se ha vuelto revolucionaria, no ya en el significado que ésta niega genéricamente de colaborar con las instituciones de gobierno de la clase burguesa, no ya en el sentido en que ésta representa una oposición en el campo de la democracia, sino en el sentido que toda la clase obrera, tal como se encuentra en una fábrica, inicia una acción que necesariamente debe desembocar en la fundación de un estado obrero, que debe necesariamente conducir a configurar la sociedad humana de una manera que es original en absoluto, de una manera universal, que abarque toda la Internacional obrera y en consecuencia toda la humanidad. Y decimos que el período actual es revolucionario porque constatamos que la clase obrera en todas las naciones, tiende a crear, tiende con todas sus energías —a pesar de los errores, las vacilaciones, los engorros propios de una clase oprimida, que no tiene experiencia histórica, que debe hacer todo nuevo— a crear en su seno instituciones nuevas en el campo obrero, instituciones con base representativa, construidas dentro de un esquema industrial; decimos que el período actual es revolucionario porque la clase obrera trata con todas sus fuerzas, con toda su voluntad, de fundar su estado. Esta es la razón por la que afirmamos que el nacimiento de los consejos obreros de fábrica representa un gran hecho histórico, representa la iniciación de una nueva era en la historia del género humano: gracias a esto el proceso revolucionario ha salido a luz, y entra en la etapa en la que puede ser controlado y documentado.

En la etapa liberal del proceso histórico de la clase burguesa y de la sociedad dominada por la clase burguesa, la célula elemental del estado era el propietario que en la fábrica explota para su provecho a la clase obrera. En la etapa liberal el propietario era también empresario e industrial: el poder industrial, la fuente del poder industrial estaba en la fábrica, y el obrero no llegaba a liberar su conciencia de la persuasión de la necesidad del propietario, cuya persona se identificaba con la persona del industrial, con la persona del gestor responsable de la producción y en consecuencia también de su salario, de su pan, de su ropa y de su techo.

En la etapa imperialista del proceso histórico de la clase burguesa, el poder industrial de cada fábrica se separa de la fábrica y se concentra en un *trust*, en un monopolio, en una banca, en la burocracia estatal. El poder industrial se vuelve irresponsable y por consiguiente más autocrático, más despiadado, más arbitrario: pero el obrero, liberado de la sujeción del *capo*, liberado del espíritu servil de jerarquía, estimulado también por las nuevas condiciones generales en que se encuentra la sociedad a consecuencia de la nueva etapa histórica, el obrero realiza inapreciables conquistas de autonomía e iniciativa.

En la fábrica la clase obrera se convierte en un específico *instrumento de producción*, en una específica estructura orgánica; cada obrero llega *casualmente* a formar parte de este cuerpo constituido: casualmente por lo que atañe a su voluntad, pero no casualmente en lo que atañe a su meta de trabajo, puesto que él representa una necesidad específica del proceso de trabajo y de producción y sólo por eso es empleado, sólo por eso puede ganarse el pan: es un engranaje de la máquina-división del trabajo, de la clase obrera constituida en instrumento de producción. Si el obrero conquista conciencia clara de su *necesidad específica* y la pone como base de un aparato representativo de tipo estatal (es decir, no voluntario, contractual, por afiliación, sino absoluto, orgánico, que contemporiza con una realidad que es necesario reconocer si se quiere tener asegurados el pan, la ropa, el techo, la producción industrial): si el obrero, si la clase obrera hace esto, realiza un acto fundamental, inicia una historia nueva, inicia la era de los estados obreros que deberán confluir en la formación de la sociedad comunista, del mundo organizado sobre la base y sobre el tipo de la gran fábrica, de la Internacional Comunista en la que cada pueblo, cada parte de la humanidad, adquiere una figura en cuanto posee una determinada producción preeminente y no ya en cuanto está organizada en forma de estados y ha establecido fronteras.

Al construir este aparato representativo, en realidad, la clase obrera cumple con la expropiación de la primera máquina, del más importante instrumento de producción: la clase obrera mis-

ma, que se ha reencontrado, que tomó conciencia de su unidad orgánica y que en forma unitaria se contrapone al capitalismo. La clase obrera afirma así que el poder industrial, la fuente del poder industrial debe retornar a la fábrica, pone nuevamente a la fábrica, desde el punto de vista obrero, como el modo por el que la clase obrera se constituye en cuerpo orgánico determinado, como célula de un nuevo estado, el estado obrero, como base de un nuevo sistema representativo, el sistema de los consejos. El estado obrero, puesto que nace según la configuración productiva, crea ya las condiciones de su desarrollo, de su disolverse como estado, de su incorporarse orgánico a un sistema mundial, la Internacional comunista.

Como hoy, en el consejo de una gran fábrica, cada equipo de trabajo (de oficio) se amalgama, desde el punto de vista proletario, con los otros equipos de una sección, cada momento de la producción industrial se funde, desde el punto de vista proletario, con los otros momentos y pone de relieve el proceso producido. Así, en el mundo, el *carbón* inglés se funde con el *petróleo* ruso, el *grano* siberiano con el *azufre* de Sicilia, el *arroz* de Vercellise con la *madera* de Estiria... en un organismo único, sometido a una administración internacional que gobierna la riqueza del globo en nombre de toda la humanidad. En este sentido el consejo obrero de fábrica es la primera célula de un proceso histórico que debe culminar en la Internacional Comunista, no ya como organización política del proletariado revolucionario, sino como reorganización de la economía mundial y como reorganización de toda la convivencia humana, nacional y mundial. Cada acción revolucionaria actual tiene valor, es históricamente real, en cuanto accede a este proceso, en cuanto es concebida y es un acto de liberación de este proceso de las superestructuras burguesas que lo oprimen y lo aprisionan.

Las relaciones que deben mediar entre el partido político y el consejo de fábrica, entre el sindicato y el consejo de fábrica, se desprenden de esta exposición: el partido y el sindicato no deben ubicarse como tutores o como superestructuras ya constituidas de esta nueva institución, en la que toma forma histórica controlable el proceso histórico de la revolución; éstos deben ubicarse como agentes conscientes de su liberación y de la fuerza de compresión que se resume en el estado burgués, deben proponerse la organización de las condiciones externas generales (políticas) en las que el proceso [de la] revolución tenga su máxima celeridad, en las que las fuerzas productivas liberadas encuentren la máxima expansión.

(*L'Ordine Nuovo,* 5 de julio de 1920.)

SINDICATOS Y CONSEJOS (II)

El sindicato no es esta o aquella definición de sindicato: el sindicato llega a ser una determinada definición y asume una determinada figura histórica en cuanto las fuerzas y la voluntad obreras que lo constituyen le imponen una dirección y otorgan a su acción los fines que son afirmados en la definición.

Objetivamente el sindicato es la única forma que la mercancía trabajo asume y puede asumir en el régimen capitalista, cuando se organiza para dominar el mercado: esta forma es un centro constituido por funcionarios técnicos (cuando son técnicos) de la organización, especialistas (cuando son especialistas) en el arte de concentrar y guiar las fuerzas obreras de modo de establecer con la potencia del capital un equilibrio ventajoso para la clase obrera.

El desarrollo de la organización sindical está caracterizado por estos dos hechos: 1] el sindicato engloba una creciente cantidad de efectivos obreros, incorpora a la disciplina de su forma una cantidad cada vez mayor de efectivos obreros; 2] el sindicato concentra y generaliza su estructura hasta colocar en una organización central el poder de la disciplina y del movimiento; se independiza de las masas que ha disciplinado, se pone fuera del juego de los caprichos, de las veleidades, de las volubilidades propias de las grandes masas tumultuosas. De esta forma el sindicato se vuelve capaz de concertar acuerdos, de asumir responsabilidades: de esa forma obliga al empresario a aceptar una legalidad en sus relaciones con el obrero, legalidad que está condicionada por la confianza que el empresario tiene por la *solvencia* del sindicato, por la confianza que tiene en la capacidad del sindicato para obtener el respeto a las obligaciones contraídas por parte de las masas obreras.

La implantación de la legalidad industrial fue una gran conquista de la clase obrera, pero no es la conquista última y definitiva: la legalidad industrial mejoró las condiciones materiales de vida de la clase obrera, pero esta legalidad no es más que un compromiso necesario de cumplir, que será necesario soportar hasta que las relaciones de fuerza sean desfavorables para la clase obrera. Si los funcionarios de la organización sindical consideran la legalidad industrial como un compromiso necesario pero no a perpetuidad, si hacen uso de todos los medios que el sindicato puede disponer para mejorar las relaciones de fuerza en sentido favorable para la clase obrera, si desarrollan toda la labor de preparación espiritual y material necesaria para que la clase obrera pueda, en un momento determinado, iniciar una ofensiva victoriosa contra el capital y someterlo a su ley, entonces el sindicato es un instrumento revolucionario, entonces la disciplina sin-

dical es disciplina revolucionaria por cuanto está orientada a hacer respetar por los obreros la legalidad industrial.

Las relaciones que deben mediar entre sindicatos y consejo de fábrica tienen que ser consideradas desde este punto de vista: del juicio que se da sobre la naturaleza y el valor de la legalidad industrial.

El consejo es la negación de la legalidad industrial, tiende a anunciarla a cada instante, tiende necesariamente a conducir a la clase obrera a la conquista del poder industrial, a convertir a la clase obrera en la fuente del poder industrial. El sindicato es un elemento de la legalidad, y debe proponerse hacerla respetar por sus miembros. El sindicato es responsable ante los industriales, pero es responsable ante los industriales en cuanto es responsable ante sus propios miembros: garantiza la continuidad del trabajo y del salario, es decir del pan y del techo al obrero y a la familia del obrero. El consejo tiende, por su espontaneidad revolucionaria, a desencadenar en todo momento la guerra de clases; el sindicato, por su estructura burocrática, tiende a que la guerra de clases no se desencadene nunca. Las relaciones entre las dos instituciones deben tender a crear una situación en la que no suceda que un impulso caprichoso del consejo determine un paso hacia atrás de la clase obrera, determine su desorganización, determine una situación por la que el consejo acepte y haga propia la disciplina del sindicato, y debe tender a crear una situación por la que el carácter revolucionario del consejo tenga influencia sobre el sindicato, sea un reactivo que disuelva la burocracia y el funcionamiento sindical.

El consejo quisiera salir en todo momento de la legalidad industrial: el consejo es la masa, explotada, tiranizada, obligada al trabajo servil, por eso pretende universalizar toda rebelión, dar valor y dimensión resolutiva a cada uno de sus actos de poder. El sindicato, como central responsable en concreto de la legalidad, pretende universalizar y perpetuar la legalidad. Las relaciones entre sindicato y consejo deben crear las condiciones por las que el abandono de la legalidad, la ofensiva de la clase obrera, suceda en el momento más oportuno, suceda cuando la clase obrera tenga el mínimo de preparación que se considera indispensable para vencer perdurablemente.

Las relaciones entre sindicato y consejo no pueden ser establecidas sobre otro vínculo que no sea éste: la mayoría o una parte representativa de los electores del consejo se organizan en el sindicato. Toda tentativa de vincular con relaciones de dependencia jerárquica a las dos instituciones no puede conducir más que a la destrucción de ambas.

Si la concepción que hace del consejo un simple instrumento de lucha sindical se materializa en una disciplina burocrática y en una facultad de control directo del sindicato sobre el consejo,

el consejo se vuelve estéril como expansión revolucionaria, como forma de desarrollo real de la revolución proletaria que tiende espontáneamente a crear nuevas formas de producción y de trabajo, nuevas formas de disciplina, que tiende a crear la sociedad comunista. Puesto que el consejo nace dependiendo de la posición que la clase obrera ha venido conquistando en el campo de la producción industrial, puesto que el consejo es una necesidad histórica de la clase obrera, la tentativa de subordinarlo jerárquicamente al sindicato determinaría tarde o temprano un choque entre las dos instituciones. La fuerza del consejo consiste en el hecho de que está estrechamente unido a la conciencia de la masa obrera, es la conciencia misma de la masa obrera que quiere emanciparse con autonomía, que quiere afirmar su libertad de iniciativa en la creación de la historia: toda la masa participa en la vida del consejo y siente que es algo gracias a esta actividad. En la vida del sindicato participa un número restringido de miembros; la fuerza vital real del sindicato radica en este hecho, pero también en este hecho hay una debilidad que no puede ser puesta a prueba sin gravísimo peligro.

Por otra parte si el sindicato se apoyase directamente sobre los consejos, no para dominarlos sino para convertirse en su forma superior, se reflejaría en el sindicato la tendencia propia de los consejos de escapar a cada instante de la legalidad industrial, de desencadenar en cualquier momento la acción resolutiva de la guerra de clases. El sindicato perdería su capacidad de contraer compromisos, perdería su carácter de fuerza disciplinaria y reguladora de las fuerzas impulsivas de la clase obrera.

Si los afiliados establecen en el sindicato una disciplina revolucionaria, si establecen una disciplina que aparezca ante los ojos de la masa como una necesidad para el triunfo de la revolución obrera y no como una servidumbre frente al capital, esta disciplina será aceptada indudablemente y será incorporada por el consejo, se convertirá en la forma natural de acción desarrollada por éste. Si la oficina del sindicato se convierte en un organismo de preparación revolucionaria, y así aparece ante la masa por la acción que logra desarrollar, por los hombres que lo componen, por la propaganda que desarrolla, entonces su carácter centralizado y absoluto será visto por las masas como una gran fuerza revolucionaria, como una condición óptima (y de las más importantes) para el éxito de la lucha empeñada a fondo.

Dentro de la realidad italiana, el funcionamiento sindical concibe la legalidad industrial como una cosa perpetua. Muy a menudo la defiende desde un punto de vista que es el mismo punto de vista del propietario. Ve sólo caos y arbitrariedades en todo lo que sucede dentro de la masa obrera: no universaliza el acto de rebelión del obrero frente a la disciplina capitalista como rebelión, sino como un acto material que puede ser trivial en sí y de por sí. Así sucedió que la historia del "impermeable del ga-

napán [*facino*]" tuvo la misma difusión y fue interpretado por la estupidez periodística del mismo modo que la historia de la "socialización de las mujeres en Rusia". En estas condiciones la disciplina sindical no puede ser más que un servicio rendido al capital; en estas condiciones toda tentativa de subordinar el consejo al sindicato no puede ser juzgado más que como reaccionaria.

Los comunistas, en cuanto quieren que el acto revolucionario sea dentro de lo posible, consciente y responsable, quieren que la elección, en cuanto pueda ser una elección del momento de desatar la ofensiva obrera corresponda a la parte más consciente y responsable de esta clase, a la parte que está organizada en el Partido Socialista y que más activamente participa en la vida de la organización. Por eso los comunistas no pueden desear que el sindicato pierda su energía disciplinaria y su concentración sistemática.

Los comunistas, constituyéndose en grupos organizados permanentes, en sindicatos y fábricas, deben llevar a los sindicatos y a las fábricas las concepciones, las tesis, la táctica de la III Internacional, deben influir sobre la disciplina sindical y determinar los fines, deben influir en las deliberaciones de los consejos de fábrica y convertir en conciencia y creación revolucionaria los impulsos hacia la rebelión que surgen de la situación que el capitalismo crea a la clase obrera. Los comunistas del partido tienen el mayor interés, porque sobre ellos pesa la mayor responsabilidad histórica, de suscitar, con su acción incesante entre las distintas instituciones de la clase obrera, relaciones de compenetración y de natural interdependencia que vivifiquen la disciplina y la organización con el espíritu revolucionario.

(*L'Ordine Nuovo,* 12 de junio de 1920.)

## EL MOVIMIENTO DE LOS CONSEJOS DE FÁBRICA DE TURÍN

(*Informe enviado en julio de 1920 al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista*)

Uno de los miembros de la delegación italiana que acaba de regresar de Rusia soviética contó a los trabajadores de Turín que la tribuna designada a la delegación en la ciudad de Kronstadt estaba coronada con la siguiente inscripción: "Viva la huelga general de Turín de abril de 1920."

Los obreros tomaron esta noticia con mucho gusto y gran satisfacción. La mayor parte de los componentes de la delegación italiana que fue a Rusia habían estado en contra de la huelga

general de abril. Ellos sostenían en sus artículos contra la huelga que los obreros de Turín habían sido víctimas de una ilusión y habían sobrevalorado la importancia de la huelga.

Los trabajadores de Turín por ello tomaron con placer el acto de simpatía de los compañeros de Kronstadt y se dijeron: "Nuestros compañeros comunistas rusos han comprendido y valorado mejor la importancia de la huelga de abril que los oportunistas italianos, dando así a estos últimos una buena lección."

*La huelga de abril*

El movimiento de Turín en abril fue en efecto un grandioso acontecimiento en la historia, no solamente del proletariado italiano sino del europeo, y podemos decirlo, en la historia del proletariado de todo el mundo.

Por primera vez en la historia, se verificó el caso de un proletariado que se empeña en la lucha por el control sobre la producción, sin haber estado empujado a la acción por el hambre o por la desocupación. Es más, no fue solamente una minoría, una vanguardia de la clase obrera la que emprendió la lucha, sino la masa entera de los trabajadores de Turín la que participó en la batalla y llevó la lucha, llena de privaciones y de sacrificios, hasta el fin.

Los metalúrgicos hicieron huelga durante un mes, las otras categorías durante 10 días.

La huelga general de los últimos diez días se extendió en todo el Piamonte, movilizando a cerca de medio millón de obreros industriales y agrícolas, y conmovió por tanto a cerca de cuatro millones de población.

Los capitalistas italianos tensaron todas sus fuerzas para sofocar el movimiento obrero de Turín; todos los medios del estado burgués fueron puestos a su disposición, mientras los obreros sostuvieron por sí solos la lucha sin niguna ayuda ni de la dirección del Partido Socialista, ni de la Confederación General del Trabajo. Al contrario, los dirigentes del partido y de la confederación se burlaron de los trabajadores de Turín e hicieron todo lo posible por impedir a los trabajadores y a los campesinos del resto de Italia realizar cualquier acción revolucionaria con la que pretendían manifestar su solidaridad con los hermanos de Turín, y llevarles una eficaz ayuda.

Pero los obreros de Turín no perdieron ánimo, soportaron todo el peso de la reacción capitalista, observaron la disciplina hasta el último momento y permanecieron, aún después de la derrota, fieles a la bandera del comunismo y de la revolución mundial.

*Anarquistas y sindicalistas*

La propaganda de los anarquistas y sindicalistas contra la disci-

plina de partido y la dictadura del proletariado no tuvo ninguna influencia en las masas, aunque a causa de la traición de los dirigentes, la huelga terminó con una derrota. Los trabajadores de Turín juraron intensificar la lucha revolucionaria y conducirla sobre dos frentes: por un lado contra la burguesía victoriosa, por otro contra los jefes traidores.

La conciencia y la disciplina revolucionaria de que han dado prueba las masas de Turín tienen su base histórica en las condiciones económicas y políticas en las que se ha desarrollado la lucha de clases en Turín.

Turín es un centro netamente de carácter industrial, casi las tres cuartas partes de la población, que suma medio millón de habitantes, está compuesta de obreros; los elementos pequeñoburgueses son una ínfima cantidad. En Turín existe además una masa compacta de empleados y técnicos que están organizados en sindicatos adheridos a la Cámara del Trabajo. Ellos estuvieron al lado de los obreros durante las grandes huelgas, y si no todos, por lo menos la mayor parte han adquirido la psicología del verdadero proletario, en lucha contra el capital, por la revolución y el comunismo.

*La producción industrial*

La producción de Turín vista desde afuera aparece perfectamente centralizada y homogénea. La industria metalúrgica con cerca de cincuenta mil obreros y diez mil empleados y técnicos ocupa el primer puesto.

Solamente en las fábricas FIAT trabajan treinta y cinco mil obreros, empleados y técnicos; en sus talleres principales están empleados dieciséis mil obreros que construyen automóviles de todo tipo con los sistemas más modernos y perfeccionados.

La producción de automóviles es la característica de la industria metalúrgica de Turín. La mayor parte de los obreros especializados está formada por obreros calificados y técnicos que no tienen sin embargo la mentalidad pequeñoburguesa de los obreros calificados de otros países, por ejemplo de Inglaterra.

La producción automovilística, que ocupa el primer lugar en la industria metalúrgica, ha subordinado así a las otras ramas de la producción, como la industria de la madera y la del hule.

Los metalúrgicos forman la vanguardia del proletariado de Turín; dadas las particularidades de esta industria, todo movimiento de sus obreros se convierte en un movimiento general de masas y asume un carácter político y revolucionario, aun si al principio dicho movimiento no perseguía más que objetivos sindicales.

Turín posee una sola organización sindical importante, compuesta de noventa mil miembros, la Cámara del Trabajo. Los grupos anarquistas y sindicalistas existentes no tienen casi ninguna

influencia sobre la masa obrera, que se pone firme y decididamente de parte de la sección del partido socialista, compuesta en su mayor parte, por obreros comunistas.

El movimiento comunista dispone de las siguientes organizaciones de batalla: la sección del partido con mil quinientos miembros; veintiocho círculos con diez mil socios y veintitrés organizaciones juveniles con dos mil socios.

En toda fábrica existe un grupo comunista permanente con su propio cuerpo directivo. Los diversos grupos se unen según la posición topográfica de las empresas en grupos de barrio, los cuales son encabezados por un comité directivo dentro de la sección del partido, que concentra en sus manos todo el movimiento comunista de la ciudad y la dirección de la masa obrera.

*Turín capital de Italia*

Antes de la revolución burguesa, que creó el actual orden burgués en Italia, Turín era la capital de un pequeño estado que comprendía al Piamonte y la Cerdeña. En aquella época predominaba en Turín la pequeña industria y el comercio.

Después de la unificación del reino de Italia y del traslado de la capital a Roma parecía que Turín correría el peligro de perder su importancia. Pero la ciudad sobrepasó en breve tiempo la crisis económica, y se convirtió en uno de los centros industriales más importantes de Italia. Se puede decir que Italia tiene tres capitales: Roma, como centro administrativo del estado burgués, Milán, como centro comercial y financiero del país (todos los bancos, las oficinas comerciales, las instituciones financieras están concentradas en Milán), y finalmente Turín como centro industrial, donde la producción industrial ha alcanzado el máximo grado de desarrollo. Con el traslado de la capital a Roma toda la pequeña y mediana burguesía intelectual que proporcionó al nuevo estado burgués el personal administrativo necesario para su funcionamiento, emigró de Turín: el desarrollo de la gran industria atrajo en cambio a Turín a la flor de la clase obrera italiana. El proceso de desarrollo de esta ciudad es desde el punto de vista de la historia italiana y de la revolución proletaria italiana, interesantísimo.

El proletariado de Turín se convirtió así en el dirigente espiritual de las masas obreras italianas que están vinculadas a esta ciudad por múltiples ligazones: parentela, tradición, historia y por ligas espirituales (el ideal de todo obrero italiano es poder trabajar en Turín).

Todo esto explica por qué las masas obreras de toda Italia estaban deseosas, aun en contra de la voluntad de sus jefes, de manifestar su solidaridad con la huelga general de Turín; ellas ven en esta ciudad el centro, la capital de la revolución comunista, la Petrogrado de la revolución proletaria italiana.

*Dos insurrecciones armadas*

Durante la guerra imperialista de 1914-1918, Turín vivió dos insurrecciones armadas: la primera insurrección que explotó, en mayo de 1915, tenía el objetivo de impedir la intervención de Italia en la guerra contra Alemania (en esta ocasión fue saqueda la Casa del Pueblo); la segunda insurrección, en agosto de 1917, asumió el carácter de una lucha revolucionaria armada, en gran escala.

La noticia de la revolución de marzo en Rusia había sido acogida en Turín con júbilo indescriptible. Los obreros lloraban de emoción cuando supieron la noticia de que el poder del zar había sido derribado por los trabajadores de Petrogrado. Pero los trabajadores de Turín no se dejaron engañar por la fraseología demagógica de Kerensky y de los mencheviques. Cuando en julio de 1917 llegó a Turín la misión enviada a Europa occidental por el soviet de Petrogrado, los delegados Smirnov y Goldenberg, que se presentaron delante de una multitud de cincuenta mil obreros, fueron acogidos con los gritos ensordecedores de "¡viva Lenin, vivan los bolcheviques!"

Goldemberg no estaba muy satisfecho de este recibimiento; no lograba entender en qué forma el compañero Lenin hubiese conquistado tanta popularidad entre los obreros de Turín. Y no hay que olvidar que este episodio sucedió después de la represión de la revuelta bolchevique de julio, en los momentos en que la prensa burguesa italiana atacaba a Lenin y a los bolcheviques, denunciándolos como bandidos, intrigantes, agentes y espías del imperialismo alemán.

Desde el principio de la guerra italiana (24 de mayo de 1915) el proletariado de Turín no había hecho ninguna manifestación de masas.

*Barricadas, trincheras, alambradas*

El imponente mítin organizado en honor de los delegados del soviet de Petrogrado marcó el inicio de un nuevo período de movimientos de masas. No pasó un mes siquiera y los trabajadores italianos se levantaron con las armas en la mano contra el imperialismo y el militarismo italiano. La insurrección estalló el 23 de agosto de 1917. Durante cinco días los obreros combatieron en las calles de la ciudad. Los insurrectos, que disponían de fusiles, granadas y ametralladoras, lograron incluso ocupar algunos barrios de la ciudad e intentaron tres o cuatro veces apoderarse del centro donde se encontraban las instituciones del gobierno y los comandos militares.

Pero los dos años de guerra y de reacción habían debilitado la fuerte organización del proletariado y los obreros, inferiores en armamento, fueron vencidos. En vano esperaron un apoyo de los

soldados; éstos se dejaron engañar por la insinuación de que la revuelta había sido urdida por los alemanes.

El pueblo erigió barricadas, excavó trincheras, circundó algunos barrios con alambradas electrizadas y rechazó durante cinco días los ataques de las tropas y de la policía. Más de 500 obreros cayeron y más de 2 000 fueron gravemente heridos. Después de la derrota los mejores elementos fueron arrestados y alejados, y el movimiento proletario perdió intensidad revolucionaria. Pero los sentimientos comunistas del proletariado de Turín no se habían apagado.

Una prueba de ello puede ser encontrada en el siguiente episodio: Al poco tiempo de la insurrección de agosto tuvieron lugar las elecciones para el consejo de administración de la Alianza Cooperativa de Turín, una organización inmensa que provee el aprovisionamiento de la cuarta parte de la población de Turín.

*La Alianza Cooperativa* (ACT)

La ACT está compuesta por la cooperativa de los ferrocarrileros y por la asociación general de los obreros. Desde hace muchos años la sección socialista había conquistado el consejo de administración, pero ahora la sección no estaba en grado de desarrollar una agitación activa entre las masas obreras.

El capital de la ACT estaba constituido en su mayor parte por acciones de la cooperativa ferrocarrilera pertenecientes a los ferrocarrileros y a sus familias. El desarrollo de la alianza había aumentado el valor de las acciones de 50 a 700 liras. El partido logró persuadir a los accionistas de que una cooperativa obrera tiene por objetivo, no el lucro personal sino el reforzamiento de los medios de lucha revolucionaria, y los accionistas se contentaron con un dividendo del 3 y medio por ciento sobre el valor nominal de 50 liras y no sobre el valor real de 700 liras. Después de la insurrección de agosto se formó, con el apoyo de la policía y de la prensa burguesa y reformista, un comité de ferrocarrileros que se propuso arrancar al partido socialista el predominio en el consejo de administración. Se prometió a los accionistas una liquidación inmediata de la diferencia de 650 liras entre el valor nominal de cada acción y su valor real; además se prometieron diversas prerrogativas a los ferrocarrileros en la distribución de alimentos. Los reformistas traidores y la prensa burguesa pusieron en acción todos los medios de propaganda y de agitación para trasformar la cooperativa, de una organización obrera en una empresa comercial de carácter pequeñoburgués. En ese entonces la clase obrera estaba expuesta a persecuciones de todo tipo. La censura sofocó la voz de la sección socialista. Pero a pesar de todas las persecuciones y de todas las dificultades, los socialistas, que no habían abandonado por un solo instante su punto de vista de que la cooperativa obrera es un medio de la lucha de

clase, obtuvieron de nuevo la mayoría de la alianza cooperativa.

El partido socialista obtuvo 700 votos sobre 800, a pesar de que la mayoría de los electores eran oficinistas de los ferrocarriles, de los cuales se esperaba que después de la derrota de la insurrección de agosto hubieran manifestado cierto titubeo o hasta tendencias reaccionarias.

### *Después de la guerra*

Después del fin de la guerra imperialista el movimiento proletario hizo progresos rápidos. La masa obrera de Turín comprendió que el período histórico abierto por la guerra era profundamente diferente al de la época precedente a la guerra misma. La clase obrera de Turín intuyó luego, que la III Internacional es una organización del proletariado mundial para la dirección de la guerra civil, para la conquista del poder político, para la institución de la dictadura proletaria, para la creación de un nuevo orden en las relaciones económicas y sociales.

Los problemas de la revolución, económicos y políticos, eran objeto de discusión en todas las asambleas de los obreros. Las mejores fuerzas de la vanguardia obrera se reunieron para difundir un periódico semanal de orientación comunista, *L'Ordine Nuovo*. En las columnas de este semanario se trataron los diversos problemas de la revolución: la organización revolucionaria de las masas que debían conquistar los sindicatos para la causa del comunismo, la trasferencia de la lucha sindical del campo groseramente corporativista y reformista, al terreno de la lucha revolucionaria, del control sobre la producción y de la dictadura del proletariado. También la cuestión de los consejos de fábrica fue puesta en el orden del día.

Ya desde antes existían pequeños comités obreros en las fábricas de Turín, reconocidos por los capitalistas, y algunos de esos comités habían emprendido ya la lucha contra el funcionarismo, el espíritu reformista y las tendencias constitucionalistas de los sindicatos.

Pero la mayor parte de estos comités eran obra de los sindicatos: las listas de candidatos para estos comités (o comisiones internas) eran propuestas por las organizaciones sindicales, que de preferencia escogían obreros de tendencias oportunistas, que no causaran líos a los patrones y que sofocaran en sus gérmenes toda acción de masas. Los seguidores de *L'Ordine Nuovo* pregonaron en su propaganda, en primera línea, la trasformación de las comisiones internas y el principio de que la formación de las listas de los candidatos debería realizarse en el seno de la masa obrera y no venir de las cumbres de la burocracia sindical. Las tareas que dichos seguidores asignaron a los consejos de fábrica fueron el control sobre la producción, el armamento y la preparación militar de las masas y su preparación política y técnica.

Nunca más los consejos debían cumplir su antigua función de perros de guardia que protegen los intereses de las clases dominantes, ni frenar a las masas en sus acciones contra el régimen capitalista.

*El entusiasmo por los consejos*

La propaganda en pro de los consejos de fábrica fue recibida por las masas con entusiasmo; en el curso de medio año se constituyeron consejos en todas las fábricas y talleres metalúrgicos, los comunistas conquistaron la mayoría en el sindicato metalúrgico, el principio de los consejos de fábrica y del control sobre la producción fue aprobado y aceptado por la mayoría del congreso y por la mayor parte de los sindicatos pertenecientes a la Cámara del Trabajo.

La organización de los consejos se basa sobre los principios siguientes: En toda fábrica, en todo taller, se constituye un organismo sobre la base de la representación (y no sobre la antigua base del sistema burocrático), el cual da forma a la fuerza del proletariado, lucha contra el orden capitalista o ejercita el control sobre la producción, educando a toda la masa proletaria para la lucha revolucionaria y para la creación del estado obrero. El consejo de fábrica debe ser formado según el principio de la organización por industria; debe representar para la clase obrera el modelo de la sociedad comunista, a la que se llegará a través de la dictadura del proletariado; en esta sociedad no existirán ya divisiones de clase, todas las relaciones sociales serán reguladas según las exigencias técnicas de la producción y de la organización correspondiente, y no estarán subordinados a un poder estatal organizado. La clase obrera debe comprender toda la belleza y nobleza del ideal por el que lucha y se sacrifica, debe darse cuenta que para lograr este ideal es necesario pasar a través de algunas etapas; debe reconocer la necesidad de la disciplina revolucionaria y de la dictadura.

Cada fábrica se divide en departamentos y cada departamento en secciones o equipos por oficio; cada equipo cumple una determinada parte del trabajo; los obreros de cada equipo eligen un obrero y le dan mandato imperativo y condicionado. La asamblea de los delegados de toda la fábrica forma un consejo que elige de su seno un comité ejecutivo. La asamblea de los secretarios políticos de dichos comités ejecutivos forma el comité central de los consejos, el cual a su vez elige de su seno un comité urbano de estudio para la organización de la propaganda, la elaboración de los planes de trabajo, para la aprobación de los proyectos y de las proposiciones provenientes de cualquier escalón del movimiento.

*Consejos y comisiones internas durante las huelgas*

Algunas tareas de los consejos de fábrica tienen carácter netamente técnico e incluso industrial, como por ejemplo el control sobre el personal técnico, el licenciamiento de los empleados que se demuestren enemigos de la clase obrera, la lucha con la dirección de la empresa por la conquista de derechos y libertades, el control de la producción de la empresa y de las operaciones financieras.

Los consejos de fábrica echaron rápidamente raíces. Las masas acogieron de buena gana esta forma de organización comunista, se agruparon en torno de los comités ejecutivos y apoyaron enérgicamente la lucha contra la autocracia capitalista. A pesar de que ni los industriales, ni la burocracia sindical quisieron reconocer a los consejos y a los comités, éstos obtuvieron notables éxitos: descubrieron a los agentes y los espías de los capitalistas, estrecharon relaciones con los empleados y los técnicos para obtener informaciones de índole financiera e industrial; en los asuntos de la empresa concentraron la disciplina en sus manos y demostraron a las masas desunidas y disgregadas lo que significa la gestión directa de los obreros en la industria.

La actividad de los consejos y de las comisiones internas se manifestó más claramente durante las huelgas; estas huelgas perdieron su carácter impulsivo, fortuito, y se convirtieron en la expresión de la actividad consciente de las masas revolucionarias. La organización técnica de los consejos y de las comisiones internas, su capacidad de acción se perfeccionaron a tal grado que fue posible lograr en cinco minutos la suspensión del trabajo de 16 000 obreros dispersos en 42 departamentos de la fábrica FIAT. El 3 de diciembre de 1919 los consejos de fábrica dieron una prueba tangible de su capacidad de dirigir movimientos de masas en gran escala: siguiendo órdenes de la sección socialista, que concentraba en sus manos todo el mecanismo del movimiento de masa, los consejos movilizaron sin ninguna preparación y en el curso de una hora, ciento veinte mil obreros, formados según su fábrica. Una hora después, la armada proletaria se precipitó como una avalancha hacia el centro de la ciudad y barrió de las calles y de las plazas a toda la basura nacionalista y militarista.

*La lucha contra los consejos*

Los comunistas pertenecientes a la sección socialista y a las organizaciones sindicales estuvieron a la cabeza del movimiento por la constitución de los consejos de fábrica; también tomaron parte los anarquistas, que intentaron enfrentar su fraseología ampulosa al lenguaje claro y preciso de los comunistas marxistas.

El movimiento encontró sin embargo la resistencia enconada de los funcionarios sindicales de la dirección del partido socia-

lista y de *Avanti*. La polémica de esta gente se basaba en la diferencia entre el concepto de consejo de fábrica y el concepto de soviet. Sus conclusiones tuvieron un carácter puramente teórico, abstracto, burocrático. Detrás de sus frases altisonantes se escondía el deseo de evitar la participación directa de las masas en la lucha revolucionaria, el deseo de conservar la tutela de las organizaciones sindicales sobre las masas. Los miembros de la dirección del partido rechazaron siempre tomar la iniciativa de una acción revolucionaria, antes de que no fuese preparado un plan de acción coordinado, pero nunca hacían nada para preparar y elaborar dicho plan.

El movimiento de Turín sin embargo no logró salir del ámbito local, ya que todo el mecanismo burocrático de los sindicatos fue puesto en movimiento para impedir que las masas obreras de otras partes de Italia siguieran el ejemplo de Turín. El movimiento de Turín fue despreciado, burlado, calumniado y criticado de todas las maneras.

Las ásperas críticas de los organismos sindicales de la dirección del Partido Socialista dieron ánimos nuevamente a los capitalistas que no tuvieron ya freno alguno en su lucha contra el proletariado de Turín y contra los consejos de fábrica. La conferencia de los industriales, que se celebró en marzo de 1920 en Milán, elaboró un plan de ataque; pero "los tutores de la clase obrera", las organizaciones económicas y políticas no se preocuparon de este hecho. Abandonado por todos, el proletariado de Turín fue obligado a afrontar solo, con sus propias fuerzas, el capitalismo nacional y el poder del estado. Turín se vio inundada por un ejército de polizontes; se colocaron cañones y ametralladoras en los puntos estratégicos alrededor de la ciudad. Y una vez que todo este aparato militar estuvo listo, los capitalistas comenzaron a provocar al proletariado. Es verdad que frente a estas gravísimas condiciones de lucha el proletariado dudó en aceptar el reto; pero cuando se vio que el encuentro era inevitable, la clase obrera salió corajudamente de sus posiciones de reserva y quiso que la lucha fuese conducida hasta su fin victorioso.

### *El Consejo Nacional Socialista de Milán*

Los metalúrgicos hicieron huelga durante un mes entero, las otras categorías durante diez días; la industria en toda la provincia estaba parada; las comunicaciones paralizadas. El proletariado de Turín sin embargo fue aislado del resto de Italia; los organismos centrales no hicieron nada para ayudarlo, no publicaron siquiera un manifiesto para explicar al pueblo italiano la importancia de la lucha de los trabajadores de Turín; el *Avanti* se negó a publicar el manifiesto de la sección del partido en Turín. De todas partes llovieron epítetos de anarquistas y aventureros para los compañeros de Turín. En aquella época debía celebrarse en Tu-

rín el consejo nacional del partido; sin embargo éste fue transferido a Milán, porque una ciudad "devastada por una huelga general" parecía poco adecuada como teatro de discusiones socialistas.

En esta ocasión se manifestó toda la impotencia de los hombres llamados a dirigir el partido; mientras la masa obrera defendía en Turín con valentía los consejos de fábrica, primera organización basada sobre la democracia obrera, que encarna el poder proletario, en Milán se charlaba acerca de proyectos y métodos teóricos para la formación de consejos como forma del poder político aun por conquistar por el proletariado, se discutía sobre la manera de repartirse las conquistas todavía no logradas y se abandonaba al proletariado de Turín a su destino, se dejaba a la burguesía la posibilidad de destruir el poder obrero ya conquistado.

Las masas proletarias italianas manifestaron su solidaridad con los compañeros de Turín en varias formas: los ferrocarrileros de Pisa, Livorno y Florencia rechazaron transportar a las tropas destinadas a Turín, los trabajadores de los puertos y los marineros de Livorno y Génova sabotearon el movimiento en los puertos; el proletariado de muchas ciudades hizo huelga en contra de las órdenes de los sindicatos.

La huelga general de Turín y del Piamonte tuvo que luchar contra el sabotaje y la resistencia de las organizaciones sindicales y del partido mismo. Dicha huelga sin embargo fue de gran importancia educativa porque demostró que la unión práctica de los obreros y los campesinos es posible, y volvió a comprobar la urgente necesidad de luchar contra todo el mecanismo burocrático de las organizaciones sindicales, que son el más sólido apoyo para la obra oportunista de los parlamentarios y de los reformistas tendientes a sofocar todo movimiento revolucionario de las masas trabajadoras.

(*L'Ordine Nuovo,* —diario— 14 de marzo de 1921.)

## EL PROGRAMA DE "L'ORDINE NUOVO"

### I

Cuando, en el mes de abril de 1919, tres, cuatro o cinco personas (de cuyas deliberaciones y discusiones aún deben de existir, puesto que se redactaron y escribieron en limpio, las actas, sí, señores míos, nada menos que actas... ¡para la historia!) decidimos empezar la publicación de esta revista *L'Ordine Nuovo,* ninguno de nosotros (o tal vez ninguno...) pensaba en cambiar la faz del

mundo, renovar los cerebros y los corazones de las muchedumbres humanas, abrir un nuevo ciclo de la historia. Ninguno de nosotros (o tal vez ninguno, porque alguno hablaba fantasiosamente de tener 6 000 suscriptores en pocos meses) acariciaba ilusiones rosadas acerca del buen éxito de la empresa. ¿Quiénes éramos? ¿Qué representábamos? ¿De qué nuevo verbo éramos portadores? ¡Ay! El único sentimiento que nos unía en aquellas reuniones era el provocado por una vaga pasión, por una vaga cultura proletaria: queríamos hacer algo, algo, algo; nos sentíamos angustiados, sin orientación, sumidos en la ardiente vida de aquellos meses posteriores al armisticio, cuando parecía inminente el cataclismo de la sociedad italiana. ¡Ay! La única palabra nueva que realmente se pronunció en aquellas reuniones quedó sofocada. La dijo uno que era un técnico: "Hay que estudiar la organización de la fábrica como instrumento de producción; debemos dedicar toda la atención a los sistemas capitalistas de producción y de organización y debemos trabajar para que la atención de la clase obrera y la del partido se dirijan a ese objeto." Otro, que se preocupaba por la organización de los hombres, por la historia de los hombres y por la psicología de la clase obrera, dijo también: "Hay que estudiar lo que ocurre en el seno de las masas obreras. ¿Hay en Italia, como institución de la clase obrera, algo que pueda compararse con el soviet, que tenga algo de su naturaleza? ¿Algo que nos autorice a afirmar: el soviet es una forma universal, no es una institución rusa, exclusivamente rusa; el soviet es la forma en la cual, en cualquier lugar en que haya proletarios en lucha por conquistar la autonomía industrial, la clase obrera manifiesta esa voluntad de emanciparse; el soviet es la forma de autogobierno de las masas obreras; existe un germen, una veleidad, una tímida incoacción de gobierno de los soviets en Italia, en Turín?" Este otro, impresionado por una pregunta que le había dirigido a quemarropa un camarada polaco —"¿Por qué no se ha celebrado nunca en Italia un congreso con las comisiones internas de fábrica?"—, respondía en aquellas reuniones y a sus propias preguntas: "Sí, existe en Italia, en Turín, un germen de gobierno obrero, un germen de soviet; es la comisión interna; estudiemos esta institución obrera, hagamos una encuesta, estudiemos también la fábrica capitalista, pero no como organización de la producción material, porque para eso necesitaríamos una cultura especializada que no tenemos; estudiemos la fábrica capitalista como forma necesaria de la clase obrera, como organismo político, como 'territorio nacional del autogobierno obrero'." Esta era la palabra nueva; y fue precisamente rechazada por el camarada Tasca.

¿Qué quería decir el camarada Tasca? Quería que no se empezara ninguna propaganda directamente entre las masas obreras, quería un acuerdo con los secretarios de las federaciones y de los sindicatos, quería que se promoviera una asamblea con esos se-

cretarios y se construyera un plan de acción oficial; de este modo el grupo de *L'Ordine Nuovo* habría quedado reducido a la dimensión de una irresponsable camarilla de presuntuosas pulgas labradoras.* ¿Cuál fue, pues, el programa de los primeros números de *L'Ordine Nuovo*? Ninguna *idea* central, ninguna organización íntima del material literario publicado. ¿Qué entendía el camarada Tasca por "cultura", quiero decir, qué entendía concretamente, no abstractamente? He aquí lo que entendía por "cultura" el camarada Tasca: quería "recordar", no "pensar", y quería recordar cosas muertas, cosas desgastadas, la pacotilla del pensamiento obrero; quería dar a conocer a la clase obrera, "recordar a la buena clase obrera italiana, que es tan atrasada, tan ruda e inculta, recordarle que Louis Blanc ha tenido ideas acerca de la organización del trabajo y que esas ideas han producido experiencias reales; "recordar" que Eugenio Fournière ha redactado un cuidado ejercicio escolar para servir bien calentito (o completamente frío) un esquema de estado socialista; "recordar" con el espíritu de Michelet (o con el bueno de Luigi Molinari) la Comuna de París, sin oler siquiera que los comunistas rusos, siguiendo las indicaciones de Marx, enlazan el soviet, el sistema de los soviets, con la Comuna de París, sin oler siquiera que las observaciones de Marx acerca del carácter "industrial" de la Comuna ha servido a los comunistas rusos para comprender el soviet, para elaborar la *idea* del soviet, para trazar la línea de acción de su partido, una vez llegado a partido de gobierno. ¿Qué fue *L'Ordine Nuovo* durante sus primeros números? Fue una antología y nada más que una antología; una revista que igual habría podido nacer en Nápoles, Caltanisetta o Brindisi: una revista de cultura abstracta, de información abstracta, con cierta tendencia a publicar cuentitos horripilantes y xilografías bienintencionadas; eso fue *L'Ordine Nuovo* durante sus primeros números: un desorganismo, el producto de un intelectualismo mediocre que buscaba a fuerza de traspiés un puerto ideal y una vía de acción. Eso era *L'Ordine Nuovo* tal como se botó al agua a raíz de las reuniones que celebramos en abril de 1919, reuniones oportunamente registradas en acta y en las cuales el camarada Tasca rechazó, por no ser conformes a las buenas tradiciones de la morigerada y pacífica familia socialista italiana, la propuesta de consagrar nuestras energías a "descubrir" una tradición soviética en la clase obrera italiana, a sacar a la luz el filón del real espíritu revolucionario italiano; real porque era coincidente con el espíritu

* Por "pulgas labradoras" (expresión construida según el dicho del refranero: "aramos, dijo la pulga, e iba encima del asno") se traduce la frecuente frase gramsciana "mosche cocchiere", literalmente "moscas cocheras", presumiblemente inspirada en alguna tradición del tipo de la recogida en el refrán castellano, y acaso precisamente en la fábula de La Fontaine que habla de una mosca cochera (*Le Coche et la Mouche, Fables,* livre VII, nº IX). [E.]

universal de la Internacional obrera, porque era producido por una situación histórica real, porque era resultado de una elaboración de la clase obrera misma.

Togliatti y yo urdimos entonces un golpe de estado de redacción: el problema de las comisiones internas se planteó explícitamente en el número siete de la revista. Una tarde, pocos días antes de escribir el artículo, expuse al camarada Terracini la línea del mismo, y Terracini expresó su pleno acuerdo con la teoría y con la práctica resultante; el artículo, con el acuerdo de Terracini y con la colaboración de Togliatti, se publicó, y entonces ocurrió todo lo que habíamos previsto: Togliatti, Terracini y yo fuimos invitados a celebrar conversaciones en los círculos educativos, en las asambleas de fábrica, fuimos invitados por las comisiones internas a discutir en reducidos grupos de responsables y administradores de las comisiones. Seguimos adelante; el problema del desarrollo de la comisión interna se convirtió en central, se convirtió en *la idea* de *L'Ordine Nuovo;* se presentaba como problema fundamental de la revolución obrera, era el problema de la "libertad" proletaria. *L'Ordine Nuovo* se convirtió para nosotros y para cuantos nos seguían, en "el periódico de los consejos de fábrica"; los obreros quisieron a *L'Ordine Nuovo* (podemos afirmarlo con íntima satisfacción). ¿Por qué gustaron los obreros de *L'Ordine Nuovo*? Porque en los artículos del periódico encontraban una parte de sí mismos, su parte mejor; porque notaban que los artículos de *L'Ordine Nuovo* no eran frías arquitecturas intelectuales, sino que brotaban de nuestra discusión con los mejores obreros, elaboraban sentimientos, voluntades, pasiones reales de la clase obrera turinesa que habían sido exploradas y provocadas por nosotros, porque los artículos de *L'Ordine Nuovo* eran casi el "acta" de los acontecimientos reales vistos como momentos de un proceso de íntima liberación y expresión de la clase obrera. Por eso los obreros quisieron a *L'Ordine Nuovo,* y así se formó la *idea* de *L'Ordine Nuovo.* El camarada Tasca no colaboró en esa formación, en esa elaboración; *L'Ordine Nuovo* desarrolló su *idea sin su voluntad y al margen de su "aportación"* a la revolución. Y en eso veo la explicación de su actual actitud y el "tono" de su polémica; Tasca no ha trabajado esforzadamente para llegar a "su concepción", y no me asombra que esa concepción haya nacido tan torpemente, porque no la ama, ni que trate el tema con tanta grosería, ni que se haya puesto a actuar con tanta desconsideración y tanta falta de disciplina interior para volver a darle el carácter *oficial* que había sostenido y puesto en acta el año anterior.

II

En el número anterior he intentado determinar el origen de la

posición mental del camarada Tasca respecto del programa de *L'Ordine Nuovo*, programa que había ido organizándose, de acuerdo con la real experiencia que teníamos de las necesidades espirituales y prácticas de la clase obrera, en torno al problema central de los consejos de fábrica. Como el camarada Tasca no participaba de esa experiencia, y como era incluso hostil a que se realizara, el problema de los consejos de fábrica se le escapó completamente en sus reales términos históricos y en el desarrollo orgánico que, aun con algunas vacilaciones y errores comprensibles, había ido cobrando en el estudio que desarrollamos Togliatti, yo mismo y algunos otros camaradas que quisieron ayudarnos; para Tasca el problema de los consejos de fábrica fue problema sólo en su aspecto aritmético: fue el problema de cómo organizar inmediatamente *toda* la clase de los obreros y los campesinos italianos. En una de sus notas polémicas, Tasca dice que sitúa en un mismo plano el Partido Comunista, el sindicato y el consejo de fábrica; en otra, muestra no haber comprendido el significado del atributo "voluntario" que *L'Ordine Nuovo* aplica a las organizaciones de partido y de sindicato, pero no al consejo de fábrica, entendido como forma de asociación "histórica", de un tipo que hoy sólo puede compararse con el del estado burgués. Según la concepción desarrollada por *L'Ordine Nuovo* —la cual, precisamente para ser una concepción, se organizaba en torno a una idea, la idea de libertad (y concretamente, en el plano de la creación histórica actual, en torno a la hipótesis de una acción autónoma revolucionaria de la clase obrera)—, el consejo de fábrica es una institución de carácter "público", mientras que el partido y el sindicato son asociaciones de carácter "privado". En el consejo de fábrica el obrero interviene como productor, a consecuencia de su carácter universal, a consecuencia de su posición y de su función en la sociedad, del mismo modo que el ciudadano interviene en el estado democrático-parlamentario. En cambio, en el partido y en el sindicato el obrero está "voluntariamente", firmando un compromiso escrito, firmando un "contrato" que puede romper en cualquier momento: por ese carácter de "voluntariedad", por ese carácter de "contractual", el partido y el sindicato no pueden confundirse en modo alguno con el consejo, institución representativa que no se desarrolla aritméticamente, sino morfológicamente, y que en sus formas superiores tiende a dar el perfil *proletario* del aparato de producción y cambio creado por el *capitalismo* con fines de beneficio. El desarrollo de las formas superiores de la organización de los consejos no se formulaba, por eso mismo, en *L'Ordine Nuovo* con la terminología política propia de las sociedades divididas en clases, sino con alusiones a la organización industrial. Según la interpretación desarrollada por *L'Ordine Nuovo*, el sistema de los consejos no puede expresarse con la palabra "federación" ni con otras de significación análoga, sino que sólo puede representarse trasladando a un centro

industrial entero el complejo de relaciones industriales que vincula en una fábrica un equipo de obreros con otros, una sección con otra. El ejemplo de Turín era para nosotros un ejemplo plástico, y por eso se dijo en un artículo que Turín era el taller histórico de la revolución comunista italiana. En una fábrica, los obreros son productores en cuanto colaboran ordenados de un modo exactamente determinado por la técnica industrial, el cual es (en cierto sentido) independiente del modo de apropiación de valores producidos. Todos los obreros de una fábrica de automóviles, sean metalúrgicos, albañiles, electricistas, carpinteros, etc., asumen el carácter y la función de productores en cuanto son igualmente necesarios e indispensables para la fabricación del automóvil, en cuanto que, ordenados industrialmente, constituyen un organismo históricamente necesario y absolutamente indesmembrable. Turín se ha desarrollado históricamente como ciudad de un modo que puede resumirse así: por trasladarse la capitalidad a Florencia y luego a Roma y por el hecho de que el estado italiano se ha constituido inicialmente como dilatación del estado piamontés, Turín se ha quedado sin la clase pequeñoburguesa cuyos elementos dieron el personal del nuevo aparato italiano. Pero el traslado de la capitalidad y ese empobrecimiento repentino de un elemento característico de las ciudades modernas no determinaron la decadencia de la ciudad; ésta, por el contrario, empezó a desarrollarse nuevamente, y el nuevo desarrollo ocurrió orgánicamente a medida que crecía la industria mecánica, el sistema de fábricas de la Fiat. Turín había dado al nuevo estado su clase de intelectuales pequeñoburgueses; el desarrollo de la economía capitalista, arruinando la pequeña industria y la artesanía de la nación italiana, hizo afluir a Turín una compacta masa proletaria que dio a la ciudad su figura actual, tal vez una de las más originales de toda Europa. La ciudad tomó y mantiene una configuración concentrada y organizada naturalmente alrededor de una industria que "gobierna" todo el movimiento urbano y regula sus salidas: Turín es la ciudad del *automóvil*, del mismo modo que la región de Vercelli es el organismo económico caracterizado por el *arroz*, el Cáucaso por el *petróleo*, Gales del Sur por el *carbón*, etc. E igual que en una *fábrica* los obreros cobran figura ordenándose para la producción de un determinado objeto que unifica y organiza a trabajadores de metal y de madera, albañiles, electricistas, etc., así también en la *ciudad* la clase proletaria recibe su figura por obra de la industria predominante, la cual ordena y gobierna por su existencia todo el complejo urbano. Y así también a escala nacional, un pueblo toma figura por obra de su exportación, de la aportación real que da a la vida económica del mundo.

El camarada Tasca, lector muy poco atento de *L'Ordine Nuovo*, no ha captado nada de ese desarrollo teórico, el cual, por lo demás, no era más que una traducción, para la realidad histórica

italiana, de las concepciones del camarada Lenin expuestas en algunos escritos que ha publicado *L'Ordine Nuovo* mismo, y de las concepciones del teórico americano de la asociación sindicalista revolucionaria de los I[ndustrial] W[orkers of the] W[orld], el marxista Daniel De León. En efecto: llegado a cierto punto, el camarada Tasca interpreta en un sentido meramente "comercial" y contable la representación de los complejos económicos de producción que se expresa con las palabras "arroz", "madera", "azufre", etc.; en otra ocasión se pregunta qué relaciones ha de haber entre los consejos; en otro ve en la concepción proudhoniana del taller destructor del gobierno el origen de la idea desarrollada en *L'Ordine Nuovo*, pese a que en el mismo número del 5 de junio en el que se imprimieron el artículo *El consejo de fábrica* y el comentario al congreso sindical, se reprodujo también un extracto del escrito sobre la Comuna de París, en el cual Marx alude explícitamente al carácter *industrial* de la sociedad comunista de los productores. En esa obra de Marx han encontrado De León y Lenin los motivos fundamentales de sus concepciones, y sobre esos elementos se habían preparado y elaborado los artículos de *L'Ordine Nuovo* que el camarada Tasca, repitámoslo, ha mostrado leer muy superficialmente, precisamente por lo que hace al número en el que se originó la polémica, y sin ninguna comprensión de la sustancia ideal e histórica.

No quiero repetir para los lectores de esta polémica todos los argumentos ya desarrollados para exponer la idea de la libertad obrera que se realiza inicialmente en el consejo de fábrica. He querido aludir sólo a algunos motivos fundamentales para demostrar cómo ha ignorado el camarada Tasca el proceso íntimo de desarrollo del programa de *L'Ordine Nuovo*. En un apéndice que seguirá a estos dos breves artículos analizaré algunos puntos de la exposición de Tasca, porque me parece oportuno aclararlos y demostrar su inconsistencia. Pero hay que aclarar en seguida un punto: a propósito del capital financiero, Tasca escribe que el capital "alza el vuelo", se separa de la producción y planea, etc. Toda esa confusión de alzar el vuelo y planear como... papel moneda no tiene relación alguna con el desarrollo de la teoría de los consejos de fábrica; lo que nosotros hemos observado es que la *persona* del capitalista se ha separado del mundo de la producción, no el capital, aunque éste sea financiero; hemos observado que la fábrica ha dejado de estar gobernada por la persona del propietario, para serlo por el banco a través de una burocracia industrial que tienden a desinteresarse de la producción del mismo modo que el funcionario estatal se desinteresa de la administración pública. Ese punto de partida nos sirvió para un análisis histórico de las nuevas relaciones jerárquicas que han ido estableciéndose en la fábrica, y para afirmar el cumplimiento de una de las condiciones históricas más importantes de la autonomía industrial de la clase obrera, cuya organización de fábri-

ca tiende a hacerse con el poder de iniciativa en la producción. Lo del "volar" y "planear" es una fantasía bastante desgraciada del camarada Tasca, el cual, aunque se refiere a una reseña suya del libro de Arturo Labriola sobre el capitalismo, publicada por el *Corriere Universitario,* con lo que intenta demostrar que se ha "ocupado" de la cuestión del capital financiero (y obsérvese que Labriola sostiene precisamente una tesis contraria a la de Hilferding, que ha sido al final la de los bolcheviques), muestra, en cambio, en los hechos que no ha comprendido absolutamente nada y que ha levantado un frágil castillo de cartas sobre un cimiento hecho de vagas reminiscencias y palabras vacías.

La polémica ha servido para demostrar que las críticas que dirigí al informe Tasca están muy fundadas: Tasca tenía una formación muy superficial sobre el problema de los consejos y una invencible manía de formular "su" concepción, de iniciar "su" acción, de abrir una nueva era para el movimiento sindical.

El comentario al congreso sindical y al hecho de la intervención del camarada Tasca para conseguir la aprobación de una moción de carácter ejecutivo se debió a la voluntad de mantener íntegramente el programa de la revista. Los consejos de fábrica tienen su ley en sí mismos, no pueden ni deben aceptar la legislación de los órganos sindicales, a los que precisamente tienen que renovar de modo fundamental, como finalidad inmediata. Del mismo modo, el movimiento de los consejos de fábrica quiere que las representaciones obreras sean emanación directa de las masas y estén vinculadas a éstas por un mandato imperativo. La intervención del camarada Tasca como ponente en un congreso obrero y cuya solución imperativa habría debido obligar a la masa misma, era algo tan contrario a la orientación ideal de *L'Ordine Nuovo* que la áspera forma de nuestro comentario estaba perfectamente justificada y era una obligación absoluta.

(*L'Ordine Nuovo,* 14 y 18 de agosto de 1920.)

## EL PUEBLO DE LOS SIMIOS

El fascismo ha sido la última "representación" ofrecida por la pequeña burguesía urbana en el teatro de la vida política nacional. El miserable fin de la aventura fiumana es la última escena de la representación. Y puede ser considerada como el episodio más importante del proceso de íntima disolución de esta clase de la población italiana.

El proceso de destrucción de la pequeña burguesía se inicia en el último decenio del siglo pasado. Con el desarrollo de la gran industria y del capital financiero, la pequeña burguesía pier-

de toda importancia y deja de cumplir una función vital en el campo de la producción: se vuelve pura clase política y se especializa en el "cretinismo parlamentario". Este fenómeno ocupa gran parte de la historia contemporánea italiana y en sus diferentes fases adopta distintos nombres: originalmente se llama "movimiento de la izquierda al poder", luego se vuelve giolittismo, luego es lucha contra los intentos kaiseristas de Umberto I, después se difunde en el reformismo socialista, etc. La pequeña burguesía se incrusta en la institución parlamentaria: el parlamento, que era el organismo de control de la burguesía capitalista sobre la corona y sobre la administración pública, se convierte en una tienda de charlatanerías y de escándalos, en el camino hacia el parasitismo. Corrompido hasta la médula, sujeto por completo al poder gubernativo, el parlamento pierde todo prestigio entre las masas populares. Las masas populares se persuaden de que el único instrumento de control y de oposición a los arbitrios del poder administrativo es la acción directa, es la presión desde afuera. La semana roja de junio de 1914 y el movimiento contra las matanzas es la primera y grandiosa intervención de las masas populares en la escena política, para oponerse directamente a las arbitrariedades del poder, para ejercer realmente la soberanía popular, que ya no encuentra expresión alguna en la cámara de representantes. Puede decirse que en junio de 1914 el parlamentarismo ha entrado en Italia por el camino de su disolución orgánica y, junto con el parlamentarismo se disuelve la función política de la pequeña burguesía.

La pequeña burguesía ha perdido definitivamente toda esperanza de reconquistar una función productiva (recién hoy vuelve a presentarse una esperanza semejante con los intentos del Partido Popular por devolver importancia a la pequeña propiedad agrícola y con los intentos de la Confederación General del Trabajo por fortalecer el mortecino control sindical), trata de conservar de cualquier forma una posición de iniciativa histórica. Entonces imita a la clase obrera y desciende a las plazas. Esta nueva táctica se realiza según los modos y las formas peculiares a una clase de charlatanes, de escépticos, de corrompidos: el desarrollo de los hechos que, durante la guerra, tomaron el nombre de "radiantes jornadas de mayo", con todos sus reflejos periodísticos, oratorios, teatrales, callejeros, es como la proyección en la realidad de un cuento de la jungla escrito por Kipling. Nos referimos al cuento de Bandar-Log, el pueblo de los simios, que cree ser superior a todos los demás pueblos de la jungla y cree poseer toda la inteligencia, todo el espíritu revolucionario, toda la sabiduría de gobierno, etc., etc. ¿Qué había sucedido? La pequeña burguesía, que se había sometido al poder gubernativo a través de la corrupción parlamentaria, modifica la forma de su prestación, se vuelve antiparlamentaria y trata de corromper el mercado.

En el período de la guerra, el parlamento decae por completo: la pequeña burguesía trata de consolidar su nueva posición y se hace la ilusión de haber logrado realmente ese fin, pretende haber eliminado realmente la lucha de clases, haber tomado la dirección de la clase obrera y campesina, haber reemplazado la idea socialista, inmanente en las masas, por una rara y extravagante mezcolanza ideológica de imperialismo nacionalista, de "verdadero revolucionarismo", de "sindicalismo nacional". La acción directa de las masas en los días 2-3 de diciembre, luego de las violencias que se habían producido en Roma por parte de los oficiales contra los diputados socialistas, pone un freno a la actividad política de la pequeña burguesía. Esta pequeña burguesía, desde ese momento, trata de organizarse y de acomodarse en torno de patrones más ricos y más seguros que el poder de estado oficial, debilitado y agotado por la guerra.

La aventura fiumana es el motivo sentimental y el mecanismo práctico de esta organización sistemática, pero rápidamente se advierte que la sólida base de la organización es la defensa directa de la propiedad industrial y agrícola ante los asaltos de la clase revolucionaria de los obreros y los campesinos pobres. Esta actividad de la pequeña burguesía, convertida oficialmente en "el fascismo", no deja de tener consecuencias sobre la estructura del estado. *Después de haber corrompido y arruinado la institución parlamentaria, la pequeña burguesía también corrompe y arruina a las demás instituciones, los sostenes fundamentales del estado: el ejército, la policía, la magistratura.* Corrupción y ruina hechas a pura pérdida, sin ningún fin preciso (el único fin preciso debería haber sido la creación de un nuevo estado, pero el "pueblo de los simios" se caracteriza justamente por la incapacidad orgánica de darse una ley, de fundar un estado). El propietario, para defenderse, financia y sostiene una organización privada que, a fin de enmascarar su naturaleza real, debe asumir actitudes políticas "revolucionarias" y disgregar la más poderosa defensa de la propiedad, el estado. La clase propietaria repite, en relación al poder ejecutivo, el mismo error que había cometido respecto del parlamento: cree poder defenderse mejor de los asaltos de la clase revolucionaria abandonando las instituciones de su estado a los caprichos histéricos del "pueblo de los simios" de la pequeña burguesía.

Al desarrollarse, el fascismo se cristaliza alrededor de su núcleo primordial, no consigue ocultar más su verdadera naturaleza. Libra una feroz campaña contra el diputado Nitti, presidente del consejo, hasta el extremo de invitar abiertamente a que se le asesine; deja tranquilo al diputado Giolitti, y le permite llevar "felizmente" a término la liquidación de la aventura fiumana. La actitud del fascismo hacia Giolitti ha signado de inmediato la suerte de D'Annunzio y ha puesto de relieve el verdadero fin

histórico de la organización de la pequeña burguesía italiana. Cuanto más fuertes se han vuelto los "fascios", cuanto mejor encuadrados están sus efectivos, cuanto más audaces y agresivos se han mostrado contra las cámaras del trabajo y las comunas socialistas, tanto más típicamente expresiva ha sido su actitud respecto de ese D'Annunzio invocador de insurrección y de barricadas. ¡Las pomposas declaraciones de "verdadero revolucionarismo" se han concretado en la explosión de un petardo inofensivo bajo un corredor de la *Stampa!*

Aún en esta su última encarnación política del "fascismo", la pequeña burguesía se ha mostrado definitivamente en su verdadera naturaleza de sierva del capitalismo y de la propiedad terrateniente, de agente de la contrarrevolución. Pero también ha demostrado su fundamental incapacidad para cumplir cualquier objetivo histórico: el pueblo de los simios llena la crónica, no crea historia, deja huellas en los periódicos, no ofrece materiales para escribir libros. La pequeña burguesía, después de haber arruinado al parlamento, está arruinando al estado burgués: en escala cada vez mayor, reemplaza la "autoridad" de la ley por la violencia privada, ejerce (y no puede dejar de hacerlo) esa violencia caótica, brutalmente, y provoca el levantamiento de estratos crecientes de la población contra el estado, contra el capitalismo.

(*L'Ordine Nuovo,* 2 de enero de 1921, I, nº 2.)

## LOS PARTIDOS Y LA MASA

La crisis constitucional en que se debate el Partido Socialista interesa a los comunistas en cuanto que es el reflejo de la crisis constitucional aun más profunda en que se debaten las grandes masas del pueblo italiano. Desde este punto de vista la crisis del partido socialista no puede y no debe ser considerada en forma aislada: forma parte de un cuadro más complejo, que abarca también al Partido Popular y al fascismo.

Políticamente las grandes masas no existen sino encuadradas en los partidos políticos: los cambios de opinión que se verifican en las masas bajo el empuje de las fuerzas económicas determinantes son interpretadas por los partidos, que se dividen primero en tendencias y después en una multiplicidad de nuevos partidos orgánicos: A través de este proceso de desarticulación, de neoasociación, de fusión entre los homogéneos, se revela un profundo proceso interior de descomposición de la sociedad democrática, hasta llegar a la alineación definitiva de las clases en lucha por la conservación o la conquista del poder de estado y del poder sobre el aparato de producción.

En el período entre el armisticio y la ocupación de las fábricas, el Partido Socialista representó a la mayoría del pueblo trabajador italiano, constituida por tres clases fundamentales: el proletariado, la pequeña burguesía, los campesinos pobres. De estas tres clases, sólo el proletariado era esencialmente y por tanto permanentemente revolucionario; las otras dos clases eran "ocasionalmente" revolucionarias, eran "socialistas de guerra", aceptaban la idea de la revolución en general, por los sentimientos de rebelión antigubernamental germinados durante la guerra. Ya que el Partido Socialista estaba constituido en su mayoría por elementos pequeñoburgueses y campesinos, hubiera podido hacer la revolución sólo en un primer tiempo después del armisticio, cuando los sentimientos de revuelta antigubernamental eran todavía activos y vivaces; por otro lado, estando el Partido Socialista constituido en su mayoría por pequeñoburgueses y campesinos (cuya mentalidad no es muy diversa de la de los pequeñoburgueses de ciudad), no podía ser más que oscilante, dubitativo, sin un programa nítido y preciso, sin rumbo, y sin especialmente una conciencia internacionalista.

La ocupación de las fábricas, esencialmente proletaria, tomó desprevenido al Partido Socialista que era sólo parcialmente proletario, que estaba ya en una crisis de conciencia en sus otras partes constituyentes, gracias a los primeros golpes del fascismo. El fin de la ocupación de las fábricas desordenó completamente al Partido Socialista; las creencias revolucionarias infantiles y sentimentales se derrumbaron completamente; los dolores de la guerra se habían atenuado en parte (¡no se hace una revolución con los recuerdos del pasado!); el gobierno burgués parecía todavía fuerte en la persona de Giolitti y en la actividad fascista; los jefes reformistas afirmaron que era una locura pensar en la revolución comunista en general; Serrati afirmó que era una locura pensar en la revolución comunista en Italia en ese período. Sólo la minoría del partido, formada por la parte más avanzada y culta del proletariado industrial, no cambió su punto de vista comunista e internacionalista, no se desmoralizó por los sucesos cotidianos, no se dejó ilusionar por las apariencias de robustez y de energía del estado burgués. Así nació el Partido Comunista, primera organización autónoma e independiente del proletariado industrial, de la sola clase popular esencial y permanentemente revolucionaria.

El Partido Comunista no se convirtió inmediatamente en partido de las grandes masas. Ello prueba una sola cosa: las condiciones de gran desmoralización y de gran abatimiento en que habían caído las masas en seguida del fracaso político de la ocupación de las fábricas. La fe se había apagado en un gran número de dirigentes; lo que antes había sido exaltado, era despreciado hoy; los sentimientos más íntimos y delicados de la conciencia prole-

taria eran torpemente aplastados por esa subalterna oficialidad dirigente, transformada en escéptica y corrupta en el arrepentimiento y en el remordimiento de su pasado de demagogia maximalista.

La masa popular, que inmediatamente después del armisticio se había formado alrededor del Partido Socialista, se desmembró, se licuó, se dispersó. La pequeña burguesía que había simpatizado con el socialismo, simpatizó con el fascismo; los campesinos, sin apoyo ya en el Partido Socialista, tuvieron más bien simpatía para el Partido Popular. Pero esta confusión de los antiguos efectivos del Partido Socialista con los fascistas por un lado y con los populares por el otro, no se quedó sin consecuencias.

El Partido Popular se acercó al Partido Socialista: en las elecciones parlamentarias, las listas abiertas populares, acogieron en todas las circunscripciones a centenares y millares de candidatos socialistas; en las elecciones municipales que se desarrollaron en algunas regiones rurales, por su parte, los socialistas, en lo que va de las elecciones políticas hasta hoy, generalmente no presentaron listas de minoría sino que aconsejaron a sus partidarios depositar sus votos por la lista popular; en Bérgamo el fenómeno tuvo una manifestación clamorosa: los populares extremistas se separaron de la organización blanca y se fundieron con los socialistas, fundando la cámara del trabajo y un semanario dirigido y escrito por socialistas y populares juntos. Objetivamente este proceso de acercamiento popular-socialista representa un progreso. La clase campesina se unifica, adquiere conciencia y noción de su solidaridad difusa, rompiendo el envoltorio de la cultura anticlerical pequeñoburguesa que hay en el campo socialista. Debido a esta tendencia de sus efectivos rurales, el Partido Socialista se separa cada vez más del proletariado industrial y por tanto parece que se va a romper la fuerte ligazón unitaria que el Partido Socialista parecía que había creado entre ciudad y campo; pero como esta ligazón en realidad no existía, no se desprende ningún daño efectivo de la nueva situación. En cambio se hace evidente una ventaja real: el Partido Popular sufre una inclinación muy fuerte a la izquierda y se convierte cada vez más en laico; acabará por separarse de su ala derecha, constituida por grandes y medianos propietarios de tierras, es decir, entrará decididamente en el campo de la lucha de clases, ocasionando un formidable debilitamiento del gobierno burgués.

El mismo fenómeno se perfila en el campo fascista. La pequeña burguesía urbana, reforzada políticamente por los tránsfugas del Partido Socialista, después de la guerra, había intentado hacer fructificar la capacidad de organización y de acción militar adquirida durante la guerra. La guerra italiana fue dirigida, en ausencia de un estado mayor eficiente, por la oficialidad subalterna, es decir, por la pequeña burguesía. Las desilusiones sufridas en guerra habían desatado sentimientos muy fuertes de rebelión antiguberna-

mental en esta clase, la cual, perdida la unidad militar de sus cuadros después del armisticio, se desparramó en los diversos partidos de masas, llevando consigo fermentos de rebelión, pero también incertidumbre, oscilaciones, demagogia. Una vez derrumbada la fuerza del Partido Socialista después de la ocupación de las fábricas, esta clase, con rapidez fulminante y bajo el empuje del mismo estado mayor que la había explotado en la guerra, reconstruyó militarmente a sus cuadros, se organizó nacionalmente. Maduración rapidísima, crisis constitucional rapidísima. La pequeña burguesía urbana, juguete en manos del estado mayor y de las fuerzas más retrógradas del gobierno, se alió con los propietarios agrarios y rompió por cuenta de ellos la organización de los campesinos. El pacto de Roma entre fascistas y socialistas marca el alto a esta política ciega y políticamente desastrosa para la pequeña burguesía urbana, que comprendió que estaba vendiendo su "primogenitura" por un plato de lentejas. Si el fascismo continuaba con sus expediciones punitivas como las hechas en Trevi, Sarzana, Roccastrada, la población se hubiera levantado en masa, y en el caso de una derrota popular, ciertamente, los pequeñoburgueses no hubieran tomado el poder sino el estado mayor y los latifundistas. El fascismo se acerca nuevamente al socialismo, la pequeña burguesía intenta romper sus ligas con la gran propiedad de la tierra, busca tener un programa que acaba por parecerse extrañamente al de Turati y D'Aragona.

Esta es la situación actual de las masas populares italianas: una gran confusión que siguió a la unidad artificial creada por la guerra y personificada en el Partido Socialista, una gran confusión que encuentra puntos de polarización dialéctica en el Partido Comunista, organización independiente del proletariado industrial; en el Partido Popular, organización de los campesinos; en el fascismo, organización de la pequeña burguesía. El Partido Socialista, que desde el armisticio hasta la ocupación de las fábricas representó la confusión demagógica de estas tres clases del pueblo trabajador, es hoy el máximo exponente y la víctima más conspicua del proceso de desarticulación (hacia un nuevo, definitivo asentamiento) que las masas populares italianas sufren como consecuencia de la descomposición de la democracia.

(*L'Ordine Nuovo* —diario—, 25 de septiembre de 1921.)

# II. [1922-1926]

## EL PARTIDO COMUNISTA Y LOS SINDICATOS

(Resolución propuesta por el Comité central para el II Congreso del Partido Comunista de Italia)

### I. *La lucha proletaria y los sindicatos*

1. El comunismo, como noción y como manifestación histórica más elemental y difundida, no es sino el movimiento real de rebelión de todo el pueblo trabajador, que lucha por liberarse de la opresión económica y espiritual del régimen capitalista y que, en relación a sus propias experiencias directas, construye los organismos que se revelan más idóneos para el cumplimiento de aquellos fines determinados en cada oportunidad por el mismo desarrollo de la lucha general. El carácter originario y esencial de este movimiento es la negatividad; al ser impuesto y no propuesto, no puede manifestarse de inmediato como la realización orgánica de un plan de reconstrucción prefijado. Por el contrario, solamente puede manifestarse como un vasto, múltiple y caótico surgimiento de energías rústicas y desordenadas, que espontáneamente tienden a la ciega destrucción y que sólo lentamente y por estratos sucesivos terminan encuadrándose y componiéndose de manera permanente. La existencia de una organización mundial capitalista, que unifica jerárquicamente a los más dispares ambientes económicos y a las poblaciones que allí trabajan en distintas condiciones de desarrollo de los medios técnicos de producción, hace entrar en la noción y en las manifestaciones del comunismo a todas las distintas formas asumidas en el actual período por la rebelión contra el régimen capitalista: la lucha del proletariado conscientemente orientada a la conquista de la autonomía industrial y del poder gubernativo en los países económica y políticamente más desarrollados; la lucha de las clases campesinas contra los grandes propietarios de tierras por la posesión del suelo y contra el estado centralizador y militarista que actúa respecto de ellas como un aparato de explotación fiscal y como una divinidad jamás satisfecha de sangre; la lucha de los pueblos coloniales contra el imperialismo de las metrópolis. Pero todo el edificio mundial del imperialismo se apoya en la gran industria: por eso, la lucha del proletariado por la conquista

de la autonomía industrial y del poder gubernativo se convierte históricamente en el punto de apoyo de la lucha universal contra el capitalismo y en elemento organizativo y unificador del comunismo. Las clases campesinas y los pueblos coloniales no están en condiciones de realizar por sus propios medios su libertad particular; es necesario a tal fin que el proletariado elimine a la burguesía del gobierno de la industria y del gobierno de los estados hegemónicos. Por otro lado, sin la solidaridad organizada y sistemática de las clases campesinas y de los pueblos coloniales, el proletariado no puede realizar permanentemente su misión liberadora. Por lo tanto, la fase superior del comunismo, es decir, la de lucha universal contra la opresión y la explotación capitalista, se realiza en la existencia de una organización mundial que se proponga la tarea de unificar y centralizar los esfuerzos revolucionarios de todas las fuerzas sociales en lucha contra el régimen capitalista. De una organización mundial que elabore los elementos de solidaridad manifestados concretamente en el múltiple desarrollo de la lucha general y que produzca el terreno sobre el cual, en un momento dado, esta solidaridad pueda corporizarse en una acción revolucionaria simultánea. La Internacional Comunista es esta organización mundial.

2. La lucha del proletariado por la conquista de la autonomía industrial se ha concretado históricamente en la organización de los sindicatos profesionales.

El sindicato es la primera creación original del proletariado que busca los límites de su propia estructura de clase, elige de su mismo seno a sus dirigentes, adquiere los primeros elementos de una administración propia y de un propio gobierno, y se propone limitar y controlar la arbitrariedad y la prepotencia de las clases dominantes, sentando así las primeras bases de su propia emancipación y de su propio poder. En el curso de su desarrollo, el movimiento sindical se vuelve la negación más decidida de la democracia burguesa.

El proceso de desarrollo del capitalismo está caracterizado por dos hechos esenciales: una organización y una concentración máxima de los medios materiales de producción y de cambio, obtenidas especialmente a través del monopolio del crédito; y, en contraposición, una máxima desorganización y pulverización del más importante instrumento de producción: la clase trabajadora. La institución política donde se reflejan estos caracteres del capitalismo es el parlamento nacional, organización concreta de la democracia burguesa. Para que este régimen funcione normalmente, basta con que el pueblo trabajador se reúna como cuerpo sólo en el brevísimo instante de las elecciones e inmediatamente disolverse. La organización permanente de grandes masas, aunque ellas luchen por fines alcanzables sólo en el campo de la producción industrial, no puede menos que determinar, en última

instancia, la descomposición de los órdenes constituidos. El solo hecho de que las organizaciones sindicales surjan y se desarrollen es la evidente demostración de que la democracia burguesa y el régimen parlamentario están corrompidos hasta en sus raíces: ellos, en efecto, surgieron para garantizar la libertad y las mejores condiciones de desarrollo de la personalidad humana que se afirma en función de la propiedad de bienes materiales, no de la personalidad humana que se afirma en función de la propiedad de energía física a aplicar a la producción de bienes materiales. Así, en cierto momento, la mayoría de la población queda sin protección alguna de parte del estado, justamente en lo referido a las actividades primordiales de la existencia: entonces, es natural que esa mayoría trate de garantizarse con medios propios, vale decir que cree su propio estado dentro del estado.

3. La organización sindical, embrión de un estado obrero dentro del estado burgués, sólo puede ser sufrida transitoriamente por el régimen capitalista: en los hechos, y en determinadas circunstancias, hasta puede ser útil al desarrollo del propio capitalismo. Pero la organización sindical no puede ser incorporada al régimen y volverse *copartícipe del gobierno* del estado. Puede gobernar efectivamente al estado sólo quien controla efectivamente la fábrica y la empresa y encuentra en este control las condiciones de su propia independencia económica y de su propia libertad espiritual. La participación efectiva de los sindicatos en el gobierno del estado debería significar la participación efectiva de la clase obrera en el gobierno de la fábrica, lo que normalmente está en absoluta contradición con las necesidades capitalistas de la disciplina industrial. Estas necesidades determinan la implacable aversión del capitalismo por el movimiento sindical y su incesante lucha por disgregarlo y pulverizarlo. La invitación dirigida a los sindicatos para que participen directamente del gobierno puede tener entonces un solo significado: la absorción de los actuales dirigentes sindicales en el sector gubernativo para que cumplan en la sociedad un trabajo similar al cumplido por el capataz en la jerarquía de fábrica, para que aseguren al capitalismo el consentimiento pacífico de la clase obrera a una intensificación de la explotación. La invitación no sería entonces otra cosa que la fase actual de un fenómeno que siempre se ha verificado en la historia de la clase obrera: con el fin de disgregar la organización, el capitalismo nunca ha dejado de apelar a todos los recursos para corromper y colocar a su servicio a los elementos obreros que a través de la actividad sindical se han distinguido por su capacidad e inteligencia. Impedir que del seno de la masa obrera surja una capa dirigente autónoma, decapitarla periódicamente, empujándola al caos y a la indiferenciación: estos son aspectos de la lucha del capitalismo contra el proletariado.

## II. *Función y desarrollo de los sindicatos*

4. La organización sindical se presenta históricamente como la antítesis y la negación de la democracia burguesa y del régimen parlamentario. Este hecho ha determinado el surgimiento de una ideología fundada en toda una serie de creencias sobre los desarrollos del sindicato que la realidad histórica ya se ha encargado de demostrar como absolutamente arbitrarias y falaces: el sindicalismo. Por su mismo origen y por los modos de su desarrollo, la organización sindical tiene límites que no pueden ser superados orgánicamente, a través de una expansión automática del movimiento inicial. El sindicato nace y se desarrolla, no por una energía autónoma, sino como una reacción a los males determinados por el desarrollo del sistema capitalista en perjuicio de la clase trabajadora. La organización sindical se mueve paralelamente al movimiento de la organización capitalista, como un reflejo de este movimiento; junto al proceso de monopolización de los instrumentos materiales de producción y de cambio se desarrolla el proceso de monopolización de la fuerza de trabajo. Sin embargo, se trata de un fenómeno que objetivamente no se diferencia del fenómeno capitalista, y la realidad ha demostrado cuán absurda es la creencia de que, en la competencia, el monopolio de la fuerza de trabajo podría lograr el predominio y la pura resistencia corporativa habría hecho derrumbar el poder industrial y, por consiguiente, el poder político del capitalismo. La realidad histórica ha demostrado que si la pura resistencia corporativa puede ser, o mejor aún lo es de hecho, la más útil plataforma para la organización de las más amplias masas, esa sin embargo, en un momento dado, cuando le place al capitalismo, que posee en el estado y en la guardia blanca un poderosísimo instrumento de coerción industrial, puede también revelarse como un fantasma inconsistente. La organización subsiste, el proletariado no pierde su espíritu de clase, pero la organización y el espíritu de clase ya no se expresan en el sindicato, que con frecuencia es abandonado; se expresa en cambio en una multiplicidad de manifestaciones alrededor del partido político al que la clase obrera reconoce como su partido. La pura resistencia corporativa se vuelve pura resistencia política.

También las previsiones de carácter técnico hechas por los sindicalistas respecto del desarrollo del sindicato se han demostrado arbitrarias y falaces. Los cuadros de las organizaciones sindicales habrían debido ofrecer una prueba experimental de la capacidad de la clase obrera para gestionar directamente el aparato de producción. El desarrollo normal de la organización sindical provocó resultados completamente opuestos a los previstos por el sindicalismo: los obreros convertidos en dirigentes sindicales perdieron por completo la vocación laboriosa y el espíritu de clase, y adquirieron todos los caracteres del funcionario pequeñoburgués,

intelectualmente perezoso y moralmente corrompido o fácil de corromper. Cuanto más se amplió el movimiento sindical, incorporando a grandes masas, tanto más se extendió el "funcionarismo"; la imposibilidad de convocar frecuentemente las asambleas generales de afiliados impidió el control de las masas sobre los jefes; los obreros mejor retribuidos o que tenían otros ingresos aparte del salario formaron un sindicato dentro del sindicato, sosteniendo a los dirigentes en su obra de lento acaparamiento de la organización a los fines de un sector político, que luego reveló ser simplemente la coalición de todos los funcionarios sindicales mismos; estar organizados significó para la mayoría de los obreros no ya participar en la vida de la propia comunidad a fin de ejercer y desarrollar sus propias dotes intelectuales y morales, sino solamente pagar una cuota obligada para gozar de libertades formales, similares en todo a las libertades de que goza el ciudadano en el ámbito del estado parlamentario.

5. Con la formación de esta superestructura burocrática que funciona como partido político, se cierra todo un período histórico del movimiento sindical. La clase obrera, que en decenas y decenas de años había logrado formarse una capa dirigente, es decapitada por el tránsito de esta capa al campo de la democracia burguesa: la centralización fatigosamente lograda de todas las energías revolucionarias expresadas caóticamente por el desarrollo del capitalismo, en lugar de ser un instrumento, aun el más importante instrumento de la revolución social, se vuelve el factor decisivo de una íntima disgregación y del más completo descalabro de la estructura clasista. Este fenómeno no se limita a la clase obrera, y se revela como un fenómeno universal, propio de todas las clases oprimidas, de todo el movimiento de rebelión popular contra el régimen capitalista: caracteriza al período de organización y de ordenamiento de las energías revolucionarias elementales. La burocracia sindical nace y se agrupa por su propia cuenta en el terreno del movimiento sindical obrero: en el terreno de los campesinos, corresponde a este fenómeno el nacimiento y la organización de toda esa multiplicidad de partidos y de grupos políticos pequeñoburgueses que dieron la ilusión de una renovación de la institución parlamentaria, convertida en terreno de la acción política de las grandes masas. Y al mismo tiempo, dan también la ilusión de la posibilidad de una evolución legal y orgánica del capitalismo al socialismo. Pero, en realidad, a este desarrollo de grupos colaboracionistas en el terreno del movimiento revolucionario corresponde una intensificada actividad reaccionaria del capitalismo contra las grandes masas: las masas, privadas de su organización centralizada, retornan a formas de lucha que parecían superadas por la historia, que parecían propias de los primeros orígenes del movimiento revolucionario. Y este movimiento revolucionario vuelve a ser sub-

terráneo, vuelve a ser un brotar desordenado y caótico de energías no injertadas de manera estable en cuadros vastos e integradores, sin una centralización, sin una simultaneidad de acción que no sean la centralización y la simultaneidad determinadas naturalmente por la centralización y la simultaneidad propias de la acción ofensiva del régimen capitalista.

### III. *El partido comunista y los sindicatos*

6. El partido comunista nace en el mismo momento en que surgen del seno de las grandes masas estas formaciones pequeñoburguesas, disgregadoras, y que actúan según los intereses del régimen capitalista; se propone reconstruir la conciencia unitaria y la capacidad de acción del movimiento sindical, injertando los fines específicos del sindicato profesional en el cuadro de las necesidades sociales creadas por la actual fase de la historia mundial. La organización de masas es al partido comunista lo que en el desarrollo histórico tradicional es el estado al gobierno: entonces, es fin específico del partido comunista promover y favorecer el nacimiento de una organización estatal a partir de la actual organización de resistencia de los trabajadores, afirmándose en ella como elemento preponderante de gobierno. Resultan de estas premisas: la función del partido en el campo sindical, las relaciones entre partido y sindicato, y las relaciones entre el partido comunista y los otros partidos que actúan en el campo sindical.

7. Las relaciones entre el partido comunista y el movimiento sindical no pueden ser definidas con los conceptos tradicionales de igualdad entre los dos organismos o de subordinación del uno al otro, sino solamente con la noción de las relaciones políticas establecidas entre un cuerpo electoral y el partido político que a él propone una lista de candidatos para la administración. Si la noción es igual, sin embargo la práctica real es fundamentalmente distinta.

El partido comunista tiene su representación permanentemente constituida en el seno del sindicato y actúa a través de ella, es decir con la mayor competencia y con la mayor responsabilidad. No se trata entonces de dos organismos distintos: sólo se trata, como por otro lado siempre ha sucedido, de una parte de la asamblea sindical que hace proposiciones y expone un programa al resto de la asamblea misma. Y esa asamblea, evidentemente, tiene libertad para aceptar las proposiciones y el programa, o para rechazar a ambos. Hasta ahora, en el movimiento sindical las direcciones siempre fueron disputadas entre grupos autónomos o grupos débilmente ligados a un partido. Ésta ha sido una de las

principales razones de las corrupciones y traiciones consumadas por la burocracia sindical. Por cierto, no pretendemos que las relaciones de estricta organización y de severo control instauradas *por el partido comunista entre su complejo unitario y cada* uno de los grupos sindicalistas comunistas excluyan de manera absoluta la verificación de episodios de corrupción y traición. Pero podemos afirmar que ellos se volverán cada vez más raros, y en especial podemos afirmar también algo: la imposibilidad casi absoluta de que se verifique nuevamente un fenómeno como el de la formación de una burocracia sindical unida que se pasa en bloque a la burguesía. Esta seguridad existe tanto más por cuanto el partido comunista es a su vez controlado estrictamente por la Internacional: la aplicación integral del programa propuesto a una asamblea sindical por el grupo comunista interesa entonces no sólo a la asamblea misma, sino a la sección comunista a que pertenece ese determinado grupo, al partido y a la Internacional. Los organizados que resultan elegidos por la asamblea para los cargos dirigentes sobre la base de ese programa, son sometidos a dicho control múltiple, que sin dudas tiene un valor educativo y sirve para moralizar el ambiente. Las objeciones hechas por reformistas y sindicalistas a estas relaciones que el partido comunista tiende a crear entre su organización y la organización sindical están privadas de todo fundamento.

El partido comunista quiere que también en el sindicato sus miembros sigan siendo coherentes y disciplinados, quiere que un comunista convertido en dirigente sindical permanezca fiel al programa por el que ha sido elegido, en toda circunstancia. ¿Qué daño puede acarrear esto a las masas organizadas y al movimiento sindical?

8. Estas relaciones prácticamente asumen la forma de una red organizativa del movimiento sindical en su conjunto. Cada fábrica o empresa, cada sindicato, por más pequeño que pueda ser, tiene o debería tener su grupo comunista; la expansión y la popularidad del partido comunista están en proporción a la difusión de los grupos comunistas en estos organismos y al prestigio de que allí gocen. En la fábrica, el grupo comunista desarrolla su actividad para la conquista de la comisión interna, si es que existe y, cuando todavía no existe, lucha para que nazca y se la reconozca. Además, el grupo prepara en este ambiente las asambleas sindicales y allí discute los métodos y la táctica de los reformistas, sindicalistas y anarquistas. Allí hace la propaganda en favor de los consejos y del control sobre la producción, partiendo no de los principios generales sino de las experiencias concretas de la fábrica misma, comunes a todas las maestranzas, y llegando de estas experiencias a la afirmación de los principios políticos y del programa del partido. Los grupos sindicales co-

munistas se reunen local y nacionalmente, formando comités por cada cámara del trabajo y por cada federación nacional de oficio o de industria. Ellos aceptan el principio de la disciplina democrática: es decir, si son minoría se muestran dispuestos a las decisiones de la mayoría, pero en ningún caso aceptan limitaciones a la propia libertad de propaganda y de crítica escrita y oral. Si son minoría, aceptan cargos en los organismos deliberativos directamente elegidos por las masas organizadas y no por los organismos ejecutivos, elegidos en segundo grado, y a los cuales no podrían entrar sino por una benigna concesión o por compromiso. El conjunto de los comités sindicales está obligado a recibir sus palabras de orden del comité central sindical.

La red de los grupos y comités sindicales debe ser considerada no como una institución provisional, dirigida únicamente a la conquista de las centrales del movimiento sindical, sino como una institución permanente, que tendrá sus objetivos y desarrollará una actividad propia aun después del advenimiento de la dictadura proletaria.

### IV. *El problema de la unidad sindical en Italia*

9. El problema fundamental que se le plantea al partido comunista es el de la unificación de las grandes masas. En Italia, este problema se vuelve mucho más difícil que en otros países a causa de la existencia de una multiplicidad de centrales sindicales. Por ello, en un primer período, el problema se presenta como el de la unificación organizativa del movimiento sindical obrero.

En la actual situación creada a la clase obrera y campesina por la ofensiva industrial contra los horarios y los salarios y por la ofensiva militar de la guardia blanca, la unidad organizativa del proletariado, en su carácter de condición preliminar para una acción simultánea de conjunto, representa el único instrumento capaz de ser utilizado todavía con éxito en el campo de la resistencia corporativa.

En 1919, a causa del predominio absoluto del Partido Socialista como guía de las luchas revolucionarias de masas, habría bastado una leve presión para alcanzar la unidad organizativa. El posterior derrumbe de las esperanzas revolucionarias y la fuerte conjunción de la burocracia sindical han multiplicado los venenos disolventes de la estructura proletaria. El problema es difícil, pero sin embargo no debe ser descuidado nunca por el Partido Comunista. Este se propone introducir en el interior de una sola gran organización las discusiones entre las distintas tendencias políticas proletarias y trata de convertir en lucha por la conquista de las direcciones de esta única gran organización la actual lucha que conducen actualmente en Italia las diversas centrales a fin de

disgregarse recíprocamente. Así, el Partido Comunista se propone crear la condición primera para el nacimiento del estado obrero.

La lucha por la defensa de un determinado tenor de vida es el terreno más útil para la unidad organizativa del proletariado industrial. La lucha contra la guardia blanca para la liberación de las regiones martirizadas por el terror fascista es el terreno más útil para restaurar la unidad de intereses y de sentimientos entre obreros y campesinos, unidad que se había constituido en 1919 y que ha sido violentamente destruida por la reacción, justo en cuanto constituye una de las condiciones esenciales de la revolución proletaria.

10. La Confederación General del Trabajo es, para el Partido Comunista, la base de la unidad organizativa de la clase obrera italiana. A causa de su mismo carácter actual de organización dirigida mayoritariamente por los reformistas, la confederación demuestra más estrictamente su adhesión a las exigencias elementales de la clase oprimida: las otras organizaciones, a excepción del sindicato de los ferroviarios, y aunque sus líderes insistan más ruidosamente que nunca en las afirmaciones de carácter sindicalista y autonomista, en los hechos se acercan más a la naturaleza del partido político que a la del sindicato profesional. Para formar parte de la confederación se exige que uno se declare actor de la lucha de clases, es decir, que posea únicamente los primeros elementos de la conciencia de clase; para formar parte de las demás organizaciones sindicales, se exige implícitamente la aceptación de un determinado método que, en última instancia, se identifica con determinadas personas. Pero en el campo sindical, la diferenciación de los métodos sólo puede darse como consecuencia de las experiencias reales nacidas de la lucha y en la medida en que dentro de los sindicatos existan vanguardias más conscientes, capaces de propugnar aquellos determinados métodos en vista de fines más generales y positivos que los puramente corporativos. Justamente por esta razón, la escisión socialista del Congreso de Livorno no fue seguida por una escisión en la confederación. Los comunistas han querido signar un punto final en el tradicional proceso de formación del movimiento sindical italiano por el cual cada corriente ideológica proletaria se daba una organización sindical propia. Los comunistas han querido llevar hacia el interior de la organización la competencia y la polémica de los métodos y programas, convencidos de que por la misma inestabilidad de las situaciones históricas, con sus repentinos ascensos y descensos, se hacía necesario fundar la continuidad de la organización sobre el mínimo corporativo de la simple resistencia. En realidad, los opositores a los métodos reformistas, no pueden prescindir en cada momento de estos mismos métodos, no como programa universal, sino como compro-

miso táctico con la realidad histórica contingente y con los estratos más retrasados de las masas: justamente por tal razón, todos esos opositores deberían entrar a la confederación para equilibrar en un primer momento y para atacar luego a la burocracia sindical. Además de la Unión Sindical, hay en Italia muchísimas otras organizaciones sindicalistas, anarquistas, republicanas, locales, regionales, con tendencia a convertirse en nacionales y que se agotan en actividades limitadas. Esas organizaciones podrían en cambio contribuir con mayor utilidad al desarrollo unitario del proletariado italiano, entrando a la confederación.

11. La actividad de los comunistas por la unidad de organización sindical del proletariado italiano, que se iniciara con el llamado dirigido a todas las organizaciones inmediatamente después de la constitución del Partido Comunista, debe desarrollarse tanto desde el interior como desde el exterior, formando grupos o mediante una propaganda incesante, aun en las otras organizaciones parciales o autónomas localmente. Episodios recientes han demostrado que hasta amplios estratos de las organizaciones blancas podrían ser sustraídas directamente al control del Partido Popular, e incorporadas a la confederación: las relaciones creadas entre la autoridad pontificia y la organización de masa de los católicos lleva necesariamente a un debilitamiento de las ligazones jerárquicas religiosas y a una salida de núcleos crecientes de trabajadores de la zona de influencia de la autoridad eclesiástica.

Notables modificaciones se han producido en la psicología de las masas católicas y se aproxima el momento de su ingreso al campo de la lucha de clases declarada y abierta.

La Internacional de los Sindicatos Rojos de Moscú ha dado recientemente algunos pasos para la unificación de los tres principales organismos sindicales italianos: la Confederación, la Unión Sindical, el Sindicato de los Ferroviarios.

El Partido Comunista ha secundado vivamente estos pasos, interrumpidos luego de la apatía más o menos obstruccionista de los dirigentes de dichos organismos, y espera que la Internacional Sindical Roja retome su inicitiva.

El Partido Comunista demuestra ser el verdadero y el más sincero factor de la unidad sindical, en cuanto elimina toda dificultad, reserva y condicionamiento acerca del procedimiento y de los resultados de la unificación que pudieran darse de su parte. No exige ser representado en las tratativas, no se pronuncia sobre el procedimiento seguido en ellas; y todo para facilitar el encuentro de un camino aceptable por el conjunto de los sindicatos interesados. Ese camino puede ser el del congreso constituyente único, el de los tres congresos simultáneos en la misma ciudad o el de una conferencia entre delegaciones de las tres organizaciones.

El partido compromete a sus afiliados a respetar los pronunciamientos de la mayoría del nuevo organismo sindical único, tanto en el caso de que reconozcan una alianza con otro partido como en el caso de que excluyan toda relación con partidos políticos. Ya contengan la adhesión a Amsterdam, ya rechacen la táctica de lucha anticapitalista sostenida actualmente por el Partido Comunista.

El Partido Comunista no quiere conseguir estos resultados como plataforma de las tratativas de unificación sino que se reserva y se asegura el alcanzarlos mediante su acción abierta e independiente en el seno del nuevo organismo sindical unificado, mediante el empleo de sus métodos de organización de los grupos sindicales comunistas y de su red de ligazones.

## V. *Las relaciones internacionales de los sindicatos italianos*

12. Estrechamente vinculados al problema de la unidad organizativa del proletariado, aparecen el problema de la adhesión a la Internacional de los Sindicatos Rojos y el de la separación del secretariado de Amsterdam. La clase obrera genéricamente se muestra favorable a la separación de Amsterdam y a la adhesión a Moscú. Las razones que contra esta orientación aportan los reformistas y los sindicalistas no prenden en las masas, pero estas masas aparecen como impotentes para imponer su voluntad, por las mismas razones que las vuelven impotentes para imponerla en todos los demás campos de la actividad sindical. Hay una prueba de esta voluntad genéricamente difundida: es el hecho mismo de que la burocracia sindical afirme continuamente su propia inclinación por Moscú, pero manteniendo la adhesión a Amsterdam sólo por una serie de razones prácticas contingentes y... para que toda la Internacional de Amsterdam termine adhiriéndose a la organización de Moscú.

13. Entre las razones prácticas más gustosa y habitualmente ostentadas por los funcionarios reformistas está la de la protección a los trabajadores italianos que emigran al exterior, en aquellos países donde el movimiento sindical todavía adhiere a Amsterdam. Esta razón no tiene ningún fundamento. Uno de los aspectos más característicos de la actual crisis del régimen capitalista es justamente ese, el de su simultaneidad en todos los países del mundo.

En los períodos precedentes al actual, que eran de desarrollo y de consolidación del capitalismo, las crisis económicas tenían límites en el tiempo y en el espacio: ni siquiera se había verificado jamás una crisis simultánea de todas las industrias en el ámbito de una misma nación. Entonces las corrientes emigratorias representaban un fenómeno saludable del régimen capitalista, porque

permitían emplear a bajo precio a los trabajadores de un país en crisis en la industria de otro país que no podía desarrollarse por sus deficiencias demográficas, y también la valorización de riquezas aún inexploradas, sin demasiados riesgos para los capitales destinados a dicha valorización.

Hoy la crisis es simultánea en todos los países de Europa: por todos lados recrudece la desocupación y la mano de obra se ofrece a precios bajísimos. Las corrientes emigratorias están casi interrumpidas, o totalmente interrumpidas. En este caso, ¿qué significa la tutela de la emigración? En realidad, de esta situación debería surgir la voluntad precisa de apresurar el advenimiento de la revolución mundial y de un gobierno internacional proletario que, realizando un plan unificado de distribución de las materias primas y de las fuerzas productivas, solucione dentro de los límites de lo posible la dispersión y la desvalorización de las fuerzas productivas, provocadas por la caída del sistema capitalista. Y por lo tanto, también la desocupación que es directa consecuencia de dicha caída. En consecuencia, las razones adoptadas por los reformistas para mantener la adhesión a Amsterdam son las que, en cambio, deberían determinar la adhesión a la Internacional de los Sindicatos Rojos, que justamente organiza a las grandes masas para llevar al terreno de la revolución mundial y de la restauración de un poder industrial capaz de englobar y de reordenar los medios de producción y las fuerzas de trabajo de todos los países del mundo. Y si en alguna circunstancia o respecto de alguna industria subsiste la necesidad de una tutela de la emigración, ella podrá ser obtenida aun sin la adhesión a Amsterdam: el caso de la industria de la construcción, por ejemplo. Antes que cualquiera, los sindicatos de los países adonde se dirige la inmigración italiana tienen todo el interés de que el empleo de la mano de obra italiana sea regulado de manera tal que no empeore la situación de sus propios organizados. Los problemas nacidos de este orden de hechos pueden ser perfectamente resueltos con acuerdos intersindicales, aunque los respectivos sindicatos pertenezcan a diversas organizaciones internacionales.

14. Las razones formuladas por los sindicalistas contra la adhesión a Moscú son similares a las que formulan contra la actividad organizada que el Partido Comunista desarrolla en el movimiento sindical.

Efectivamente, la Internacional Comunista mantiene con la Internacional de los Sindicatos Rojos las mismas relaciones que mantiene el Partido Comunista respecto de la organización sindical nacional. De todos modos, es extraño que los dirigentes de la Unión Sindical hoy se nieguen a adherir a la Internacional política: ellos habían hecho adherir su organización a la Internacional Comunista, vale decir a la Internacional de los partidos políticos.

En este caso, evidentemente se trata no de autonomía sindical, sino de autonomía del cerebro de ciertos hombres respecto de toda razón y de toda norma de honesto pensamiento.

## VI. *La lucha contra la ofensiva burguesa en Italia*

15. Desde fines de 1920, con la denuncia de los contratos y con las violencias fascistas, se ha desencadenado en Italia la ofensiva patronal. Esta ofensiva confirma una previsión comunista: cuando la acción del proletariado amenaza con su desarrollo las bases del privilegio de la clase dominante, esa clase emprende sin vacilaciones y a todo costo la defensa de su propia existencia, de su propio dominio. Así se inicia un período de inevitable guerra civil, en la que tiene supremacía la clase que mejor y más rápidamente logra advertir la real situación y, que entonces, apresta los medios adecuados para superarla. Los acontecimientos que se han desarrollado en Italia después de septiembre de 1920, nada tienen de inesperado o de excepcional: ellos fueron preparados por todo el período precedente, de manera que no son los hechos los que han traicionado a las masas, sino que fueron éstas, y su partido político, quienes faltaron a los hechos. Conquistadas las ocho horas de trabajo, elevados los salarios al límite necesario para dar a la clase trabajadora un tenor de vida más humano; generado en el taller un estado de fuerza de los obreros en relación al industrial, y establecido en el campo una limitación creciente del poder arbitrario del patrón, la enorme máquina de la organización sindical, obligada a moverse aun por la inercia de su mismo peso, fatalmente debía vulnerar algunos elementos del privilegio patronal y conmover las bases mismas del derecho de propiedad.

"Del terreno de la resistencia al de la conquista": esa era la fórmula repetida por todos y convertida casi en lugar común. Pero la gran mayoría, y sobre todo el partido político de la clase trabajadora, en su casi totalidad, no habían advertido que dicho cambio no podía suceder sin que también la burguesía cambiara radicalmente sus métodos de lucha, sin que ella siguiera al proletariado en la nueva fase de la acción y hasta de manera más homogénea y consciente, en algún sentido, previera el cambio y llegara a moverse libre y seguramente en el nuevo terreno. La burguesía no tenía necesidad de aprestar medios enteramente nuevos ante la lucha violenta y sin cuartel, y tampoco necesitaba crear de la nada un aparato de defensa: la burguesía tenía a su disposición el poder del estado, con su fuerza armada, con todas las formas del poder ejecutivo (ejército, policía, magistratura). La organización de las bandas blancas sólo ha representado una división del trabajo entre los distintos grupos de la burguesía y ha respondido a la exigencia de creación de cuerpos de tropa ligera,

fácilmente desplazable, junto a las formaciones "oficiales", más pesadas: pero se trata de cuerpos de un único ejército, que se mueve con un único propósito y de acuerdo a un plan común.

16. Los industriales y los agrarios denunciaron los contratos y movieron las escuadras fascistas de acción contra los obreros y campesinos sin detenerse de manera particular en torno a esta o aquella conquista obrera. Es cierto que las cuestiones de la rebaja de los salarios en la industria y del aumento de las horas de trabajo en la agricultura más allá de las ocho anteriores han sido debatidas con otras cuestiones: pero sin embargo, no fueron tomadas como base de una acción metódica limitada a ellas de parte de los patrones. Los patrones han comprendido perfectamente que las conquistas singulares no tenían una importancia notable consideradas por separado; que no se trataba de orientar la lucha sobre este o aquel punto del contrato de trabajo, sino de dirigirse a la organización misma, a la capacidad combativa, al espíritu de lucha de la clase trabajadora. Una vez destruida la organización, o llevada a la impotencia, ningún punto del frente sindical ofrecería ya una seria resistencia. Un solo aspecto reclamó la atención particular de los industriales: el de la formación de los consejos de fábrica. La acción de Turín en abril de 1920 tuvo de parte de los industriales el preciso objetivo de impedir la consolidación del "poder" obrero en el interior de las fábricas. Y esto precisamente porque en ese problema no estaban en juego una u otra de las reivindicaciones sindicales, sino la formación de una "posición de fuerza" de los obreros en las fábricas, posición de la que surgían las más graves consecuencias para la tranquilidad del dominio patronal.

En general, la burguesía se propuso lanzar el desaliento en la clase trabajadora, evitar que ella pudiera galvanizar su voluntad de resistencia alrededor de una consigna precisa y común, separar grupos y categorías, aislar a los combatientes, impedir el funcionamiento de las organizaciones como movilización permanente de todas las fuerzas proletarias. Entonces, se evitó una lucha general sobre una cuestión que interesara a todas las categorías: en cambio, separada y sucesivamente, fueron denunciados los contratos de las distintas categorías, sin demostrar gran prisa por discutir y hasta ostentando una cierta indiferencia ante las presiones de las organizaciones obreras para tomar contacto y medir fuerzas.

La crisis económica que se abatía sobre Italia, tanto por las consecuencias directas de la guerra como por la repercusión de la crisis de los países capitalistas mayores, mientras en determinados casos tenía graves consecuencias para muchas industrias, fortalecía la posición de los industriales respecto de los obreros. Los industriales supieron actuar de manera que los efectos de la crisis oficiaran como elemento disolvente de la clase obrera, en sus

condiciones de unidad espiritual y material. Los obreros encontraron suspendida sobre sus cabezas la condena capital del hambre despiadada, de la agonía desmoralizadora y enervante, de la incertidumbre total sobre el futuro y de la certidumbre de la desolación en el presente. Y todo esto en el mismo momento en que el industrial podía conservar íntegra su libertad de movimientos e ingeniárselas para acaparar posiciones más seguras, eliminando así el pasivo de las luchas recientes que se habían cerrado con resultados desastrosos para él.

17. La actitud de los comunistas frente al problema de la lucha contra la ofensiva patronal fue planteada sobre la base de la carta dirigida por el Comité Sindical Comunista a todos los grandes organismos sindicales, en agosto de 1921: allí se proclamaba la necesidad de una acción general de rebelión y de defensa proletaria.

Los industriales y agrarios se proponían descompaginar todo el sistema defensivo de los sindicatos y anular las posibilidades materiales de su funcionamiento, porque ello los ponía en condiciones de dictar a obreros y campesinos cualquier pacto. Justamente por este motivo se hacía necesario reaccionar enérgicamente contra la pulverización de la acción, contra el pánico que separa a los grupos entre sí y los vuelve presa fácil del patrón, que se mueve perfectamente resguardado.

Para constituir el "frente único" de los trabajadores, los comunistas no creen suficiente un llamado a los sentimientos de solidaridad de clase, ni una genérica acción de propaganda dirigida a hacer presente a los trabajadores interesados los peligros que los amenazan. Aunque necesario, ello dejaría de tener eficacia si, en relación a la concepción marxista de la lucha de clases, no se partiera de estímulos concretos, de intereses inmediatos aptos para impulsar una acción de masas, para agrupar a todos los trabajadores en el terreno espontáneo de su directa y casi material oposición al patronato.

El llamado del Comité Sindical Comunista formulaba por ello una serie de reivindicaciones, que la moción sostenida luego por los comunistas ante el Consejo Nacional de la Confederación General del Trabajo reunido en Verona, precisaba y presentaba como el programa capaz de dar una base concreta a la unidad proletaria. El texto de la moción esboza cómo este programa de reivindicaciones se vincula a la valoración comunista de la crisis económica y al planteamiento de una gran batalla revolucionaria de las masas.

18. La propuesta comunista derrotada en Verona no ha podido realizar la única condición de éxito que la clase obrera tenía y tiene por delante. Ello naturalmente no ha eliminado la actividad sindical, porque cada una de las categorías y de sus organi-

zaciones, allí donde es posible, tratan de defenderse y de no dejarse aplastar. Los comunistas que forman parte de los sindicatos tienen el preciso deber de tomar parte activa aun en las acciones de carácter particular, y allí donde tienen la dirección de la organización a menudo se ven obligados a aceptar la lucha y en ciertos casos aun a imponerla, aunque existan límites planteados a la acción por la fallida realización del "frente único". En estos casos, su deber es simplemente prodigarse para que también los movimientos particulares concluyan con el mejor resultado posible pero, sin que ello los exima de comprometerse seriamente en la lucha, siempre tendrán el cuidado de ilustrar la necesidad de que una acción de carácter general restituya a las organizaciones las condiciones fundamentales de su funcionamiento.

### VII. *Postulados inmediatos de acción sindical del Partido Comunista de Italia*

19. En relación a todo lo dicho arriba para los tres problemas fundamentales: unificación de los sindicatos italianos, relaciones internacionales, acción proletaria contra la ofensiva patronal, he aquí las bases fundamentales de la actitud de los comunistas en los más importantes organismos sindicales del proletariado italiano.

En la Confederación del Trabajo, la minoría sindical comunista sostiene: la adhesión a la Internacional de los Sindicatos Rojos de Moscú, luego del examen de los problemas por parte de un congreso nacional regular, rechazando el reconocimiento de la decisión tomada en sentido opuesto por el consejo nacional reunido en Verona; la colaboración con los países de la Internacional Sindical Roja para lograr la unificación de la Confederación con la Unión Sindical y el Sindicato de Ferroviarios; la aceptación de la propuesta para el frente único proletario contra la ofensiva burguesa.

En el Sindicato de los Ferroviarios, la minoría comunista que encabeza el comité comunista ferroviario y que condujo la lucha en el último congreso nacional, propone: la adhesión a Moscú a través de la consulta al congreso nacional decidido por el congreso anterior, sosteniendo como ilegal la decisión del consejo general contra la convocatoria del congreso y por la autonomía internacional; unificación con la Confederación del Trabajo y con los demás organismos proletarios sobre la base de la iniciativa de la Internacional Sindical Roja; adhesión al frente único contra la ofensiva patronal.

En la Unión Sindical no hay una minoría comunista organizada y el Partido Comunista se considera en posición de espera hasta el próximo congreso de la Unión Sindical Italiana, aunque

afirmando los dos conceptos generales: que allí no hay incompatibilidad para que los comunistas militen en cualquier organismo sindical que aun limitándose a una localidad y a una categoría acojan a una parte notable de trabajadores. Y que por todos lados deben surgir grupos sindicales comunistas con su red de relaciones. La acción de los comunistas en la acción sindical dependerá de la decisión del congreso sobre la adhesión a Moscú y sobre la cuestión de la unidad sindical en Italia y será coordinada con la de la Unión Sindical. Hasta hoy, el Partido Comunista ha llamado a sus militantes a abstenerse de propugnar el pasaje parcial de algunas organizaciones de la Unión Sindical a la Confederación: esta actitud podrá ser modificada si la Unión Sindical se aleja de Moscú. En cambio, ante una Unión Sindical adherida a Moscú, el Partido Comunista italiano actuaría en el sentido de exigir de la Internacional de los Sindicatos Rojos que se efectúe la unificación con la Confederación General del Trabajo. Y, en todo caso, apoyaría esta campaña en el seno de la Unión Sindical con una más directa acción de propaganda y de organización de una minoría favorable a las directivas sindicales comunistas, que se orientara a conducir a toda la Unión Sindical sobre ese terreno.

## VIII. *El problema de la estructura sindical*

20. Para mantener y perpetuar sus posiciones de predominio, la burocracia sindical reformista trata de modificar incesantemente la estructura confederal, de manera de volver cada vez más débil el control de la masa organizada sobre los burós dirigentes. Los comunistas creen que una organización obrera es más vigorosa y tiene una mayor capacidad de desarrollo revolucionario en relación directa a la mayor participación de las grandes masas en la administración y en el gobierno. Pues bien: en cuanto creen todo ello quieren, en cambio, que la estructura confederal sea simplificada y que se acerque a la vida local intensa de la clase obrera; para los comunistas, el poder de la burocracia sindical debe ser reducido al mínimo y, en cambio, debe ser valorizada al extremo la voluntad inmediata de las masas. La cuestión de la unidad organizativa de la clase obrera italiana está estrechamente ligada a dicho problema de una mayor democracia en la organización; cuanto más luchen los comunistas en este sentido, tanto más facilitarán el advenimiento de la unidad y tendrán una respuesta en las masas sindicalistas que hoy están fuera de la confederación.

21. La estructura de la Confederación General del Trabajo debe corresponder adecuadamente a las exigencias de la acción y aun a los precedentes históricos que todavía son parte viva de la tradi-

ción sindical italiana. Esa correspondencia entre estructura y necesidad de la acción falta por completo, tanto en el viejo esquema confederal como en las nuevas propuestas de modificaciones estatutarias ventiladas en Livorno y pasadas después casi subrepticiamente a un encuentro posterior. Para defenderse de las críticas sobre una falta de interés por determinadas controversias, la confederación ha afirmado que entre sus objetivos: "no está ni puede estar también el de asumir las responsabilidades de los movimientos iniciados dirigidos por los organismos adheridos a ella. La confederación debería intervenir sólo en los movimientos más graves y *simplemente como colaboradora y no como responsable*" (*Informe al Congreso de Livorno sobre las modificaciones estatutarias*, p. 7).

Acerca de la estructura, se afirma en cambio: "la Confederación no puede seguir todos los movimientos locales sin tener localmente órganos propios. Es necesario tender a la creación de estos", "trasformando las Cámaras del Trabajo en secciones de la Confederación", en "sucursales confederales dependientes de la central" (p. 3).

Hay aquí una evidente contradicción entre la centralización burocrática de la estructura y la reconocida necesidad de descentralizar la acción: los comunistas deben oponerse con todas sus fuerzas a que las aptitudes de lucha de los órganos locales queden cortadas en las raíces por una centralización, repetimos, de tipo burocrático. Las cámaras del trabajo deben conservar íntegras sus propias funciones actuales y la correspondiente autonomía, necesaria para hacer frente a las exigencias de la lucha local. El problema de armonización de la necesaria autonomía con la ligazón y la disciplina igualmente necesarias, no se resuelve con un arreglo de orden burocrático, sino proponiéndose un programa que comprenda puntos de interés inmediato y general para la clase trabajadora y que inspire la acción en todos los centros proletarios de manera uniforme.

## IX. *El problema del control obrero*

22. La actividad específica del movimiento sindical se realiza en el campo de la producción con la conquista de la autonomía industrial por parte de los trabajadores. En la fábrica se verifica hoy esta división jerárquica de las clases; en la base está la clase obrera, que tiene una tarea puramente ejecutiva; arriba está la clase capitalista, que organiza la producción según planes nacionales e internacionales correspondientes a sus intereses más estrechos; en el medio está la clase pequeñoburguesa de los técnicos y de los especialistas, que trasmiten a la clase trabajadora las órdenes de producción dependientes de los planes generales y que también controlan que los trabajadores las ejecuten con

precisión y al mínimo precio de costo. Las relaciones de organización de esta jerarquía industrial están fundadas en el terror.

Para la clase obrera, realizar su propia autonomía significa romper esta escala jerárquica, eliminar del campo industrial la figura del propietario capitalista, y producir según planes de trabajo establecidos no por la organización monopolista de la propiedad privada, sino por un poder industrial mundial de la clase obrera.

Para alcanzar la autonomía en el campo industrial, la clase obrera debe superar los límites de la organización sindical y crear un nuevo tipo de organización de base representativa y no más burocrática, que incorpore a toda la clase obrera, aun a la que no adhiere a la organización sindical. El sistema de los consejos de fábrica es la expresión histórica concreta de la aspiración del proletariado a su propia autonomía. La lucha en este campo se verifica según algunas fases que se suceden lógicamente, aunque no siempre cronológicamente; *a*] lucha por la organización y funcionamiento de los consejos; *b*] lucha por la organización centralizada de los consejos de una determinada rama industrial y de todas las industrias entre sí; *c*] lucha por el control nacional de toda la actividad productiva. En el primer momento, la lucha se verifica fábrica por fábrica por objetivos inmediatos, fácilmente comprensibles para todas las maestranzas: control sobre los horarios y los salarios establecidos por los contratos, de una manera más rígida y sistemática de cuanto pueda hacerlo el sindicato; control de la disciplina de fábrica y de los agentes que el capitalismo propone para la misma disciplina; control sobre la toma y despido de la mano de obra. En el segundo momento, entramos al campo del control sobre la producción propiamente dicho: aquí se tiende a regular la distribución de las materias primas disponibles entre las fábricas de una misma rama industrial y también a suprimir las empresas parasitarias salvaguardando los intereses vitales de la clase obrera.

En la tercera fase, la clase obrera llama a la lucha también a las otras clases explotadas de la población demostrando prácticamente ser la única fuerza social capaz de frenar los males determinados por el capitalismo en el periodo de su derrumbe. La primera fase de esta lucha ya se ha verificado en todos los países capitalistas, dejando un residuo estable en el reconocimiento por parte de los industriales de los pequeños comités de fábrica o comisiones internas que integran la acción sindical. Las condiciones para la afirmación de la actividad indicada en el tercer punto se han verificado recientemente en Italia, a través de la quiebra del Banco de descuento y continuarán verificándose debido a las precarias condiciones de todas las demás instituciones de crédito industrial.

Prácticamente la clase obrera puede demostrar a la mayoría de la población, afectada por el descalabro de los bancos, que la actual situación de irresponsabilidad del capital sólo puede ser

reparada por el control sobre las empresas industriales en las que los bancos invierten los ahorros que les confían los trabajadores. El Partido Comunista debe a través de sus grupos de empresa desarrollar incesantemente una labor tendiente a la creación de los consejos de fábrica a partir de las comisiones internas, y a sistematizar los consejos en una red que sea como el relevamiento de la actividad industrial capitalista.

23. Los reformistas oponen al programa del control obrero un fantasma de control, al que deberíamos definir para mayor exactitud como una encuesta permanente sobre la industria realizada por comisiones paritarias de funcionarios sindicales y de representantes de la clase capitalista. A la organización de los consejos de fábrica que se convierten en la base de los sindicatos y de las federaciones de industrias, y que unifican las distintas categorías de productores (obreros, peones, técnicos y empleados), los reformistas oponen sindicatos y federaciones a las que ellos llaman de industria, pero que son el simple resultado de una amalgama de las distintas funciones de los sindicatos de esas distintas categorías.

Para los comunistas, la lucha por el control representa el terreno específico donde la clase obrera se coloca a la cabeza de las otras clases oprimidas de la población, y logra obtener el consenso de las mismas para la propia dictadura. Luchando por el control la clase obrera lucha por detener la paralización del aparato industrial capitalista; es decir, lucha por asegurar la satisfacción de las exigencias elementales de las grandes masas y, por lo tanto, las condiciones de vida de la ciudadanía.

Sobre la base del control, el Partido Comunista establece los primeros elementos reales de su programa económico de gobierno, cuyos principales puntos son:

*a*] reorganización de las fuerzas productivas humanas, que son el primero y más importante de los instrumentos de producción;

*b*] la autonomía industrial de los productores, que debe tener el fin inmediato de hacer cesar las huelgas y las agitaciones que hoy impiden el rendimiento normal de las empresas;

*c*] impedir el despilfarro de las aptitudes técnicas profesionales determinado por la desocupación;

*d*] sustitución del material envejecido y gastado del aparato industrial burgués e introducción de los más modernos métodos de elaboración que hoy encuentran la hostilidad de la clase obrera, en cuanto están dirigidos especialmente a despojarla de sus aptitudes profesionales.

El Partido Comunista no se atemoriza por las consecuencias de desorden y destrucciones que necesariamente lleva consigo la ejecución del control y de la dictadura proletaria en el campo industrial.

Estas consecuencias, más que del control, dependen del proce-

so de destrucción sufrido por la sociedad a causa de la disgregación del régimen capitalista. La disciplina férrea y el espíritu de sacrificio exigidos por el partido a sus propios militantes están también ligados a la necesidad de frenar ese descalabro y ese desorden; y lo están especialmente. El partido está destinado así a representar también en el campo de la producción de los bienes materiales y de la lucha contra el marasmo de los industriales, el mismo papel de vanguardia que desarrolla en el campo de la acción de masas y de la lucha armada.

## X. *El problema de la desocupación*

24. El problema de la desocupación es el que debe reclamar mayormente la atención de los comunistas militantes en la organización.

El fenómeno de la desocupación es el fenómeno típico de la esclavitud proletaria en el régimen capitalista; se manifiesta violentamente al surgir el régimen, al aplicarse el proceso de elaboración mecánica, acompaña como un mal crónico su desarrollo y estalla con la fatalidad de una irreparable epidemia en la crisis de disolución final. Los caracteres de la desocupación actual se hallan tan estrechamente ligados a la crisis de la devastada economía mundial, que resulta natural establecer esta verdad: el más importante problema concreto que se presenta como campo de acción de los sindicatos es a la vez el problema de toda la economía mundial, el problema cuyas dos soluciones son: dictadura burguesa o revolución proletaria. Como la economía burguesa no encuentra ni puede encontrar la posibilidad de un equilibrio, las oscilaciones en los cuadros de la producción que ella dirige seguirán hasta el infinito, y a cada una de las mismas corresponderá un desplazamiento en los cuadros de la mano de obra, y por lo tanto un nuevo afluir de desocupados.

Muchos funcionarios sindicales utilizan con sentido peyorativo la palabra "político". Pero afirmar la necesidad de que los sindicatos empleen todas sus fuerzas para la preparación de la revolución no es encontrar un sucedáneo de carácter "político" a la fallida solución técnica del problema de la desocupación: es reconocer que no existe una solución técnica en el sentido estricto de la palabra, o bien que la solución "técnica" es tal que, para elevarse a todo el plano de la organización económica mundial, tiene alcance y realidad verdaderamente políticos, vale decir se identifica con la revolución. Resulta necesario afirmar con insistencia, incansablemente, que el problema de la desocupación, problema "típico", repetimos, de la clase obrera de este "final de reinado", no tiene solución posible salvo en la Internacional de los trabajadores. Ello constituye el elemento esencial del carác-

ter "concreto" con que debe ser considerado el problema; no hay acción posible que no parta de esa consideración, y esa consideración, a su vez, no debe quedar oculta detrás de la acción o como un marco decorativo, como una coartada a la que se recurre para justificar de vez en cuando las derrotas parciales. Ella se reduce a un trivial lugar común, aceptado aun por los socialdemócratas y hasta por los "reconstructores", que no inspira verdaderamente la acción cotidiana concreta empujándola hacia su lógica salida y planteando al mismo tiempo críticamente sus límites.

25. El fenómeno de la desocupación está tan ligado a la crisis del régimen capitalista que ha conmovido de modo hoy acaso irreparable las bases mismas de los sindicatos, surgidos en el seno de ese régimen y que se han desarrollado en función de ese régimen. Cuando el empleo de la mano de obra se vuelve inestable como en el actual período, y estos márgenes de inestabilidad se agitan alrededor de una imponente masa que ha perdido definitivamente toda posibilidad de volver a un trabajo cualquiera, el sindicato pierde su función característica, su razón de ser tradicional y es afectado mortalmente si no reconoce de inmediato la situación que le ha sido creada orientándose hacia nuevas posiciones. Hoy el sindicato está en condiciones de ofrecer a sus adherentes muy pocas ventajas inmediatas; su función es utilísima en la medida en que consigue impedir que las masas se desbanden, agrupándolas sobre un terreno posible de lucha y dándoles la sensación de la posibilidad de una salida para la terrible situación que se les endilga. Toda la acción de asistencia menuda de tipo contractual es útil y debe ser continuada, pero evidentemente ya no ofrece a los sindicatos una base suficiente, no digamos de desarrollo, sino de simple conservación. La prueba más evidente está dada por el hecho de que las organizaciones sindicales guiadas por los reformistas ven como único campo de acción el parlamento y las combinaciones ministeriales: lo cual se confirma en la orden del día Dugoni, votada por el último Consejo Directivo de la Confederación General del Trabajo. Esto explica por qué los sindicatos pierden cada día más terreno en el campo contractual; por qué los obreros no se sienten ya protegidos en su existencia, y las cuestiones del horario, del salario, de los reglamentos terminan perdiendo ante sus ojos todo valor; por qué el mejor de los contratos no los salva de sufrir sin atenuantes el contragolpe de la crisis capitalista.

26. La asistencia a los desocupados y la acción en defensa de los mismos es estrictamente clasista, porque tiende a impedir el aislamiento del obrero y del campesino, su alejamiento de los compañeros que tienen la suerte de trabajar. He aquí las exigencias presentadas por los comunistas como esenciales para la acción

sindical: mantener la ligazón entre desocupados y quienes no lo son; buscar que en el terreno de la oferta de la mano de obra no se libre sólo una serie de duelos "singulares" entre el individuo desesperado y el hambre, sino que el desocupado sienta que el órgano tradicional de defensa de sus intereses, el sindicato, sigue siendo "suyo". Si los sindicatos obreros consiguen llevar su acción al terreno concreto de la defensa del obrero desocupado, se mantendrán en pie; en caso contrario, caerán como frutos podridos. Los comunistas tienen el deber de impulsar a la organización sindical hacia ese terreno, porque la vida y la fuerza de los sindicatos está condicionada por la medida en que ellos respondan a la que es la necesidad esencial de la vida obrera en este período. Renunciar a dicho objetivo, significaría perder el contacto con la vida obrera en todo lo que ella tiene hoy de más expresivo, de más trágico, de más sentido.

No debe creerse que la ayuda eventualmente dada al desocupado pueda atenuar la gravedad de la situación económica y transformar entonces a los rebeldes en resignados: por todo lo eficaz que sea la acción desarrollada en este sentido, no se obtendrán resultados "prácticos" demasiado sensibles, no se podrán modificar sustancialmente los aspectos más dolorosos de la condición de los obreros. Esa acción valdrá sobre todo por el hecho de poner en movimiento las energías del sindicato en un campo donde él, ciertamente, tiene a su alrededor a las masas, las masas con sus necesidades, las masas plasmadas por la presión implacable de la situación de crisis.

No son los resultados de beneficencia los que nos interesan, porque sabemos qué escasos son sus frutos. Nos interesan los resultados "sindicales", es decir la reanudación de una actividad de carácter general de parte de las organizaciones obreras sobre un terreno donde nos enfrentamos con los aspectos más pasivos, más escandalosos, más insoportables de la gestión burguesa.

27. En consecuencia, nosotros no reprochamos a los reformistas que se ocupen del examen de los medios para atenuar la desocupación, examen obligado y legítimo. Les reprochamos que olviden valorizar la acción sindical para una acción de más vasto alcance que, conquistado el poder estatal, lo utilice como resorte en las manos de las clases trabajadoras hacia el logro de sus fines, que por otro lado son los de la casi totalidad de los hombres. Los reformistas consideran al desocupado como el objeto de una acción de asistencia y de beneficencia, objeto al que se dirigen con mayor o menor celo, pero olvidando considerarlo como "sujeto" de acción política sindical. Los desocupados no son solamente materia de medidas legislativas, sino que pueden y deben volverse actores, propulsores de un ordenamiento social que los libere de su triste situación.

Además, como la desocupación no golpea ya a los individuos

particulares, sino a las masas del movimiento sindical, volviendo su actividad a este campo, debe convertirse en *movimiento de masas*, según un concepto sostenido varias veces en el pasado por los comunistas, un concepto que había inspirado, respecto de los sindicatos, la lucha por los consejos obreros. Al convertir en objeto principal de su actividad la defensa de los desocupados, los sindicatos deben despojarse de cualquier espíritu particularista. El desocupado no paga las cuotas, es el obrero "pobre" por definición; la acción que debe encontrar en él su base se vuelve naturalmente una acción democrática, de conjunto, ya porque debe tener en cuenta los intereses de grandes masas, ya porque estos intereses envuelven a toda la estructura económica capitalista.

28. La resistencia de los empleadores al régimen de subsidios se explica por la voluntad de tener a su disposición una mano de obra absolutamente indefensa y, por lo tanto, a merced de sus intereses. Pero debe recordarse que el régimen de subsidios, especialmente si es prolongado y si se establece en la medida dispuesta por la legislación italiana vigente, termina por aplazar sólo en poco aquella condición de agotamiento y de desesperación a que los empleadores quieren arrastrar a los obreros, con la finalidad de precipitar las condiciones del mercado de trabajo. Porque si ese mercado no existiera, sería necesario que pudiera imponerse la propuesta de los comunistas de llevar el subsidio hacia el límite del salario integral. Pero insertar el derecho a la vida del obrero en el balance de la economía burguesa es introducir un elemento contradictorio, es crear una situación revolucionaria por el contraste de dos elementos en conflicto; y del predominio de uno u otro depende la vida y la muerte del régimen.

A través de todo lo que hará elevar el subsidio a los desocupados, nos acercaremos a este estado de cosas. Pero los comunistas no deben ilusionarse ni ilusionar: la burguesía no se avendrá a permitir que el caballo de Troya entre a su propia fortaleza y seguirá con el cuentagotas de los subsidios insignificantes. Entonces, el problema permanece inalterado, y los patrones podrán continuar otorgando subsidios, repetimos, porque ello no impedirá el derrumbe del mercado de trabajo. Los desocupados tienen hoy una única garantía de no caer presa del capitalismo. Y ella no está en los subsidios, ni en esta o aquella medida de carácter particular, *sino en la fuerza del sindicato que desarrolla su acción para arrancar las medidas mismas.*

Es por esto que las medidas particulares no sólo no se oponen a la naturaleza de nuestros postulados, sino que son perfectamente congruentes con ellos, cuando se perciben como fruto de la acción del sindicato que los impone, que los controla, que hace sentir su presencia a través de ellos.

XI. *La cooperación*

29. Especialmente en estos últimos tiempos, la cooperación ha sido considerada como el campo de superación de la acción de simple resistencia, ineficaz ya, o hasta imposible.

Pero debemos advertir de inmediato que esa "superación" es absolutamente ilusoria, porque cuando la cooperación se propone una acción de resistencia en serio, encuentra delante de sí todos los obstáculos, los límites, las hostilidades propias de la acción estrictamente sindical.

Los comunistas se manifiestan contrarios a la identificación del movimiento sindical con el "guildismo" obrero; consideran que la cooperación de producción y trabajo, allí donde ella tiene condiciones naturales de desarrollo, surge y vive bajo el estricto control del sindicato, pero que la identificación de las dos formas constituye un grave error desde el punto de vista sindical y también desde el punto de vista cooperativo.

Las "guildas" se propondrían determinar ese monopolio de la mano de obra que hasta ahora corría por cuenta del simple sindicato, eximiendo a los afiliados de la necesidad de ofrecerse al patrón y procurándoles directamente el trabajo. El movimiento "guildista" está en condiciones de dominar el mercado de la mano de obra solamente en la medida en que él mismo puede absorberla directamente.

Ahora bien, la experiencia más reciente demuestra que la acción de las "guildas" es absolutamente impotente para salvar los salarios de los obreros. El empresario privado no tiene reparo alguno en aceptar la lucha sobre el nuevo terreno a que ha sido llevada por el sindicato. Hasta podemos decir que se mueve en él con perfecta seguridad y con mayor comodidad que en el terreno estrictamente sindical.

En lugar de ser una lucha entre empleador y obreros, lucha clásica para la cual el sindicato está preparado desde hace tiempo, la confrontación se convierte en lucha entre dos empresarios, el privado y el "guildista" (digámoslo así por razones de brevedad). Y la finalidad de esa lucha consiste en una disputa del monopolio del mercado de trabajo, a través del monopolio del trabajo mismo.

En esta lucha los empresarios privados se encuentran en condiciones de superioridad respecto de las cooperativas, porque pueden contar con el favor de las administraciones públicas en cuanto a una mucho mayor libertad de acción para el empleo de medios diversos, de capitales, para la explotación de la mano de obra, etcétera.

Entonces, sin afirmar en este campo preconcepto alguno, debemos hacer presente la extrema dificultad de una acción pertinente de parte de los sindicatos, y también la necesidad de que estos

últimos sean independientes de las formaciones cooperativistas. La finalidad de esta actitud es que el sindicato pueda representar eficazmente a toda su categoría, evitando, repetimos, que la acción sindical resulte sustituida por la competencia para acaparar los empleos. Además, advirtamos que si esa concurrencia se generalizara, podría perderse el terreno propio de la acción de clase, y sin crear con ello de manera alguna una función más favorable de lucha contra el patronato. Las reservas que hacemos, aunque sin perder totalmente vigencia, tienen menor razón de ser en cuanto a las cooperativas agrícolas, allí donde existan los elementos naturales de su desarrollo. De todas maneras, los sindicatos deben controlar estrictamente la aparición y el funcionamiento de las cooperativas de producción y de trabajo, para que la acción de las mismas se desenvuelva en el sentido de los intereses generales de la clase trabajadora.

30. Los comunistas consideran que a través de las cooperativas de consumo pueden alcanzarse mayores resultados. En este campo, las dificultades son mucho menores, y su acción presenta, aun en los reflejos económicos, una mayor correspondencia al carácter particular asumido por la crisis. Insertar todavía nuevos organismos de producción (industrial) en un régimen de superproducción, es enfrentar un problema erizado de incógnitas; en las grandes cooperativas de consumo que pueden apelar al espíritu de clase de sus socios, se tiene un "mercado" asegurado, en vista del cual se hace posible organizar relaciones de producción con mucho mayor probabilidad de éxito. Una organización de productores-consumidores (obreros, técnicos y empleados), que tienda a monopolizar el consumo de la clase trabajadora y a proveer directamente a sus necesidades, puede convertirse en una fuerza económica y política de primer orden. Con esta finalidad, los sindicatos deben proponerse hacer de todo organizado un cooperador, un adherido a la gran cooperativa de consumo, de la localidad o de la zona, que abrazará a todas las categorías. Ella viene a realizar algunos beneficios no desdeñables: facilidades sobre las compras y ventajas en general para los asociados; buenas condiciones de retribución a los empleados; elisión natural de los egoísmos de categoría, porque todas las categorías vienen a adecuarse en la unidad típica fundamental del productor-consumidor; acción de control sobre los distintos aspectos del modo económico que se reflejan en su totalidad en la vida de una gran cooperativa de consumo (materias primas, producción, mercados, crédito, etc.); finalmente, entrenamiento en la capacitación para la gestión económica.

Pero en primera línea deben ser colocadas las ventajas de carácter general: las cooperativas de consumo deben destinar una parte no indispensable de sus utilidades para garantizar la vida y el desarrollo de su empresa en la lucha sindical y política.

Y aun cuando ello no sea realizable, el solo hecho de que las cooperativas de consumo agrupen, según la concepción comunista, a grandes masas de trabajadores, hace de ellas una forma de encuadramiento de las masas sumamente valiosa, que en algunos casos puede secundar magníficamente la acción sindical. Estas son las razones por las cuales, mientras los reformistas acarician habitualmente grandes y colosales proyectos de traspasos de las fábricas a los obreros (cesión de los depósitos, asunción de las líneas ferroviarias secundarias, socialización del subsuelo, etc.) y a menudo tienden a sustituir la acción de resistencia por la cooperación del trabajo de tipo "guildista", los comunistas, en cambio, deben dirigir sus mayores preocupaciones particularmente a la cooperación de consumo, como la más vital, la más independiente, la más democrática, porque puede apoyarse sobre grandes masas obreras y no sobre grupos restringidos de privilegiados o aun de pioneros.

(*Il Comunista,* 29 de enero de 1922, III, nº 25.)

## ¿QUÉ HACER?

*Esta carta, que el seudónimo de Giovanni Masci con que está firmada atribuye con certeza a Gramsci, fue enviada desde Moscú al periódico* Voce della Gioventú, *de Milán, que, en el periodo de la más dura represión anticomunista sustituía al órgano oficial de la Federación Juvenil Comunista (suprimido al igual que los demás periódicos del partido) y que la publicó el 1º de noviembre de 1923. Se trata de un texto de gran importancia y preanuncia la correspondencia en torno a la formación del nuevo grupo dirigente del partido.*

Estimados amigos de la *Voce*:

En el número 10 (15 de septiembre) de la *Voce*, he leído la interesante discusión entre el compañero G. P. de Turín y el compañero S. V. ¿Está cerrada ya la discusión? ¿Puede solicitarse que siga abierta por muchos números más y que se invite a todos los jóvenes obreros de buena voluntad a que participen en ella expresando su opinión con sinceridad y honestidad intelectual?

### *Cómo debe plantearse el problema*

Comienzo yo y afirmo sin más que, a mi entender por lo menos, el compañero S. V. no ha planteado bien el problema y por eso

cae en algunos errores gravísimos aún desde su propio punto de vista.

¿Por qué fue derrotada la clase obrera italiana? ¿Por qué no tenía unidad? ¿Por qué el fascismo logró derrotar no sólo física sino también ideológicamente al partido socialista, que era el partido tradicional del pueblo trabajador italiano? ¿Por qué el partido comunista no se desarrolló rápidamente en los años 1921-1922 ni tampoco logró agrupar a su alrededor a la mayoría del proletariado y de las masas campesinas?

El compañero S. V. no se plantea estas preguntas. Él responde a todas las angustiosas inquietudes que se manifiestan en la carta del compañero G. P. afirmando que hubiera bastado con la existencia de un verdadero partido revolucionario y que su organización futura bastará en adelante, cuando la clase obrera haya recuperado la posibilidad de movimiento. ¿Pero es verdad todo esto o, al menos, en qué sentido y dentro de qué límites es verdad?

El compañero S. V. le sugiere al compañero G. P. que no se debe pensar ya dentro de determinados esquemas sino dentro de otros esquemas que no precisa. Es necesario hacerlo. Y he aquí lo que resulta indispensable hacer de inmediato, lo que debe ser el "inicio" del trabajo para la clase trabajadora: una despiadada autocrítica de nuestra debilidad. Es necesario comenzar preguntándonos por qué perdimos, qué éramos, qué queríamos, adónde pretendíamos llegar. Pero antes es preciso hacer también otra cosa (siempre se descubre que el inicio tiene otro inicio): es necesario fijar los criterios, los principios, las bases ideológicas de nuestra propia crítica.

### *¿Tiene la clase obrera una ideología propia?*

¿Por qué los partidos proletarios italianos siempre fueron débiles desde el punto de vista revolucionario? ¿Por qué fracasaron cuando debían pasar de las palabras a la acción? No conocían la situación en que debían actuar, no conocían el terreno en que hubieran debido dar la batalla. Piensen que en más de treinta años de vida, el partido socialista no produjo un solo libro que estudiara la estructura económico-social de Italia. No existe un libro que estudie a los partidos políticos italianos, sus vinculaciones de clase, el significado que asumen. ¿Por qué el reformismo se había radicado tan profundamente en el valle del Po? ¿Por qué el partido popular, católico, tiene más éxito en la Italia septentrional y central que en la Italia del Sur, donde sin embargo la población es más atrasada y entonces debería seguir más fácilmente a un partido confesional? ¿Por qué en Sicilia son autonomistas los grandes propietarios de tierras y no los campesinos, mientras que en Cerdeña son autonomistas los campesinos y no los grandes propietarios? ¿Por qué es en Sicilia y no en otras regiones donde se ha desarrollado el reformismo de los De Felice,

Drago, Tasca di Cuto y compañía? ¿Por qué en la Italia del Sur hubo una lucha armada entre fascistas y nacionalistas que no existió en otras regiones? Nosotros no conocemos Italia. Peor todavía, no tenemos los instrumentos adecuados para conocer Italia tal como es realmente, y entonces nos encontramos en la casi imposibilidad de formular previsiones, de orientarnos, de establecer líneas de acción con una cierta probabilidad de acierto. No existe una historia de la clase obrera italiana. No existe una historia de la clase campesina. ¿Qué importancia tuvieron los hechos de Milán de 1898? ¿Qué enseñanza proporcionan? ¿Qué importancia tuvo la huelga de Milán de 1904? ¿Cuántos obreros saben que entonces, por primera vez, se afirmó explícitamente la necesidad de la dictadura proletaria? ¿Qué significado tuvo en Italia el sindicalismo? ¿Por qué tuvo éxito entre los obreros agrícolas y no entre los obreros industriales? ¿Qué valor tiene el partido republicano? ¿Por qué allí donde hay anarquistas también hay republicanos? ¿Qué importancia y qué significado tuvo el fenómeno del tránsito de elementos sindicalistas al nacionalismo antes de la guerra de Libia y la repetición del fenómeno en escala mayor respecto del fascismo?

Basta plantearse estas preguntas para advertir que somos completamente ignorantes, que estamos desorientados. Parecería que en Italia nunca se hubiera pensado, ni estudiado, ni investigado. Parecería que la clase obrera italiana nunca hubiera tenido una concepción propia de la vida, de la historia, del desarrollo de la sociedad humana. Y sin embargo, la clase obrera tiene una concepción propia: el materialismo histórico. Y sin embargo, la clase obrera tuvo grandes maestros (Marx, Engels), que demostraron cómo se examinan los hechos, las situaciones y cómo del examen se extraen las orientaciones para la acción.

He aquí nuestra debilidad, he aquí la principal razón de la derrota de los partidos revolucionarios italianos: no haber tenido una ideología, no haberla difundido entre las masas, no haber fortificado las conciencias de los militantes con certezas de carácter moral y psicológico. ¿Cómo asombrarse entonces de que algún obrero se haya vuelto fascista? ¿Cómo podemos asombrarnos de ello si el mismo S. V. dice en un punto: "Quién sabe si hasta nosotros, convencidos, no podríamos hacernos fascistas?" (Estas afirmaciones no deben formularse ni siquiera en broma, ni siquiera como hipótesis... de propaganda.) ¿Cómo asombrarse de ello, si en otro artículo del mismo número de la *Voce* se dice: "Nosotros no somos anticlericales"? ¿No somos anticlericales? ¿Qué significa esto? ¿Qué no somos anticlericales en sentido masónico, desde el punto de vista racionalista de los burgueses? Es necesario decirlo, pero también es necesario decir que nosotros, clase obrera, somos anticlericales en cuanto somos materialistas, que nosotros tenemos una concepción del mundo que supera a todas las religiones y a todas las filosofías nacidas hasta ahora en el terreno de la

sociedad dividida en clases. Lamentablemente, la concepción no la tenemos, y esta es la razón de todos estos errores teóricos, que luego se reflejan en la práctica y que nos han llevado hasta hoy a la derrota y a la opresión fascista.

*¡El inicio... del inicio!*

¿Qué hacer entonces? ¿Por dónde debemos comenzar? Veamos: a mi parecer, es necesario comenzar justamente por aquí, por el estudio de la doctrina que es propia de la clase obrera, que es la filosofía de la clase obrera, que es la sociología de la clase obrera: por el estudio del materialismo histórico, por el estudio del marxismo. He aquí un objetivo inmediato para los grupos de amigos de la *Voce*: reunirse, comprar libros, organizar lecciones y conversaciones sobre este tema, formarse criterios sólidos de investigación y de examen y criticar el pasado para ser más fuertes en el futuro y vencer.

La *Voce* debería, de todas las formas posibles, apoyar este intento, publicando esquemas de lecciones y de conversaciones, dando indicaciones bibliográficas racionales, respondiendo a las preguntas de los lectores, estimulando la buena voluntad de los mismos. Cuanto menos se haya hecho hasta ahora, tanto más necesario es hacer, y con la mayor rapidez posible. Los hechos urgen: la pequeña burguesía italiana, que había depositado en el fascismo sus esperanzas y su fe, cotidianamente ve cómo se derrumba su castillo de naipes. La ideología fascista ha perdido su expansividad y hasta pierde terreno: nuevamente despunta la primera claridad de la nueva jornada proletaria.

GIOVANNI MASCI

## NUESTRA ORIENTACIÓN SINDICAL

El compañero Nicola Vecchi, en el *Sindicato rosso* del 15 de septiembre, vuelve a proponer una vieja tesis suya: "Es necesario constituir un organismo sindical de clase, autónomo e independiente de todos los partidos y transitoriamente independiente de todas las internacionales."

¿Cuál debe ser nuestra actitud respecto de esta propuesta? ¿Cuál debe ser la orientación propagandística de los comunistas para frenar en el interior de las masas eventuales corrientes de opinión concordes con la tesis del compañero Vecchi? Concretamente, ¿cuál es, en la actual situación, nuestra orientación sindical? Es decir, ¿cómo nos proponemos mantenernos en contacto con las grandes masas proletarias, para interpretar sus necesidades, para recoger y concretar su voluntad, para ayudar al proceso de desarrollo del proletariado hacia su emancipación que, a pesar de todas las

represiones y de toda la violencia de la oprobiosa tiranía fascista, aún continúa?

*Por principio* nosotros estamos en contra de la creación de nuevos sindicatos. En todos los países capitalistas, el movimiento sindical se ha desarrollado en un sentido determinado, dando lugar al nacimiento y al desarrollo progresivo de una determinada gran organización, que se ha identificado con la historia, la tradición, los hábitos, los modos de pensar de la gran mayoría de las masas proletarias. Todo intento por organizar aparte a los elementos sindicales revolucionarios ha fracasado por sí mismo, sirviendo únicamente para reforzar las posiciones hegemónicas de los reformistas en dicha gran organización. Los sindicalistas, en Italia, ¿qué provecho extrajeron de la creación de la Unión Sindical? Ellos no consiguieron influir excepto parcial y episódicamente sobre la masa de los obreros industriales, es decir sobre la clase más revolucionaria de la población trabajadora. Durante el período que va del asesinato de Umberto I a la guerra de Libia, lograron la dirección de las grandes masas agrarias de la llanura del Po y de la Puglie, obteniendo sólo un resultado: esas masas, entonces apenas llegadas al campo de la lucha de clases (en dicho período se verificó justamente una transformación de la explotación agraria que aumentó en casi el 50% la masa de los braceros), se alejaron ideológicamente del proletariado de las fábricas. Además, de sindicalistas anárquicos que eran hasta la guerra de Libia, o sea cuando el proletariado se radicalizaba, se volvieron inmediatamente reformistas. Así, luego del armisticio y hasta la ocupación de las fábricas, constituyeron la pasiva masa de maniobra que los dirigentes reformistas lanzaban en toda ocasión decisiva a los pies de la vanguardia revolucionaria.

El ejemplo norteamericano es aún más característico y significativo que el italiano. Ninguna organización ha llegado al nivel de abyección y de servilismo contrarrevolucionario de la organización de Gompers. ¿Pero esto quería decir que los obreros norteamericanos fueran abyectos y sirvientes de la burguesía? No, por cierto. Y sin embargo, permanecían unidos a la organización tradicional. Los IWW (sindicalistas revolucionarios) fracasaron en su intento de conquistar desde afuera a las masas controladas por Gompers, se separaron de ellas, se hicieron masacrar por las guardias blancas. En cambio, el movimiento conducido por el compañero Foster, dentro de la Federación Americana del Trabajo, a partir de consignas que interpretaban la situación real del movimiento y los sentimientos más profundos de los obreros norteamericanos, conquistaron un sindicato tras otro y lograron mostrar con claridad cuán débil e incierto es el poder de la burocracia gompersiana.

Nosotros, entonces, estamos por principio en contra de la creación de nuevos sindicatos. Los elementos revolucionarios representan a la clase en su conjunto, son el momento más altamente

desarrollado de su conciencia a condición de que permanezcan junto a la masa, que compartan sus errores, sus ilusiones, sus desengaños. Naturalmente, no puede descartarse que una medida de los dictadores reformistas obligue a los revolucionarios a salir de la Confederación General del Trabajo y a organizarse aparte. En ese caso, la nueva organización debería presentarse y ser dirigida verdaderamente hacia el único objetivo de la reintegración, hacia el logro de una nueva unidad entre la clase y su vanguardia más consciente.

La Confederación General del Trabajo representa todavía en su conjunto a la clase obrera italiana. Pero ¿cuál es el actual sistema de relaciones entre la clase obrera y la confederación? A mi parecer, la respuesta exacta a este interrogante significa hallar la base concreta de nuestro trabajo sindical y establecer por lo tanto nuestra función y nuestras relaciones con las grandes masas.

Como organización sindical, la Confederación General del Trabajo está reducida a su mínima expresión, acaso a un décimo de su potencialidad numérica de 1920. Pero la fracción reformista que dirige a la confederación ha mantenido casi intactos sus cuadros organizativos, ha mantenido en el lugar de trabajo a sus militantes más activos, más inteligentes, más capaces, a aquellos que, digámoslo francamente, saben trabajar mejor, con mayor tenacidad y perseverancia que nuestros compañeros.

En cambio, una gran parte, la casi totalidad de los elementos revolucionarios que en los últimos años habían adquirido aptitudes organizativas y directivas, además de hábitos de trabajo sistemático, fueron masacrados o debieron emigrar o dispersarse.

La clase obrera es como un gran ejército que ha sido privado súbitamente de todos sus oficiales subalternos; en un ejército así, sería imposible mantener la disciplina, la estructura, el espíritu de lucha, la unicidad de orientación, en base únicamente a la existencia de un estado mayor. Toda organización es un conjunto articulado que funciona sólo cuando existe una relación numérica adecuada entre la masa y los dirigentes. Nosotros no tenemos cuadros, no tenemos vinculaciones, no tenemos servicios para englobar con nuestra influencia a la gran masa, para potenciarla, para convertirla en un instrumento eficaz de lucha revolucionaria. Los reformistas están en enorme ventaja respecto de nosotros en esta cuestión y explotan hábilmente su situación.

La fábrica sigue existiendo y organiza naturalmente a los obreros, los agrupa, los pone en contacto entre sí. El proceso de producción ha mantenido su nivel de los años 1919-1920, caracterizado por una función cada vez más avasalladora del capitalismo y por lo tanto, por una importancia creciente del trabajador. El aumento de los precios de costo, determinado por la necesidad de mantener movilizados permanentemente a 500 000 esbirros fascistas no es por cierto una prueba brillante de que el capitalismo haya reconquistado su prosperidad industrial. El obrero es en-

tonces naturalmente fuerte en la fábrica, está concentrado, organizado en la fábrica. En cambio fuera de ella está aislado, disperso, debilitado.

En el período anterior a la guerra imperialista se verificaba la relación inversa. El obrero estaba aislado en la fábrica y unido fuera de ella: desde afuera presionaba para la obtención de una mejor legislación fabril, para disminuir el horario de trabajo, para conquistar la libertad industrial.

Hoy, la fábrica obrera está representada por la comisión interna. De inmediato se plantea el interrogante: ¿por qué los capitalistas y los fascistas, que han querido la destrucción de los sindicatos, no destruyen también las comisiones internas? ¿Por qué mientras el sindicato organizativamente ha perdido terreno con la acentuación de la reacción, la comisión interna, en cambio, ha extendido su esfera de organización? Es un hecho que en casi todas las fábricas italianas se obtuvo lo siguiente: que exista una sola comisión interna; que todos los obreros, y no únicamente los organizados, voten en las elecciones de la comisión interna. Toda la clase obrera está por tanto organizada actualmente en las comisiones internas que, de ese modo, han perdido definitivamente su carácter estrechamente corporativo.

Objetivamente, se trata de una gran conquista, de amplísima significación: ella sirve para señalar que a pesar de todo, en el dolor y bajo la opresión del talón de hierro de los mercenarios fascistas, la clase obrera, aunque sea en pequeña escala, se desarrolla hacia la unidad, hacia una mayor homogeneidad organizativa.

¿Por qué los capitalistas y los fascistas han permitido y siguen permitiendo la formación y la persistencia de una situación tal? Para el capitalismo y para el fascismo es necesario que la clase obrera sea privada de su función histórica de guía de las demás clases oprimidas de la población (los campesinos, especialmente meridionales y de las islas, los pequeñoburgueses urbanos y rurales). Vale decir, es necesario que sea destruida la organización externa a la fábrica y concentrada territorialmente (sindicatos y partidos) que ejerce una influencia revolucionaria sobre todos los oprimidos y quita al gobierno la base democrática del poder. Pero los capitalistas, por razones industriales, no pueden querer la destrucción de toda forma de organización: en la fábrica, la disciplina y la buena marcha de la producción sólo son posibles si por lo menos existe un mínimo de constitucionalidad, un mínimo de consenso de parte de los trabajadores.

Los fascistas más inteligentes, como Mussolini, son los primeros en estar convencidos de la no expansividad de su ideología "superior a las clases" más allá del mismo círculo de ese estrato pequeñoburgués que, al no tener función alguna en la producción, no tiene conciencia de los antagonismos sociales. Mussolini está convencido de que la clase obrera nunca perderá su conciencia revolucionaria y considera necesario permitir un mínimo de orga-

nización. Mantener a las organizaciones sindicales dentro de límites muy restringidos por medio del terror significa dar el poder de la confederación a los reformistas: conviene que la confederación exista como embrión y que se inserte en un sistema muy diseminado de comisiones internas, de manera tal que los reformistas controlen a toda la clase obrera, y sean los representantes de toda la clase obrera.

Esta es la situación italiana, y este es el actual sistema de relaciones entre la clase proletaria y las organizaciones, aquí en Italia. Para nuestra táctica, las conclusiones son claras:

1] trabajar en la fábrica para construir grupos revolucionarios que controlen las comisiones internas y las impulsen a extender cada vez más su esfera de acción;

2] trabajar para crear contactos entre las fábricas, para imprimir a la actual situación un movimiento que señale la dirección natural de desarrollo de las organizaciones de fábrica: de la comisión interna al consejo de fábrica.

Sólo así lograremos mantenernos en el terreno de la realidad, en estrecho contacto con las grandes masas. Sólo así, en el trabajo infatigable, en el crisol más ardiente de la vida obrera, conseguiremos crear nuevamente nuestros cuadros organizativos, y haremos surgir de la gran masa a los elementos capaces, conscientes, plenos de ardor revolucionario en la medida en que son conscientes de su propio valor y de su vital importancia en el mundo de la producción.

(*Lo Stato Operaio*, 18 de octubre de 1923, I, nº 8.)

## A PALMIRO TOGLIATTI

Moscú, 18 de mayo de 1923.

Querido Palmiro:

Contestaré extensamente tu carta y te expondré cuál es en este momento mi opinión sobre la situación del partido y sobre las perspectivas que se pueden trazar para su futuro desarrollo, y en relación con la actitud de los grupos que lo constituyen. En línea general te digo inmediatamente que tú eres demasiado optimista, la cuestión es mucho más compleja de lo que aparece en tu carta. Durante el IV congreso [de la Internacional] tuve algunas conversaciones con Amadeo [Bordiga], las cuales me inducen a creer necesaria una discusión abierta y definitiva entre nosotros a propósito de algunas cuestiones que hoy parecen o pueden parecer nimiedades intelectuales, pero que yo juzgo de tal naturaleza que pueden convertirse, en un desarrollo revolucionario de la

situación italiana, en causa de crisis y de descomposición interna del partido. La cuestión fundamental es hoy ésta, es decir aquella que tú mismo expusiste: es necesario crear en el interior del partido un núcleo, que no sea una fracción, de compañeros que tengan el máximo de homogeneidad ideológica y que logren por tanto imprimir a la acción práctica un máximo de unicidad directiva. Nosotros, el viejo grupo de Turín, cometimos muchos errores en este campo. Evitamos llevar hasta sus extremas consecuencias las diferencias de ideas y prácticas que surgieron con Angelo [Tasca], no aclaramos la situación y hoy nos encontramos en este punto: un grupúsculo de compañeros explota por su cuenta la tradición y las fuerzas suscitadas por nosotros y Turín se convirtió en un documento contra nosotros.

En el campo general, debido a la repulsión que sentimos en 1919-1920 por crear una fracción, nos quedamos aislados, casi como individualidades sueltas, mientras que en el otro grupo, el abstencionista, la tradición de fracción y de trabajo en común ha dejado huellas profundas que todavía hoy tienen reflejos de ideas y prácticas muy considerables en la vida del partido. Pero te escribiré largo y detalladamente. Quisiera, además, escribir una carta más general para los compañeros de nuestro viejo grupo, como Leonetti, Montagnana, etc., en la que explicaré también mi actitud en el IV congreso, que si recuerdan, reproduce mi misma situación de 1920 en Turín, cuando no quise entrar en la fracción comunista eleccionista y sostuve la necesidad de un mayor acercamiento con los mismos abstencionistas.

Pienso que hoy, por este camino, es más fácil, dadas las condiciones del movimiento en Europa, resolver en forma favorable para nosotros, al menos en la sustancia, las cuestiones en discusión. Formalmente fueron cometidas por nosotros gruesas equivocaciones que nos han hecho aparecer como infantiles, ligeros y desorganizadores. Pero la situación nos es favorable en toda la línea. Por lo que respecta a Italia yo soy optimista dado que, lo doy por descontado, nosotros sabemos trabajar y permanecer unidos. Pienso que la cuestión del Partido Socialista Italiano debe ser vista por nosotros de una manera más realista y pensando, por reflejo, en el período posterior a la toma del poder. Tres años de experiencia nos han enseñado, no sólo en Italia, lo mucho que están enraizadas las tradiciones socialdemócratas y cómo es difícil destruir los residuos del pasado con la simple polémica ideológica.

Es necesaria una vasta y detallada acción política, que disgregue, día por día, esta tradición, disgregando al organismo que la personifica. La táctica de la Internacional es adecuada para ello. En Rusia, sobre 350 000 miembros del PC sólo 50 000 son viejos bolcheviques, los otros 300 000 son mencheviques y socialrevolucionarios venidos a nosotros por la acción del núcleo original, el cual sin embargo no ha sido absorbido por este elemento, sino que continúa dirigiendo el partido y al contrario se refuerza con-

tinuamente en las representaciones de los congresos y en el movimiento general de la capa dirigente.

En el partido alemán se verifica lo mismo: los 50 000 espartaquistas han encuadrado completamente a los 300 000 independientes; en el cuarto congreso, sobre veinte delegados alemanes solamente tres eran exindependientes y ésto a pesar de que la representación había sido escogida en gran parte por los organismos locales.

Yo pienso que por parte nuestra hay demasiadas preocupaciones y, si examino cuál pueda ser su raíz psicológica, encuentro una sola explicación: tenemos la conciencia de ser débiles y de poder ser absorbidos. Y debemos tener cuidado, porque esto tiene reflejos prácticos enormemente importantes. En Italia hemos cultivado en círculos cerrados una oposición desnutrida de todo ideal y de toda clara visión. ¿Qué situación se ha provocado? La masa del partido y de los simpatizantes forma su opinión sobre documentos públicos que están en la línea de la Internacional y, por reflejo, de la oposición. Nosotros nos separamos de la masa; entre nosotros y la masa se forma una nube de equívocos, de malos entendidos, de problemas complicados. Nosotros aparecemos, en un cierto momento, como hombres que quieren permanecer en su puesto a cualquier precio, es decir se harán recaer en perjuicio nuestro las culpas propias de la oposición. Yo creo que nosotros, que nuestro grupo, debemos permanecer a la cabeza del partido, porque estamos realmente en la línea del desarrollo histórico, porque no obstante todos nuestros errores hemos trabajado positivamente y hemos creado algo; los otros no han hecho nada y hoy quieren accionar para liquidar el comunismo en Italia, para llevar a nuestro joven movimiento al ámbito tradicional. Pero si continuamos asumiendo las actitudes formalistas que hemos asumido hasta ahora (¡atención!, ellas son formalistas para mí, para ti, para Bruno, para Humberto, no para Amadeo) obtendremos el fin opuesto al que deseamos; la oposición de hecho se convertirá en el representante del partido y nosotros quedaremos fuera, sufriremos una derrota práctica, irremediable quizá y que indudablemente será el inicio de nuestra disgregación como grupo y de nuestra derrota ideal y política. Y bien, no es necesario preocuparse demasiado por nuestra función dirigente: debemos caminar hacia adelante, explicando nuestra acción política, sin mirarnos demasiado en el espejo. Nosotros estamos en la cresta de la corriente histórica y tendremos éxito a condición de que rememos bien y tengamos firme el timón en nuestras manos. Si nosotros sabemos actuar bien absorberemos al partido socialista y resolveremos el primer y fundamental problema revolucionario: unificar al proletariado de vanguardia y destruir la tradición populista demagógica.

Desde este punto de vista el comentario hecho por ti sobre el congreso socialista no me satisfizo. Tú apareces en él como el comunista que se mira en el espejo; en vez de disgregar al PSI tu

comentario sirve para reforzarlo, poniendo a todo el movimiento socialista en antítesis insuperable con nosotros. Para los jefes, para Nenni, para Vella, etc., eso es indudable, pero para la masa inscrita, y eso es lo que más cuenta, para la zona de influencia proletaria, ¿es verdad eso? Ciertamente no, nosotros estamos persuadidos de que el proletariado de vanguardia será atraído y asimilado por nosotros en su enorme mayoría, ¿qué es lo que hay que hacer entonces?

I. No insistir en las antítesis hechas en bloque, sino diferenciar entre jefes y masa.

II. Encontrar todos los elementos de diferencia entre los jefes y la masa y profundizarlos, ampliarlos, generalizarlos políticamente.

III. Hacer una discusión de política actual y no un examen de fenómenos históricos generales.

IV. Hacer proposiciones prácticas e indicar a la masa rumbos prácticos de acción y de organización.

Paso a dar ejemplos para que tú me entiendas mejor y amplío la cuestión al congreso popular, que no ha sido explotado políticamente por nosotros a pesar de que junto con el desarrollo de la situación del Partido Sardo de Acción, nos ofrece el campo para afirmaciones esenciales en el problema de las relaciones entre proletariado y clases rurales.

El problema socialista era éste: poner en evidencia el estridente contraste entre las palabras y los hechos de los jefes socialistas. Cuando la Internacional nos aconsejó hacer nuestro el movimiento de los socialistas de derecha, acerca del bloque entre los dos partidos, lo hizo porque era fácil prever que en la situación general la fusión se había hecho imposible y se necesitaba aprisionar a los Vella y a los Nenni en sus mismos recintos, seguros como era necesario estarlo, de que su actitud era demagógica y de que su línea era divergente de la nuestra. Esto se vio en la respuesta a nuestra proposición. En el comentario sobre el congreso era necesario comenzar anotando eso: la prohibición a los fusionistas de organizarse, su exclusión del centro dirigente, la disolución de la federación juvenil, eran elementos políticos de primer orden que debían ser explotados. La masa socialista debía ser puesta delante de este hecho preciso, era necesario para esta masa, a partir de la confusión de las polémicas y del verbalismo, hacer un trabajo para localizar las líneas directivas concretas y exponerlas en forma clara y comprensiva.

Lo mismo para el congreso popular. Yo creo que todo movimiento en el Partido Popular, dadas las vinculaciones entre esta organización y el Vaticano, tiene para nosotros una importancia especial. A mi criterio, el congreso popular tuvo este significado. Existe un amplio y difuso descontento entre las masas campesinas contra la política del partido, descontento determinado especialmente por el nuevo impuesto a los transportadores agrícolas. Este

estado de ánimo se amplía del campo a la ciudad, en vastas capas de la pequeña burguesía. La composición del Partido Popular es ésta: una derecha reaccionaria y fascista, basada en la aristocracia clerical, una izquierda basada en el campo y un centro constituido por elementos intelectules urbanos y por curas. La campaña del *Corriere* y de la *Stampa* lleva agua al molino del centro popular. Los elementos que son separados por esta astuta campaña del fascismo se orientan necesariamente hacia el Partido Popular, única organización existente que puede dar la esperanza de tener posibilidades, con su táctica elástica y oportunista, de balancear el fascismo y de introducir una competencia de gobierno en el campo parlamentario, es decir una libertad como la entienden los liberales. La táctica fascista hacia los populares es muy peligrosa y llevará necesariamente a ser más izquierdista al partido y a determinar divisiones por la izquierda. Para los populares se presenta la misma situación que durante la guerra, pero enormemente más difícil y peligrosa. Durante la guerra los católicos eran neutralistas en las parroquias y en las aldeas, mientras los periódicos y las altas esferas eclesiásticas apoyaban clamorosamente la guerra. Entonces el gobierno no obligó al centro a oponerse a la periferia y a homogeneizarse. Los fascistas no quieren comportarse así. Ellos quieren tener consensos abiertos, declaraciones de corresponsabilidad, especialmente delante de las masas, en las células originarias de los partidos de masas. Eso es imposible pedírselo al Partido Popular sin pedirle implícitamente su muerte. Es evidente que nosotros debemos acentuar y ampliar la crisis de los populares, reproduciendo también en nuestros periódicos, declaraciones de elementos de izquierda, como hicimos una vez en Turín con Giuseppe Speranzini.

La carta me salió más larga y más compleja de lo que había pensado. Por hoy termino a pesar de que algunas de estas cuestiones quiero tratarlas ampliamente.

Saludos cordiales para los compañeros y para ti.

ANTONIO

## A MAURO SCOCCIMARRO

Viena, 5 de enero de 1924.

Querido Negri:

Recibí tu carta del 25 de diciembre y la carta de Palmiro del 29 del mismo mes. Contesto a ambos. Comunica a Palmi esta carta mía y, si es posible, también a Lanzi y a Ferri.

Sintéticamente te diré por qué insisto en juzgar imposible que yo firme el manifiesto, aun después de haber leído la segunda

redacción. Para el manifiesto no existen ni el comité ejecutivo ampliado de febrero de 1922 ni el de junio de 1922, ni el IV congreso, ni el ejecutivo de junio de 1923. Para el manifiesto la historia se concluye con el III congreso y al III congreso es necesario atenerse para continuar. Todo eso puede ser plausible como opinión personal de un compañero en particular, como expresión de un pequeño grupo; pero simplemente es una locura como directiva de una fracción mayoritaria que ha administrado al partido desde el III congreso en adelante y que continúa administrándolo. Es una locura y un absurdo, ya que en todas las reuniones del ejecutivo ampliadas y en el IV congreso, los representantes de esa mayoría han hecho siempre las más amplias declaraciones en favor del centralismo, del partido único internacional. En el congreso de Roma se había declarado que las tesis sobre la táctica serían votadas a título consultivo, pero que ellas, después de la discusión del IV congreso, serían anuladas y no se hablaría más de ellas. En la primera mitad de marzo de 1922 el ejecutivo de la Comintern publicó un comunicado especial en el que las tesis sobre la táctica de nuestro partido eran refutadas y rechazadas y un artículo del estatuto de la Internacional dice que toda deliberación del ejecutivo debe convertirse en ley para las secciones en particular. Que esto valga para la parte formal y jurídica de la cuestión, que tiene su importancia. En verdad después de la publicación la mayoría podría ser descalificada del todo y aun excluida de la Comintern. Si la situación política de Italia no se opusiera a ello, pienso que la exclusión llegaría. Ateniéndose a la concepción del partido que se deriva del manifiesto, la exclusión debería ser taxativa. Si una federación nuestra hiciese sólo la mitad de lo que los representates de la mayoría del partido quieren hacer con la Comintern, su disolución sería inmediata. No quiero aparecer como un completo payaso, firmando el manifiesto.

Pero no estoy ni siquiera de acuerdo con la sustancia del manifiesto. Tengo otra concepción del partido, de su función, de las relaciones que deben establecerse entre él y las masas sin partido, entre él y la población en general. No creo absolutamente que la táctica que se desarrolló a través de las reuniones ampliadas del ejecutivo y del IV congreso haya sido equivocada. Ni en el planteamiento ni en los detalles importantes. Creo que de igual manera pasa contigo y con Palmi y por eso no puedo comprender cómo ustedes se embarcan tan a la ligera en un barco tan peligroso. Me parece que ustedes se encuentran en el mismo estado de ánimo en el que yo me encontré durante el período del congreso de Roma. Quizá porque entre tanto estuve alejado del trabajo interno del partido, ese estado de ánimo se desvaneció; en realidad se desvaneció también por otras razones. Y una de las más importantes es esta: en modo alguno se pueden hacer compromisos con Amadeo. Él es una personalidad demasiado vigorosa y tiene tan profunda convicción de estar en lo cierto que es absurdo

pensar enredarlo con un compromiso. Él seguirá luchando y en cada ocasión volverá a presentar, siempre intactas, sus tesis.

Creo que Palmi se equivoca en juzgar que el momento no es propicio para iniciar una acción nuestra, independiente y para dar lugar a una formación nueva que sólo "territorialmente" aparecería como de centro. Es innegable que la concepción que hasta ahora ha sido oficial en relación con la función del partido lo ha llevado a cristalizarse solamente en las discusiones de organización y por tanto a una verdadera pasividad política. En vez del centralismo se logró crear un morboso movimiento minoritario, y si se habla con los camaradas emigrados para que participen más activamente en la acción del partido en el extranjero, se tiene la impresión que para ellos el partido es en realidad bien poca cosa y que estarían muy poco dispuestos a dar algo por él. La experiencia de la escuela de Petrogrado es muy expresiva al respecto. En realidad yo estoy convencido que la mayor fuerza que tiene el partido es el prestigio y los ideales de la Internacional, y no ya la ligazón que la acción específica del partido haya logrado suscitar y sobre cuyo terreno hemos creado una minoría. Y dejamos que sea la minoría la que se apropie de la calificación de verdadera representante de la Internacional en Italia.

Precisamente hoy, cuando se decidió llevar la discusión a las masas, es cuando se necesita asumir un puesto definitivo y una figura exacta. Mientras se trató de discusiones en un círculo estrechísimo y de organizar a cinco, seis, diez personas en un organismo homogéneo era todavía posible, si bien no fuese ni siquiera entonces totalmente justo, llegar a compromisos individuales y descuidar ciertas cuestiones que no tenían una actualidad inmediata. Hoy se va al encuentro de las masas, se discute, se deciden las formaciones de masas que tendrán una vida no sólo de pocas horas. Pues bien, es necesario que se realice sin equívocos, sin malentendidos, que estas formaciones tengan una organicidad y puedan desarrollarse y convertirse en todo el partido. Por eso yo no firmaré el manifiesto. Todavía no sé con exactitud qué hacer. No es la primera vez que me encuentro en estas condiciones y Palmi se debe recordar cómo en agosto de 1920 me separé de él y de Umberto. Entonces era yo quien quería mantener relaciones más bien con la izquierda que con la derecha, mientras Palmi y Umberto se juntaron a Tasca, que se había separado de nosotros desde enero. Hoy, según parece, sucede lo contrario. Pero en realidad la situación es muy diferente, y si entonces era necesario en el interior del Partido Socialista apoyarse en los abstencionistas, si se quería crear el núcleo fundamental del futuro partido, hoy es necesario luchar contra los extremistas si se quiere que el partido se desarrolle y termine por ser algo más que una fracción externa del Partido Socialista. En efecto los dos extremismos, el de derecha y el de izquierda, redujeron el partido a un papel secundario al

encerrarlo en la discusión exclusiva de las relaciones con el Partido Socialista. Como miembro del c.c. del partido y del comité ejecutivo de la Comintern, escribiré un informe en el que combatiré contra unos y otros, acusándolos del mismo pecado, y extrayendo de la doctrina y de la táctica de la Comintern un programa de acción para el futuro de nuestra actividad. Eso es todo lo que quería decir. Les aseguro que cualquier razonamiento de ustedes no logrará moverme de esta posición. Naturalmente que quiero seguir colaborando en forma estrecha con ustedes y pienso que la experiencia de estos años sirvió a todos, cuando menos para enseñarnos que se pueden tener opiniones diferentes en el ámbito del partido y a pesar de ello seguir trabajando juntos con el máximo de confianza recíproca.

Urge a los compañeros que estén a tu alcance para que aceleren el envío de los artículos que les pedí. Palmi debería hacerme inmediatamente una "batalla de las ideas" de cuando menos tres cuartillas (toda la última página). No sé qué libro, o serie de libros u otras publicaciones indicarle. Podría hacer una crítica del punto de vista sostenido por *La Rivoluzione liberale* de Gobetti, demostrando cómo, en realidad el fascismo planteó para Italia un dilema muy crudo y espinoso: el de la revolución permanente y el de la imposibilidad no sólo de cambiar la forma del estado, sino simplemente de cambiar el gobierno excepto por la fuerza armada. Y podría examinar la nueva corriente nacida en el seno de los excombatientes y cristalizada alrededor de Italia Libre. Yo pienso que el movimiento de los excombatientes, en general, habiendo sido en realidad la formación del primer partido laico de campesinos, sobre todo en Italia central y meridional, tuvo una inmensa importancia en poner de cabeza la vieja estructura política italiana y en determinar el extremo debilitamiento de la hegemonía burguesa parlamentaria y por tanto el triunfo de la pequeña burguesía fascista reaccionaria, inconcluyente y llena sin embargo de aspiraciones y sueños utópicos de palingénesis. ¿Qué significado exacto tiene en este cuadro general el nacimiento del movimiento "Italia Libre"? Eso se me escapa y estaría muy contento si Palmi me iluminase también a mí al respecto.

Naturalmente Palmi deberá ser uno de los pilares de la reseña y enviar artículos generales que hagan posible también sustancialmente el renacimiento del viejo *L'Ordine Nuovo*. Siempre se me pasa dar indicaciones para la colaboración de Valle porque pienso que él querrá tener vía libre al respecto. Dile, sin embargo, que quisiera tener un artículo sintético suyo sobre la reforma Gentile de la escuela. Sintético tiene un significado lógico y no métrico decimal. El artículo podría ser hasta de cinco cuartillas y convertirse en el núcleo central de un número.

Y Lanzi ¿qué hace? Él debe también colaborar... Especialmente sobre la cuestión sindical. Escríbele y avísale que deseo saber

algo sobre su actividad y sobre sus opiniones de los hechos que se desarrollan actualmente.

Saludos.

GRAMSCI

A HUMBERTO TERRACINI

Viena, 12 de enero de 1924.

Querido Urbani:

Contesto más específicamente a tu carta donde expones, en términos muy exagerados y en gran parte erróneos, la cuestión de mi actitud.

1] Por lo que parece tu memoria es muy falaz. En la conversación que tuve contigo declaré que "por principio" yo era contrario a la publicación de un manifiesto polémico hacia la Internacional. Tú me aseguraste que las correcciones hechas al original leído por mí eran tantas y de tal naturaleza que cambiaban completamente el planteamiento haciendo una simple exposición histórica de los acontecimientos acaecidos en los últimos años, base necesaria e indispensable para cualquier discusión provechosa.

2] Aquí he visto tan sólo el manifiesto corregido. No teniendo el original a mi disposición no estoy en condiciones de dar un juicio filológico sobre la magnitud de las correcciones hechas. Políticamente las correcciones no cambiaron mucho la situación. Queda la negación absoluta de los desarrollos hechos a la táctica de la Comintern después del III congreso. Queda, objetivamente inalterada, la posición asumida por nuestro partido de centro potencial de todas las izquierdas que puedan formarse en el campo internacional. Queda el espíritu contrario fundamentalmente a la táctica del frente único, del gobierno obrero y campesino y de toda una serie de deliberaciones en el campo organizativo, anteriores al III congreso o aprobadas por el mismo III congreso.

3] De lo que te dije en mi conversación sostenida inmediatamente después de tu llegada a Moscú, se desprendía claramente que yo no habría podido firmar ni siquiera la segunda edición del manifiesto. Tu asombro me parece por lo tanto muy fuera de lugar. Es mucho más justificado mi asombro por la gran simpleza con que tú y Negri, que habéis asistido y hecho declaraciones públicas en la reunión del comité ejecutivo ampliado de junio, veis el porvenir. Ustedes deben recordar que en Moscú, en la conversación tenida entre nosotros tres y Tasca, le hicimos a este último el siguiente razonamiento: la vida interna de un partido comunista no puede ser concebida como la arena de una lucha de tipo parlamentario en el que las diversas fracciones desempeñan un papel que está determinado, como el de los diferentes

partidos parlamentarios, por sus orígenes diversos, dependientes de las diversas clases de la sociedad. En el partido está representada una sola clase y las diversas actitudes que en cada oportunidad se convierten en corrientes y fracciones están determinadas por apreciaciones encontradas sobre los acontecimientos en curso y por tanto no pueden solidificarse en una estructura permanente. El CC del partido puede haber tenido un determinado rumbo en determinadas condiciones de tiempo y de ambiente, pero puede cambiar ese rumbo, si el tiempo y el ambiente no son los mismos que antes. La minoría, convirtiendo a las divergencias en algo permanente y buscando reconstruir una mentalidad general propia de la mayoría, que justifique este proceso permanente, ha puesto, pone y pondrá a la mayoría en un permanente enfrentamiento con la Comintern, es decir con la mayoría del proletariado revolucionario y especialmente con el proletariado ruso que hizo la revolución; en realidad suscita los primeros elementos de una cuestión que debería llevar seguramente a la exclusión de la mayoría del partido de la Comintern. Pero nosotros negamos cualquier fundamento a este procedimiento abstractamente dialéctico de la minoría y demostramos con los hechos, que estamos en el terreno de la Comintern, que aplicamos y aceptamos los principios y la táctica, que no nos cristalizamos en una actitud de oposición permanente, sino que sabemos cambiar nuestras actitudes según cambian las relaciones de las fuerzas y los problemas por resolver se ponen sobre otra base.

Si no obstante eso, la minoría se sigue poniendo con respecto a la mayoría en la actitud en que se ha puesto hasta ahora, seremos nosotros los que busquemos si en ello no existen los elementos para demostrar que la minoría es un vehículo de las tendencias liquidadoras que se verifican en todo movimiento revolucionario después de una derrota y que son inherentes a las oscilaciones y al pánico propios de la pequeña burguesía, es decir de una clase que no es el basamento de nuestro partido. No nos será difícil demostrar cómo la ortodoxia de la minoría en relación con la táctica de la Comintern sólo es una máscara para lograr la dirección del partido; el examen de la composición de los grupos que forman la minoría nos da una manera fácil de demostrar que ella es fundamentalmente contraria a la Comintern y que no tardará en revelar esta naturaleza suya. Así hablamos con Tasca y recuerdo que yo, contigo y con Negri repetí varias veces que juzgaba este razonamiento no como una maniobra para intimidar momentáneamente a Tasca y para debilitarlo delante del comité ejecutivo ampliado, sino como una nueva plataforma sobre la que la mayoría del partido debía ponerse de acuerdo resueltamente para liquidar en forma honorable el pasado y estar en condiciones de resolver sus problemas internos. Y recuerdo que tú y Negri estaban de acuerdo en ello.

4] Pienso que ustedes están todavía de acuerdo y por tanto

no sé explicarme vuestra actual posición. En verdad nosotros nos encontramos en un gran momento histórico del movimiento comunista italiano. Es este el momento en que es necesario poner las nuevas bases de desarrollo del partido con gran resolución y con mucha precisión. El manifiesto no representa ciertamente esta nueva base. Da todas las razones para hacer aparecer a la minoría como la fracción que en el IV congreso y en el ejecutivo ampliado veía bien, desconfiando de la buena voluntad y de la mayoría, y haciendo aparecer a ésta como un puñado de pequeños politiqueros que en cada momento salvan su situación con medios mezquinos. Ni siquiera los últimos acontecimientos de nuestro partido (caso Bombacci interpretado auténticamente por las declaraciones de Belloni y Remondino) lograrán salvarnos. En la actual situación, que se mantiene todavía objetivamente revolucionaria en Alemania mientras es extremadamente confusa en Italia, la Comintern no puede permitir pacíficamente que se forme en el campo internacional una mayoría de partidos que esté en la oposición y que pida volver a discutir todas las decisiones tomadas después del III congreso. Permitir eso equivaldría a reforzar enormemente las tendencias extremistas nacidas en el partido comunista alemán y a retardar por tanto su reorganización. Ustedes olvidan con frecuencia que nuestro partido tiene responsabilidades de carácter internacional y que toda actitud nuestra repercute en otros países, a menudo en formas morbosas e irracionales.

5] Insisto en mi actitud porque la considero la más oportuna y obligada. Tu carta no hace sino confirmarme en esta decisión, especialmente por lo que dices a propósito del puente que ustedes representaron en este período pasado. Es necesario que también tú, Negri y Palmi se decidan por la claridad, por una posición que sea la más cercana a vuestras convicciones íntimas y no a vuestra calidad de "puentes". De esta manera podremos juntos hacer un gran trabajo y dar a nuestro partido todo el desarrollo que la situación le permite. Es inútil querer conservar una unidad formal de fracción que nos obliga continuamente al equívoco y a las medidas a medias. Si Amadeo quiere insistir en su actitud, como seguramente lo hará, eso quizá será un bien, a condición de que su manifestación sea individual o de un pequeño grupo; la cual en cambio con vuestro consentimiento se convertiría en manifestación de la mayoría, y eso comprometería irremediablemente al partido.

Recibí los dos sobres con material que me enviaste. Estaban abiertos. Te ruego por tanto que confecciones mejor los paquetes para que no se pierda algo. Procura enviarme el resto lo más pronto posible, si no puedes enviar todo de una vez, mándalo en pequeñas dosis sucesivas. Ciertamente viste la proposición que hice al comité ejecutivo para la publicación de una revista trimestral de gran formato (250-300 páginas cada tres meses) que

podría intitularse: *Crítica proletaria*. Creo que la proposición será aceptada y que se podrá realizar dentro de pocos meses. Elaboré el sumario del primer número de este modo:

1) Manifiesto programa, que podría escribir yo.
2) Bordiga: Problemas de táctica proletaria.
3) Graziadei: La acumulación del capital según Rosa Luxemburg.
4) Tasca: El problema de la escuela y la reforma Gentile.
5) Scoccimarro: Perspectivas para un gobierno obrero y campesino en Italia.
6) Longobardi o Pastore: La estructura industrial italiana.
7) Terracini: El programa de la Internacional Comunista.
8) Togliatti: El problema del Vaticano.
9) Crónicas: económica, financiera, política, militar, internacional, sindical, de vida obrera.
10) Reseña bibliográfica.
11) Diario político.
11) Índice de revistas y periódicos.

Los autores de los artículos deben también enviar una reseña crítico-biográfica de las publicaciones correspondientes al tema tratado por ellos.

Deberías ponerte inmediatamente a trabajar para escribir tu artículo que debe ser de cuando menos veinte páginas del formato de una revista como *Nuova antologia*. En él debes hacer un examen de los proyectos de programa presentados y de las discusiones a que han dado lugar. Te advierto que sobre todo en Rusia la discusión ha sido bastante amplia. Puedes obtener de Bujarin las indicaciones necesarias y hacer que la oficina de prensa te traduzca el material del ruso. Sería bueno que se hicieran varias copias de las traducciones y que fueran enviadas a los partidos que formaron parte de las comisiones para discutir el programa, pero faltan las actas de la discusión misma. Se podría plantear la cuestión al secretariado. Tu artículo sin embargo, deberá estar listo como máximo dentro de dos meses.

Saludos cordiales para ti y para Alma.

MASCI *

P.S. Sería bueno tener en seguida tu artículo sobre la situación en Alemania que sería la parte principal del primer número de *L'Ordine Nuovo*.

* Masci es el seudónimo generalmente usado por Gramsci durante su residencia en Viena. Esta carta fue dirigida a Terracini, que estaba en Moscú, en respuesta a una de este último fechada el 2 de enero de 1924 en la que reclamaba a Gramsci no haber aclarado en seguida su oposición de principio al manifiesto Bordiga, contra la actitud de la Internacional en relación a la

A PALMIRO TOGLIATTI

Viena, 27 de enero de 1924

Querido Palmí:

...estoy convencido de que la situación de nuestro partido desde el punto de vista de la legalidad se irá agravando siempre. La vida de nuestros dirigentes y la seguridad de la organización estarán tanto más en peligro cuanto más la oposición constitucional al fascismo, agrupándose alrededor del partido reformista, pone en peligro la base misma del gobierno de Mussolini. Los fascistas buscarán resolver todas las situaciones con la cacería de comunistas y con agitar el espantajo del levantamiento revolucionario. Se convierte para nosotros en razón de vida o muerte construir un buen aparato técnico, poner en sus engranajes a elementos seleccionados, de gran experiencia, disciplinados, a toda prueba, con la sangre fría necesaria para no perder la cabeza ante ningún peligro. Para obtener esto es necesario liquidar verdaderamente mucho de la situación pasada del partido, con sus hábitos de indeferentismo, de no fijación precisa y neta de las responsabilidades, de no control y sanción inmediata de los actos de debilidad y de ligereza. El partido debe ser centralizado, pero centralización significa, antes que nada, organización y criterio de los límites. Significa que cuando se toma una decisión, no puede ser modificada por nadie, aunque sea un partidario del centralismo y que nadie puede crear hechos consumados.

No te oculto que en estos dos años que he permanecido fuera de Italia me he vuelto muy pesimista y muy desconfiado. Yo mismo he estado muchas veces en malísimas condiciones por la situación general del partido y no por lo que se refiere a mi situación personal de la que me pitorreo discretamente y que por otra parte no creo ni siquiera que haya sufrido mucho (al máximo me gané involuntariamente la fama de un zorro de astucia infernal), sino en mi posición de representante del partido, llamado a menudo a resolver cuestiones que hubiesen tenido un efecto inmediato sobre el movimiento italiano.

Llegado a Moscú sin estar informado ni siquiera una décima parte de las cuestiones en curso, debí fingir que sabía y hacer acrobacias inauditas para no revelar con cuánta ligereza eran nombrados los representantes, sin otra preparación que el dicho tradicional: "¡Que Dios te ayude!"

Soporté muchas cosas porque la situación del partido y del movimiento era tal, que cualquier escisión, aunque fuera aparen-

fusión socialista-comunista. Gramsci, según Terracini, había dejado creer que él hubiera firmado un manifiesto menos severo con los socialistas maximalistas. [E.]

te, en las filas de la mayoría, hubiese sido desastrosa y hubiera dado *oxígeno* a la *minoría sin criterio* y sin directivas. También mis condiciones de salud, que no me permitían un trabajo intenso ni continuado, me han impedido asumir una posición que hubiera exigido además de la carga de una responsabilidad política general, también la necesidad de un trabajo intenso. La situación ha cambiado mucho hoy. Las cuestiones están sobre el tapete, ciertamente no por culpa mía, sino en parte porque no se quisieron seguir a tiempo algunas de mis sugerencias y resolverlas automáticamente. De esta manera creí necesario tomar la actitud que tomé y que mantendré hasta el fin. No sé lo que haces tú en este momento. Una vez me escribiste que apenas llegase yo aquí, tú buscarías darte una escapada para un intercambio de ideas. Si, como pienso, tú sustituyes ahora a Tito, estaría bueno que encontraras el tiempo para venir. Podríamos hablar de tantas cosas y tal vez no sería inútil.

No he recibido todavía ninguna indicación precisa para la publicación del *ON*, y aunque he escrito a muchos compañeros, no he recibido aún ningún artículo de colaboración. Sin embargo esta semana empiezo a mandar el material. Si es necesario llenaré los primeros números enteramente yo, en espera de que los colaboradores se muevan. El primer número estará dedicado en buena parte al compañero Lenin. Yo escribiré el artículo de fondo, intentando dar las características principales del jefe revolucionario. Traduciré una biografía y haré una pequeña selección de sus opiniones principales sobre la situación italiana en 1920. En la última carta que le mandé a Negri le escribía que además de contar con tu colaboración general, cuento con una especial para alimentar en cada número la sección "Batalla de las ideas", e indicaba la revista de Gobetti y el movimiento de Italia Libre como los dos primeros temas por tratar. Ahora pienso que sería más oportuno que en el primer número tú hagas una reseña de los libros y folletos de Lenin impresos en Italia, encuadrándola dentro de una apreciación de la función que han tenido en Italia la obra y el prestigio de Lenin en todos estos años. En todo caso informaré a Ruggero que tú estás encargado permanentemente de esta sección y que tu material puede muy bien ser entregado a la imprenta sin tener que hacer el viaje de ida y vuelta de Italia a aquí. Si tengo material para esa sección te lo mandaré para que tú veas qué se puede hacer. Espero una carta tuya donde me digas tus opiniones sobre los diversos temas que he tratado en ésta y en las otras que te han sido comunicadas.

Saludos fraternales.

GRAMSCI

Naturalmente que yo no creo que en todo lo que te he expuesto, se trate solamente de problemas de organización. La situación del partido, que se refleja en la organización, es la consecuencia de

una concepción política general. El problema es por tanto político y abarca no sólo la actividad actual sino la futura; hoy es un problema de relaciones entre los dirigentes del partido y la masa de los inscritos por una parte, entre el partido y el proletariado por otra; mañana será un problema más amplio y afectará a la organización y la solidez del estado obrero. No exponer hoy la cuestión en toda su amplitud, significaría regresar a la tradición socialista, esperar a diferenciarse para cuando la revolución esté en la puerta, o peor, cuando ya se desarrolle. En 1919 y 1920 cometimos un grave error al no atacar más decididamente a la dirección socialista, aun corriendo el riesgo de expulsión, haber constituido una fracción que saliese de los límites de Turín y que fuera algo más que la propaganda que podía hacer *L'Ordine Nuovo*. Hoy no se trata de llegar a estos extremos, pero aunque la relación ha cambiado, la situación es casi idéntica y debe ser afrontada con resolución y coraje.

A PALMIRO TOGLIATTI *

Viena, 27 de marzo de 1924

Al compañero Ercoli
Comunicar a Negri, etc.
(una copia a Urbani)

Estimado:

Antes que nada contesto a las cuestiones actuales que tú me presentas en tu última:

* El 20 de marzo, escribiendo a Gramsci, Togliatti había expuesto su opinión y la de otros compañeros (entre los cuales Leonetti y Camilla Ravera, Silvia en la carta), acerca de las proposiciones de Gramsci para el método a seguir en la próxima acción de renovación del partido. Como había aclarado en su carta del 9 de febrero, Gramsci solicitaba a los compañeros que movilizaran a los elementos accesibles en el partido, contra las tesis de Roma de 1922, contra las ideas de donde Bordiga había sacado su reciente manifiesto (que el ejecutivo había decidido no publicar). Con más confianza después de esta decisión, y sintiendo que Togliatti y Terracini iban aceptando su línea de actividad, el 1º de marzo, Gramsci, en una carta a Scoccimarro y Togliatti, definió con más claridad el trabajo inmediato por realizar. "Nosotros podemos constituir el centro de una fracción que tiene todas las probabilidades de devenir el partido entero", decía textualmente y daba los nombres de numerosos compañeros sobre los que creía se podía contar, después de una obra de persuasión adecuada; e invitaba a Togliatti a "hacer un esquema analítico... de una serie de tesis sobre la situación italiana, que sea nuestra plataforma", tesis cuyo contenido esencial él apuntaba en la carta. Pero Scoccimarro había criticado una lucha de "fracción", junto con Camilla

*Sobre las tesis.* Estoy de acuerdo contigo y con Alfonso. Me parece que Negri y Silvia suscitan una cuestión puramente formal. En realidad existe fracción también cuando 2 ó 3 compañeros se ponen de acuerdo preventivamente para redactar una plataforma común que abarque la actividad entera del partido. Ya que es así, es necesario, desde todo punto de vista, buscar que la constitución de la fracción se haga en la forma más fructífera y con el mínimo de crisis dentro del organismo. Esto me parece especialmente indispensable en nuestra situación. Presentarse a la discusión general ya como un grupo conspicuo, en el que están representadas las principales organizaciones, en el que posiblemente esté la mayoría del actual CC, es un hecho político de primer orden que tiene repercusiones sobre toda la masa: es ya un inicio de organización. Yo pienso, inclusive, que si fuese posible tener con nosotros a la mayoría del CC (no conozco con exactitud la opinión de cada miembro), sería oportuno convocar a la discusión y presentar las tesis como sus tesis. La influencia en el partido y también en la Comintern sería inmensa, y según mi opinión sería por sí mismo un inicio de solución. No logro imaginar qué razones sustanciales puedan oponer Negri y Silvia para una orientación similar, dado que el partido, al establecer que la discusión se realice, no decidió que se haga exclusivamente con manifestaciones individuales. Todo se reduce a una cuestión de números: ¿es mejor 5 ó 50? ¿Hay fracción con 50 y no con 5? Absurdo, absolutamente absurdo. Porque ustedes decidieran desarrollar entre los compañeros una obra de persuasión necesaria para obtener sus firmas, al menos en un segundo tiempo, la situación no me parece comprometida, ni la cuestión cerrada: Yo sostengo todavía mi punto de vista, y ya que somos 3 contra 2, nuestra opinión debería triunfar "democráticamente".

*Octavio* [Octavio Pastore]. Mencioné su nombre como hubiera podido mencionar el de tantos otros, de quienes desde hace tiempo no he podido seguir su actitud. Lo que tú me escribes no me

Ravera; como Togliatti le escribió a Gramsci el 20 de marzo, se oponían a ella en forma "precedente a la discusión y a la manifestación de opiniones sobre las diferentes cuestiones que hoy interesan al partido". Partidarios de la idea de la "fracción", eran Togliatti y Alfonso Leonetti. Subrayaban la utilidad de presentar las nuevas tesis bajo la firma de un numeroso grupo de compañeros, mientras que otros sugerían una táctica más gradual. Gramsci insiste en la oportunidad de una línea explícita y rápida. La "discusión general" a la que él se refiere más adelante en la carta, se desarrolló en mayo en la conferencia nacional de Como con la presencia del propio Gramsci. La mayoría del CC fue obtenida por él y por su grupo, pero casi todos los secretarios de federaciones provinciales votaron a favor de Bordiga en dicha conferencia de Como. (Togliatti y Leonetti habían sugerido posponer la conferencia para después de un trabajo de convencimiento con los secretarios de federación.) La lucha contra la tendencia de Bordiga se decidió finalmente en el congreso de Lyon, en 1926, con pleno éxito de la línea de Gramsci. [E.]

maravilla, porque es normal en su línea pasada conocida por mí; lo esencial no es su nombre, sino nuestra actitud hacia la minoría. Cuando mencioné el nombre de Octavio recordaba que Negri o Urbani, describiéndome la actitud de algunos compañeros de quienes había pedido información, me habían dicho al respecto: "Octavio está con la minoría, pero dice que él quisiera que la actual mayoría continuase dirigiendo el partido haciendo suyo el programa de la minoría, en aquellas cuestiones que la diferencian." Esta posición de Octavio me pareció muy significativa para comprender la fuerza y la composición en general de la minoría, y por tanto mencioné su nombre. Dicho nombre puede ser cambiado como en general todos los nombres que puedo mencionar, los cuales es necesario comprender en su significado de orientación, no literalmente. Respecto a muchos compañeros, en efecto, yo ignoro lo que pasó con sus líneas y posiciones iniciales.

*Amadeo.* La cuestión que tú me presentas es muy difícil; a menudo me he preguntado qué se podría hacer al respecto y no me he sabido dar una respuesta. En efecto, nosotros deberemos discutir con él toda una serie de cuestiones de principio y de organización, en las que yo sé que él es firmísimo e inconmovible. Nosotros no tenemos en general, cuestiones de principio que nos dividan de la minoría: la minoría puede ser absorbida por nosotros como masa, con los residuos de los liquidadores, que se han atrincherado en esas posiciones para desarrollar mejor su trabajo. Con Amadeo la cuestión es muy diferente y mucho más ardua. Estoy convencido de que él es inamovible, estoy convencido incluso, que él no dudaría en separarse del partido y de la Internacional antes que trabajar contra sus convicciones. Si no hubiera sido así, si yo no hubiera tenido siempre esta profunda convicción, hubiera adoptado desde hace mucho tiempo otra actitud. Todavía no leí el artículo de Grieco en el *Prometeo* dedicado a mí: sin embargo leí, en marzo de 1923, después de los arrestos, en el *Lavoratore,* un artículo que pienso es del mismo Grieco y que contenía apreciaciones equivocadas sobre mí.

Mis actitudes, que en aquel artículo estaban caracterizadas paralelamente a la personalidad de Amadeo, no eran autónomas, sino siempre derivadas de la preocupación de lo que hubiera hecho Amadeo si yo me hubiera convertido en opositor; él se hubiera retirado, hubiera producido una crisis; él no se hubiera jamás adaptado a un compromiso: el intento de Chiarini, de quien te hablé en otra ocasión, demostraba que si yo hubiese hecho la oposición cuando el partido se organizaba, difícilmente la Internacional me hubiera apoyado, pero ¿con qué resultados entonces, en la guerra civil, como blanco del *Avanti!* que explotaba cualquier disensión nuestra para disgregarnos?

Hoy la situación no ha cambiado para lo que pienso que es la posición de Amadeo. También pienso que el partido acaso no pueda prescindir de su colaboración; pero ¿qué hacer? Escribirle una

carta me parece demasiado poco, no sabría ni siquiera qué escribirle, tan banal me parece la cosa. En línea general yo pienso que una polémica con él es útil, a nosotros, a él, al partido, lo importante es que se permanezca, sobre la línea política de principio y no se la trascienda, lo que me parece sucederá indudablemente. Otra cosa me parece importante: no hay que hipnotizarse en la cuestión de Amadeo y pensar que no podremos trabajar si él está en la oposición. Su carácter inflexible y tenaz hasta el absurdo, nos obliga en cambio a proyectarnos el problema de construir el partido y su núcleo, aun sin Amadeo y contra él. Pienso que sobre las cuestiones de principio no deberemos hacer más compromisos como en el pasado; vale más la polémica clara, leal, hasta el fondo, que ayuda al partido y lo prepara para cualquier eventualidad. Naturalmente la cuestión no está cerrada. Por ahora esta es mi opinión. Las cosas que tú escribes son justas, ¿pero qué hacer prácticamente? Si quieres, tú mismo puedes escribir la carta, aun a mi nombre, si eso te parece útil. Pero a mí me parece, no hay que hacerse demasiadas ilusiones y es necesario prever aun la hipótesis más pesimista, para estar listos para esa eventualidad.

Creo que sería bueno advertir a Amadeo de la opinión sobre él contenida en uno de los últimos informes de H. D. a Z. (Precisamente la conversación con Ruggero.) * A través de este informe se formaron un juicio completamente falso sobre Amadeo y sobre la situación, que se traducirá en daño para el partido. Yo pienso que Amadeo es completamente inocente de todo eso. Lo conozco lo suficiente para estar seguro que él no ha pensado nunca tamañas tonterías de sí mismo. Al contrario.

*L'Ordine Nuovo.* Quisiera un juicio tuyo sobre los dos primeros números. El aislamiento en que me encontré durante los primeros tiempos y en el que todavía me encuentro, ablandó mucho mi sentido de autocrítica. A veces me parece que estoy haciendo una cosa completamente artificial, separada de la vida. Es necesario proceder seriamente a organizar la colaboración, de otra forma *L'Ordine Nuovo* degenerará infaliblemente. Hay que pensar que ahora el periódico es quincenal, no semanal, y que no obedece a un movimiento específico, como sucedió en 1919-1920 con los consejos de fábrica. Esto determina su carácter actual que

* H. D.: Jules Humbert Droz, uno de los representantes de la Internacional encargado de los problemas italianos, estudiándolos sobre el terreno y teniendo relaciones con varios elementos del partido comunista. Era llamado "el colibrí", por la fuerza y sutileza de su ingenio. El mal recibido Rakosi fue apodado en cambio "pingüino". Manuilski (Beruzzi), cuyas simpatías para con los comunistas italianos de la mayoría habían sido criticadas a menudo en la Internacional, tuvo el apodo de "Pelícano", en virtud de la fama de los pelícanos de ser generosos hasta el sacrificio. Z. es Gregorio Zinoviev (1863-1936), durante mucho tiempo el mayor dirigente de la Internacional Comunista. De este párrafo se deduce que Gramsci no pretendía valerse de juicios equivocados para desacreditar a Bordiga. [E.]

es necesario organizar. Aun en el orden de las páginas debería reflejarse su nuevo carácter. Pienso que se necesita colocar después del artículo de fondo una nutrida reseña política de la quincena, que quizás ocupe toda la tercera página, y en la que se comenten, según nuestro programa inmediato de gobierno obrero y campesino, y según nuestra doctrina general, los acontecimientos italianos en todos sus aspectos. Pienso que tú deberías llevar el peso de esta sección, que debería estar actualizada, hasta la entrada en prensa del periódico. Tú puedes hacer eso muy bien si quieres y si tienes tiempo. El programa específico de la reseña, según mi parecer, debería ser todavía la fábrica y la organización de fábrica. Se podría, si ustedes lo aceptan, desarrollar ideológica y prácticamente, el programa que les esbocé en mi última carta. Por ello me agradaría si ustedes me escriben su opinión analítica sobre mis proposiciones y mis opiniones, que yo les comunico no como directivas sino como sugerencias, que esperan siempre una confirmación detallada de ustedes para que yo las tome en serio y las desarrolle en todas sus consecuencias y aspectos. Debemos intentar reconstruir entre nosotros un ambiente como aquel de 1919-1920 con los medios que tenemos a disposición: entonces no se tomaba ninguna iniciativa si no estaba comprobada con la realidad, si antes no se había sondeado, con medios múltiples, la opinión de los obreros. Por eso nuestras iniciativas tenían casi siempre un éxito inmediato y amplio y aparecían como la interpretación de una necesidad sentida y difundida, jamás como la fría aplicación de un esquema intelectual. Yo estoy acostumbrado a trabajar así; mi ausencia de Italia durante tanto tiempo me impidió acostumbrarme al nuevo ambiente, a los nuevos métodos de trabajo, de crearme otras posibilidades de comunicar con las masas y de sentir su pulso, que ustedes han podido procurarse. Siento fuertemente esta debilidad mía que algunas veces me desmoraliza.

*Il Seme.* [La semilla.] Antes de terminar quiero esbozar otra proposición que quiero hacer y que con las otras, al menos por ahora, servirá tan sólo para la preparación de nuestro movimiento futuro. He pensado que el partido debe hacer renacer por su cuenta el viejo periodiquito del PSI, *Il Seme*, quincenal o mensualmente. Debería ser hecho como el viejo pero con contenido modernizado y del mismo tipo. No debe costar más de un centavo, de tal modo que pueda difundirse entre los campesinos más pobres, tener muchas viñetas simples, muchos articulitos, etc.... Debería estar dirigido a popularizar la consigna del gobierno obrero y campesino, a continuar un poco la campaña anticlerical que me parece necesaria porque pienso que 4 años de reacción deben haber arrojado nuevamente a las masas del campo en el misticismo supersticioso, y a nuestra propaganda general. No sé cómo los socialistas no han pensado en volver a sacar este perio-

diquito que tenía una inmensa difusión y que ha procurado tantos votos en el pasado.

Por ello no creo que se deba hablar públicamente de él sino cuando ya esté en la víspera de su publicación, de otra forma los socialistas son capaces de agarrar la idea y realizarla ellos. En cambio habría que empezar desde ahora una especie de inventario de nuestras fuerzas organizativas e intelectuales, para estar en condiciones de utilizarlas en el momento oportuno. Este es un trabajo que nunca ha sido hecho, con grave daño para nosotros. Pienso que en el partido hay más capacidades de lo que nosotros pensamos y sería bueno ponerlas en movimiento, obligarlas al trabajo, estimularlas continuamente. Sólo así se puede ampliar y reforzar nuestro movimiento.

Saludos fraternales,

SARDI

## CARTA A TOGLIATTI, TASCA, TERRACINI Y OTROS

Viena, 9 de febrero de 1924

A Palmi, Urbani y C.

Queridos camaradas:

Acepto gustosamente la invitación que me ha dirigido el camarada Urbani para que fije al menos a grandes líneas las razones por las cuales creo necesario en este momento proceder no sólo a una discusión de fondo ante las masas del partido acerca de nuestra situación interna, sino también a una nueva disposición de los grupos que tienden a dirigir el partido. Pero razones de oportunidad me obligarán a no profundizar demasiado ciertas cuestiones; conozco la psicología difusa en nuestro movimiento y sé que la ausencia de polémica interna y de todo intento enérgico de autocrítica hasta ahora han dejado también entre nosotros una mentalidad excesivamente puntillosa e irascible que se irrita por cualquier pequeñez.

*La situación de la Internacional.* No estoy nada convencido por el análisis que hace Urbani de las nuevas orientaciones que según él se revelan en la Comintern tras los acontecimientos de Alemania. Del mismo modo que hace un año no creí que la Internacional se desplazara hacia la derecha, según la opinión difundida en nuestro comité ejecutivo, así tampoco creo que hoy se desplace hacia la izquierda. La misma nomenclatura política utilizada por el camarada Urbani me parece completamente equivocada y, por lo menos, sumamente superficial. Por lo que hace a Rusia, yo he sabido siempre que en la topografía de las fracciones y tendencias, Rádek, Trotski y Bujarin ocupaban una posición de izquierda,

Zinóviev, Kámenev y Stalin una posición de derecha, mientras que Lenin estaba en el centro y actuaba de árbitro en toda la situación. Eso, por supuesto, en el lenguaje político corriente. Como es sabido, el núcleo que suele llamarse leninista sostiene que esas posiciones "topográficas" son absolutamente ilusorias y falaces, y en sus polémicas ha demostrado continuamente que los supuestos izquierdistas son pura y simplemente mencheviques, que se mimetizan con lenguaje revolucionario, cuando en realidad son incapaces de estimar las reales correlaciones de fuerza. Es, en efecto, sabido que en toda la historia del movimiento revolucionario ruso Trotski estuvo políticamente más a la izquierda de los bolcheviques, mientras que en las cuestiones de organización se unía frecuentemente o hasta se confundía con los mencheviques. Todo el mundo sabe que ya en 1905 Trotski pensaba que podía verificarse en Rusia una revolución socialista y obrera, mientras que los bolcheviques pensaban sólo en establecer una dictadura política del proletariado aliado con los campesinos, dictadura que sirviera de envoltura al desarrollo del capitalismo, sin tocar éste en su estructura económica. También es manifiesto que en noviembre de 1917, mientras Lenin, con la mayoría del partido, había pasado a la concepción de Trotski y pensaba ocupar no sólo el gobierno político, sino también el industrial, Zinóviev y Kámenev se mantuvieron en la opinión tradicional del partido, propugnaron el gobierno de coalición revolucionaria con los mencheviques y los socialrevolucionarios, salieron por esa razón del comité central del partido, publicaron declaraciones y artículos en periódicos no-bolcheviques y estuvieron muy cerca de llegar a la escisión. Es seguro que si en noviembre de 1917 hubiera fracasado el golpe de estado, tal como fracasó el pasado noviembre el movimiento alemán, Zinóviev y Kámenev se habrían separado del partido bolchevique y se habrían unido probablemente con los mencheviques. En la reciente polémica ocurrida en Rusia se aprecia que Trotski y la oposición en general, vista la prolongada ausencia de Lenin de la dirección del partido, temen seriamente una vuelta a la vieja mentalidad, la cual sería desastrosa para la revolución. Piden una mayor intervención del elemento obrero en la vida del partido y una disminución de los poderes de la burocracia, y quieren en el fondo asegurar a la revolución su carácter socialista y obrero e impedir que se llegue lentamente a aquella dictadura democrática, envoltura de un capitalismo en desarrollo, que era el programa de Zinóviev y compañía todavía en noviembre de 1917. Esta me parece ser la situación del partido ruso, mucho más complicada y sustancial de lo que Urbani ve; la única novedad es el paso de Bujarin al grupo Zinóviev, Kámenev, Stalin.

También por lo que hace a la situación alemana me parece que las cosas se desarrollan de un modo algo distinto del que describe Urbani.

Los dos grupos que en Alemania se disputan la dirección del

partido son ambos insuficientes e incapaces. El grupo de la llamada minoría (Fischer-Maslov) representa, sin duda, la mayoría del proletariado revolucionario; pero no tiene ni la capacidad organizativa necesaria para dirigir una revolución victoriosa en Alemania ni una dirección firme y segura que garantice contra catástrofes todavía peores que la de octubre. Se compone de elementos jóvenes en la actividad de partido, los cuales se han encontrado en cabeza de la oposición por la simple falta de dirigentes que es característica de Alemania. El grupo Brandler-Thalheimer es ideológicamente y en cuanto a preparación revolucionaria más fuerte que el anterior, pero también él tiene sus debilidades, mayores y más perniciosas en ciertos aspectos que las del otro grupo. Brandler y Thalheimer se han convertido en talmudistas de la revolución. Queriendo encontrar a toda costa aliados para la clase obrera han acabado por descuidar la función de la clase obrera misma; queriendo conquistar a la aristocracia obrera controlada por los socialdemócratas, han creído poder hacerlo no ya mediante el desarrollo de un programa industrial que se basara en los consejos de fábrica y en el control, sino compitiendo con los socialdemócratas en el terreno de la democracia, y llevando hasta la degeneración la línea del gobierno obrero y campesino. ¿Cuál de los dos grupos está a la derecha y cuál a la izquierda? La cuestión es algo bizantina. Es natural que Zinóviev, el cual no puede atacar a Brandler y Thalheimer por incapaces ni presentarlos como nulidades individuales, plantee la cuestión en un plano político y busque en sus errores los acentos suficientes para acusarlos de derechismo. Por lo demás, la cuestión se complica increíblemente. Porque en ciertos aspectos Brandler es un putchista, más que un derechista, y hasta se puede decir, al revés, que es un putchista porque es un derechista. Había asegurado que en octubre pasado era posible dar un golpe de estado en Alemania, y había asegurado que el partido estaba técnicamente preparado para hacerlo. Zinóviev era, en cambio, muy pesimista y no pensaba que la situación estuviera políticamente madura. En las discusiones que se desarrollaron en la dirección rusa, Zinóviev quedó en minoría, y contra su posición apareció entonces el artículo de Trotski titulado "Si la revolución puede hacerse en fecha fija". Zinóviev lo había dicho bastante claramente en una reunión del presídium. Ahora bien: ¿en qué consiste el núcleo de la cuestión? En el mes de julio, tras la Conferencia de Paz de La Haya, Rádek, que había vuelto a Moscú después de una *tournée,* presentó un informe catastrófico sobre la situación alemana. Resultaba del mismo que el comité central guiado por Brandler no gozaba ya de la confianza del partido; que la minoría, pese a estar constituida por elementos incapaces y algunas veces turbios, tenía consigo la mayoría del partido y podría conseguir en el congreso de Leipzig la mayoría, de no impedírselo el centralismo y el apoyo de la Comintern; que el comité central aplicaba sólo formalmente las decisiones de

Moscú, que no se había hecho ninguna campaña sistemática en favor del frente único y del gobierno obrero, sino sólo alguna publicación de artículos de periódico de carácter teórico y abstruso, no leídos por los obreros. Es evidente que tras ese informe de Rádek el grupo Brandler se puso en movimiento y, para evitar la victoria de la minoría, preparó un nuevo marzo de 1921.* Si errores hubo, los cometieron los alemanes. Los camaradas rusos, concretamente Rádek y Trotski, cometieron el error de creer en las vacuidades de Brandler y los demás, pero tampoco en este caso su posición era de derecha, sino más bien de izquierda, hasta el punto de incurrir en la acusación de putchismo.

He creído oportuno hablar largamente de este asunto porque es necesario tener una orientación suficientemente clara en este terreno. Los estatutos de la Internacional dan al partido ruso la hegemonía de hecho en la organización mundial. Por tanto, es seguro que hay que conocer las diversas corrientes que se presentan en el partido ruso para comprender las orientaciones que se imprimen en cada caso a la Internacional. Hay que tener en cuenta, además, la situación de superioridad en que se encuentran los camaradas rusos, los cuales, además de tener a su disposición las masas de información características de nuestras organizaciones, cuentan con la información más abundante, y más precisa en algunos aspectos, que llega al estado ruso. Por eso sus orientaciones se basan en un fundamento material que nosotros no podremos conseguir hasta después de la revolución, y eso da a su supremacía un carácter permanente y difícilmente vulnerable.

*El manifiesto de la izquierda comunista.* Llego ahora a las cuestiones más estrictamente nuestras. El camarada Urbani escribe que yo he exagerado mucho en mi apreciación del carácter del manifiesto. Sigo sosteniendo que el manifiesto es el comienzo de una batalla a fondo contra la Internacional, y que en él se pide la revisión de todo el desarrollo táctico ocurrido desde el III congreso.

Entre los puntos conclusivos del manifiesto, el de la letra *b*] dice que es necesario provocar en los órganos componentes de la Internacional una discusión acerca de las condiciones de la lucha proletaria en Italia durante los últimos años, una discusión de amplio alcance y fuera de los dispositivos contingentes y transitorios que a menudo sofocan el examen y la solución de los problemas más importantes. ¿Qué significa eso, si no es que se pide y se considera posible una revisión no sólo de la táctica de la Comintern en Italia después del III congreso, sino también de

* Los levantamientos comunistas comenzados el 24 de marzo de 1921 en Hamburgo y Sajonia, luego generalizados débilmente por toda Alemania y terminados con una sangrienta represión dirigida por el socialdemócrata Noske, utilizando las unidades militares y paramilitares de la extrema derecha alemana. [E.]

los principios generales que están en la base de esa táctica? No es verdad que, como se afirma en el último apartado del capítulo ("La táctica comunista en Italia"), la Internacional no haya dicho, después del III congreso, qué quería que se hiciera en Italia. En el número 28 de la revista *La Internacional Comunista* se publica una carta abierta del ejecutivo de la Internacional al comité central del Partido Comunista de Italia, carta escrita a mediados de marzo de 1923, o sea, después del ejecutivo ampliado de febrero. En ella se refuta y se rechaza toda la concepción de las tesis sobre la táctica presentada al congreso de Roma, y se afirma que esa concepción está en desacuerdo completo con las resoluciones del III congreso. En la carta se tratan especialmente estos puntos: 1] el problema de la conquista de la mayoría; 2] las situaciones en las cuales se hace necesaria la batalla, y las posibilidades de la lucha; 3] el frente único; 4] la consigna del gobierno obrero.

En el tercer punto se fija la cuestión del frente único en el campo sindical y en el campo político. Y allí se dice explícitamente que el partido debe entrar en comités mixtos por la lucha y la agitación. En el punto cuarto se intenta trazar una línea táctica inmediata para la lucha italiana, que debe llevar al gobierno obrero. La carta termina con esta frase: "es preferible que el partido se contente con las tesis elaboradas en el III congreso y en el ejecutivo ampliado de febrero, y que renuncie a sus tesis en vez de presentar éstas, las cuales obligarían al ejecutivo a combatir abiertamente y del modo más enérgico las concepciones del comité central italiano". Yo no creo que, después de esta carta del ejecutivo, que tiene un valor y una significación muy precisos, se pueda pedir, como se pide en el manifiesto, que se vuelva a desarrollar toda la discusión por encima de los hechos contingentes. Eso significaría decir abiertamente que el partido italiano, después del III congreso, se ha encontrado sistemática y permanentemente en desacuerdo con la orientación de la Comintern, y que quiere entablar una lucha de principios.

*La tradición del partido.* Niego resueltamente que la tradición del partido sea la que se refleja en el manifiesto. Se trata de la tradición, de la concepción de uno de los grupos que han formado nuestro partido, pero no de una tradición del partido. Del mismo modo niego que exista una crisis de confianza entre la Internacional y el partido en su conjunto. Esa crisis existe sólo entre la Internacional y una parte de los dirigentes del partido. El partido se ha formado en Livorno no sobre la base de una concepción que haya seguido luego persistiendo y desarrollándose, sino sobre una base concreta e inmediata: la separación de los reformistas y de los que se ponían de parte de los reformistas contra la Internacional. La base más amplia, la que llevó al comité provisional de Imola * las simpatías de una parte del proletariado,

* El comité provisional de Imola estaba compuesto por los firmantes del

era la fidelidad a la Internacional Comunista. Por eso puede afirmarse todo lo contrario de lo que sostiene el manifiesto. Sus firmantes podrán ser acusados con toda la razón de no haber sabido interpretar la tradición del partido y de haberse salido de ella. Pero esta cuestión es puramente verbal y bizantina. Se trata de un hecho político: Amadeo, una vez en la dirección del partido, ha querido que su opinión predominara y se convirtiera en la del partido. Todavía hoy, con el manifiesto, se propone eso. Una cuestión es que nosotros hayamos permitido que en el pasado ese intento tuviera éxito; pero que hoy sigamos admitiéndolo y que, firmando el manifiesto, sancionemos una situación que encapsula al partido, es otra cuestión muy distinta. En realidad, nunca hemos dejado de modo absoluto que se consolidara esa situación. Yo, por lo menos, ya antes del congreso de Roma, en el discurso que pronuncié en la asamblea de Turín, dije con bastante claridad que aceptaba las tesis sobre la táctica sólo por una razón contingente de organización del partido, pero que era partidario del frente único hasta su conclusión normal, el gobierno obrero. Por lo demás, el conjunto de las tesis de Roma no se había discutido nunca a fondo en el partido, y en el congreso de Roma la cuestión estuvo bastante clara; si el ejecutivo no hubiera concluido con los delegados de la Comintern un compromiso por el cual las tesis se presentaban sólo a título consultivo y se hubieran retirado después del IV congreso, no es muy probable que la mayoría de los delegados hubiera votado por el ejecutivo. Puesta ante un ultimátum de la Comintern, la mayoría del congreso no habría vacilado, sino que se habría mantenido en su tradición de fidelidad a la Internacional. Desde luego que así habría hecho yo, y conmigo las delegaciones piamontesas, con las que tuve una reunión tras el discurso de Kolarov y con las que estaba de acuerdo sobre estos puntos: impedir a la minoría que conquistara el partido por sorpresa, pero no dar al voto una significación que rebasara la cuestión organizativa.

*La concepción del manifiesto.* Aparte de esas cuestiones más o menos jurídicas, sostengo que ha llegado el momento de dar al partido una orientación distinta de la que ha tenido hasta ahora. Empieza una nueva fase de la história no sólo de nuestro partido, sino también de nuestro país. Por tanto, hay que entrar en una fase de mayor claridad en las relaciones internas de partido y en las relaciones entre el partido y la Internacional. No quiero extenderme demasiado y trataré sólo algunos puntos, con la esperanza de que basten para iluminar también las cuestiones omitidas.

Uno de los errores más graves que han caracterizado y caracterizan aún la actividad de nuestro partido puede resumirse con las mismas palabras con que se expresa la segunda tesis sobre la

manifiesto de la fracción comunista del PSI (29 de noviembre de 1920): Bombacci, Bordiga, Fortichiari, Gramsci, Misiano, Polano, Repossi, Terracini. [E.]

táctica: "Sería erróneo considerar esos dos factores, la conciencia y la voluntad, como facultades que puedan obtenerse y deban exigirse por y de los individuos, pues sólo se realizan por la integración de la actividad de muchos individuos en un organismo colectivo unitario".

Ese concepto, que es verdadero si se refiere a la clase obrera, es equivocado y sumamente peligroso si se refiere al partido. Antes de Livorno era el concepto de Serrati,* el cual sostenía que el partido en su conjunto era revolucionario aunque coexistieran en él socialistas de todo pelo y color. En el congreso de escisión de la socialdemocracia rusa ese concepto era el sostenido por los mencheviques, los cuales decían que cuenta el partido en su conjunto, y no sus diversos individuos. Para éstos, basta conque declaren que son socialistas. En nuestro partido esa concepción ha determinado sólo parcialmente el peligro oportunista. Pues no se puede negar que la minoría ha nacido y ha conseguido prosélitos por falta de discusión y de polémica dentro del partido, o sea, por no haber dado importancia a los camaradas individuales y por no haber intentado orientarlos algo más concretamente de lo que puede hacerse con las resoluciones y disposiciones taxativas. Pero en nuestro partido ha habido que lamentar otro aspecto del peligro: la esterilización de toda la actividad de los individuos, la pasividad de la masa del partido, la estúpida seguridad de que ya había quien pensaba y curaba de todo. Esta situación ha tenido gravísimas repercusiones en el campo organizativo. Le ha faltado al partido la posibilidad de elegir con criterios racionales los elementos de confianza a los cuales encargar determinados trabajos. La elección se ha hecho empíricamente, según los conocimientos personales de los diversos dirigentes, y ha recaído las más de las veces en elementos que no gozaban de la confianza de las organizaciones locales y que, por tanto, eran saboteados. Añádase a eso que el trabajo realizado no se controlaba sino en parte mínima, con lo cual se produjo en el partido una separación verdadera entre las masas y los dirigentes. Esta situación sigue existiendo y me parece cargada de peligros innumerables. Durante mi estancia en Moscú no he encontrado uno solo de los emigrados políticos —y proceden de los lugares más dispares de Italia y se encuentran entre los elementos más activos— que comprendiera la posición de nuestro partido y que no criticara duramente al comité central, aun haciendo, naturalmente, las más amplias protestas de disciplina y obediencia. El error del partido ha consistido en poner

* Giacinto Menotti Serrati, 1872-1926. Dirigente "intransigente" del PSI. Varias veces encarcelado desde su juventud. Exiliado en Francia, Estados Unidos, Suiza. Director del *Avanti!* Único miembro de la delegación italiana relativamente favorable a las tesis de Lenin en la conferencia de Kienthal. Pasó al PC d'I, una vez fracasados los intentos de fusión con el grueso del PSI. Murió mientras se dirigía a una reunión clandestina del PC d'I, el 11 de mayo de 1926. [E.]

en primer plano y abstractamente el problema de la organización, lo cual, además, ha significado sólo la creación de un aparato de funcionarios ortodoxos para con la concepción oficial. Se creía y se sigue creyendo que la revolución depende sólo de la existencia de un aparato así, y se llega incluso a creer que esa existencia puede determinar la revolución.

El partido ha carecido de actividad orgánica de agitación y de propaganda, la cual habría debido merecernos, en cambio, la mayor preocupación, y facilitar la formación de verdaderos especialistas en este campo. No se ha intentado suscitar en las masas y en toda ocasión la posibilidad de expresarse en el mismo sentido que el partido comunista. Todo acontecimiento, toda conmemoración de carácter local, nacional o mundial habrían tenido que servir para agitar a las masas a través de las células comunistas, poniendo a votación mociones, difundiendo octavillas. La deficiencia no es causal. El partido comunista ha sido hasta contrario a la formación de células de fábrica. Toda participación de las masas en la actividad y en la vida interna del partido que no fuera la de las grandes ocasiones y por orden formal del centro se ha visto como un peligro para la unidad y para la centralización. No se ha concebido el partido como resultado de un proceso dialéctico en el cual convergen el movimiento espontáneo de las masas revolucionarias y la voluntad organizativa y directiva del centro, sino como un algo en el aire que se desarrolla por sí mismo y en sí mismo, y al cual llegarán las masas cuando la situación sea propicia y la cresta de la oleada revolucionaria alcance su altura, o bien cuando el centro del partido considere que debe abrir una ofensiva y se incline hasta las masas para estimularlas y llevarlas a la acción. Puesto que las cosas no suceden así, era natural que se formaran sin saberlo en el centro núcleos de infección oportunista. Y éstos tenían su reflejo en el grupo parlamentario, y luego lo tuvieron de forma más orgánica en la minoría.

Esta concepción ha influido en la cuestión de la fusión.* La pregunta constantemente dirigida a la Comintern era: ¿Se cree que nuestro partido se encuentra aún en el estadio de la nebulosa o que es ya una formación plena? La verdad es que el partido no está nunca ni estará nunca definido definitivamente. Sólo estará definido cuando sea la totalidad de la población, o sea, cuando el partido haya desaparecido. Hasta su desaparición por haber conseguido los objetivos máximos del comunismo, atravesará toda una serie de fases transitorias y absorberá sucesivamente elementos nuevos en las dos formas históricamente posibles: por adhesión individual o por adhesión de grupos más o menos grandes. La

* Fusión del PCd'I, con el PSI cuando éste se hubiera separado de su derecha (Turati). La IC insistió en esta política fusionista desde el III congreso, de acuerdo con su política de alianzas. [E.]

situación se dificultaba todavía más para nuestro partido por las disensiones con la Comintern. Si la Internacional es un partido mundial, aunque sea entendiendo eso con muchos granos de sal, es evidente que el desarrollo del partido y las formas que puede asumir dependen de dos factores, y no sólo de uno.

O sea: dependen no sólo del ejecutivo nacional, sino también, y especialmente, del ejecutivo internacional, que es el más fuerte. Para sanear la situación y conseguir dar al desarrollo de nuestro partido el impulso que desea Amadeo, sería necesario conquistar el ejecutivo internacional, o sea, convertirse en la palanca de toda una posición. Políticamente se llega a ese resultado, y es natural que el ejecutivo internacional intente romper la columna vertebral al ejecutivo italiano.

Amadeo tiene su concepción de todo eso, y en su sistema todo es lógicamente coherente y consecuente. Él piensa que la táctica internacional manifiesta reflejos de la situación rusa, o sea, que ha nacido en el terreno de una civilización capitalista atrasada y primitiva. Para él esa táctica es sumamente voluntarista y teatral, porque sólo con un extremo esfuerzo de la voluntad se podía obtener de las masas rusas una actividad revolucionaria, que no estaba determinada por la situación histórica. Piensa que para los países más desarrollados de Europa central y occidental esa táctica es inadecuada o incluso inútil. En estos países el mecanismo histórico funciona en su opinión según todos los carismas marxistas: se da la determinación que faltaba en Rusia y, por tanto, la tarea absorbente tiene que consistir en organizar el partido en sí y por sí. Yo, en cambio, creo que la situación es muy distinta. En primer lugar, porque la concepción política de los comunistas rusos se ha formado en un terreno internacional, y no en el nacional; en segundo lugar, porque en la Europa central y occidental el desarrollo del capitalismo ha determinado no sólo la formación de amplios estratos proletarios, sino también, y por lo mismo, la aristocracia obrera, con sus anexos de burocracia sindical y de grupos socialdemócratas. La determinación, que en Rusia era directa y lanzaba las masas a la calle, al asalto revolucionrio, en Europa central y occidental se complica con todas estas sobrestructuras políticas creadas por el superior desarrollo del capitalismo, hace más lenta y más prudente la acción de las masas y exige, por tanto, al partido revolucionario toda una estrategia y una táctica mucho más complicadas y de más respiro que las que necesitaron los bolcheviques en el período comprendido entre marzo y noviembre de 1917. Una cosa es que Amadeo tenga su concepción e intente su triunfo no sólo a escala nacional, sino también a escala internacional: él está convencido y lucha con mucha habilidad y con mucha elasticidad para obtener sus finalidades, para no comprometer sus tesis, para retrasar una sanción de la Comintern que le impidiera seguir hasta enlazar con el período histórico en el cual la revolución en Europa occidental y central

quite a Rusia el carácter hegemónico que hoy tiene. Pero es otra cosa muy distinta el que nosotros, que no estamos convencidos de la historicidad de esa concepción, sigamos apoyándola políticamente y dándole, por tanto, todo su valor internacional. Amadeo se sitúa en la posición de una minoría internacional. Nosotros tenemos que situarnos en la de una mayoría nacional. Por eso no podemos admitir que el gobierno del partido se confíe a representantes de la minoría* por el hecho de que éstos estén de acuerdo con la Internacional; no podemos admitirlo ni siquiera en el caso de que, tras la discusión abierta del manifiesto, la mayoría del partido siga apoyando a los actuales dirigentes. En mi opinión éste es el punto central que ha de determinar políticamente nuestra actitud. Si estuviéramos de acuerdo con las tesis de Amadeo, tendríamos que plantearnos, naturalmente, el problema de si, teniendo con nosotros la mayoría del partido, conviene seguir dentro de la Internacional, dirigidos nacionalmente por la minoría para dar tiempo al tiempo y llegar a invertir la situación que nos da la razón teóricamente, o si, por el contrario, convendría romper con la Internacional. Pero el hecho es que no estamos de acuerdo con las tesis de Amadeo, y entonces firmar el manifiesto significa cargar con toda la responsabilidad de este equívoco: si se obtiene la mayoría para las tesis de Amadeo, aceptar la dirección de la minoría nosotros que no estamos de acuerdo con esas tesis y que podríamos, por tanto, resolver orgánicamente la situación; y si las tesis de Amadeo se quedan en minoría, quedar nosotros también en minoría, cuando por nuestras concepciones estaríamos de acuerdo con esa mayoría que se pondría del lado de la Internacional. Eso significaría en cualquier caso nuestra liquidación política, y el separarnos entonces de Amadeo, como consecuencia de una situación así, tendría el aspecto más antipático y odioso.

*Indicaciones para el trabajo futuro.* No quiero ser muy extenso en esta parte, que requeriría mucho espacio para tratarla adecuadamente.

Me contentaré con algunas indicaciones. El futuro trabajo del partido tendrá que renovarse en sus dos aspectos, el organizativo y el político.

En el terreno organizativo, creo que es necesario dar importancia al comité central y hacer que trabaje más, dentro de lo posible en esta situación. Creo que es necesario fijar mejor las relaciones que debe haber entre los varios organismos de partido, definiendo más exacta y rigurosamente la división del trabajo y la fijación de las responsabilidades. Deben crearse dos órganos y dos actividades nuevas: una comisión de control, constituida predominantemente con obreros veteranos, para juzgar en última instancia los litigios que no tengan repercusión política directa y

* Minoría: la fracción derechista encabezada por Tasca y Graziadei. [E.]

para los cuales, por tanto, no sea necesaria la intervención inmediata del ejecutivo; la comisión debe examinar constantemente la situación de los miembros del partido para las revisiones periódicas. Un comité de agitación y propaganda que debe recoger todo el material local y nacional necesario y útil para el trabajo de agitación y propaganda del partido. Este comité debe estudiar las situaciones locales, proponer agitaciones, redactar manifiestos y tesis para orientar el trabajo de los organismos locales; tiene que apoyarse en toda una organización nacional cuyo núcleo constitutivo será el barrio para los grandes centros urbanos y el ayuntamiento en el campo; tiene que empezar su trabajo partiendo de un censo de los militantes del partido, los cuales deben dividirse para las diversas finalidades de la organización y según la antigüedad y los cargos que hayan desempeñado, la capacidad que hayan demostrado y también, evidentemente, las dotes morales y políticas.

Habrá que establecer una precisa división de trabajo entre el ejecutivo y el buró político. Hay que establecer responsabilidades precisas y competencias bien definidas que no puedan violarse sin graves sanciones disciplinarias. Creo que éste es uno de los puntos más débiles de nuestro partido y el que más ha probado que el centralismo instaurado era más una formalidad burocrática y una confusión vulgar de las responsabilidades y las competencias que un riguroso sistema organizativo.

En el terreno político hay que fijar con exactitud las tesis sobre la situación italiana y sobre las fases posibles del ulterior desarrollo. En 1921-1922 el partido tenía la siguiente concepción oficial: que era imposible la instauración de una dictadura fascista o militar; con gran dificultad conseguí impedir que esa concepción tuviera que aparecer por escrito, cuando logré que se modificaran fundamentalmente las tesis 51 y 52 sobre la táctica. Ahora me parece que se está cayendo en otro error íntimamente relacionado con el de entonces. Entonces no se daba importancia a la oposición sorda y latente de la burguesía industrial contra el fascismo, ni se pensaba que fuera posible un gobierno socialdemócrata, sino sólo una de estas tres soluciones: dictadura del proletariado (solución menos probable), dictadura del estado mayor por cuenta de la burguesía industrial y de la corte, dictadura del fascismo; esta concepción ha atado nuestra acción política y nos ha llevado a muchos errores. Ahora se ignora de nuevo la naciente posición de la burguesía industrial, y especialmente de la oposición que se dibuja en el Sur con un carácter más resueltamente territorial y provocando, por tanto, la aparición de algunos aspectos de la cuestión nacional. Predomina la opinión de que la recuperación proletaria no puede ni tiene que producirse más que en beneficio de nuestro partido. Yo creo, en cambio, que en el momento en que se produzca esa recuperación nuestro partido seguirá siendo minoritario, que la mayoría de la clase obrera se-

guirá a los reformistas, y que los burgueses demócratas liberales tendrán todavía mucho qué decir. No dudo de que la situación es activamente revolucionaria ni de que, por tanto, nuestro partido conseguirá esa mayoría en un tiempo determinado; pero ese período, que acaso no sea largo cronológicamente, será, sin duda, denso en fases suplementarias que tendremos que prever con una cierta exactitud para poder maniobrar y para no caer en errores que prolonguen los sufrimientos del proletariado.

Creo, además, que el partido tiene que plantearse prácticamente algunos problemas que no se han considerado nunca y cuya solución se ha confiado a los elementos que estaban directamente relacionados con ellos. El problema de la conquista del proletariado milanés es un problema nacional de nuestro partido, que debe resolverse con todos los medios que el partido tenga a su disposición, y no sólo con los de la organización de Milán. Por eso hay que llevar a Milán elementos obreros de otras ciudades, introducirles en las fábricas, enriquecer la organización legal e ilegal de Milán con los mejores elementos de toda Italia. Creo, así a ojo, que hay que introducir en el cuerpo obrero de Milán por lo menos un centenar de camaradas dispuestos a trabajar a vida o muerte por el partido. Otro problema de este tipo es el de los trabajadores del mar, íntimamente relacionado con el problema de la escuadra de guerra. Italia vive del mar; no ocuparse del problema marinero como de uno de los más esenciales, como un problema al que el partido debe dedicar la mayor atención, significaría no pensar concretamente en la revolución. Cuando pienso que por mucho tiempo el dirigente de nuestra política entre los marineros ha sido un chiquillo como el hijo de Caroti se me pone carne de gallina. Otro problema es el de los ferroviarios, que siempre hemos considerado desde un punto de vista estrictamente sindical, cuando en realidad trasciende esa cualidad y es un problema nacional y político de primer orden. Cuarto y último de estos problemas es el del sur, que hemos ignorado como lo ignoraban los socialistas, creyendo que puede resolverse dentro del ámbito normal de nuestra actividad política general. Siempre he estado convencido de que el sur se convertiría en la tumba del fascismo, pero creo que será, además, la mayor reserva y la plaza de armas de la reacción nacional e internacional, si antes de la revolución no estudiamos adecuadamente sus problemas y si no estamos preparados para todo.

Creo haberos dado una idea bastante clara de mi posición y las diferenciaciones que existen entre ella y la que se desprende del manifiesto. Como pienso que vosotros estáis en gran parte de acuerdo con mi posición, en la cual hemos coincidido y por no poco tiempo, espero que tendréis todavía la posibilidad de decidir de otro modo del que estábais a punto de hacerlo.

Con los saludos más fraternales,

MASCI

AL CE DEL PCI

Queridos camaradas,

En la última sesión del Pres. [Presidium de la Internacional Comunista] se decidió que en Italia sea publicado un cotidiano obrero redactado por el CE, al que podrán dar su colaboración política los terzinternazionalisti [partidarios de la Tercera Internacional] excluidos del PS [Partido Socialista Italiano]. Quiero trasmitirles mis impresiones y opiniones al respecto.

Creo que, dada la situación italiana, es muy útil y necesario que el periódico sea confeccionado de modo tal de asegurar su existencia legal por el mayor de los tiempos posibles. Así, no sólo el periódico no deberá tener indicación alguna de partido, sino que deberá ser redactado de modo que su dependencia de hecho de nuestro partido no aparezca con demasiada claridad. Deberá ser un periódico de izquierda, de la izquierda obrera que sigue fiel al programa y a la táctica de la lucha de clases, que publicará las actas y discusiones de nuestro partido, como lo hará posiblemente también con las actas y las discusiones de los anarquistas, de los republicanos, o de los sindicalistas y dará su juicio con un tono desinteresado, como si tuviera una posición superior a la lucha y se colocara desde un punto de vista "científico". Comprendo que no es muy fácil fijar todo esto en un programa escrito; pero la importancia no está en fijar un programa escrito, sino sobre todo en asegurarle al propio partido que en el campo de las izquierdas obreras tiene históricamente una posición dominante, una tribuna legal que le permita llegar a las más vastas masas con continuidad y en forma sistemática.

Los comunistas y los serratianos colaborarán en el periódico manifiestamente, es decir firmando los artículos con nombres de elementos conocidos, según un plan político, que tenga en cuenta mes por mes, y diría semana por semana, la situación general del país y de las relaciones que se desarrollan entre las fuerzas sociales italianas. Será preciso estar atentos a los serratianos, que *tenderán a transformar el periódico en un órgano de fracción en* la lucha contra la dirección del PS. Será preciso ser muy severos frente a esto e impedir toda degeneración. La polémica se hará necesariamente, pero con espíritu político, no de secta, y dentro de ciertos límites. Será preciso estar en guardia contra las tentativas de crearle una situación "económica" a Serrati, que está desocupado y muy probablemente será propuesto por sus compañeros como redactor ordinario. Serrati colaborará firmando y no firmando; sus artículos firmados deberán sin embargo ser fijados en una cierta medida y los no firmados deberán ser aceptados por nuestro CE. Será necesario encarar con los socialistas o mejor con el espíritu socialista de Serrati, Maffi, etc., polémicas de principio que serán útiles para reafirmar la conciencia comunista de las

masas y para preparar aquella unidad y homogeneidad de partido que habrá menester después de la fusión para evitar una recaída en la caótica situación de 1920.

Yo propongo como título *l'Unità* puro y simple, que tendrá un significado para los obreros y otro significado más general, porque creo que después de la decisión del Ejecutivo Ampliado [de la Internacional Comunista] sobre el gobierno obrero y campesino, nosotros debemos dar una importancia especial a la cuestión meridional, es decir a la cuestión en la cual el problema de las relaciones entre obreros y campesinos se plantea no sólo como un problema de relación de clases, sino también y especialmente como un problema territorial, es decir como uno de los aspectos de la cuestión nacional.

Personalmente creo que la consigna "gobierno obrero y campesino" debe ser adaptada en Italia del siguiente modo: "República federal de los obreros y campesinos". No sé si el momento actual es favorable para esto, pero creo no obstante que la situación que el fascismo va creando y la política corporativa y proteccionista de los confederales conducirá a nuestro partido a esta consigna. Estoy preparando al respecto un informe para ustedes que deberán discutir y examinar. Si resulta útil, después de algunos números podrá iniciarse en el periódico una polémica con pseudónimos y observar qué repercusiones tiene en el país y en los estratos de izquierda de los populares y de los democráticos que representan las tendencias reales de la clase campesina y han tenido siempre en su programa la consigna de la autonomía local y de la descentralización. Si ustedes aceptan la propuesta del título: *l'Unità,* dejarán el campo libre para la solución de estos problemas y el título será una garantía contra las degeneraciones autonomistas y contra las tentativas reaccionarias de dar interpretaciones tendenciosas y policiales a las campañas que se podrán hacer. Por lo demás, creo que el régimen de los soviets, con su centralización política dada por el partido comunista y con su descentralización administrativa y su vitalización de las fuerzas populares locales, encuentra una óptima preparación ideológica en la consigna: República federal de los obreros y campesinos.

Saludos comunistas,

ANTONIO GRAMSCI

## CONTRA EL PESIMISMO

No puede existir ninguna manera mejor de conmemorar el V aniversario de la Internacional Comunista, de la gran asociación mundial de la que nosotros, revolucionarios italianos, nos sentimos más que nunca parte activa e integrante, que el hacer un examen de conciencia, un examen de lo poquísimo que hemos he-

cho y del inmenso trabajo que todavía debemos realizar, contribuyendo así a aclarar nuestra situación, contribuyendo especialmente a disipar esta oscura y pesada nube de pesimismo que oprime a los militantes más calificados y responsables y que representa un peligro, el más grande quizá del momento actual, por sus consecuencias de pasividad política, de pesadez intelectual, de escepticismo hacia el porvenir.

Este pesimismo está estrechamente ligado a la situación general de nuestro país; la situación lo explica, pero no lo justifica naturalmente. ¿Qué diferencia existiría entre nosotros y el Partido Socialista, entre nuestra voluntad y la tradición del Partido Socialista, si también nosotros supiésemos trabajar y fuésemos activamente optimistas sólo en los períodos de vacas gordas, cuando la situación es propicia, cuando las masas trabajadoras se mueven espontáneamente, por impulso irresistible y los partidos proletarios pueden acomodarse en la brillante posición de la abeja en el panal? ¿Qué diferencia existiría entre nosotros y el Partido Socialista, si también nosotros, aun partiendo de otras consideraciones, de otros puntos de vista, aun teniendo un mayor sentido de responsabilidad y demostrando tenerlo con la preocupación de aprestar fuerzas organizativas y materiales idóneos para hacer frente a cualquier eventualidad, nos abandonásemos al fatalismo, nos arrulláramos en la dulce ilusión de que los acontecimientos no pueden sino desarrollarse según una determinada línea de desarrollo, la prevista por nosotros, en la cual encontrarán infaliblemente el sistema de diques y canales predispuesto por nosotros, canalizándose y tomando forma y potencia histórica en él? Este es el nudo del problema que se presenta muy enredado, porque la pasividad aparece exteriormente como trabajo diligente, porque parece que se trata de una línea de desarrollo, de una veta en la que los obreros sudan y se fatigan excavando meritoriamente.

La Internacional Comunista se fundó el 5 de marzo de 1919, pero su formación ideológica y orgánica se verificó tan sólo en el segundo congreso, en julio-agosto de 1920, con la aprobación del estatuto de las veintiún condiciones. Desde el segundo congreso comienza en Italia la campaña para el resaneamiento del Partido Socialista, comienza en escala nacional, porque ya había sido iniciada en marzo precedente por la sección de Turín con la moción que se iba a presentar en la inminente conferencia nacional del partido que precisamente debía celebrarse en Turín, campaña que sin embargo no había encontrado repercusiones importantes (en la conferencia de Florencia de la fracción abstencionista, celebrada en julio de 1920, antes del segundo congreso, fue rechazada la proposición hecha por un representante de *L'Ordine Nuovo* de ampliar la base de la fracción, convirtiéndola en comunista, sin la limitación abstencionista que prácticamente había perdido gran parte de su razón de ser). El Congreso de Livorno, la escisión durante dicho congreso, fueron ligados al segundo congreso de la

Internacional, a sus veintiún condiciones, fueron presentadas como una conclusión necesaria de las deliberaciones formales del segundo congreso. Este fue un error y hoy podemos valorar toda su extensión debido a las consecuencias que ha tenido. En verdad las deliberaciones del segundo congreso eran la interpretación viva de la situación italiana, como de toda la situación mundial, pero nosotros, por una serie de razones, no nos movimos para nuestra acción, partiendo de lo que sucedía en Italia, de los hechos italianos que daban razón al segundo congreso, que eran una parte y de las más importantes de la sustancia política que animaba las decisiones y las medidas organizativas tomadas por el segundo congreso; nosotros nos limitamos a insistir sobre las cuestiones formales, de pura lógica, de pura coherencia, y fuimos derrotados, porque la mayoría del proletariado organizado políticamente nos juzgó equivocados, no vino con nosotros, a pesar de que teníamos de nuestra parte la autoridad y el prestigio de la Internacional que eran grandísimos y en los cuales nos habíamos confiado. No habíamos sabido conducir una campaña sistemática tal, que nos pusiera en grado de alcanzar y obligar a la reflexión a todos los núcleos y los elementos constituyentes del partido socialista, no habíamos sabido traducir al lenguaje comprensible de todo obrero y campesino italiano el significado de cada uno de los acontecimientos italianos de los años 1919-1920; no habíamos sabido, después de Livorno, poner el problema de por qué el congreso había tenido aquella conclusión, no habíamos sabido poner el problema prácticamente, de manera de encontrar la solución, de manera de continuar con nuestra específica misión que era la de conquistar la mayoría del proletariado. Fuimos, es necesario decirlo, arrastrados por los acontecimientos, fuimos, sin quererlo, un aspecto de la disolución general de la sociedad italiana, convertida en horno incandescente donde todas las tradiciones, todas las formaciones históricas, todas las ideas prevalecientes se fundían a veces sin residuo: tenían una autojustificación a la que tenazmente nos adheríamos, que ninguno se salvaba, que nosotros podíamos decir que habíamos previsto matemáticamente el cataclismo, cuando los otros se arrullaban en la más beata e idiota de las ilusiones.

Entramos, después de la escisión de Livorno en un estado de necesidad. Sólo podemos dar esta justificación de nuestras actitudes, de nuestra actividad después de la escisión de Livorno: la necesidad que surgía crudamente, en la forma más exasperada, en el dilema de vida o muerte. Debimos organizarnos como partido en el fuego de la guerra civil, cimentando nuestras acciones con la sangre de los devotos militantes; tuvimos que trasformar a nuestros grupos, en el hecho mismo de su constitución, de su enrolamiento, en destacamentos para la guerrilla, para la más atroz y difícil de las guerrillas en la que jamás clase obrera alguna tuvo que combatir. Sin embargo lo logramos: el partido se constituyó

y se constituyó fuertemente; es una falange de acero, demasiado pequeña ciertamente para entrar en lucha contra las fuerzas adversarias, pero suficiente para convertirse en la armadura de una más vasta formación, de un ejército que, para servirse del lenguaje histórico italiano, logre hacer que siga la batalla de Piave a la derrota de Caporetto.

He aquí el problema actual que se nos presenta inexorablemente: constituir un gran ejército para las próximas batallas, constituirlo encuadrándolo en las fuerzas que desde Livorno hasta hoy han demostrado saber resistir sin duda y sin retrocesos el ataque desencadenado violentamente por el fascismo. El desarrollo de la Internacional Comunista después del segundo congreso nos ofrece el terreno apto para ello, interpreta, una vez más —con las deliberaciones del tercero y del cuarto congreso, deliberaciones sumadas a las de las reuniones de los ejecutivos ampliados de febrero y junio de 1922 y de junio de 1923— la situación, y las necesidades de la situación italiana. La verdad es que nosotros, como partido, hemos dado ya algunos pasos adelante en esta dirección: no nos queda más que tomar conciencia de ellos y continuar decididamente. ¿En efecto, qué significado tienen los acontecimientos habidos en el seno del Partido Socialista, con la escisión de los reformistas en un primer tiempo, con la exclusión del grupo de redactores de *Páginas Rojas* en un segundo tiempo, y con el intento de excluir a toda la fracción tercer-internacionalista, en un tercero y último tiempo? Tienen este significado preciso: que mientras nuestro partido estaba obligado, como sección italiana, a limitar su actividad a la lucha física de defensa contra el fascismo y a la conservación de su estructura primordial, como partido internacional, actuaba y seguía actuando para abrir vías nuevas hacia el futuro, para ampliar el radio de su influencia política, para hacer salir de la neutralidad a una parte de la masa que antes miraba indiferente o titubeante. La acción de la Internacional durante algún tiempo fue la única que permitió a nuestro partido tener un contacto eficaz con amplias masas, que conservó un fermento de discusión y un principio de movimiento en capas importantes de la clase obrera que era imposible para nosotros, en la situación dada, alcanzar de otra manera. Indudablemente que fue un gran éxito el haber arrancado del Partido Socialista algunos bloques, haber obtenido cuando la situación parecía peor, que se constituyeran núcleos, a partir de la amorfa gelatina socialista, que afirmaban tener fe no obstante todo en la revolución mundial, grupos que, con los hechos si no es que con las palabras que parecen quemar más que los hechos, reconocían haberse equivocado en 1920-1921-1922. Ha sido esta una derrota del fascismo y de la reacción: ha sido si queremos ser sinceros, la única derrota física e ideológica del fascismo y de la reacción en estos tres años de historia italiana.

Es necesario reaccionar enérgicamente contra el pesimismo de

algunos grupos de nuestro partido, aun de los más responsables y calificados. Eso representa en este momento, el más grave peligro, en la nueva situación que se está formando en nuestro país y que encontrará su sanción y clarificación en la primera legislatura fascista. Se aproximan grandes luchas, quizá más sangrientas y duras que las de los años pasados: por tanto, es necesaria la máxima energía en nuestros dirigentes, la máxima organización y centralización de la masa del partido, un gran espíritu de iniciativa y una grandísima rapidez en las decisiones. El pesimismo toma prevalentemente este tono: regresamos a una situación pre-Livorno, deberemos rehacer el mismo trabajo que hemos hecho antes de Livorno y que creíamos definitivo. Es necesario demostrar a cada compañero cómo esta posición está equivocada política y teóricamente. Ciertamente que se necesitará todavía luchar fuertemente: claro que la tarea del núcleo fundamental de nuestro partido que se constituyó en Livorno no ha terminado y no terminará durante un período todavía (será todavía viva y actual aun después de la revolución victoriosa). Pero no nos encontraremos otra vez en una situación pre-Livorno, porque la situación mundial e italiana no es en 1924, igual a la de 1920, porque nosotros mismos no somos aquellos de 1920 y no queremos volver a serlo nunca más. Porque la clase obrera italiana ha cambiado mucho y no será la cosa más simple de este mundo hacer que vuelva a ocupar las fábricas con tubos de estufa por cañones, después de haberle aturdido las orejas y removido la sangre con la torpe demagogia de las fieras maximalistas. Porque existe nuestro partido, que es algo y que ha demostrado ser algo, y en el cual nosotros tenemos una confianza ilimitada, como en la parte mejor, más sana, más honesta del proletariado italiano.

(*L'Ordine Nuovo* —quincenal— 15 de marzo de 1924).

## EL PROGRAMA DE "L'ORDINE NUOVO"

Comencemos con una comprobación material: los primeros dos números ya salidos de *L'Ordine Nuovo* tuvieron una difusión (una difusión efectiva) que fue superior a la más alta difusión lograda en los años 1919-1920. Muchas consecuencias se podrían sacar de esta comprobación. Apuntamos sólo dos: 1] que una publicación del tipo de *L'Ordine Nuovo* representa una necesidad fuertemente sentida por la masa revolucionaria italiana en la actual situación, 2] que es posible asegurar a *L'Ordine Nuovo* las condiciones de una vida financieramente autónoma del presupuesto general de nuestro partido; para ello es necesario tan sólo organizar el consenso que se verificó espontáneamente, organizarlo para que tenga manera de continuar manifestándose aun si la reacción,

como es probable, quisiera intervenir para sofocarlo, para impedir toda ligazón entre *L'Ordine Nuovo* y sus lectores, o incluso para no permitir que la publicación sea impresa en Italia.

La difusión lograda por los primeros dos números no puede sino depender de la posición que *L'Ordine Nuovo* había asumido en los primeros años de su publicación y que consistía esencialmente en esto: 1] en haber sabido traducir a un lenguaje histórico italiano los principales postulados de la doctrina y de la táctica de la Internacional Comunista. En los años 1919-1920 esto significó la consigna de los consejos de fábrica y del control sobre la producción, es decir la organización de masa de todos los productores para la expropiación de los expropiadores, para la sustitución de la burguesía por el proletariado en el gobierno de la industria y por tanto, necesariamente, del estado. 2] en haber sostenido en el seno del Partido Socialista, que entonces significaba la mayoría del proletariado, el programa integral de la Internacional Comunista y no sólo una parte de él. Por ello, en el segundo congreso mundial, el compañero Lenin dijo que el grupo de *L'Ordine Nuovo* era la única tendencia del partido socialista que representaba fielmente a la Internacional en Italia; por eso aun las tesis compiladas por la redacción de *L'Ordine Nuovo* y presentadas en el consejo nacional de Milán de abril de 1920 por la sección de Turín, fueron indicadas explícitamente por el segundo congreso de la Internacional como base para la reorganización revolucionaria en Italia.

Nuestro programa actual debe reproducir en la situación hoy existente en Italia, la posición asumida en los años 1919-1920, debe reflejar la situación objetiva actual, con las posibilidades que se ofrecen al proletariado para una acción autónoma, de clase, independiente; debe continuar, en los términos políticos actuales, la tradición de intérprete fiel e integral del programa de la Internacional Comunista. El problema urgente, la consigna necesaria hoy es la del gobierno obrero y campesino: se trata de popularizarla, de adaptarla a las condiciones concretas italianas, de demostrar cómo se deduce de todo episodio de nuestra vida nacional, cómo resume y contiene en sí todas las reivindicaciones de la multiplicidad de partidos y de tendencias en que el fascismo ha disgregado la voluntad política de la clase obrera y especialmente de las masas campesinas. Esto naturalmente no significa que debamos descuidar las cuestiones más propiamente obreras e industriales, al contrario. También en Italia la experiencia ha demostrado la importancia que en el período actual han asumido las organizaciones de fábrica; desde la célula de partido hasta la comisión interna, es decir la representación de toda la masa. Por ejemplo, creemos que hoy no existe ni siquiera un reformista que quiera sostener que en las elecciones de fábrica tienen derecho al voto solamente los que estén organizados; quien quiera que se acuerde de las luchas que fue necesario conducir

alrededor de este punto, tiene un elemento para medir el progreso que la experiencia ha obligado a realizar también a los reformistas. Todos los problemas de la organización de fábrica serán por tanto puestos otra vez a discusión por nosotros. Porque sólo a través de una potente organización del proletariado, lograda con todos los sistemas posibles en un régimen de reacción, a través de la campaña para el gobierno obrero y campesino, puede no transformarse en una repetición de la ocupación de las fábricas.

En el artículo contra el pesimismo publicado en el número pasado hemos esbozado la línea que nuestro partido debe tener en sus relaciones con la Internacional Comunista. Este artículo, no fue la expresión de un solo individuo, sino el resultado de todo un trabajo de conjunto y de intercambio de opiniones entre viejos redactores y amigos de *L'Ordine Nuovo*; más que un inicio fue por tanto el resultado del pensamiento de un grupo de compañeros, a los que no se puede negar ciertamente que conozcan por experiencia directa y por larga costumbre de trabajo activo, las necesidades de nuestro movimiento. El artículo suscitó algunas reacciones que no nos han maravillado, porque es ineluctable, que tres años de terrorismo y por tanto de ausencia de grandes discusiones, han creado, aun entre compañeros muy buenos, un cierto espíritu sectario de fracción. Esta comprobación podría dar lugar a toda una serie de consecuencias; la más importante nos parece la de la necesidad de todo un trabajo por hacer para que las masas de nuestro partido alcancen un nivel político igual al alcanzado por los más grandes partidos de la Internacional. Nosotros somos hoy, por las condiciones creadas por el terror blanco, relativamente un pequeño partido; pero debemos considerar nuestra organización actual, dadas las condiciones en que vive y se desarrolla como el elemento destinado a encuadrar un gran partido de masas. Desde este punto de vista debemos ver todos nuestros problemas y juzgar a los compañeros en lo individual. Se compara a menudo el período fascista al período de la guerra. Y bien: una de las debilidades del Partido Socialista fue la de no haber cuidado durante la guerra al núcleo de veinte-veinticinco mil socialistas que habían permanecido fieles, de no haberlo considerado como el elemento organizador de la gran masa que debería afluir después del armisticio. Así sucedió que en 1919-1920 este núcleo fue sumergido por el flujo de los nuevos elementos y junto con él, fue sumergida la práctica organizativa, la experiencia adquirida por la clase obrera en los años más negros y duros. Seríamos criminales si cayéramos en el mismo error. Cada uno de los miembros actuales del partido, debido a la selección que se ha verificado, debido a la fuerza de sacrificio que ha sido demostrada, nos debe ser especialmente estimado, debe ser ayudado a mejorarse por el centro responsable, ayudado a extraer de las experiencias atravesadas, todas las enseñanzas y todas las indicaciones pertinentes. En este sentido el *L'Ordine Nuovo* se propone realizar una

función especial en el cuadro general de la actividad de partido.

Se necesita por tanto organizar el consenso que ya se manifestó. Esta es la tarea, sobre todo de los viejos amigos y suscriptores de *L'Ordine Nuovo*. Ya decíamos que habrá que recoger 50 000 liras en seis meses, suma necesaria para garantizar la vida independiente de la publicación. Para este objetivo se necesita organizar un movimiento de 500 compañeros, cada uno de los cuales debe seriamente proponerse 100 liras en seis meses en el círculo de sus amigos y conocidos. Nosotros haremos una lista exacta de los que quieran colaborar en nuestra actividad: serán como nuestros pilares. La recolección de las aportaciones puede ser compuesta así: 1] aportaciones sueltas, de unos centavos o muchas liras, 2] suscripciones de sostenedores, 3] cuotas para sostener los gastos iniciales de un curso por correspondencia para organizadores y propagandistas del partido; estas cuotas no podrán ser menores de 10 liras y darán derecho a un número de lecciones, determinado por los gastos globales de impresión y envío.

A través de este mecanismo creo que podemos rehacer un aparato que sustituya al existente en 1919-1920 en régimen de libertad y por medio del cual el *L'Ordine Nuovo* se mantenía estrechamente en contacto con las masas en las fábricas y en los círculos obreros. El curso por correspondencia se debe convertir en la primera fase de un movimiento para la creación de escuelas de partido, aptas para formar organizaciones y propagandistas bolcheviques, no maximalistas, es decir que tengan cerebro además de pulmones y garganta. Por ello nos mantendremos en correspondencia con los mejores compañeros, para comunicarles las experiencias que en este campo se han hecho en Rusia y en otros países, para dirigirlos, para aconsejarles libros para leer y los métodos por aplicar. Creemos que en este sentido deben trabajar mucho, sobre todo los compañeros emigrados: dondequiera que haya un grupo de 10 compañeros en el extranjero, debe surgir una escuela de partido; los elementos más ancianos y más prácticos deben ser los instructores de estas escuelas, deben hacer partícipes a los más jóvenes de sus experiencias y contribuir a elevar el nivel político de la masa. Ciertamente que no es con estos medios pedagógicos como puede ser resuelto el gran problema histórico de la emancipación espiritual de la clase obrera; pero nosotros no nos proponemos la resolución utópica de este problema. Nuestra tarea se limita al partido, constituido por elementos que ya por el sólo hecho de haberse adherido a él, demostraron haber alcanzado un grado notable de emancipación espiritual: nuestra tarea es la de mejorar nuestros cuadros, de hacerlos más idóneos para afrontar las próximas luchas. Prácticamente estas luchas se presentarán en estos términos: la clase obrera, hecha prudente por la sangrienta reacción, desconfiará durante un cierto tiempo de los elementos revolucionarios, querrá verlos en el trabajo práctico, querrá probar la seriedad y la competencia. Debemos po-

nernos en grado de derrotar aun sobre este terreno a los reformistas, que indudablemente son el partido que tiene hoy los cuadros mejores y más numerosos. Si no intentamos eso no daremos nunca pasos adelante. Los viejos amigos de *L'Ordine Nuovo*, especialmente los que trabajaron en Turín en los años 1919-1920, comprenden bien toda la importancia de este problema, porque recuerdan cómo se logró en Turín eliminar a los reformistas de las posiciones organizativas, tan sólo después de que poco a poco se iban formando compañeros obreros capaces de trabajo práctico y no sólo de gritar: ¡Viva la revolución! Recuerdan también cómo en 1921 no fue posible quitar a los oportunistas algunas posiciones importantes como en Alejandría, Biella o Vercelli, porque no teníamos elementos organizados a la altura de las tareas; nuestras mayorías en estos centros se dispersaron por nuestra debilidad organizativa. Y viceversa: en algunos centros, por ejemplo Venecia, bastó un solo elemento capaz para hacernos conquistar la mayoría después de un eficiente trabajo de proganda y organización de las células de fábrica y de sindicato. La experiencia de todos los países ha demostrado esta verdad: que las situaciones más favorables pueden voltearse de revés por la debilidad de los cuadros del partido revolucionario; las consignas sirven sólo para hacer entrar en movimiento y dar el rumbo general a las grandes masas, pero habrá líos si el partido responsable no ha pensado en la organización práctica de ellas, en crear una estructura que las discipline y las haga potentes en forma permanente: la ocupación de las fábricas nos enseñó muchas cosas en este sentido.

Nos proponemos publicar una serie de folletos y algún libro para ayudar a las escuelas del partido en su trabajo. Entre los folletos indicamos los siguientes: 1] tratados elementales de marxismo, 2] una exposición de la consigna del gobierno obrero y campesino aplicada a Italia, 3] un manual del propagandista, que contenga los datos más esenciales sobre la vida económica y política italiana, sobre los partidos políticos italianos, etc. . . . , es decir los materiales indispensables para la propaganda al por menor. Quisiéramos hacer una edición italiana del *Manifiesto Comunista* con las notas del compañero D. Riasanov, notas que en conjunto son un tratado completo en forma popular de nuestras doctrinas. Quisiéramos también imprimir una antología del materialismo histórico, es decir una colección de los textos más significativos de Marx y Engels que nos den un cuadro de conjunto de las obras de estos dos grandes maestros nuestros.

Los resultados obtenidos hasta ahora nos autorizan a esperar que se podrá continuar con seguridad y con éxito. Al trabajo pues: nuestros mejores compañeros deben persuadirse de que se trata también de una afirmación política, de una manifestación de la vitalidad y de la capacidad de desarrollo de nuestro mo-

vimiento, y por tanto de una demostración antifascista y revolucionaria.

ANTONIO GRAMSCI

(*L'Ordine Nuovo* —quincenal— 1-15 de abril de 1924.)

## LA CONQUISTA FASCISTA DEL ESTADO

*Este escrito, publicado como editorial en* Stato Operaio, *año* III, *n. 14, 21 de mayo de 1925, completa eficazmente la intervención parlamentaria de Gramsci sobre la ley contra las asociaciones secretas, pronunciado en la cámara de diputados el 16 de mayo de 1925, e incluida en el mismo número del periódico. Una comparación entre ambos textos sugiere la hipótesis de que* La conquista fascista del estado *constituye el esquema fundamental del discurso, que Gramsci no pudo desarrollar orgánicamente por las continuas interrupciones de los fascistas. Vuelto a publicar recientemente en* Studi Storici, *año* XV, *n. 2, abril-junio de 1974, con una extensa introducción de Renzo Martinelli, nosotros la hemos traducido del volumen* Per la verita, *cit., pp. 303-306.*

En la apresurada y casi imprevista discusión sobre el proyecto de ley en contra de las asociaciones secretas, el compañero Gramsci ha examinado, más que desde un punto de vista directamente político, también desde un punto de vista histórico, la importancia del acontecimiento, que señala un cambio radical de orientación, un regreso de la política tradicional del estado unitario italiano. Pero excepto el discurso comunista en la cámara de diputados, ninguna contribución seria ha sido dedicada al examen de las consecuencias de esta ley ni en la cámara ni en la prensa, habiéndose los periódicos de oposición limitado a las habituales protestas genéricas contra el nuevo atentado a la libertad de asociación. Pero es indudable que la nueva ley es en las manos del gobierno un arma muy importante contra todas las asociaciones; es indudable que el gobierno se servirá de ella sin escrúpulos para golpear también a las asociaciones no secretas y particularmente a las asociaciones proletarias; no debe excluirse que el gobierno pueda encontrarse, en el futuro, en condiciones de hacer experimentar los rigores del nuevo cerrojo también a las asociaciones religiosas; pero es también cierto que el fascismo quiere domar, "hacer prisionera" a la masonería. ¿Qué significa en Italia luchar contra la masonería? Significa luchar contra la burocracia, que constituye, tal como es, un factor esencial del equilibrio alcanzado por la burguesía en la lenta construcción del estado unitario. Cambiar los criterios políticos y territoriales de reclutamiento de la

burocracia —y a esto tiende precisamente la ley antimasónica— significa cambiar profundamente las relaciones de las fuerzas sociales en equilibrio.

Para el Partido Comunista y para las clases obrera y campesina, la ley contra las asociaciones secretas tiene gran importancia no sólo por las persecuciones contra las asociaciones de los trabajadores de las que será instrumento, sino también por los cambios que ella anuncia en la compaginación del estado. Queremos por esto subrayar algunos conceptos y precisar algunas menciones contenidas en el discurso del compañero Gramsci.

El hecho de que la burocracia estatal esté completamente dominada por la masonería, es conocido. En todas las administraciones y también en todas las fuerzas armadas del estado, la masonería ejerció su control. El fascismo quiere ahora sustituir la masonería en el ejercicio de este poder, quiere sustituir el viejo personal de las administraciones estatales, incluido el ejército, con elementos extraídos de las filas de la pequeña burguesía fascista. El proyecto Di Giorgio sobre la reforma militar tendía precisamente a reducir a las más modestas proporciones el presupuesto del ejército para agrandar el de la milicia nacional e integrar en las filas de ésta un mayor número de fascistas. Esto explica por qué los jefes del ejército se batieron con tanta energía para liquidar el proyecto. La lucha ha concluido con un compromiso: Mussolini tuvo el ínterin de la guerra, la reforma fue postergada y los jefes del ejército por ahora se han aquietado. Pero la lucha contra la masonería reabrirá la crisis también en este campo y en toda la organización del estado.

Por el modo como Italia alcanzó su unidad, por las diferencias existentes entre la constitución social de la Italia septentrional y la de la Italia meridional, la composición de la burocracia tuvo en Italia una particular importancia. En 1870, inmediatamente después de la unificación del reino, los altos funcionarios, los altos oficiales, eran piamonteses y la masa de los dependientes del estado había sido reclutada caóticamente en las distintas regiones. Esta composición de la burocracia no tardó sin embargo en modificarse profundamente.

En Italia septentrional, a medida que la industria se desarrollaba, los elementos de la pequeña burguesía encontraban en las empresas privadas empleos preferibles a los ofrecidos por el estado, y rápidamente las filas de la burocracia se convirtieron en un monopolio o casi de los pequeñoburgueses meridionales. Gracias a este proceso las clases medias y las capas intelectuales del Mezzogiorno fueron sustraídas a la influencia de los clericales —contrarios a la unidad del reino y antiprogresistas por naturaleza— y pasaron bajo el dominio de la masonería, que ha sido durante algunos decenios el único partido organizado de la nueva burguesía unitaria y por ello hostil al Vaticano, progresista y por ello anticlerical. La absorción de los elementos más activos del Mezzo-

giorno alejó la amenaza de una nueva división de Italia, amenaza particularmente grave en los años de la miseria, del hambre y reforzó un tanto las bases de la unidad.

El fascismo, bajo el impulso de sus partidarios que reclaman puestos, intenta ahora repetir el procedimiento en sentido inverso. El fascismo tiene casi el ochenta por ciento de sus fuerzas en Italia septentrional y central y solamente el veinte por ciento en Italia meridional. Sustituir la burocracia masónica por una burocracia fascista no es por tanto posible sin crear una fuerte desocupación de las capas medias en Italia meridional, sin exacerbar las aspiraciones separatistas —de las que ya aparecieron en los últimos tiempos algunas manifestaciones significativas, como la publicación del *Mattino* de Nápoles— del Mezzogiorno.

La ley contra las asociaciones secretas es por tanto clerical desde dos puntos de vista: primero, porque está orientada contra las fuerzas adversas al Vaticano; segundo, porque prepara en el Mezzogiorno un terreno apto para un nuevo desarrollo de las fuerzas clericales y ofrece al Vaticano la posibilidad de una recuperación activa de la política antiunitaria. Desde un punto de vista histórico, la nueva ley señala por lo tanto un gran retroceso.

Políticamente, ella crea nuevos problemas casi insolubles. Ya se ha observado que el gobierno, en la vigilia de la decretada aprobación de la ley por parte de la cámara, prometió dar al Mezzogiorno quince mil millones para obras públicas. Pero, si la lucha contra la masonería tuviera que ser llevada a fondo, los quince mil millones no bastarían por cierto para remediar la desocupación de los pequeños burgueses que, a diferencia de los campesinos, no pueden encontrar en la emigración un escape, y para los cuales la burocracia representaba la única vía de salida. El compromiso del fascismo con la masonería es inevitable: no es posible cerrar esta única válvula de seguridad sin provocar una tensión que amenazaría seriamente las bases mismas del estado. Una parte de la burguesía ve el peligro y desaprueba por esto parcialmente la política del fascismo, no en cuanto es una política antiobrera sino en cuanto crea nuevas contradicciones peligrosísimas para la burguesía del norte, a la cual le resulta indispensable la explotación permanente y sistemática del Mezzogiorno.

El fascismo ha agravado antes que saneado la crisis que atraviesa a la burguesía. La compresión física de las clases trabajadoras no es una solución de las contradicciones que se van agudizando cada vez más. La necesidad de enfrentar una nueva ola de desocupación en el Mezzogiorno —¡y de desocupación pequeñoburguesa!— provocaría un nuevo desastre en la economía ya deteriorada del país y agravaría aún más las condiciones de los trabajadores. Finalmente, la solidez de la organización estatal sería puesta duramente a prueba por la ofensiva contra la burocracia.

El fascismo no podrá llevar a término este experimento suyo; no resolverá este problema fundamental del sistema capitalista.

## INTERVENCIÓN EN LA COMISIÓN POLÍTICA PREPARATORIA DEL III CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA DE ITALIA

Asisten: *Gramsci, Bordiga, Ercoli, Rienzi, Morelli, Massimo, Nápoles F. (no delegado al Congreso), Calabria, Turín 1, Turín 2, Milán, Emilia, Roma, Sicilia, Nápoles, Véneto.*

Presidente: *Milán;* secretario: *Ercoli.*

*El texto aquí seleccionado y traducido es aproximadamente la mitad del acta de la reunión. Es evidente que el acta no es taquigráfica. Parece redactada por Gramsci o, más probablemente, por Togliatti. El texto recogido es la única intervención extensa de Gramsci en la reunión. De los cuatro pseudónimos, Ercoli es Togliatti, Rienzi es Tasca, Morelli es Scoccimarro. Ignoramos quiénes eran Massimo y los representantes de federaciones regionales.*

*En la reunión anunció Bordiga que la izquierda presentaría al congreso tesis políticas distintas de las de la dirección (gramsciana). Bordiga y Gramsci ignoran casi completamente en sus intervenciones a la derecha, manifiestamente anulada ya antes del congreso. La reunión signa la ruptura definitiva entre lo que Togliatti ha llamado "el núcleo dirigente del* PCI*", encabezado por Gramsci y luego por él mismo, y el extremismo bordiguiano que Lenin había criticado en su libro sobre el tema. La reunión había sido precedida por numerosas actividades de Gramsci, Togliatti y los demás miembros del grupo de* L'ON *a los que se iba sumando el antes extremista Ruggiero Grieco, en preparación del III congreso del partido. En agosto Gramsci había tenido una última discusión larga con Bordiga en Nápoles, residencia de éste y centro del extremismo italiano. La* IC *había dictado una resolución que ordenaba disolver (por fraccional) el comité de enlace de la izquierda. Y en septiembre Gramsci había terminado con Togliatti (del cual es probablemente la redacción definitiva) las tesis políticas para el III congreso del* PC d'I.

*En este congreso (Lyon, 20-26 de enero de 1926) las tesis de la mayoría ordinovista de la dirección obtuvieron el 90,8 por 100 de los votos presentes. La izquierda obtuvo el 9,2 por 100. La derecha no presentó tesis propias. Se computó un 18.9 por 100 de ausentes y no consultados. El nuevo comité ejecutivo era íntegramente internacionalista, sin un solo miembro de la derecha ni de la izquierda: Gramsci, Togliatti, Scoccimarro, Camilla Ravera, Ravazzoli, Terracini y Grieco. Gramsci fue elegido secretario general y Togliatti representante del* PC d'I, *en el* CE *de la* IC. *Togliatti salió en marzo para Moscú. Gramsci volvió a Roma y fue detenido en noviembre.*

Tras un breve intercambio de ideas acerca del orden de los trabajos se decide que antes del examen analítico del proyecto

de tesis presentado por la dirección se proceda a una discusión general acerca de los principios en que las tesis se inspiran.

GRAMSCI. Expone brevemente los principios generales en los que se basa el proyecto de tesis presentado por la dirección del partido al congreso. Adelanta una justificación histórica del valor que tiene el trabajo de "bolchevización" de los partidos del proletariado, empezado después del V congreso mundial y del ejecutivo ampliado de abril de 1925. Hay una analogía fundamental entre el trabajo de "bolchevización" que hoy se está realizando y la acción ejercida por Karl Marx en el movimiento obrero. Se trata, hoy como entonces, de luchar contra toda desviación de la doctrina y de la práctica de la lucha de clases revolucionaria, y la lucha se desarrolla en el campo ideológico, en el organizativo y en el que se refiere a la táctica y a la estrategia del partido del proletariado. Pero en nuestro partido la discusión más amplia se ha tenido en el plano organizativo: eso se explica porque hoy es ése el plano en el cual las consecuencias de las diversas posiciones ideológicas y tácticas parecen inmediatamente evidentes a todos los camaradas, incluso a los menos preparados para una discusión puramente teórica.

Todos los puntos de desacuerdo que existen entre la dirección del partido y la extrema izquierda pueden reunirse alrededor de tres problemas fundamentales:

1. El problema de las relaciones entre el centro dirigente del partido y la masa de los camaradas inscritos en él;

2. El problema de las relaciones entre el centro dirigente y la clase obrera;

3. El problema de las relaciones entre la clase obrera y las demás clases anticapitalistas.

Todas esas relaciones deben establecerse de un modo exacto si se quiere llegar a la conclusión histórica de la dictadura del proletariado. Pues para llegar a esa conclusión es necesario que la clase obrera se convierta en clase dirigente de la lucha anticapitalista, que el Partido Comunista dirija a la clase obrera en esa lucha, y que esté construido internamente de tal modo que pueda cumplir ésa su función fundamental. Cada uno de los tres problemas indicados se relaciona, pues, con el problema fundamental de la realización de la tarea revolucionaria del Partido Comunista.

Con los dos primeros problemas se vincula la cuestión de la naturaleza del partido y de los órganos que los dirigen. Consideramos que al definir el partido es hoy necesario subrayar el hecho de que es una "parte" de la clase obrera, mientras que la extrema izquierda descuida y subestima este costado de la definición para dar, en cambio, importancia fundamental al hecho de que el partido es un "órgano" de la clase obrera. Nuestra posición deriva del hecho de que consideramos que hay que dar el mayor relieve a la circunstancia de que el partido está uni-

do a la clase obrera no sólo por vínculos ideológicos, sino también por lazos de carácter "físico". Y esto está en estrecha relación con las tareas que deben atribuirse al partido respecto de la clase obrera.

Según la extrema izquierda, el proceso de formación del partido es un proceso "sintético"; para nosotros es, en cambio, un proceso de carácter histórico y político, estrechamente ligado con todo el desarrollo de la sociedad capitalista. La diversa concepción lleva a determinar de modo diverso la función y las tareas del partido. Todo el trabajo que el partido debe realizar para elevar el nivel político de las masas, para convencerlas y llevarlas al terreno de la lucha de clases revolucionaria, queda subestimado y obstaculizado por la errada concepción de la extrema izquierda, por la separación inicial que produce entre el partido y la clase obrera.

La equivocada concepción que tiene la extrema izquierda de la naturaleza del partido tiene innegablemente un carácter de clase. No ya que, como ocurrió en el Partido Socialista, se tienda a dar el predominio en la organización política del proletariado a la influencia de otras clases, sino en el sentido de que se da una estimación equivocada del peso que deben tener en el partido los diversos elementos que lo componen. La concepción de la extrema izquierda, que pone en el mismo plano a los obreros y a los elementos que proceden de otras clases sociales y no se preocupa de salvaguardar el carácter proletario del partido, corresponde a una situación en la cual los intelectuales eran los elementos política y socialmente más avanzados, y estaban, por tanto, destinados a ser los organizadores de la clase obrera. Hoy, según afirmamos nosotros, los organizadores de la clase obrera deben ser los obreros mismos. Por tanto, al definir el partido hay que subrayar particularmente la parte de la definición que da importancia a la intimidad de las relaciones que existen entre el partido y la clase de la cual surge.

Este problema de naturaleza teórica ha dado pie a la discusión sobre la organización por "células", o sea, según la base de la producción. Este ha sido incluso el punto tocado por el mayor número de camaradas en la discusión preparatoria del congreso. Todos los argumentos de carácter práctico que hacen útil e indispensable la transformación de las organizaciones del partido sobre la base de las células han sido, pues, ampliamente expuestos, y los camaradas los conocen. La extrema izquierda presenta objeciones, las principales de las cuales consisten en una sobrestimación del problema que estriba en superar la competencia entre diversas categorías obreras, o sea el problema de la unificación clasista del proletariado. Es verdad que existe ese problema, pero es un error hacer de él un problema fundamental que determine la forma que el partido da a su organización. Además, ese problema ha encontrado ya en Italia una resolución en el terreno sindical, y la experiencia ha demostrado que la organización por fábricas permite

luchar con la mayor eficacia contra todo residuo de corporativismo y de espíritu de categoría. En realidad, si el problema que la extrema izquierda parece presentar como fundamental y que determina sus preocupaciones fuera realmente un problema esencial en el actual período histórico en Italia, entonces los intelectuales estarían organizativamente en la vanguardia del movimiento revolucionario. Pero no es así.

Otra cuestión fundamental es la de las relaciones que deben establecerse entre la clase obrera y las demás clases anticapitalistas. Este es un problema que sólo puede ser resuelto por el partido de la clase obrera mediante su política.

En ningún país puede el proletariado conquistar y conservar el poder con sus solas fuerzas; por tanto, tiene que conseguir aliados, o sea tiene que llevar a cabo una política que le permita ponerse a la cabeza de las demás clases que tienen intereses anticapitalistas y guiarlas en la lucha por derribar la sociedad burguesa. La cuestión es de particular importancia en Italia, donde el proletariado es una minoría de la población trabajadora y está distribuido geográficamente de modo tal que no puede pensar en llevar adelante una lucha victoriosa por el poder sino después de haber dado una solución exacta al problema de sus relaciones con la clase campesina. En el futuro próximo nuestro partido tendrá que dedicarse de un modo particular al planteamiento y la resolución de este problema. Por lo demás, existe una reciprocidad entre el problema de la alianza de los obreros y los campesinos y los problemas de la organización de la clase obrera y del partido; estos últimos se resolverán más fácilmente si el primero se encuentra en vías de solución.

El problema de la alianza entre los obreros y los campesinos ha sido ya planteado por la dirección del partido, pero no puede decirse que todos los camaradas hayan comprendido bien sus términos y tengan la capacidad de trabajar por su resolución, especialmente en las zonas en que habría que trabajar más y mejor, o sea, en el sur. Así, por ejemplo, la extrema izquierda critica toda la acción que la dirección ha desarrollado con Miglioli, dirigente de la izquierda campesina del Partito Popolare. Esas críticas demuestran que la extrema izquierda no entiende los términos ni la importancia del problema de las relaciones entre el proletariado y las demás clases anticapitalistas. La acción desarrollada por el partido con Miglioli se ha realizado, precisamente, con la finalidad de abrir camino a la alianza entre los obreros y los campesinos para la lucha contra el capitalismo y contra el estado burgués. En el mismo plano se sitúa la cuestión del Vaticano como fuerza política contrarrevolucionaria. La base social del Vaticano se encuentra precisamente en los campesinos, considerados siempre por los clericales como el ejército de reserva de la reacción, por lo que se han esforzado siempre por mantenerlo bajo su control. La realización de la alianza de obreros y campesinos contra el capitalis-

mo supone la destrucción de la influencia del Vaticano sobre los campesinos de la Italia central y septentrional sobre todo. La táctica seguida por el partido con Miglioli tiende precisamente a eso.

El problema de las relaciones entre el proletariado y las demás clases anticapitalistas no es más que uno de los problemas de la táctica y de la estrategia del partido. También sobre otros puntos existe un desacuerdo profundo entre la dirección y la extrema izquierda. La dirección estima que la táctica del partido debe determinarse por la situación y por el propósito de conquistar una influencia decisiva en la mayoría de la clase obrera, para poderla guiar realmente a la revolución. La extrema izquierda, en cambio, sostiene que la táctica tiene que determinarse por preocupaciones de naturaleza formal, y que el partido no debe plantearse en todo momento el problema de la conquista de la mayoría, sino limitarse durante largos períodos a una simple acción de propaganda de sus principios políticos generales.

El mejor ejemplo de la naturaleza y la amplitud del desacuerdo se tiene en la táctica seguida por el partido tras el delito Matteotti, y en las críticas que la extrema izquierda dirige a esa táctica. Es un hecho que en un primer momento, o sea inmediatamente después del asesinato de Matteotti, la oposición constitucional era el factor dominante de la situación, y que su fuerza procedía esencialmente de la clase obrera y de los campesinos. Por tanto, era en sustancia la clase obrera la que se encontraba en una posición equivocada y se movía sin tener conciencia de su propia función y de la posición política que le correspondía en el cuadro de las fuerzas en pugna. Era necesario hacer cobrar a la clase obrera conciencia de su función y de su posición. ¿Qué actitud había de tomar con ese objeto nuestro partido? ¿Habría bastado con lanzar consignas de propaganda y con realizar una campaña de crítica ideológica y política contra el fascismo y contra la oposición constitucional (Aventino)? No, eso no habría sido suficiente. La propaganda y la crítica política que se realizan en los órganos del partido tienen un ámbito de influencia muy restringido: no llegan mucho más allá de la masa de los inscritos. Era necesario llevar a cabo una acción política, y esa acción política tenía que ser distinta respecto del fascismo y respecto de la oposición. De hecho, la misma extrema izquierda afirma que los factores de la situación en aquel momento eran tres: el fascismo, la oposición y el proletariado. Eso quiere decir que teníamos que hacer una distinción entre los dos primeros, y plantearnos —no sólo teórica sino también prácticamente— el problema de disgregar socialmente, y luego políticamente, la oposición, para arrebatarle la base que tenía en las masas. Con este objetivo se emprendió la acción política del partido respecto de la oposición. Es un hecho que para el proletariado y para nosotros en aquel momento existía un problema fundamental: derribar el fascismo. Las masas seguían en gran parte a la oposición precisamente por-

que querían derribar el fascismo con el método que fuera. Y, en realidad, no hay que negar que si el gobierno Mussolini hubiera caído, cualquiera que fuera el medio con que se le derribara, se habría abierto en Italia una crisis política bastante profunda cuyos desarrollos no habría podido nadie prever ni frenar. Pero la oposición lo sabía también perfectamente, y por eso excluyó desde el primer momento "un" modo de derribar al fascismo, que era el único posible, a saber la movilización y la lucha de masas. Excluyendo ese único modo posible de derribar el fascismo, la oposición sostuvo en realidad al fascismo, fue el puntal más eficaz del régimen en disolución. Pues bien, nosotros, con la acción política orientada a la oposición (salida del parlamento, participación en la asamblea de la oposición, nacida de ella), conseguimos probar a las masas ese hecho, cosa que no se habría conseguido de ningún modo con una simple actividad de propaganda, de crítica, etc. Nosotros estimamos que la táctica del partido debe tener siempre el carácter que tuvo entonces nuestra táctica: el partido tiene que llevar a las masas los problemas de un modo real y político, si es que quiere obtener resultados.

El problema de la conquista de una influencia decisiva en la mayoría de la clase obrera y el de la alianza entre los obreros y los campesinos están estrechamente relacionados con el problema militar de la revolución, que hoy se nos plantea de un modo muy particular, dada la ordenación de las fuerzas armadas que tiene la burguesía italiana a su servicio. Ante todo, hay un ejército nacional extremadamente reducido y en el que existe un enorme porcentaje de oficiales para controlar la masa de los soldados. En la mejor de las hipótesis, y de acuerdo con lo que es posible prever, el ejército podría mantenerse neutral. Pero, además del ejército, están los cuerpos armados, numerosísimos (policía, *carabineri, Milizia nazionale*) y muy difícilmente influibles por el proletariado. En conclusión: de 600 000 hombres armados que la burguesía tiene a su servicio, 400 000 por lo menos son inconquistables para la política de la clase obrera. La correlación de fuerzas existente entre el proletariado y la burguesía no puede, por tanto, alterarse sino mediante una lucha política que lleve a cabo el partido de la clase obrera y que le lleve a vincularse con la mayoría de la población trabajadora y a dirigirla. La concepción táctica de la izquierda es un obstáculo para la realización de este deber.

Todos los problemas que se han presentado en la discusión entre la dirección y la extrema izquierda están relacionados con la situación internacional y con los problemas de la organización internacional del proletariado, o sea de la Internacional Comunista. La extrema izquierda asume en este terreno una actitud singular, parcialmente análoga a la de los maximalistas, porque considera a la Internacional Comunista como una mera organización de hecho a la que se opone la "verdadera" Internacional, que todavía habría que crear. Este modo de presentar las cuestio-

nes contiene ya en sí potencialmente un problema de escisión. Las actitudes tomadas por la extrema izquierda en Italia antes y después de la discusión preparatoria del congreso (fraccionismo) han dado, por lo demás, la prueba de ello.

Hay que examinar cuál es la situación de nuestro partido como organismo internacional. En 1921 nuestro partido se constituyó en el terreno indicado por las tesis y las resoluciones de los dos primeros congresos de la Internacional Comunista. ¿Quién se ha separado de esas tesis para tomar una posición en pugna con la de la Internacional? No la dirección del partido —que es hoy fundamentalmente la misma que fue elegida en los congresos de Livorno y de Roma—, sino un grupo de dirigentes del partido, los que constituyen la tendencia de extrema izquierda. La posición de este grupo es errada, y el partido, oponiéndose a ella y condenándola, no hace sino continuar su tradición política.

La amplitud de la discusión ya hecha y que aun se deberá hacer en el congreso con los camaradas de extrema izquierda se debe al hecho de que estos camaradas, para individualizarse en el partido como fracción, han sentido la necesidad de diferenciarse a propósito de todos los problemas que podían ponerse en discusión, realizando al mismo tiempo una acción que habría podido llevar a la disgregación de la base del partido. Esa acción tendrá que ser condenada por el congreso, y excluida su misma posibilidad para el futuro.

La discusión que se desarrollará en este congreso tiene una importancia enorme porque afecta a todos los problemas de la revolución italiana e interesa, por tanto, profundamente al desarrollo de nuestro partido. Las decisiones que se tomen en él caracterizarán la actividad del partido durante todo un período histórico. Por tanto, es necesario que cada camarada tenga conciencia de la responsabilidad proletaria y revolucionaria que cae sobre él.

## LA SITUACIÓN ITALIANA Y LAS TAREAS DEL PCI (TESIS DE LYON)

*Las* Tesis de Lyon *fueron redactadas por Gramsci y Togliatti para el III congreso del partido comunista italiano, que tuvo lugar en Lyon en 1926 y sancionó la derrota del extremismo de Bordiga. Las* Tesis, *en efecto, representan sobre todo una ruptura con los extremistas de ultraizquierda y Bordiga, la primera tentativa de dotar al* PCI, *recientemente fundado, de una línea y de un programa orgánico basado en el análisis de la realidad italiana, de una comprensión histórica de los objetivos políticos del proletariado revolucionario, con una real voluntad política de ligarse a las masas. El rechazo del dogmatismo, del sectarismo, de una vi-*

*sión puramente intelectualista del leninismo; es decir, el rechazo de un "purismo ideológico" al que no correspondía ninguna línea de masas y ninguna posibilidad práctica de que el partido pudiera arraigarse en las masas, y encabezarlas: en esta posición se originaron las* Tesis de Lyon *como una tentativa de conciliación fecunda entre la verdad del leninismo y el conocimiento del estado particular de las relaciones de clase en Italia.*

*Las* Tesis *parten, pues, de la teoría y de la aplicación concreta de ésta contra la línea bordiguista, mayoritaria en el partido. Por lo demás —y ése es el otro gran mérito de las* Tesis*—, se presentan como la primera tentativa orgánica y global de efectuar una ruptura con las posiciones extremistas, sin caer por eso en el reformismo y el revisionismo.*

*En las* Tesis de Lyon *que, tengámoslo en cuenta, son la penúltima obra de Gramsci antes de su encarcelamiento (la última será* La cuestión meridional, *inconclusa), volvemos a encontrar todos los temas del pensamiento gramsciano: su interpretación de la historia italiana, la cuestión meridional, los conceptos de hegemonía, de alianzas de clases, de fuerzas motrices de la revolución, de dictadura del proletariado, de partido, de centralismo democrático, el análisis del fascismo, etc. Es lo que explica la gran importancia de las* Tesis *y, en muchos aspectos, su actualidad.*

1. En el momento actual podemos considerar que la transformación de los partidos comunistas —donde se concentra la vanguardia de la clase obrera— en partidos bolcheviques es el objetivo fundamental de la Internacional Comunista. Es preciso conectar este objetivo con el desarrollo histórico del movimiento obrero internacional, y en particular con la lucha que se desarrolló en su seno entre el marxismo y las corrientes que constituían una desviación de los principios y de la práctica de la lucha de clases revolucionaria.

En Italia, el objetivo de crear un partido bolchevique adquiere todo su preciso sentido cuando se toman en consideración las vicisitudes del movimiento obrero desde sus inicios y las deficiencias fundamentales que se revelaron en él.

2. El nacimiento del movimiento obrero tuvo lugar en los diferentes países en formas diversas. Lo que tuvieron en común fue la espontánea rebelión del proletariado contra el capitalismo. Esta rebelión asumió, sin embargo, en cada nación una forma específica, que fue el reflejo y la consecuencia de las particulares características nacionales de aquellos elementos que, provenientes de la pequeña burguesía y del campesinado, habían contribuido a formar la gran masa del proletariado industrial.

El marxismo constituyó el elemento consciente, científico, superior al particularismo de las diversas tendencias de carácter y origen nacional y contra ellas luchó en el campo teórico y en el

terreno de la organización. Todo el proceso formativo de la I Internacional tuvo como eje esta lucha, que concluyó con la expulsión del bakuninismo de la Internacional. En el momento en que la I Internacional dejó de existir, el marxismo había triunfado en el movimiento obrero. De hecho los partidos que constituyeron la II Internacional reivindicaban en su totalidad el marxismo, considerándolo el fundamento de su táctica en todas las cuestiones esenciales.

Después de la victoria del marxismo, las tendencias de carácter nacional a las que había derrotado trataron de manifestarse por otra vía, resurgiendo en el seno mismo del marxismo como formas de revisionismo. Este proceso se vio favorecido por el desarrollo de la fase imperialista del capitalismo. A este fenómeno están estrechamente ligados estos tres hechos: la desaparición progresiva, en las filas del movimiento obrero, de la crítica del estado, parte esencial de la doctrina marxista, que fue sustituida por las utopías democráticas; la formación de una aristocracia obrera; un nüevo desplazamiento masivo de la pequeña burguesía y del campesinado hacia el proletariado, y por tanto, una nueva difusión entre el proletariado de corrientes ideológicas de carácter nacional, contrarias al marxismo. El proceso de degeneración de la II Internacional asumió así la forma de una lucha contra el marxismo que se desarrollaba dentro del propio marxismo. Ese proceso culminó en el desastre provocado por la guerra.

El único partido que se salvó de la degeneración fue el partido bolchevique, que logró mantenerse a la cabeza del movimiento obrero de su propio país, expulsó de sus filas a las tendencias antimarxistas y elaboró, a través de las experiencias de tres revoluciones, el leninismo, que es el marxismo de la época del capitalismo monopolista, de las guerras imperialistas y de la revolución proletaria. Así se determina históricamente la posición del partido bolchevique en la fundación y conducción de la III Internacional, y se plantea el problema de la formación de partidos bolcheviques en cada país, que requiere que la vanguardia del proletariado asuma la doctrina y la práctica del marxismo revolucionario, superando y liquidando completamente toda corriente antimarxista.

3. En Italia, los orígenes y las vicisitudes del movimiento obrero no dieron lugar a que se constituyera, antes de la guerra, una corriente de izquierda marxista que tuviese permanencia y continuidad. El carácter originario del movimiento obrero italiano fue muy confuso; confluyeron en él tendencias diversas, del idealismo mazziniano al genérico humanitarismo de los cooperativistas y los partidarios de la mutualidad y el bakuninismo, el cual sostenía que en Italia existían, aun antes de un desarrollo capitalista, las condiciones para pasar inmediatamente al socialismo. El origen tardío y la debilidad del industrialismo explican la ausencia del elemento clarificador dado por la existencia de un proletaria-

do fuerte; otra consecuencia fue que incluso la ruptura entre anarquistas y socialistas se realizó con veinte años de atraso (1892, congreso de Génova).

El Partido Socialista Italiano que surgió del congreso de Génova comprendía dos corrientes dominantes. Por un lado, había un grupo de intelectuales que sólo representaban la tendencia a una reforma democrática del estado: su marxismo no iba más allá del propósito de suscitar y organizar las fuerzas del proletariado para ponerlas al servicio de la instauración de la democracia (Turati, Bissolati, etc.). Por otro, un grupo más directamente ligado al movimiento proletario y que representaba una tendencia obrera, pero carecía de toda conciencia teórica adecuada (Lazzari). Hasta 1900, el partido sólo se propuso fines de carácter democrático. Después de 1900, conquistada la libertad de organización e iniciada una fase democrática, fue evidente la incapacidad de todos los grupos que lo componían para darle la fisonomía de un partido marxista del proletariado.

Al contrario: los elementos intelectuales se apartaron cada vez más de la clase obrera, y tampoco dio resultado la tentativa, debida a otro estrato de intelectuales y pequeños burgueses, de constituir una izquierda marxista que se basase en el sindicalismo. Como reacción a esta tentativa, triunfó dentro del partido la fracción integralista que, en su vacío verbalismo conciliador, expresó una característica fundamental del movimiento obrero italiano, explicable asimismo por la debilidad del industrialismo y la deficiente conciencia crítica del proletariado. El revolucionarismo de los años anteriores a la guerra mantiene intacta esta característica; nunca logró superar los límites del genérico populismo para proponerse la construcción de un partido de la clase obrera y la aplicación del método de la lucha de clases.

Dentro de esta corriente revolucionaria comenzó a diferenciarse, ya antes de la guerra, un grupo de "extrema izquierda" que sostenía las tesis del marxismo revolucionario, aunque esporádicamente y sin lograr ejercer una influencia real sobre el desarrollo del movimiento obrero.

Así se explica el carácter negativo y equívoco que tuvo la oposición del Partido Socialista a la guerra y también se explica que después de ésta el partido se encontrara ante una situación revolucionaria inmediata, sin haber resuelto ni planteado ninguno de los problemas fundamentales que la organización política del proletariado debe resolver para realizar sus objetivos: en primer lugar, el problema de la "opción de clase" y de la forma organizativa adecuada a ella; luego el problema del programa del partido, el de su ideología, y finalmente los problemas de estrategia y táctica, cuya resolución debe conducir a reagrupar alrededor del proletariado a las fuerzas que son sus aliadas naturales en la lucha contra el estado y a guiar a aquél a la conquista del poder.

Sólo después de la guerra se inicia en Italia la acumulación

sistemática de una experiencia que pueda contribuir positivamente a la resolución de estos problemas. Recién en el congreso de Livorno se asientan las bases constitutivas del partido de clase del proletariado, el cual, para convertirse en un partido bolchevique y cumplir plenamente su función, debe liquidar todas las tendencias antimarxistas que son, tradicionalmente, propias del movimiento obrero.

*Análisis de la estructura social italiana*

4. El capitalismo es el elemento predominante en la sociedad italiana y la fuerza que prevalece en la determinación de su desarrollo. De este dato fundamental se desprende la consecuencia de que no existe en Italia la posibilidad de una revolución que no sea la revolución socialista. En los países capitalistas, la única clase que puede realizar una transformación social real y profunda es la clase obrera. Sólo la clase obrera es capaz de poner en práctica los cambios de carácter económico y político que son necesarios para que las energías de nuestro país encuentren completa libertad y posibilidades de desarrollo. La manera en que cumplirá esta función revolucionaria está en relación con el grado de desarrollo del capitalismo en Italia y con la estructura social correspondiente.

5. El industralismo, que constituye la parte esencial del capitalismo, es muy débil en Italia. Sus posibilidades de desarrollo están limitadas por la situación geográfica y la falta de materias primas. Por eso no llega a absorber a la mayoría de la población italiana (4 millones de obreros industriales contra 3 millones y medio de obreros agrícolas y 4 millones de campesinos). Al industrialismo se opone una agricultura que se presenta como la base natural de la economía del país. Las variadísimas condiciones del suelo y las consiguientes diferencias de cultivos y sistemas de arrendamiento, provocan sin embargo una fuerte diferenciación de las capas rurales, con un predominio de los estratos pobres, más próximos a las condiciones del proletariado y más susceptibles de sufrir su influencia y de aceptar su conducción. Entre las clases industriales y agrarias se interpone una pequeña burguesía urbana bastante extensa, cuya importancia es considerable. Está compuesta predominantemente de artesanos, profesionales y empleados del estado.

6. La debilidad intrínseca del capitalismo obliga a la clase industrial a apelar a distintos recursos para asegurarse el control de toda la economía del país. Esos recursos consisten, en definitiva, en un sistema de compromisos comerciales entre una parte de los industriales y una parte de las clases agrícolas, más precisamente los grandes terratenientes. Es decir, no existe la tradicional lucha económica entre industriales y agrarios, ni la rotación de grupos dirigentes que ella determina en otros países. Por lo demás, los

industriales no tienen necesidad de sostener, contra los agrarios, una política económica que asegure una afluencia continua de mano de obra del campo a las fábricas, porque esta afluencia está garantizada por la superabundancia de población agrícola pobre, que es característica de Italia. El acuerdo industrial-agrario se basa en una solidaridad de intereses entre algunos grupos privilegiados, en desmedro de los intereses generales de la producción y de la mayoría de los trabajadores. Ese acuerdo determina una acumulación de riqueza en manos de los grandes industriales, que es la consecuencia de una expoliación sistemática de categorías enteras de la población y de regiones enteras del país. Los resultados de esta política económica son de hecho el déficit del balance económico, el estancamiento del desarrollo económico de regiones enteras (el Mezzogiorno, las islas), la traba al surgimiento y desarrollo de una economía más adaptada a la estructura del país y a sus recursos, la miseria creciente de la población trabajadora, la existencia de una corriente migratoria permanente y el consiguiente empobrecimiento demográfico.

7. Así como no controla, por su naturaleza, toda la economía, la clase industrial tampoco logra organizar por *sí* sola la sociedad global y el estado. Sólo le resulta posible construir un estado nacional cuando puede explotar factores de política internacional (el llamado *Risorgimento*). Para reforzar el estado y para defenderlo, necesita establecer compromisos con las clases sobre las que la industria ejerce una hegemonía limitada, particularmente los agrarios y la pequeña burguesía. Esa situación origina una heterogeneidad y una debilidad de toda la estructura social, así como del estado, que es su expresión.

7 bis. Encontramos un reflejo típico de la debilidad de la estructura social en el ejército, antes de la guerra. Un círculo restringido de oficiales, carentes del prestigio de los jefes (viejas clases dirigentes agrarias, nuevas clases industriales) tiene a sus órdenes a una casta de oficiales subalternos burocratizada (pequeña burguesía), incapaz de servir de nexo con la masa de soldados, indisciplinada y abandonada a sí misma. En la guerra todo el ejército debió reorganizarse desde abajo, después de una eliminación de los grados superiores y de una transformación de la estructura organizativa que corresponde al surgimiento de una nueva categoría de oficiales *subalternos*. Este fenómeno prefigura la transformación análoga que realizará el fascismo, en una escala más amplia, respecto al estado.

8. Las relaciones entre la industria y la agricultura, que son esenciales para la vida económica de un país y para la determinación de las superestructuras políticas, tienen en Italia una base territorial. En el norte se conglomeran, en algunos grandes centros, la

producción y la población agraria. En consecuencia, todos los conflictos inherentes a la estructura social del país contienen un elemento que concierne al estado y amenaza su unidad. Los grupos dirigentes burgueses y agrarios buscan la solución del problema a través de un compromiso. Ninguno de estos grupos posee, por su naturaleza, un carácter unitario y una función unitaria. Por otra parte, el carácter del compromiso con el que se preserva la unidad hace aún más grave la situación y coloca a las poblaciones trabajadoras del Mezzogiorno en una posición análoga a la de las poblaciones coloniales. La gran industria del norte desempeña, respecto a ellas, la función de las metrópolis capitalistas; en cambio, los grandes terratenientes y la propia burguesía media meridional están en la situación de las categorías que en las colonias se alían a la metrópoli para mantener sometida a la masa del pueblo trabajador. La explotación económica y la opresión política se unen, pues, para hacer de la población trabajadora del Mezzogiorno una fuerza constantemente movilizada contra el estado.

9. El proletariado tiene en Italia una importancia superior a la que posee en otros países europeos, incluso en los de un capitalismo más avanzado, y es sólo comparable a la que tenía en Rusia antes de la revolución. Esto se debe sobre todo al hecho de que, en virtud de la escasez de materias primas, la industria se apoya preferentemente en la mano de obra (trabajadores especializados) y en segundo lugar a la heterogeneidad y los conflictos de intereses que debilitan a la clase dirigente. Frente a esta heterogeneidad, el proletariado se presenta como el único elemento que, por su propia naturaleza, tiene una función unificadora y coordinadora de toda la sociedad. Su programa de clase es el único programa "unitario", es decir, el único cuya realización no conduce al ahondamiento de los conflictos entre los diversos elementos de la economía y de la sociedad y no entraña una amenaza para la unidad del estado. Junto al proletariado industrial existe, además, una gran masa de proletarios agrícolas, concentrada sobre todo en el valle del Po, muy propensa a recibir la influencia de los obreros de la industria, y por tanto, fácilmente movilizable en la lucha contra el capitalismo y el estado.

El caso de Italia constituye una confirmación de la tesis de que las condiciones más favorables para la revolución proletaria no se encuentran necesariamente siempre en los países donde el capitalismo y el industrialismo han llegado a su más alto grado de desarrollo, sino que pueden existir en cambio allí donde el tejido del sistema capitalista ofrece menor resistencia, por sus debilidades estructurales, al embate de la clase revolucionaria y de sus aliados.

*La política de la burguesía italiana*

10. El objetivo que se propusieron alcanzar las clases dirigentes

italianas, desde los orígenes del estado unitario en adelante, fue el de mantener sometidas a las grandes masas de la población trabajadora, impidiendo que, al organizarse en torno al proletariado industrial y agrícola, se convirtieran en una fuerza revolucionaria capaz de realizar una completa trasformación social y política que haga nacer un estado proletario. Pero la debilidad intrínseca del capitalismo las obligó a basar el ordenamiento de la economía y del estado burgués en una unidad obtenida por vía de compromisos entre grupos no homogéneos. En una amplia perspectiva histórica, este sistema se demostró inadecuado al fin que perseguía. Toda forma de compromiso entre los diversos grupos dirigentes de la sociedad italiana se resolvió en realidad en un obstáculo puesto al desarrollo de una u otra parte de la economía del país. Esa situación da lugar a nuevos conflictos y nuevas reacciones de la mayoría de la población, que obligan a acentuar la presión sobre las masas impulsando a éstas cada vez con mayor decisión a la movilización y a la rebelión contra el estado.

11. El primer período de vida del estado italiano (1870-1890) es el de su mayor debilidad. Las dos partes que integran la clase dirigente, los intelectuales burgueses y los capitalistas, están unidos en un propósito de mantener la unidad, pero divididos en cuanto a la forma que se debe dar al estado unitario. Falta entre ellos una homogeneidad positiva. Los problemas que el estado se plantea son limitados y se refieren más a la forma que a la esencia del dominio político de la burguesía; entre ellos predomina el del equilibrio presupuestario, que es un problema de pura conservación. La conciencia de la necesidad de ampliar la base de las clases que dirigen el estado sólo llega con los inicios del "transformismo". La mayor debilidad del estado está dada en este período por el hecho de que, fuera de él, el Vaticano reúne a su alrededor a un bloque reaccionario y antiestatal constituido por los agrarios y por la gran masa de campesinos atrasados, controlados y dirigidos por ricos propietarios y por clérigos. El programa del Vaticano consta de dos partes: por un lado se propone luchar contra el estado burgués unitario y "liberal" y al mismo tiempo, está dispuesto a constituir, con los campesinos, un ejército de reserva contra el avance del proletariado socialista suscitado por el desarrollo de la industria. El estado reacciona al sabotaje del que es víctima por parte del Vaticano, e instaura toda una legislación de contenido y de objetivos anticlericales.

12. En el período que transcurre entre 1890 y 1900, la burguesía se plantea resueltamente el problema de organizar su propia dictadura, y lo resuelve con una serie de medidas de carácter político y económico que determinarán en lo sucesivo la historia italiana.

Ante todo, se resuelve la contradicción entre la burguesía intelectual y los industriales: un signo de ello es la llegada al po-

der de Crispi. La burguesía así consolidada resuelve la cuestión de sus relaciones con el exterior (Triple alianza) y se siente bastante fuerte como para intentar intervenir en el campo de la competencia internacional, con el fin de conquistar mercados coloniales. En el terreno interno, la dictadura burguesa se establece políticamente restringiendo el derecho del voto, lo que reduce el cuerpo electoral a poco más de un millón de electores sobre 30 millones de habitantes. En el campo económico, la introducción del proteccionismo industrial-agrario corresponde al propósito del capitalismo de obtener el control de toda la riqueza nacional. Con ese fin se celebra una alianza entre industriales y terratenientes. Esta alianza arranca al Vaticano una parte de las fuerzas que había logrado reunir, sobre todo entre los propietarios de tierras del Mezzogiorno, y las incorpora al marco del estado burgués. Por lo demás, el mismo Vaticano advierte la necesidad de acentuar más la parte de su programa reaccionario que contempla la resistencia al movimiento obrero, y toma posición contra el socialismo con la encíclica *Rerum Novarum*. Frente a la amenaza que el Vaticano sigue representando para el estado, las clases dirigentes reaccionan dándose una organización unitaria con un programa anticlerical, a través de la masonería.

En ese período es cuando aparecen los primeros progresos reales del movimiento obrero. La instauración de la dictadura industrial-agraria plantea en sus términos reales el problema de la revolución, determinando sus factores históricos. Surge en el norte un proletariado industrial y agrícola, mientras en el sur la población rural, sometida a un sistema de explotación "colonial", es mantenida en su estado de sojuzgamiento mediante una opresión política cada vez más acentuada. En este período se plantean con toda claridad los términos de la "cuestión meridional". De manera espontánea, sin que intervenga el factor consciente, y sin que tampoco el Partido Socialista extraiga de este hecho una indicación para su estrategia de partido de la clase obrera, se verifica por primera vez la confluencia de tentativas insurreccionales del proletariado septentrional con una rebelión de campesinos meridionales (brigadas sicilianas).

13. Una vez derrotadas las primeras tentativas insurreccionales del proletariado y de los campesinos contra el estado, la burguesía italiana consolidada está en condiciones de adoptar, para obstaculizar los progresos del movimiento obrero, los métodos exteriores de la democracia y los de la corrupción política con el sector privilegiado de la población trabajadora (aristocracia obrera) para hacerlo cómplice de la dictadura reaccionaria que continúa ejerciendo e impedirle que se convierta en el centro de la insurrección popular contra el estado (giolittismo). Se produce, no obstante, entre 1900 y 1910, una fase de concentración industrial y agraria. El proletariado rural se incrementa en un 50% en detrimento

de las categorías ligadas por contrato, aparceros y arrendatarios. Esto da lugar a una ola de movimientos rurales y a una nueva orientación de los campesinos que obliga al propio Vaticano a reaccionar con la fundación de la Acción Católica y con un movimiento "social" que, en sus formas extremas, llega a asumir las apariencias de una reforma religiosa (modernismo).* Esta reacción del Vaticano que tiende a retener a las masas se corresponde con el acuerdo de los católicos con las clases dirigentes para consolidar las bases del estado (abolición del *non expedit,* pacto Gentiloni). También hacia el final de este tercer período (1914) los diversos movimientos parciales del proletariado y de los campesinos culminan en una nueva tentativa espontánea de unificación de las diversas fuerzas de masa antiestatales en una insurrección contra el estado reaccionario. A partir de esta tentativa se plantea ya con suficiente relieve un problema que aparecerá en toda su amplitud en la posguerra: la necesidad de que el proletariado organice, por sí mismo, un partido de clase que le permita encabezar y dirigir la insurrección.

14. En la posguerra se produce la máxima concentración económica en el campo industrial. El proletariado alcanza el grado más alto de organización, paralelamente a la máxima disgregación de las clases dirigentes y del estado. Todas las contradicciones inherentes al organismo social afloran con la máxima crudeza bajo el efecto del despertar de las masas, incluso de las más atrasadas, a la vida política, como consecuencia de la guerra y de sus secuelas inmediatas. Y, como siempre, el avance de los obreros de la industria y del agro va acompañado de una profunda agitación de las masas campesinas, tanto en el Mezziogiorno como en otras regiones. Las grandes huelgas y la ocupación de las fábricas se desarrollan contemporáneamente a la ocupación de las tierras. La resistencia de las fuerzas reaccionarias se ejerce todavía según la dirección tradicional. El Vaticano acepta que, junto a la Acción Católica, se constituya un verdadero partido que se propone integrar a las masas campesinas en el marco del estado burgués, respondiendo así en apariencia a sus aspiraciones de redención económica y de democracia política. Las clases dirigentes, a su vez, ponen en práctica un vasto plan de corrupción y de disgregación interna del movimiento obrero usando como señuelo, ante los dirigentes oportunistas, la posibilidad de que una aristocracia obrera colabore con el gobierno en una tentativa de solución "reformista" del problema del estado (gobierno de izquierda). Pero en

* Vasto movimiento nacido entre 1904 y 1905 en el interior del catolicismo, hostil a las posiciones políticas conservadoras sostenidas por la iglesia, y tendiente a una profunda reforma en la conciencia católica. En Italia, el sacerdote Romolo Murri dirigió este movimiento, condenado por el Papa Pío X en 1907. [E.]

un país pobre y desunido como Italia, el sólo hecho de que se entrevea una solución "reformista" del problema del estado provoca inevitablemente la disgregación de la cohesión estatal y social, que no puede resistir la colisión de los numerosos grupos en los que se fraccionan las mismas clases dirigentes y las clases intermedias. Cada grupo tiene sus propias exigencias de protección económica y de autonomía política, y, en ausencia de un núcleo de clase homogéneo que sepa imponer, con su dictadura, una disciplina de trabajo y de producción a todo el país, derrotando y eliminando a los explotadores capitalistas y agrarios, el gobierno resulta imposible y la crisis del poder permanece continuamente abierta.

La derrota del proletariado revolucionario se debe, en este período decisivo, a las deficiencias políticas, organizativas, tácticas y estratégicas del partido de los trabajadores. Como consecuencia de estas deficiencias, el proletariado no logra ponerse al frente de la insurrección de la gran mayoría de la población para hacerla desembocar en la creación de un estado obrero; al contrario, él mismo sufre la influencia de otras clases sociales que paralizan su acción. Por tanto, hay que considerar que la victoria del fascismo, en 1922, no es una victoria sobre la revolución, sino la consecuencia de la derrota sufrida por las fuerzas revolucionarias en razón de sus carencias intrínsecas.

*El fascismo y su política*

15. El fascismo, como movimiento de la reacción armada cuyo fin es la disgregación y la desorganización de la clase trabajadora para inmovilizarla, entra en el marco de la política tradicional de las clases dirigentes italianas, y en la lucha del capitalismo contra la clase obrera. Por eso se benefició en sus orígenes, en su organización y en su desarrollo, con el apoyo de todos los viejos grupos dirigentes y en particular de los terratenientes, que se sintieron más amenazados por la presión de las masas rurales. No obstante, socialmente el fascismo encuentra su base en la pequeña burguesía urbana y en una nueva burguesía agraria surgida, en ciertas regiones, de una transformación de la propiedad rural (fenómenos de capitalismo agrario en Emilia, formación de una capa intermedia de origen rural, "concesiones de tierras", nuevos repartos de terrenos). Esta circunstancia y el hecho de haber encontrado una unidad ideológica y organizativa en las formaciones militares en que revive la tradición de la guerra (arditismo)* y que

* De la palabra italiana *arditi* (audaces): nombre dado durante la primera guerra mundial, en el ejército italiano, a destacamentos especiales destinados a golpes de mano y operaciones particularmente riesgosas. Los fascistas, reivindicando a esos grupos de *arditi*, organizaron a partir de 1919 grupos armados (las *squadre d'azione*) que desencadenaron una guerrilla extremadamente

son utilizadas en la guerrilla contra los trabajadores, permiten que el fascismo conciba y ponga en práctica un plan de conquista del estado en contraposición a las viejas capas dirigentes. Es absurdo hablar de revolución. Pero las nuevas categorías que se reagrupan alrededor del fascismo extraen de su origen una homogeneidad y una común mentalidad de "capitalismo en ascenso". Esto explica que su lucha contra los hombres políticos del pasado sea posible y que puedan justificarla con una construcción ideológica que contradice las teorías tradicionales del estado y de sus relaciones con los ciudadanos. En esencia, el fascismo modifica el programa conservador y reaccionario que siempre fue predominante en la política italiana sólo por una manera distinta de concebir el proceso de unificación de las fuerzas reaccionarias. La táctica de los acuerdos y compromisos es sustituida por el proyecto de realizar una unidad orgánica de todas las fuerzas de la burguesía, en un solo organismo político bajo el control de una central única que debería dirigir simultáneamente el partido, el gobierno y el estado. Este proyecto corresponde a la voluntad de resistir a fondo todo ataque revolucionario, lo que le permite al fascismo ganar la adhesión de la parte más resueltamente reaccionaria de la burguesía industrial y de los terratenientes.

16. El método fascista de defensa del orden, de la propiedad y del estado es, aún más que el sistema tradicional de los compromisos y de la política de izquierda, un factor disgregador de la cohesión social y de sus superestructuras políticas. Las reacciones que provoca deben ser examinadas en relación con su aplicación tanto en el campo económico como en el terreno político.

En primer lugar, en el terreno político, la unidad orgánica de la burguesía en el fascismo no se realiza inmediatamente después de la conquista del poder. Fuera del fascismo subsisten núcleos de oposición burguesa al régimen. Por un lado no adhiere a él el grupo que confía en una solución giolittiana del problema del estado. Este grupo está ligado a una parte de la burguesía industrial y, con un programa de reformismo "laborista", ejerce cierta influencia en algunas capas de obreros y de pequeños burgueses. Por otro lado, el programa tendiente a fundar el estado sobre una democracia rural del Mezzogiorno y sobre la parte "sana" de la industria septentrional (*Corriere della Sera,* liberalismo Nitti) tiende a convertirse en programa de una organización política de oposición al fascismo con base de masas en el Mezzogiorno (Unión nacional).

El fascismo está obligado a luchar enérgicamente contra estos grupos supérstites y a luchar con energía aún mayor contra la masonería, a la que considera razonablemente como un centro de

violenta contra los trabajadores, sus partidos y sus periódicos, hasta llegar a las "expediciones punitivas" y el asesinato de representantes de la izquierda. [E.]

organización de todas las fuerzas que tradicionalmente apoyan el estado. Esta lucha que es, quiérase o no, el índice de una fisura en el bloque de las fuerzas conservadoras y antiproletarias, puede favorecer, en determinadas circunstancias, el desarrollo y la afirmación del proletariado como tercer factor que tiene que desempeñar un papel decisivo en una situación política.

En el campo económico, el fascismo actúa como instrumento de una oligarquía industrial y agraria para concentrar en manos del capitalismo el control de todas las riquezas del país. Esto no puede dejar de provocar un descontento en la pequeña burguesía, la cual, con el advenimiento del fascismo, creyó llegada la hora de su dominación.

El fascismo adopta toda una serie de medidas para favorecer una nueva concentración industrial (abolición del impuesto sobre las sucesiones, política financiera y fiscal, refuerzo del proteccionismo), que están acompañadas por otras medidas a favor de los terratenientes y contra los pequeños y medianos cultivadores (impuestos, gravámenes sobre los granos, "batalla del grano"). La acumulación determinada por estas medidas no constituye un incremento de la riqueza nacional, sino la expoliación de una clase en beneficio de otra, es decir, la expoliación de las clases trabajadoras y medias en beneficio de la plutocracia. El propósito de favorecer a la plutocracia aparece descaradamente en el proyecto de legalizar, en el nuevo código de comercio, el régimen de las acciones privilegiadas; un puñado de financistas se halla así en condiciones de poder disponer sin control alguno de ingentes masas del ahorro proveniente de la mediana y pequeña burguesía, a las que se priva del derecho de disponer de su riqueza. En el mismo programa, pero con consecuencias políticas más amplias, entra el proyecto de unificación de los bancos de emisión, es decir, en la práctica, de supresión de los dos grandes bancos meridionales. Estos dos bancos cumplen hoy la función de absorber los ahorros del Mezzogiorno y las remesas de los emigrantes (600 millones), o sea la función que desempeñaba en el pasado el estado con la emisión de bonos del tesoro y el banco de descuentos, en interés de una parte de la industria pesada del norte. Los bancos meridionales han estado controlados hasta ahora por las mismas clases dirigentes del Mezzogiorno, que han encontrado en este control una base real para su dominación política. La supresión de los bancos meridionales como bancos de emisión trasladará esta función a la gran industria del norte, la cual, a través del banco comercial, controla el Banco de Italia, reforzando así la explotación económica "colonial" y el empobrecimiento del Mezzogiorno, y acelerando por otro lado el lento proceso en virtud del cual incluso la pequeña burguesía meridional es desplazada del estado.

La política económica del fascismo se completa con medidas tendientes a reforzar el curso de la moneda, a sanear el presupues-

to del estado, a pagar las deudas de guerra y a favorecer la intervención del capital inglés-norteamericano en Italia. En todos estos campos, el fascismo pone en práctica el programa de la plutocracia (Nitti) y de una minoría industrial-agraria en detrimento de la mayoría de la población, cuyas condiciones de vida empeoran progresivamente.

Lo que corona toda la propaganda ideológica y la acción política y económica del fascismo es su tendencia al "imperialismo". Esta tendencia expresa la necesidad que experimentan las clases dirigentes industriales-agrarias italianas de encontrar fuera del campo nacional los elementos para resolver la crisis de la sociedad italiana. Ella contiene los gérmenes de una guerra que será emprendida en nombre de la expansión italiana pero en la cual, en realidad, la Italia fascista será un instrumento en manos de uno de los grupos imperialistas que se disputan el dominio del mundo.

17. Consiguientemente, la política del fascismo determina profundas reacciones de las masas. El fenómeno más grave es el desplazamiento cada vez más marcado de las poblaciones agrarias del Mezzogiorno y de las islas del sistema de fuerzas que rigen el estado. La vieja clase dirigente local (Orlando, Di Cesarò, De Nicola, etc.) ya no ejerce de manera sistemática su función de intermediaria en las relaciones con el estado. La pequeña burguesía tiende, pues, a acercarse a los campesinos. El fascismo lleva al extremo el sistema de explotación y de opresión de las masas meridionales, lo que facilita la radicalización incluso de las categorías intermedias y plantea la cuestión meridional en sus términos reales, como cuestión que sólo puede resolver la insurrección de los campesinos aliados al proletariado en la lucha contra los capitalistas y contra los terratenientes.

También los campesinos medios y pobres de otras partes de Italia adquieren, aunque más lentamente, una función revolucionaria. El Vaticano —cuyo papel reaccionario ha sido asumido por el fascismo— ya no controla las poblaciones rurales por completo a través de los sacerdotes, de la Acción Católica y del Partido Popular; una parte de los campesinos, llamada a luchar para defender sus intereses por las mismas organizaciones autorizadas y dirigidas por las autoridades eclesiásticas, que ahora soporta la presión económica y política del fascismo, acentúa su propia orientación de clase y comienza a sentir que su suerte está ligada a la de la clase obrera. Un índice de esta tendencia es el fenómeno Miglioli.* Otro síntoma muy interesante es también el hecho de que las organizaciones blancas, que como fracción de la Acción Católica están dirigidas directamente por el Vaticano, han debido entrar en los comités intersindicales con las Ligas Rojas, expre-

* Guido Miglioli: líder de la corriente de izquierda del Partido Popular y organizador sindical cristiano. [E.]

sión de ese período proletario que desde 1870 los católicos indicaban como inminente en la sociedad italiana.

En cuanto al proletariado, la actividad disgregadora de sus fuerzas encuentra un límite en la resistencia activa de la vanguardia revolucionaria y en una resistencia pasiva de la gran masa, que sigue siendo fundamentalmente clasista y demuestra que se pone en movimiento apenas disminuye la presión física del fascismo y se hacen más fuertes los estímulos de sus intereses de clase. La tentativa de crear en él una división interna con los sindicatos fascistas, puede considerarse fracasada. Cambiando su programa, los sindicatos fascistas se convierten ahora en instrumentos directos de opresión reaccionaria al servicio del estado.

18. Frente a la amenaza que representan los virajes y el surgimiento de nuevas fuerzas, suscitados por su política, el fascismo reacciona imponiendo a toda la sociedad el peso de una fuerza militar y de un sistema de opresión que encadena a la población al hecho mecánico de la producción, sin posibilidad de tener una vida propia, de manifestar su propia voluntad y de organizarse para la defensa de sus intereses.

La llamada legislación fascista no se propone otro fin que el de consolidar y asegurar la permanencia de ese sistema. La nueva ley electoral política, las modificaciones del ordenamiento administrativo con la introducción del síndico para las comunas rurales, etc., tratan de poner fin a la participación de las masas en la vida política y administrativa del país. El control de que son objeto las asociaciones impide cualquier forma "legal" durable de organización de las masas. La nueva política sindical quita a la confederación del trabajo y a los sindicatos de clase la posibilidad de celebrar convenios, privándolos así del contacto con las masas que se habían organizado en torno a ellos. Se suprime la prensa proletaria. Se condena al partido de clase del proletariado a una vida completamente ilegal. Se utilizan sistemáticamente violencias físicas y persecuciones policiales, sobre todo en el campo, con el fin de instaurar el terror y de mantener una situación de estado de sitio.

El resultado de este conjunto de actividades reaccionarias y represivas es el desequilibrio entre la real relación de fuerzas sociales y la relación de las fuerzas organizadas, lo que hace que a un aparente retorno a la normalidad y a la estabilidad corresponda una agudización de conflictos prontos a estallar en cualquier momento bajo otras formas.

18 bis. La crisis que siguió al asesinato de Matteotti * ha probado

* Giacomo Matteotti, diputado socialista, dirigente de la corriente reformista, expulsado del Partido Socialista en octubre de 1922. Después de la victoria de los fascistas en 1924, victoria obtenida gracias a una serie de fal-

que la aparente estabilidad del régimen fascista podía resultar amenazada hasta en sus fundamentos por la irrupción imprevista de conflictos económicos y políticos cuya agravación no se había advertido. Al mismo tiempo ha demostrado la incapacidad de la pequeña burguesía para hacer triunfar, en el actual período histórico, la lucha contra la reacción industrial-agraria.

*Fuerzas motrices y perspectivas de la revolución*

19. Las fuerzas motrices de la revolución italiana, tal como surge de nuestro análisis, son, en orden de importancia, las siguientes:

1] la clase obrera y el proletariado rural;

2] los campesinos del Mezzogiorno y de las islas y los campesinos del resto de Italia.

El desarrollo y la rapidez del proceso revolucionario sólo pueden ser apreciados a partir de una evaluación de ciertos elementos subjetivos, es decir, de la medida en que la clase obrera logre adquirir una personalidad política propia, una firme conciencia de clase y una independencia de todas las demás clases, de la medida en que logre organizar sus fuerzas, o sea, ejercer de hecho una función de conducción de los demás factores, comenzando por dar una expresión política concreta a su alianza con los campesinos.

En líneas generales, se puede afirmar —apoyándose además en la experiencia italiana— que se pasará del período de preparación revolucionaria a un período revolucionario "inmediato" cuando el proletariado industrial y rural del norte haya logrado recuperar, por el desarrollo de la situación objetiva y a través de una serie de luchas particulares e inmediatas, un alto grado de organización y de combatividad.

En cuanto a los campesinos, hay que colocar a los del Mezzogiorno y las islas en la primera fila entre las fuerzas con las que debe contar la insurrección contra la dictadura industrial-agraria, aunque no se les debe atribuir una importancia decisiva fuera de una alianza con el proletariado. La alianza entre ellos y los obreros es el resultado de un proceso histórico natural y profundo, favorecido por todas las vicisitudes del estado italiano. Para los campesinos de otras partes de Italia el proceso de orientación hacia la alianza con el proletariado es más lento y deberá ser estimulado mediante una atenta acción política del partido del proletariado. Los éxitos ya obtenidos en Italia en este campo indican además que el problema de romper la alianza de los campesinos

sificaciones e intimidaciones, Matteotti pronunció un discurso en el parlamento denunciando abiertamente las ilegalidades y las violencias fascistas. Al día siguiente, fue secuestrado por un grupo de fascistas y liquidado físicamente. El episodio suscitó en la opinión pública una ola de indignación que puso en peligro al régimen, pero la crisis fue rápidamente superada gracias al apoyo que el rey Víctor Manuel III no dejó de brindar a Mussolini. [E.]

con las fuerzas reaccionarias también debe ser planteado, en gran medida, en otros países de Europa occidental, como un problema consistente en destruir la influencia de la organización católica sobre las masas rurales.

20. Los obstáculos al desarrollo de la revolución, además de los provenientes de la presión fascista, están en relación con la variedad de los grupos en que se divide la burguesía. Cada uno de esos grupos se esfuerza por ejercer una influencia sobre un sector de la población trabajadora para impedir que se extienda la influencia del proletariado, o sobre el mismo proletariado para hacerle perder su personalidad y su autonomía de clase revolucionaria. Se constituye así una cadena de fuerzas reaccionarias, que a partir del fascismo comprende los grupos antifascistas que no tienen gran base de masas (liberales), los que tienen una base entre los campesinos y en la pequeña burguesía (demócratas, ex combatientes, miembros del partido popular, republicanos) e incluso parcialmente en los obreros (partido reformista), y los que teniendo una base proletaria tienden a mantener a las masas obreras en una condición de pasividad, haciéndoles seguir la política de otras clases (partido maximalista). También el grupo que dirige la confederación del trabajo debe ser considerado del mismo modo, o sea como vehículo de una influencia disgregadora de otras clases sobre los trabajadores. Cada uno de los grupos que hemos indicado cuenta con el apoyo de una parte de la población trabajadora italiana. Una modificación de este estado de cosas sólo puede concebirse como consecuencia de una sistemática y permanente acción política de la vanguardia proletaria organizada en el partido comunista.

Hay que considerar con particular atención a los grupos y partidos que tienen una base de masas, o tratan de formársela como partidos democráticos o como partidos regionales, en la población agrícola del Mezzogiorno y de las islas (Unión Nacional, partidos de acción sardo, molisano, irpino, etc.). Estos partidos no ejercen una influencia directa sobre el proletariado, pero constituyen un obstáculo a la realización de la alianza entre obreros y campesinos. Al orientar a las clases agrícolas del Mezzogiorno hacia una democracia rural y a soluciones democráticas regionales, quiebran la unidad del proceso de liberación de la población trabajadora italiana, impiden que los campesinos triunfen en su lucha contra la explotación económica y política de la burguesía y de los terratenientes, y preparan su transformación en guardia blanca de la reacción. El éxito político de la clase obrera está relacionado, también en este campo, con la acción política del partido del proletariado.

21. La posibilidad de derrocar el régimen fascista mediante una acción de grupos antifascistas pretendidamente democráticos sólo

existiría si estos grupos lograran, neutralizando la acción del proletariado, ponerse al frente de un movimiento de masas hasta conseguir controlar su desarrollo. La función de la oposición burguesa democrática consiste, en cambio, en colaborar con el fascismo para impedir la reorganización de la clase obrera y la realización de su programa de clase. En este sentido está en vías de realizarse un compromiso entre el fascismo y la oposición burguesa, que inspirará la política de toda formación "centralista" que surja de las ruinas del Aventino.* La oposición podrá volver a protagonizar la acción de defensa del régimen capitalista sólo cuando la propia represión fascista no logre controlar el estallido de los conflictos de clase, y la amenaza de una insurrección proletaria y su convergencia con una guerra de campesinos aparezca grave e inminente. La posibilidad de que la burguesía y el propio fascismo recurran a un sistema reaccionario encubierto por las apariencias de un "gobierno de izquierda" debe estar, pues, continuamente presente en nuestras perspectivas (división de funciones entre fascismo y democracia, *Tesis del V Congreso mundial*).**

22. De este análisis de los factores de la revolución y de sus perspectivas se desprenden los objetivos del Partido Comunista. De él dependen los criterios de su actividad organizativa y los de su acción política. De él derivan las líneas rectoras y fundamentales de su programa.

* Después del asesinato de Matteotti, los disputados de la oposición recurrieron al rey Víctor Manuel III para impulsarlo a disolver la cámara y efectuar nuevas elecciones; ante el rechazo categórico del rey, que prefirió sostener a Mussolini, todos los grupos de oposición decidieron dejar de sesionar en la cámara: es lo que se llamó la "secesión del Aventino", por analogía con lo sucedido en Roma en el año 493 a.c. cuando una parte de la plebe, en el momento de su rebelión contra el patriciado, se retiró a una de las siete colinas de Roma. Allí, el cónsul Menenio Agrippa supo reducirlos a la obediencia, tras un discurso históricamente famoso. [E.]

Pero los diferentes grupos de la oposición no lograron encontrar un acuerdo sobre una acción común (el Partido Comunista propuso la creación de un antiparlamento, la movilización de las masas y la proclamación de la huelga general; los demás grupos prefirieron permanecer dentro de la "legalidad"): fue así como la oposición, demasiado débil y dividida, se disgregó, lo que permitió que Mussolini consolidase su régimen dictatorial, desembarazándose (mediante el asesinato, el arresto o el exilio) de los diputados de la oposición.

** El V Congreso de la Internacional tuvo lugar en Moscú (17 de junio al 8 de julio de 1924), fue entonces cuando comenzó la bolchevización de las secciones nacionales que se habían adherido a la Internacional comunista, y se confirmó la táctica del frente único contra el fascismo. No estando Gramsci presente, Togliatti y Bordiga fueron electos en el ejecutivo de la Internacional. Véase la exposición de la discusión editada por Cuadernos de Pasado y Presente: *El V Congreso de la Internacional Comunista*, Cuad. P. y P. números 55 y 56 Córdoba (Argentina), 1975 [E.]

*Objetivos fundamentales del Partido Comunista*

23. Después de haber resistido victoriosamente a la ola reaccionaria que pretendía sumergirlo (1923), después de haber contribuido con su propia acción a poner un primer tope al proceso de dispersión de las fuerzas trabajadoras (elecciones de 1924), después de haber aprovechado la crisis Matteotti para reorganizar la vanguardia proletaria, que se opuso exitosamente a la tentativa de instaurar una supremacía pequeñoburguesa en la vida política (Aventino), y de asentar las bases de una auténtica política campesina del proletariado italiano, el partido se encuentra hoy en la fase de la preparación política de la revolución.

Su objetivo fundamental puede resumirse en estos tres puntos:

1] organizar y unificar al proletariado industrial y agrícola para la revolución.

2] organizar y movilizar alrededor del proletariado a todas las fuerzas necesarias para la victoria revolucionaria y para la fundación del estado obrero;

3] plantear al proletariado y a sus aliados el problema de la insurrección contra el estado burgués y de la lucha por la dictadura proletaria y conducirlo política y materialmente para la resolución de esa tarea mediante una serie de luchas parciales.

*La construcción del Partido Comunista como partido "bolchevique"*

24. La organización de la vanguardia proletaria en Partido Comunista es la parte esencial de nuestra actividad organizativa. Los obreros italianos han hecho su propia experiencia (en 1919-1920) de que donde falta la conducción de un Partido Comunista construido como partido de la clase obrera y como partido de la revolución, no es posible que tenga un resultado victorioso la lucha por el derrocamiento del régimen capitalista. La construcción de un Partido Comunista que sea efectivamente el partido de la clase obrera y el partido de la revolución —es decir, que sea un partido "bolchevique"— se conecta directamente con los siguientes puntos fundamentales:

1] la ideología del partido;

2] la forma de la organización, y su grado de cohesión;

3] la capacidad de funcionar en contacto con la masa;

4] la capacidad estratégica y táctica.

Cada uno de estos puntos está ligado estrechamente con los demás y, con rigor lógico, no puede desvincularse de ellos. Cada uno de ellos, en efecto, indica y comprende una serie de problemas cuyas soluciones interfieren y se implican recíprocamente. Su examen separado sólo será útil si se tiene presente que no se puede resolver ninguno sino a través de una formulación y una solución de conjunto.

*La ideología del partido*

25. El Partido Comunista requiere una unidad ideológica completa para poder desempeñar en todo momento su función de guía de la clase obrera. La unidad ideológica es la condición de la fuerza del partido y de su capacidad política; es indispensable para transformarlo en un partido bolchevique. La base de la unidad ideológica es la doctrina del marxismo y del leninismo, entendido este último como la doctrina marxista adaptada a los problemas del período del imperialismo y del comienzo de la revolución proletaria (*Tesis sobre la bolchevización del ejecutivo ampliado de abril de 1925, núms* IV y VI).*

El Partido Comunista de Italia ha formado su ideología en la lucha contra la socialdemocracia (reformistas) y contra el centrismo político representado por el partido maximalista. Pero no encuentra en la historia del movimiento obrero italiano una vigorosa y permanente corriente de pensamiento marxista que le sirva de referencia. Falta además en sus filas un conocimiento profundo y ampliamente difundido de las teorías del marxismo y del leninismo. Son posibles, pues, las desviaciones.

La elevación del nivel ideológico del partido debe obtenerse mediante una sistemática actividad interna que se proponga llevar a todos sus miembros a tomar plenamente conciencia de los fines inmediatos del movimiento revolucionario, y a tener una cierta capacidad de análisis marxista de las situaciones y una capacidad correlativa de orientación política (escuela de partido). Hay que rechazar la concepción según la cuál los factores de conciencia y de madurez revolucionaria —que constituyen la ideología— pueden realizarse en el partido sin que se hayan realizado ya en un amplio número de los miembros del mismo.

26. A pesar de que desde sus orígenes ha librado una lucha contra degeneraciones derechistas y centralistas, el peligro de desviaciones de derecha está presente en el Partido Comunista de Italia.

En el campo teórico, está representado por tentativas de revisión del marxismo hechas por el compañero Graziadei con el pretexto de una elucidación "científica" de algunos de los conceptos fundamentales de la doctrina de Marx. La tentativa de Graziadei no puede ciertamente conducir a la creación de una corriente y por tanto de una fracción que amenace la unidad ideológica y la cohesión del partido. No obstante, está implícita en ella un apoyo a corrientes y desviaciones políticas de derecha. De todos modos, la misma indica la necesidad de que el partido efectúe un profundo estudio del marxismo y adquiera una conciencia teórica más firme y elevada.

* Las tesis sobre la bolchevización fueron publicadas en español en los *Cuadernos de Pasado y Presente* (nº 56, 1975, pp. 183-211). [E.]

El peligro de que se cree una tendencia de derecha está ligado a la situación general del país. La opresión misma que impone el fascismo tiende a alimentar la opinión de que, como el proletariado está en la imposibilidad de derrocar rápidamente el régimen, una táctica mejor sería la que conduzca, si no a un bloque burgués-proletario por la eliminación constitucional del fascismo, por lo menos a una pasividad de la vanguardia revolucionaria, a una no intervención activa del Partido Comunista en la lucha política inmediata, a fin de permitir que la burguesía utilice al proletariado como masa de maniobra electoral contra el fascismo. Este programa se presenta con la fórmula de que el Partido Comunista debe ser "el ala izquierda" de una oposición de todas las fuerzas que conspiran para derrocar al régimen fascista. Es la expresión de un profundo pesimismo acerca de las capacidades revolucionarias de la clase trabajadora.

El mismo pesimismo y las mismas desviaciones conducen a interpretar erróneamente la naturaleza y la función histórica de los partidos socialdemócratas en el momento actual, a olvidar que aunque la socialdemocracia tenga aún su base social en gran medida en el proletariado, en lo que se refiere a su ideología y a la función política que cumple, debe ser considerada no como el ala derecha del movimiento obrero, sino como el ala izquierda de la burguesía y como tal debe ser desenmascarada ante las masas.

El peligro de derecha debe ser combatido con la propaganda ideológica, con la oposición del programa revolucionario de la clase obrera y de su partido al programa de la derecha, y con las medidas disciplinarias habituales cada vez que se haga sentir su necesidad.

27. Existe igualmente un riesgo de desviación de izquierda de la ideología marxista y leninista, ligado a los orígenes del partido y a la situación general del país. Está representado por la tendencia extremista conducida por el compañero Bordiga. Esta tendencia se formó en la situación particular de disgregación e incapacidad programática, organizativa, estratégica y táctica en que se encontró el Partido Socialista Italiano desde fines de la guerra hasta el congreso de Livorno: su origen y su éxito se explican además por el hecho de que, siendo la clase obrera una minoría dentro de la población trabajadora italiana, es permanente el riesgo de que su partido sufra desviaciones debidas a una infiltración de otras clases, y en particular de la pequeña burguesía. Ante esta condición de la clase obrera y la situación del Partido Socialista Italiano, reaccionó la extrema izquierda con una ideología particular, es decir, con una concepción de la naturaleza del partido, de su función y de su táctica que es contraria a la del marxismo y el leninismo:

*a*] la extrema izquierda define al partido, subestimando o pasando por alto su contenido social, como un "órgano" de la clase

obrera, que se constituye por *síntesis* de elementos heterogéneos. El partido debe ser definido, en cambio, poniendo de relieve sobre todo el hecho de que es una "parte" de la clase obrera. El error en la definición del partido lleva a formular equivocadamente los problemas organizativos y los problemas tácticos;

*b*] para la extrema izquierda la función del partido no consiste en guiar en todo momento a la clase esforzándose por mantenerse en contacto con ella a través de todas las modificaciones de la situación objetiva, sino en elaborar cuadros preparados para conducir a la masa cuando el desarrollo de la situación la haga acercarse al partido, haciéndole aceptar las posiciones programáticas y de principio fijadas por él;

*c*] en lo que se refiere a la táctica, la extrema izquierda sostiene que esta no debe estar determinada respecto a la situación objetiva y a la posición de las masas, de manera que adhiera siempre a la realidad manteniendo un contacto permanente con las capas más amplias de la población trabajadora, sino que debe definirse en base a preocupaciones formalistas. Es característica del extremismo la concepción de que las desviaciones de los principios de la política comunista no se evitan con la construcción de partidos "bolcheviques" que sean capaces de realizar, sin desviarse, todas las acciones políticas requeridas para movilizar a las masas y obtener la victoria revolucionaria, sino imponiendo a la táctica límites rígidos y formales de carácter exterior (en el campo organizativo: la "adhesión individual", o sea el rechazo de las "fusiones", las cuales, no obstante, siempre pueden ser, en determinadas condiciones, un medio muy eficaz para que el partido extienda su influencia; en el campo político: encubrimiento de los términos del problema de la conquista de la mayoría, frente único sindical y *no político*, ninguna diferenciación en la manera de luchar contra la democracia en función del grado de adhesión de las masas a formaciones democráticas contrarrevolucionarias y de la inminencia y gravedad de una amenaza reaccionaria, rechazo de la consigna de un gobierno obrero y campesino). Se apela pues a un análisis de la situación de los movimientos de masa únicamente para controlar una línea deducida en base a preocupaciones formalistas y sectarias: en la determinación de la política del partido nunca se tiene en cuenta el elemento particular; se quiebra la visión unitaria y global que es propia de nuestro método de investigación política (dialéctica); la actividad del partido y sus consignas pierden eficacia y valor, reduciéndose a actividades y consignas de simple propaganda.

La pasividad política del partido es una consecuencia inevitable de esa posición. Un aspecto de ella fue, en el pasado, el "abstencionismo", lo que permite acercar al extremismo de izquierda y al maximalismo a las desviaciones de derecha. Tal como las tendencias de derecha, es expresión de un escepticismo sobre la posibilidad de que la masa obrera organice por sí misma un partido

de clase que sea capaz de conducir a las grandes masas esforzándose por mantenerse en todo momento ligado a ella.

La lucha ideológica contra el extremismo de izquierda debe librarse oponiéndole la concepción marxista y leninista del partido del proletariado como partido de masa y demostrando la necesidad de que éste adapte su táctica a las situaciones para estar en condiciones de modificarlas, para no perder el contacto con las masas y para ampliar su esfera de influencia.

El extremismo de izquierda fue la ideología oficial del partido italiano durante el primer período de su existencia. Lo sostienen compañeros que figuraron entre los fundadores del partido y que contribuyeron ampliamente a su construcción después de Livorno. Hay, pues, razones que explican por qué esa concepción estuvo tanto tiempo arraigada en la mayoría de los compañeros, aunque nunca fuera objeto de una evaluación crítica global, sino más bien la consecuencia de un generalizado estado de ánimo. Es evidente entonces que el peligro de extrema izquierda debe ser considerado como una realidad inmediata, como un obstáculo no sólo a la unificación y elevación ideológica, sino al desarrollo político del partido y a la eficacia de su acción. Debe ser combatido como tal, no sólo con la propaganda sino además con una acción política y eventualmente con medidas organizativas.

28. El nivel de conciencia internacionalista que impregna al partido es un elemento de su ideología. Él mismo es bastante fuerte entre nosotros como espíritu de solidaridad internacional, aunque no tanto como conciencia de pertenecer a un partido mundial. Contribuye a esta debilidad la tendencia a presentar la concepción de extrema izquierda como una concepción nacional ("originalidad" y valor "histórico" de las posiciones de la "izquierda italiana") que se opone a la concepción marxista y leninista de la Internacional Comunista y trata de sustituirla. Esto da lugar a una especie de "patriotismo de partido" que se niega a encuadrarse en una organización mundial de acuerdo a los principios propios de esta organización (rechazo de cargos, lucha fraccionista internacional, etc.). Esta escasa conciencia internacionalista permite que repercuta en el partido la campaña que realiza la burguesía para presentar a la Internacional Comunista como un órgano del estado ruso. Algunas de las tesis de extrema izquierda a este respecto se unen a las tesis habituales de los partidos contrarrevolucionarios. Deben ser combatidas vigorosamente, con una propaganda que demuestre el papel históricamente predominante y dirigente del partido ruso en la creación de una Internacional Comunista y haga conocer la posición del estado obrero ruso —primera y única conquista real de la clase obrera en la lucha por el poder— sobre el movimiento obrero internacional (*Tesis sobre la situación internacional*).

*La base de la organización del partido*

29. Todos los problemas de organización son problemas políticos. Su solución debe permitir al partido realizar su objetivo fundamental, hacer que el proletariado adquiera una completa independencia política, darle una fisonomía, una personalidad, una conciencia revolucionaria precisa, impedir toda infiltración e influencia disgregadora por parte de clases y elementos que, aunque tienen intereses contrarios al capitalismo, no están dispuestos a librar una lucha contra él hasta sus últimas consecuencias.

Hay, en primer lugar, un problema político: el de la base de la organización. La organización del partido debe construirse sobre la base de la producción y por tanto a partir del lugar de trabajo (células). Este principio es esencial para la creación de un partido "bolchevique" y se refiere a la necesidad de que el partido esté en condiciones de dirigir el movimiento de masa de la clase obrera, la cual está naturalmente unificada por el desarrollo del capitalismo según el proceso de producción.

Situando la base organizativa en el lugar de producción, el partido efectúa una elección a propósito de la clase en que se apoya. Se proclama un partido de clase y el partido de una sola clase, la clase obrera.

Todas las objeciones al principio que funda la organización del partido sobre la base de la producción parten de concepciones que están ligadas a clases ajenas al proletariado, aunque sean defendidas por compañeros y grupos que se dicen de "extrema izquierda". Se basan en una consideración pesimista de las capacidades revolucionarias del obrero y del obrero comunista, y expresan el espíritu antiproletario del pequeño burgués intelectual, que cree ser la sal de la tierra y ve en el obrero el instrumento material del trastrocamiento social y no el protagonista consciente e inteligente de la revolución.

Dentro del partido italiano se reproducen, a propósito de las células, las discusiones y conflictos que llevaron en Rusia a la escisión entre bolcheviques y mencheviques, en cuanto al mismo problema de la elección de la clase, del carácter de clase del partido y del modo de adhesión al partido de elementos no proletarios. Este hecho, en relación con la situación italiana, tiene además una notable importancia. Es la propia estructura social y son las condiciones y las tradiciones de la lucha política las que hacen que en Italia sea mucho más serio que en otros lugares el riesgo de edificar el partido en base a una "síntesis" de elementos heterogéneos, es decir, de dejar abierta la vía a la influencia paralizadora de otras clases. Se trata de un peligro que la misma política del fascismo agravará al desplazar hacia el terreno revolucionario a capas enteras de la pequeña burguesía.

Es evidente que el partido comunista no puede ser solamente un partido de obreros. La clase obrera y su partido no pueden prescin-

dir de los intelectuales ni pueden pasar por alto la necesidad de reagrupar a su alrededor y de conducir a todos los elementos que por una u otra vía se ven impulsados a rebelarse contra el capitalismo. Así, pues, el partido comunista no puede cerrar las puertas a los campesinos; más bien debe tener campesinos y servirse de ellos para estrechar los vínculos políticos entre el proletariado y las clases rurales. Pero hay que rechazar enérgicamente, como contrarrevolucionaria, toda concepción que haga del partido una "síntesis" de elementos heterogéneos, en vez de sostener sin concesiones que él mismo es una parte del proletariado, que el proletariado debe imprimirle las características de su propia organización y que el proletariado debe tener asegurada en el partido una función directiva.

30. Son inconsistentes las objeciones prácticas a la organización sobre la base de la producción (células), según las cuales esta estructura organizativa no permitiría superar la competencia entre diversas categorías de obreros y dejaría la puerta abierta al funcionarismo.

La práctica de los consejos de fábrica (1919-1920) ha demostrado que sólo una organización implantada en el lugar y en el sistema de la producción permite establecer un contacto entre los estratos superiores y los estratos inferiores de la masa trabajadora (obreros calificados, no calificados y peones) y crear vínculos de solidaridad que socaven las bases a todo fenómeno de "aristocracia obrera".

La organización por células implica que en el partido se forme un estrato bastante amplio de elementos dirigentes (secretarios de célula, miembros de los comités de célula, etc.) que son parte de la masa y permanecen en ella aunque desempeñen funciones directivas, a diferencia de los secretarios de las secciones territoriales, que necesariamente están separados de la masa trabajadora. El partido debe ocuparse particularmente de la educación de estos compañeros que forman el tejido conjuntivo de la organización y son el instrumento de vinculación con las masas. Desde cualquier punto de vista que se considere, la transformación de la estructura sobre la base de la producción es el objetivo fundamental del partido en el momento actual y la única manera de resolver sus problemas más importantes. En ella hay que poner el acento e intensificar todo el trabajo ideológico y práctico que se requiere.

*Cohesión de la organización del partido. Fraccionismo*

31. La organización de un partido bolchevique debe ser, en cualquier momento de la vida del partido, una organización centralizada, dirigida por el comité central, no sólo en las palabras sino en los actos. Una férrea disciplina partidaria debe reinar en sus filas. Esto no quiere decir que el partido debe ser dirigido desde arriba con métodos autocráticos. Tanto el comité central como los órga-

nos inferiores de dirección están constituidos en base a una elección y en base a una selección de elementos capaces, realizada a través de la prueba del trabajo y de la experiencia del movimiento. Este segundo elemento garantiza que los criterios para la formación de los grupos dirigentes locales y del grupo dirigente central no sean mecánicos, exteriores y "parlamentarios", sino que correspondan a un proceso real de formación de una vanguardia proletaria homogénea y ligada a las masas.

El principio de la elección de los órganos dirigentes —democracia interna— no es absoluto, sino relativo a las condiciones de la lucha política. Aunque conozcan ciertas limitaciones, los órganos centrales y periféricos siempre deben considerar su poder no como superpuesto a la voluntad del partido sino como emanando de ésta, esforzándose por acentuar su carácter proletario y multiplicando los lazos con la masa de los compañeros y con la clase obrera. Esta última necesidad se siente particularmente en Italia, donde la reacción impuso y sigue imponiendo una fuerte limitación a la democracia interna.

La democracia interna también es relativa al grado de capacidad política que poseen los órganos periféricos y los compañeros que trabajan en la periferia. La acción ejercida por el centro para incrementar esta capacidad hace posible una extensión de los sistemas "democráticos" y una reducción cada vez mayor del sistema de la "cooptación" y de las intervenciones de arriba para resolver las cuestiones organizativas locales.

32. La centralización y la cohesión del partido exigen que no existan en su seno grupos organizados que asuman un carácter de fracción. Un partido bolchevique se diferencia en esto profundamente de los partidos socialdemócratas, en los que hay una gran variedad de grupos y la lucha de fracciones es la forma normal de elaboración de las directivas políticas y de selección de los grupos dirigentes. Los partidos y la Internacional Comunista han nacido de la lucha de fracciones que se desarrolló dentro de la II Internacional. Al constituirse como partidos y como organización mundial del proletariado han establecido como norma de su vida interna y de su desarrollo no ya la lucha de fracciones, sino la colaboración orgánica de todas las tendencias a través de la participación en los órganos dirigentes.

La existencia y la lucha de fracciones son de hecho incompatibles con la esencia del partido del proletariado, cuya unidad se resiente de esa manera, quedando abierta la vía a la influencia de otras clases. Esto no significa que en el partido no puedan surgir tendencias y que éstas no busquen a veces organizarse en fracciones, sino que contra esta última eventualidad se debe luchar enérgicamente para reducir los conflictos de tendencias, las elaboraciones teóricas y la selección de dirigentes a la forma que corresponde a los partidos comunistas, o sea, a un proceso de desarrollo real y unitario (dia-

léctico) y no a una controversia y a luchas de carácter "parlamentario".

33. La experiencia del movimiento obrero —cuyos fracasos son imputables a la impotencia del PSI, por la lucha de fracciones y por el hecho de que cada fracción llevaba adelante, independientemente del partido, su propia política, paralizando la acción de las demás fracciones y la de todo el partido—, esta experiencia ofrece un buen terreno para crear y mantener la cohesión y la centralización que deben ser características de un partido bolchevique.

Entre los diversos grupos que han dado origen al Partido Comunista de Italia subsisten algunas divergencias que deben desaparecer mediante una profundización de la común ideología marxista y leninista. Sólo entre los partidarios de la ideología antimarxista de extrema izquierda se ha mantenido durante largo tiempo una homogeneidad y una solidaridad de carácter fraccionista. Hubo incluso, con la creación del llamado "comité de entendimiento", un intento de pasar del fraccionismo larvado a la lucha abierta de fracción. La amplitud de la reacción del partido ante este nefasto intento de dividir sus fuerzas es la prueba más convincente de que, en este campo, todo intento de volver a los hábitos de la socialdemocracia está condenado al fracaso.

En cierta medida existe también un riesgo de fraccionismo a propósito de la fusión con los miembros del partido socialista adherentes a la III Internacional. Éstos no tienen una unidad ideológica, y mantienen entre sí lazos de carácter esencialmente corporativo, que se crearon en sus dos años de vida como fracción en el seno del PSI: estos lazos se han ido debilitando cada vez más y no será difícil eliminarlos por completo.

La lucha contra el fraccionismo debe ser, ante todo, difundida a través de principios organizativos justos, pero sólo tendrá éxito cuando el partido italiano llegue a considerar la discusión de sus problemas actuales y los de la Internacional como un hecho normal, orientando sus tendencias en relación a estos problemas.

*El funcionamiento de la organización del partido*

34. Un partido bolchevique debe estar organizado de manera de poder funcionar, en cualquier condición, en contacto con la masa. Este principio tiene para nosotros la mayor importancia, en razón de la represión que ejerce el fascismo con el fin de impedir que las relaciones de fuerzas reales se traduzcan en relaciones de fuerzas organizadas. Sólo con la máxima concentración e intensidad de la actividad del partido se puede lograr neutralizar, al menos en parte, este factor negativo e impedir que obstaculice profundamente el proceso de la revolución. Por eso hay que tomar en consideración:

*a*] el número de inscritos y su capacidad política; deben ser suficientemente numerosos para permitir una continua extensión de

nuestra influencia. Hay que combatir la tendencia a restringir artificialmente los cuadros, porque nos conduce a la pasividad, a la atrofia. Pero todo inscripto debe ser un elemento políticamente activo, capaz de difundir la influencia del partido y traducir cotidianamente en los actos sus directivas, conduciendo a una parte de la masa trabajadora;

*b*] la utilización de todos los compañeros en un trabajo preciso;

*c*] la coordinación unitaria de los diversos tipos de actividad por medio de comités en los que se articula todo el partido como órgano de trabajo entre las masas;

*d*] el funcionamiento colegiado de los órganos centrales del partido, considerado como condición para la constitución de un grupo dirigente "bolchevique" homogéneo y compacto;

*e*] la capacidad de los compañeros de trabajar con las masas, de estar continuamente presentes entre ellas, de estar en primera fila en todas las luchas, de saber asumir en cada ocasión y defender la posición que corresponde a la vanguardia del proletariado. Se insiste en este punto porque los requerimientos del trabajo clandestino y la equivocada ideología de "extrema izquierda" han producido una limitación de la capacidad de trabajo entre las masas y con las masas;

*f*] la capacidad de los organismos periféricos y de los compañeros de enfrentar situaciones imprevistas y de tomar actitudes correctas incluso antes de que lleguen las instrucciones de los organismos superiores. Hay que combatir la forma de pasividad, también un residuo de las falsas concepciones organizativas del extremismo, que consiste en limitarse siempre a "esperar órdenes de arriba". El partido debe contar con una base capaz de "iniciativa", es decir, que los órganos de base deben saber reaccionar inmediatamente ante cada situación imprevista o inesperada;

*g*] la capacidad de efectuar un trabajo "subterráneo" (ilegal) y de defender al partido contra todas las formas de reacción sin perder el contacto con las masas, y haciendo de este mismo contacto con las capas más amplias de la clase trabajadora un medio de defensa. En la situación actual, el hecho de limitar la defensa del partido y de su aparato a una actividad de simple "organización interna" debe ser considerado como un abandono de la causa de la revolución.

Cada uno de estos puntos debe ser considerado con atención, pues indica tanto un defecto del partido como los progresos que debemos imprimir a su acción. Su importancia es tanto mayor cuanto que puede anticiparse que los golpes de la reacción seguirán debilitando el aparato de enlace entre el centro y la periferia, por muy grandes que sean los esfuerzos por mantenerlo intacto.

### *Estrategia y táctica del partido*

35. La capacidad estratégica y táctica del partido es su capacidad

de organizar y unificar alrededor de la vanguardia proletaria y de la clase obrera a todas las fuerzas necesarias a la victoria revolucionaria, y de conducirlas efectivamente a la revolución aprovechando las situaciones objetivas y los cambios en la relación de fuerzas que éstas provocan tanto entre la población trabajadora como entre los enemigos de la clase obrera. Con su estrategia y su táctica el partido "dirige a la clase obrera" en los grandes movimientos históricos y en sus luchas cotidianas. Ambas orientaciones de la dirección están entrelazadas y se condicionan mutuamente.

36. El principio de que el partido dirige a la clase obrera no debe ser interpretado mecánicamente. No hay que creer que el partido puede dirigir a la clase obrera mediante una imposición autoritaria externa; esto no es válido ni para el período precedente a la conquista del poder ni para el que le sigue. El error de una interpretación mecánica de este principio debe ser combatido en el partido italiano como una posible consecuencia de las desviaciones ideológicas de extrema izquierda; estas desviaciones conducen de hecho a una arbitraria sobrestimación formal del partido en lo que se refiere a la función de conducción de la clase. Afirmamos que la capacidad de dirigir a la clase no está en relación con el hecho de que el partido se "proclame" órgano revolucionario de la misma sino con que "efectivamente" logre, como una parte de la clase obrera, ligarse con todos los sectores de la clase e imprimir a la masa un movimiento en la dirección deseada y favorecida por las condiciones objetivas. Sólo como consecuencia de su acción entre las masas el partido podrá obtener que lo reconozcan como "su" partido (conquista de la mayoría) y sólo una vez cumplida esta condición puede afirmar que la clase obrera lo sigue. Las exigencias de esta acción entre las masas son superiores a todo "patriotismo" de partido.

37. El partido dirige a la clase penetrando en todas las organizaciones en las que se agrupa la masa trabajadora y realizando en ella y a través de ella una sistemática movilización de energías sobre la base del programa de la lucha de clases, y de una acción tendiente a que la mayoría adhiera a las directivas comunistas.

Las organizaciones en las que trabaja el partido y que tienden, por su propia naturaleza, a incorporar a toda la masa obrera, nunca pueden sustituir al partido comunista, que es la organización política de los revolucionarios, es decir, de la vanguardia del proletariado. Por eso está excluida toda relación de subordinación y de "igualdad" entre las organizaciones de masas y el partido (pacto sindical de Stuttgart, pacto de alianza entre el Partido Socialista Italiano y la Confederación General del Trabajo). La relación entre sindicatos y partido es una relación especial de dirección que se instaura a favor de la actividad que los comunistas despliegan dentro de los sindicatos. Los comunistas se organizan en fracción en

los sindicatos y en todas las formaciones de masas y participan en primera fila en la vida de estas formaciones y en las luchas que emprenden, sosteniendo el programa y las consignas del partido.

Toda tendencia a apartarse de la vida de las organizaciones, cualesquiera sean éstas, en las que sea posible tomar contacto con las masas trabajadoras, debe ser combatida como una desviación peligrosa, índice de pesimismo y fuente de pasividad.

38. En los países capitalistas, los sindicatos son los órganos específicos donde se reagrupan las masas trabajadoras. La acción en los sindicatos debe considerarse esencial para alcanzar los fines del partido. El partido que renuncia a la lucha para ejercer su influencia en los sindicatos y para conquistar su dirección, renuncia de hecho a la conquista de la masa obrera y a la lucha revolucionaria por el poder.

En Italia, la acción en los sindicatos asume una importancia particular pues permite trabajar de manera más intensa y eficaz y con mejores resultados en esa reorganización del proletariado industrial y rural que debe asegurarle una posición de predominio frente a las demás clases sociales. Pero la represión fascista y especialmente la nueva política sindical del fascismo crean un estado de cosas muy particular. La Confederación del Trabajo y los sindicatos se ven privados de toda posibilidad de desarrollar, en las formas tradicionales, una actividad de organización y de defensa económica. Tienden a reducirse a simples oficinas de propaganda. Pero simultáneamente la clase obrera, bajo la presión de la situación objetiva, se ve llevada a reordenar sus propias fuerzas de acuerdo a nuevas formas de organización. El partido debe lograr, entonces, desarrollar una acción de defensa del sindicato de clase y reivindicar su propia libertad, mientras por otro lado apoya y favorece la tendencia a la creación de organismos representativos de masa vinculados con el sistema de producción. Paralizada la actividad del sindicato de clase, la defensa del interés inmediato de los trabajadores tiende a organizarse a través de una fragmentación de la resistencia y de la lucha a nivel de fábricas, categorías, sectores de trabajo, etc. El partido comunista debe estar en condiciones de seguir todas estas luchas y de ejercer una verdadera dirección de las mismas, impidiendo que ellas pierdan el carácter unitario y revolucionario de los conflictos de clase y tratando de explotarlos para favorecer la movilización de todo el proletariado y su organización en un frente de combate (*Tesis sindicales*).

39. El partido dirige y unifica a la clase obrera participando en todas las luchas de clase parciales, y formulando y agitando un programa de reivindicaciones de interés inmediato para la clase trabajadora. Debe considerar las acciones parciales y limitadas como momentos necesarios para llegar a la movilización progresiva y a la unificación de todas las fuerzas de la clase trabajadora.

El partido combate la concepción según la cual debería abstenerse de apoyar o de tomar parte en acciones parciales puesto que los problemas que interesan a la clase trabajadora sólo pueden resolverse con el derrocamiento del régimen capitalista y con una acción general de todas las fuerzas anticapitalistas. Es consciente de la imposibilidad de mejorar seria y duraderamente la condición de los trabajadores en el período del imperialismo y antes de que sea derrocado el régimen capitalista. La agitación de un programa de reivindicaciones inmediatas y el apoyo a las luchas parciales es, no obstante, la única manera de ganar a las grandes masas y de movilizarlas contra el capital. Por otra parte, toda agitación o victoria de las categorías obreras en el campo de las reivindicaciones inmediatas hace más aguda la crisis del capitalismo y acelera subjetivamente su caída en la medida en que vulnera el inestable equilibrio económico sobre el cual hoy basa su poder.

El partido comunista liga cada reivindicación inmediata a un objetivo revolucionario, se sirve de cada lucha parcial para inculcar en las masas la necesidad de la acción general, de la insurrección contra el dominio reaccionario del capital, y trata de lograr que toda lucha de carácter limitado sea preparada y dirigida de modo que conduzca a la movilización y unificación de las fuerzas proletarias y no a su dispersión. Defiende estas tesis dentro de las organizaciones de masas a las que corresponde la dirección de los movimientos parciales, o frente a los partidos políticos que toman esa iniciativa, o también las defiende tomando él mismo la iniciativa de proponer las acciones parciales, tanto dentro de las organizaciones de masa como de otros partidos (táctica de frente único). En cada caso se sirve de la experiencia del movimiento y de los resultados obtenidos gracias a sus propuestas para incrementar su influencia, demostrando en los hechos que su programa de acción es el único que responde a los intereses de las masas y a la situación objetiva, y para llevar a posiciones más avanzadas a los sectores atrasados de la clase trabajadora.

La iniciativa directa del partido comunista para una acción parcial puede tener lugar cuando, a través de los organismos de masa, controla una parte considerable de la clase trabajadora, o cuando está seguro de que su consigna será apoyada por una parte considerable de la clase trabajadora. Pero el partido no tomará esta iniciativa sino cuando, en relación con la situación objetiva, exista un desplazamiento a su favor de la relación de fuerzas, y represente un paso adelante en la unificación y movilización de la clase en el terreno revolucionario.

Está excluido que una acción violenta por parte de individuos o de grupos pueda servir para sacar a las masas obreras de su pasividad, si el partido no está profundamente ligado a ellas. En particular, la actividad de los grupos armados, incluso como reacción a la violencia física de los fascistas, sólo tiene valor cuando

está vinculada a una reacción de las masas o tiende a suscitarla y prepararla, adquiriendo así, en el plano de la movilización de las fuerzas materiales, un valor comparable al de las huelgas y las reivindicaciones económicas parciales en el plano de la movilización general de las energías proletarias para la defensa de los intereses de clase del proletariado.

39 bis. Es un error suponer que las reivindicaciones inmediatas y las acciones parciales sólo pueden tener un carácter económico. Puesto que, al profundizarse la crisis del capitalismo, las clases dirigentes capitalistas y agrarias están obligadas, para mantener su poder, a limitar y suprimir la libertad de organización y las libertades políticas del proletariado, la reivindicación de esas libertades ofrece un excelente terreno para la agitación y las luchas parciales, las que pueden llegar a la movilización de vastas capas de la población trabajadora. Toda la legislación mediante la cual los fascistas suprimen en Italia hasta las más elementales libertades de la clase obrera, deben suministrar al partido comunista motivos para la agitación y la movilización de las masas. El objetivo que se propondrá el partido comunista será vincular cada una de las consignas que lance en este campo a las directivas generales de su acción: en particular, con la demostración práctica de la imposibilidad de que el régimen instaurado por el fascismo sufra limitaciones radicales y transformaciones en un sentido "liberal" y "democrático" sin que se desencadene contra él una lucha de masas, que inevitablemente deberá desembocar en la guerra civil. Esta evidencia sólo se impondrá a las masas a partir del momento en que, enlazando las reivindicaciones parciales de carácter político con las de carácter económico, logremos transformar los movimientos "revolucionarios democráticos" en movimientos revolucionarios obreros y socialistas.

En particular, habrá que llegar a esto en lo que se refiere a la agitación contra la monarquía. La monarquía es uno de los pilares del régimen fascista; es la forma estatal del fascismo italiano. La movilización antimonárquica de las masas de la población italiana es uno de los objetivos que debe proponer el partido comunista. Permitirá desenmascarar eficazmente a algunos de los titulados grupos antifascistas que se retiraron al Aventino. Pero su realización debe ser siempre paralela a la agitación y la lucha contra los otros pilares fundamentales del régimen fascista: la plutocracia industrial y los terratenientes. En la agitación antimonárquica el problema de la forma del estado será presentado además por el partido comunista en estrecha conexión con el problema del contenido de clase que los comunistas se proponen dar al estado. En el pasado reciente (junio de 1925), el partido logró conectar estos problemas fundando su acción política en las consignas: "Asamblea republicana basada en los comités obreros y

campesinos; control obrero sobre la industria; la tierra a los campesinos".

40. La tarea de unificación de las fuerzas del proletariado y de toda la clase trabajadora sobre un terreno de lucha es la parte "positiva" de la táctica del frente único y representa en Italia, en las actuales circunstancias, la tarea fundamental del partido.

Los comunistas deben proponerse como objetivo concreto y real la unidad de la clase trabajadora, a fin de impedir que el capitalismo aplique su plan de disgregación permanente del proletariado para hacer imposible toda lucha revolucionaria. Deben estar en condiciones de trabajar de mútiples maneras para alcanzar este fin, y sobre todo deben mostrarse capaces de acercarse a los obreros de otros partidos y sin partido superando su hostilidad e incomprensión fuera de lugar, presentándose en todos los casos como los artífices de la unidad de la clase en la lucha por su defensa y su liberación.

El "frente único" de lucha antifascista y anticapitalista que los comunistas se esfuerzan por crear debe tender a ser un frente único organizado, es decir, a fundarse en organismos alrededor de los cuales las masas en su conjunto se reagrupen y se estructuren. Tales son los organismos representativos que las propias masas tienden a constituir, partiendo de las fábricas, y en ocasión de cada agitación, desde que los sindicatos dejan de poder funcionar en condiciones normales. Los comunistas deben tomar conciencia de esta tendencia de las masas y saberla estimular, desarrollando los elementos positivos que contiene y combatiendo las desviaciones particularistas a que puede dar lugar. La cuestión debe ser considerada sin fetichizar una determinada forma de organización, teniendo presente que nuestro objetivo fundamental es llegar a una movilización y una unidad orgánica cada vez más amplias de fuerzas. Para alcanzar este fin es preciso saber adaptarse a todos los terrenos que la realidad nos ofrece, explotar todos los motivos de agitación, insistir en una u otra forma de organización según las necesidades y las posibilidades de desarrollo de cada una de ellas (*Tesis sindicales:* capítulos relativos a las comisiones internas, a los comités de agitación, a las conferencias de fábricas).*

41. En la medida en que se propone crear un frente único organizado de la clase trabajadora, la consigna de los comités obreros y campesinos debe ser considerada como la fórmula que resume

* Gramsci alude a las Tesis de Roma elaboradas para el II Congreso del Partido Comunista de Italia (20 al 24 de marzo de 1922). La resolución propuesta por el comité central que sintetizaba el informe que Gramsci y Angelo Tasca habían presentado al congreso, planteó el problema de los sindicatos y sus relaciones con el partido. Cf. *infra* dichas tesis sindicales. [E.]

la acción del partido. Los comités obreros y campesinos son órganos de unidad de la clase trabajadora movilizada ya sea para una lucha de carácter inmediato como para acciones políticas de más largo alcance. La consigna de la creación de comités obreros y campesinos es, pues, una consigna de inmediata realización en todos aquellos casos en que el partido, con su acción, logra movilizar un sector bastante amplio de la clase trabajadora (más de una sola fábrica, más de una sola categoría en una localidad), pero es al mismo tiempo una solución política y una consigna agitativa que se adapta a todo un período de la vida y de la acción del partido. Da un carácter evidente y concreto a la necesidad en que se ven los trabajadores de organizar sus fuerzas, mientras las opone, en la práctica, a las de todos los grupos de origen y de naturaleza burguesa, a fin de poder convertirse en el elemento determinante y preponderante de la situación política.

42. La táctica del frente único, como acción política (maniobra) destinada a desenmascarar a los partidos y grupos que se autotitulan proletarios y revolucionarios y poseen una base de masas, está estrechamente ligada al problema de la dirección de las masas por parte del partido comunista y al problema de la conquista de la mayoría. En la forma en que ha sido definida por los congresos mundiales es aplicable en todos aquellos casos en que, en virtud de la adhesión de las masas a los grupos que combatimos, el enfrentamiento directo con estos últimos no nos permite obtener resultados rápidos y profundos. El éxito de esta táctica supone, previa o simultáneamente, un esfuerzo real de unificación y de movilización de las masas, esfuerzo desplegado por el partido mediante una acción que arranca de la base.

En Italia, el partido no debe renunciar a la táctica del frente único, teniendo en cuenta que aún está lejos de haber conquistado una influencia decisiva sobre la mayoría de la clase obrera y de la población trabajadora. Las particulares condiciones italianas aseguran la vitalidad de formaciones políticas intermedias, basadas en el equívoco y favorecidas por la pasividad de una parte de la masa (maximalistas, republicanos, unitarios). Una formación de este tipo será el grupo centrista que surgirá muy probablemente de las ruinas de Aventino. Para descartar por completo el peligro que representan estas formaciones, no hay otra posibilidad que la táctica del frente único. Pero no podemos anticipar un éxito sino en función del trabajo que simultáneamente desarrollemos para sacar a las masas de su pasividad.

42 bis. El problema del partido maximalista debe ser asimilado al de todas las demás formaciones intermedias que combate el partido comunista, como obstáculos a la preparación revolucionaria del proletariado: formaciones hacia las cuales adopta, teniendo en cuenta las circunstancias, la táctica del frente único. Es

evidente que en algunas zonas, el problema de la conquista de la mayoría está ligado para nosotros específicamente al problema de la destrucción de la influencia del PSI y de su periódico. Por lo demás, los dirigentes del partido socialista se ubican cada vez más del lado de las fuerzas contrarrevolucionarias y brindan su apoyo al orden capitalista (campaña por la intervención del capital norteamericano; solidaridad de hecho con los dirigentes sindicales reformistas). Nada permite excluir por completo la posibilidad de su eventual acercamiento a los reformistas y, consiguientemente, su fusión con ellos. El partido comunista debe tener presente esta posibilidad y debe prepararse desde ahora a lograr que, si se produjera, las masas que aún controlan los maximalistas pero que han conservado su espíritu clasista, se desprendan resueltamente de ellos ligándose lo más estrechamente posible con las masas que agrupa la vanguardia comunista. Los buenos resultados de la fusión con la fracción de la III Internacional, decidida por el V congreso, han enseñado al partido italiano que, en determinadas condiciones, es posible obtener, mediante una acción política acertada, resultados a los que nunca se llegaría con la actividad corriente de propaganda y organización.

43. Mientras agita su programa de reivindicaciones clasistas inmediatas y concentra su actividad en la obtención de la movilización y unificación de las fuerzas obreras y trabajadoras, el partido puede presentar, con el fin de favorecer el desarrollo de su propia acción, soluciones intermedias sobre ciertos problemas de política general, difundiéndolos entre las masas que aún los adhieren a partidos y formaciones contrarrevolucionarias. Esta presentación y agitación de soluciones intermedias —tan alejadas de las consignas partidarias como del programa de inercia y pasividad de los grupos que queremos combatir— permite reagrupar tras el partido a un mayor número de fuerzas, poner en contradicción las palabras de los dirigentes de los partidos de masas contrarrevolucionarios con sus intenciones reales, impulsar a las masas a soluciones revolucionarias y ampliar nuestra influencia (ejemplo: "antiparlamento"). No se pueden prever todas estas soluciones intermedias, pues, en cada circunstancia, ellas deben ajustarse a la realidad. Pero deben ser de tal índole que puedan conectarse con las consignas del partido, y siempre debe ser evidente para las masas que su eventual realización conduciría a una aceleración del proceso revolucionario y a una radicalización de las luchas.

La presentación y agitación de estas soluciones intermedias es la forma específica de lucha que hay que utilizar contra los autotitulados partidos democráticos que son, en realidad, uno de los pilares más firmes del orden capitalista vacilante y como tales comparten el poder, alternativamente, con los grupos reaccionarios, cuando estos partidos están ligados a estratos importantes y decisivos de la población trabajadora (como en Italia en los

primeros meses de la crisis Matteotti) y cuando es inminente y grave un peligro reaccionario (táctica adoptada por los bolcheviques respecto a Kerensky durante el golpe de Kornilov). En estos casos el partido comunista obtiene los mejores resultados agitando las mismas soluciones que correspondería adoptar a los supuestos partidos democráticos si éstos supiesen librar una lucha consecuente por la democracia, con todos los medios que la situación requiere. Ante la prueba de los hechos, estos partidos se desenmascaran ante las masas y pierden su influencia sobre ellas.

44. Todas las formas particulares de agitación que pone en práctica el partido y la actividad que despliega en cada dirección para movilizar y unificar a las fuerzas de la clase trabajadora, deben convergir y condensarse en una fórmula política de fácil comprensión para las masas, y que posea el máximo valor de agitación respecto a ellas. Esta fórmula es la del "gobierno obrero y campesino". Indica incluso a las masas más atrasadas la necesidad de la conquista del poder para la solución de los problemas vitales que le interesan y permite conducirlas al terreno propio de la vanguardia proletaria más evolucionada (lucha por la dictadura del proletariado).

En este sentido es una fórmula de agitación, pero no corresponde a una fase real de desarrollo histórico sino al modo de las soluciones intermedias evocadas en la tesis precedente. Para el partido, en efecto, su realización no puede ser sino el preludio de una lucha revolucionaria directa, es decir, de la guerra civil emprendida por el proletariado aliado a los campesinos, para la toma del poder. El partido arriesgaría exponerse a graves desviaciones en su misión de guía de la revolución si interpretara que el gobierno obrero y campesino corresponde a una fase real de desarrollo de la lucha por el poder, es decir, si considerase que esta consigna indica la posibilidad de que el problema del estado se resuelva en interés de la clase obrera en una forma que no sea la de la dictadura del proletariado.

*Lyon, enero de 1926*

## INFORME DE GRAMSCI SOBRE EL III CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA DE ITALIA (CELEBRADO EN LYON)

Debido a la dificultad de publicar inmediatamente una crónica periodística detallada de los trabajos del III congreso de nuestro partido, juzgamos oportuno ofrecer a los compañeros y a la masa

de lectores un examen y una información general de los resultados del congreso mismo.

De todas maneras anunciamos que próximamente será publicada en nuestro periódico dicha crónica del congreso y después serán reunidas en un libro las deliberaciones y las tesis en su texto definitivo.

Los resultados numéricos de los votos en el congreso fueron los siguientes:

Ausentes y no consultados: 18.9%

De los presentes en el congreso: votos por el cc 90.8%, por la extrema izquierda, 9.2%.

Nuestro partido nació en enero de 1921, es decir, en el momento más crítico tanto de la crisis general de la burguesía italiana, como de la crisis del movimiento obrero. La escisión, si bien era históricamente necesaria e inevitable, sin embargo encontró a las grandes masas impreparadas y reluctantes. En tal situación la organización material del nuevo partido encontraba las condiciones más difíciles. Sucedió por tanto, que el trabajo puramente organizativo, dada la dificultad de las condiciones en que debía desenvolverse, absorbió las energías creadoras del partido de modo casi completo.

Los problemas políticos que surgían por una parte de la descomposición del personal de los viejos grupos dirigentes burgueses y por otra de un proceso análogo del movimiento obrero, no pudieron ser profundizados suficientemente. Toda la línea política del partido en los años inmediatamente sucesivos a la escisión estuvo condicionada en primer lugar por esta necesidad: mantener unidas las filas del partido, agredido físicamente por la ofensiva fascista de un lado y por los miasmas cadavéricos de la descomposición socialista del otro. Era natural que en tales condiciones se desarrollaran en el interior de nuestro partido sentimientos y estados de ánimo de carácter corporativo y sectario. El problema político general, inherente a la existencia y al desarrollo del partido, no era visto en el sentido de una actividad por la cual el partido debería tender a conquistar las más amplias masas y a organizar las fuerzas sociales necesarias para derrotar a la burguesía y conquistar el poder, sino que era visto como el problema de la existencia misma del partido.

### *La escisión de Livorno*

El hecho de la escisión fue visto en su valor inmediato y mecánico y nosotros cometimos, en otro sentido quizá, el mismo error que había sido cometido por Serrati. El compañero Lenin había dado la fórmula lapidaria del significado de las escisiones en Italia, cuando dijo al compañero Serrati: "Sepárense de Turati y después hagan la alianza con él". Esta fórmula debió haber sido adaptada por nosotros a la escisión que se dio en forma diferente

a la prevista por Lenin. Debíamos separarnos como era indispensable e históricamente necesario, no sólo del reformismo sino también del maximalismo que en realidad representaba y representa el oportunismo típico italiano en el movimiento obrero; pero después de eso, y aun continuando la lucha ideológica organizada contra ellos, debimos intentar hacer una alianza contra la reacción. Para los elementos dirigentes de nuestro partido, toda acción de la Internacional, dirigida a lograr un acercamiento a esta línea, apareció como si fuera una desautorización implícita de la escisión de Livorno, como una manifestación de arrepentimiento. Se dijo que aceptando un planteamiento similar de la lucha política, se admitía que nuestro partido era solamente una nebulosa indefinida, mientras que era justo y necesario afirmar que nuestro partido, naciendo, había resuelto definitivamente el problema de la formación histórica del partido del proletariado italiano. Esta opinión era reforzada por las experiencias no lejanas de la revolución soviética en Hungría, en donde la fusión entre comunistas y socialdemócratas fue ciertamente uno de los elementos (o factores) determinantes de la derrota.

### *El alcance de la experiencia húngara*

En realidad el planteamiento dado a este problema por nuestro partido era falso y cada vez más se fue manifestando como tal ante las amplias masas del partido. Precisamente la experiencia húngara debería habernos convencido de que la línea seguida por la Internacional en la formación de los partidos comunistas no era la que nosotros le atribuíamos. Es bien conocido en efecto, que el compañero Lenin intentó oponerse vigorosamente a la fusión entre comunistas y socialdemócratas húngaros, no obstante que estos últimos se declararon partidarios de la dictadura del proletariado. ¿Se puede decir por ello que el camarada Lenin fuera en general contrario a las fusiones? Ciertamente, no. El problema era visto por el camarada Lenin y por la Internacional como un proceso dialéctico, a través del cual el elemento comunista, es decir la parte más avanzada y consciente del proletariado, se pone, sea en la organización del partido de la clase obrera, sea en la función de dirección de las grandes masas, a la cabeza de todo lo que se ha formado y existe en la clase de honesto y activo.

En Hungría fue un error destruir la organización independiente comunista en el momento de la toma del poder, para disolver y diluir el agrupamiento constituido en la más vasta y amorfa organización socialdemócrata que no podía dejar de tomar el predominio. También en Hungría el camarada Lenin había formulado la línea de nuestro viejo partido como una alianza con la socialdemocracia, no como una fusión. A la fusión se hubiera llegado más tarde, cuando el proceso hacia el predominio del agrupamiento

comunista se hubiera desarrollado en escala más amplia en el campo de la organización del partido, de la organización sindical y del aparato estatal y con la separación orgánica y política de los obreros revolucionarios de los jefes oportunistas.

Para Italia el problema se presentaba en términos todavía más simples que en Hungría, porque no sólo el proletariado no había conquistado el poder, sino que empezaba, precisamente en el momento de la formación del partido, un gran movimiento de retirada. Proponer en Italia la cuestión de la formación del partido, así como había sido indicado por el compañero Lenin en su fórmula expresada a Serrati, significaba, en la retirada del proletariado que se iniciaba entonces, dar la posibilidad a nuestro partido de reagrupar alrededor suyo a los elementos del proletariado que hubieran querido resistir, pero que bajo la dirección maximalista eran arrastrados a la derrota general y caían en la pasividad. Esto significa que la táctica sugerida por Lenin y por la Internacional era la única capaz de reforzar y desarrollar los resultados de la escisión de Livorno y de convertir verdaderamente a nuestro partido, desde entonces y no sólo en abstracto ni como afirmación histórica, sino en forma efectiva, en el partido dirigente de la clase obrera. Por este falso planteamiento del problema, nosotros nos mantuvimos en las posiciones avanzadas, solos y con la fracción de masas inmediatamente más cercanas al partido, pero no hicimos cuanto era necesario para mantener en nuestras posiciones al proletariado en su conjunto, el cual, sin embargo, estaba todavía animado por un gran espíritu de lucha, como lo demuestran tantos episodios heroicos de la resistencia opuesta al avance enemigo.

## *El partido en los años 1921-1922*

Otro de los elementos de debilidad de nuestra organización consistió en el hecho de que tales problemas, dada la dificultad de la situación y dado que las fuerzas del partido estaban absorbidas en la lucha inmediata por su propia defensa física, no se convirtieron en objeto de discusión en la base y por lo tanto en elemento del desarrollo de la capacidad ideológica y política del partido.

Sucedió así que el primer congreso del partido, el celebrado en Livorno en el teatro de San Marcos inmediatamente después de la escisión, sólo se impuso (o propuso) tareas de carácter organizativo inmediato: formación de los organismos centrales y encuadramiento general del partido. El segundo congreso debería haber podido y quizá debido examinar y plantear las cuestiones anteriores, pero a eso se opusieron los siguientes elementos:

1] El hecho de que no sólo la masa sino también una gran parte de los elementos más responsables y más cercanos a la dirección del partido, literalmente ignoraban que existieran divergencias

profundas y esenciales entre la línea seguida por nuestro partido y la sostenida por la Internacional.

2] El estar el partido absorbido en la lucha directa física llevaba a valorar en menos las cuestiones ideológicas y políticas en confrontación con las puramente organizativas. Era por tanto natural que surgiera en el partido un estado de ánimo contrario "a priori" a la profundización de cualquier cuestión que pudiese proyectar peligros de conflictos graves en el grupo dirigente que se constituyó en Livorno.

3] El hecho de que la oposición que se rebeló en el congreso de Roma y que decía ser la única representante de las directivas de la Internacional era, en la situación dada, una expresión del estado de ánimo de cansancio y de pasividad que existía en algunas zonas del partido.

La crisis sufrida tanto por la clase dominante como por el proletariado en el período precedente al advenimiento del fascismo al poder, puso nuevamente a nuestro partido delante de los problemas que el congreso de Roma no había tenido la posibilidad de resolver. ¿En qué consistió esta crisis? Los grupos de izquierda de la burguesía, partidarios de la consigna de un gobierno democrático que se propusiera detener enérgicamente el movimiento fascista, habían convertido en árbitro al Partido Socialista de aceptar o no aceptar esta solución, para liquidarlo políticamente bajo la presión de la responsabilidad de un fallido acuerdo antifascista. En esta misma forma de plantear la cuestión por parte de los democráticos estaba implícita la capitulación preventiva frente al movimiento fascista, fenómeno que se reprodujo después en el período de la crisis Matteotti. Sin embargo tal planteamiento, si bien tuvo en un primer tiempo el poder de lograr una clarificación en el Partido Socialista, habiéndose producido en base a ella la escisión entre maximalistas y reformistas, agravaba sin embargo la situación del proletariado. En efecto la escisión volvía infructuosa la táctica propuesta por los democráticos, en cuanto que el gobierno de izquierda proyectado por ellos debía incluir al Partido Socialista unido, es decir significar la captura de la mayoría de la clase obrera organizada en el engranaje del estado burgués, anticipando la legislación fascista y haciendo políticamente inútil el experimento fascista directo. Por otra parte la escisión, como apareció más claramente en seguida, sólo había llevado mecánicamente a un salto hacia la izquierda de los maximalistas, los cuales afirmaban querer adherirse a la Internacional Comunista y por tanto reconocer el error cometido en Livorno. Sin embargo, se movían con tantas reservas y reticencias mentales que neutralizaban el resurgir revolucionario que la escisión había determinado en las masas, llevándolas así a nuevas desilusiones y a una recaída en la pasividad, de la que se aprovechó el fascismo, para efectuar la marcha sobre Roma.

## *El nuevo curso en el partido*

Esta nueva situación se reflejó en el cuarto congreso de la Internacional Comunista donde se llegó a la formación del comité de fusión después de incertidumbres y resistencias que estaban ligadas a la convicción enraizada en la mayoría de los delegados de nuestro partido de que el desplazamiento de los maximalistas sólo representaba una oscilación transitoria y sin porvenir. De cualquier forma, es a partir de este momento que se inicia en el interior de nuestro partido un proceso de diferenciación en el grupo dirigente de Livorno, proceso que prosigue incesantemente y sale del campo del fenómeno de grupo para convertirse en parte de todo el partido, cuando se advierten y se desarrollan los elementos de la crisis del fascismo, que se inició en el congreso de Turín del Partido Popular.

Cada vez se hace más evidente que es necesario sacar al partido de la posición mantenida en 1921-1922 si se quiere que el movimiento comunista se desarrolle paralelamente a la crisis que sufre la clase dominante. El prejuicio que tuvo tan gran importancia en el pasado y por el cual era necesario antes que nada mantener la unidad organizativa del partido, caía por su propio peso debido al hecho de que en la situación de conflicto entre nuestro partido y la Internacional, se constituía en nuestras filas un estado de fraccionismo latente, que encontraba su expresión en grupos netamente de derecha, a menudo con carácter liquidacionista. Retardarse todavía en poner en toda su amplitud las cuestiones fundamentales de táctica sobre las cuales hasta entonces se había dudado en abrir la discusión, hubiera significado determinar una crisis general del partido sin salida.

De esta manera se dieron nuevos agrupamientos que se fueron desarrollando cada vez más hasta la víspera de nuestro tercer congreso, cuando fue posible comprobar que no sólo la gran mayoría de la base del partido (que no había sido jamás interpelada directamente) sino también la gran mayoría del viejo grupo dirigente se había separado netamente de la concepción y de la posición política de extrema izquierda, para ponerse completamente en el terreno de la Internacional y del leninismo.

## *La importancia del tercer congreso*

De todo lo dicho hasta ahora se deduce claramente cuán importante y grandes eran las tareas de nuestro tercer congreso. Debía cerrar toda una época de la vida de nuestro partido, poniendo fin a las crisis internas y determinando una alineación estable de fuerzas tal, que permitiera un desarrollo normal de la capacidad de dirección política de las masas por parte del partido y por tanto de su capacidad de acción.

¿Resolvió efectivamente el congreso estas tareas? Es indudable

que todos los trabajos del congreso demostraron cómo, no obstante las dificultades de la situación, nuestro partido ha logrado resolver su crisis de desarrollo, alcanzando un nivel de homogeneidad, de formación compacta y de estabilización notable y ciertamente superior al de muchas otras secciones de la Internacional. La intervención de los delegados de base en las discusiones del congreso, algunos de ellos venidos de donde es más difícil la actividad del partido, demostró cómo los elementos fundamentales del debate, entre la Internacional y el cc por una parte y la oposición por la otra, han sido absorbidos por el partido no sólo mecánicamente, sino habiendo logrado una convicción consciente difundida, han logrado elevar en medida imprevista aun por los mismos compañeros más optimistas, el tono de la vida intelectual de la masa de compañeros y su capacidad de dirección de iniciativa política.

Este nos parece el significado más relevante del congreso. Resultó que nuestro partido no sólo puede decirse de masas por la influencia que ejerce sobre amplios estratos de la clase obrera y de la masa campesina, sino porque ha adquirido en los elementos individuales que lo componen, una capacidad de análisis de la situación, de iniciativa política y de fuerza dirigente que le faltaban en el pasado y que constituyen la base de su capacidad de dirección colectiva.

Por otra parte, todo el desarrollo de los trabajos hechos en la base para organizar ideológica y prácticamente el congreso en las regiones y en las provincias donde la represión policíaca vigila con mayor intensidad todo movimiento de nuestros camaradas, y el hecho que se haya logrado tener reunidos durante siete días a más de sesenta compañeros en el congreso del partido, y casi otros tantos en el congreso juvenil, son por sí mismos una prueba del desarrollo mencionado más arriba. Es evidente para todos que este movimiento de compañeros y de organizaciones no es solamente un puro hecho organizativo sino que constituye de por sí una altísima manifestación de valor político.

Algunas cifras al respecto: en la primera fase de la preparación del congreso se tuvieron entre dos mil y tres mil reuniones de base, que culminaron en más de un centenar de congresos provinciales e interprovinciales, donde fueron elegidos después de amplias discusiones, los delegados al congreso.

*Valor político y resultados logrados*

Cualquier obrero está en grado de apreciar todo el significado de estas pocas cifras que es posible publicar, después de cinco años desde la época de ocupación de las fábricas y tres años de gobierno fascista que ha intensificado la labor general de control sobre cualquiera actividad de masas y ha realizado una organización de po-

licías que es con mucho superior a las organizaciones policíacas que existieron antes.

Ya que la mayor debilidad de la organización obrera tradicional se manifestaba esencialmente en el desequilibrio permanente y que se convirtió en catastrófico en los momentos culminantes de la actividad de masas, entre la potencialidad de los cuadros organizativos de partido y el empuje espontáneo de la base, es evidente que nuestro partido logró, no obstante las condiciones extremadamente desfavorables del actual período, superar en medida notable esta debilidad y predisponer fuerzas organizativas coordinadas y centralizadas que aseguran a la clase obrera contra los errores y las insuficiencias más importantes que se verificaron en el pasado. Este es otro de los significados más importantes de nuestro congreso; la clase obrera es capaz de acción y demuestra estar históricamente en grado de cumplir su misión directiva en la lucha anticapitalista en la medida en que logra expresar en su seno todos los elementos técnicos que en la sociedad moderna se demuestran indispensables para la organización concreta de las instituciones en las que se realizará el programa proletario. Y desde este punto de vista es necesario analizar toda la actividad del movimiento fascista desde 1921 hasta las últimas leyes archifascistas: dicha actividad ha sido sistemáticamente dirigida a destruir los cuadros que el movimiento proletario y revolucionario había elaborado fatigosamente en casi cincuenta años de historia. De esta manera el fascismo lograba en la práctica inmediata privar a la clase obrera de su autonomía e independencia política y la obligaba o a la pasividad, es decir a una subordinación inerte al aparato estatal, o bien, en los momentos de crisis política como en el período Matteotti, a buscar cuadros de lucha en otras clases menos expuestas a la represión.

Nuestro partido quedó como el único mecanismo que la clase obrera tenía a su disposición para seleccionar nuevos cuadros dirigentes de clase, es decir, para reconquistar su independencia y autonomía política. El congreso demostró cómo nuestro partido ha logrado brillantemente resolver esta tarea esencial.

Dos eran los objetivos fundamentales que debían ser logrados por el congreso: 1] Después de las discusiones y de las nuevas alineaciones de fuerzas que se verificaron, como dijimos precedentemente, era necesario unificar al partido, sea en el terreno de los principios y de la práctica de organización, sea en el terreno más estrechamente político; 2] El congreso estaba llamado a establecer la línea política del partido para el futuro próximo y elaborar un programa de trabajo práctico en todos los campos de actividad de las masas.

Los problemas que surgían para alcanzar objetivos concretos no son naturalmente independientes unos de los otros, sino que están coordinados en el cuadro de la concepción general del leninismo. La discusión del congreso por tanto, aun cuando se desarrollaba alrededor de los aspectos técnicos de alguna cuestión práctica, po-

nía la cuestión general de la aceptación o no del leninismo. El congreso debía por tanto servir para poner en evidencia en qué medida nuestro partido se había convertido en un partido bolchevique.

*Los objetivos fundamentales*

Partiendo de una apreciación histórica y política inmediata de la función de la clase obrera en nuestro país el congreso dio una solución a toda una serie de problemas que pueden ser agrupados así:

1] Relaciones entre el comité central del partido y la masa del partido. *a*) En este grupo de problemas entra la discusión general sobre la naturaleza del partido, sobre la necesidad de que éste sea un partido de clase, no sólo abstractamente, es decir, en cuanto que el programa aceptado por sus miembros expresa las aspiraciones del proletariado, sino por así decirlo, fisiológicamente en cuanto que la gran mayoría de sus componentes está formada por proletarios y en él se reflejan y resumen solamente las necesidades y la ideología de una sola clase: el proletariado. *b*) La subordinación completa de todas las energías del partido en modo tal que estén socialmente unificadas a la dirección del CC.

La lealtad de todos los elementos del partido hacia el CC debe convertirse no sólo en un hecho puramente organizativo y disciplinario, sino en un verdadero principio de ética revolucionaria. Es necesario infundir en las masas del partido una convicción tan enraizada de esta necesidad, que las iniciativas fraccionales y todo intento en general de disgregar la formación del partido deben encontrar en la base una reacción espontánea e inmediata que las sofoque al nacer. La autoridad del CC entre un congreso y otro no debe nunca ser puesta en discusión y el partido debe convertirse en un bloque homogéneo. Sólo a condición de ello el partido estará en grado de vencer a los enemigos de clase. ¿Cómo podría la masa de los sin partido tener confianza en que el instrumento de lucha revolucionaria, el partido, logre conducir sin vacilaciones y sin oscilaciones la lucha implacable por conquistar y mantener el poder, si el comité central del partido no tiene la capacidad y la energía necesarias para eliminar todas las debilidades que pueden agrietar su naturaleza compacta? Los dos puntos precedentes serían de imposible realización si en el partido, a la homogeneidad social y a la naturaleza compacta, monolítica de la organización, no se agregara la conciencia difundida de una homogeneidad ideológica y política.

Concretamente la línea que el partido debe seguir puede ser expresada en esta fórmula: el núcleo de la organización de partido consiste en un fuerte CC, estrechamente ligado con la base proletaria del partido mismo, sobre el terreno de la ideología y de la táctica del marxismo-leninismo.

Sobre esta serie de problemas la enorme mayoría del congreso se pronunció netamente en sentido favorable a las tesis del cc y rechazó no sólo sin la mínima concesión, sino al contrario, insistiendo en la necesidad de la intransigencia teórica y de la inflexibilidad práctica, las concepciones de la oposición que llevarían a mantener al partido en un estado de labilidad y de amorfismo político social.

2] Relaciones del partido con la clase proletaria (es decir con la clase de quien el partido es el directo representante, con la clase que tiene la tarea de dirigir la lucha anticapitalista y de organizar la nueva sociedad). En este grupo de problemas entra la apreciación de la función del proletariado en la sociedad italiana, es decir del grado de madurez de esta sociedad para transformarse de capitalista en socialista y por tanto de las posibilidades para el proletariado de convertirse en clase independiente y dominante. Por tanto el congreso discutió: *a*) la cuestión sindical, que para nosotros es esencialmente la cuestión de la organización de las más amplias masas, como clase en sí mismas, sobre la base de los intereses económicos inmediatos y como terreno de educación política revolucionaria; *b*) la cuestión del frente único, es decir de las relaciones de dirección política entre la parte más avanzada del proletariado y las fracciones menos avanzadas de él.

3] Relaciones de la clase proletaria en su conjunto con las otras fuerzas sociales que objetivamente están en el terreno anticapitalista, a pesar de que estén dirigidas por partidos y grupos políticos ligados a la burguesía; por lo tanto en primer lugar las relaciones entre el proletariado y los campesinos. También sobre toda esta serie de problemas la enorme mayoría del congreso rechazó concepciones equivocadas de la oposición y se declaró en favor de las soluciones dadas por el cc.

### *Cómo se alinearon las fuerzas en el congreso*

Mencionamos ya la actitud que la inmensa mayoría del congreso tuvo en relación con las soluciones para los problemas esenciales en el período actual. Sin embargo es oportuno analizar más detalladamente la actitud asumida por la oposición y apuntar, aunque sea brevemente, otras actitudes que se presentaron en el congreso como actitudes individuales, pero que podrían coincidir en el futuro con determinados momentos transitorios del desarrollo de la situación italiana y que por ello deben ser denunciados y combatidos desde ahora. Mencionamos ya en los primeros párrafos de esta exposición las maneras y las formas que caracterizaron la crisis de desarrollo de nuestro partido en los años de 1921 a 1924. Recordaremos brevemente cómo en el V Congreso Mundial de la Internacional Comunista la crisis misma encontró una solución provisional organizativa con la constitución de un cc que

en su conjunto se ponía completamente en el terreno del leninismo y de la táctica de la Internacional Comunista, pero que se descomponía en tres partes de las cuales una, que tenía la mayoría más uno del comité mismo, representaba a los elementos de izquierda que se habían separado del viejo grupo de Livorno, después del IV congreso; otra que representaba la oposición que se constituyó en el II congreso contra las tesis de Roma, y la tercera que representaba los elementos terceristas, llegados al partido después de la fusión. No obstante sus debilidades intrínsecas, a pesar del hecho de que la función dirigente en su seno era ejercitada netamente por el llamado grupo de centro, es decir, por los elementos de izquierda que se separaron del grupo dirigente de Livorno, el CC logró encaminar y resolver enérgicamente el problema de la bolchevización del partido y de su completo acuerdo con las directivas de la Internacional Comunista.

*Actitudes de la extrema izquierda*

Ciertamente hubo resistencias en el congreso y el episodio culminante, que todos los compañeros recuerdan, fue la constitución del Comité de Entendimiento,* es decir, el intento de constituir una fracción organizada que se enfrentara al CC en la dirección del partido. En realidad la constitución del comité de entendimiento fue el síntoma más relevante de la disgregación de la extrema izquierda, la cual, ya que sentía que perdía progresivamente terreno en las filas del partido, intentó galvanizar las pocas fuerzas que le quedaban, con un acto clamoroso de rebelión. Es notable el hecho de que después de la derrota ideológica y política sufrida por la extrema izquierda, ya en el período preparatorio del congreso, su núcleo más resistente haya ido asumiendo posiciones cada vez más sectarias y de hostilidad hacia el partido, del cual se sentía cada día más lejano y separado. Estos compañeros no sólo siguieron manteniéndose en el terreno de la más obstinada oposición sobre determinados puntos concretos de la ideología y de la política del partido y de la Internacional, sino que buscaron sistemáticamente motivos de oposición sobre todos los puntos, para poder presentarse en bloque, casi como un partido en el partido. Es fácil imaginar que partiendo de una posición semejante se debería llegar, durante el desarrollo del congreso, a actitudes teóricas y prácticas en las que lo dramático, que era reflejo de la situación general en que se debe mover el partido, difícilmente se distinguía de una cierta actuación que aparecía como pose a quienes realmente habían luchado y se habían sacrificado por la clase proletaria.

* Gramsci se refiere a la constitución, por parte del grupo de Bordiga, de un Comité de Entendimiento, que mientras exigía garantías para el congreso, tenía el objetivo declarado de asumir la dirección de la oposición de izquierda. [E.]

En este orden de acontecimientos debe ser colocada, por ejemplo, la moción presentada por la oposición, inmediatamente después de la apertura del congreso, por la cual se ponía en duda su validez deliberativa, buscando en tal forma establecer una coartada para un posible regreso a la actividad fraccional y para un posible desconocimiento de la autoridad de la nueva dirigencia del partido. A la masa de los congresistas, que conocían cuántos sacrificios y cuántos esfuerzos organizativos había costado la preparación del congreso, esta moción les pareció una verdadera provocación y no deja de tener significado que los únicos aplausos (el reglamento del congreso prohibía por razones comprensibles toda manifestación clamorosa de consenso o de repudio) fueron dados al orador que estigmatizó la actitud asumida por la oposición y sostuvo la necesidad de reforzar demostrativamente el nuevo comité por elegirse, con facultad específica de implacable rigor contra cualquier iniciativa que prácticamente pusiera en duda la autoridad del congreso y la eficiencia de sus deliberaciones.

*Afloran desviaciones de derecha*

Al mismo orden de acontecimientos, y de manera agravada por la forma artificiosa y teatral, pertenece también la actitud asumida por la oposición antes de terminar el congreso, cuando se estaban por extraer las conclusiones político-organizativas de los trabajos del congreso mismo. Pero los mismos elementos de la oposición pudieron tener la neta demostración de cuál es el estado de ánimo difundido en las filas del partido: el partido no piensa permitir que se juegue por más tiempo al fraccionalismo y a la indisciplina; el partido quiere realizar el máximo de dirección colectiva y no permitirá a ningún miembro, cualquiera que sea su valor personal, enfrentarse al partido.

En las sesiones plenarias del congreso la oposición de extrema izquierda fue la única oposición oficial y declarada. La actitud de oposición sobre la cuestión sindical, asumida por dos miembros del viejo CC, por su carácter impulsivo y de improvisación, debe considerarse más bien como un fenómeno individual de histerismo político y no como oposición de sentido sistemático. En cambio, durante los trabajos de la comisión política hubo una manifestación, que si por ahora puede juzgarse de carácter puramente individual, sin embargo debe ser considerada, dados los elementos ideológicos que están en su base, como una verdadera plataforma de derecha, que podría ser presentada al partido en una situación determinada, y que por ello debía ser, como lo fue, rechazada sin vacilación, sobre todo porque se había hecho portavoz de ella un miembro del viejo CC. Estos elementos ideológicos son: 1] La afirmación de que el gobierno obrero y campesino puede constituirse sobre la base del parlamento burgués; 2] La afir-

mación de que la socialdemocracia no debe ser juzgada como el ala izquierda de la burguesía, sino como el ala derecha del proletariado; 3] Que en la valoración del estado burgués se necesita distinguir la función de opresión de una clase sobre otra de la función de producción de determinados satisfactores para ciertas exigencias generales de la sociedad.

El primero y segundo elementos son contrarios a las decisiones del III congreso y el tercero está fuera de la concepción marxista del estado. Los tres juntos revelan una orientación por concebir la solución de la crisis de la sociedad burguesa fuera de la revolución.

### *La línea política fijada al partido*

Ya que así se alinearon las fuerzas en el congreso, es decir, como una rígida oposición de los residuos del "extremismo" contra las posiciones teórico-prácticas de la mayoría del partido, mencionaremos rápidamente sólo algunos puntos de la línea establecida por el congreso.

*Cuestión ideológica.* Sobre esta cuestión el congreso afirmó la necesidad de que el partido desarrolle todo un trabajo de educación que refuerce el conocimiento de nuestra doctrina marxista en las filas del partido y desarrolle la capacidad de la más amplia capa dirigente. Sobre este punto la oposición intentó hacer una hábil inversión: desempolvó algunos viejos artículos o párrafos de artículos de compañeros de la mayoría del partido, para sostener que ellos sólo relativamente tarde aceptaron integralmente la concepción del materialismo histórico que se desprende de las obras de Marx y Engels, y que sostenían en cambio la interpretación que del materialismo histórico había dado Benedetto Croce. Ya que es conocido que también las tesis de Roma fueron juzgadas como esencialmente inspiradas en la filosofía crociana, esta argumentación de la oposición aparece como inspirada por una pura demagogia congresual. En todo caso, ya que la cuestión no es de individuos sino de masas, la línea establecida por el congreso, sobre la necesidad de un trabajo específico de educación para elevar el nivel de la cultura general marxista del partido, reduce la polémica de la oposición a una pura ejercitación erudita de búsqueda de elementos biográficos más o menos interesantes del desarrollo intelectual de compañeros en lo individual.

*Táctica del partido.* El congreso aprobó y defendió enérgicamente contra los ataques de la oposición la táctica seguida por el partido en el último período de la historia italiana caracterizado por la crisis Matteotti. Hay que decir que la oposición no intentó enfrentar al análisis de la situación italiana hecho por el CC en las tesis para el congreso, ningún otro análisis que llevara a establecer una táctica, ni correcciones parciales que justificaran una oposición de principio. Al contrario, fue característico de la falsa

posición de la extrema izquierda el hecho de que nunca sus observaciones ni sus críticas se hayan basado sobre un examen profundo y ni siquiera superficial de las relaciones de fuerza y de las condiciones generales existentes en la sociedad italiana. Resultó así claramente que el método propio de la extrema izquierda y que ella sostiene que es dialéctico, no es el método de la dialéctica materialista de Marx, sino el viejo método de la dialéctica conceptual propio de la filosofía premarxista y hasta prehegeliana.

Al análisis objetivo de las fuerzas en lucha y de la dirección que asumen en contradicción con el desarrollo de las fuerzas materiales de la sociedad, la oposición sustituía la afirmación de estar en posesión de un misterioso "don" especial a través del cual el partido debería ser dirigido. Extraña aberración que autorizaba al congreso a juzgar como extremadamente peligroso y deletéreo para el partido un método semejante, que conduciría tan sólo a una política de improvisaciones y de aventuras.

Que, por otra parte, la oposición no haya jamás poseído un método propio, capaz de desarrollar las fuerzas del partido y las energías revolucionarias del proletariado y que pueda ser enfrentado al método marxista y leninista, quedó demostrado por la actividad desarrollada por el partido en los años 1921-1922, cuando estaba dirigido por algunos de los actuales opositores irreductibles. A este respecto fueron analizados por el congreso dos momentos de la situación italiana, es decir la actitud asumida por la dirección del partido en febrero de 1921, cuando el fascismo desencadenó la ofensiva frontal en Toscana y Puglia y la actitud de la misma dirección hacia el movimiento de los Arditi dil Popolo. Del análisis de estos dos momentos resultó que el método sostenido por la oposición lleva sólo a la pasividad y a la inacción y consiste en última instancia simplemente en extraer de los acontecimientos ya pasados y sin la intervención del partido en su conjunto, enseñanzas de carácter únicamente pedagógico y propagandista.

*La cuestión sindical.* En el campo sindical la difícil tarea del partido consiste en encontrar un justo acuerdo entre estas dos líneas de actividad práctica: 1] defender los sindicatos de clase buscando mantener el máximo de cohesión y de organización sindical entre las masas que tradicionalmente han participado en la organización sindical misma. Esta es una tarea de excepcional importancia, porque el partido revolucionario siempre debe, aun en las peores situaciones objetivas, tender a conservar todas las acumulaciones de experiencia y de capacidad técnica y política que se han venido formando a través de los desarrollos de la historia pasada de la masa proletaria. Para nuestro partido la Confederación General del Trabajo constituye en Italia la organización que históricamente expresa en modo más orgánico estas acumulaciones de experiencia y de capacidad, y representa por tanto el terreno dentro del cual debe ser conducida esta defensa; 2] tenien-

do en cuenta el hecho de que la dispersión actual de las masas trabajadoras se debe esencialmente a motivos que no son propios de la clase obrera, por lo que existen posibilidades organizativas inmediatas de carácter no estrechamente sindical, el partido debe proponerse favorecer y promover activamente estas posibilidades. Esta tarea puede ser cumplida sólo si el trabajo organizativo de masas es trasladado del terreno corporativo al terreno industrial de fábrica y las ligas de la organización de masas se convierten en electivas y representativas de fábrica, además que de adhesión individual por la vía de la credencial sindical.

Está claro, por otra parte, que esta táctica del partido corresponde al desarrollo normal de la organización de masas proletarias, tal como se verificó durante y después de la guerra, es decir en el período en que el proletariado comenzó a afrontar el problema de una lucha a fondo contra la burguesía, por la conquista del poder. En este período la tradicional forma organizativa del sindicato por oficio, había sido integrada por todo un sistema de representaciones electas en fábrica, es decir por las comisiones internas. Es conocido también que, especialmente durante la guerra, cuando las centrales sindicales se adhirieron a los comités de movilización industrial y determinaron por tanto una situación de "paz industrial", en algunos aspectos análoga a la presente, las masas obreras de todos los países (Italia, Francia, Rusia, Inglaterra y también los Estados Unidos) encontraron de nuevo las vías de la resistencia y de la lucha bajo la dirección de los representantes obreros electos en fábrica.

La táctica sindical del partido consiste esencialmente en desarrollar toda la experiencia organizativa de las grandes masas, presionando sobre las posibilidades de más inmediata realización, consideradas las dificultades objetivas que le crean al movimiento sindical, el régimen burgués por una parte y el reformismo de la confederación por la otra.

Esta línea fue aprobada por la inmensa mayoría del congreso. Alrededor de ella, sin embargo, se realizaron las discusiones más apasionadas y la oposición estuvo representada, además de por la extrema izquierda, también por dos miembros del antiguo CC, como ya habíamos dicho. Un orador sostuvo que el sindicato está históricamente superado, y que por tanto la única acción de masas del partido debe ser la que se desarrolla en las fábricas. Esta tesis, ligada a las más absurdas posiciones del infantilismo extremista, fue neta y enérgicamente rechazada por el congreso.

Para otro orador en cambio, la única actividad del partido en este campo debe ser la actividad organizativa sindical tradicional. Esta tesis está ligada estrechamente a una concepción de derecha, es decir a la voluntad de no chocar demasiado fuertemente con la burocracia sindical reformista que se opone tercamente a toda organización de masas.

La oposición de la extrema izquierda estaba guiada por dos

directrices fundamentales: la primera de carácter esencialmente congresual, tendía a la demostración de que la táctica de las organizaciones de fábrica, sostenida por el CC y por la mayoría del congreso, está ligada a la concepción de *L'Ordine Nuovo*, semanario que, según la extrema izquierda, era proudhoniano y no marxista; la segunda está ligada a la cuestión de principio en la que la extrema izquierda se enfrenta netamente al leninismo: el leninismo sostiene que el partido guía a la clase a través de las organizaciones de masa y sostiene por tanto como una de las tareas esenciales del partido el desarrollo de la organización de masas; para la extrema izquierda en cambio, este problema no existe y se dan al partido funciones que pueden llevar por una parte a las peores catástrofes y por la otra a los más peligrosos aventurerismos.

El congreso rechazó todas estas deformaciones de la táctica sindical comunista, aunque juzgando necesario insistir con particular energía sobre la necesidad de una mayor y más activa participación de los comunistas en el trabajo de la organización sindical tradicional.

*La cuestión agraria.* El partido buscó, por lo que se refiere a su acción entre los campesinos, salir de la esfera de la simple propaganda ideológica tendiente a difundir sólo abstractamente los términos generales de la solución leninista del problema mismo, para entrar en el terreno práctico de la organización y de la acción política real. Es evidente que esto era más fácil de obtenerse en Italia que en otros países, porque en nuestro país está más avanzado en ciertos aspectos el proceso de diferenciación de las grandes masas de la población, debido a la situación política actual. Por otro lado, esta cuestión, dado que el proletariado industrial es entre nosotros sólo una minoría de la población trabajadora, surge aquí con mayor intensidad que en otros lados. El problema de cuáles son las fuerzas motrices de la revolución y el de la función dirigente del proletariado, se presentan en Italia en formas tales que exigen una atención particular de nuestro partido y la búsqueda de soluciones concretas a los problemas generales que se resumen en la expresión: la cuestión agraria.

La gran mayoría del congreso aprobó el planteamiento que el partido dio a estos problemas y afirmó la necesidad de una intensificación del trabajo según la línea general ya parcialmente aplicada.

¿En qué consiste prácticamente esta actividad? El partido debe tender a crear en cada región uniones regionales de la Asociación de Defensa de los Campesinos; pero dentro de estos cuadros organizativos más amplios, hay que distinguir cuatro reagrupamientos fundamentales de las masas campesinas, para cada uno de los cuales es necesario encontrar actitudes y soluciones políticas bien precisas y completas.

Uno de estos agrupamientos está constituido por las masas de

los campesinos eslavos de Istria y Friuli, cuya organización está estrechamente ligada a la cuestión nacional. Un segundo agrupamiento está constituido por el particular movimiento campesino que se resume bajo el título de: Partido de los Campesinos y que tiene su base principalmente en Piamonte; para este agrupamiento de carácter no confesional y más estrechamente económico, vale la aplicación de los términos generales de la táctica agraria del leninismo, ya que se da el hecho de que dicho agrupamiento existe en la región donde está uno de los centros proletarios más eficientes en Italia. Los otros dos agrupamientos son de lejos los más considerables y los que exigen la mayor atención del partido, es decir: 1] la masa de campesinos católicos, agrupados en Italia central y septentrional, que están más o menos directamente organizados por la Acción Católica y el aparato eclesiástico en general, es decir por el Vaticano; 2] la masa de campesinos de la Italia meridional y de las islas.

Por lo que respecta a los campesinos católicos, el congreso decidió que el partido debe continuar y desarrollar la línea que consiste en favorecer las formaciones de izquierda que se verifican en este campo y que están estrechamente ligadas a la crisis general agraria que se inició ya antes de la guerra, en el centro y en el norte de Italia. El congreso afirmó que la actitud del partido hacia los campesinos católicos, si bien contiene en sí algunos de los elementos esenciales para la solución del problema político-religioso italiano, no debe de ninguna manera conducir a favorecer intentos que puedan nacer de movimientos ideológicos de naturaleza estrechamente religiosa. La tarea del partido consiste en explicar los conflictos que nacen sobre el terreno de la religión como derivados de los conflictos de clase y en tender a poner siempre de manifiesto los caracteres de clase de estos conflictos, y no al contrario, favorecer soluciones religiosas de los conflictos de clase, aun si tales soluciones se presentan como de izquierda, en cuanto que ponen en discusión la autoridad de la organización oficial religiosa.

La cuestión de los campesinos meridionales fue examinada por el congreso con particular atención. El congreso reconoció como exacta la afirmación contenida en las tesis del CC, según la cual la función de la masa campesina sureña en el desenvolvimiento de la lucha anticapitalista italiana debe ser examinada en sí y debe llevar a la conclusión de que los campesinos del sur son, después del proletariado industrial y agrícola del norte de Italia, el elemento social más revolucionario de la sociedad italiana.

¿Cuál es la base material y política de esta función y de las masas campesinas del sur? Las relaciones que existen entre el capitalismo italiano y los campesinos del sur no consisten solamente en las normales relaciones históricas entre ciudad y campo, como fueron creadas por el desarrollo del capitalismo en todos los países del mundo; en el cuadro de la sociedad nacional estas

relaciones son agravadas y radicalizadas por el hecho de que económica y políticamente toda la zona meridional y de las islas funciona como un inmenso campo frente a la Italia del norte, que funciona como una inmensa ciudad. Semejante situación provoca en Italia del sur la formación y el desarrollo de determinados aspectos de una cuestión nacional, aunque ellos no asumen inmediatamente una forma explícita de tal cuestión en su conjunto, sino la de una lucha muy vivaz de carácter regional y de profundas corrientes hacia la descentralización y la autonomía local.

Lo que hace característica la situación de los campesinos del sur es el hecho de que ellos, a diferencia de los tres agrupamientos antes descritos, no tienen en conjunto ninguna experiencia organizativa autónoma. Ellos están encuadrados en los esquemas tradicionales de la sociedad burguesa por medio de los cuales los propietarios agrarios, parte integrante del bloque agrario-capitalista, controlan a las masas campesinas y las dirigen según sus objetivos.

Como consecuencia de la guerra y de las agitaciones obreras posteriores a la guerra, que habían debilitado profundamente el aparato estatal y casi destruido el prestigio social de las clases superiores, arriba mencionadas, las masas campesinas del sur se despertaron a la vida propia y fatigosamente intentaron encuadrarse por su propia cuenta. De esta manera hubo movimientos de los ex combatientes y de los varios partidos llamados de "renovación", que buscaban explotar este despertar de la masa campesina, algunas veces secundándolo como en la ocupación de las tierras, y más a menudo tratando de desviarlo y por tanto de consolidarlo en una posición de lucha por la llamada "democracia", como sucedió últimamente con la constitución de la Unión Nacional.

Los últimos acontecimientos de la vida italiana que determinaron un pasaje en masa de la pequeña burguesía meridional al fascismo, hicieron más aguda la necesidad de dar a los campesinos meridionales una dirección propia para sustraerlos definitivamente de la influencia burguesa agraria.

El único posible organizador de la masa campesina meridional es el obrero industrial, representado por nuestro partido. Pero para que este trabajo de organización sea posible y eficaz se necesita que nuestro partido se acerque estrechamente al campesino del sur, que nuestro partido destruya en el obrero industrial el prejuicio que le ha sido inculcado por la propaganda burguesa de que el sur es una bola de plomo que se opone al desarrollo grandioso de la economía nacional y que destruya en el campesino meridional el prejuicio todavía más peligroso por el que ve en el norte de Italia un solo bloque de enemigos de clase.

Para lograr estos resultados se necesita que nuestro partido despliegue una intensa obra de propaganda también en el interior de la organización para dar a todos los compañeros una

conciencia exacta de los términos de la cuestión, que si no es resuelta de un modo clarividente y sabio por nosotros, hará posible que la burguesía, derrotada en su zona, se concentre en el sur para convertir a esta parte de Italia en la plaza de armas de la contrarrevolución.

Sobre toda esta serie de problemas, la oposición de extrema izquierda no logró decir más que bromas y lugares comunes. Su posición esencial fue la de negar a priori que existan estos problemas concretos, sin ningún análisis o demostración ni siquiera potencial. Es más, se puede decir que precisamente con respecto a la cuestión agraria, apareció la verdadera esencia de la concepción de la extrema izquierda, que consiste en una especie de corporativismo que espera mecánicamente del mero desarrollo de las condiciones objetivas generales la realización de los fines revolucionarios. Tal concepción, como dijimos antes, fue netamente rechazada por la inmensa mayoría del congreso.

*Otros problemas tratados.* Por lo que respecta a la cuestión de la organización concreta del partido en el período actual, el congreso ratificó sin discusión las deliberaciones de la reciente Conferencia de organización ya publicadas en *L'Unità*.

El congreso, dada la forma de la reunión y los objetivos que se proponía, los cuales se referían especialmente a la organización interna del partido y a la superación de la crisis, *no* pudo tratar ampliamente algunas cuestiones que sin embargo son esenciales para un partido proletario revolucionario. De esta manera, sólo en las tesis fue examinada la situación internacional en relación a la línea política de la Internacional Comunista. En la discusión del congreso tal argumento sólo fue mencionado de pasada y de los problemas internacionales se trató sólo la parte tocante a las formas o relaciones de organización de la Comintern, ya que éste era un elemento de la crisis interna del partido. El congreso sin embargo tuvo un larguísimo y exhaustivo informe sobre los trabajos del reciente congreso del partido ruso y sobre el significado de las discusiones que se realizaron en él.

De esta forma, el congreso no se ocupó del problema de la organización en el campo femenino, ni de la organización de la prensa, argumentos esenciales para nuestro movimiento y que merecerían un tratamiento especial.

Tampoco fue tratada la cuestión de la redacción del programa del partido que había sido puesta en la orden del día.

Pensamos que es posible remediar estas lagunas con conferencias especiales del partido, expresamente convocadas para tal objetivo.

No obstante estas deficiencias parciales, se puede afirmar, ya para concluir, que la cantidad de trabajo realizado por el congreso fue verdaderamente imponente. El congreso elaboró una serie de resoluciones y un programa de trabajo concreto como para poner en grado a la clase proletaria de desarrollar sus ener-

gías y su capacidad de dirección política en la situación actual.

Una condición es especialmente necesaria para que las resoluciones del congreso no sólo sean aplicadas sino para que den todos los frutos que pueden dar: se necesita que el partido se mantenga estrechamente unido, que no permita que en su seno se desarrolle ningún germen de disgregación, de pesimismo, de pasividad. Llamamos a todos los compañeros del partido a realizar esta condición. Nadie puede poner en duda que esto será hecho, para gran desilusión de todos los enemigos de la clase obrera.

(*L'Unità*, 24 de febrero de 1926.)

## UN EXAMEN DE LA SITUACIÓN ITALIANA

*Texto que Gramsci somete a discusión preliminar, antes de desarrollarlo, como informe, en la reunión del Comité Directivo del Partido Comunista del 2-3 de agosto de 1926 (APCI, 396/13-17). La primera parte fue publicada en* Stato Operaio *(marzo de 1928, pp. 82-88) con pequeñas variantes con respecto al texto que aquí reproducimos. Todo el documento fue publicado en* Rinascita, *el 14 de abril de 1967, pp. 21-22.*

I. De la situación política italiana es necesario examinar tres elementos fundamentales:

1] El elemento positivo revolucionario, es decir los progresos realizados por la táctica del frente único. La situación actual de la organización de los comités de unidad proletaria y las tareas de la fracción comunista en estos comités.

2] El elemento político representado por la disgregación del bloque agrario burgués fascista. Situación interna del partido dominante y significado de la crisis que atraviesa.

3] El elemento político representado por la tendencia a constituir un bloque democrático de izquierda que tiene su eje en el Partido Republicano en cuanto es la componente republicana quien debe constituir el terreno de esta coalición democrática.

El examen del primer punto debe ser hecho también con la finalidad de verificar la justeza de la línea política fijada por el III congreso. El III congreso de nuestro partido no sólo ha planteado genéricamente el problema de la necesidad de lograr la dirección del Partido Comunista en el seno de la clase obrera y de la población trabajadora italiana. Lo característico de él es que también ha tratado de concretar prácticamente los elementos políticos a través de los cuales puede efectivizarse esta dirección, es

decir ha tratado de individualizar a aquellos partidos y a aquellas asociaciones a través de las cuales se despliega la influencia burguesa, y que son posibles de un cambio, de una inversión de los valores clasistas. Así, es necesario verificar por los resultados la justeza del terreno organizativo fijado por el partido como el más apropiado para el inmediato reagrupamiento de las fuerzas puestas en movimiento por la táctica del frente único, los comités de agitación.

Puede afirmarse con toda seguridad que nuestro partido ha logrado conquistar una clara posición de iniciativa política en medio de las masas trabajadoras. En este último período, todos los órganos periodísticos de los partidos que controlan a las masas populares italianas han sido colmados de polémicas contra la acción de conquista de nuestro partido. Todos estos partidos están a la defensiva contra nuestra acción, y en realidad se hallan indirectamente conducidos por nosotros, pues por lo menos el sesenta por ciento de su actividad está dedicado a rechazar nuestra ofensiva o se ve determinado en el sentido de dar a sus masas una satisfacción que las aleje de nuestra influencia.

Es evidente que, en las condiciones de opresión y de control representadas por la política fascista, los resultados de nuestra táctica no pueden medirse estadísticamente sobre la escala de las grandes masas. Sin embargo, no puede negarse que, cuando determinados elementos de partidos democráticos y socialdemócratas se desplazan aun en mínima parte hacia el terreno táctico preconizado por los comunistas, este desplazamiento no puede ser casual y de significado puramente individual. Prácticamente, la cuestión puede ser representada así: en todo partido, pero especialmente en los partidos democráticos y socialdemócratas, donde el aparato organizativo está muy relajado, hay tres estratos. El estrato superior muy restringido, que habitualmente está constituido por parlamentarios y por intelectuales casi siempre estrechamente ligados a la clase dominante. El estrato inferior, constituido por obreros y campesinos, por pequeños burgueses urbanos, como masa de partido o como masa de población influida por el partido. Un estrato intermedio, que en la situación actual tiene una importancia aun superior a la que tenía en los períodos normales, en cuanto representa a menudo el único estrato activo y políticamente vivaz de estos partidos. Es este estrato intermedio el que mantiene la ligazón entre el grupo dirigente superior y las masas del partido y de la población influida por el partido. Y es sobre la solidez de este estrato medio que los grupos dirigentes cuentan para una futura recuperación de los diversos partidos y para una reconstrucción de los mismos sobre una base amplia. Pero es justamente sobre una buena parte de estos estratos medios de los diversos partidos de carácter popular donde se ejerce la influencia del movimiento por el frente único. Es en este estrato medio donde se verifica ese fenómeno íntimo de disgregación de

las viejas ideologías y de los viejos programas políticos, y allí también se ven los comienzos de una nueva formación política en el terreno del frente único. Viejos obreros reformistas o maximalistas que ejercen una amplia influencia en ciertas fábricas o en ciertos barrios urbanos; elementos campesinos que, en las aldeas o en los pueblos de provincia representan las personalidades más avanzadas del mundo rural, y a los cuales recurren sistemáticamente los campesinos de la aldea o del pueblo, en busca de consejos o de directivas prácticas; pequeños intelectuales de ciudad que como exponentes del movimiento católico de izquierda irradian en la provincia una influencia que no puede ni debe ser medida por su modestia, sino por el hecho de que en la provincia aparecen como una tendencia de aquel partido al que los campesinos solían seguir. Estos son los elementos sobre los cuales nuestro partido ejerce una atracción cada vez más creciente, y cuyos exponentes políticos son un índice seguro de movimientos en su base habitualmente más radicales de lo que pueda ser sugerido por los desplazamientos personales.

Debemos conceder una particular atención a la función que desarrolla nuestra juventud en la actividad por el frente único. Para ello, es necesario tener presente que se debe permitir en la acción de la juventud una elasticidad mayor que la consentida al partido. Es evidente que el partido no puede llegar a fusiones con otros grupos políticos o a la aceptación de nuevos miembros sobre la base del frente único, tendiente a crear la unidad de acción de la clase obrera y la alianza entre obreros y campesinos, pero que no puede ser la base de formaciones del partido. En cambio para los jóvenes la cuestión se plantea de otro modo. Por su misma naturaleza, los jóvenes representan el estadio elemental de formación del partido. Para entrar a la "juventud" no se puede exigir la condición de comunista en el sentido completo de la palabra, sino sólo el poseer una voluntad de lucha y el querer convertirse en comunista. Por eso, este punto debe servir como referencia general para fijar mejor la táctica propia de los jóvenes. Hay un elemento al que es necesario tener muy en cuenta, porque posee un estimable valor histórico: es importante el hecho de que un maximalista, un reformista, un republicano, un popular, un sardista, un demócrata meridional adhieran al programa del frente único proletario y de la alianza entre obreros y campesinos. Pero mucha mayor importancia tiene el hecho de que a un programa como ese adhiera un miembro de la Acción Católica como tal. Los partidos de oposición, aun en formas engañosas e inadecuadas tienden a crear y a mantener una separación entre las masas populares y el fascismo. En cambio, la Acción Católica representa hoy una parte integrante del fascismo; tiende a dar al fascismo, a través de la ideología religiosa, el consenso de amplias masas populares; y, en un cierto sentido, está destinada, dentro de las intenciones de una fortísima tenden-

cia del partido fascista (Federzoni, Rocco, etc.), a sustituir al partido fascista mismo en la función de partido de masa y de organismo de control político sobre la población. Por lo tanto, cada uno de nuestros éxitos en el campo de la Acción Católica, aun limitado, significa que logramos impedir el desarrollo de la política fascista en un campo que parecía vedado a cualquier iniciativa proletaria.

Para concluir sobre este punto, podemos afirmar que la línea política del III congreso ha sido verificada como justa, y el balance de nuestra acción por el frente único es ampliamente positivo.

Es necesario fijar un punto especial para la acción sindical, en el sentido de la posición actualmente ocupada por nosotros en los sindicatos de clase, como así también en el sentido de una actividad sindical real a desarrollar y en el de nuestra posición hacia las corporaciones.

Sobre el punto segundo es necesario fijar con exactitud la situación interna del bloque burgués agrario fascista y de la organización fascista propiamente dicha.

*Las dos tendencias del fascismo*

De una parte la tendencia Federzoni, Rocco, Volpi, que quiere extraer las conclusiones de todo este período posterior a la marcha sobre Roma. Ella quiere liquidar al partido fascista como organismo político e incorporar al aparato estatal la situación de fuerza burguesa creada por el fascismo en sus luchas contra todos los partidos restantes. Trabaja de acuerdo con la corona y con el estado mayor. Quiere incorporar a las fuerzas centrales del estado, por una parte a la Acción Católica, es decir al Vaticano, poniendo término de hecho y posiblemente también de derecho a la disidencia entre la Casa de Saboya y el Vaticano; por otra parte, a los elementos más moderados del ex Aventino. Es cierto que, mientras el fascismo en su ala nacionalista, dado el pasado y las tradiciones del viejo nacionalismo italiano; trabaja hacia la Acción Católica, por el otro lado la Casa de Saboya busca explotar una vez más sus tradiciones para atraer a las esferas gubernativas a los hombres del grupo de Di Cesaró y del grupo Amendola.

La otra tendencia está personificada oficialmente por Farinacci. Ella, objetivamente, representa dos contradicciones del fascismo: 1] La contradicción entre agrarios y capitalistas en las divergencias de intereses especialmente aduaneros. Es verdad que el fascismo actual representa típicamente al claro predominio del capital financiero en el estado, un capital que quiere sujetar a sí mismo todas las fuerzas productivas del país. 2] La segunda contradicción es de lejos la más importante y se trata de la contradicción existente entre la pequeña burguesía y el capitalismo. La pequeña burguesía fascista ve en el partido el instrumento de

su defensa, su parlamento, su democracia. A través del partido quiere presionar sobre el gobierno para impedir que el capitalismo la aplaste. Es necesario tener en cuenta un elemento: la total sujeción por Norteamérica a que el gobierno fascista ha llevado a Italia. En la liquidación de las deudas de guerra, tanto para Inglaterra como para los Estados Unidos, el gobierno fascista no se ha preocupado por tener garantía alguna sobre la comerciabilidad de las obligaciones italianas. La bolsa y la banca italianas están expuestas en todo momento a la extorsión política de los gobiernos inglés y norteamericano, que cuando quieren pueden lanzar al mercado mundial enormes cantidades de valores italianos. Por otro lado, el préstamo Morgan ha sido contraído en condiciones todavía peores. Sobre los cien millones de dólares del préstamo, el gobierno italiano sólo tiene a su disposición 33 millones; de los otros 67 millones, puede disponer solamente con el alto consentimiento personal de Morgan: ello significa que el verdadero jefe del gobierno italiano es Morgan. Estos elementos pueden servir para dar a la pequeña burguesía, en la defensa de sus intereses a través del partido fascista como tal, una entonación nacionalista contra el viejo nacionalismo y contra la actual dirección del partido, que ha sacrificado la soberanía nacional y la independencia política del país a los intereses de un restringido grupo de plutócratas. Al respecto, uno de los objetivos de nuestro partido debe ser la particular insistencia sobre la consigna de los estados unidos soviéticos de Europa como medio de iniciativa política entre las filas fascistas.

En general, puede afirmarse que la tendencia Farinacci en el partido fascista adolece de falta de unidad, de organización, de principios generales. Se trata más de un estado de ánimo extendido que de una verdadera tendencia. Al gobierno no le resultará muy difícil disgregar sus núcleos constitutivos. Lo importante desde nuestro punto de vista es que esta crisis, en cuanto representa el alejamiento de la pequeña burguesía de la coalición burgués agraria fascista, no puede dejar de ser un elemento de debilidad militar del fascismo.

La crisis económica general es el elemento fundamental de la crisis política. Es necesario examinar los elementos de esta crisis, porque entre ellos hay algunos inherentes a la situación general italiana, y funcionarán negativamente aun en el período de dictadura proletaria. Estos elementos principales pueden ser fijados así: de los tres elementos que tradicionalmente constituyen el activo de la balanza italiana, dos, las remesas de los emigrados y la industria extranjera, se han derrumbado. El tercer elemento, la exportación, sufre una crisis. Si a los dos factores negativos —remesas de los emigrados e industria extranjera— y al tercer factor parcialmente negativo —exportación— se agrega la necesidad de fuertes importaciones de granos por el fracaso de la cosecha, es evidente que las perspectivas para los próximos meses se pre-

sentan como catastróficas. Hace falta tener en cuenta estos cuatro elementos para comprender la impotencia del gobierno y de la clase dirigente. Es cierto que el gobierno nada puede hacer, o casi nada, para aumentar las remesas de los emigrados (tener en cuenta la iniciativa proyectada por el señor Giuseppe Zuccoli, presunto sucesor de Volpi en el ministerio de finanzas) y para hacer prosperar la industria extranjera. Pero, en cambio, algo puede hacer para aumentar la exportación. En este sentido, todavía existe la posibilidad de una gran política que si bien no cure la herida, por lo menos tienda a cicatrizarla. Alguien piensa en la posibilidad de cierta política basada en el inflacionismo. Naturalmente, no debe excluirse en sentido absoluto dicha posibilidad, pero: 1] aun si se verificara, sus resultados en el campo económico serían relativamente mínimos; 2] sus resultados en el campo político, en cambio, serían catastróficos. Efectivamente, es necesario tener en cuenta estos elementos:

1] La exportación representa en la balanza italiana sólo una parte de la actividad, a lo sumo las dos terceras partes. 2] Para equilibrar la balanza, no sólo haría falta llevar la actual base productiva a su máximo rendimiento, sino ampliar esa misma base productiva comprando en el exterior nuevas maquinarias, lo que empeoraría más la balanza. 3] Las materias primas para la industria italiana son importadas del exterior y deben ser pagadas con moneda no desvalorizada. Un aumento de la producción en amplia escala llevaría a la necesidad de una enorme masa de capital circulante para la adquisición de las materias primas. 4] Es necesario tener en cuenta que el fascismo, como fenómeno general, en Italia ha llevado al mínimo los salarios y los estipendios de la clase trabajadora. La inflación es comprensible en un país de altos salarios, como sustituto del fascismo, para rebajar el nivel de vida de las clases trabajadoras y dar entonces nuevamente elasticidad a la burguesía. No es comprensible en Italia, donde el tenor de vida de la clase obrera ya está tocando el hambre.

Entre los elementos de la crisis económica: la nueva organización de las sociedades por acciones con los votos privilegiados, que es uno de los elementos de ruptura entre pequeña burguesía y capitalismo; el hecho del desnivel que se ha ido verificando en este último tiempo entre la masa del capital de las sociedades anónimas, que se va concentrando en pocas manos, y la masa del ahorro nacional. Este desnivel muestra cómo las fuentes del ahorro se van secando, porque los actuales réditos ya no son suficientes para las necesidades.

Sobre el tercer elemento político. Es evidente que en el campo de la democracia se da un cierto reagrupamiento con caracteres más radicales que en el pasado. La ideología republicana se vigoriza, entendiendo lo que decimos en el mismo sentido que para el frente único, es decir en los estratos medios de los partidos de-

mocráticos y, en este caso, aun en buena parte de los estratos superiores.

Viejos jefes ex aventinianos rechazaron la invitación a retomar los contactos con la casa real. Se dice que el mismo Amendola en el último período de su vida se había vuelto completamente republicano, haciendo en este sentido propaganda personal. Los populares también se habrían vuelto tendencialmente republicanos, etc. Es cierto que se realiza un gran trabajo para determinar en el terreno republicano un reagrupamiento neodemocrático, que debería tomar el poder en el momento de la catástrofe fascista, instaurando un régimen de dictadura contra la derecha reaccionaria y contra la izquierda comunista. Los últimos acontecimientos europeos, como la aventura Pilsudski en Polonia y las convulsiones preagónicas del "cartel" francés, han contribuido a este despertar democrático republicano. Nuestro partido debe plantearse el problema general de las perspectivas de la política nacional. Los elementos pueden ser establecidos así: ningún partido o coalición intermedia está en condiciones de dar una satisfacción aun mínima a las exigencias económicas de las clases trabajadoras que irrumpirían violentamente en la escena política en el momento de la ruptura de las relaciones existentes. Por lo tanto, es verdad que políticamente el fascismo puede tener como sucesora una dictadura del proletariado. Pero no existe la certeza ni tampoco la probabilidad de que el pasaje del fascismo a la dictadura del proletariado sea inmediato. Es necesario tener en cuenta que las fuerzas armadas existentes, dada su composición, no son conquistables inmediatamente, y que serán el elemento decisivo de la situación. Pueden formularse hipótesis a las que, en cada oportunidad, podríamos atribuirles un mayor carácter de probabilidad. Es posible que del gobierno actual se pase a un gobierno de coalición, en el cual hombres como Giolitti, Orlando, Di Cesarò, De Gasperi proporcionarían una elasticidad mayor. Los últimos acontecimientos parlamentarios franceses demuestran de qué elasticidad es capaz la política burguesa cuando se trata de alejar la crisis revolucionaria, desplazar a los adversarios, desgastarlos, disgregarlos. Una crisis económica repentina y fulminante, no improbable en una situación como la italiana, podría llevar al poder a la coalición democrática republicana, pues ella se presentaría a los oficiales del ejército, a una parte de la misma milicia y a los funcionarios del estado en general —elemento muy importante en situaciones como la nuestra— con la capacidad de frenar la revolución. Estas hipótesis tienen para nosotros sólo un valor general de perspectiva; y nos sirven para fijar los siguientes puntos:

1] Nosotros, desde hoy, debemos reducir al mínimo la influencia y la organización de los partidos que pueden constituir la coalición de izquierda, a fin de tornar cada vez más probable una caída revolucionaria del fascismo, en cuato los elementos enérgi-

cos y activos de la población se hallan en nuestro terreno en el momento de la crisis. 2] En todo caso, debemos tratar de que el intermedio democrático sea el más breve posible, habiendo dispuesto desde hoy a nuestro favor el mayor número de condiciones favorables.

Es de estos elementos de donde debemos extraer la norma para nuestra actividad práctica inmediata. Intensificar la actividad general del frente único y la organización de siempre nuevos comités de agitación para centralizarlos, por lo menos en escala regional y provincial. En los comités, nuestras fracciones deben tratar de obtener ante todo el máximo de representaciones de las distintas corrientes políticas de izquierda, evitando sistemáticamente todo sectarismo partidario. Las cuestiones deben ser planteadas objetivamente por nuestras fracciones, como expresión de los intereses de la clase obrera y de los campesinos.

Táctica hacia el partido maximalista.

Necesidad de plantear con mayor energía el problema meridional. Si nuestro partido no se pone a trabajar seriamente en el Mezzogiorno, esta región será la base más fuerte de la coalición de izquierda.

Táctica frente al Partido Sardo de Acción, ante la perspectiva de su próximo congreso.

Para la Italia meridional y para las islas, creación de los grupos de trabajo regionales en el resto de Italia.

II. En lo que se refiere a la situación internacional, me parece que gira fundamentalmente en torno a la cuestión de la huelga general inglesa y de las consecuencias a extraer respecto de la misma. La huelga inglesa ha planteado dos problemas fundamentales para nuestro movimiento:

1] El problema de las perspectivas generales, es decir el problema de una precisa evaluación de la fase actual atravesada por el capitalismo. ¿Ha terminado el período de la llamada estabilización? ¿En qué punto nos encontramos respecto de la capacidad de resistencia del régimen burgués? Es evidente que, no sólo desde el punto de vista teórico y científico, sino también desde el punto de vista práctico e inmediato, resulta interesante y necesario verificar con exactitud cuál es el punto preciso de la crisis capitalista. Pero también es evidente que sería estúpida toda orientación política sobre la base de una evaluación distinta del grado preciso de la crisis capitalista, si esta evaluación distinta no se refleja de inmediato en directivas políticas y organizativas realmente diferentes. Creo que el problema a plantear es el siguiente: en el campo internacional, eso significa prácticamente dos cosas: 1] en el campo de aquel grupo de estados capitalistas que son la llave maestra del sistema burgués; 2] en el campo de aquellos estados que representan algo así como la periferia del mundo capitalista: ¿estamos por pasar de la fase de organización políti-

ca de las fuerzas proletarias a la fase de organización técnica de la revolución? O bien, ¿estamos por pasar de la primera de las dos fases citadas a una fase intermedia, en la cual una determinada forma de organización técnica puede acelerar la organización política de las masas y acelerar por tanto el tránsito a la fase decisiva de la conquista del poder? A mi parecer, estos problemas deben ser puestos en discusión, pero es evidente que su solución no resulta posible en un plano puramente teórico: dicha solución sólo es posible sobre la base de datos concretos relativos a la eficiencia real tanto de las fuerzas revolucionarias como de las fuerzas burguesas.

En la base de este examen debemos colocar una serie de observaciones y de criterios:

La observación de que la clase dominante posee en los países de capitalismo avanzado reservas políticas y organizativas que no poseía en Rusia, por ejemplo. Ello significa que aun las crisis económicas gravísimas no tienen repercusiones inmediatas en el campo político. La política está siempre en retardo, y en gran retardo respecto de la economía. El aparato estatal es mucho más resistente de lo que a menudo suele creerse y logra organizar, en los momentos de crisis, fuerzas fieles al régimen, y más de lo que podría hacer suponer la profundidad de la crisis. Ello se refiere especialmente a los estados capitalistas más importantes. En los estados periféricos típicos del grupo, como Italia, Polonia, España y Portugal, las fuerzas estatales son menos eficientes. Pero en estos países se verifica un fenómeno que debe ser tenido muy en cuenta. A mi parecer, el fenómeno es este: en dichos países, entre el proletariado y el capitalismo se extiende un amplio estrato de clases intermedias que quieren, y en cierta medida logran, llevar una política propia, con ideologías que a menudo influyen sobre vastos estratos de proletariado, pero que tienen una particular sugestión sobre las masas campesinas. Incluso Francia, aun cuando ocupa una posición eminente en el primer grupo de estados capitalistas, participa por algunas de sus características de la situación de los estados periféricos.

Hay algo que creo característico de la fase actual de la crisis capitalista: a diferencia de los años 1920-1922, hoy, las formaciones políticas y militares de las clases medias tienen un carácter radical de izquierda o por lo menos se presentan ante las masas como radicales de izquierda. Creo que la situación italiana, dados sus caracteres particulares, en cierto sentido puede dar el modelo para las distintas fases atravesadas por los otros países. En 1919 y1920 las formaciones militares y políticas de las clases medias estaban representadas entre nosotros por el fascismo primitivo y por D'Annunzio. Es sabido que en aquellos años tanto el movimiento fascista como el dannunziano estaban dispuestos aun a aliarse con las fuerzas proletarias para derribar al gobierno de Nitti, que aparecía en carácter de intermediario del capital

italiano para el sometimiento de Italia (Nitti ha sido en Europa el precursor de Dawes). La segunda fase del fascismo —1921 y 1922—, es netamente reaccionaria. Desde 1923 se inicia un movimiento molecular por el cual los elementos más activos de las clases medias se desplazan del campo reaccionario fascista al campo de las oposiciones aventinianas. Este proceso se precipita en una cristalización que podía ser fatal para el fascismo en el período de la crisis Matteotti. A causa de la debilidad de nuestro movimiento, debilidad que por otro lado tenía de por sí un significado, el fenómeno es interrumpido por el fascismo, y las clases medias quedan rechazadas en una nueva pulverización política. Hoy, el fenómeno molecular se ha reanudado, en una escala muy superior al que se había abierto en 1923, y está acompañado por un fenómeno paralelo de reagrupamiento de las fuerzas revolucionarias alrededor de nuestro partido: ello asegura que una nueva crisis tipo Matteotti difícilmente podrá tener un nuevo 3 de enero. Estas fases atravesadas por Italia, en una forma que llamaremos clásica y ejemplar, aparece en casi todos los países a los que hemos denominado periféricos del capitalismo. La fase actual italiana, es decir un reagrupamiento hacia la izquierda de las clases medias, aparece en España, en Portugal, en Polonia, en los Balcanes. Solamente en dos países, Francia y Checoslovaquia, encontramos una continuidad en la vigencia del bloque de izquierda: un hecho que, a mi parecer, debería ser estudiado en particular. Estas observaciones, naturalmente, deben ser perfeccionadas y expuestas en forma sistemática. De todas maneras, creo posible extraer una conclusión: realmente nosotros entramos en una fase nueva del desarrollo de la crisis capitalista. Esta fase se presenta en formas distintas en los países de la periferia capitalista y en los países de capitalismo avanzado. Entre estas dos series de estados, Francia y Checoslovaquia representan los dos anillos de unión. En los países periféricos se plantea el problema de la fase que he llamado intermedia entre la preparación política y la preparación técnica de la revolución. En los otros países, y aun en Francia y Checoslovaquia, creo que el problema es todavía el de la preparación política. Para todos los países capitalistas se plantea un problema fundamental, el del tránsito de la táctica del frente único, entendido en sentido general, a una táctica determinada, que se plantee los problemas concretos de la vida nacional y actúe sobre la base de las fuerzas populares tal como están determinada históricamente.

Técnicamente se trata del problema de las consignas de orden y aun de las formas de organización. Si no tuviera un cierto temor de proclamar el ordinovismo, diría que hoy, uno de los problemas más importantes que se plantea especialmente en los grandes países capitalistas es el de los consejos de fábrica y del control obrero, como base de un reagrupamiento proletario que permita una lucha mejor contra la burocracia sindical y que también facilite

el encuadramiento de considerables masas desorganizadas, no sólo en Francia, sino también en Alemania y en Inglaterra. De todos modos, en el caso inglés creo que el problema del reagrupamiento de las masas proletarias puede ser planteado también en el mismo terreno sindical. Nuestro partido inglés debe tener un programa de reorganización democrática de las Trade-Unions. Sólo en la medida en que los sindicatos ingleses se coordinen como nuestras Cámaras del Trabajo y den a esas cámaras poderes adecuados será posible: 1] liberar a los obreros ingleses de la influencia de la burocracia sindical: 2] reducir la influencia ejercida en el Labour Party por el partido de MacDonald (ILP), que hoy funciona precisamente como fuerza centralizadora local en la pulverización sindical; 3] crear un terreno en el que sea posible a los elementos organizados de nuestro partido el ejercicio de una directa influencia sobre la masa obrera inglesa. Yo pienso que una reorganización de las Trade-Unions en tal sentido, bajo el impulso de nuestro partido, tendría el significado y la importancia de una verdadera germinación de tipo soviética. Por otro lado, estaría en la línea de la tradición histórica de la clase obrera inglesa, desde el cartismo hasta los comités de acción de 1919.

2] El segundo problema fundamental planteado por la huelga general inglesa es el del Comité anglo-ruso. Yo pienso que, a pesar de la indecisión, la debilidad y si se quiere la traición de la izquierda inglesa durante la huelga general, el Comité anglo-ruso deberá ser mantenido, porque es el terreno mejor para revolucionar no sólo el mundo sindical inglés, sino también los sindicatos de Amsterdam. En un solo caso debería darse una ruptura entre los comunistas y la izquierda inglesa: si Inglaterra estuviera en los umbrales de la revolución proletaria con nuestro partido tan fuerte como para poder conducir por sí solo la insurrección.

NOTA. Estas notas fueron escritas sólo para preparar las labores del Comité Directivo. Distan mucho de ser definitivas, pues representan sólo el cañamazo para una nueva discusión.

## CORRESPONDENCIA ENTRE GRAMSCI Y TOGLIATTI

*La correspondencia completa entre Gramsci y Togliatti sobre la situación en el partido bolchevique (de 1926) fue publicada integramente en* Rinascita-Il Contemporaneo, *el 24 de abril de 1970.*

*Reúne los siguientes documentos:*

*1) carta de Gramsci a Togliatti;*
*2) el documento del Buró político del* PCI*;*
*3) la respuesta de Togliatti a Gramsci;*
*4) la carta de Manuilski a Gramsci;*
*5) la respuesta de Gramsci a Togliatti.*

*El documento nº 2 fue publicado por primera vez en Francia en abril de 1938, editado por Angelo Tasca en la revista* Problemi della Rivoluzione italiana *(serie II, nº 4) y nuevamente, con una nota de Togliatti, en* Rinascita *(Nº 47, 28 de noviembre de 1964). Este volumen contiene igualmente una nota de Togliatti (fechada el 26 de febrero de 1964) en la que éste afirma que "no existe ningún original, ni, actualmente, copia alguna del original en los archivos de nuestro partido". Togliatti recuerda que respondió a Gramsci y reconoce que una copia de esta respuesta se halla en los archivos del partido. Finalmente, afirma que Gramsci le respondió a su vez "rechazando sus argumentos". Ambos documentos fueron publicados por G. Berti en los Annali Feltrinelli,* Documenti inediti dell'Archivo Tasca.

*Investigaciones efectuadas posteriormente en los archivos del Instituto Marxista-Leninista de Moscú y en los del* PCI *permitieron publicar el conjunto de los documentos, a iniciativa de Ferri* (Rinascita, *24 de abril de 1970). En el último volumen de las* Obras *de Gramsci,* La Construzione del Partito Comunista *(Turín, 1971), figuran los documentos 1, 2, 3 y 5.*

*El documento 1 es una nota breve que acompaña la carta nº 2, que fue escrita por Gramsci, en octubre de 1926, por encargo del Buró político del* PCI, *al* CC *del partido bolchevique, en el momento en que tenía lugar el debate entre la mayoría del partido bolchevique y la oposición dirigida por Zinóviev, Kámenev y Trotski.*

*El documento 3 constituye la respuesta de Togliatti —quien representaba entonces al* PCI *ante la* IC— *a Gramsci; está fechada en Moscú el 18 de octubre de 1926.*

*El documento 4 es una carta inédita (del 21 de octubre de 1926), redactada en francés por Manuilski, miembro de la secretaría de la* IC *y dirigida a Gramsci, en la que Manuilski toma posición a favor del* CC *del* PCUS.

*El documento 5 es la dura respuesta de Gramsci a Togliatti, que pone fin a este intercambio epistolar.*

1. *Gramsci a Togliatti* X-26

Queridísimo,

Te envío el documento del que te hablé en otra carta. Hazlo copiar y traducir, agregándole, si quieres, nuestros nombres, que de todos modos no deberían publicarse. Puedes revisar el texto, en algunos puntos de detalle y de forma, dada la prisa con que fue escrito. No obstante, los términos esenciales deben ser mantenidos en su integridad. Puesto que queremos ayudar a la mayoría del comité central, podrías consultar los cambios a introducir con los miembros más responsables. Envíanos pronto la copia del texto

definitivo. Nuestra impresión es más bien pesimista; por eso hemos creído necesaria esta carta.

Espero el texto corregido y colacionado de las cartas de Antonio Labriola, prolongado por Riazánov. Servirá para el primer número de *L'Ordine Nuovo*. Es imprescindible apurarse.

Enviaré los artículos para el IC dentro de poco, espero. Saludos a todos.

ANTONIO

2. *Al comité central del partido comunista soviético*

Queridos compañeros,

Los comunistas italianos y todos los trabajadores conscientes de nuestro país han seguido siempre con la mayor atención vuestras discusiones. En vísperas de cada congreso y de cada conferencia del partido comunista ruso estábamos seguros de que, tras haber conseguido una mayor homogeneidad ideológica y organizativa a través de esas discusiones, el partido habría quedado mejor preparado y armado para superar las múltiples dificultades vinculadas al ejercicio del poder de un estado obrero. Hoy, en vísperas de vuestra XV conferencia, no tenemos ya la seguridad del pasado; nos sentimos inevitablemente preocupados; nos parece que la actitud actual del bloque de oposición y la virulencia de las polémicas del Partido Comunista de la URSS exigen la intervención de los partidos hermanos. Esta precisa convicción nos mueve a escribirles esta carta. Es posible que el aislamiento en el cual se ve obligado a vivir nuestro partido nos haya llevado a exagerar los peligros referentes a la situación interna del Partido Comunista de la URSS; en cuaquier caso, no son, desde luego, exagerados nuestros juicios acerca de las repercusiones internacionales de esta situación y queremos, como internacionalistas, cumplir con nuestro deber.

La situación interna de nuestro partido hermano de la URSS nos parece distinta y mucho más grave que en las anteriores discusiones, porque hoy vemos que se verifica y se profundiza una escisión en el grupo central leninista que ha sido siempre el núcleo dirigente del partido y de la Internacional. Una escisión de este tipo, con independencia de los resultados numéricos de las votaciones de congreso, puede tener las repercusiones más graves, no sólo si la minoría de oposición no acepta con la máxima lealtad los principios fundamentales de la disciplina revolucionaria del partido, sino también en el caso de que dicha minoría rebase, en el modo de llevar su lucha, ciertos límites que son más importantes que todas las democracias formales.

Una de las enseñanzas preciosas de Lenin ha sido la de que debemos estudiar atentamente los juicios de nuestros enemigos de clase. Pues bien, queridos camaradas, es un hecho que los perió-

dicos y los hombres de estado más fuertes de la burguesía internacional ponen sus esperanzas en ese carácter orgánico del conflicto existente en el núcleo fundamental del Partido Comunista de la URSS, en la escisión de nuestro partido hermano, y están convencidos de que esa escisión acarreará la disgregación y la lenta agonía de la dictadura proletaria, que determinará la catástrofe de la revolución como no lo consiguieron las invasiones y las insurrecciones de los guardias blancos. La misma fría circunspección con la cual la prensa burguesa intenta ahora analizar los acontecimientos rusos, el hecho de que intente evitar, dentro de lo que le es posible, la demagogia violenta que era característica suya hasta ahora, son síntomas que deben dar que pensar a los camaradas rusos y hacerlos más conscientes de su responsabilidad. Hay otra razón más por la cual la burguesía internacional espera la posible escisión o un agravamiento de la crisis interna del Partido Comunista de la URSS. Ya hace nueve años que existe en Rusia el estado obrero. Es un hecho que sólo una pequeña minoría no sólo de las clases trabajadoras, sino incluso de los mismos partidos comunistas de los demás países, es capaz de reconstruir en su conjunto todo el desarrollo de la revolución y de descubrir incluso en los detalles de los cuales se compone la vida cotidiana del estado de los soviets la continuidad del hilo rojo que lleva a la perspectiva general de la construcción del socialismo. Y ello no sólo en los países en que ya no existe la libertad de reunión y la libertad de prensa está completamente suprimida o sometida a limitaciones inauditas, como en Italia (donde los tribunales han secuestrado y prohibido la impresión de los libros de Trotski, Lenin, Stalin, Zinóviev y últimamente hasta del *Manifiesto del partido comunista*), sino también en los países en los que nuestros partidos tienen aún libertad para suministrar a sus miembros y a la masa en general una documentación suficiente. En esos países las grandes masas no pueden comprender las discusiones que ocurren en el Partido Comunista de la URSS, especialmente cuando son tan violentas como las actuales y se refieren no sólo a un aspecto de detalle, sino a todo el conjunto de la línea política del partido. No sólo las masas trabajadoras en general, sino también las mismas masas de nuestros partidos, ven y quieren ver una única unidad de combate que trabaje en la perspectiva general del socialismo. Sólo en cuanto las masas occidentales europeas ven a Rusia y al partido ruso desde este punto de vista aceptan gustosamente y como un hecho históricamente necesario que el Partido Comunista de la URSS sea el partido dirigente de la Internacional, y sólo por eso la República de los Soviets y el Partido Comunista de la URSS son hoy un elemento formidable de organización y de propulsión revolucionaria.

Por la misma razón, los partidos burgueses y socialdemócratas explotan las polémicas internas y los conflictos existentes en el Partido Comunista de la URSS; ellos quieren luchar contra esa in-

fluencia de la revolución rusa, contra la unidad revolucionaria que se está constituyendo en todo el mundo en torno al Partido Comunista de la URSS. Queridos compañeros, es extraordinariamente significativo que en un país como Italia, donde la organización estatal y de partido del fascismo consigue sofocar toda manifestación notable de vida autónoma de las grandes masas obreras y campesinas, los periódicos fascistas, especialmente los de provincia, estén llenos de artículos, técnicamente bien construidos para la propaganda, con un mínimo de demagogia y de actitudes injuriosas, en los que se intenta demostrar con un evidente esfuerzo de objetividad que ahora ya, por las mismas manifestaciones de los dirigentes más conocidos del bloque de oposición del Partido Comunista de la URSS, el estado de los soviets se va convirtiendo inexorablemente en un puro estado capitalista y que, por tanto, en el duelo mundial entre el fascismo y el bolchevismo triunfará el fascismo. Esta campaña, aunque por un lado prueba lo enormes que son las simpatías de que goza la República de los Soviets entre las grandes masas del pueblo italiano que, en algunas regiones, no recibe desde hace seis años más que una escasa literatura ilegal de partido, prueba, por otra parte, que el fascismo, que conoce muy bien la real situación interna italiana y ha aprendido a tratar con las masas, intenta utilizar la actitud política del bloque de oposición para romper definitivamente la firme aversión de los trabajadores al gobierno de Mussolini y para determinar al menos un estado de ánimo en el cual el fascismo aparezca como una necesidad histórica inevitable, a pesar de la crueldad y de los males que le acompañan.

Creemos que en el marco de la Internacional nuestro partido es el que más sufre por las repercusiones de la grave situación existente en el Partido Comunista de la URSS. Y no sólo por las razones recién expuestas que, por así decirlo, son *externas*, se refieren a las condiciones generales del desarrollo revolucionario en nuestro país. Ustedes saben ya que todos los partidos de la Internacional han heredado de la vieja socialdemocracia y de las diversas tradiciones nacionales existentes en los diversos países (anarquismo, sindicalismo, etc.) una masa de prejuicios y de motivos ideológicos que representan el foco de todas las desviaciones de derecha y de izquierda. En estos últimos años, pero especialmente después del V congreso mundial, nuestros partidos iban alcanzando, a través de una dolorosa experiencia, a través de crisis dolorosas y extenuantes, una segura estabilización leninista, estaban convirtiéndose en verdaderos partidos bolcheviques. Se iban formando nuevos cuadros proletarios desde abajo, desde las fábricas; los elementos intelectuales eran sometidos a una selección rigurosa y a una comprobación rígida y despiadada sobre la base de su trabajo práctico en el terreno de la acción. Esta reelaboración ocurría bajo la guía del Partido Comunista de la URSS en su complejo unitario, y de todos los grandes jefes del partido de la

URSS. Pues bien, la agudeza de la crisis actual y la amenaza de escisión abierta o latente que contiene frenan este proceso de desarrollo y de reelaboración de nuestros partidos, cristaliza las desviaciones de derecha y de izquierda, aleja una vez más el éxito de la unidad orgánica del partido mundial de los trabajadores. Consideramos que es nuestro deber de internacionalistas llamar especialmente la atención de los compañeros más responsables del Partido Comunista de la URSS acerca de este elemento del problema. Compañeros, ustedes han sido en estos nueve años de historia mundial el elemento organizador y propulsor de las fuerzas revolucionarias de todos los países; la función que han desarrollado no tiene precedentes en toda la historia del género humano que puedan igualarla ni en amplitud ni en profundidad. Pero hoy están destruyendo su obra, degradando y corriendo el riesgo de anular la función dirigente que el Partido Comunista de la URSS había conquistado por el impulso de Lenin; nos parece que la violenta pasión de las cuestiones rusas les hace perder a ustedes de vista los aspectos internacionales de las mismas cuestiones rusas, les hace olvidar que sus deberes de militantes rusos no pueden ni deben satisfacerse fuera del marco de los intereses del proletariado internacional.

El buró político del Partido Comunista de Italia ha estudiado con la mayor diligencia y atención posibles en sus condiciones todos los problemas que hoy están en discusión en el Partido Comunista de la URSS. Las cuestiones que hoy se les plantean a ustedes pueden presentarse mañana a nuestro partido. También en nuestro país son las masas rurales la mayoría de la población trabajadora. Además, todos los problemas inherentes a la hegemonía del proletariado se presentan en Italia en una forma sin duda más compleja y aguda que en la misma Rusia, porque la densidad de la población rural italiana es enormemente mayor, porque nuestros campesinos tienen una riquísima tradición organizativa y han conseguido siempre hacer notar muy sensiblemente su peso específico de masa en la vida política nacional, porque aquí el aparato organizativo eclesiástico tiene dos mil años de tradición y se ha especializado en la propaganda y la organización de los campesinos de un modo que no tiene paralelo en los demás países. Si es verdad que la industria está más desarrollada en nuestro país y que el proletariado tiene una base material notable, no lo es menos que esa industria carece de materias primas en el país y está por tanto, más expuesta a las crisis; por eso el proletariado no podrá cumplir su función dirigente más que si abunda en espíritu de sacrificio y se ha liberado completamente de todo residuo de corporativismo reformista o sindicalista. El buró político del Partido Comunista de Italia ha estudiado vuestras discusiones desde este punto de vista realista que consideramos leninista. Hasta el momento no hemos expresado opinión de partido más que sobre la cuestión estrictamente disciplinaria de las frac-

ciones, por atenernos a la invitación que nos hicieron, después de vuestro XIV congreso, a no trasladar la discusión rusa a las secciones de la Internacional. Pero ahora declaramos que consideramos fundamentalmente justa la línea política de la mayoría del comité central del Partido Comunista de la URSS, y que en ese mismo sentido se pronunciará sin duda la mayoría del partido italiano si llega a ser necesario plantear enteramente la cuestión. No queremos, y consideramos inútil, hacer agitación o propaganda con ustedes o con los compañeros del bloque de oposición. Por eso nos abstendremos de formular una lista de todas las cuestiones particulares con nuestro juicio sobre cada una. Repetimos que nos impresiona el hecho de que la actitud de la oposición afecta a toda la línea política del comité central y hiere, por tanto, el corazón mismo de la doctrina leninista y de la acción política del partido de la URSS. Lo que se pone en discusión es así el principio y la práctica de la hegemonía del proletariado, las relaciones fundamentales de la alianza entre los obreros y los campesinos son las que se perturban y se ponen en peligro, o sea, los pilares del estado obrero y de la revolución. Compañeros, jamás en la historia se ha visto que una clase dominante estuviera en su conjunto en condiciones de vida inferiores a las de determinados elementos y estratos de la clase dominada y sometida. Esta contradicción inaudita es la que ha reservado la historia para el proletariado; en esta contradicción se encuentran los peligros mayores para la dictadura del proletariado, especialmente en los países en los cuales el capitalismo no había alcanzado un gran desarrollo ni había conseguido unificar las fuerzas productivas. Esta contradicción se presenta también, por lo demás, en algunos aspectos, en los países capitalistas en los que el proletariado ha conseguido objetivamente una función social elevada, y de ella nacen el reformismo y el sindicalismo, el espíritu corporativo y las estratificaciones de la aristocracia obrera. Pero el proletariado no puede llegar a ser clase dominante si no supera esa contradicción con el sacrificio de sus intereses corporativos, no puede mantener la hegemonía y su dictadura si no sacrifica, incluso cuando ya es dominante, esos intereses inmediatos a los intereses generales y permanentes de la clase. Sin duda es fácil hacer demagogia en este terreno, es fácil insistir en los lados negativos de la contradicción: "¿Eres tú el dominante, obrero mal vestido y mal alimentado, o lo es el *nepman* * con su abrigo de piel y con todos los bienes de la tierra a su disposición?" Del mismo modo los reformistas, después de alguna huelga general que aumenta la cohesión y la disciplina de la masa, pero que con su larga duración empobrece aún más a los obreros, dicen: "¿Para qué ha servido la lucha? ¡Están más pobres y miserables que antes!" Es fácil hacer demagogia en este terreno, y es difícil no hacerla cuando la cues-

* "Nepman": hombre de la NEP (nueva política económica). [E.]

ción se plantea desde el punto de vista del espíritu corporativo y no desde el del leninismo, desde el punto de vista de la doctrina de la hegemonía del proletariado que históricamente se encuentra en una determinada posición y no en otra.

Ése es para nosotros el elemento esencial de vuestras discusiones. En este elemento se encuentra la raíz del error del bloque de oposición y el origen de los peligros latentes contenidos en su actividad. En la ideología y en la práctica del bloque de oposición renace plenamente toda la tradición de la socialdemocracia y del sindicalismo, la que ha impedido hasta ahora al proletariado occidental organizarse como clase dirigente.

Sólo una firme unidad y una firme disciplina en el partido que gobierna el estado obrero puede asegurar la hegemonía proletaria en el régimen de nueva política económica, o sea, en pleno despliegue de la contradicción que hemos indicado. Pero la unidad y la disciplina no pueden ser en este caso mecánicas y obligadas; tienen que ser leales y de convicción, no las de una tropa enemiga prisionera o cercada que piensa en la evasión o en la salida por sorpresa.

Eso es lo que queríamos decirles, muy queridos compañeros, con espíritu fraternal y amistoso, aunque seamos hermanos menores. Los camaradas Zinóviev, Trotski y Kámenev han contribuido poderosamente a educarnos para la revolución, nos han corregido algunas veces muy enérgica y severamente y han sido nuestros maestros. A ellos especialmente nos dirigimos, como a los mayores responsables de esta situación, porque queremos estar seguros de que la mayoría del comité central del Partido Comunista de la URSS no desea una victoria aplastante en esta lucha, sino que está dispuesta a evitar las medidas excesivas. La unidad de nuestro partido hermano de Rusia es necesaria para el desarrollo y el triunfo de las fuerzas revolucionarias mundiales; todo comunista e internacionalista tiene que estar dispuesto a los mayores sacrificios por esa necesidad. Los daños de un error cometido por el partido unido pueden superarse fácilmente; los daños de una escisión o de una prolongada situación de escisión latente pueden ser irreparables y mortales.

Con saludos comunistas,

El Buró Político del PCI

### 3. *Togliatti a Gramsci*

18 de octubre de 1926

Queridísimo Antonio,

Por la presente quisiera exponerte sucintamente mi opinión sobre la carta del buró político del Partido Comunista de Italia al comité central del Partido Comunista de la URSS. No estoy de

acuerdo con esa carta por algunas razones que te voy a indicar muy esquemáticamente.

1. El defecto esencial de la carta reside en su planteo. Se pone en primer plano la escisión que tuvo lugar en el grupo dirigente del Partido Comunista de la Unión, relegándose al segundo plano la cuestión de saber si la línea seguida por la mayoría del comité central es justa o no. Éste es un procedimiento característico de la manera en que muchos compañeros de los partidos occidentales consideran y juzgan los problemas del Partido Comunista de la Unión, pero no corresponde a un planteamiento exacto de dichos problemas. Es indudable que la unidad del grupo dirigente del Partido Comunista ruso tiene mayor importancia que la de los grupos dirigentes de otros partidos. Esta importancia está ligada a la función histórica que asumió ese grupo en la constitución de la Internacional. Pero por grande que sea, no debe llevarnos a juzgar las cuestiones del partido comunista ruso en base a una línea distinta de aquella en que se basan los principios y las posiciones políticas. Los riesgos que implica la posición que ustedes han adoptado en su carta son muy grandes, pues a partir de ahora la unidad de la vieja guardia leninista no podrá sin duda mantenerse mucho tiempo o encontrará muchas dificultades para hacerlo de manera durable. En el pasado, el factor determinante de esa unidad era el enorme prestigio y la autoridad personal de Lenin. Éste es un elemento irremplazable. La línea del partido se fijará a través de discusiones y debates. Debemos habituarnos a controlar los nervios e incitar a los compañeros de la base a hacer otro tanto. Y debemos iniciarnos, nosotros y los militantes del partido, en el conocimiento de los problemas rusos, de modo de poder juzgarlos desde el ángulo de los principios y de las posiciones políticas. En este estudio de las cuestiones rusas y no en una apelación a la unidad del grupo dirigente consiste la ayuda que deben brindar al partido comunista ruso los demás partidos de la Internacional. Ustedes tienen razón en hablar de la necesidad de una intervención de estos partidos en el conflicto entre el comité central y la oposición, pero esta intervención sólo puede tener lugar bajo la forma de una contribución que tienda a determinar y a confirmar, sobre la base de nuestra experiencia revolucionaria, la correcta línea leninista en la solución de los problemas rusos.

Si nuestra intervención se efectúa sobre otras bases, existe el riesgo de que no sea útil, sino perjudicial.

2. Se puede considerar que una consecuencia de ese punto de vista erróneo está en el hecho de que, en la primera mitad de su carta, precisamente aquella en que insisten en los efectos que puede tener para el movimiento occidental una escisión en el partido ruso (y en su núcleo dirigente), ustedes hablan indiferentemente de todos los compañeros dirigentes, sin hacer, en definitiva, ninguna distinción entre los compañeros que están al frente del comité central y los jefes de la oposición.

En la página dos de las cuartillas escritas por Antonio se invita a los compañeros rusos a reflexionar y a ser "más conscientes de su responsabilidad". No hay nada que aluda a una distinción entre ellos.

En la página 6 se dice:

"Consideramos que es nuestro deber de internacionalistas llamar especialmente la atención de los compañeros más responsables del Partido Comunista de la URSS acerca de este elemento del problema. Compañeros, ustedes han sido en estos nueve años de historia mundial el elemento organizador y propulsor de las fuerzas revolucionarias de todos los países; la función que han desarrollado no tiene precedentes en toda la historia del género humano que puedan igualarla ni en amplitud ni en profundidad. Pero hoy están destruyendo su obra, degradando y corriendo el riesgo de anular la función dirigente que el Partido comunista de la URSS había conquistado por el impulso de Lenin; nos parece que la violenta pasión de las cuestiones rusas les hace perder a ustedes de vista los aspectos internacionales de las mismas cuestiones rusas, les hace olvidar que sus deberes de militantes rusos no pueden ni deben satisfacerse fuera del marco de los intereses del proletariado internacional".

Tampoco en este caso se encuentra el menor elemento de diferenciación. La única conclusión que cabe es que el buró político del Partido Comunista italiano considera que todos son responsables y que todos deben ser llamados al orden. Es cierto que hacia el final de la carta se corrige esta actitud. Se dice que Zinóviev, Kámenev y Trotski son los "mayores" responsables, y se añade:

"Queremos estar seguros de que la mayoría del comité central del Partido Comunista de la URSS no desea una victoria aplastante en esta lucha, sino que está dispuesta a evitar las medidas excesivas".

La expresión "queremos creer" tiene un valor limitativo; con ella se quiere decir que *no se está seguro.*

Ahora bien, independientemente de toda consideración sobre la oportunidad de una intervención en la controversia actual que impute ciertos errores al comité central, independientemente del hecho de que esa toma de posición sólo puede redundar en *total* beneficio de la oposición, al margen, pues, de todas estas cuestiones de oportunidad, ¿se puede afirmar que el comité central cometió ciertos errores? No lo creo. Lo prueban las tentativas realizadas, antes del XIV congreso, para llegar a un acuerdo y, lo que es más importante, la política seguida después del XIV congreso, que fue prudente y a la que de ningún modo se puede acusar de haberse orientado a ciegas en una dirección. En cuanto a la vida interna del partido, la central rusa no es más responsable de la discusión, del fraccionismo de la oposición, de la gravedad de la crisis, etc., de lo que nosotros mismos, central italiana, lo somos

del fraccionismo de Bordiga, de la constitución y de la actividad del comité de entendimiento, etc. En la vida interna del Partido Comunista de la URSS hay, sin duda, cierto rigor. Pero éste es necesario. Si los partidos occidentales quisieran intervenir ante el grupo dirigente para hacer desaparecer ese rigor, cometerían un error muy grave. Realmente en ese caso la dictadura del proletariado podría verse comprometida.

Creo, pues, que la primera mitad de la carta de ustedes y las expresiones finales vinculadas a ella, constituyen un error político. Este error menoscaba los aspectos positivos de la carta (e incluso de su primera parte).

Una observación más sobre este punto. Es justo que los partidos extranjeros vean con preocupación la agudización de la crisis del partido comunista ruso, y es justo que traten, en lo que esté a su alcance, de hacerla menos aguda. Pero es evidente que cuando se está de acuerdo con la línea del comité central, la mejor manera de contribuir a superar la crisis consiste en expresar adhesión a dicha línea, sin ninguna limitación. Si la oposición rusa no hubiese contado con el apoyo de algunos grupos de oposición o de partidos enteros de la Internacional, no habría tenido la actitud que asumió después del XIV congreso. La experiencia demuestra que la oposición utiliza las mínimas oscilaciones que se manifiestan hasta en los juicios emanados de grupos y partidos a los que se sabe de acuerdo con el comité central.

3. En el pasaje que antes cité, donde se llama a los compañeros rusos a su responsabilidad, se dice que pierden de vista los aspectos internacionales de las cuestiones rusas. En esta afirmación se omite el hecho de que, después del XIV congreso, la discusión rusa se ha desplazado de los problemas predominantemente rusos a los internacionales. La omisión de este hecho explica que en la carta no se aluda a esos problemas internacionales, lo que constituye un tercer grave error.

4. Vuestra carta es demasiado optimista cuando habla de la bolchevización que se venía cumpliendo después del V congreso, y pareciera que ustedes atribuyen sólo a la discusión rusa la detención del proceso de consolidación de los partidos comunistas. También en este caso el juicio que ustedes formulan es unilateral y les hace cometer un error de apreciación. Por un lado, hay que reconocer que la firmeza bolchevique de algunos grupos dirigentes puestos al frente de nuestros partidos por el V congreso era sólo aparente (Francia, Alemania, Polonia); por esa razón las crisis que siguieron fueron inevitables. Por otro lado, hay que advertir que estas crisis están mucho más ligadas a los cambios de la situación objetiva y a sus repercusiones sobre la vanguardia de la clase obrera que a las cuestiones rusas. La crisis rusa depende asimismo de estos cambios, del mismo modo que todas las crisis y controversias precedentes, y en particular aquella a la

que puso fin el X congreso y que tiene una profunda analogía con la crisis actual.

5. En cambio la carta es demasiado pesimista no sólo en lo que se refiere a las repercusiones de la cuestión rusa, sino de una manera más general en cuanto a las capacidades de la vanguardia proletaria para comprender cuál es la línea del partido comunista ruso y para hacérsela comprender a las masas obreras. En este sentido ustedes sobrevaloran los efectos negativos de la discusión rusa en el seno del proletariado occidental, y ese pesimismo deja entender que para ustedes no es enteramente justa la línea del partido. Si esta línea es justa y adecuada a las condiciones objetivas, debemos estar en condiciones de hacerles comprender a las masas todo su valor y debemos también estar en condiciones de mantener la cohesión de las masas alrededor de Rusia y del partido bolchevique, a pesar de las controversias. Fue a través de discusiones y escisiones que el partido bolchevique llegó a conquistar la dirección del proletariado ruso. Tengo la impresión de que hoy el punto de vista de ustedes sobre la función histórica del partido y de la revolución rusa es superficial. Es menos la unidad del grupo dirigente (que en definitiva nunca fue total) que el hecho de que el partido ruso condujera a la clase obrera a la cónquista y la conservación del poder, lo que ha convertido a ese partido en el organizador y el promotor del movimiento revolucionario mundial de la posguerra. ¿La línea actual del partido lo condena, sí o no, a faltar a esa misión histórica? En estos términos debe plantearse la cuestión de la posición del partido ruso en el movimiento obrero internacional si no se quiere caer de lleno en los argumentos de la oposición.

Éstas no son más que algunas observaciones formuladas a toda prisa. Pero creo que son fundamentales. Quisiera conocer lo que piensas al respecto.

Fraternalmente,

PALMIRO TOGLIATTI

4. *Manuilski a Gramsci*

21 de octubre de 1926

Querido amigo:

Me permito escribirle esta carta porque el compañero Ercoli, después de haber recibido su carta al comité directivo del PCR me puso al corriente de la cuestión y me pidió mi consejo. Advertí que su carta fue escrita antes de saber que nuestra oposición había capitulado. Usted ha seguido la polémica de nuestra prensa así como las noticias alarmantes publicadas en la prensa burguesa y por las diferentes agencias (Stefani), y apreció la situación tal como la veía desde Italia. Si yo hubiera estado en su lugar, lejos de toda fuente de informaciones, la habría apreciado de la misma manera. Y usted, en Italia, está en una situación excepcio-

nal. Ningún periódico comunista de otros países llega legalmente a su país.

Cuando la aprecio a partir de la prensa burguesa, advierto claramente que la situación del PCR está pintada sombríamente. Creemos aquí que cometimos un error al dejar a ustedes sin una información regular a propósito de la cuestión rusa. Hemos decidido ahora reparar ese error y dentro de pocos días se acercará a ustedes un compañero encargado de darles un cuadro exacto de la situación. Y en el futuro me sentiré muy complacido si ustedes me escriben pidiéndome las noticias que les interesan. Ahora quisiera decirle algunas palabras sobre la situación en Rusia. Le ruego que me crea que no se trata de un optimismo oficial, sino de la situación tal cual es.

1. Nunca fue más fuerte que ahora el poder de los soviets y la dictadura del proletariado. Están arraigados en el espíritu de la población trabajadora tan profundamente que ninguna oposición podrá quebrantarlos. Estamos tan "estabilizados" como el régimen capitalista de Europa occidental e incluso más firmemente.

2. Nunca la oposición sufrió una derrota más lamentable que la del mes pasado. Si ha capitulado, no fue porque se ejerciera contra ella medidas disciplinarias, sino porque enfrentaba en nuestro partido tal resistencia en la base que comprendió que por varios años le resultaría imposible conmover al partido.

3. Todo el mundo aquí, e incluso la oposición, advierte en qué vía se ha orientado y la "impasse" en que se encontraba. Ahora es evidente que salir del comité anglorruso fue una táctica estúpida. Asimismo en cuanto a los problemas internos rusos: Los peligros señalados por la oposición han sido advertidos claramente por nuestro partido, hasta en su base, tomando las medidas correspondientes. Basta ver la política impositiva para comprender que el kulak está tan amordazado como un perro. Por lo demás en el ejecutivo ampliado tendremos la ocasión de ofrecerle todas las pruebas.

Por eso, querido amigo, le ruego que comunique a todos los compañeros del buró político que no existe ningún peligro de escisión en el PCR. Comprendo vuestras inquietudes pero las cosas aquí marchan bien. Ustedes tendrán la oportunidad de convencerse cuando vengan al ejecutivo ampliado.

Les envío a todos mis saludos más cordiales y sinceros.

D. MANUILSKI

5. *Gramsci a Togliatti*

26 de octubre de 1926

Queridísimo Ercoli,

Recibí tu carta del 18. Respondo a ella a título personal, aunque estoy convencido de expresar también la opinión de los demás compañeros.

Tu carta me parece demasiado abstracta y demasiado esquemática en el modo de razonar. Hemos partido del punto de vista —que me parece correcto— de que en nuestros países *no* existen solamente los partidos, entendidos como organización técnica, sino también las grandes masas trabajadoras, políticamente estratificadas de manera contradictoria, pero globalmente tendientes a la unidad. Uno de los elementos más vigorosos de este proceso unitario es la existencia de la URSS, ligada a la actividad real del PC de la URSS y a la convicción general de que la URSS está orientada en la vía del socialismo. En la medida en que nuestros partidos representan el conjunto de fuerzas dinámicas de la URSS, ejercen una determinada influencia sobre todos los estratos políticos de la gran masa, representan su tendencia unitaria, se mueven en un terreno histórico fundamentalmente favorable a pesar de las contradicciones superestructurales.

Pero no hay que creer que este elemento que hace del PC de la URSS el organizador de masas más potente que haya aparecido jamás en la historia, existirá en adelante de manera estable y determinante: muy al contrario. Es siempre inestable. No hay que olvidar que la revolución rusa tiene ya nueve años de existencia y que su actividad actual es un conjunto de acciones parciales y de actos de gobierno que sólo una conciencia teórica y política muy desarrollada puede captar como conjunto y en su movimiento general hacia el socialismo. No sólo para las grandes masas trabajadoras, sino además para una parte considerable de los afiliados a los partidos occidentales, que se diferencian de las masas sólo por este paso, radical pero inicial, hacia una conciencia desarrollada, que es el ingreso en el partido, el movimiento global de la revolución rusa está representado concretamente por el hecho de que el partido ruso se mueve unitariamente, que juntos actúan y se mueven los hombres representativos que nuestras masas conocen y se han habituado a conocer. La cuestión de la unidad, no sólo del partido ruso sino también del núcleo leninista, es por lo tanto una cuestión de la máxima importancia en el campo internacional; es, *desde el punto de vista de la masa,* la cuestión más importante en este período histórico de intensificado proceso contradictorio hacia la unidad. Es posible y probable que no se pueda conservar la unidad, por lo menos en la forma que ésta revistió en el pasado. También es cierto, sin embargo, que el mundo no se desplomará y que es preciso hacer todo lo posible para preparar a los compañeros y las masas a la nueva situación. Eso no quita que nuestro deber absoluto sea apelar a la conciencia política de los compañeros rusos y advertirles enérgicamente sobre los peligros y las debilidades a que los exponen sus actitudes. Haríamos un pobre papel de revolucionarios irresponsables si permaneciésemos pasivos ante los hechos consumados, justificando a priori su carácter inevitable.

Que cumplir con nuestro deber nos lleve indirectamente a ser-

vir *también* a los intereses de la oposición es algo que nos debe preocupar sólo hasta cierto punto; en efecto, nuestro fin es contribuir a la elaboración y al apoyo de un plan unitario, dentro del cual las diferentes tendencias y las diversas personalidades puedan acercarse entre sí y fundirse, incluso ideológicamente. Pero no creo que en nuestra carta —la que, evidentemente, debe ser leída globalmente y no a través de fragmentos fuera de contexto— haya algún riesgo de debilitar la posición de la mayoría del comité central. En todo caso, y precisamente en vista de eso y de la posibilidad de un riesgo de ese tipo, en una nota adjunta te había autorizado a efectuar modificaciones de forma: podías muy bien haber permutado las dos partes, insertando en el comienzo nuestra afirmación sobre la "responsabilidad" de la oposición. Tu manera de razonar, pues, me ha dado una impresión penosísima.

Y quisiera decirte que en nosotros no hay el menor alarmismo, sino sólo una reflexión serena y equilibrada. Estamos seguros de que en ningún caso el mundo se vendrá abajo: pero sería absurdo actuar solamente cuando el mundo se estuviera por venir abajo, me parece. Por eso ninguna frase hecha modificará nuestra convicción de estar en la línea correcta, en la línea leninista en cuanto a nuestra manera de abordar las cuestiones rusas. La línea leninista consiste en luchar por la unidad del partido, y no sólo por una apariencia de unidad, sino por aquella un poco más profunda que consiste en impedir que se constituyan en el partido dos líneas políticas completamente divergentes en todas las cuestiones. La unidad del partido es una condición esencial, no sólo en nuestros países, por lo que se refiere a la dirección ideológica y política de la Internacional, sino también en Rusia, en cuanto a la hegemonía del proletariado, es decir, al contenido social del estado.

Tú confundes los aspectos internacionales de la cuestión rusa, que son un reflejo del hecho histórico de la vinculación de las masas trabajadoras con el primer estado socialista, y los problemas de organización internacional en el terreno sindical y político. Los dos órdenes de hechos están estrechamente relacionados, pero son, sin embargo, distintos. Las dificultades que surgen y que se han ido constituyendo en el campo más estrictamente organizativo, dependen de las fluctuaciones que se verifican en el terreno más vasto de la ideología general de masa, es decir, de la disminución de la influencia y del prestigio del partido ruso en algunas zonas populares. Por una cuestión de método no quisimos referirnos más que a los aspectos más generales: tratamos de no caer en las chapucerías escolásticas que lamentablemente afloran en algunos documentos de otros partidos y quita seriedad a sus intervenciones.

Así, pues, no es cierto, como tú dices, que seamos demasiado optimistas sobre la bolchevización real de los partidos occidentales. Al contrario. El proceso de bolchevización es tan lento y

difícil que el menor obstáculo lo frena o retarda. La discusión rusa y la ideología de las oposiciones desempeña en esa detención y ese retardo un papel tanto más importante cuanto que las oposiciones representan en Rusia todos los viejos prejuicios del corporativismo de clase y del sindicalismo que pesan sobre la tradición del proletariado occidental y frenan su desarrollo ideológico y político. Todas nuestras observaciones estaban dirigidas contra las oposiciones. Es cierto que las crisis de los partidos e incluso la del partido ruso están ligadas a la situación objetiva, ¿pero qué significa eso? ¿Que por ese motivo debemos dejar de luchar, debemos cesar de esforzarnos por modificar en un sentido favorable los elementos subjetivos? El bolchevismo consiste también en no perder la cabeza, en mostrar firmeza ideológica y política incluso en las situaciones difíciles. Tu observación, pues, es floja y carece de valor, así como la del punto 5, ya que nosotros hablábamos de las grandes masas y no de la vanguardia proletaria. Por lo demás, incluso para esta última el problema susbsiste, pues no está suspendida del aire, sino unida a la masa: y el problema es aún mayor ya que el reformismo, con sus tendencias al corporativismo de clase —es decir a la no comprensión del papel dirigente de la vanguardia, papel que debe ser defendido a costa de sacrificios—, está mucho más arraigado en Occidente que cuanto lo estuvo en Rusia. Además te olvidas fácilmente las condiciones técnicas en que se desenvuelve el trabajo en muchos partidos, que no permiten la difusión de las cuestiones teóricas de más alto nivel fuera de pequeños círculos obreros. Todo tu razonamiento está viciado de "burocratismo": hoy, nueve años después de octubre de 1917, no es ya *el hecho de la toma del poder* por los bolcheviques lo que puede revolucionar a las masas en Occidente, porque se trata de una situación que se da por descontada y que ha producido sus efectos; hoy lo que tiene un impacto ideológico y político es la convicción (si existe) de que el proletariado, después de tomar el poder, *puede construir el socialismo*. La autoridad del partido depende de esta convicción, que no se puede inculcar a las grandes masas con métodos de una pedagogía escolástica sino sólo con los de una pedagogía revolucionaria, o sea, sólo a partir del *hecho político* de que el conjunto del partido ruso está convencido y lucha unitariamente.

Lamento sinceramente que nuestra carta no haya sido comprendida, por ti en primer lugar y que, en todo caso, partiendo de las indicaciones de mi nota personal, no hayas tratado de comprender mejor: *toda* nuestra carta era una requisitoria contra las oposiciones, pero su redacción no estaba hecha en términos demagógicos y precisamente por eso era más eficaz y más seria. Te ruego que adjuntes a las actas, además del texto italiano de la carta y de mi nota personal, también la presente.

Saludos cordiales.

ANTONIO

## ALGUNOS TEMAS SOBRE LA CUESTIÓN MERIDIONAL

*Este ensayo fue publicado por primera vez en París en la revista* Lo Stato Operaio *(año IV, nº 1, enero de 1930, pp. 9-26), con la siguiente nota de presentación: "En 1926, durante los meses que precedieron inmediatamente a su arresto, el camarada Gramsci preparaba la publicación de una revista ideológica para nuestro partido. En los primeros números de esta revista debía abordar la cuestión meridional a través de una serie de artículos que ya había redactado y leído a algunos camaradas del comité central. Publicamos aquí uno de esos artículos, en el estado en que nos ha llegado después de mil vicisitudes. El texto no está completo, y su autor sin duda lo habría retocado en diversos pasajes." Los demás artículos a los que se hace mención no pudieron ser hallados.*

*Al reimprimirlo en* La Rinascita *(año II, nº 2, febrero de 1945), Togliatti pone puntos suspensivos al final del escrito y advierte:* (aquí se interrumpe el manuscrito). *Aunque no deba excluirse que Gramsci hubiera retocado el manuscrito para su publicación, una simple lectura del material muestra que, aun desde el punto de vista formal, estaba concluido y listo para su impresión. Por lo que la insistencia en su virtual estado de borrador abre el interrogante sobre qué cosas hubieran deseado ver modificadas quienes lo publicaron en 1930 y 1945.*

Estas notas se originan en la publicación de un artículo sobre el problema meridional, firmado por Ulenspiegel,* y aparecido en *Quarto stato* ** del 18 de septiembre, al que la redacción de la revista presentó con una introducción más bien graciosa. Ulenspiegel informa, en su artículo, de la aparición del libro de Guido Dorso *** (*La Rivoluzione meridionale,* Turín, Piero Gobetti, 1925) y alude a la opinión de Dorso sobre la actitud de nuestro partido a propósito de la cuestión del Mezzogiorno; en su introducción, la redacción de *Quarto stato,* que declara estar compuesta de "jóvenes que conocen *perfectamente en sus líneas generales* [*sic*] el problema meridional", protesta colectivamente por la posibilidad de que se le reconozcan "méritos" al Partido Comunista. Hasta aquí, no hay nada que objetar; en todo tiempo y lugar, jóvenes del tipo *Quarto stato* han inferido al papel muchas otras opiniones y protestas sin que el papel se rebelase. Pero a continua-

* Seudónimo de Tommaso Fiore, colaborador de *La Rivoluzione Liberale.* [E.]

** *Quarto stato,* revista de inspiración liberal-socialista, fundada y dirigida por C. Rosselli y publicada en Milán entre marzo y octubre de 1926. [E.]

*** Guido Dorso, en el marco del movimiento meridionalista, representa, junto a Gobetti, la tentativa más audaz de la corriente liberal para encontrar una solución a la crisis del estado italiano después de la guerra. [E.]

ción los "jóvenes" agregan textualmente: "No hemos olvidado que la fórmula mágica de los comunistas turineses era: división del latifundio entre los proletarios rurales. Esa fórmula está en las *antípodas de toda visión sana y realista* del problema meridional".Y aquí hay que poner las cosas en su sitio, pues lo único "mágico" es el descaro y el superficial diletantismo de los "jóvenes" escritores de *Quarto stato*.

La "fórmula mágica" es un invento puro y simple. Muy poca consideración deben tener los "jóvenes" de *Quarto stato* por sus cultivados lectores si se atreven a distorsionar la verdad con esa enfática pedantería. Aquí está un pasaje de *L'Ordine Nuovo* (nº 3, enero de 1920) en el que se resume el punto de vista de los comunistas turineses:

"La burguesía septentrional ha sojuzgado a la Italia meridional y las islas, reduciéndolas a colonias explotadas; el proletariado septentrional, al emanciparse de la esclavitud capitalista, emancipará a las masas campesinas meridionales, sometidas a la banca y al industrialismo parasitario del Norte. No hay que buscar la regeneración económica y política de los campesinos en una división de las tierras incultas o mal cultivadas, sino en la solidaridad del proletariado industrial, para el cual es necesario, a su vez, la solidaridad de los campesinos, pues su 'interés' consiste en que el capitalismo no renazca económicamente de la propiedad territorial y en que la Italia meridional y las islas no se conviertan en una base militar de la contrarrevolución capitalista. Al imponer el control obrero sobre la industria, el proletariado orientará a ésta hacia la producción de máquinas agrícolas para los campesinos, de telas y calzados para los campesinos, de energía eléctrica para los campesinos, impedirá que la industria y la banca sigan explotando a los campesinos, sometiéndolos como esclavos a sus cajafuertes. Al derrocar la autocracia en la fábrica y el aparato opresivo del estado capitalista, instaurado el estado obrero que someta a los capitalistas a la ley del trabajo útil, los obreros destrozarán todas las cadenas que tienen atado al campesino a su miseria, a su desesperación; instaurando la dictadura obrera y controlando las industrias y los bancos, el proletariado pondrá la enorme potencia de la organización estatal al servicio de los campesinos en su lucha contra los propietarios, contra la naturaleza, contra la miseria; otorgará créditos a los campesinos, establecerá cooperativas, garantizará la seguridad de las personas y de los bienes contra el pillaje; realizará obras públicas de saneamiento e irrigación. Y hará todo esto porque es de su interés incrementar la producción agrícola, porque es de su interés tener y conservar la solidaridad de las masas campesinas, porque es de su interés orientar la producción industrial al trabajo útil y fraterno entre la ciudad y el campo, entre el Norte y el Mezzogiorno".

Esto fue escrito en enero de 1920. Han pasado siete años y, políticamente, también hemos envejecido siete años; hoy podría-

mos expresar mejor algún concepto, podríamos —y deberíamos— distinguir mejor el período inmediatamente posterior a la conquista del estado, caracterizado por el simple control obrero de la industria, y los períodos siguientes. Pero lo que importa consignar aquí es que el concepto fundamental de los comunistas turineses no ha sido la "fórmula mágica" de la división del latifundio, sino el de la alianza política entre obreros del norte y campesinos del sur para derrocar el poder estatal de la burguesía; más aún, los comunistas turineses (sin dejar de sostener que la división de las tierras estaba subordinada a la acción solidaria de las dos clases) ponían en guardia precisamente contra las ilusiones que podía suscitar la distribución mecánica de los latifundios, como una solución "milagrosa". En el mismo artículo del 3 de enero de 1920 se lee:

"¿Qué gana un campesino pobre con invadir una tierra inculta o mal cultivada? Sin máquinas, sin una vivienda en el lugar de trabajo, sin crédito para esperar la época de la cosecha, sin instituciones cooperativas que adquieran esa cosecha (en el caso de que llegue a la cosecha sin antes haberse ahorcado en el arbusto más fuerte del bosque o en la higuera silvestre menos raquítica de la tierra inculta), salvándolo de las garras de los usureros. ¿Qué puede ganar un campesino pobre con la invasión?"

Nosotros apoyábamos la fórmula más realista y en absoluto "mágica": la tierra a los campesinos; pero queríamos que estuviese encuadrada en una acción revolucionaria general de las dos clases aliadas, bajo la dirección del proletariado industrial. Los escritores de *Quarto stato* inventaron pura y simplemente la "fórmula mágica" atribuida a los comunistas turineses, demostrando así su poca seriedad de publicistas y su escaso escrúpulo de intelectuales de botica; también éstos son elementos políticos que pesan y traen consecuencias.

En el campo proletario, los comunistas turineses han tenido un "mérito" indiscutible: impusieron la cuestión meridional a la atención de la vanguardia obrera, presentándola como uno de los problemas esenciales de la política nacional del proletariado revolucionario. En este sentido han contribuido prácticamente a sacar a la cuestión meridional de su caracterización global, intelectualista, supuestamente "concreta",* para hacerla entrar en una nueva caracterización. El protagonista de la cuestión meridional era ahora el obrero revolucionario de Turín y de Milán, y no ya los Giustino Fortunato, los Gaetano Salvemini, los Eugenio Azimonti,

* *Concretista* en el original. Con este término, Gramsci designa el procedimiento que consiste en abordar el problema del Mezzogiorno fraccionándolo en una multitud de cuestiones particulares y parciales, es decir, perdiendo de vista el contenido político global del problema. Su expresión más completa y, en un sentido, más válida, fue la experiencia de *L'Unità*, orientada por Gaetano Salvemini. [E.]

los Arturo Labriola,* para no citar sino los nombres de los santones que aprecian los "jóvenes" de *Quarto stato*.

Los comunistas turineses se plantearon concretamente la cuestión de la "hegemonía del proletariado", o sea de la base social de la dictadura proletaria y del estado obrero. El proletariado puede convertirse en clase dirigente y dominante en la medida en que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar contra el capitalismo y el estado burgués a la mayoría de la población trabajadora, lo cual quiere decir en Italia, dadas las reales relaciones de clase existentes en Italia, en la medida en que consigue obtener el consenso de las amplias masas campesinas. Pero la cuestión campesina está en Italia históricamente determinada, no es la "cuestión campesina y agraria en general"; en Italia la cuestión campesina tiene, por la determinada tradición italiana, por el determinado desarrollo de la historia italiana, dos formas típicas y peculiares: la cuestión meridional y la cuestión vaticana. Conquistar la mayoría de las masas campesinas significa, por tanto, para el proletariado italiano dominar esas dos cuestiones desde el punto de vista social, comprender las exigencias de clase que representan, incorporar esas exigencias a su programa revolucionario de transición, plantear esas exigencias entre sus reivindicaciones de lucha.

El primer problema que debían resolver los comunistas turineses era la modificación de la orientación política y la ideología general del mismo proletariado, como elemento nacional que vive en el conjunto de la vida estatal y sufre inconscientemente la influencia de la escuela, de la prensa y de la tradición burguesas. Es conocida la ideología que en múltiples ramificaciones difunden los propagandistas de la burguesía entre las masas del norte: el Mezzogiorno es el lastre que impide que progrese más rápidamente el desarrollo civil de Italia; los meridionales son seres biológicamente inferiores, semibárbaros o bárbaros completos, por destino natural; si el Mezzogiorno está atrasado, la culpa no es del sistema capitalista o de cualquier otra causa histórica, sino de la naturaleza que ha hecho a los meridionales holgazanes, inservibles, criminales, bárbaros, compensándose este cruel destino con la explosión puramente individual de grandes genios, solitarias palmeras en un árido y estéril desierto. El Partido Socialista fue en gran parte el difusor de esta ideología burguesa en el proletariado septentrional; el Partido Socialista convalidó toda la literatura "meridionalista" de la camarilla de escritores de la llamada escuela positivista, como los Ferri, los Sergi, los Niceforo, los Ora-

* Giustino Fortunato, liberal-conservador, fue uno de los representantes más importantes del movimiento "meridionalista". Eugenio Azimonti, técnico agrícola, fue uno de los colaboradores de *La Rivoluzione Liberale* de Piero Gobetti y de *L'Unita* de Gaetano Salvemini. Arturo Labriola, dirigente socialista napolitano, fue en Italia uno de los representantes más importantes del sindicalismo revolucionario. [E.]

no* y discípulos menores que en artículos, ensayos, cuentos, novelas, libros de impresiones y recuerdos repitieron en diversas formas el mismo estribillo; una vez más la "ciencia" servía para humillar a los miserables y los explotados, pero esta vez se revestía de los colores socialistas, pretendía ser la ciencia del proletariado.

Los comunistas turineses reaccionaron enérgicamente contra esta ideología, particularmente en Turín, donde los relatos y las descripciones de los veteranos de guerra contra el "bandolerismo" en el Mezzogiorno y en las islas habían influenciado en mayor medida la tradición y el espíritu popular. Reaccionaron enérgicamente, en forma práctica, logrando obtener resultados concretos de inmenso alcance histórico, logrando el surgimiento, sobre todo en Turín, de embriones de lo que será la solución del problema meridional.

Por otra parte, ya antes de la guerra se había verificado en Turín un episodio que contenía en potencia toda la acción y la propaganda que después de la guerra desarrollarían los comunistas. Cuando en 1914, a raíz de la muerte de Pilade Gay, quedó vacante el IV colegio electoral de la ciudad y se planteó la cuestión del nuevo candidato, un grupo de la sección socialista integrado por los futuros redactores de *L'Ordine Nuovo* sometió el proyecto de presentar como candidato a Gaetano Salvemini. Salvemini era entonces el exponente más radicalmente avanzado de las masas campesinas del Mezzogiorno. Estaba fuera del Partido Socialista y más bien llevaba a cabo contra él una campaña virulenta muy peligrosa, ya que sus afirmaciones y acusaciones se convertían, entre las masas trabajadoras meridionales, en causa de odio no sólo contra los Turati, los Treves, los D'Aragona sino además contra el conjunto del proletariado industrial. (Muchas de las balas que la guardia real descargó en los años 1919, 1920, 1921, 1922 contra los obreros estaban hechas con el mismo plomo que sirvió para imprimir los artículos de Salvemini.)** A pesar de esto, con el nombre de Salvemini el grupo turinés quería hacer una afirmación en el sentido que le comunicó al propio Salvemini el compañero Ottavio Pastore, quien se trasladó a Florencia para obtener su aceptación a la candidatura: "Los obreros de Turín quieren elegir a un diputado para los campesinos de Puglia. Los obreros de Turín saben que en las elecciones generales de 1913, los campesinos de Molfetta y de Bitonto eran, en su inmensa mayoría,

* Sergi, Niceforo, Orano, Lombroso y Ferri fueron los representantes de la corriente "antropológica" en la cuestión meridional. Sus teorías, de inspiración positivista, encontraron un amplio eco dentro del mismo Partido Socialista. [E.]

** Salvemini, en su introducción a los *Scritti sulla questione meridionale* (Turín, 1954) discute esta afirmación. Pero es evidente que Gramsci se refiere a las relaciones objetivas entre el pretexto ideológico de la crítica que hace Salvemini del "parasitismo rojo" o, de manera más general, del corporativismo socialista, y las represiones contra los obreros. [E.]

favorables a Salvemini; la presión administrativa del gobierno Giolitti y la violencia de los matones y de la policía impidieron expresarse a los campesinos de Puglia. Los obreros de Turín no le piden a Salvemini compromiso alguno, ni de partido ni de programa, ni de disciplina al grupo parlamentario; una vez electo, Salvemini se deberá a los campesinos de Puglia, no a los obreros de Turín, quienes harán la propaganda electoral de acuerdo a sus propios principios y no estarán en ningún modo comprometidos por la actividad política de Salvemini."

Salvemini no quiso aceptar la candidatura, aunque la propuesta lo impresionó e incluso lo conmovió (en aquella época todavía no se hablaba de la "perfidia" comunista, y en las costumbres había honestidad y buen humor); propuso como candidato a Mussolini * y se comprometió a ir a Turín a sostener al Partido Socialista en la lucha electoral. Participó, en efecto, de dos grandiosos mítines en la cámara del trabajo y en la plaza Estatuto, en medio de la masa que veía y aplaudía en él al representante de los campesinos meridionales oprimidos y explotados en forma más odiosa y bestial que el proletariado septentrional.

La orientación potencialmente contenida en este episodio que no tuvo mayores prolongaciones por voluntad de Salvemini, fue retomada y aplicada por los comunistas en el período de la posguerra. Queremos recordar los hechos más salientes y sintomáticos.

En 1919 se formó la asociación "Joven Cerdeña",** comienzo y premisa del futuro partido sardo de acción. La "Joven Cerdeña" se proponía unir a todos los sardos de la isla y del continente en un bloque regional capaz de ejercer una presión eficaz sobre el gobierno para obtener que se mantuvieran las promesas hechas a los soldados durante la guerra; el organizador de "Joven Cerdeña" en el continente era un tal profesor Pietro Nurra, *socialista,* que muy probablemente hoy forme parte del grupo de "jóvenes" que todas las semanas descubre, en *Quarto stato,* algún nuevo horizonte para explorar. Con el entusiasmo que crea toda posibilidad nueva de conseguir medallas, cruces y galones, el movimiento obtuvo la adhesión de abogados, profesores, funcionarios. La asamblea constituyente, convocada en Turín por los sardos que habitaban el Piamonte, fue imponente por la cantidad de participantes. En su mayoría eran gente pobre, gente de pueblo sin calificación particular, peones, jubilados, ex carabineros, ex guardacárceles, ex funcionarios de aduana que ejercían una multitud de pequeños negocios; a todos los exaltaba la idea de reencontrarse entre coterráneos, de escuchar hablar sobre su

* Mussolini era en esa época director de *Avanti!*, órgano oficial del partido socialista y coincidía con Salvemini en su crítica a los socialistas reformistas. [E.]

** Movimiento autonomista, formado por antiguos combatientes, fundado en 1919 por Emilio Lussu. [E.]

tierra, a la que continuaban ligados por innumerables lazos de parentesco, de amistad, de recuerdos, de sufrimientos, de esperanzas: la esperanza de volver a su tierra, pero a una tierra más próspera y rica, que brindase las condiciones necesarias para vivir, aunque fuera modestamente.

Los comunistas sardos asistentes a la reunión, que fueron exactamente ocho, presentaron a la presidencia una moción en la que solicitaban la posibilidad de hacer un contrainforme. Después del discurso inflamado y retórico del relator oficial, aderezado con todas las cursilerías de la oratoria regionalista, después que los participantes hubieron llorado los recuerdos de los dolores pasados y de la sangre derramada en la guerra por los regimientos sardos, exaltándose hasta el delirio con la idea del bloque compacto formado por todos los hijos generosos de Cerdeña, era muy difícil "meterles" un contrainforme; las previsiones más optimistas anticipaban, si no un linchamiento, por lo menos un paseíto hasta la comisaría de policía, después de haber sido salvados de la "noble indignación de la muchedumbre". El contrainforme, aunque suscitó una gran sorpresa, fue escuchado sin embargo con atención, y una vez roto el encanto se llegó rápida pero metódicamente a la conclusión revolucionaria: ¿están ustedes, pobres diablos sardos, por un bloque con los señores de Cerdeña que los han arruinado y son los guardianes locales de la explotación capitalista, o están por un bloque con los obreros revolucionarios del continente, que aspiran a suprimir todas las formas de explotación y a emancipar a todos los oprimidos? Se hizo penetrar esta alternativa en la cabeza de los asistentes. El voto por división fue un éxito formidable: por un lado un grupito de señores elegantes, de funcionarios con sombreros de copa, de profesionales lívidos de rabia y de miedo, apoyados por unos cuarenta policías, y por otro la multitud de pobres diablos y de mujercitas endomingadas rodeando a la minúscula célula comunista. Una hora después, se constituía en la Cámara del Trabajo el Círculo Educativo Socialista Sardo, con 256 inscritos; en cuanto a "Joven Cerdeña" su constitución fue postergada *sine die* y nunca tuvo lugar.

Fue ésa la base política en que se basó la acción realizada entre los soldados de la brigada Sassari,* brigada de composición casi totalmente regional. La brigada Sassari había participado en la represión del movimiento insurreccional de Turín, en agosto de 1917; se tenía la seguridad de que nunca fraternizaría con los obreros, en razón de los recuerdos de odio que toda represión deja en la masa y que se dirigen también contra los instrumentos materiales de la represión, y también en los regimientos, que recuerdan a los soldados caídos bajo los golpes de los insurgentes.

* La brigada Sassari, llamada a Turín en ocasión de la ocupación de fábricas (1920) había servido, en 1917, para reprimir las rebeliones del proletariado turinés "por el pan y contra la guerra". [E.]

La brigada fue acogida por una multitud de señores y señoras que ofrecían a los soldados flores, cigarros, frutas. El estado de ánimo de los soldados está caracterizado por este relato de un obrero curtidor de Sassari, que se ocupó de los primeros sondeos de propaganda: "Me acerqué a un campamento de la plaza X (durante los primeros días los soldados sardos acamparon en las plazas, como en una ciudad conquistada) y hablé con un joven campesino que me recibió cordialmente porque era de Sassari, como yo. '¿Qué vinieron a hacer a Turín?' 'Vinimos a tirar contra los señores que hacen huelga'. 'Pero los que hacen huelga no son los señores, sino los obreros y los pobres'. 'Aquí todos son señores: tienen cuello y corbata; ganan 30 liras por día. Yo conozco a los pobres y sé cómo están vestidos, en Sassari sí que hay muchos pobres; todos nosotros, que trabajamos con la azada, somos pobres y ganamos 1.50 por día'. 'Pero yo también soy obrero y soy pobre'. 'Tú eres pobre porque eres sardo'. 'Pero si hago huelga con los demás, ¿tirarás contra mí?' El soldado reflexionó un momento y luego, poniéndome una mano en la espalda, me dijo: 'Escucha, cuando hagas huelga con los demás, ¡quédate en tu casa!' "

Ése era el espíritu de la gran mayoría de la brigada, en la que sólo había unos pocos obreros mineros de la cuenca de Iglesias. No obstante, pocos meses después, en vísperas de la huelga general del 20-21 de julio, la brigada fue alejada de Turín, los soldados antiguos fueron licenciados y la formación dividida en tres: se envió un tercio a Aosta, un tercio a Trieste y un tercio a Roma. Se hizo partir a la brigada de noche, repentinamente; no había ninguna multitud elegante para despedirlos en la estación; y si bien entonaban cantos de guerra, éstos ya no tenían el mismo contenido de los que cantaban a su llegada.

¿Estos acontecimientos no dejaron secuelas? Sí, han dado resultados que aún hoy persisten y continúan actuando profundamente en las masas populares. Han iluminado fugazmente a mentes que nunca antes habían reflexionado en esa dirección y que han quedado impresionadas, radicalmente modificadas. Se han dispersado nuestros archivos; nosotros mismos destruimos muchos documentos para evitar arrestos y persecuciones. Pero recordamos que a la redacción turinesa de *Avanti!* llegaban decenas y centenares de cartas de Cerdeña; cartas frecuentemente colectivas, firmadas por ejemplo por todos los ex combatientes de la Sassari de una determinada región. Por vías incontroladas e incontrolables, se difundía nuestra posición política; ésta, a su vez, influyó fuertemente en la base del recientemente constituido Partido Sardo de Acción, y a este respecto pueden recordarse episodios ricos en contenido y significado.

La última repercusión notoria de esta acción tuvo lugar en 1922 cuando, con los mismos propósitos con que nos dirigimos a la brigada Sassari, se invitó a Turín a 300 carabineros de la legión

de Cagliari. En la redacción de *L'Ordine Nuovo* recibimos una declaración de principios, firmada por una gran parte de estos carabineros, que se hacía eco de todo nuestro planteamiento del problema meridional, y que constituía la prueba decisiva de que nuestra orientación era la correcta.

El proletariado debía hacer suya esa orientación para dar a la misma una eficiencia política: esto es obvio. Ninguna acción de masa es posible si la propia masa no está convencida de los fines que quiere alcanzar y de los métodos que debe aplicar. Para ser capaz de gobernar como clase, el proletariado tiene que despojarse de todo residuo corporativo, de todo prejuicio o de incrustación sindicalista. ¿Qué significa eso? Que no sólo hay que superar las distinciones que existen entre las diversas profesiones, sino que, para conquistar la confianza y el consenso de los campesinos y de algunas categorías semiproletarias de las ciudades, hay que superar también algunos prejuicios y vencer ciertos egoísmos que pueden subsistir y subsisten en la clase obrera como tal, aunque en su seno hayan desaparecido ya los particularismos profesionales. El metalúrgico, el carpintero, el albañil, etc., tienen que pensar no ya sólo como proletarios, y no como metalúrgico, carpintero, albañil, etc., sino que tienen que dar un paso más: tienen que pensar como obreros miembros de una clase que tiende a dirigir a los campesinos y a los intelectuales, como miembros de una clase que puede vencer y puede constituir el socialismo sólo si está ayudada y seguida por la gran mayoría de esos estratos sociales. Si no se obtiene eso, el proletariado no llega a ser clase dirigente, y esos estratos, que en Italia representan la mayoría de la población, se quedan bajo dirección burguesa y dan al estado la posibilidad de resistir al ímpetu proletario y de debilitarlo.

Y bien: lo que se ha verificado en el terreno de la cuestión meridional, demuestra que el proletariado ha comprendido cuál es su deber. Hay que consignar dos hechos, uno de los cuales tuvo lugar en Turín y el otro en Reggio Emilia, es decir en la ciudadela del reformismo, del corporativismo de clase, del proteccionismo obrero que los "meridionalistas" toman como ejemplo en su propaganda entre los campesinos del sur.

Después de la ocupación de las fábricas, la dirección de la Fiat propuso a los obreros que asumieran la gestión de la empresa en forma de cooperativa. Como es natural, los reformistas estuvieron de acuerdo. Se perfilaba una crisis industrial y el espectro de la desocupación angustiaba a las familias obreras. La transformación de la Fiat en cooperativa podía garantizar cierta seguridad de empleo al personal y especialmente a los obreros políticamente más activos, persuadidos de que iban a ser dejados cesantes.

La sección socialista conducida por los comunistas intervino enérgicamente en esta cuestión. Se dijo a los obreros: una gran empresa cooperativa como la Fiat puede ser asumida por los obre-

ros sólo en el caso de que éstos estén dispuestos a incorporarse al sistema de fuerzas políticas burguesas que hoy gobierna en Italia. La propuesta de la dirección de Fiat está dentro del plan político de Giolitti. ¿En qué consiste este plan? Antes de la guerra, la burguesía ya no podía gobernar tranquilamente. La insurrección de los campesinos sicilianos en 1894 y la insurrección de Milán en 1898 fueron el *experimentum crucis* de la burguesía italiana. Después de la década sangrienta de 1890-1900, la burguesía debió renunciar a una dictadura demasiado excluyente, demasiado violenta, demasiado directa: contra ella se rebelaban, *simultáneamente*, aunque no en forma coordinada, los campesinos meridionales y los obreros del norte. En el nuevo siglo, la clase dominante inauguró una nueva política de alianzas de clases, de bloques políticos de clases, es decir de democracia burguesa. Debía optar entre una democracia rural, o sea una alianza con los campesinos meridionales, una política de libertad aduanera, de sufragio universal, de descentralización administrativa, de bajos precios en los productos industriales; y un bloque industrial capitalista-obrero, sin sufragio universal, con proteccionismo aduanero, con el mantenimiento de la centralización estatal (expresión del dominio burgués sobre los campesinos, especialmente los del Mezzogiorno y las islas), con una política reformista de salarios y de libertades sindicales. Escogió, y no es casual que lo haya hecho, la segunda solución. Giolitti encarnó el dominio burgués y el Partido Socialista se convirtió en el instrumento de la política giolittiana. Si se observa con atención, en la década de 1900-1910 se verifican las crisis más radicales en el movimiento socialista y obrero: las masas reaccionan espontáneamente contra la política de los jefes reformistas. Surgió el sindicalismo,* que es la expresión instintiva, elemental, primitiva, pero sana, de la reacción obrera contra el bloque integrado con la burguesía y a favor de un bloque integrado con los campesinos *y en primer lugar con los campesinos meridionales*. Más bien, en cierto sentido, el sindicalismo es una débil tentativa de los campesinos meridionales, representados por sus intelectuales, de dirigir al proletariado. ¿Cómo está constituido el núcleo dirigente del sindicalismo italiano? ¿Cuál es la esencia ideológica del sindicalismo italiano? El núcleo dirigente del sindicalismo está constituido casi exclusivamente por meridionales: Labriola, Leone, Longobardi, Orano. La esencia ideológica del sindicalismo es un nuevo liberalismo más enérgico, más agresivo, más belicoso que el tradicional. Si se observa bien, hay dos motivos fundamentales alrededor de los cuales sobrevienen las sucesivas crisis del sindicalismo y

* Movimiento revisionista de inspiración soreliana, al que adhirieron en Italia Arturo Labriola, Enrico Leone, Paolo Orano. Este movimiento sindicalista cayó en su mayor parte en el fascismo, después de haber adoptado una posición netamente favorable a la intervención, en vísperas de la primera guerra mundial. [E.]

el paso gradual de los dirigentes sindicales al campo burgués: la emigración y el librecambio, dos motivos estrechamente ligados al meridionalismo. El fenómeno de la emigración hace nacer la concepción de la "nación proletaria" de Enrico Corradini;* la guerra de Libia ** es vista por todo un estrato de intelectuales como el comienzo de la ofensiva de la "gran nación proletaria" contra el mundo capitalista y plutocrático. Todo un grupo de sindicalistas pasa al nacionalismo; más aun, en sus orígenes, el Partido Nacionalista se constituye con intelectuales ex sindicalistas (Monicelli, Forges-Davanzati, Maraviglia). El libro de Labriola, *Storia di 10 anni* (los diez años que transcurren entre 1900 y 1910) es la expresión más típica y característica de este neoliberalismo antigiolittiano y meridionalista.

En estos diez años el capitalismo se fortalece y desarrolla, reorientando una parte de su actividad en la agricultura del Valle del Po. El rasgo más característico de estos diez años son las huelgas de masa de los obreros agrícolas del Valle del Po. Esto conmueve considerablemente a los campesinos septentrionales y se verifica una profunda diferenciación de clase (el número de jornaleros aumenta en un 50%, de acuerdo a los datos del censo de 1911) a la que corresponde una redefinición de las corrientes políticas y de las actitudes mentales. La democracia cristiana *** y el mussolinismo **** son los dos productos más salientes de la época: la Romaña es el crisol regional de estas dos nuevas actividades y al parecer el jornalero se ha convertido en el protagonista social de la lucha política. La democracia social en sus organismos de izquierda (*L'Azione*, de Cesena) e incluso el mussolinismo caen

* Enrico Corradini fue el gran teórico de lo que Gramsci llamó el "socialismo nacional", doctrina que desnaturalizaba el carácter social de la lucha de clases convirtiéndola en una lucha entre naciones. En la concepción de Corradini, Italia era la "nación proletaria" y debía imponer por las armas su derecho a las demás naciones. [E.]

** La campaña de Libia (1911) sirvió a Giolitti para asegurarse el apoyo de la derecha nacionalista y de importantes fuerzas económicas, y para reforzar su sistema político. Terminó con la paz de Lausana (octubre de 1912), celebrada después de la ocupación paralela de Rodas y de otras islas del Dodecaneso. [E.]

*** Gramsci alude aquí al origen del Partido Popular Italiano, fundado en 1919 por el clérigo siciliano Luigi Sturzo, que marcó la entrada del movimiento católico en la escena política. El partido adquirió muy pronto un carácter de masa: apoyó las reivindicaciones campesinas, sobre todo en el centro y el norte, así como los intereses de los grupos conservadores o reaccionarios. [E.]

**** Mussolini, que había sido expulsado del Partido Socialista en vísperas de la primera guerra mundial, constituyó en Milán, el 23 de marzo de 1919, el movimiento fascista, que se transformó en partido en 1921. Originariamente, el movimiento no tenía un carácter político bien definido; mezclaba en su programa declaraciones revolucionarias, antiburguesas, y un ardiente nacionalismo. [E.]

rápidamente bajo el control de los "meridionalistas". *L'Azione* de Cesena es una edición regional de *L'Unità* de Gaetano Salvemini. El *Avanti!* dirigido por Mussolini se ha ido transformando, lenta pero seguramente, en una tribuna de escritores sindicalistas y meridionalistas. Los Fancello, los Lanzillo, los Panunzio, los Ciccotti son sus asiduos colaboradores; el mismo Salvemini no disimula su simpatía por Mussolini, que es asimismo el niño mimado de *La Voce* de Prezzolini.* Todos recordarán que cuando Mussolini abandona *Avanti!* y el Partido Socialista, está rodeado por esta cohorte de sindicalistas y meridionalistas.

La repercusión más notable de este período en el campo revolucionario es la semana roja de junio de 1914: la Romaña y las Marcas son el epicentro de la semana roja. En el campo de la política burguesa la repercusión más notable es el pacto Gentiloni.** Como el Partido Socialista, por efecto de los movimientos agrarios del Valle del Po, había retomado —después de 1910— la táctica intransigente, el bloque industrial, sostenido y representado por Giolitti, pierde eficiencia. Giolitti cambia de hombro el fusil y sustituye la alianza entre burgueses y obreros por la alianza entre burgueses y católicos, los cuales representan a las masas campesinas de la Italia septentrional y central. En virtud de esta alianza, el partido conservador de Sonnino queda completamente destruido, conservando sólo una pequeña célula en la Italia meridional, en torno a Antonio Salandra.*** La guerra y la posguerra han asistido al desarrollo de una serie de procesos moleculares en la clase burguesa que tiene la mayor importancia. Salandra y Nitti **** fueron los dos primeros jefes de gobierno meridionales (para no hablar, naturalmente de los sicilianos, como Crispi, que fue el más enérgico representante de la dictadura burguesa en el siglo XIX); ambos trataron de poner en práctica el programa burgués industrial-agrario meridional, Salandra en el terreno conservador y Nitti en el campo democrático (tanto uno

* Revista de crítica literaria y de cultura política que apareció entre 1908 y 1916. [E.]

** El pacto Gentiloni marcó el punto culminante de las negociaciones que se desarrollaban entre la Unión Electoral Católica Italiana, presidida por el conde V. Gentiloni, y Giolitti. Sobre la base de este acuerdo, los electores católicos quedaban invitados a votar por los candidatos liberales que se habían comprometido a respetar los siete puntos del acuerdo, es decir por el mismo Giolitti. [E.]

*** Sidney Sonnino y Antonio Salandra, dirigentes del partido conservador y ambos presidentes del consejo, respectivamente en 1906 y en 1914. En vísperas de la primera guerra mundial, estuvieron entre los "intervencionistas" más vigorosos. [E.]

**** Hombre político liberal, electo presidente del consejo en 1919: su ministerio trató de hacer frente a la situación de crisis social y al avance del movimiento fascista mediante el libre juego democrático en el seno del parlamento. Pero la incapacidad de su gobierno para controlar la situación entrañó la crisis definitiva del estado liberal italiano. [E.]

como otro jefe de gobierno fueron apoyados decididamente por el *Corriere della Sera.*, o sea por la industria textil lombarda). Ya durante la guerra, Salandra intentó desplazar a favor del Mezzogiorno las fuerzas técnicas de la organización estatal, es decir, sustituir el personal giolittiano del estado por un nuevo personal que encarnase el nuevo curso político de la burguesía. Se recordará que *La Stampa* realizó, especialmente en 1917-1918, una campaña por una estrecha colaboración entre giolittianos y socialistas, para impedir que "los de Puglia" ocuparan el estado: esa campaña estuvo orientada en *La Stampa* por Francesco Ciccotti, o sea que era una expresión del acuerdo existente entre Giolitti y los reformistas. La cuestión no era insignificante, y los giolittianos, en su encarnizada defensa, terminaron por transgredir los límites admitidos a un partido de la gran burguesía, llegando a efectuar esas manifestaciones de antipatriotismo y de derrotismo que están en la memoria de todos. Actualmente Giolitti está nuevamente en el poder, y nuevamente la burguesía le renueva su confianza, por el pánico que la invade ante el impetuoso movimiento de las masas populares. Giolitti quiere domesticar a los obreros de Turín. Dos veces los ha derrotado: en la huelga de abril pasado y en la ocupación de las fábricas con la ayuda de la Confederación General del Trabajo, es decir, del reformismo corporativo. Ahora piensa que puede encuadrarlos dentro del sistema burgués estatal. En realidad, ¿qué ocurrirá si el personal de Fiat acepta la propuesta de la dirección? Las actuales acciones industriales pasarán a ser obligaciones, de modo que la cooperativa deberá pagar a los portadores de obligaciones un dividendo fijo, cualquiera sea la evolución de las operaciones. La empresa Fiat soportará la imposición de toda clase de cargas por parte de los organismos crediticios, que siguen en manos de los burgueses, los cuales están interesados en reducir a los obreros a su poder discrecional. La masa de obreros deberá ligarse necesariamente al estado, que "acudirá en ayuda de los obreros" a través de la obra de los diputados obreros, mediante la subordinación del partido político obrero a la política gubernativa. En eso consistiría la plena aplicación del programa de Giolitti. El proletariado turinés dejará de existir como clase independiente y será sólo un apéndice del estado burgués. Triunfará el corporativismo de clase, pero el proletariado habrá perdido su posición y su función de dirigente y de guía; la masa de los obreros más pobres lo verán como un privilegiado y los campesinos como un explotador en la misma medida que los burgueses, porque la burguesía, como siempre ha hecho, presentará ante las masas campesinas a los núcleos obreros privilegiados como la única causa de sus males y de su miseria.

Los trabajadores de la Fiat aceptaron casi unánimemente nuestro punto de vista y rechazaron las proposiciones de la dirección. Pero este experimento no podía ser suficiente. El proletariado tu-

rinés había demostrado, con toda una serie de acciones, que poseía un altísimo grado de madurez y de capacidad política. Los técnicos y los empleados de fábrica, en 1919, pudieron mejorar sus condiciones sólo porque contaban con el apoyo de los obreros. Para truncar la agitación de los técnicos, los industriales propusieron a los obreros que nombraran ellos mismos, electivamente, nuevos capataces y jefes de taller; los obreros rechazaron la propuesta, aunque tuviesen varios motivos de conflicto con los técnicos, que siempre habían sido un instrumento patronal de represión y de persecución. La prensa desencadenó entonces una furiosa campaña para aislar a los técnicos, haciendo resaltar sus altísimos salarios, que llegaban hasta las 7 000 liras mensuales. Los obreros calificados contribuyeron a la agitación de los peones, que sólo de ese modo lograron imponerse: dentro de las fábricas se barrió con todos los privilegios y las formas de explotación que favorecían a las categorías más calificadas en desmedro de las menos calificadas. A través de estas acciones, la vanguardia proletaria se conquistó una posición social de avanzada, y ésta es la base del desarrollo del Partido Comunista en Turín. ¿Y fuera de Turín? Nuestro propósito es justamente trasladar la consideración de la cuestión fuera de Turín, y especialmente a Reggio Emilia, donde existía la mayor concentración de reformismo y de corporativismo de clase.

Reggio Emilia fue siempre el blanco de los "meridionalistas". Una frase de Camillo Prampolini:* "Italia está dividida en *nordici y sudici"* ** era como la expresión más característica del odio violento que se desarrollaba entre los meridionales hacia los obreros del norte. En Reggio Emilia se presentó una situación similar a la de la Fiat: una gran fábrica debía pasar a manos de los obreros como empresa cooperativa. Los reformistas de Reggio estaban entusiasmados con el acontecimiento y lo celebraban estrepitosamente en su prensa y en sus reuniones. Un comunista turinés *** fue a Reggio, tomó la palabra en una asamblea de la fábrica, exponiendo en sus líneas generales la cuestión entre el norte y el sur, y se produjo el "milagro": los obreros, en su gran mayoría, rechazaron la tesis reformista y corporativa. Se demostró así que los reformistas no representaban el espíritu de los obreros de Reggio; sólo representaban su pasividad y otros aspectos negativos. Habían logrado instaurar un monopolio político, dada la notable concentración en sus filas de organizadores y propagandistas de cierto valor profesional, lo que les permitió impedir el desarrollo y la organización de una corriente revolucionaria; pero bastó la presencia de un revolucionario capaz para ponerlos en su lugar,

* Nacido en Reggio Emilia, figuró entre los fundadores del Partido Socialista Italiano (1892). [E.]

** *Como ya se dijo, se trata de un juego de palabras en el que la expresión* sudici *(sucios) connota también fonéticamente la palabra "sud".* [E.]

*** *Se trata de Umberto Terracini.* [E.]

dejando en claro que los obreros de Reggio son valerosos combatientes y no cerdos cebados con el forraje del gobierno.

En abril de 1921, 5 000 obreros revolucionarios fueron dejados cesantes por la Fiat, se abolieron los consejos de fábrica, se redujeron los salarios. En Reggio Emilia debe haber sucedido algo similar. Es decir los obreros fueron derrotados. ¿Pero fue acaso inútil el sacrificio que habían realizado? Creemos que no; más bien estamos seguros de que no fue inútil. Ciertamente es difícil registrar toda una serie de grandes acontecimientos de masas que prueben la eficacia inmediata y fulminante de esas acciones. Por lo demás, en lo que se refiere a los campesinos ese registro es siempre difícil y casi imposible; y aún más difícil en lo que se refiere a la masa campesina del Mezzogiorno.

El Mezzogiorno puede definirse como una gran disgregación social; los campesinos, que son la gran mayoría de su población, no tienen ninguna cohesión propia. (Está claro que hay que introducir excepciones en Apulia, Cerdeña y Sicilia, que tienen características especiales dentro del gran cuadro de la estructura meridional.) La sociedad meridional es un gran bloque agrario constituido por tres estratos sociales: la gran masa campesina amorfa y disgregada, los intelectuales de la pequeña y media burguesía rural, los grandes terratenientes y los grandes intelectuales. Los campesinos meridionales se encuentran perpetuamente en fermentación, pero, como masa, son incapaces de dar una expresión centralizada a sus aspiraciones y a sus necesidades. El estrato medio de los intelectuales recibe de la base campesina los impulsos de su actividad política e ideológica. Los grandes propietarios, en el terreno político, y los grandes intelectuales, en el terreno ideológico, centralizan y dominan, en última instancia, todo ese conjunto de manifestaciones. Como es natural, la centralización se verifica con mayor eficacia y precisión en el campo ideológico. Por eso Giustino Fortunato y Benedetto Croce representan las llaves del sistema meridional y, en cierto sentido, son las dos figuras máximas de la reación italiana.

Los intelectuales meridionales son un estrato social de los más interesantes y más importantes de la vida nacional italiana. Basta pensar en que más de las tres quintas partes de la burocracia estatal está constituida por meridionales para aceptar esa afirmación. Ahora bien, para comprender la particular psicología de los intelectuales meridionales hay que tener presentes algunos datos de hecho:

1. En todos los países el estrato de los intelectuales ha quedado radicalmente modificado por el desarrollo del capitalismo. El viejo tipo de intelectual era el elemento organizativo de una sociedad de base campesina y artesana predominantemente; para organizar el estado, para organizar el comercio, la clase dominante cultivaba un determinado tipo de intelectual. La industria ha

introducido un tipo nuevo de intelectual: el organizador técnico, el especialista de la ciencia aplicada. En las sociedades en las cuales las fuerzas económicas se han desarrollado en sentido capitalista hasta absorber la mayor parte de la actividad nacional, este segundo tipo de intelectual ha prevalecido, con todas sus características de orden y disciplina intelectual. En cambio, en los países cuya agricultura ejerce una función todavía notable o incluso preponderante, sigue prevaleciendo el viejo tipo, el cual da la mayor parte del personal del estado y ejerce también localmente, en el pueblo y en el burgo rural, la función de intermediario entre el campesino y la administración en general. En la Italia meridional predomina este tipo con todas sus características: democrático en su cara campesina, reaccionario en la cara que dirige al gran propietario y al gobierno, politicastro, corrompido, desleal; no se comprendería la tradicional figura de los partidos políticos meridionales si no se tuvieran en cuenta los caracteres de este estrato social.

2. El intelectual del sur procede principalmente de una capa que es todavía considerable allí: el burgués rural, o sea, el propietario pequeño y medio de tierras que no es campesino, que no trabaja la tierra, que se avergonzaría de ser labrador pero que, de la poca tierra que tiene y que da en arriendo o en simple aparcería, quiere obtener lo suficiente para vivir bien, para mandar los hijos a la universidad o al seminario, para constituir la dote de las hijas que tienen que casarse con un oficial o con un funcionario civil del estado. Los intelectuales reciben de esa capa una áspera aversión al campesino trabajador, considerado como máquina de trabajo que hay que roer hasta el hueso y que se puede sustituir fácilmente dada la superpoblación trabajadora, y reciben también el sentimiento atávico e instintivo de un pánico loco al campesino y a sus violencias destructivas, y, por tanto, una costumbre de refinada hipocresía y una refinadísima habilidad para engañar y domesticar a las masas campesinas.

3. Como el clero pertenece al grupo social de los intelectuales, es necesario anotar la diversidad de características entre el clero meridional y el clero septentrional. El cura septentrional comúnmente es hijo de artesano o de campesino; tiene sentimientos democráticos, está más ligado a la masa de los campesinos; moralmente es más correcto que el cura meridional, el que a menudo convive casi abiertamente con una mujer, y por esto ejerce un oficio espiritual más completo socialmente, es un dirigente de toda la actividad de una familia. En el norte la separación de la iglesia y el estado y la expropiación de los bienes eclesiásticos fue más radical que en el Mezzogiorno, donde las parroquias y los conventos o conservaron o reconstituyeron importantes propiedades inmobiliarias y mobiliarias. En el Mezzogiorno el cura aparece ante

el campesino: 1º] como un administrador de tierras con el que el campesino entra en conflicto por el problema de los alquileres; 2º] como usurero que pide elevadísimas tasas de interés y hace jugar el elemento religioso para cobrar con seguridad el alquiler o la usura; 3º] como un hombre sometido a las pasiones comunes (mujeres y dinero) y que, por lo tanto, espiritualmente no da garantías de discreción y de imparcialidad. La confesión ejerce una escasísima labor dirigente y el campesino meridional, si a menudo es supersticioso en sentido pagano, no es clerical. Todo este complejo explica el porqué en el Mezzogiorno el Partido Popular (exceptuada alguna zona de Sicilia) no tuvo una posición importante, no tuvo ninguna red de instituciones ni de organizaciones de masa. La posición del campesino hacia el clero está resumida en el dicho popular: "El cura es cura en el altar; afuera es un hombre como todos los demás."

El campesino meridional está ligado al gran terrateniente por los oficios del intelectual. Los movimientos de campesinos, en cuanto se unen, no en organizaciones de masa autónomas e independientes aunque fuera formalmente (es decir, capaces de seleccionar cuadros campesinos de origen campesino y de registrar y acumular las diferenciaciones y progresos que en el movimiento se realizan), terminan por sistematizarse siempre en las ordinarias articulaciones del aparato estatal —comunas, provincias, cámara de diputados— a través de composiciones y descomposiciones de los partidos locales, cuyo personal está constituido por intelectuales, pero que son controlados por los grandes propietarios y sus hombres de confianza, como Salandra, Orlando, Di Cesarò.* La guerra pareció introducir un elemento nuevo en este tipo de organización con el movimiento de los ex combatientes, en el que los campesinos-soldados y los intelectuales-oficiales formaban un bloque más unido entre sí y en cierta medida antagónico con los grandes propietarios. No duró demasiado y el último residuo de esto es la Unión Nacional creada por Amendola,** que tiene una sombra de existencia por su antifascismo; sin embargo, dada la falta de tradición y de organización *explícita* de los intelectuales *democráticos* en el Mezzogiorno, también esta agrupación debe ser considerada y tenida en cuenta, porque puede convertirse de pequeño hilo de agua en caudaloso y crecido torrente, dentro de otras condiciones políticas generales. La única región donde el movimiento de los ex combatientes asumió un perfil más preciso y logró crearse una estructura social más sólida, es Cerdeña. Y es comprensible, porque justamente en Cerdeña la clase de los grandes propietarios terratenientes es muy débil, no desarrolla función

* El duque G. Colonna Di Cesarò, representante de la Democracia Social, expresión política de la gran propiedad territorial meridional. [E.]

** Hombre político liberal y antifascista, guió la oposición constitucional llamada "del Aventino". Fue asesinado por los fascistas. [E.]

alguna y no tiene las antiquísimas tradiciones culturales y gubernativas del Mezzogiorno continental. La presión de abajo, ejercida por las masas de campesinos y pastores, no encuentra un contrapeso sofocante en el estrato social superior de los grandes propietarios; los intelectuales dirigentes soportan de lleno esa presión y dan pasos adelante más firmes que los de la Unión Nacional. Tanto respecto a Cerdeña, como al Mezzogiorno, la situación siciliana tiene características diferenciales muy profundas. Allí los grandes propietarios están mucho más cohesionados y afirmados que en el Mezzogiorno continental; por otro lado, existe cierta industria y un comercio desarrollado (Sicilia es la región más rica de todo el Mezzogiorno y una de las más ricas de Italia); las clases superiores son bien conscientes de su importancia en la vida nacional y la hacen sentir. Sicilia y el Piamonte son las dos regiones que han dado el mayor número de dirigentes políticos al estado italiano, son las dos regiones que han tenido un papel de primer orden desde 1870 en adelante. Las masas populares sicilianas son más avanzadas que en el Mezzogiorno, pero su progreso ha asumido una forma típicamente siciliana; existe un socialismo de masas siciliano que tiene toda una tradición y un desarrollo peculiar; en la cámara de 1922 contaba con cerca de 20 diputados sobre un total de 52 electos en la isla.

Hemos dicho que el campesino meridional está ligado al gran terrateniente por medio del intelectual. Este tipo de organización es el más difundido en todo el Mezzogiorno continental y en Sicilia. Forma un monstruoso bloque agrario que en su conjunto funciona como intermediario y guardián del capitalismo septentrional y los grandes bancos. Su único fin es el de conservar el *statu quo*. En su seno no hay ninguna luz intelectual, ningún programa, ningún interés por mejoras o progreso. Cuando aparecen algunas ideas o algún programa hay que buscar su origen fuera del Mezzogiorno, en los grupos políticos agrarios conservadores, especialmente de la Toscana, que en el parlamento eran los aliados de los conservadores del bloque agrario meridional. Sonnino y Franchetti estuvieron entre los pocos burgueses inteligentes que se plantearon el problema meridional como un problema nacional y establecieron un programa de gobierno para solucionarlo. ¿Cuál fue el punto de vista de Sonnino y Franchetti? La necesidad de crear en la Italia meridional un estrato medio independiente de carácter económico que cumpliera la función, como entonces se decía, de "opinión pública" y por un lado limitase los crueles abusos de los propietarios y por otro moderase las tendencias insurreccionales de los campesinos pobres. Sonnino y Franchetti estaban muy alarmados por la popularidad que tenían en el Mezzogiorno las ideas del bakuninismo de la I Internacional. La alarma que experimentaban les hizo cometer a menudo torpezas grotescas. Por ejemplo, en una publicación suya aluden a que una hostería o una fonda popular de una región de Calabria (citamos de memoria) se

llamaba "a los huelguistas" [*scioperanti*], para demostrar la difusión y el arraigo que allí tenían las ideas internacionalistas. El hecho, de ser cierto (y debe serlo, dada la probidad intelectual de los autores) tiene una explicación más sencilla si recordamos que en el Mezzogiorno hay numerosas colonias de albaneses y que la palabra *skipetari* sufrió, al pasar a los dialectos, las deformaciones más curiosas y extrañas (por ejemplo, en algunos documentos de la república veneciana se habla de formaciones militares de "S'ciopetà"). Pero en el Mezzogiorno no estaban tan difundidas las teorías de Bakunin aunque la situación misma podía haber inspirado probablemente a Bakunin sus teorías: los campesinos pobres meridionales pensaban, por cierto, en el *sfascio* [desbarajuste] mucho antes que en la mente de Bakunin hubiese germinado la teoría de la "pandestrucción".

El programa gubernativo de Sonnino y Franchetti nunca tuvo ni siquiera un comienzo de realización. Y no podía tenerlo. Es tal la imbricación de relaciones entre el norte y el Mezzogiorno en la organización de la economía nacional y del estado, que resulta imposible el surgimiento de una clase media difusa de naturaleza económica (es decir, en el fondo, de una difusa burguesía capitalista). El sistema fiscal y aduanero impide toda acumulación de capitales y de ahorro en el nivel local, y por otro lado los capitalistas propietarios de empresas no transforman localmente sus ganancias en nuevo capital, porque no son de la región. Cuando la emigración asumió en el siglo XX proporciones gigantescas y las primeras remesas comenzaron a afluir desde América, los economistas liberales exclamaron triunfalmente: el sueño de Sonnino se realiza. En el Mezzogiorno se verificó una silenciosa revolución que, lenta pero seguramente, modificaría toda la estructura económica y social de la región. Pero intervino el estado y la revolución silenciosa fue sofocada al nacer. El gobierno ofreció bonos del tesoro con interés garantizado y los emigrantes y sus familias se transformaron de agentes de la revolución silenciosa en agentes del estado, al que le suministraban medios financieros para subsidiar las industrias parasitarias del norte. Francesco Nitti, adepto a un programa democrático y formalmente ajeno al bloque agrario meridional, pudo aparecer como un activo realizador del programa de Sonnino, pero en cambio fue el mejor agente del capitalismo septentrional para arrasar con los últimos recursos del ahorro meridional. Los millones engullidos por el banco de descuentos provenían casi todos del Mezzogiorno: los 400 000 acreedores del banco italiano de descuento eran en su inmensa mayoría ahorristas meridionales.*

* A la expansión originada en la guerra, sucedió una grave crisis que afectó también a los bancos, en esa época "mixtos", que habían realizado las mayores inversiones financieras en la industria. Fue así como el banco italiano de descuentos debió cerrar sus puertas, haciendo perder a los ahorristas un

Por sobre el bloque agrario en el Mezzogiorno funciona un bloque intelectual que prácticamente sirvió hasta ahora para impedir que las resquebrajaduras del bloque agrario se volviesen demasiado peligrosas y determinasen un derrumbe. Exponentes de este grupo intelectual son Giustino Fortunato y Benedetto Croce, quienes pueden ser juzgados como los reaccionarios más activos de la península.

Hemos dicho que la Italia meridional es una gran disgregación social. Esta fórmula puede referirse a los intelectuales, y no sólo a los campesinos. Es notable el hecho de que en el sur, junto a las grandísimas propiedades, hayan existido y sigan existiendo grandes acumulaciones culturales y de inteligencia en individuos sueltos o en reducidos grupos de grandes intelectuales, mientras que, en cambio, no existe una organización de la cultura media. En el sur existe la casa editorial Laterza, y existe la revista *La Critica*, existen academias y empresas culturales de gran erudición; no existen revistas medias y pequeñas, no existen casas editoriales alrededor de las cuales se agrupen formaciones medias de intelectuales meridionales. Los meridionales que han intentado salirse del bloque agrario y plantear la cuestión meridional de una forma radical han encontrado hospitalidad y se han agrupado en torno a revistas impresas fuera del Mezzogiorno. Puede incluso decirse que todas las iniciativas culturales debidas a intelectuales medios ocurridas en el siglo XX en la Italia central y septentrional se han caracterizado por el meridionalismo, porque estaban intensamente influidas por intelectuales meridionales. Todas las revistas de los intelectuales florentinos, *La Voce, L'Unità;* las revistas de los demócratas cristianos, como *L'Azione* de Cesena; las revistas de los jóvenes liberales de la Emilia y de Milán, de G. Borelli, como *La Patria* de Bolonia o *L'Azione* de Milán, y, por último, *La Rivoluzione Liberale* de Gobetti.* Ahora bien, los supremos moderadores políticos e intelectuales de todas esas iniciativas han sido Giustino Fortunato y Benedetto Croce. En un ámbito más amplio que el muy sofocante del bloque agrario han conseguido que el planteamiento de los problemas del sur no rebasara ciertos límites, no se hiciera revolucionario. Hombres de gran cultura e inteligencia, nacidos en el terreno tradicional del sur pero ligados a la cultura europea y, por tanto, a la mundial, tenían todo lo necesario para dar satisfacción a las necesidades intelectuales de los representantes más honrados de la juventud culta del Mezzogiorno, para consolar sus inquietas veleidades de rebelión contra las condiciones existentes, para orientarlos según una línea media de serenidad clásica del pensamiento y de la

tercio de sus depósitos; como observa Gramsci, esto dio lugar a un proceso de expropiación de los pequeños ahorristas. [E.]

* Hombre político liberal y resueltamente antifascista, fundó y dirigió, entre 1922 y 1925, la revista *La Rivoluzione Liberale*. Fue asesinado por los fascistas en 1926. [E.]

acción. Los llamados neoprotestantes o calvinistas no han entendido que en Italia, como no pudo darse una reforma religiosa de masas, por las condiciones modernas de la civilización, sólo se ha verificado la única reforma históricamente posible, con la filosofía de Benedetto Croce: ha cambiado la orientación y el método del pensamiento, se ha construido una nueva concepción del mundo que superaba al catolicismo y a cualquier otra religión mitológica. En este sentido Benedetto Croce ha cumplido una altísima función "nacional": ha separado a los intelectuales radicales del sur de las masas campesinas, permitiéndoles participar de la cultura nacional y europea, y a través de esta cultura los ha hecho absorber por la burguesía nacional y, por tanto, por el bloque agrario.

*L'Ordine Nuovo* y los comunistas turineses, aunque en cierto sentido pueden ser vistos en relación con las formaciones intelectuales a que hemos aludido y aunque han sufrido, por tanto, la influencia intelectual de Giustino Fortunato y de Benedetto Croce, representan, sin embargo, al mismo tiempo, una ruptura completa con esa tradición y el comienzo de un nuevo desarrollo que ya ha dado frutos y que los dará todavía. Como ya se ha dicho, presentaron al proletariado urbano como protagonista moderno de la historia italiana y, por tanto, también de la cuestión meridional. Habiendo servido de intermediarios entre el proletariado y determinados estratos de intelectuales de izquierda, han conseguido modificar notablemente, si no completamente, la orientación mental de éstos: Éste es el elemento principal de la figura de Piero Gobetti, si bien se piensa. El cual no era un comunista y probablemente no lo habría sido nunca, pero había entendido la posición social e histórica del proletariado y no conseguía ya pensar prescindiendo de este elemento. En el común trabajo del periódico, Gobetti se encontró por obra nuestra en contacto con un mundo vivo que antes no había conocido más que por las fórmulas de los libros. Su característica más destacada era la lealtad intelectual y la falta completa de toda vanidad y mezquindad de orden inferior; por eso tuvo que convencerse de que toda una serie de modos de ver y pensar tradicionales respecto del proletariado eran injustos y falsos. ¿Qué consecuencias tuvieron para Gobetti esos contactos con el mundo proletario? Ellos fueron el origen y el impulso de una concepción que no vamos a discutir y profundizar, que en gran parte enlaza con el sindicalismo y con el modo de pensar de los sindicalistas intelectuales: los principios del liberalismo se proyectan en ella desde el orden de los fenómenos individuales al orden de los fenómenos de masa. Las cualidades de excelencia y de prestigio características de la vida de los individuos se trasponen a las clases, concebidas casi como individualidades colectivas. Esta concepción lleva generalmente a los intelectuales que la comparten a la pura contemplación y registro mental de méritos y deméritos,

a una odiosa y sosa posición de árbitro de la pelea, de adjudicadores de premios y castigos. Prácticamente Gobetti no sucumbió a ese destino. Resultó ser un organizador cultural de gran valía y tuvo en ese último período una función que no debe olvidarse ni subestimarse por parte de los obreros. Él abrió una trinchera más allá de la cual no retrocedieron ya los grupos de intelectuales más honrados y sinceros que en 1919, 1920 y 1921 vieron que el proletariado había sido como clase dirigente superior a la burguesía. De buena fe y honradamente algunos, y otros de malísima fe y sin honradez alguna, fueron diciendo que Gobetti no era más que un comunista camuflado, un agente, si no del Partido Comunista, sí al menos del grupo comunista de *L'Ordine Nuovo*. No hace ni siquiera falta desmentir esas charlatanerías insulsas. La figura de Gobetti y el movimiento que él representó fueron productos espontáneos del nuevo clima histórico italiano: en eso estriba su significación y su importancia. Algunas veces, camaradas del partido nos han reprochado el que no lucháramos contra la corriente de ideas de *La Rivoluzione Liberale:* el que no hubiera lucha con él pareció prueba de una relación orgánica maquiavélica (como suele decirse) entre Gobetti y nosotros. Pero el hecho es que no podíamos combatir a Gobetti porque él representaba un movimiento que no debe combatirse, al menos en principio. No comprender esto significa no comprender la cuestión de los intelectuales y la función que éstos desarrollan en la lucha de clases. Gobetti nos servía prácticamente como enlace: 1] con los intelectuales nacidos en el terreno de la técnica capitalista y que habían adoptado una actitud de izquierda, favorable a la dictadura del proletariado, en 1919-1920; 2] con una serie de intelectuales meridionales que, mediante vinculaciones más complejas, planteaban la cuestión meridional de modo diverso del tradicional, introduciendo en ella al proletariado del norte: Guido Dorso es la figura más completa e interesante de estos intelectuales. ¿Por qué íbamos a luchar contra el movimiento de *La Rivoluzione Liberale*? ¿Por el hecho de que no estaba compuesto por comunistas que hubieran aceptado desde la A hasta la Z nuestro programa y nuestra doctrina? Éso habría sido política e históricamente una paradoja. Los intelectuales se desarrollan lentamente, mucho más lentamente que cualquier otro grupo social, por su misma naturaleza y función histórica. Los intelectuales representan toda la tradición cultural de un pueblo, cuya historia entera quieren asumir y sintetizar: esto se ha dicho especialmente del intelectual de viejo tipo, del intelectual nacido en el terreno campesino. Creer posible que vaya a romper como masa con todo el pasado y a ponerse completamente en el terreno de una nueva ideología es absurdo. Es absurdo por lo que hace a los intelectuales como masa, y tal vez absurdo respecto de muchísimos intelectuales tomados individualmente, pese a todos los honrados esfuerzos que ellos hagan y quieran hacer. Ahora bien, a nosotros

nos interesan los intelectuales como masa, y no sólo como individuos. Es sin duda importante y útil para el proletariado que uno o más intelectuales, individualmente, se adhieran a su programa y a su doctrina, se fundan con el proletariado, se conviertan en parte de él y se sientan parte de él. El proletariado es, como clase, pobre en elementos organizativos, y no tiene ni puede formarse un estrato propio de intelectuales sino muy lentamente, muy fatigosamente, y sólo después de la conquista del poder estatal. Pero también es importante que en la masa de los intelectuales se produzca una fractura de carácter orgánico, históricamente caracterizada; que se forme, como formación de masas, una tendencia de izquierda en el sentido moderno de la palabra, o sea orientada hacia el proletariado revolucionario. La alianza del proletariado con las masas campesinas exige esa formación, aún más lo exige la alianza del proletariado con las masas campesinas del sur. El proletariado destruirá el bloque agrario meridional en la medida en que consiga, por medio de su partido, organizar en formaciones autónomas e independientes a masas cada vez más considerables de campesinos pobres; pero conseguirá cumplir más o menos esa tarea obligada según su capacidad, entre otras cosas, de disgregar el bloque intelectual que es la armadura flexible, pero muy resistente, del bloque agrario. Piero Gobetti ayudó al proletariado en esa tarea, y creemos que los amigos del muerto continuarán, también sin su guía, la obra emprendida, que es gigantesca y difícil, pero precisamente por eso digna de todos los sacrificios (incluso del de la vida, como ha sido el caso de Gobetti), por parte de aquellos intelectuales (que son muchos, más de los que se cree) del norte y del sur que han comprendido que hay dos únicas fuerzas esencialmente nacionales y portadoras del futuro: el proletariado y los campesinos.

# III. [De *Cuadernos de la cárcel*]

## ESPONTANEIDAD Y DIRECCIÓN CONSCIENTE

Se pueden dar varias definiciones de la expresión "espontaneidad", porque el fenómeno al que se refiere es multilateral. Hay que observar, por de pronto, que la espontaneidad "pura" no se da en la historia: coincidiría con la mecanicidad "pura". En el movimiento "más espontáneo" los elementos de "dirección consciente" son simplemente incontrolables, no han dejado documentos identificables. Puede por eso decirse que el elemento de la espontaneidad es característico de la "historia de las clases subalternas", y hasta de los elementos más marginales y periféricos de esas clases, los cuales no han llegado a la conciencia de la clase "para sí" y por ello no sospechan siquiera que su historia pueda tener importancia alguna, ni que tenga ningún valor dejar de ella restos documentales.

Existe, pues, una "multiplicidad" de elementos de "dirección consciente" en esos movimientos, pero ninguno de ellos es predominante ni sobrepasa el nivel de la "ciencia popular" de un determinado estrato social del "sentido común", o sea de la concepción del mundo tradicional de aquel determinado estrato. Este es precisamente el elemento que De Man contrapone empíricamente al marxismo, sin darse cuenta (aparentemente) de que está cayendo en la misma posición de los que, tras describir el folklore, la hechicería, etc., y tras demostrar que estos modos de concebir tienen una raíz históricamente robusta y están tenazmente aferrados a la psicología de determinados estratos populares, creyeran haber "superado" con eso la ciencia moderna y tomaran por "ciencia moderna" los burdos artículos de las revistas de difusión popular de la ciencia y las publicaciones por entregas. Este es un verdadero caso de teratología intelectual, del cual hay más ejemplos: los "hechiceristas" relacionados con Maeterlinck, que sostienen que hay que recoger el hilo de la alquimia y de la hechicería, roto por la violencia, para poner a la ciencia en un camino más fecundo de descubrimientos, etc. Pero De Man tiene un mérito incidental: muestra la necesidad de estudiar y elaborar los elementos de la psicología popular, históricamente y no sociológicamente, activamente (o sea, para transformarlos, educándolos, en una mentalidad moderna) y no descriptivamente como hace él; pero esta necesidad estaba por lo menos implícita (y tal vez incluso explícitamente declarada) en la doctrina de Ilici, cosa que De Man ignora completamente. El hecho de que existan corrientes y grupos que sostienen la espontaneidad como método demuestra indirectamente que en todo movimiento "espontáneo" hay un elemento primitivo de dirección consciente, de disciplina. A este respecto hay que practicar

una distinción entre los elementos puramente "ideológicos" y los elementos de acción práctica, entre los estudiosos que sostienen la espontaneidad como "método" inmanente y objetivo del devenir histórico y los politicastros que la sostienen como método "político". En los primeros se trata de una concepción equivocada; en los segundos se trata de una contradicción inmediata y mezquina que trasluce un origen práctico evidente, a saber, la voluntad práctica de sustituir una determinada dirección por otra. También en los estudiosos tiene el error un origen práctico, pero no inmediato como en el caso de los políticos. El apoliticismo de los sindicalistas franceses de preguerra contenía ambos elementos: era un error teórico y una contradicción (contenía el elemento "soreliano" y el elemento de concurrencia entre la tendencia anarquista-sindicalista y la corriente socialista). Era, además, consecuencia de los terribles hechos de París de 1871; la continuación, con métodos nuevos y con una teoría brillante, de los treinta años de pasividad (1870-1900) de los obreros franceses. La lucha puramente "económica" no podía disgustar a la clase dominante, sino al contrario. Lo mismo puede decirse del movimiento catalán, que no "disgustaba" a la clase dominante española más que por el hecho de que reforzaba objetivamente el separatismo republicano catalán, produciendo un bloque industrial republicano propiamente dicho contra los terratenientes, la pequeña burguesía y el ejército monárquico. El movimiento turinés fue acusado al mismo tiempo de ser "espontaneísta" y "voluntarista" o bergsoniano (!). La acusación contradictoria muestra, una vez analizada, la fecundidad y la justeza de la dirección que se le dio. Esa dirección no era "abstracta", no consistía en una repetición mecánica de las fórmulas científicas o teóricas; no confundía la política, la acción real, con la disquisición teorética; se aplicaba a hombres reales, formados en determinadas relaciones históricas, con determinados sentimientos, modos de concebir, fragmentos de concepción del mundo, etc., que resultaban de las combinaciones "espontáneas" de un determinado ambiente de producción material, con la "casual" aglomeración de elementos sociales dispares. Este elemento de "espontaneidad" no se descuidó, ni menos se despreció: fue *educado,* orientado, depurado de todo elemento extraño que pudiera corromperlo, para hacerlo homogéneo, pero de un modo vivo e históricamente eficaz, con la teoría moderna. Los mismos dirigentes hablaban de la "espontaneidad" del movimiento, y era justo que hablaran así: esa afirmación era un estimulante, un energético, un elemento de unificación en profundidad; era ante todo la negación de que se tratara de algo arbitrario, artificial, y no históricamente necesario. Daba a la masa una conciencia "teorética" de creadora de *valores históricos* e institucionales, de fundadora de estados. Esta unidad de la "espontaneidad" y la "dirección consciente", o sea, de la "disciplina", es precisamente la acción política real de las clases subalternas en

cuanto política de masas y no simple aventura de grupos que se limitan a apelar a las masas.

A este propósito se plantea una cuestión teórica fundamental: ¿puede la teoría moderna encontrarse en oposición con los sentimientos "espontáneos" de las masas? ("espontáneos" en el sentido de no debidos a una actividad educadora sistemática por parte de un grupo dirigente ya consciente, sino formados a través de la experiencia cotidiana iluminada por el sentido común, o sea, por la concepción tradicional popular del mundo, cosa que muy pedestremente se llama "instinto" y no es sino una adquisición histórica también él, sólo que primitiva y elemental). No puede estar en oposición: hay entre una y otros diferencia "cuantitativa" de grado, no de cualidad: tiene que ser posible una "reducción" por así decirlo, recíproca, un paso de los unos a la otra y viceversa. (Recordar que Kant quería que sus teorías filosóficas estuvieran de acuerdo con el sentido común; la misma posición se tiene en Croce; recordar la afirmación de Marx en *La Sagrada Familia,* según la cual las fórmulas de la política francesa de la Revolución se reducen a los principios de la filosofía clásica alemana.) Descuidar —y aun más, despreciar— los movimientos llamados "espontáneos", o sea, renunciar a darles una dirección consciente, a elevarlos a un plano superior insertándolos en la política, puede a menudo tener consecuencias serias y graves. Ocurre casi siempre que un movimiento "espontáneo" de las clases subalternas coincide con un movimiento reaccionario de la derecha de la clase dominante, y ambos por motivos concomitantes: por ejemplo, una crisis económica determina descontento en las clases subalternas y movimientos espontáneos de masas, por una parte, y, por otra, determina *complots* de los grupos reaccionarios, que se aprovechan de la debilitación objetiva del gobierno para intentar golpes de estado. Entre las causas eficientes de estos golpes de estado hay que incluir la renuncia de los grupos responsables a dar una dirección consciente a los movimientos espontáneos para convertirlos así en un factor político positivo. Ejemplo de las Vísperas sicilianas y discusiones de los historiadores para averiguar si se trató de un movimiento espontáneo o de un movimiento concertado: me parece que en las Vísperas sicilianas se combinaron los dos elementos: la insurrección espontánea del pueblo siciliano contra los provenzales —ampliada con tanta velocidad que dio la impresión de ser simultánea y, por tanto, de basarse en un acuerdo, aunque la causa fue la opresión, ya intolerable en toda el área nacional— y el elemento consciente de diversa importancia y eficacia, con el predominio de la conjuración de Giovanni da Procida con los aragoneses. Otros ejemplos pueden tomarse de todas las revoluciones del pasado en las cuales las clases subalternas eran numerosas y estaban jerarquizadas por la posición económica y por la homogeneidad. Los movimientos "espontáneos" de los estratos populares más vastos posibilitan la llegada al poder de la clase subalterna más adelan-

tada por el debilitamiento objetivo del estado. Este es un ejemplo "progresivo", pero en el mundo moderno son más frecuentes los ejemplos regresivos.

Concepción histórico-política escolástica y académica, para la cual no es real y digno sino el movimiento consciente al ciento por ciento y hasta determinado por un plano trazado previamente con todo detalle o que corresponde (cosa idéntica) a la teoría abstracta. Pero la realidad abunda en combinaciones de lo más raro, y es el teórico el que debe identificar en esas rarezas la confirmación de su teoría, "traducir" a lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no al revés, exigir que la realidad se presente según el esquema abstracto. Esto no ocurrirá nunca y, por tanto, esa concepción no es sino una expresión de pasividad. (Leonardo sabía descubrir el número de todas las manifestaciones de la vida cósmica, incluso cuando los ojos del profano no veían más que arbitrio y desorden.)

(ca. 1931.)

## PASO DE LA GUERRA DE MOVIMIENTO (Y DEL ATAQUE FRONTAL) A LA GUERRA DE POSICIÓN TAMBIÉN EN EL CAMPO POLÍTICO

Esta me parece la cuestión de teoría política más importante planteada por el período de la postguerra, y la más difícil de resolver acertadamente. Está relacionada con las cuestiones suscitadas por Bronstein,* el cual puede considerarse, de un modo u otro, como el teórico político del ataque frontal en un período en el cual ese ataque sólo es causa de derrotas. Este paso en la ciencia política no está relacionado con el ocurrido en el campo militar, sino indirectamente (mediatamente), aunque, desde luego, hay una relación, y esencial, entre ambos. La guerra de posición requiere sacrificios enormes y masas inmensas de población; por eso hace falta en ella una inaudita concentración de la hegemonía y, por tanto, una forma de gobierno más "interventista", que tome más abiertamente la ofensiva contra los grupos de oposición y organice permanentemente la "imposibilidad" de disgregación interna, con controles de todas clases, políticos, administrativos, etc., consolidación de las "posiciones" hegemónicas del grupo dominante, etc. Todo eso indica que se ha entrado en una fase culminante de la situación político-histórica, porque en la política la "guerra de posición", una vez conseguida la victoria en ella, es definitivamente decisiva. O sea, en la política se tiene guerra de movimiento mientras se trata de conquistar posiciones no decisivas y, por tanto, no se movilizan todos los recursos de la hege-

* Es decir Trotski. [E.]

monía del estado; pero cuando, por una u otra razón, esas posiciones han perdido todo valor y sólo importan las posiciones decisivas, entonces se pasa a la guerra de cerco, comprimida, difícil, en la cual se requieren cualidades excepcionales de paciencia y espíritu de invención. En la política el cerco es recíproco, a pesar de todas las apariencias, y el mero hecho de que el dominante tenga que sacar a relucir todos sus recursos prueba el cálculo que ha hecho acerca del adversario.

(1930-1932.)

## ESTRUCTURA Y SUPERESTRUCTURA

*Economía e ideología.* La pretensión (presentada como postulado esencial del materialismo histórico) de presentar y exponer toda fluctuación de la política y de la ideología como expresión inmediata de la estructura tiene que ser combatida teóricamente como un infantilismo primitivo, y en la práctica hay que combatirla con el testimonio auténtico de Marx, escritor de obras políticas e históricas concretas. A este respecto son de especial importancia el *18 Brumario* y los escritos acerca de la *Cuestión oriental,* pero también otros (*Revolución y contrarrevolución en Alemania, La guerra civil en Francia* y otros menores). Un análisis de esas obras permite fijar mejor la metodología histórica marxista, integrando, iluminando e interpretando las afirmaciones teóricas dispersas por todas las obras. Así podrá observarse cuántas cautelas reales introduce Marx en sus investigaciones concretas, cautelas que no podían formularse en las obras generales. (Esas cautelas sólo podían exponerse en una exposición metódica sistemática, del tipo del libro de Bernheim, y éste podrá tenerse en cuenta como "tipo" de manual escolar o "ensayo popular" del materialismo histórico, en el cual, además del método filológico y erudito —al que se atiene programáticamente Bernheim, aunque su tratamiento implique una concepción del mundo— debería tratarse explícitamente la concepción marxista de la historia.) Entre esas cautelas podrían enumerarse como ejemplo las siguientes:

1] La dificultad que plantea identificar en cada caso, estáticamente (como imagen fotográfica instantánea), la estructura; la política es de hecho en cada caso reflejo de las tendencias de desarrollo de la estructura, pero no está dicho que esas tendencias vayan a realizarse necesariamente. Una fase estructural puede estudiarse y analizarse concretamente sólo cuando ya ha superado todo su proceso de desarrollo, y no durante el proceso mismo, salvo por hipótesis y declarando explícitamente que se trata de hipótesis.

2] De lo anterior se deduce que un determinado acto político puede haber sido un error de cálculo de los dirigentes de las

clases dominantes, error que el desarrollo histórico corrige y supera a través de las "crisis" parlamentarias gubernativas de las clases dirigentes; el materialismo histórico mecánico no considera la posibilidad de error, sino que entiende todo acto político como determinado por la estructura de un modo inmediato, es decir, como reflejo de una modificación real y permanente (en el sentido de adquirida) de la estructura. El principio del "error" es complejo: se puede tratar de un impulso individual por equivocación de cálculo, o también de manifestaciones de los intentos de determinados grupos o grupitos de hacerse con la hegemonía dentro de la agrupación dirigente, intentos que pueden fracasar.

3] No se considera lo suficiente el hecho de que muchos actos políticos se deben a necesidades internas de carácter organizativo, es decir, que están vinculados a la necesidad de dar coherencia a un partido, a un grupo, a una sociedad. Esto resulta claro, por ejemplo, en la historia de la Iglesia católica. Estaríamos frescos si quisiéramos encontrar en la estructura la explicación inmediata, primaria, de toda lucha ideológica en el seno de la Iglesia: por esa razón se han escrito muchas novelas politico-económicas. Es evidente, por el contrario, que la mayor parte de esas discusiones obedecen a necesidades sectarias, de organización. En la discusión entre Roma y Bizancio acerca de la procesión del Espíritu Santo sería ridículo explicar por la estructura del oriente europeo la afirmación de que el Espíritu Santo procede sólo del Padre, y por la estructura de occidente la afirmación de que procede del Padre y del Hijo. Las dos iglesias, cuya existencia y cuyo conflicto dependen de la estructura y de toda la historia, han planteado cuestiones que son un principio de distinción y de cohesión interna para cada una de ellas; pero podía ocurrir perfectamente que cada una de las dos iglesias afirmara precisamente lo que afirmó la otra; el principio de distinción y de conflicto se habría mantenido igual, y lo que constituye el problema histórico es precisamente ese problema de la distinción y del conflicto, no la casual bandera de cada una de las partes.

*El "asterisco" que escribe folletones ideológicos en* Problemis del Lavoro *(y que debe ser el malafamado Franz Weiss), habla precisamente de esas controversias de los primeros tiempos cristianos en su divertida fábula* "el dumping *ruso y su significación histórica", y dice que estuvieron relacionadas con las condiciones materiales inmediatas de la época, y que si no conseguimos hoy identificar esa relación directa es porque los hechos son remotos o por nuestra debilidad intelectual. La posición es cómoda, pero no tiene ninguna importancia científica. En realidad, toda fase histórica real deja huella de sí en las fases posteriores, que en cierto sentido llegan a ser su mejor documento. El proceso de desarrollo histórico es una unidad en el tiempo, por lo cual el presente contiene todo el pasado, y en el presente se realiza del pasado todo lo*

*que es "esencial", sin residuo "incognoscible" que sea la verdadera "esencia" Lo que se ha "perdido", o sea, lo que no se ha trasmitido dialécticamente en el proceso histórico, era ya en sí mismo sin importancia, era "escoria" casual y contingente, crónica y no historia, episodio superficial omitible en último análisis.*

(1930-1932.)

## LUCHA POLÍTICA Y GUERRA MILITAR

En la guerra militar, logrado el fin estratégico de la destrucción del ejército enemigo y de la ocupación de su territorio, se da la paz. Es preciso señalar, por otro lado, que para que concluya la guerra basta con que el fin estratégico sea alcanzado sólo potencialmente; o sea basta con que no exista duda de que un ejército no puede combatir más y que el ejército victorioso "puede" ocupar el territorio enemigo. La lucha política es enormemente más compleja. En cierto sentido puede ser parangonada con las guerras coloniales o con las viejas guerras de conquista, cuando el ejército victorioso ocupa o se propone ocupar en forma estable todo o una parte del territorio conquistado. Entonces, el ejército vencido es desarmado y dispersado, pero la lucha continúa en el terreno político y en el de la "preparación" militar. Así, la lucha política de la India contra los ingleses (y en cierta medida de Alemania contra Francia o de Hungría contra la Pequeña Entente)* conoce tres formas de guerras: de movimiento, de posición y subterránea. La resistencia pasiva de Gandhi es una guerra de posición, que en algunos momentos se convierte en guerra de movimiento y en otros en guerra subterránea; el boicot es guerra de posición, las huelgas son guerra de movimiento, la preparación clandestina de armas y de elementos combativos de asalto es guerra subterránea. Hay una forma de "arditismo", pero es empleada con mucha ponderación. Si los ingleses tuviesen la convicción de que se prepara un gran movimiento insurreccional destinado a destruir su actual superioridad estratégica (que consiste, en cierto sentido, en su posibilidad de maniobrar a través de líneas interiores y de concentrar sus fuerzas en el punto "esporádicamente"

* La Pequeña Entente es la alianza defensiva que el 14 de agosto de 1920 unió a Yugoslavia y Checoslovaquia, a las que muy pronto se agregó Rumania, y que estaba destinada a impedir toda tentativa de Hungría de reconquistar total o parcialmente lo que había perdido la monarquía austro-húngara en el tratado de paz. Los contratantes declaran oponerse a toda reconstrucción de la antigua monarquía y a toda nueva federación, y se comprometen a un apoyo recíproco en caso de ataque húngaro. Contra la Pequeña Entente, patrocinada por Francia, Hungría se vio llevada a inclinarse cada vez más, después del surgimiento de los regímenes fascistas, hacia Alemania e Italia. [E.]

más peligroso) con el ahogamiento de masa (es decir, constriñéndolos a diluir sus fuerzas en un teatro bélico generalizado en forma simultánea), les convendría *provocar* la salida prematura de las fuerzas combatientes indias para identificarlas y decapitar el movimiento general. Así, a Francia le convendría que la derecha nacionalista alemana fuese envuelta en un golpe de estado aventurado que impulsara a la presunta organización militar ilegal a manifestarse prematuramente, permitiendo una intervención afortunada desde el punto de vista francés. He aquí por qué en estas formas mixtas de lucha, cuyo carácter militar es fundamental y el carácter político preponderante (toda lucha política tiene siempre un sustrato militar), el empleo de los "arditi" demanda un desarrollo táctico original, para cuya concepción la experiencia de guerra sólo puede dar un estímulo y no un modelo.

El problema de los *comitadjis** balcánicos merece un tratamiento aparte, ya que están ligados a condiciones particulares del ambiente físico-geográfico regional, a la formación de las clases rurales e igualmente a la eficiencia real de los gobiernos. Lo mismo para el caso de las bandas irlandesas, cuya [forma] de guerra y de organización estaba ligada a la estructura social de ese país. Los *comitadjis,* los irlandeses y las otras formas de guerra de guerrillas deben ser separadas de la cuestión del arditismo, si bien parecen tener puntos de contacto con ella. Estas formas de lucha son propias de minorías débiles pero exasperadas, contra mayorías bien organizadas, mientras que el arditismo moderno presupone una gran reserva, inmovilizada por diversas razones pero potencialmente eficiente, que lo sostiene y lo alimenta con aportes individuales.

*Arte militar y arte político.* Una vez más sobre los "arditi". La relación existente en 1917-1918 entre las formaciones de "arditi" y el ejército en su conjunto puede conducir y condujo ya a los dirigentes políticos a erróneas formulaciones en sus planes de lucha. Se olvida: 1] que los "arditi" son simples formaciones tácticas que presuponen un ejército poco eficiente, mas no inerte por completo, puesto que si la disciplina y el espíritu militar se reflejaron hasta aconsejar una nueva disposición táctica, a pesar de todo existen en cierta medida, y en correspondencia con ella, se da justamente la nueva formación táctica; de otra manera se produciría inevitablemente la derrota y la fuga; 2] que es preciso no considerar al "arditismo" como un signo de la combatividad general de la masa militar, sino, por el contrario, como un signo de su pasividad y de su relativa desmoralización.

Esto sea dicho manteniendo implícito el criterio general de que los parangones entre el arte militar y la política deben ser establecidos siempre *cum grano salis,* es decir, sólo como estímulos

* Nombre dado a las bandas de combatientes irregulares que operaban en la península balcánica y preparaban la lucha contra los turcos. [E.]

para el pensamiento y como términos de simplificación *ad absurdum*. En efecto, en la militancia política falta la sanción penal implacable para quien yerra o no obedece exactamente, falta la ley marcial, sin contar con el hecho de que la disposición de las fuerzas políticas no es ni de lejos comparable al encuadramiento militar. En la lucha política, además de la guerra de movimiento y de la guerra de asedio o de posición, existen otras formas. El verdadero "arditismo", o sea el "arditismo" moderno, es propio de la guerra de posición, tal como se reveló en 1914-1918. La guerra de movimiento y la de asedio de los períodos precedentes tenían también, en cierto sentido, sus "arditi". La caballería ligera y pesada, los *bersaglieri*, etc., las tropas veloces en general, cumplían en parte una función de "arditi"; así, por ejemplo, en el arte de organizar las patrullas estaba contenido el germen del arditismo moderno. En la guerra de asedio dicho germen existía más que en la guerra de movimiento: servicio de patrullas más extendido y, sobre todo, el arte de organizar salidas y asaltos imprevistos por medio de elementos escogidos.

Otro elemento digno de tenerse presente es el siguiente: en la lucha política es preciso no imitar los métodos de lucha de las clases dominantes, para no caer en fáciles emboscadas. En las luchas actuales este fenómeno se verifica con mucha frecuencia. Una organización estatal debilitada es como un ejército que ha perdido todo su vigor; entran en el campo los "arditi", o sea, las organizaciones armadas privadas que tienen dos objetivos: hacer uso de la ilegalidad, mientras el estado parece permanecer en la legalidad, como medio de reorganizar al mismo estado. Creer que a la actividad privada ilegal se le puede contraponer otra actividad similar, es decir, combatir el arditismo con el arditismo es algo estúpido; significa creer que el estado permanecerá siempre inerte, lo cual no ocurre jamás, al margen de las otras condiciones diferentes. El carácter de clase lleva a una diferencia fundamental: una clase que debe trabajar todos los días con horario fijo no puede tener organizaciones de asalto permanentes y especializadas como una clase que tiene amplias posibilidades financieras y no está ligada, con todos sus miembros, a un horario fijo. A cualquier hora del día y de la noche, estas organizaciones convertidas en profesionales pueden descargar golpes decisivos y utilizar la sorpresa. La táctica de los "arditi" no puede tener, por lo tanto, la misma importancia para una clase que para otra. Para ciertas clases es necesaria, porque le es propia, la guerra de movimiento y de maniobra que, en el caso de la lucha política, puede combinarse con un útil y hasta indispensable uso de la táctica de los "arditi". Pero fijarse en un modelo militar es una tontería: la política debe ser, también aquí, superior a la parte militar. Sólo la política crea la posibilidad de la maniobra y del movimiento.

De todo lo dicho se advierte que en el fenómeno del arditismo militar es preciso distinguir entre función técnica de arma espe-

cial ligada a la moderna guerra de posición y función politico-militar: como función de arma especial el arditismo existió en todos los ejércitos que participaron en la guerra mundial; como función político-militar existió en los países políticamente no homogéneos y debilitados, los que, por consiguiente, tenían como expresión un ejército nacional poco combativo y un Estado Mayor burocratizado y fosilizado en la carrera.

(1929-1930.)

A propósito de la comparación entre los conceptos de guerra de maniobra y guerra de posición en el arte militar y los conceptos correspondientes en el arte político, debe recordarse el folleto de Rosa Luxemburg, traducido del francés al italiano en 1919 por C. Alessandri.* En el folleto se teorizan un poco apresuradamente y en forma superficial las experiencias históricas de 1905. En efecto, Rosa descuidó los elementos "voluntarios" y organizativos que en aquellos acontecimientos eran mucho más eficientes y numerosos de lo que ella creía, víctima de un cierto prejuicio "economista" y espontaneísta. Sin embargo este folleto (y otros escritos de la misma autora) es uno de los documentos más significativos de la teorización de la guerra de maniobra aplicada al arte político. El elemento económico inmediato (crisis, etc.) es considerado como la artillería de campaña que, en la guerra, abre una brecha en la defensa enemiga, brecha suficiente como para que las tropas propias irrumpan y obtengan un éxito definitivo (estratégico) o al menos importante en la dirección de la línea estratégica. Naturalmente, en la ciencia histórica la eficacia del elemento económico inmediato es considerado como mucho más complejo que el de la artillería pesada en la guera de maniobra, ya que este elemento era concebido como causante de un triple efecto: 1] abrir una brecha en la defensa enemiga luego de haber llevado la confusión a los cuadros adversarios, abatida su confianza en sí mismos, en sus fuerzas y en su porvenir; 2] organizar con una rapidez fulminante las propias tropas, crear sus cuadros, o al menos ubicar con una celeridad fulminante los cuadros existentes (elaborados hasta entonces por el proceso histórico general) en su puesto de encuadre de las tropas diseminadas; 3] crear en forma instantánea la concentración ideológica de la identidad de los fines a alcanzar. Era una forma de férreo determinismo economista, con el agravante de que los efectos eran concebidos como inmediatos en el tiempo y en el espacio; se trataba por ello de un verdadero misticismo histórico, de la espera de una especie de destello milagroso.

* Rosa Luxemburg, *Huelga de masa, partido y sindicatos,* en Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba (Arg.), 1970, nº 13. [E.]

La observación del general Krasnov (en su novela) de que la Entente (que no quería una victoria de la Rusia imperial para que no fuese resuelta definitivamente a favor del zarismo la cuestión oriental) impuso al estado mayor ruso la guerra de trinchera (absurda dado el enorme desarrollo del frente del Báltico al mar Negro, con grandes zonas palúdicas y boscosas) mientras que la única posible era la guerra de maniobra, es una tontería. El ejército ruso en realidad intentó la guerra de maniobra y de profundización especialmente en el sector austríaco (pero también en la Prusia Oriental) y obtuvo éxitos brillantísimos aunque efímeros. La verdad es que no se puede escoger la forma de guerra que se desea, a menos de tener súbitamente una superioridad abrumadora sobre el enemigo, y sabido es cuántas pérdidas costó la obstinación de los estados mayores en no querer reconocer que la guerra de posición era "impuesta" por las relaciones generales de las fuerzas que se enfrentaban. La guerra de posición, en efecto, no está constituida sólo por las trincheras propiamente dichas, sino por todo el sistema organizativo e industrial del territorio que está ubicado a espaldas del ejército: y ella es impuesta sobre todo por el tiro rápido de los cañones, por las ametralladoras, los fusiles, la concentración de las armas en un determinado punto y además por la abundancia del reabastecimiento que permite sustituir en forma rápida el material perdido luego de un avance o de un retroceso. Otro elemento es la gran masa de hombres que constituyen las fuerzas desplegadas, de valor muy desigual y que justamente sólo pueden operar como masa. Se ve cómo en el frente oriental una cosa era irrumpir en el sector alemán y otra diferente en el sector austríaco y cómo también en el sector austríaco, reforzado por tropas escogidas alemanas y comandadas por alemanes, el ataque de choque como táctica termina en un desastre.* Algo análogo se observa en la guerra polaca ** de 1920, cuando el avance que parecía irresistible fue detenido delante de Varsovia por el general Weygand en la línea comandada por los oficiales franceses. Los mismos técnicos militares que ahora

* Alusión a las ofensivas rusas de los años 1914-1915; mientras que en la parte norte del frente oriental, en manos de los alemanes, los rusos habían sufrido reveses desde el comienzo de la campaña, su superioridad numérica, explotada en particular en el ataque precipitado del verano de 1914 les había permitido aplastar inicialmente a las tropas austro-húngaras y ocupar Galitzia. Durante el verano de 1915, esos resultados quedaron anulados por un contraataque de las tropas austro-húngaras encuadradas y reforzadas por los cuerpos alemanes del general Mackensen. [E.]

** Pilsudski, en abril de 1920, lanzó a Polonia a una ofensiva contra la Rusia soviética, esperando aprovechar su debilidad y las luchas contrarrevolucionarias. Pero su ofensiva fue detenida en Ucrania desde el mes de mayo (contraofensiva de Tujachevski). La ofensiva rusa condujo a Budienny hasta las inmediaciones de Varsovia. Pilsudski se salvó por el apoyo de Francia, que le envió municiones y oficiales, entre éstos el general Weygand. [E.]

se atienen fijamente a la guerra de posición como antes se atenían a la guerra de maniobra, no sostienen por cierto que el tipo precedente debe ser suprimido de la ciencia; sino que en las guerras entre los estados más avanzados industrial y civilmente se debe considerar a ese tipo como reducido a una función más táctica que estratégica, se lo debe considerar en la misma posición en que se encontraban en una época anterior la guerra de asedio con respecto a la de maniobra. La misma reducción debe ser realizada en el arte y la ciencia política, al menos en lo que respecta a los estados más avanzados, donde la "sociedad civil" se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las "irrupciones" catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.): las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna. Así como en éste ocurría que un encarnizado ataque de la artillería parecía destruir todo el sistema defensivo adversario, cuando en realidad sólo había destruido la superficie exterior y en el momento del ataque y del avance los asaltantes se encontraron frente a una línea defensiva todavía eficiente, lo mismo ocurre en la política durante las grandes crisis económicas. Ni las tropas asaltantes, por efecto de las crisis, se organizan en forma fulminante en el tiempo y el espacio, ni, tanto menos, adquieren un espíritu agresivo; recíprocamente, los asaltados no se desmoralizan ni abandonan la defensa, aun entre los escombros, ni pierden la confianza en las propias fuerzas ni en su porvenir. Las cosas, por cierto, no permanecen tal cual eran, pero es verdad que llegan a faltar los elementos de rapidez, de ritmo acelerado, de marcha progresiva definitiva que esperaban encontrar los estrategas del cadornismo político. El último hecho de este tipo en la historia de la política son los acontecimientos de 1917. Ellos señalaron un cambio decisivo en la historia del arte y de la ciencia de la política. Se trata, por consiguiente, de estudiar con "profundidad" cuáles son los elementos de la sociedad civil que corresponden a los sistemas de defensa en la guerra de posición. Se dice con "profundidad" intencionadamente, ya que fueron estudiados, pero desde puntos de vista superficiales y triviales, tal como ciertos historiadores de costumbres estudian las rarezas de la moda femenina desde un punto de vista "racionalista", es decir, persuadidos de que a ciertos fenómenos se los destruye tan sólo con explicarlos en forma "realista", como si fuesen supersticiones populares (que por otro lado tampoco se destruyen con el hecho de explicarlas).

(1932-1934.)

GUERRA DE POSICIÓN Y GUERRA DE MANIOBRA O FRONTAL

Es necesario ver si la famosa teoría de Bronstein sobre la *permanencia* del movimiento no es el reflejo político de la teoría de la *guerra de maniobra* (recordar la observación del general de cosacos Krasnov), en última instancia, el reflejo de las condiciones generales económico-cultural-sociales de un país donde los cuadros de la vida nacional son embrionarios y desligados, y no pueden transformarse en "trinchera o fortaleza". En este caso, se podría decir que Bronstein, que aparece como un "occidentalista", era en cambio un cosmopolita, es decir superficialmente nacional y superficialmente occidentalista, o europeo. Ilich, en cambio, era profundamente nacional y profundamente europeo. En sus memorias, Bronstein recuerda que se le dijo que su teoría había demostrado ser válida luego de. . . quince años, y responde al epigrama con otro epigrama. En realidad, su teoría como tal no era válida ni quince años antes ni quince años después; como ocurre con los obstinados, de los que habla Guicciardini,* él adivinó "*grosso modo*", es decir, tuvo razón en la previsión práctica más general. Es como afirmar que una niña de cuatro años se convertirá en madre y al ocurrir esto, a los veinte años, decir: "lo había adivinado", no recordando sin embargo que cuando tenía cuatro años se deseaba violarla, en la seguridad de que se convertiría en madre. Me parece que Ilich había comprendido que era necesario pasar de la guerra de maniobra, aplicada victoriosamente en Oriente en 1917, a la guerra de posición que era la única posible en Occidente donde, como observa Krasnov, en breve lapso los ejércitos podían acumular interminables cantidades de municiones, donde los cuadros sociales eran de por sí capaces de transformarse en trincheras muy provistas. Y me parece que éste es el significado de la fórmula del "frente único", que corresponde a la concepción de un solo frente de la Entente bajo el comando único de Foch. Sólo que Ilich no tuvo tiempo de profundizar su fórmula, aun teniendo en cuenta el hecho de que podía ser profundizada sólo teóricamente, mientras que la tarea fundamental era nacional, es decir, exigía un reconocimien-

* Francesco Guicciardini, estadista, presidente del estado de Toscana; Maquiavelo se reunió con él en enero de 1525, por iniciativa del papa Clemente VII, para tratar la creación de una milicia nacional. En su obra, Gramsci opone varias veces a Maquiavelo y Guicciardini, afirmando que este último "representa un paso atrás con respecto a Maquiavelo". "Maquiavelo es 'pesimista' (o mejor dicho 'realista') al considerar a los hombres y los móviles de su obra; Guicciardini no es pesimista, sino escéptico y sórdido". En otras palabras: "Guicciardini. . . retorna a un pensamiento político puramente italiano mientras Maquiavelo se había elevado a. . . la experiencia europea (internacional en aquella época)" (*MS*, p. 85 [102]). Gramsci afirma que, en cierto sentido, "habrá que matar al hombre de Guicciardini" para evitar la moral del conservador político y del provinciano sórdido. [E.]

to del terreno y una fijación de los elementos de trinchera y de fortaleza representados por los elementos de la sociedad civil, etc. En Oriente el estado era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente, entre estado y sociedad civil existía una justa relación y bajo el temblor del estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil. El estado sólo era una trinchera avanzada, detrás de la cual existía una robusta cadena de fortalezas y casamatas; en mayor o menor medida de un estado a otro, se entiende, pero esto precisamente exigía un reconocimiento de carácter nacional.

La teoría de Bronstein puede ser comparada con la de ciertos sindicalistas franceses sobre la huelga general y con la teoría de Rosa expuesta en el folleto traducido por Alessandri. El folleto de Rosa y sus teorías, por otro lado, influyeron sobre los sindicalistas franceses, tal como se evidencia en ciertos artículos de Rosmer sobre Alemania aparecidos en *La Vie ouvrière* (primera serie en pequeños fascículos). Dicha teoría depende en parte también de la teoría de la espontaneidad.

(1930-1932.)

## INTERNACIONALISMO Y POLÍTICA NACIONAL

Escrito de Giuseppe Bessarione * (por el sistema de preguntas y respuestas) de septiembre de 1927 acerca de algunos puntos esenciales de ciencia y arte políticos. El punto que me parece necesario desarrollar es éste: que según la filosofía de la praxis (en su manifestación política), ya en la formulación de su fundador, pero especialmente en las precisiones de su gran teórico más reciente, la situación internacional tiene que considerarse en su aspecto nacional. Realmente la relación "nacional" es el resultado de una combinación "original" única (en cierto sentido) que tiene que entenderse y concebirse en esa originalidad y unicidad si se quiere dominarla y dirigirla. Es indudable que el desarrollo lleva hacia el internacionalismo, pero el punto de partida es "nacional", y de este punto de partida hay que arrancar. Mas la perspectiva es internacional y no puede ser sino internacional. Por tanto, hay que estudiar exactamente la combinación de fuerzas nacionales

* El escrito de Stalin al que se refiere Gramsci es la *Entrevista con la primera delegación obrera norteamericana* (9 de septiembre de 1927), publicada por primera vez en *Pravda* del 15 de septiembre de 1927. El comentario de Gramsci, que va más allá de las indicaciones contenidas en las respuestas de Stalin (donde el acento está puesto sobre otros temas), se refiere en particular a la primera pregunta de la delegación norteamericana sobre las relaciones entre el pensamiento de Marx y el de Lenin. [E.]

que la clase internacional tendrá que dirigir y desarrollar según la perspectiva y las directivas internacionales. La clase dirigente lo es sólo si interpreta exactamente esa combinación, componente de la cual es ella misma, y, en cuanto tal, puede dar al movimiento una cierta orientación según determinadas perspectivas. En este punto me parece estar la discrepancia fundamental entre Leone Davidovici y Bessarione como intérprete del movimiento mayoritario. Las acusaciones de nacionalismo son ineptas si se refieren al núcleo de la cuestión. Si se estudia el esfuerzo realizado desde 1902 hasta 1917 por los mayoritarios, se ve que su originalidad consiste en una depuración del internacionalismo, extirpando de él todo elemento vago y puramente ideológico (en sentido peyorativo) para darle un contenido de política realista. El concepto de hegemonía es aquel en el cual se anudan las exigencias de carácter nacional, y se comprende bien que ciertas tendencias no hablen de ese concepto o se limiten a rozarlo. Una clase de carácter internacional, en cuanto guía estratos sociales estrictamente nacionales (los intelectuales) e incluso, muchas veces, menos aun que nacionales, particularistas y municipalistas (los campesinos), tiene que "nacionalizarse" en cierto sentido, y este sentido no es, por lo demás, muy estrecho, porque antes de que se formen las condiciones de una economía según un plan mundial es necesario atravesar múltiples fases en las cuales las combinaciones regionales (de grupos de naciones) pueden ser varias. Por otra parte, no hay que olvidar nunca que el desarrollo histórico sigue las leyes de la necesidad mientras la iniciativa no pasa claramente de parte de las fuerzas que tienden a la construcción según un plan de pacífica y solidaria división del trabajo.

Los conceptos no nacionales (es decir, no referibles a cada país singular) son erróneos, como se ve por su absurdo final: esos conceptos han llevado a la inercia y a la pasividad en dos fases bien diferenciadas: 1] en la primera fase, nadie se creía obligado a empezar, o sea, pensaba cada uno que si empezaba se encontraría aislado; esperando que se movieran todos juntos, no se movía nadie ni organizaba el movimiento; 2] la segunda fase es tal vez peor, porque se espera una forma de "napoleonismo" anacrónico y antinatural (puesto que no todas las fases históricas se repiten de la misma forma). Las debilidades teóricas de esta forma moderna del viejo mecanicismo quedan enmascaradas por la teoría general de la revolución permanente, que no es sino una previsión genérica presentada como dogma, y que se destruye por sí misma al no manifestarse en los hechos.

(1932-1933.)

ANÁLISIS DE LAS SITUACIONES: RELACIONES DE FUERZAS

El estudio de cómo hay que analizar las "situaciones", o sea, de cómo hay que establecer los diversos grados de relaciones de fuerzas, puede prestarse a una exposición elemental de ciencia y arte políticos, entendida como un conjunto de cánones prácticos de investigación y de observaciones particulares útiles para despertar el interés por la realidad de hecho y para suscitar intuiciones políticas más rigurosas y vigorosas. Al mismo tiempo hay que exponer lo que se debe entender en política por estrategia y por táctica, por "plan" estratégico, por propaganda y por agitación, por orgánica, o ciencia de la organización y de la administración en política.

Los elementos de observación empírica que comúnmente se exponen en confusión en los tratados de ciencia política (se puede tomar como ejemplar la obra de G. Mosca, *Elementi di scienza politica*) tendrían que situarse, en la medida en que no sean cuestiones abstractas o en el aire, en los varios grados de relaciones de fuerzas, empezando por las relaciones de las fuerzas internacionales (en esta sección habría que colocar las notas escritas acerca de lo que es una gran potencia, las agrupaciones de estados en sistemas hegemónicos y, por tanto, acerca del concepto de independencia y de soberanía por lo que hace a las potencias pequeñas y medias), para pasar a las relaciones objetivas sociales, o sea, al grado de desarrollo de las fuerzas productivas, a las relaciones de fuerza política y de partido (sistemas hegemónicos en el interior de los estados) y a las relaciones políticas inmediatas (es decir, potencialmente militares).

Las relaciones internacionales, ¿son (lógicamente) anteriores o posteriores a las relaciones sociales fundamentales? Posteriores, sin duda. Toda innovación orgánica en la estructura modifica orgánicamente las relaciones *absolutas* y *relativas* en el campo internacional, a través de sus expresiones técnico-militares. También la posición geográfica de un estado nacional es posterior y no anterior (lógicamente) a las innovaciones estructurales, aunque reaccione sobre ellas en cierta medida (precisamente en la medida en la cual las sobrestructuras reaccionan sobre la estructura, la política sobre la economía, etc.). Por otra parte, las relaciones internacionales reaccionan pasiva y activamente sobre las relaciones políticas (de hegemonía de los partidos). Cuanto más subordinada está la vida económica inmediata de una nación a las relaciones internacionales, tanto más representa un partido esa situación y la aprovecha para impedir la llegada de los partidos adversarios al poder (recuérdese el famoso discurso de Nitti sobre la revolución italiana *técnicamente* imposible). Desde esa serie de hechos se puede llegar a la conclusión de que a menudo el llamado "partido del extranjero" no es precisamente el que se indica como

tal, sino el partido más nacionalista, el cual, en realidad, más que representar las fuerzas vitales del país, representa la subordinación y sometimiento económico a las naciones o a un grupo de naciones hegemónicas. (Una alusión a este elemento internacional "represivo" de las energías internas se encuentra en los artículos publicados por G. Volpe en el *Corriere della Sera* del 22 y el 23 de marzo de 1932.)

El problema de las relaciones entre la estructura y las superestructuras es el que hay que plantear y resolver exactamente para llegar a un análisis acertado de las fuerzas que operan en la historia de un cierto período, y para determinar su correlación. Hay que moverse en el ámbito de dos principios: 1] el de que ninguna sociedad se plantea tareas para cuya solución no existan ya las condiciones necesarias y suficientes, o no estén, al menos, en vías de aparición o desarrollo; 2] el de que ninguna sociedad se disuelve ni puede ser sustituida si primero no ha desarrollado todas las formas de vida implícitas en sus relaciones (controlar la exacta enunciación de estos principios).

["Una formación social no perece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas para las cuales es aún suficiente y nuevas y más altas relaciones de producción hayan ocupado su lugar, ni antes de que las condiciones materiales de existencia de estas últimas hayan germinado en el seno mismo de la vieja sociedad. Por eso la humanidad se plantea siempre y sólo las tareas que puede resolver; si se observan las cosas atentamente, se hallará siempre que la tarea misma no surge sino donde las condiciones materiales de su solución existen ya o se encuentran al menos en proceso de formación" (Marx, *Introducción a la Crítica de la economía política*).]

De la reflexión sobre esos dos cánones se puede llegar al desarrollo de toda una serie de otros principios de metodología histórica. Por de pronto, en el estudio de una estructura hay que distinguir entre los movimientos orgánicos (relativamente permanentes) y los movimientos que pueden llamarse "de coyuntura" (y que se presentan como ocasionales, inmediatos, casi accidentales). Los fenómenos de coyuntura dependen también, por supuesto, de movimientos orgánicos, pero su significación no tiene gran alcance histórico; producen una crítica política minuta, al día, que afecta a pequeños grupos dirigentes y a las personalidades inmediatamente responsables del poder. Los fenómenos orgánicos producen una crítica histórico-social que afecta a las grandes agrupaciones, más allá de las personas inmediatamente responsables y más allá del personal dirigente. Al estudiar un período histórico se presenta la gran importancia de esta distinción. Se tiene, por ejemplo, una crisis que a veces se prolonga durante decenios. Esa excepcional duración significa que se han revelado en la estructura contradicciones insanables (las cuales han llegado a madu-

rar), y que las fuerzas políticas que actúan positivamente para la conservación y la defensa de la estructura misma se esfuerzan por sanarlas y superarlas dentro de ciertos límites. Esos esfuerzos incesantes y perseverantes (puesto que ninguna forma social confesará nunca que está superada) constituyen el terreno de lo "ocasional", en el cual se organizan las fuerzas antagónicas que tienden a demostrar (demostración que, en último análisis, sólo se consigue y es "verdadera" si se convierte en nueva realidad, si las fuerzas antagónicas triunfan, pero que en lo inmediato se desarrolla a través de una serie de polémicas ideológicas, religiosas, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., cuya concreción puede estimarse por la medida en la que consiguen ser convincentes y alteran la disposición preexistente de las fuerzas sociales) que existen ya las condiciones necesarias y suficientes para que puedan, y por tanto deban, resolver históricamente determinados problemas ("deban", *porque todo incumplimiento* del deber histórico aumenta el desorden existente y prepara catástrofes más graves).

El error en que a menudo se cae en los análisis histórico-políticos consiste en no saber hallar una relación justa entre lo que es orgánico y lo que es ocasional: así se llega a exponer como inmediatamente activas causas que son, en cambio, mediatamente, o a afirmar que las causas inmediatas son las causas eficientes únicas; en el primer caso se tiene el exceso de "economismo" o de doctrinarismo pedante; en otro, el exceso de "ideologismo"; en un caso se sobrestiman las causas mecánicas, en el otro se exalta el elemento individualista e individual. La distinción entre "movimientos" y hechos orgánicos y movimientos y hechos "coyunturales" u ocasionales tiene que aplicarse a todos los tipos de situación, no sólo a aquellos en los cuales ocurre un desarrollo regresivo o de crisis aguda, sino también a aquellos otros en los cuales se verifica un desarrollo progresivo y de prosperidad, así como a los de estancamiento de las fuerzas productivas. Difícilmente se establecerá de un modo exacto el nexo dialéctico entre los dos órdenes de movimiento y, por tanto, de investigación; y si el error es ya grave en la historiografía, lo será aun más en el arte político, cuando no se trata de reconstruir la historia pasada, sino de construir la presente y la futura; los propios deseos y las propias pasiones inferiores son la causa del error, porque sustituyen al análisis objetivo e imparcial, y eso ocurre no como "medio" consciente para estimular la acción, sino como autoengaño. También en este caso muerde la víbora al charlatán; es decir, el demagogo es la primera víctima de su demagogia.

[El no haber *considerado el momento* inmediato de las "relaciones" de fuerza está relacionado con los residuos de la concepción liberal vulgar, de la cual es una manifestación el sindicalismo que creía ser más adelantado mientras estaba dando un paso atrás. La concepción liberal vulgar, en efecto, al dar importancia a la relación de las fuerzas políticas organizadas en las

varias formas de partidos (lectores de periódicos, elecciones parlamentarias y locales, organizaciones de masa de los partidos y de los sindicatos en sentido estricto), estaba más adelantada que el sindicalismo, el cual concedía importancia primordial a la relación fundamental económico-social y sólo a ella. La concepción liberal vulgar tenía en cuenta implícitamente también esa relación (como se manifiesta en tantos indicios), pero insistía más en la relación de las fuerzas políticas, que era expresión de la otra, y, en realidad, la contenía. Estos residuos de la concepción liberal vulgar se pueden identificar en toda una serie de estudios que se consideran dependientes de la filosofía de la praxis y han producido formas infantiles de optimismo y de estupidez.]

Estos criterios metodológicos pueden cobrar visible y didácticamente toda su significación cuando se aplican al examen de hechos históricos concretos. Podría hacerse útilmente para los acontecimientos ocurridos en Francia entre 1789 y 1870. Me parece que, para mayor claridad de la exposición, es necesario abarcar todo ese período. Pues, efectivamente, sólo en 1870-1871, con el intento de la Comuna, se agotan históricamente todos los gérmenes nacidos en 1789, o sea, no sólo que la nueva clase que lucha por el poder derrota a los representantes de la vieja sociedad que no quiere confesarse decididamente superada, sino que además derrota a los grupos novísimos que consideran ya superada la nueva estructura nacida de la transformación iniciada en 1789, y así prueba que es vital frente a lo viejo y frente a lo novísimo. Además, en 1870-1871 pierde eficacia el conjunto de principios de estrategia y táctica política nacidos prácticamente en 1789 y desarrollados ideológicamente en torno al año 1848 (los que se resumen en la fórmula de la "revolución permanente"; sería interesante estudiar qué parte de esa fórmula pasó a la estrategia de Mazzini —por ejemplo, por lo que hace a la insurrección de Milán de 1853—, y si ello ocurrió conscientemente o no). Un elemento que muestra el acierto de este punto de vista es el hecho de que los historiadores no están nada concordes (y es imposible que lo estén) al fijar los límites del grupo de acontecimientos que constituye la revolución francesa. Para algunos (Salvemini, por ejemplo), la revolución se consuma en Valmy: Francia ha creado el nuevo estado y ha sabido organizar la fuerza político-militar que afirma y defiende la soberanía territorial del mismo. Para otros, la revolución continúa hasta Termidor, y hasta hablan de varias revoluciones (el 10 de agosto sería una revolución independiente, etc.) [cf. *La Révolution française*, de A. Mathiez, en la colección A. Colin.] El modo de interpretar Terminador y la obra de Napoleón ofrece las contradicciones más ásperas: ¿se trata de revolución o de contrarrevolución? Para otros, la historia de la revolución continúa hasta 1830, 1848, 1870 e incluso hasta la guerra mundial de 1914. Hay una parte de verdad en cada uno

de esos modos de ver las cosas. Realmente las contradicciones internas de la estructura social francesa que se desarrollan a partir de 1789 no encuentran una composición relativa hasta la tercera república, y entonces Francia tiene sesenta años de vida política equilibrada después de ochenta de agitaciones de onda cada vez más larga: 1789, 1794, 1799, 1804, 1815, 1830, 1848, 1870. Precisamente el estudio de esas "ondas" de diversa oscilación permite reconstruir las relaciones entre la estructura y las superestructuras, por una parte, y, por otra, entre el desarrollo del movimiento orgánico y el movimiento coyuntural de la estructura. Puede decirse, por de pronto, que la mediación dialéctica entre los dos principios metodológicos enunciados al comienzo de este apunte se puede descubrir en la fórmula político-histórica de la revolución permanente.

La cuestión que suele llamarse de las relaciones de fuerza es un aspecto del mismo problema. A menudo se lee, en las narraciones históricas, la expresión genérica "relaciones de fuerzas favorables, desfavorables a tal o cual tendencia". Así, abstractamente, esta formulación no explica nada, o casi nada, porque se limita a repetir el hecho que hay que explicar, presentándolo una vez como hecho y otra como ley abstracta y como explicación. El error teórico consiste, pues, en dar un canon de investigación y de interpretación como si él fuera la "causa histórica".

En la "relación de fuerzas" hay que distinguir, por de pronto varios momentos o grados, que son fundamentalmente éstos:

1] Una relación de fuerzas sociales estrechamente ligada a la estructura, objetiva, independiente de la voluntad de los hombres, y que puede medirse con los sistemas de las ciencias exactas o físicas. Sobre la base del grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción se tienen las agrupaciones sociales, cada una de las cuales representa una función y ocupa una posición dada en la producción misma. Esta relación es, y nada más: es una realidad rebelde; nadie puede modificar el número de las empresas o de sus empleados, el número de las ciudades con la correspondiente población urbana, etc. Esta división estratégica fundamental permite estudiar si en la sociedad existen las condiciones necesarias y suficientes para una transformación, es decir, permite controlar el grado de realismo y de operatividad de las diversas ideologías nacidas en su mismo terreno, en el terreno de las contradicciones que la división ha engendrado durante su desarrollo.

2] Un momento ulterior es la relación de las fuerzas políticas, esto es: la estimación del grado de homogeneidad, de autoconciencia y de organización alcanzado por los varios grupos sociales. Este momento puede analizarse a su vez distinguiendo en él varios grados que corresponden a los diversos momentos de la conciencia política colectiva tal como se han manifestado hasta ahora en la historia. El primero y más elemental es el económico-corpora-

tivo: un comerciante siente que *debe* ser solidario con otro comerciante, un fabricante con otro fabricante, etc., pero el comerciante no se siente aun solidario con el fabricante; es decir se siente la unidad homogénea y el deber de organizarla, la unidad del grupo profesional, pero todavía no la del grupo social más amplio. Un segundo momento es aquel en el cual se conquista la conciencia de la solidaridad de intereses de todos los miembros del grupo social, pero todavía en el terreno meramente económico. Ya en este momento se plantea la cuestión del estado, pero sólo en el sentido de aspirar a conseguir una igualdad jurídico-política con los grupos dominantes, pues lo que se reivindica es el derecho a participar en la legislación y en la administración, y acaso el de modificarlas y reformarlas, pero en los marcos fundamentales existentes. Un tercer momento es aquel en el cual se llega a la conciencia de que los mismos intereses corporativos propios, en su desarrollo actual y futuro, superan el ambiente corporativo, de grupo meramente económico, y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Esta es la fase más estrictamente política, la cual indica el paso claro de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas; es la fase en la cual las ideologías antes germinadas se hacen "partido", chocan y entran en lucha, hasta que una sola de ellas, o, por lo menos, una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social, determinando, además de la unidad de los fines económicos y políticos, también la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no ya en un plano corporativo, sino en un plano "universal", y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados. El estado se concibe, sin duda, como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables a la máxima expansión de ese grupo; pero ese desarrollo y esa expansión se conciben y se presentan como la fuerza motora de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías "nacionales", es decir, el grupo dominante se coordina concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados, y la vida estatal se concibe como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (dentro del ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los cuales los intereses del grupo dominante prevalecen, pero hasta cierto punto, no hasta el nudo interés económico-corporativo.

En la historia real esos momentos se implican recíprocamente, horizontal y verticalmente, por así decirlo, o sea, según las actividades económico-sociales (horizontales) y según los territorios (verticales), combinándose y escindiéndose por modos varios; cada una de esas combinaciones puede representarse en una propia expresión organizada económica y política. Pero aún hay que

tener en cuenta que con esas relaciones internas de un estado-nación se entrelazan las relaciones internacionales, creando nuevas combinaciones originales e históricamente concretas. Una ideología nacida en un país desarrollado se difunde en países menos desarrollados, gravitando en el juego local de combinaciones. (La religión, por ejemplo, ha sido siempre una fuente de esas combinaciones ideológico-políticas nacionales e internacionales, y, con la religión, también las demás formaciones internacionales, la masonería, el Rotary Club, los hebreos, la diplomacia de carrera, que sugieren expedientes políticos de orígenes históricos diversos y los llevan al triunfo en determinados países, funcionando como partido político internacional que actúa en cada nación con todas sus fuerzas internacionales concentradas; una religión, masonería, el Rotary, los hebreos, etc., pueden incluirse en la categoría "intelectuales", cuya función consiste, a escala internacional, en mediar entre los extremos, "socializar" los hallazgos técnicos que permiten funcionar a las actividades de dirección, arbitrar compromisos y vías de salida entre las soluciones extremas.)

Esta relación entre fuerzas internacionales y fuerzas nacionales se complica todavía más por la existencia, dentro de cada estado, de numerosas secciones territoriales de varia estructura y diversas relaciones de fuerza de todos los grados (así, por ejemplo, la Vendée estaba aliada con las fuerzas internacionales reaccionarias y las representaba en el seno de la unidad territorial francesa, y Lyon representaba, en la revolución, un particular nudo de correlaciones, etcétera.)

3] El tercer momento es el de la relación de las fuerzas militares, que es el inmediatamente decisivo en cada caso. (El desarrollo histórico oscila constantemente entre el primer y el tercer momento, con la mediación del segundo.) Pero tampoco éste es indistinto ni identificable inmediatamente de una forma esquemática, sino que también en él se pueden distinguir dos grados: el militar en sentido estricto, o técnico-militar, y el grado que puede llamarse político-militar. En el desarrollo de la historia esos dos grados se han presentado con una gran variedad de combinaciones. Un ejemplo típico, que puede servir como paradigma-límite, es el de la relación de opresión militar de un estado sobre una nación que esté intentando conseguir su independencia estatal. La relación no es puramente militar, sino político-militar, y, efectivamente, un tipo de opresión así sería inexplicable sin el estado de disgregación social del pueblo oprimido y sin la pasividad de su mayoría; por tanto, no podrá conseguirse la independencia con fuerzas puramente militares, sino que harán falta fuerzas militares y político-militares. Pues si la nación oprimida tuviera que esperar, para empezar la lucha por la independencia, a que el estado hegemónico le permitiera organizarse su propio ejército en el sentido estricto y técnico de la palabra, podría echarse a dormir (puede ocurrir que la reivindicación de contar con un

propio ejército sea admitida por la nación hegemónica, pero eso significará que una gran parte de la lucha habrá sido ya combatida y ganada en el terreno político-militar). La nación oprimida opondrá, por tanto, inicialmente a la fuerza militar hegemónica una fuerza sólo "político-militar", esto es, le opondrá una forma de acción política que tenga la virtud de determinar reflejos de carácter militar, en el sentido: 1] de que tenga eficacia suficiente para disgregar íntimamente la eficacia bélica de la nación hegemónica, y 2] que obliguen a la fuerza militar hegemónica a diluirse y dispersarse por un gran territorio, anulando así su eficacia bélica. En el *Risorgimento* italiano puede observarse la desastrosa falta de dirección político-militar, especialmente en el Partito d'Azione (por incapacidad congénita), pero también en el partido piamontés-moderado, igual antes que después de 1848, y no por incapacidad, ciertamente, sino por "maltusianismo económico-político", o sea, porque no quería aludir siquiera a la posibilidad de una reforma agraria ni convocar una asamblea nacional constituyente, sino que tendía simplemente a conseguir que la monarquía piamontesa se extendiera por toda Italia sin condiciones ni limitaciones de origen popular, con la mera sanción de los plebiscitos regionales.

Otra cuestión relacionada con las anteriores consiste en ver si las crisis históricas fundamentales están determinadas inmediatamente por las crisis económicas. La respuesta a esta cuestión está implícitamente contenida en los párrafos anteriores, donde se tratan cuestiones que son otra manera de presentar la ahora suscitada; pero siempre es necesario, por razones didácticas y dado el público particular, examinar cada modo de presentarse una misma cuestión, como si fuera un problema independiente y nuevo. Puede excluirse que las crisis económicas inmediatas produzcan por sí mismas acontecimientos fundamentales; sólo pueden crear un terreno más favorable para la difusión de ciertos modos de pensar, de plantear y de resolver las cuestiones que afectan a todo el desarrollo ulterior de la vida estatal. Por lo demás, todas las afirmaciones relativas a los períodos de crisis o de prosperidad pueden provocar juicios unilaterales. En su compendio de historia de la revolución francesa, Mathiez, oponiéndose a la historia vulgar tradicional que "descubre" apriorísticamente una crisis en coincidencia con las grandes rupturas del equilibrio social, afirma que hacia 1789 la situación económica era más bien buena en lo inmediato, por lo cual no se puede decir que la catástrofe del estado absoluto se haya debido a una crisis de pauperización. Hay que observar que el estado estaba sometido a una crisis financiera mortal, por lo que se planteaba la cuestión de cuál de los tres órdenes sociales privilegiados iba a tener que soportar los sacrificios y los pesos inevitables para poner de nuevo a flote las haciendas estatal y real. Además, aunque la posición económica de la burguesía era sin duda floreciente, no ocurría, por supuesto, lo mismo por lo que hace a la situación

de las clases populares de la ciudad y del campo, las últimas de las cuales estaban atormentadas por una miseria endémica. En cualquier caso, la ruptura del equilibrio de fuerzas no ocurrió por causas mecánicas inmediatas de pauperización del grupo social que estaba interesado en romper el equilibrio y que de hecho lo rompió, sino que ocurrió en el marco de conflictos superiores al mundo económico inmediato, relacionados con el "prestigio" de clase (intereses económicos futuros) y con una exasperación del sentimiento de independencia, de autonomía y de poder. La particular cuestión del malestar o bienestar económico como causa de nuevas realidades históricas es un aspecto parcial del problema de la correlación de fuerzas en sus varios grados. Pueden producirse novedades ya porque una situación de bienestar quede amenazada por el rudo egoísmo de un grupo adversario, ya porque el malestar se haya hecho intolerable y no se vea en la vieja sociedad ninguna fuerza capaz de mitigarlo y de restablecer una normalidad con medios legales. Por tanto, se puede decir que todos esos elementos son manifestación concreta de las fluctuaciones de coyuntura del conjunto de las relaciones sociales de fuerza, en cuyo terreno se produce el paso de esas correlaciones sociales a correlaciones políticas de fuerza, para culminar en las correlaciones militares decisivas.

Si ese proceso de desarrollo se detiene en un determinado momento (y se trata esencialmente de un proceso que tiene por actores a los hombres, a la voluntad y la capacidad de los hombres), la situación dada es inactiva y pueden producirse conclusiones contradictorias: la vieja sociedad resiste y se asegura un período de "respiro", exterminando físicamente a la *élite* adversaria y aterrorizando a las masas de reserva; o bien se produce la destrucción recíproca de las fuerzas en conflicto, con la instauración de la paz de los cementerios, que puede incluso estar bajo la vigilancia de un centinela extranjero.

Pero la observación más importante que hay que hacer a propósito de todo análisis concreto de las relaciones de fuerzas es la siguiente: que esos análisis no pueden ni deben constituir fines en *sí mismos* (a menos que se esté escribiendo un capítulo de historia pasada), sino que sólo cobran significación si sirven para justificar una actividad práctica, una iniciativa de la voluntad. Los análisis muestran cuáles son los puntos de menor resistencia a los que pueden aplicarse con más fruto las fuerzas de la voluntad, sugieren las operaciones tácticas inmediatas, indican cómo se puede plantear mejor una campaña de agitación política, qué lenguaje será mejor comprendido por las muchedumbres, etcétera. El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanentemente organizada y predispuesta desde mucho tiempo antes, la cual puede ser lanzada hacia adelante cuando se juzga que una situación es favorable (y será favorable sólo en la medida en que exista una fuerza así y esté llena de ardor combativo); por eso

la tarea esencial consiste en curarse sistemática y pacientemente de formar, desarrollar, homogeneizar cada vez más y hacer cada vez más compacta y consciente de sí misma a esa fuente. Esto se comprueba en la historia militar y en la atención con la cual se ha preparado siempre a los ejércitos para empezar una guerra en cualquier momento. Los grandes estados han sido grandes precisamente porque estaban en cualquier momento preparados para intervenir eficazmente en las coyunturas internacionales favorables, y éstas eran favorables para ellos porque los grandes estados tenían la posibilidad concreta de insertarse eficazmente en ellas.

(1932-1934.)

ALGUNOS ASPECTOS TEÓRICOS Y PRÁCTICOS DEL "ECONOMISMO"

Economismo —movimiento teórico por el librecambio—, sindicalismo teórico. Hay que estudiar en qué medida el sindicalismo teórico se ha originado en la filosofía de la praxis y en qué medida se deriva en realidad de las doctrinas económicas del librecambio, es decir del liberalismo en último análisis. Por eso, hay que estudiar si el economismo, en su forma más consumada, no es de filiación liberal directa y no ha tenido ya, en sus orígenes mismos, sino muy pocas relaciones con la filosofía de la praxis, relaciones, en cualquier caso, sólo extrínsecas y puramente verbales. Desde este punto de vista hay que considerar la polémica Einaudi-Croce, determinada por el nuevo prólogo (de 1917) al volumen sobre el *Materialismo storico:* la exigencia planteada por Einaudi de tener en cuenta la literatura histórico-económica suscitada por la economía clásica inglesa puede satisfacerse en este sentido: que esa literatura, por una contaminación superficial de filosofía de la praxis, ha originado el economismo, por eso cuando Einaudi critica (de un modo, a decir verdad, impreciso) algunas degeneraciones economistas está arrojando piedras a su propio tejado. El nexo entre la ideología librecambista y el sindicalismo teórico es sobre todo evidente en Italia, donde es manifiesta la admiración de sindicalistas como Lanzillo y Cía., por Pareto. La significación de esas dos tendencias es, empero, muy distinta: la primera es característica de un grupo social dominante y dirigente; la segunda, de un grupo todavía subalterno que no ha conquistado aún conciencia de su fuerza y de sus posibilidades y modos de desarrollo, razón por la cual no sabe todavía salir de su fase de primitivismo.

El planteamiento del movimiento librecambista se basa en un error teórico cuyo origen práctico no es difícil de identificar: en la distinción entre sociedad política y sociedad civil, la cual deja

de ser una distinción de método y se convierte en y se presenta como una distinción orgánica. Así se afirma que la actividad económica es propia de la sociedad civil, y que el estado no tiene que intervenir en su regulación. Pero como en la realidad de hecho la sociedad civil y el estado se identifican, hay que concluir que el mismo librecambismo es una "reglamentación" de carácter estatal, introducida y mantenida por vía legislativa y coactiva: es un hecho de voluntad consciente de sus propios fines, y no expresión espontánea automática del hecho económico. Por tanto, el liberalismo económico es un programa político destinado a cambiar, en la medida en que triunfa, el personal dirigente de un estado y el programa económico del estado mismo, es decir a cambiar la distribución de la renta nacional.

Distinto es el caso del sindicalismo teórico en la medida en que se refiere a un grupo subalterno, al cual se impide con esta teoría que llegue a ser jamás dominante, que se desarrolle más allá de la fase económico-corporativa para alzarse a la fase de hegemonía ético-política en la sociedad civil y de dominio en el estado. Por lo que hace al librecambismo, se tiene el caso de una fracción del grupo dirigente que quiere reformar la legislación comercial y sólo indirectamente la industrial (puesto que es innegable que el proteccionismo, especialmente en los países de mercado pobre y reducido, limita la libertad de iniciativa industrial y favorece morbosamente el nacimiento de los monopolios): se trata de una rotación de los partidos dirigentes en el gobierno, no de la fundación y organización de una nueva sociedad política, y aún menos de un nuevo tipo de sociedad civil. En el movimiento del sindicalismo teórico la cuestión se presenta con más complejidad; es innegable que en él la independencia y la autonomía del grupo subalterno, que se pretende expresar, se sacrifican, en cambio, a la hegemonía intelectual del grupo dominante, porque precisamente el sindicalismo teórico no es sino un aspecto del liberalismo económico, justificado con algunas afirmaciones mutiladas y, por tanto, trivializadas, de la filosofía de la praxis. ¿Por qué y cómo se produce ese sacrificio? Se excluye la transformación del grupo subordinado en grupo dominante ya porque el problema no se plantea siquiera (fabianismo, De Man, una parte considerable del laborismo), ya porque se presenta en formas incongruentes e ineficaces (tendencias socialdemócratas en general), ya porque se afirma el salto inmediato desde el régimen de los grupos hasta el de la perfecta igualdad y de la economía sindical.

Es por lo menos sorprendente la actitud del economismo ante las expresiones de voluntad, acción e iniciativa política e intelectual, como si esas expresiones no fueran también una emanación orgánica de necesidades económicas, y hasta la única expresión eficaz de la economía; así también es incongruente que el planteamiento concreto de la cuestión hegemónica se interprete como

un hecho que subordina al grupo hegemónico. El hecho de la hegemonía presupone, sin duda, que se tengan en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejercerá la hegemonía, que se constituya un cierto equilibrio de compromiso, o sea que el grupo dirigente haga sacrificios de orden económico-corporativo, pero también es indudable que tales sacrificios y el mencionado compromiso no pueden referirse a lo esencial, porque si la hegemonía es ético-política no puede no ser también económica, no puede no tener su fundamento en la función decisiva que ejerce el grupo dirigente en el núcleo decisivo de la actividad económica.

El economismo se presenta bajo muchas otras formas, además del librecambismo y del sindicalismo teórico. Le pertenecen todas las formas del abstencionismo electoral (ejemplo típico: el abstencionismo de los clericales italianos después de 1870, que se fue atenuando progresivamente a partir de 1900, hasta llegar a 1919 y a la formación del Partido Popular: la distinción orgánica que hacían los clericales entre la Italia real y la Italia legal era una reproducción de la distinción entre mundo económico y mundo político-legal), las cuales son muchas, en el sentido de que puede haber semiabstencionismo, un cuarto de abstencionismo, etc. Se relaciona con el abstencionismo la fórmula "tanto peor, tanto mejor", y la fórmula de la llamada "intransigencia" parlamentaria de algunas fracciones de diputados. No siempre es el economismo contrario a la acción política y al partido político, aunque éste se considera mero organismo educativo de tipo sindical. Un punto de referencia para el estudio del economismo y para comprender las relaciones entre la estructura y las superestructuras es aquel pasaje de la *Miseria de la filosofía* en el que se dice que una fase importante del desarrollo de un grupo social es aquella en la cual los componentes de un sindicato no luchan ya sólo por sus intereses económicos, sino por la defensa y el desarrollo de la organización misma. (Véase la afirmación exacta; la *Miseria de la filosofía* es un momento esencial de la formación de la filosofía de la praxis; puede considerarse como el desarrollo de las *Tesis sobre Feuerbach*, mientras que *La Sagrada Familia* es una fase intermedia e indistinta, de carácter ocasional, como se desprende de los párrafos dedicados a Proudhon y especialmente al materialismo francés. El párrafo sobre el materialismo francés es, más que otra cosa, un capítulo de historia de la cultura, y no un párrafo teórico, como se interpreta a menudo, y en cuanto que historia de la cultura es admirable. Recordar la observación de que la crítica contenida en la *Miseria de la filosofía* contra Proudhon y su interpretación de la dialéctica hegeliana puede aplicarse a Gioberti y al hegelianismo de los liberales moderados italianos en general. El paralelo Proudhon-Gioberti, a pesar de que representen fases histórico-políticas no homogéneas, o hasta por eso mismo, puede ser interesante y fecundo.) Hay que recordar, junto con eso,

la afirmación de Engels de que la economía no es el motor de la historia sino "en última instancia" (en las dos cartas sobre la filosofía de la praxis publicadas también en italiano), lo cual tiene que relacionarse directamente con el fragmento del prólogo a la *Crítica de la economía política,* en el que se dice que los hombres toman conciencia de los conflictos que se realizan en el mundo económico en el terreno de las ideologías.

En varias ocasiones se afirma en estos apuntes que la filosofía de la praxis está mucho más difundida de lo que se admite. La afirmación es exacta si se entiende que lo difundido es el economismo histórico, como llama ahora el profesor Loria a sus concepciones más o menos desordenadas, y que, por tanto, el ambiente cultural ha cambiado completamente desde los tiempos en que la filosofía de la praxis empezó sus luchas; podría decirse, con terminología crociana, que la más grande herejía nacida en el seno de la "religión de la libertad" ha sufrido también ella, como la religión ortodoxa, una degeneración, se ha difundido como "superstición", o sea: ha entrado en combinación con el liberalismo económico y ha producido el economismo. Hay que examinar, sin embargo, si, mientras la religión ortodoxa se ha enquistado ya definitivamente, la superstición herética no conserva siempre un fermento que le permitirá renacer como religión superior, o sea, si no son fácilmente liquidables las escorias de superstición.

Algunos puntos característicos del economismo histórico: 1] en la investigación de los nexos históricos no se distingue entre lo que es "relativamente permanente" y lo que es fluctuación ocasional, y así se entiende por hecho económico el interés personal o de un grupo pequeño, en sentido inmediato y "sórdidamente judaico". O sea: no se tienen en cuenta las formaciones de la clase económica, con todas las relaciones inherentes, sino que se toma el interés bruto y usurario, especialmente cuando coincide con formas delictivas contempladas por los códigos penales; 2] la doctrina por la cual el desarrollo económico se reduce a la sucesión de los cambios técnicos ocurridos en el instrumento de trabajo. El profesor Loria ha hecho una exposición brillantísima de esta doctrina, aplicada en su artículo a la influencia social del avión; el artículo se publicó en la *Rassegna contemporanea* de 1912;* 3] la doctrina por la cual el desarrollo económico e histórico se pone en dependencia directa de los cambios de algún elemento importante de la producción, como el descubrimiento de una nueva materia prima, de un nuevo combustible, etc., el cual acarrea la aplicación de nuevos métodos en la construcción y la manipulación de las máquinas. En estos últimos tiempos se ha producido toda una literatura sobre el petróleo: puede verse como típico

* La tesis de Loria acerca de la función social del avión se basaba en la posibilidad de resolver el problema del hambre con grandes cacerías de aves mediante redes. [E.]

un artículo de Antonino Laviosa en la *Nuova Antologia,* del 16 de mayo de 1929. El descubrimiento de nuevos combustibles y de nuevas energías motoras, como el de nuevas materias primas para transformar, tiene, sin duda, gran importancia, porque puede alterar las posiciones de los diversos estados; pero no determina el movimiento histórico, etcétera.

A menudo se combate el economismo histórico creyendo combatir al materialismo histórico. Este es el caso, por ejemplo, de un artículo de *L'Avenir,* de París, del 10 de octubre de 1930, recogido en la *Rassegna Settimanale della Stampa Estera,* del 21 de octubre de 1930, pp. 2303-2304, y que se cita aquí como típico: "Hace mucho tiempo, y sobre todo después de la guerra, se nos dice que las cuestiones de interés dominan a los pueblos y llevan el mundo adelante. Son los marxistas los que han inventado esta tesis, bajo el nombre, un poco doctrinario, de 'materialismo histórico'. En el marxismo puro los hombres, tomados en masa, no obedecen a las pasiones, sino a las necesidades económicas. La política es una pasión. La patria es una pasión. Estas dos exigentes ideas no tienen en la historia más que una función aparente, porque en realidad la vida de los pueblos, en el curso de los siglos, se explica por un juego cambiante y siempre renovado de causas de orden material. La economía lo es todo. Muchos filósofos y economistas 'burgueses' han recogido esa cantilena. Nos explican orgullosamente con los precios del trigo, del petróleo o del caucho la gran política internacional. Se las ingenian para demostrarnos que toda la diplomacia está dominada por cuestiones de tarifas aduaneras y precios de coste. Estas explicaciones están en auge. Tienen una pequeña apariencia científica y proceden de una especie de escepticismo superior que quiere dárselas de elegancia suprema. ¿La pasión en política internacional? ¿El sentimiento en asuntos nacionales? ¡Vamos hombre! Eso es pasto para la gente común. Los grandes espíritus, los iniciados, saben que todo está dominado por el dar y el tener. Ahora bien, ésa es una pseudoverdad absoluta. Es completamente falso que los pueblos no se dejen guiar más que por consideraciones de interés, y es completamente verdad que obedecen sobre todo a consideraciones dictadas por un deseo y una fe ardiente de prestigio. El que no entienda eso no entiende nada." La continuación del artículo (titulado "La manía del prestigio") ejemplifica con la política alemana y la italiana la tesis, pues esas políticas serían de "prestigio", no dictadas por intereses materiales. El artículo contiene en poco espacio una gran parte de los motivos más vulgares de polémica contra la filosofía de la praxis, pero en realidad la polémica no afecta más que al economismo tonto del tipo del de Loria. Por otra parte, el escritor no anda muy sólido en su tema ni siquiera desde otros puntos de vista: no comprende que las "pasiones" pueden ser simples sinónimos de los intereses económicos, ni que es difícil sostener que la actividad política sea un

estado permanente de exasperación pasional y de espasmo; precisamente la política francesa se presenta como una "racionalidad" sistemática y coherente, o sea, depurada de todo elemento pasional, etcétera.

En la forma de la superstición economista, que es la más difundida, la filosofía de la praxis pierde una gran parte de su expansividad cultural en la esfera superior del grupo intelectual, aunque la consiga en las masas populares y entre los intelectuales mediocres, los cuales no deciden nunca cansar el cerebro, pero gustan aparecer como muy astutos, etc. Como escribió Engels, es muy cómodo para muchos creer en la posibilidad de conseguir a bajo precio y sin ningún esfuerzo, al por mayor, toda la historia y toda la sabiduría política y filosófica concentrada en alguna fórmula. Una vez olvidado que la tesis según la cual los hombres adquieren en el terreno de las ideologías conciencia de los conflictos fundamentales no es una tesis de carácter psicológico o moralista, sino de carácter gnoseológico orgánico, se produce la *forma mentis* que considera la política, y por tanto la historia, como un continuo *marché de dupes*, un juego de ilusionismos y de prestidigitaciones. La actividad "crítica" se reduce así al desenmascaramiento de trucos, a suscitar escándalos, a meterse en el bolsillo a los hombres representativos.

Así se olvida que siendo o queriendo ser el "economismo" también un canon objetivo de interpretación (objetivo-científico), la investigación en el sentido de los intereses inmediatos tendría que ser válida para todos los aspectos de la historia, para los hombres que representan la "tesis" igual que para los que representan las "antítesis". Se ha olvidado, además, otra proposición de la filosofía de la práctica: la que dice que las "creencias populares" o las creencias del tipo de las creencias populares tienen la validez de las fuerzas materiales. Los errores de interpretación en el sentido de la búsqueda de intereses "sórdidamente judaicos" han sido a veces groseros y cómicos y han reaccionado así negativamente sobre el prestigio de la doctrina originaria. Por eso hay que combatir el economismo no sólo en la teoría de la historiografía, sino también, y especialmente, en la teoría y la práctica de la política. En este campo la lucha puede y debe conducirse desarrollando el concepto de hegemonía, tal como se ha dirigido prácticamente en el desarrollo de la teoría del partido político y en el desarrollo práctico de la vida de determinados partidos políticos (la lucha contra la teoría de la llamada revolución permanente, a la que se contraponía el concepto de dictadura democrático-revolucionaria, la importancia del apoyo dado a las ideologías tipo constituyente, etc.). Podría hacerse un estudio de los juicios emitidos a medida que se desarrollaban algunos movimientos políticos, tomando como tipo el movimiento boulangerista (de 1886 a 1890, aproximadamente) o el proceso Dreyfus, o incluso el golpe de estado del 2 de diciembre (un análisis del

libro clásico sobre el 2 de diciembre,* para estudiar la importancia relativa que se da en él al hecho económico inmediato, y qué lugar ocupa, en cambio, el estudio concreto de las "ideologías"). Frente a esos acontecimientos, el economismo se plantea la pregunta: ¿A quién beneficia inmediatamente la iniciativa en cuestión? Y contesta con un razonamiento tan simplista cuanto paralógico. Beneficia inmediatamente a una determinada fracción del grupo dominante, y para no equivocarse en esa elección señala a la fracción que manifiestamente tiene una función progresiva y de control sobre el conjunto de las fuerzas económicas. Así se puede estar seguro de evitar el error, porque necesariamente, si el movimiento examinado llega al poder, la fracción progresiva del grupo dominante acabará por controlar, a la corta o a la larga, el nuevo gobierno, y por hacer de él un instrumento para utilizar en beneficio propio el aparato estatal.

Se trata, pues, de una infalibilidad muy barata y que no sólo carece de significación teórica, sino que tiene, además, muy poco alcance político y escasísima eficacia práctica: en general, no produce más que sermones moralistas y cuestiones personales interminables. Cuando se produce un movimiento de tipo boulangerista el análisis tiene que verificarse de un modo realista, según las líneas siguientes: 1] contenido social de la masa que se adhiere al movimiento; 2] ¿qué función tenía esa masa en el equilibrio de fuerzas que va transformándose, como muestra por su mismo nacer el nuevo movimiento?; 3] ¿qué significación tienen, política y socialmente, las reivindicaciones que presentan los dirigentes y que *consiguen consenso*?; 4] examen de la conformidad entre los medios y la finalidad propuesta; 5] sólo en última instancia, y presentada en forma política y no moralista, se formula entonces la *hipótesis* de que ese movimiento se desnaturalizará necesariamente y servirá a fines muy distintos de los que esperan las muchedumbres que lo siguen. El vicio consiste en afirmar previamente esta hipótesis, cuando aún no se tiene ningún elemento concreto (o sea, que parezca como tal con la evidencia del sentido común y no mediante un análisis "científico" esotérico) para fundarla, de tal modo que la hipótesis parece no ser más que una acusación moralista de doblez y mala fe o de poca inteligencia, de estupidez (para los que siguen el movimiento). La lucha política se convierte así en una serie de hechos personales entre los que ya se las saben todas, porque tienen el duendecillo bien guardado en la lámpara, y el burlado por los propios dirigentes y que no quiere convencerse de su incurable estulticia. Por otra parte, mientras esos movimientos no lleguen al poder, siempre puede pensarse que fracasarán, y algunos han fracasado efectivamente (el mismo boulangerismo, que fracasó como tal y luego ha quedado definitivamente aplastado por el movimiento Dreyfus; o el

* *El 18 Brumario de Luis Napoleón*, de Karl Marx. [E.]

movimiento de Georges Valois; o el del general Gaida); la investigación debe, por tanto, buscar la identificación de los elementos de fuerza, pero también la de los elementos de debilidad que contienen en su interior; la hipótesis "economista" afirma un elemento inmediato de fuerza, a saber: la disponibilidad de cierta aportación financiera directa o indirecta (un gran periódico que apoye el movimiento es también una aportación financiera indirecta, y no pasa de ahí). Es demasiado poco.

También en este caso el análisis de los diversos grados de relación de fuerzas tiene que culminar en la esfera de la hegemonía y de las relaciones ético-políticas.

[...] Un elemento que hay que añadir al parágrafo del economismo, como ejemplificación de las teorías llamadas de la intransigencia, es el de la rígida aversión de principio a los llamados compromisos, la cual tiene como manifestación secundaria lo que podría llamarse el "miedo a los peligros". Está claro que la aversión de principio a los compromisos está unida con el economismo, porque la concepción en la que esa aversión se funda tiene que ser la convicción férrea de que existen para el desarrrollo histórico leyes objetivas del mismo carácter de las leyes naturales, y, además, la convicción de un finalismo teleológico análogo al religioso: como las condiciones favorables tendrán que producirse fatalmente y como ellas determinarán, de un modo más bien misterioso, acontecimientos palingenéticos, es no sólo inútil, sino incluso perjudicial toda iniciativa voluntaria que tienda a predisponer dichas situaciones según un plan. Junto a esas convicciones fatalistas los intransigentes tienen, por otra parte, la tendencia a confiar "luego", ciegamente y sin criterios, en la virtud reguladora de las armas, lo cual no carece de cierta lógica y coherencia, porque están pensando que la intervención de la voluntad es útil para la destrucción, no para la reconstrucción (la cual, en realidad, está ya en acto en el momento mismo de la destrucción). La destrucción se concibe así mecánicamente, no como destrucción-reconstrucción. Esos modos de pensar no tienen en cuenta el factor "tiempo", y no tienen en cuenta, en última instancia, ni la misma "economía", en el sentido de que no comprenden cómo los hechos ideológicos de masa van siempre retrasados respecto de los fenómenos económicos de masa, y cómo, por tanto, en ciertos momentos el empuje automático debido al factor económico se frena, se detiene o hasta queda momentáneamente destruido por elementos ideológicos tradicionales; por eso tiene que haber una lucha consciente y preparada para hacer "comprender" las exigencias de la posición económica de masa que pueden contradecirse con las directivas de los jefes tradicionales. Una iniciativa política adecuada es siempre necesaria para liberar el empuje económico de los obstáculos de la política tradicional, para cambiar la dirección política de ciertas fuer-

zas que es necesario absorber para realizar un bloque histórico económico-político nuevo, sin contradicciones internas, y como dos fuerzas "semejantes" no pueden fundirse en un organismo nuevo sino a través de una serie de compromisos o por la fuerza de las armas, poniéndolas en un plano de alianza o subordinando la una a la otra mediante la coerción, la cuestión consiste en saber si se tiene esa fuerza coactiva y si es "productivo" emplearla. Si la unión de dos fuerzas es necesaria para vencer a una tercera, el recurso a las armas (si es que de verdad se tiene esa posibilidad) es pura hipótesis metodológica y la única posibilidad concreta es el compromiso, porque la fuerza se puede utilizar contra los enemigos, pero no contra una parte de sí mismos que se quiere asimilar rápidamente y de la que se necesita "buena voluntad" y entusiasmo.

(1932-1934.)

## APUNTES SOBRE LA HISTORIA DE LAS CLASES SUBALTERNAS. CRITERIOS DE MÉTODO

La unidad histórica de las clases dirigentes se produce en el estado, y la historia de esas clases es esencialmente la historia de los estados y de los grupos de estados. Pero no hay que creer que esa unidad sea puramente jurídica y política, aunque también esta forma de unidad tiene su importancia y no es solamente formal: la unidad histórica fundamental por su concreción es el resultado de las relaciones orgánicas entre el estado o sociedad política y la "sociedad civil".

Las clases subalternas, por definición, no se han unificado y no pueden unificarse mientras no puedan convertirse en "estado": su historia, por tanto, está entrelazada con la de la sociedad civil, es una función "disgregada" y discontinua de la historia de la sociedad civil y, a través de ella, de la historia de los estados o grupos de estados. Hay que estudiar, por tanto: 1] la formación objetiva de los grupos sociales subalternos, por el desarrollo y las transformaciones que se producen en el mundo de la producción económica, su difusión cuantitativa y su origen a partir de grupos sociales preexistentes, de los que conservan durante algún tiempo la mentalidad, la ideología y los fines; 2] su adhesión activa o pasiva a las formaciones políticas dominantes, los intentos de influir en los programas de estas formaciones para imponer reivindicaciones propias, y las consecuencias que tengan esos intentos en la determinación de procesos de descomposición, renovación o neoformación; 3] el nacimiento de partidos nuevos de los grupos

dominantes para mantener el consenso y el control de los grupos subalternos; 4] las formaciones propias de los grupos subalternos para reivindicaciones de carácter reducido y parcial; 5] las nuevas formaciones que afirmen la autonomía de los grupos subalternos, pero dentro de los viejos marcos; 6] las formaciónes que afirmen la autonomía integral, etcétera.

La lista de esas fases puede precisarse todavía con fases intermedias y combinaciones de varias fases. El historiador debe observar y justificar la línea de desarrollo hacia la autonomía integral desde las fases más primitivas, y tiene que observar toda manifestación del "espíritu de escisión" soreliano. Por eso es también muy complicada la historia de los partidos de los grupos subalternos, puesto que tiene que incluir todas las repercusiones de las actividades de partido en todo el área de los grupos subalternos en su conjunto y sobre las actitudes de los grupos dominantes, y tiene también que incluir las repercusiones de las actividades —mucho más eficaces por estar sostenidas por el estado— de los grupos dominantes sobre los subalternos y sobre sus partidos. Entre los grupos subalternos, uno ejercerá o tenderá a ejercer una cierta hegemonía a través de un partido, y hay que precisar esto estudiando los desarrollos, también, de todos los demás partidos en cuanto incluyan elementos del grupo hegemónico o de los demás grupos subalternos que sufren esa hegemonía. Se pueden construir muchos cánones de investigación histórica partiendo del examen de las fuerzas innovadoras italianas que llevaron al *Risorgimento* nacional: esas fuerzas han tomado el poder, se han unificado en el estado moderno italiano, luchando contra otras fuerzas determinadas y con la ayuda de determinados auxiliares o aliados; para convertirse en estado tenían que subordinarse o eliminar unas de ellas y obtener el consenso activo o pasivo de las demás. El estudio del desarrollo de estas fuerzas innovadoras desde el estadio de grupos subalternos hasta el de grupos dirigentes y dominantes tiene, por tanto, que buscar e identificar las fases a través de las cuales dichas fuerzas han conseguido la autonomía respecto de los enemigos a los que tenían que derrotar, y la adhesión de los grupos que las han ayudado activa o pasivamente, en la medida en que todo ese proceso era históricamente necesario para que dichas fuerzas se unificaran en estado. El grado de conciencia histórico-política al que habían llegado progresivamente esas fuerzas innovadoras en las diversas fases se mide precisamente con esos dos parámetros, y no sólo con el que refleja su separación respecto de las fuerzas anteriormente dominantes. Por lo común se recurre sólo a este criterio, y así se tiene una historia unilateral, o no se entiende, a veces, nada, como en el caso de la historia de la península a partir de la era de las comunas. La burguesía italiana no supo unificar alrededor suyo al pueblo, y ésta fue la causa de sus derrotas y de la interrupción de su desarrollo. También en el *Risorgimento* ese estrecho

egoísmo impidió una revolución rápida y vigorosa como la francesa. He aquí una de las cuestiones más importantes y la causa de las mayores dificultades al hacer la historia de los grupos sociales subalternos y, por tanto, al hacer historia sin más (pasada) de los estados.

La historia de los grupos sociales subalternos es necesariamente disgregada y episódica. No hay duda de que en la actividad histórica de estos grupos hay una tendencia a la unificación, aunque sea a niveles provisionales; pero esa tendencia se rompe constantemente por la iniciativa de los grupos dirigentes y, por tanto, sólo es posible mostrar su existencia cuando se ha consumado ya el ciclo histórico, y siempre que esa conclusión haya sido un éxito. Los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, incluso cuando se rebelan y se levantan. En realidad, incluso cuando parecen victoriosos, los grupos subalternos se encuentran en una situación de alarma defensiva (esta verdad puede probarse con la historia de la revolución francesa hasta 1830 por lo menos). Por eso todo indicio de iniciativa autónoma de los grupos subalternos tiene que ser de inestimable valor para el historiador integral; de ello se desprende que una historia así sólo puede encararse monográficamente, y que cada monografía exige un cúmulo enorme de materiales a menudo difíciles de encontrar.

(1934.)

## DE: OBSERVACIONES SOBRE ALGUNOS ASPECTOS DE LA ESTRUCTURA DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN LOS PERÍODOS DE CRISIS ORGÁNICA

En ciertos momentos de su vida histórica, los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales. Esto significa que los partidos tradicionales, con la forma de organización que presentan, con los determinados hombres que los constituyen, representan y dirigen, ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o de una fracción de esta. Cuando tales crisis se manifiestan, la situación inmediata se torna delicada y peligrosa, porque el terreno es propicio para soluciones de fuerza, para la actividad de potencias oscuras, representadas por hombres providenciales o carismáticos.

¿Cómo se forman estas situaciones de contraste entre "representados y representantes" que desde el terreno de los partidos (organizaciones de partido en sentido estricto, campo electoral parlamentario, organización periodística) se trasmiten a todo el organismo estatal, reforzando la posición relativa del poder de la burocracia (civil y militar), de las altas finanzas, de la iglesia, y en

general de todos los organismos relativamente independientes a las fluctuaciones de la opinión pública? En cada país el proceso es diferente, aunque el contenido sea el mismo. Y el contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente que ocurre sea porque dicha clase fracasó en alguna gran empresa política para la cual demandó o impuso por la fuerza el consenso de las grandes masas (la guerra por ejemplo) o bien porque vastas masas (especialmente de campesinos y de pequeñoburgueses intelectuales) pasaron bruscamente de la pasividad política a una cierta actividad y plantearon reivindicaciones que en su caótico conjunto constituyen una revolución. Se habla de "crisis de autoridad" y esto es justamente la crisis de hegemonía, o crisis del estado en su conjunto.

La crisis crea peligrosas situaciones inmediatas porque los diversos estratos de la población no poseen la misma capacidad de orientarse rápidamente y de reorganizarse con el mismo ritmo. La clase dirigente tradicional, que tiene un numeroso personal adiestrado, cambia hombres y programas y reasume el control que se le estaba escapando con una celeridad mayor que cuanto ocurre en las clases subalternas; si es necesario hace sacrificios, se expone a un porvenir oscuro cargado de promesas demagógicas, pero se mantiene en el poder, lo refuerza por el momento y se sirve de él para destruir al adversario y dispersar a su personal directivo que no puede ser muy numeroso y adiestrado. El pasaje de las masas de muchos partidos bajo la bandera de un partido único, que representa mejor y sintetiza las necesidades de toda la clase, es un fenómeno orgánico y normal, aunque su ritmo sea rapidísimo y casi fulgurante en relación a las épocas tranquilas. Representa la fusión de todo un grupo social bajo una dirección única considerada como la única capaz de resolver un grave problema existente y alejar un peligro mortal. Cuando la crisis no encuentra esta solución orgánica sino la solución del jefe carismático, ello significa que existe un equilibrio estático (cuyos factores pueden ser eliminados, prevaleciendo sin embargo la inmadurez de las fuerzas progresistas): que ningún grupo, ni el conservador ni el progresista, tiene fuerzas como para vencer y que el mismo grupo conservador tiene necesidad de un jefe (Cf., *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*).

Este tipo de fenómenos está vinculado a una de las cuestiones más importantes que conciernen a los partidos políticos: a la capacidad del partido de reaccionar contra el espíritu de rutina, contra la tendencia a momificarse y a convertirse en anacrónico. Los partidos nacen y se constituyen en organizaciones para dirigir las situaciones en momentos históricamente vitales para sus clases; pero no siempre saben adaptarse a las nuevas tareas y a las nuevas épocas, no siempre saben adecuarse al ritmo de desarrollo del conjunto de las relaciones de fuerza (y por ende de la posición relativa de sus clases) en un país determinado o en

el campo internacional. Cuando se analizan estos desarrollos de los partidos, es preciso distinguir el grupo social, la masa de los partidos, la burocracia y el estado mayor de los partidos. La burocracia es la fuerza consuetudinaria y conservadora más peligrosa; si ella termina por constituir un cuerpo solidario y apartado y se siente *independiente* de la masa, el partido termina por convertirse en anacrónico y en los momentos de crisis aguda desaparece su contenido social y flota como en las nubes. Véase lo ocurrido a una serie de partidos alemanes con la expansión del hitlerismo. Los partidos franceses constituyen un campo rico para tales investigaciones: todos ellos son anacrónicos y están momificados, son documentos histórico-políticos de las diversas fases de la historia pasada de Francia, repitiendo una terminología envejecida; su crisis puede llegar a ser aún más catastrófica que la de los partidos alemanes.

Al examinar este tipo de acontecimientos se descuida habitualmente el dar una ubicación adecuada al elemento burocrático, civil y militar y no se tiene presente, además, que en tales análisis no deben entrar solamente los elementos militares y burocráticos en acción, sino también aquellos estratos sociales de los que, en los complejos estatales que estamos considerando, se recluta tradicionalmente la burocracia. Un movimiento político puede ser de carácter militar aunque el ejército como tal no participe allí abiertamente. Un gobierno puede ser de carácter militar aunque el ejército como tal no participe en el gobierno. En determinadas circunstancias puede ocurrir que convenga no "descubrir" al ejército, no hacerlo salir de la constitucionalidad, o como se dice, no llevar la política entre los soldados, para mantener la homogeneidad entre oficiales y soldados en un terreno de aparente neutralidad y superioridad, más allá de las facciones; y sin embargo, es el ejército, o sea el estado mayor y la oficialidad, quien determina la nueva situación y la domina. Por otro lado, no es cierto que el ejército, según la constitución, jamás deba hacer política; el ejército debe justamente defender la constitución, es decir la forma legal del estado con sus instituciones conexas. De ahí que la llamada neutralidad significa solamente el apoyo a la parte más reaccionaria. Pero en tales situaciones, es necesario plantear la cuestión de esta manera para impedir que en el ejército se reproduzcan las divergencias del país y desaparezca en consecuencia el poder determinante del estado mayor a causa de la disgregación del instrumento militar. Todos estos elementos de observación no son, por cierto, absolutos, tienen un peso muy diferente según los momentos históricos y según los países.

La primera investigación a realizar es la siguiente: ¿existe en algún país un estrato social generalizado para el cual la carrera burocrática, civil y militar, sea un elemento muy importante de vida económica y de afirmación política (participación efectiva en el poder, aunque sea indirectamente, por "chantaje")? En la

Europa moderna este estrato se puede identificar en la burguesía rural media y pequeña, que está más o menos difundida en los diversos países según el desarrollo de las fuerzas industriales, por un lado, y de la reforma agraria por el otro. Ciertamente, la carrera burocrática (civil y militar) no es un monopolio de este estrato social; sin embargo, ella le es particularmente apta debido a la función social que dicho estrato desempeña y a las tendencias psicológicas que la función determina o favorece. Estos dos elementos dan al conjunto del grupo social una cierta homogeneidad y energía en la dirección, y por ende un valor político y una función frecuentemente decisiva en el conjunto del organismo social. Los miembros de este grupo están habituados a mandar directamente núcleos de hombres, aunque sean a veces exiguos, y a comandar desde un punto de vista "político" y no "económico"; es decir que en su arte de dirección no hay una aptitud para ordenar las "cosas", para ordenar "hombres y cosas" en un todo orgánico, como ocurre en la producción industrial, porque este grupo no tiene funciones económicas en el sentido moderno del término. Tiene una renta porque jurídicamente es propietario de una parte del suelo nacional y su función consiste en impedir "políticamente" al campesino cultivador mejorar su propia existencia, porque todo mejoramiento de la posición relativa del campesino sería catastrófica para su posición social. La miseria crónica y el trabajo prolongado del campesino, con el consiguiente embrutecimiento, constituyen para él una necesidad primordial. Por ello despliega la máxima energía en la resistencia y en el contraataque a la menor tentativa de organización autónoma del trabajo campesino y a todo movimiento cultural campesino que escape del ámbito de la religión oficial. Este grupo social encuentra sus límites y las razones de su debilidad intrínseca en su dispersión territorial y en la "falta de homogeneidad" que está vinculada estrechamente a tal dispersión; esto explica también otras características como la volubilidad, la multiplicidad de los sistemas ideológicos seguidos, la misma rareza de las ideologías a veces adoptadas.

La voluntad está orientada hacia un fin, pero actúa en forma lenta y tiene necesidad, por lo general, de un largo proceso para centralizarse organizada y políticamente. El proceso se acelera cuando la "voluntad" específica de este grupo coincide con la voluntad y los intereses inmediatos de la clase alta; no sólo el proceso se acelera sino que a veces, estando organizada, dicta su ley a la clase alta, al menos en lo que respecta a la "forma" de la solución, si no al contenido. Operan aquí las mismas leyes observadas en las relaciones ciudad-campo en lo que respecta a las clases subalternas: la fuerza de la ciudad se transforma automáticamente en fuerza del campo, pero ya que en el campo los conflictos asumen de inmediato una forma aguda y "personal", por la ausencia de márgenes económicos y por la presión normal-

mente más fuerte que se ejerce de arriba hacia abajo, en el campo los contraataques deben ser más rápidos y decisivos. El grupo en cuestión advierte y observa que el origen de sus males está en la ciudad, en la fuerza de las ciudades y por ello advierte que "debe" dictar la solución a las clases altas urbanas, a fin de que el foco principal sea apagado, aunque esto no convenga de inmediato a las altas clases urbanas ya sea porque es demasiado dispendioso o porque a la larga se transforma en peligroso (estas clases parten de la visión de ciclos más amplios de desarrollo, en los cuales es posible maniobrar, y no solamente del interés "físico" inmediato). En este sentido debe entenderse la función directiva del estrato en cuestión y no en un sentido absoluto; sin embargo no es poca cosa. (Un reflejo de este grupo se ve en la actividad ideológica de los intelectuales conservadores de derecha. El libro de Gaetano Mosca, *Teorica dei governi e governo parlamentare* —segunda edic. de 1925, primera edic. de 1883— puede servir de ejemplo a este respecto; desde 1883 Mosca estaba aterrorizado por un posible contacto entre la ciudad y el campo. Mosca, por su posición defensiva de [contraataque] comprendía mejor en 1883 la técnica de la política de las clases subalternas que la comprensión que tenían de ella, aún muchas decenas de años después, los representantes de estas fuerzas subalternas, comprendidas las urbanas.) Es preciso señalar cómo el carácter "militar" de dicho grupo social, que tradicionalmente era un reflejo espontáneo de ciertas condiciones de existencia es ahora conscientemente educado y preparado en forma orgánica. En este movimiento consciente entran los esfuerzos sistemáticos por hacer surgir y mantener de una manera estable las diferentes asociaciones de militares en retiro y de ex combatientes de los diferentes cuerpos y armas, especialmente de oficiales, que están ligados a los estados mayores y pueden ser movilizados oportunamente sin necesidad de movilizar el ejército de leva, quien mantendría así su carácter de reserva de alarma, reforzada e inmunizada de la descomposición política por estas fuerzas "privadas" que no podrán dejar de influir en su "moral", sosteniéndola y robusteciéndola. Puede decirse que se verifica un movimiento de tipo "cosaco", no en formaciones escalonadas a lo largo de la frontera nacional, como ocurría con los cosacos zaristas, sino a lo largo de las "fronteras" de cada grupo social.

En toda una serie de países, por lo tanto, la influencia del elemento militar en la vida estatal no significa sólo influencia y peso del elemento técnico-militar, *sino también* influencia y peso del estrato social de donde el elemento técnico-militar (sobre todo de los oficiales subalternos) extrae su origen. Esta serie de observaciones son indispensables para analizar el aspecto más íntimo de aquella determinada forma política que suele llamarse cesarismo o bonapartismo, para distinguirla de otras formas en las cuales el

elemento técnico militar como tal predomina, bajo formas quizá más visibles y exclusivas.

España y Grecia ofrecen dos ejemplos típicos, con elementos símiles y disímiles. Para España es necesario tener en cuenta algunas particularidades: extensión del territorio y escasa densidad de la población campesina. Entre el noble latifundista y el campesino no existe una numerosa burguesía rural; tiene, por consiguiente, una escasa importancia la oficialidad subalterna como fuerza en sí (tenía en cambio una cierta importancia antagónica la oficialidad de las armas sabias: artillería e ingenieros, de origen burgués urbano, que se oponía a los generales e intentaba tener una política propia). Los gobiernos militares son por lo tanto gobiernos de "grandes generales". Pasividad de las masas campesinas como ciudadanía y como tropa. Si en el ejército se verifica la disgregación política, es en un sentido vertical, no horizontal, por la competencia de los clanes dirigentes: la tropa se separa para seguir a los jefes en lucha entre sí. El gobierno militar es un paréntesis entre dos gobiernos constitucionales; el elemento militar es la reserva permanente del orden, es una fuerza que opera de "manera pública" cuando "la legalidad" está en peligro. Lo mismo ocurre en Grecia, con la diferencia de que el territorio griego se extiende en un sistema de islas y que una parte de la población más enérgica y activa está siempre sobre el mar, lo cual torna más fácil la intriga y el complot militar. El campesino griego es pasivo como el español, pero en el cuadro de la población total y siendo marinero el griego más activo y enérgico, debiendo estar por lo tanto casi siempre lejos de su centro de vida política, la pasividad general debe ser analizada en forma diferente y la solución del problema no puede ser la misma (los fusilamientos ocurridos en Grecia, hace algunos años, de los miembros de un gobierno derrocado, deben ser explicados quizás como un arrebato de cólera de este elemento enérgico y activo que quiere dar una lección sangrienta). Debe subrayarse especialmente el hecho de que en Grecia y en España la experiencia del gobierno militar no ha creado una ideología política y social permanente y orgánica desde un punto de vista formal, como ocurre en cambio en los países potencialmente bonapartistas, por así decirlo. Pero las condiciones históricas generales de los dos tipos son las mismas: equilibrio de los grupos urbanos en lucha, lo cual impide el juego de la democracia "normal", el parlamentarismo; es diferente sin embargo la influencia del campo en este equilibrio. En los países como España, el campo, completamente pasivo, permite a los generales de la nobleza terrateniente servirse políticamente del ejército para restablecer el equilibrio amenazado, o sea la supremacía de las clases altas. En otros países el campo no es pasivo, pero su movimiento, desde el punto de vista político, no está coordinado con el movimiento urbano: el ejército debe permanecer neutral ya que es posible que de otra manera se disgregue horizontalmente (permanecerá neutral

hasta cierto punto, se entiende), y entra en cambio en acción la clase militar burocrática que, con medios militares, sofoca el movimiento del campo (más peligroso en lo inmediato). Tal sector logra en esta lucha una cierta unificación política e ideológica, encuentra aliados en las clases medias urbanas (medias en sentido italiano) reforzadas por los estudiantes de origen rural que están en la ciudad, impone sus métodos políticos a las clases altas, que deben hacerle muchas concesiones y permitir una determinada legislación favorable: logra hasta cierto punto impregnar al estado de sus intereses y sustituir una parte del personal dirigente, continuando armada bajo el desarme general y amenazando con el peligro de una guerra civil entre sus tropas y el ejército de leva si la clase alta muestra demasiadas veleidades de resistencia. Estas observaciones no deben ser concebidas como esquemas rígidos, sino únicamente como criterios prácticos de interpretación histórica y política. En los análisis concretos de los acontecimientos reales las formas históricas están muy caracterizadas y son casi "únicas". César representa una combinación de circunstancias reales muy diferentes a las representadas por Napoleón I, así como las de Primo de Rivera difieren de las de Zivkovitch, etcétera.

En el análisis del tercer grado o momento del sistema de las relaciones de fuerzas existentes en una situación determinada, se puede recurrir con utilidad al concepto que, en la ciencia militar, se denomina "coyuntura estratégica", o sea, con mayor precisión, al grado de preparación estratégica del escenario de la lucha uno de cuyos principales elementos está dado por las condiciones cualitativas del personal dirigente y de las fuerzas activas que se pueden llamar de primera línea (comprendidas también las de asalto). El grado de preparación estratégica puede dar la victoria a fuerzas "aparentemente" (es decir cuantitativamente) inferiores a las adversarias. Se puede decir que la preparación estratégica tiende a reducir a cero los llamados "factores imponderables", es decir, las reacciones inmediatas y sorpresivas, en un momento dado, de las fuerzas tradicionalmente inertes y pasivas. Entre los elementos de la preparación de una coyuntura estratégica favorable deben incluirse justamente aquellos considerados en las observaciones sobre la existencia y la organización de un grupo militar junto al organismo técnico del ejército nacional. (A propósito del "grupo militar" es interesante lo que escribe T. Tittoni en los "Ricordi personali di politica interna", en *Nueva Antologia,* 1-16 de abril de 1929. Tittoni cuenta que ha meditado sobre el hecho de que para reunir a la fuerza pública necesaria para hacer frente a los tumultos surgidos en una localidad, era necesario desguarnecer otras regiones: durante la semana roja de junio de 1914, para reprimir los motines de Ancona se había desguarnecido a Ravenna, donde luego el prefecto, privado de la fuerza pública, tuvo que encerrarse en la prefectura, abandonando

la ciudad a los revoltosos. 'Muchas veces me pregunté qué habría podido hacer el gobierno si un movimiento revolucionario hubiese surgido simultáneamente en toda la península." Tittoni propone al gobierno el enrolamiento de los "voluntarios del orden", ex combatientes organizados por oficiales retirados. Dicho proyecto pareció digno de consideración, pero no tuvo continuadores.)

Otros elementos pueden ser elaborados partiendo de este fragmento del discurso pronunciado en el senado el 19 de mayo de 1932 por el ministro de guerra, general Gazzera (cf. *Corriere della Sera* del 20 de mayo): "El régimen disciplinario de nuestro ejército gracias al fascismo aparece hoy como norma directiva que tiene valor para toda la nación. Otros ejércitos han tenido y todavía conservan una disciplina formal y rígida. Nosotros tenemos siempre presente el principio de que el ejército está hecho para la guerra y que para ella debe prepararse; la disciplina de paz debe ser, por consiguiente, la misma que la de tiempo de guerra, encontrando esta última su fundamento espiritual en la época de paz. Nuestra disciplina se basa en un espíritu de cohesión entre los jefes y los simples soldados que es fruto espontáneo del sistema seguido. Este sistema ha resistido magníficamente durante una larga y durísima guerra hasta la victoria; es mérito del régimen fascista haber extendido a todo el pueblo italiano una tradición disciplinaria tan eminente. De la disciplina de cada uno depende el éxito de la concepción estratégica y de las operaciones tácticas. La guerra ha enseñado muchas cosas y entre ellas que hay una separación profunda entre la preparación de la paz y la realidad de la guerra. Cierto es que cualquiera sea la preparación, las operaciones iniciales de la campaña ponen a los beligerantes ante problemas nuevos que dan lugar a sorpresas de ambas partes. No es preciso extraer de esto la conclusión de que no sea útil tener una concepción *a priori* y que de la guerra pasada no se puede derivar ninguna enseñanza. Se puede recabar de ella una doctrina de guerra que debe ser entendida con disciplina intelectual y como medio para promover modos de razonamiento no discordantes y una uniformidad de lenguaje tal que permita a todos comprenderse y hacerse comprender. Si a veces la unidad de doctrina amenazó degenerar en esquematismo, se reaccionó de inmediato, imprimiendo a la táctica una rápida innovación, que era requerida también por los adelantos técnicos. Tales reglamentaciones por consiguiente, no son estáticas, ni tradicionales como creen algunos. La tradición sólo es considerada como fuerza y los reglamentos están siempre en curso de revisión no por un deseo de cambio, sino para poderlos adecuar a la realidad." (Un ejemplo de "preparación de la coyuntura estratégica" se puede encontrar en las *Memorias* de Churchill, donde habla de la batalla de Jütland.)

(1932-1934.)

César, Napoleón I, Napoleón III, Cromwell, etc. Compilar un catálogo de los acontecimientos históricos que culminaron en una gran personalidad "heroica".

Se puede decir que el cesarismo expresa una situación en la cual las fuerzas en lucha se equilibran de una manera catastrófica, o sea de una manera tal que la continuación de la lucha no puede menos que concluir con la destrucción recíproca. Cuando la fuerza progresiva A lucha con la fuerza regresiva B, puede ocurrir no sólo que A venza a B o viceversa, puede ocurrir también que no venzan ninguna de las dos, que se debiliten recíprocamente y que una tercera fuerza C intervenga desde el exterior dominando a lo que resta de A y de B. En Italia, luego de la muerte de Lorenzo el Magnífico,* ha ocurrido precisamente esto.

Pero si bien el cesarismo expresa siempre la solución "arbitraria", confiada a una gran personalidad, de una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas de perspectiva catastrófica, no siempre tiene el mismo significado histórico. Puede existir un cesarismo progresista y uno regresivo; y el significado exacto de cada forma de cesarismo puede ser reconstruido en última instancia por medio de la historia concreta y no a través de un esquema sociológico. El cesarismo es progresista cuando su intervención ayuda a las fuerzas progresivas a triunfar aunque sea con ciertos compromisos y temperamentos limitativos de la victoria, es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar a las fuerzas regresivas, también en este caso con ciertos compromisos y limitaciones, los cuales, sin embargo, tienen un valor, una importancia y un significado diferentes que en el caso anterior. César y Napoleón I son ejemplos de cesarismo progresivo. Napoleón III y Bismark de cesarismo regresivo.

Se trata de ver si en la dialéctica "revolución-restauración" es el elemento revolución o el elemento restauración el que prevalece, ya que es cierto que en el movimiento histórico jamás se vuelve atrás y no existen restauraciones *in toto*. Por otro lado el cesarismo es una fórmula polémica-ideológica y no un canon de interpretación histórica. Pueden darse soluciones cesaristas aun sin un César, sin una gran personalidad "heroica" y representativa. El sistema parlamentario dio también un mecanismo para tales soluciones de compromiso. Los gobiernos "laboristas" de MacDonald eran hasta cierto punto soluciones de este tipo; el grado de cesarismo se intensificó cuando se formó el gobierno con MacDonald como presidente y la mayoría conservadora. Así en Italia,

* A la muerte de Lorenzo el Magnífico (1492) sucede en Italia la ruptura del equilibrio existente entre los diversos estados y se abre un período de decadencia total y de desmembramiento de la Península. [E.]

en octubre de 1922, hasta la separación de los "populares"* y luego gradualmente hasta el 3 de junio de 1925, y aún hasta el 8 de noviembre de 1926, se dio un movimiento político-histórico en el cual se sucedieron diversas formas de cesarismo hasta una forma más pura y permanente, aunque no inmóvil y estática. Todo gobierno de coalición es un grado inicial de cesarismo, que puede o no desarrollarse hasta los grados más significativos (como es natural la opinión generalizada es, en cambio, la de que los gobiernos de coalición constituyen el más "sólido baluarte" contra el cesarismo). En el mundo moderno, con sus grandes coaliciones de carácter económico-sindical y político de partido, el mecanismo del fenómeno cesarista es muy diferente del que existió en la época de Napoleón III. En el período hasta Napoleón III las fuerzas militares regulares o de línea constituirían un elemento decisivo para el advenimiento del cesarismo, que se verificaba a través de golpes de estado bien precisos, con acciones militares, etcétera.

En el mundo moderno, las fuerzas sindicales y políticas, con medios financieros incalculables puestos a disposición de pequeños grupos de ciudadanos, complican el problema. Los funcionarios de los partidos y de los sindicatos económicos pueden ser corrompidos o aterrorizados, sin necesidad de acciones militares en vasta escala, tipo César o 18 Brumario. Se reproduce en este campo la misma situación examinada a propósito de la fórmula jacobino-cuarentiochesca de la llamada "revolución permanente". La técnica política moderna ha cambiado por completo luego de 1848, luego de la expansión del parlamentarismo, del régimen de asociación sindical o de partido, de la formación de vastas burocracias estatales y "privadas" (político-privadas, de partido y sindicales) y las transformaciones producidas en la organización de la policía en sentido amplio, o sea no sólo del servicio estatal destinado a la represión de la delincuencia, sino también del conjunto de las fuerzas organizadas del estado y de los particulares para tutelar el dominio político y económico de las clases dirigentes. En este sentido, partidos "políticos" enteros y otras organizaciones económicas o de otro tipo deben ser considerados organismos de policía política, de carácter preventivo y de investigación. El es-

* Después de la marcha sobre Roma y del triunfo de Mussolini, los "populares" (antecesores directos del actual partido italiano Demócrata-cristiano) sumaron sus votos a los fascistas en las elecciones del 17 de noviembre de 1922, participando luego en el gobierno. Después de algunas discrepancias entre el dirigente Don Sturzo y las altas jerarquías de la iglesia, el partido decide presentarse en forma separada en las elecciones del 26 de enero de 1924, rechazando posteriormente su incorporación a un frente único de oposición al fascismo. El 3 de enero de 1925, el gobierno de Mussolini suprime la libertad de prensa y el 9 de noviembre de 1926, la cámara de diputados declara disueltos a los partidos de la oposición y expulsa de dicha cámara a sus representantes. [E.]

quema genérico de las fuerzas A y B en lucha con una perspectiva catastrófica, es decir con la perspectiva de que no venzan ninguna de las dos en la lucha por constituir (o reconstituir) un equilibrio orgánico del cual nace (puede nacer) el cesarismo, es precisamente una hipótesis genérica, un esquema sociológico (cómodo para el arte político). Esta hipótesis puede tornarse cada vez más concreta, elevarse a un grado mayor de aproximación a la realidad histórica concreta si se precisan algunos elementos fundamentales.

Así, hablando de A y de B se dijo solamente que se trataba de dos fuerzas, progresista una y regresiva la otra, pero en un sentido general. Se puede precisar de qué tipo de fuerzas progresistas o regresivas se trata y obtener así una mayor aproximación. En el caso de César o de Napoleón I, puede decirse que aun siendo A y B distintas y contradictorias, no eran sin embargo tales como para que no pudiesen en "absoluto" llegar a una fusión y una asimilación recíproca luego de un proceso molecular; lo que efectivamente ocurrió, al menos en cierta medida (suficiente no obstante para los fines histórico-políticos de la cesación de la lucha orgánica fundamental y por ende de la superación de la fase catastrófica). Este es un elemento de mayor aproximación. Otro elemento es el siguiente: la fase catastrófica puede emerger por una deficiencia política "momentánea" de la fuerza dominante tradicional, y no ya por una deficiencia orgánica necesariamente insuperable. Hecho que se verificó en el caso de Napoleón III. La fuerza dominante en Francia desde 1815 a 1848 se había escindido políticamente (facciosamente) en cuatro fracciones: legitimista, orleanista, bonapartista y jacobino-republicana. Las luchas internas de facción eran tales como para tornar posible el avance de la fuerza antagónica B (progresista) en forma "precoz"; sin embargo, la forma social existente no había agotado aún sus posibilidades de desarrollo, como lo demostraron abundantemente los acontecimientos posteriores. Napoleón III representó (a su modo, según su estatura, que no era grande) estas posibilidades latentes e inmanentes; su cesarismo tuvo por consiguiente una tonalidad particular. El cesarismo de César y Napoleón I ha sido. por así decirlo, de carácter cuantitativo-cualitativo, o sea representó la fase histórica del paso de un tipo de estado a otro tipo, un pasaje en el cual las innovaciones fueron tantas y de características tales como para representar una verdadera revolución. El cesarismo de Napoleón III fue única y limitadamente cuantitativo, no hubo un pasaje de un tipo de estado a otro tipo de estado, sino apenas una "evolución" del mismo tipo, según una línea ininterrumpida.

En el mundo moderno los fenómenos de cesarismo son totalmente diferentes, tanto de los de tipo progresista César-Napoleón I, como también de aquellos del tipo Napoleón III, si bien se aproximan a estos últimos. En el mundo moderno el equilibrio

de perspectivas catastróficas no se verifica entre fuerzas que en última instancia pudiesen fundirse y unificarse, aunque fuera luego de un proceso fatigoso y sangriento, sino entre fuerzas cuyo contraste es sanable desde un punto de vista histórico, y que se profundiza especialmente con el advenimiento de formas cesaristas. Sin embargo el cesarismo tiene también en el mundo moderno un cierto margen, más o menos grande, según los países y la fuerza que ellos tengan en la estructura mundial, ya que una forma social "siempre" tiene posibilidades marginales de desarrollo ulterior y de sistematización organizativa y especialmente puede basarse en la relativa debilidad de la fuerza progresista antagónica, por la naturaleza y el modo peculiar de vida de la misma, debilidad que es necesario mantener: por ello se ha dicho que el cesarismo moderno más que militar, es policial.

Sería un error de método (un aspecto del mecanicismo sociológico) considerar que en los fenómenos de cesarismo, tanto progresista como regresivo o de carácter intermedio episódico, todo el nuevo fenómeno histórico sea debido al equilibrio de las fuerzas "fundamentales": es necesario ver también las relaciones existentes entre los grupos principales (de distintos géneros; social-económico y técnico-económico) de las clases fundamentales y las fuerzas auxiliares guiadas o sometidas a la influencia hegemónica. Así, no se comprendería el golpe de estado del 2 de diciembre sin estudiar la función de los grupos militares y de los campesinos franceses.

Un episodio histórico muy importante desde este punto de vista, es en Francia, el *affaire* Dreyfus; él también entra en esta serie de observaciones, no porque haya conducido al "cesarismo" sino justamente por lo contrario: porque impidió el advenimiento de un cesarismo que se estaba preparando y que tenía un carácter completamente reaccionario. Sin embargo, el movimiento Dreyfus es característico porque son los elementos del bloque social dominante quienes desbaratan el cesarismo de la parte más reaccionaria del mismo bloque, apoyándose no en los campesinos, en el campo, sino en los elementos subordinados de la ciudad guiados por el reformismo socialista (pero apoyándose también en la parte más avanzada del campesinado). Del tipo Dreyfus encontramos otros movimientos histórico-políticos modernos, que no son por cierto revolucionarios, pero que tampoco son por completo reaccionarios, al menos en el sentido de que destruyen en el campo dominante las cristalizaciones estatales sofocantes e imponen en la vida del estado y en las actividades sociales un personal diferente y más numeroso que el precedente. Estos movimientos pueden tener también un contenido relativamente "progresista" en cuanto indican que en la vieja sociedad existían en forma latente fuerzas activas que no habían sido explotadas por los viejos dirigentes; "fuerzas marginales", quizás, pero no absolutamente progresivas en cuanto no pueden "hacer época". Lo que las tor-

na históricamente eficientes es la debilidad constructiva de la fuerza antagónica y no una fuerza íntima propia, de allí entonces que estén ligadas a una determinada situación de equilibrio de fuerzas en lucha, ambas incapaces de expresar en su propio campo una voluntad propia de reconstrucción.

(1932-1934.)

## CUESTIÓN DEL "HOMBRE COLECTIVO" O DEL "CONFORMISMO SOCIAL"

Tarea educativa y formativa del estado que tiene siempre la finalidad de crear nuevos y más elevados tipos de civilización, de educar la "civilización" y la moralidad de las más vastas masas populares a las necesidades del continuo desarrollo del aparato económico de producción y, por tanto, de elaborar también físicamente los nuevos tipos de humanidad. ¿Pero de qué manera logrará cada individuo incorporarse al hombre colectivo y en qué sentido deberá ser dirigida la presión educativa sobre los individuos si se quiere obtener su consenso y su colaboración, haciendo que la necesidad y la coerción se transformen en "libertad"? Cuestión del "derecho", cuyo concepto deberá ser extendido, incorporando también aquellas actividades que en la actualidad están involucradas en la fórmula de "jurídicamente indiferente" * y que son del dominio de la sociedad civil, la cual opera sin "sanciones" y sin "obligaciones" taxativas, mas no deja por ello de ejercer una presión colectiva y de obtener resultados objetivos en la formación de las costumbres, los modos de pensar y de obrar, la moralidad, etcétera.

Concepto político de la llamada "revolución permanente", nacido antes de 1848 como expresión científicamente elaborada de las experiencias jacobinas desde 1789 al Termidor. La fórmula es propia de un período histórico en el cual no existían los grandes partidos políticos de masa ni los grandes sindicatos económicos y la sociedad estaba aún bajo muchos aspectos en estado de fluidez: mayor retraso en el campo y monopolio casi completo de la eficiencia política-estatal en pocas ciudades o directamente en una sola (París, en el caso de Francia); aparato estatal relativamente poco desarrollado y mayor autonomía de la sociedad civil respecto de la actividad estatal; sistema determinado de las fuerzas militares y del armamento nacional; mayor autonomía de las economías nacionales frente a las relaciones económicas del mercado mundial, etc. En el período posterior al año 1870, con la expansión colonial europea cambian todos estos elementos,

* Actos para los cuales la ley no prevé sanciones [E.]

las relaciones internas de organización del estado y las internacionales se tornan más complejas y sólidas y la fórmula cuarentiochesca de la "revolución permanente" es sometida a una reelaboración, encontrando la ciencia política su superación en la fórmula de "hegemonía civil". En el arte político ocurre lo mismo que en el arte militar: la guerra de movimiento se vuelve cada vez más guerra de posición y se puede decir que un estado vence en una guerra en la medida en que la prepara minuciosa y técnicamente en tiempos de paz. Las estructuras macizas de las democracias modernas, tanto como organizaciones estatales que como complejo de asociaciones operantes en la vida civil, representan en el ámbito del arte político lo mismo que las "trincheras" y las fortificaciones permanentes del frente en la guerra de posición; ellas tornan sólo "parcial" el elemento del movimiento que antes constituía "todo" en la guerra, etcétera.

La cuestión se plantea para los estados modernos y no para los países atrasados, ni para las colonias, países donde aún tienen vigencia las formas que en los primeros quedaron superadas convirtiéndose en anacrónicas. El problema del valor de las ideologías (como se deriva de la polémica Malagodi-Croce) * —con las observaciones de Croce sobre el "mito" soreliano, que se pueden utilizar contra la "pasión"— debe igualmente ser estudiado en un tratado de ciencia política.

(1932-1934.)

MAQUIAVELO. SOCIOLOGÍA Y CIENCIA POLÍTICA (ver los parágrafos sobre el *Ensayo popular*) **

El éxito de la sociología está en relación con la decadencia del concepto de ciencia política y de arte político que tiene lugar en el siglo XIX (con más exactitud, en la segunda mitad, con la proliferación de las doctrinas evolucionistas y positivistas). Lo que hay de realmente importante en la sociología no es otra cosa que ciencia política. "Política" se convierte en sinónimo de política

* Véase Benedetto Croce, *Conversazione critiche*, serie IV, Bari, Laterza, 1932, pp. 143-146. [E.].

** Gramsci se refiere aquí a Nicolai Bujarin y a su libro *Teoría del materialismo histórico. Ensayo popular de sociología marxista*, del cual existe edición en español. Cfr. Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1977, número 31. Debemos recordar que este libro, que durante años fue el texto filosófico básico de formación en el marxismo de la Tercera Internacional, motivó un análisis exhaustivo de Gramsci que fue incorporado inicialmente en *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*. En español, las críticas de Gramsci a Bujarin están incorporadas como apéndices del volumen arriba citado. [E.]

parlamentaria o de pandillas personales. Existe la convicción de que con las constituciones y los parlamentos se inició una época de "evolución natural" y que la sociedad encontró sus fundamentos definitivos porque eran racionales. He ahí por qué la sociedad puede ser estudiada por el método de las ciencias naturales. Empobrecimiento del concepto de estado que se deriva de este modo de ver. Si ciencia política significa ciencia del estado y estado es todo el complejo de actividades prácticas y teóricas con las que la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio, sino también logra obtener el consenso activo de los gobernados, es evidente que todas las cuestiones esenciales de la sociología no son sino las cuestiones de la ciencia política. Si queda algún residuo, sólo puede estar constituido por problemas falsos, es decir vacuos. Por lo tanto, la cuestión que se le planteaba al autor del *Ensayo popular* era la de determinar el tipo de relaciones que podía existir entre la ciencia política y la filosofía de la praxis, la cuestión de si entre las dos existe identidad (afirmación insostenible, o sostenible sólo desde el punto de vista del positivismo más grosero) o si la ciencia política es el conjunto de principios empíricos o prácticos que se deducen de una más vasta concepción del mundo o filosofía propiamente dicha, o si esta filosofía es sólo la ciencia de los conceptos o categorías generales que nacen de la ciencia política, etc. Si es verdad que el hombre sólo puede ser concebido como hombre históricamente determinado, es decir que se ha desarrollado y vive en ciertas condiciones, en un determinado complejo social o conjunto de relaciones sociales, ¿puede concebirse a la sociología únicamente como el estudio de estas condiciones y de las leyes que regulan su desarrollo? Ya que no puede prescindirse de la voluntad y de la iniciativa de los mismos hombres, este concepto no puede menos que ser falso.

El problema que debe ser planteado es el de la propia "ciencia". La ciencia, ¿no es ella misma "actividad política" y pensamiento político en la medida en que transforma a los hombres, los vuelve diferentes de lo que eran antes? Si todo es "político", para no caer en una fraseología tautológica y vacua es preciso distinguir con nuevos conceptos la política que corresponde a la de aquella ciencia a la que tradicionalmente se llama "filosofía", de la política que se llama ciencia política en sentido estricto. Si la ciencia es "descubrimiento" de realidades antes ignoradas, ¿estas realidades no son concebidas, en cierto sentido, como trascendentes? ¿Y no se piensa que existe aun algo "ignoto" y por lo tanto trascendente? El concepto de "ciencia" como "creación", ¿no significa también el concepto de ciencia como "política"? Todo consiste en ver si se trata de una creación "arbitraria" o racional, es decir "útil" a los hombres para ampliar su concepto de la vida, para volver superior (desarrollar) a la propia vida.

(1933.)

# IV. Apéndice

## ATHOS LISA
## DISCUSIÓN POLÍTICA CON GRAMSCI, EN LA CÁRCEL

[*Texto íntegro del informe enviado en 1933 al Centro del Partido.*]

Habiendo pasado dos años desde el momento en que el compañero [Gramsci] nos incitaba a reflexionar sobre el tema del cual me dispongo a hablar, no podría garantizar la reproducción exacta de la multiplicidad de conceptos que él [Gramsci] aportaba para sostener su tesis.

De cualquier manera, admitiendo que no me falta la objetividad necesaria para que el planteo y el desarrollo del tema resulten deformados lo menos posible, cualquier deficiencia que pudiese haber en esta exposición, me parece imputable sobre todo al tiempo y a los demás pequeños problemas materiales que me impidieron fijar, por medio de algunas notas, y aunque fuera en sus líneas generales, el pensamiento de [Gramsci].

Estábamos al final de 1930, cuando en las horas del paseo, el compañero [Gramsci] nos presentaba lo que él se complacía en definir como "el dedo en la llaga", es decir el tema de la "Constituyente".

El rudo planteamiento, el tratamiento esquelético y separado de una serie de problemas que, en mi opinión, no podían omitirse sin transformar a un problema de sutil orden político en una argumentación formal y académica, me produjo entonces la impresión de una *boutade,* lanzada adrede para alimentar nuestras cotidianas discusiones.

Pero luego advertí, en cambio, que el pensamiento de [Gramsci] había fecundado con consciente sabiduría el . . . "dedo en la llaga", y una serie de problemas políticos por él tratados antes y después se me aparecieron aunados por un mismo espíritu, movidos por una misma ley, apuntando a un mismo objetivo. Después de todo, [Gramsci] nos decía que había meditado y estudiado largamente esta cuestión a la que atribuía una importancia y un valor político de primer orden, puesto que, según él, la táctica del partido debía inspirarse en estos criterios.

La exposición hecha por [Gramsci] sobre la "Constituyente" había sido precedida por dos conversaciones sobre los temas: "Los intelectuales y el partido" y "El problema militar y el partido", cuyos conceptos fundamentales trataré de reproducir, porque me

parecieron, después de la exposición misma, estrechamente vinculados con esta o al menos, creí discernir en ellos la línea consecuente de su pensamiento.

Respecto de "Los intelectuales y el partido" sostenía lo siguiente: los intelectuales representan para el proletariado una necesidad absoluta, ya sea en el momento histórico en que es una clase en sí o cuando es una clase para sí. Sin los intelectuales el proletariado no puede conquistar el poder, consolidarlo y desarrollarlo. ¿Quiénes son los que deben ser considerados como intelectuales? ¿Cuáles son los intelectuales sobre los que el partido debe ejercer su acción?

Gramsci decía que los intelectuales de la clase trabajadora son los elementos que constituyen la vanguardia del proletariado, o sea el partido. Para demostrarlo se servía de un paralelo entre algunas ramas de la organización estatal burguesa y el partido. En este caso utilizaba para su análisis el lugar de producción y la organización militar.

Tanto en la primera como en la segunda forma de organización, clasificaba entre los intelectuales y semintelectuales a elementos de los cuales se requiere una función particular, distinta de la que se reserva para el ejecutor material. Es decir, incluía entre los intelectuales, a todos aquellos a quienes, en el campo de la producción, se les asigna la tarea de concretar el proyecto fijado en las líneas generales por el estado mayor o por el patrón de la fábrica, tales como ingenieros, directores, etc.; entre los semintelectuales, aquellos a quienes se asigna la supervisión técnica y administrativa para la adecuada ejecución del trabajo, tales como jefes de sección, jefes de oficina, capataces y empleados inferiores en concepto y en categoría.

En el campo de la organización militar consideraba como intelectuales a todos los oficiales de grado superior, a los cuales el estado mayor asigna la efectivización del plan táctico y estratégico; entre los semintelectuales, a todos aquellos a quienes se les exige, muy especialmente, ejercer la supervisión directa para que la tropa ejecute adecuadamente dicho plan, es decir oficiales subalternos y suboficiales.

La organización del partido, con su CC en la cumbre y sus organizaciones periféricas, ofrecía la misma imagen si se lo comparaba con la forma de organización antedicha y de acuerdo con la exposición de [Gramsci].

Con este análisis, que calificaba a los intelectuales partiendo de determinada actividad, entendía también hacer una distinción neta entre determinadas categorías sociales, con el fin de no confundir el tipo de intelectual que podía interesar al partido con los elementos burgueses propiamente dichos. Así, según el análisis de [Gramsci], el administrador delegado, el director general de una fábrica, los generales, el jefe espiritual de una escuela filosófica,

etc., deben ser considerados como los representantes más puros de la burguesía.

Respecto al "problema militar y el partido" [Gramsci] fijaba los siguientes conceptos: la conquista violenta del poder exige del partido del proletariado la creación de una organización de tipo militar, que a pesar de su forma molecular, se difunda en todas las ramificaciones de la organización estatal burguesa y sea capaz de vulnerarla y de asestarle fuertes golpes en el momento decisivo de la lucha. Pero el problema de la organización militar debe entenderse como parte de una acción más amplia del partido, en el sentido de que esta particular actividad presupone una estrecha interdependencia con toda la acción del partido mismo y con el desarrollo ideológico de éste. Esta forma particular de actividad no debe ser considerada como una parte puramente técnica, siendo el factor político el elemento fundamental que determina su grado de eficiencia y su capacidad.

De los elementos encargados de dirigir esta actividad se requieren siempre cualidades poco comunes que, en cierto sentido, están en relación con el nivel ideológico del partido.

La revolución proletaria —decía— implica, en definitiva, el desplazamiento de las relaciones de fuerza militares en favor de la clase trabajadora.

Pero por relaciones de fuerza militares no se debe entender *exclusivamente* el hecho de la posesión de las armas o de los contingentes militares, sino la posibilidad para el partido de paralizar los resortes principales del aparato estatal. Por ejemplo: una huelga general desplaza en favor de la clase trabajadora las relaciones de fuerza militares.

Como condición indispensable para la guerra civil consideraba necesario tener un exacto conocimiento de las fuerzas enemigas.

Respecto de las fuerzas militares italianas, examinadas globalmente, enumeraba las siguientes: el contingente militar y los cuerpos especiales, tales como los carabineros, la milicia, la PS y los oficiales retirados. A estos últimos cuerpos les atribuía un gran valor como fuerza militar y política. Catalogaba a los trenes blindados como uno de los más importantes medios técnicos ofensivos del adversario, teniendo en cuenta la conformación geográfica de Italia.

Un tren blindado —decía— que recorre el litoral adriático o jónico inmoviliza y puede sembrar el terror en poblaciones enteras, donde el partido no haya creado una organización militar, capaz de oponer a estos poderosos instrumentos de la burguesía, toda una acción que paralice en parte su eficiencia.

He dicho ya que la exposición sobre la "Constituyente" fue hecha por [Gramsci], puesto que él mismo había expresado su deseo de conocer nuestra opinión acerca del tema.

Conjuntamente con los demás compañeros que asistieron a

dicha exposición, tuve la impresión de que el compañero [Gramsci] otorgaba gran importancia al juicio que emitirían los compañeros sobre este tema.

En efecto, no se cansaba de repetir que el partido estaba afectado de maximalismo, y que el trabajo de educación política que él realizaba entre los compañeros debía conducir, entre otras cosas, a crear un núcleo de elementos que habrían debido llevar al partido una contribución ideológica más sana. Decía también que, muy frecuentemente, en el partido se temen todas aquellas denominaciones que no forman parte del viejo vocabulario maximalista. Se piensa en la revolución proletaria como en una cosa que en cierto momento se nos presenta toda acabada. Cada acción táctica que no concuerde con el subjetivismo de los soñadores se considera, en general, como una deformación de la táctica y de la estrategia de la revolución.

Así, se habla frecuentemente de revolución sin tener una noción precisa de lo que es necesario para llevarla a cabo y de los medios para alcanzar ese fin. No se saben adecuar los medios a las diversas situaciones históricas, y, en general, se siente más propensión a hacer discursos que a la acción política o sea, se confunde una cosa con la otra. Por eso él definía la cuestión de la "Constituyente" como "el dedo en la llaga".

La exposición sobre el tema de la "Constituyente" establecía estos conceptos: 1) táctica para la conquista de los aliados del proletariado; 2) táctica para la conquista del poder. [Gramsci] los desarrollaba más o menos así:

La reacción italiana, al privar al proletariado de la activ[idad] de su partido, de sus organizaciones de clase, de su prensa, de toda posibilidad legal de reunión y de huelga, le ha quitado los medios de lucha más indispensables para el logro relativamente rápido de su propia hegemonía de clase.

En un país predominantemente agrícola como el nuestro, en el que existe y subsiste una neta demarcación de la estructura económica entre el norte y el sur y aun entre los mismos estratos sociales de la clase trabajadora; un país en el cual el desarrollo industrial del sur está retrasado con respecto al norte, aun en el período de concentración del capital, y donde por razones históricas continúa subsistiendo una cierta subordinación ideológica de los estratos campesinos con respecto de los elementos pequeñoburgueses —los cuales constituyen, por otra parte, el mejor medio del que se sirve la burguesía agraria para contener a los campesinos— la acción por la conquista de los aliados se transforma para el proletariado en algo extremadamente delicado y difícil.

Por otra parte, sin la conquista de estos aliados es imposible para el proletariado un auténtico movimiento revolucionario. Si se tienen en cuenta las particulares condiciones históricas dentro de cuyos límites se ve el grado de desarrollo político de los estra-

tos campesinos y pequeñoburgueses, y se considera que actualmente en Italia, las posibilidades del partido de modificar a través de una acción en profundidad este atraso político y organizativo son relativas, es fácil comprender que la conquista de estos estratos por parte del partido presupone una acción particular que, desarrollándose gradualmente, la vuelva comprensible y accesible a dichos estratos sociales.

El campesino y el pequeñoburgués, sobre todo el rural, dadas las actuales condiciones de vida y de lucha que existen en Italia, no están en condiciones de ver en el partido comunista, y en las reivindicaciones finales que éste propone a través de sus consignas, a su propio partido. La lucha por la conquista directa del poder es un paso al que estos estratos sociales sólo podrán ascender paulatinamente, es decir, en la medida en que la táctica del partido los conduzca lentamente a comprobar la justicia de su programa y la falsedad del programa demagógico de los demás partidos políticos, en los cuales el campesino y el pequeñoburgués creen todavía.

Hoy sería fácil hacerle comprender al campesino del Mezzogiorno o de cualquier otra región de Italia, la inutilidad social del rey. Pero no es tan fácil hacerle comprender que el trabajador puede remplazarlo, de la misma manera que no cree posible sustituir al patrón. El pequeñoburgués o el oficial subalterno del ejército, descontento porque no asciende, por las condiciones precarias de vida, etc., estará más dispuesto a creer que sus condiciones de vida puedan mejorar en un régimen republicano que en uno de tipo soviético. El primer paso a través del cual hay que conducir a estos estratos sociales, es aquel que los lleva a definirse sobre el problema constitucional e institucional. Todos los trabajadores, inclusive los campesinos más atrasados de la Basilicata o de Cerdeña, comprenden ya la inutilidad de la corona.

En este terreno, el partido puede desarrollar una acción común con los partidos que en Italia luchan contra el fascismo, pero no debe ser arrastrado por éstos.

El partido tiene como objetivo la conquista violenta del poder, la dictadura del proletariado, lo que debe realizar usando la táctica que mejor corresponda a una determinada situación histórica y a la relación de fuerzas de clase existentes en los diversos momentos de la lucha.

De la aptitud del partido para maniobrar en estas fases de la lucha y del grado de su capacidad política, dependerán las posibilidades de superar las consignas intermedias que señalarán las etapas de desbloqueo de los estratos sociales a conquistar y la modificación de las relaciones de fuerza.

Ahora bien, aun admitiendo que la presión reaccionaria en Italia disminuya en los próximos años, de todas maneras la acción del partido deberá desarrollarse en medio de grandes dificultades, lo que nos lleva a concluir que aun en las condiciones más fa-

vorables para nosotros, el partido sólo podrá contar con un máximo de 6 000 miembros activos.

Si se divide esta cifra por el número de provincias italianas, es evidente para todos nosotros que nuestra eficiencia es limitada. En estas condiciones no es posible hablar de conquista del poder sin atravesar un período de transición, aunque sea de duración relativa.

En Italia las perspectivas revolucionarias deben fijarse una doble alternativa, es decir, la más probable y la menos probable. En este momento, para mí, es más probable la del período de transición, por lo tanto, este objetivo debe ser el que guíe la táctica del partido, sin temor de parecer poco revolucionario. Debe hacer suya, antes que los demás partidos en lucha contra el fascismo, la consigna de la "constituyente", no como fin en sí, sino como medio.

La "constituyente" representa la forma de organización en cuyo seno pueden incluirse las reivindicaciones más sentidas de la clase trabajadora y en cuyo seno puede y debe desenvolverse, a través de sus propios representantes, la acción del partido, que debe orientarse a desvalorizar todos los proyectos de reforma pacífica, demostrando a la clase trabajadora italiana que la única solución posible en Italia, es la revolución proletaria.

A este respecto [Gramsci] se complacía en recordar el episodio de la "Asociación de la joven Cerdeña" en Turín 1919, con lo cual intentaba demostrar que la acción oportuna y políticamente justa del partido, había provocado la movilización de los pobres contra los ricos y la inscripción de aquellos en el Círculo Educativo Socialista Sardo, en el ámbito de la Cámara del Trabajo. Y como consecuencia directa, la movilización de los militares de la brigada Sassari en favor de la clase trabajadora turinesa.

Así decía: ésta es en cierta medida una pequeña "constituyente". Por otra parte, agregaba, en Rusia el artículo 1º del programa de gobierno del partido bolchevique incluía la "constituyente".

Es necesario que el partido haga suya esta consigna que hará posible el acuerdo con los partidos antifascistas; acuerdo que nos debe colocar en condiciones de independencia política y de supremacía frente a ellos. En este sentido nuestra táctica nos conducirá, independientemente de cualquier preocupación sobre las denominaciones, a realizar los objetivos que el partido se propone.

Después de una discusión contradictoria con el suscripto, el compañero [Gramsci], que no había dicho en qué momento de la lucha podía realizarse la consigna de la "constituyente", agregaba: pienso que con el empeoramiento de las condiciones económicas de Italia tendremos una serie de agitaciones populares callejeras, de carácter esporádico, pero con una cierta continuidad. Esta fermentación de la clase trabajadora señalará el momento en que la "constituyente" será realizable en Italia, pero el partido debe

lanzar esta consigna inmediatamente. El análisis del compañero [Gramsci] prescindía de toda valoración sobre las relaciones de interdependencia entre la economía italiana y la de los demás países capitalistas; sobre las consecuencias inherentes a la agudización de la crisis económica mundial —tales como los fenómenos de radicalización de la clase trabajadora y el desmembramiento de las categorías sociales que constituyen la base de algunos partidos políticos seudoproletarios (socialdemocracia)— y sobre la influencia del desarrollo de la economía soviética, etc., ya que él consideraba que las condiciones objetivas para la revolución proletaria existían en Europa desde hace más de 50 años.

Es necesario —decía— ser más políticos, saber usar el elemento político, tener menos miedo de hacer política. Y deteniéndose a examinar incidentalmente la consigna "gobierno obrero y campesino" decía que dicha consigna estaba históricamente superada y debía ser sustituida por esta otra: "República de los soviets obreros y campesinos en Italia".

El compañero [Gramsci] no desarrolló más este tema, y, por lo que puedo recordar, me pareció entonces que las razones históricas de la superación de esta consigna consistían en el hecho de que partidos seudoproletarios y democráticos la habían hecho suya, lo que atestigua un desplazamiento en los estratos sociales sobre los cuales se apoyan estos mismos partidos. No podría decir —puesto que Gramsci no expresó su opinión a este respecto— si él quería decir con esto que dicho desplazamiento había empujado hacia la izquierda a estos partidos o la causa misma los empujaba a usar una terminología más demagógica.

Después de la exposición del compañero [Gramsci], sobre la cuestión de la "constituyente" se requirió la opinión de los demás compañeros. Cada uno de los presentes, dentro de los límites de su propia preparación, dijo lo que pensaba, y, en líneas generales, todos estuvieron de acuerdo con la tesis de [Gramsci]. Estos compañeros fueron, Tulli, Lai, Piacentini, Ceresia, Spadoni, Lo Sardo y algún otro cuyo nombre no recuerdo exactamente. En la oposición, es decir, contra la tesis sostenida por [Gramsci], se manifestaron el suscripto y Scucchia de Roma. Sin embargo, por expreso deseo del compañero [Gramsci], todos los participantes de la reunión fueron invitados a reexaminar la cuestión para volver a opinar unos quince días después. Este reexamen del problema no fue posible porque [Gramsci], influido por falsas informaciones, creyó que las discusiones realizadas por los compañeros en sesiones separadas, se habían deslizado hacia el terreno fraccionista.

Hubo una breve reunión en la cual [Gramsci] adujo que a causa de la insuficiente educación política de los compañeros, suspendería por seis meses las conversaciones, tal como se venían desarrollando hasta ese momento.

Así nació y ... murió la cuestión de la "constituyente" en Turi

de Bari, pero quedó viva en el pensamiento del compañero [Gramsci], hasta el punto que *en octubre de 1932,* me hablaba de ella con el mismo convencimiento profundo y el mismo entusiasmo que en 1930.

Al día siguiente de la exposición de [Gramsci] le propuse que expresara sus ideas sobre el fascismo, enumerándonos cuáles serían, según él, las razones históricas que le habían dado origen, qué intereses representaba y cuál era su composición social.

Me pareció entonces que las perspectivas sobre la situación italiana no podrían ser analizadas objetivamente sin tener una visión exacta de las cuestiones que yo proponía tratar.

El compañero [Gramsci] estuvo de acuerdo con mis propuestas, y al día siguiente hizo la historia retrospectiva del fascismo, que trataré de exponer de la manera más suscinta, para evitar que los detalles puedan deformar el pensamiento del expositor. He aquí lo que dijo: el fascismo, tal como se nos presenta en Italia, es una forma particular de reacción burguesa que está en relación con las peculiares condiciones históricas de la clase burguesa en general y de nuestro país en particular.

No puede valorarse exactamente el fascismo en Italia sin encuadrarlo dentro de la historia del pueblo italiano y de la estructura económica y política de Italia.

Por lo menos debemos remontarnos a las razones históricas que marcan las etapas de la unificación del estado italiano, a la influencia nefasta de la iglesia, a la acción de la democracia y de la socialdemocracia, para tener una explicación más real de los caracteres particulares de esta forma de reacción, que en Italia se denomina fascismo.

La misma falta de unidad política de la burguesía italiana, que está en relación con la estructura económica de nuestro país, y cuyos rasgos más particulares se destacan durante el período de la lucha por la independencia italiana, nos explica en parte el origen y el desarrollo del fascismo. A éste le estará reservada la función histórica del reagrupamiento de las fuerzas burguesas, en el momento en que existen todas las premisas históricas para realizarlo.

Además, la ausencia de una revolución democraticoburguesa propiamente dicha en Italia, que deja sin resolver toda una serie de problemas que, de haberse resuelto, habrían facilitado una mayor cohesión de la burguesía italiana, agudiza y acelera, por oposición, la lucha de clases y el desarrollo de la clase trabajadora.

Por lo tanto, si con la participación de Italia en la guerra mundial, la burguesía italiana parece realizar aquella unidad que antes no había conocido, la posguerra reanimará todas las contradicciones que la guerra había mitigado parcialmente y replanteará, más exasperados, todos los viejos problemas de la sociedad italiana.

Lo característico de la posguerra en Italia es un momento histórico peculiar que puede definirse como el paralelismo de las fuerzas.

Por un lado, las fuerzas burguesas que luchan sin una unidad de acción política para descargar sobre la clase trabajadora el peso de la guerra; por otro lado ésta última que, guiada por el partido socialista, lucha por la conquista del poder sin haber realizado la unidad de clase.

Pero mientras el proletariado italiano diluye, por la posición históricamente errónea del PS, su propia eficiencia revolucionaria en una táctica que no lo lleva a la conquista del poder, la burguesía logra agrupar sus fuerzas para luchar contra la clase trabajadora.

El movimiento fascista de la primera hora que se inicia con los pistoleros a sueldo de los propietarios de algunas zonas agrícolas, particularmente en el valle del Po, es la manifestación de la lucha de la burguesía contra los trabajadores en general, y en particular de la burguesía rural contra las asociaciones de los braceros agrícolas.

La táctica de la burguesía italiana tiene dos directrices: contra la Cámara de Trabajo y contra la *Federterra*. Pero la resultante de estas dos directrices se origina en el campo para hacer blanco en los centros urbanos.

La conversión de las fuerzas rurales hacia los centros urbanos repite la táctica del estrangulamiento de la ciudad por el campo.

Los grupos sociales que constituyen los elementos operantes en los cuadros de las organizaciones fascistas provienen en un primer momento del hampa y, en un segundo momento, es decir, después del apoyo del gobierno Giolitti, de la pequeñaburguesía rural y urbana que piensa que ha llegado para ella el momento histórico de decidir el destino de Italia.

Este momento coincide con el ensanchamiento de las bases sociales del fascismo y con la disminución del empuje revolucionario en Italia, cuyo índice es el movimiento de ocupación de fábricas.

Todas las fases ulteriores de la lucha política en Italia reflejan —a través de la acción tumultuosa y contradictoria del partido fascista— por un lado las fases de la lucha de clase y por el otro, el proceso de acción y reacción de estratos sociales que la burguesía italiana utiliza para su lucha contra el proletariado. Este proceso se desenvuelve casi simultáneamente con el de la concentración del capital en Italia, que como consecuencia impone el predominio del capitalismo financiero, a cuyos intereses se subordina toda la política del fascismo.

Así, en cierto momento, el fascismo se convierte en la forma de organización destinada especialmente a defender los intereses de esta parte de la burguesía italiana, logrando al [mismo] tiempo, y por medio de particulares formas de organización, moderar,

aunque sea en forma relativa, los dispares intereses de la burguesía.

Este hecho se vio facilitado en Italia por formas institucionales de base antidemocrática, vinculadas a una legislación que inhibe toda posibilidad de reacción contra el exceso de poder de reagrupamientos burgueses económicamente más fuertes. Por ejemplo, el parlamento, cuya vida, en definitiva, está subordinada a los poderes discrecionales del Rey; la Magistratura que no es electiva, etcétera.

Paralelamente a este proceso de centralización de las fuerzas burguesas, se asiste al proceso de radicalización de la clase trabajadora, el cual, sin embargo, se desarrolla con un ritmo mucho más lento que el primero.

El partido comunista con su grado de formación ideológica expresa en parte la extensión de este proceso.

El fascismo, cuyo presupuesto era resolver la crisis económica, si bien no cumplió en absoluto su cometido, dio en cambio a la burguesía italiana algunas posibilidades de superar, sin demasiados sobresaltos, la profunda crisis de posguerra en un período de relativa estabilización.

Naturalmente, todo esto redundó en perjuicio de la clase trabajadora.

La crisis económica italiana, contenida dentro de ciertos límites, no dejará de agudizarse, y las repercusiones de esta agudización ya se perfilan en el horizonte con la agitación proletaria y campesina que atestiguan su grado de impaciencia económica y política.

Para el proletariado italiano hoy están dadas todas las condiciones objetivas para la conquista del poder.

Pero esto no basta. El grado de madurez política de vastos sectores de las masas, especialmente campesinas, está más atrasado que el del proletariado, y la influencia de los partidos políticos seudoproletarios, aún no ha sido destruida.

El problema más urgente del partido es lograr la hegemonía del proletariado, sin la cual no puede hablarse de conquista del poder.

Es necesario que el partido se encuentre preparado para la más extrema defensa de la burguesía, la cual todavía puede llegar a ceder la tierra a los campesinos.

El problema fundamental es, y sigue siendo, el de las relaciones de fuerza de clase. La acción del partido debe tender a realizar rápidamente estas relaciones usando la táctica que, teniendo en cuenta la particularidad de las fuerzas en nuestro país, sea más adecuada para desplazarlas rápidamente en favor de la clase trabajadora.

He fijado sumariamente, confiándome en la fidelidad de mi memoria, los conceptos expuestos por [Gramsci] separando de

ellos los elementos sectarios y tratando de no invalidarlos con mis propios puntos de vista.

No podría garantizar que he reproducido con exactitud todo lo expuesto por el compañero [Gramsci] hace dos años. Debe tenerlo en cuenta quien lea y esté interesado en discutir los elementos expuestos en este informe.

Si algún día el compañero [Gramsci] leyera mi informe, que he desarrollado gustosamente con el fin de hacer algo útil para el partido, me perdonará si no me fue posible repetir con exactitud todo lo que él expuso.

PORTO

*22 de marzo de 1933*




papel ediciones crema de fábrica de papel san juan, s. a.
impreso en offset cemont, s. a.
ajusco 96 - méxico 13, d. f.
tres mil ejemplares más sobrantes
30 de junio de 1981

## CUADERNOS DE PASADO Y PRESENTE

1/MARX, Introducción general a la crítica de la economía política/1857. Y otros escritos sobre problemas metodológicos. (9a. ed. corregida y aumentada)
2/LÉVI-STRAUSS, Elogio de la antropología. (Agotado)
3/BARAN, Excedente económico e irracionalidad capitalista. (3a. ed. ampliada)
4/ALTHUSSER, La filosofía como arma de la revolución. (6a. ed. corregida y aumentada)
5/CHE GUEVARA, Escritos económicos. (4a. ed.)
6/GORZ, MANDEL, LETTIERI, SANTI, MARTINET y BARJONET, Francia, 1968: ¿Una revolución fallida? (Agotado)
7/CERRONI, MAGRI y JOHNSTONE, Teoría marxista del partido político, I. (5a. ed. corregida)
8/BADIOU y ALTHUSSER, Materialismo histórico y materialismo dialéctico. (4a. ed.)
9/GORZ, MACCIO, ROSSANDA, SARTRE y CERA, Sartre y Marx. (2a. ed.)
10/SANTI, VALIER, BANFI y ALAVI, Teoría marxista del imperialismo, I. (4a. ed.)
11/LUPORINI, Dialéctica marxista e historicismo. (Agotado)
12/LUKÁCS, LENIN y LUXEMBURG, Teoría marxista del partido político, II. (3a. ed.)
13/LUXEMBURG, Huelga de masas, partido y sindicatos. (3a. ed. ampliada)
14/RODINSON y TRABULSI, La revolución palestina y el conflicto árabe-israelí. (Agotado)
15/KRASSO, MANDEL y JOHNSTONE, El marxismo de Trotski. (2a. ed.)
16/PIANA, MACCIO, DAGHINI y LUKÁCS, El joven Lukács.
17-18/PREOBRAZHENSKI, La nueva económica. (Agotado)
19/PIZZORNO, GALLINO, BOBBIO, GRAMSCI y DEBRAY, Gramsci y las ciencias sociales. (3a. ed. ampliada)
20/MARX y HOBSBAWM, Formaciones económicas precapitalistas. (3a. ed. corregida)
21/BUJARIN, El imperialismo y la economía mundial. (2a. ed.)

22/MODZELEWSKI y KURON, Revolución política o poder burocrático, I: Polonia

23/COLLOTI PISCHEL, ROSSANDA, MACCIO, BETTELHEIM, DEUTSCHER y MAO TSE-TUNG, La revolución cultural china. (3a. ed.)

24/AMIN, PALLOIX, EMMANUEL y BETTELHEIM, Imperialismo y comercio internacional. (3a. ed.)

25/LENIN, Contra la burocracia. Diario de las secretarias de Lenin. (2a. ed.)

26/NEE, LAYMAN y COLLIER, China, revolución en la universidad.

27/TROTSKI, El nuevo curso. Problemas de la vida cotidiana. (2a. ed.)

28/Los bolcheviques y la Revolución de Octubre.

29/BUJARIN, Teoría económica del período de transición. (2a. ed.)

30/MARX y ENGELS, Materiales para la historia de América Latina. (2a. ed.)

31/BUJARIN, Teoría del materialismo histórico.

32/DE PALMA, PANZIERI, SALVATI, BECCALLI, LETTIERI y GORZ, La división capitalista del trabajo. (2a ed.)

33/GERRATANA, MAGRI, SALVADORI, BOURDET, FERRI, FOA, COLLOTI, GARAVINI y GRAMSCI, Consejos obreros y democracia socialista.

34/TROTSKY, BUJARIN y ZINOVIEV, El gran debate (1924-1926). I. La revolución permanente. (2a. ed.)

35/LUXEMBURG, Introducción a la economía política.

36/STALIN y ZINOVIEV, El gran debate (1924-1926). II. El socialismo en un solo país. (2a. ed.)

37/MARX y ENGELS, Textos sobre el colonialismo.

38/ROSSANDA, SARTRE, FAY, MASI, GORZ y MOTTURA, Teoría marxista del partido político. III.

39/LUPORINI, SERENI, LABICA, HERZOG, TEXIER, GLUKSMANN, DHOQUOIS, GALLISSOT y GRUET, El concepto de "formación económico-social".

40/ASSADOURIAN, SANTA-CARDOSO, CIAFARDINI GARAVAGLIA y LACLAU, Modos de producción en América Latina. (3a. ed.)

41/LUKÁCS, Revolución socialista y antiparlamentarismo.
42/PANNEKOEK, Lenin filósofo.
43/Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Primera parte.
44/PIZZORNO, ANDERSON, MALLET y MOMIGLIANO, Economía y política en la acción sindical.
45/KORSCH, ¿Qué es la socialización? Un programa de socialismo práctico.
46/GERRATANA, FENGHI, ROSSANDA, CHITARIN y JOBIC, Teoría del proceso de transición.
47/Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Segunda parte.
48/POULANTZAS, Hegemonía y dominación en el estado moderno (2a. ed.)
49/HILFERDING, BÖHM-BAWERK y BORT-KIEWICZ, Economía burguesa y economía socialista.
51/LUXEMBURG y BUJARIN, El imperialismo y la acumulación de capital.
52/SCHLESINGER, La Internacional Comunista y el problema colonial.
53/RUBIN, Ensayos sobre la teoría marxista del valor.
55/El V Congreso de la Internacional Comunista (Primera parte)
56/El V Congreso de la Internacional Comunista (Segunda parte)
57/BUJARIN, La economía política del rentista (Crítica de la economía marginalista).
58/KAUTSKY, Ética y concepción materialista de la historia.
59/ENGELS y PLEJANOV, Ludwing Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana. Notas de Ludwing Feuerbach.
61/Teoría y práctica de la acción obrera, I. LAGARDELLE (comp.) Huelga general y socialismo.
62/Teoría y práctica de la acción obrera, II. PARVUS, MEHRING, VANDERVELDE, LUXEMBURG y KAUTSKY, Debate sobre la huelga de masas (Primera parte)
63/Teoría y práctica de la acción obrera, III. LUXEMBURG, KAUTSKY y PANNEKOEK, Debate sobre la huelga de masas (Segunda parte)